

DAVID
BALDACCI



CONTROL
TOTAL

Lectulandia

Cuando Sidney Archer despidió a su marido, el cual iba a tomar un avión rumbo a Los Ángeles, no podía sospechar que para ella comenzaba una nueva vida.

En primer lugar, el avión se estrelló; las investigaciones posteriores revelaron que había sido víctima de un sabotaje; después descubrió que su marido había supuestamente robado secretos de la empresa en la que trabajaba para venderlos a la competencia.

Pero con todo ello, apenas si habían comenzado sus tribulaciones: las múltiples sospechas que recaen sobre su marido colocan a Sidney en el punto de mira del FBI, que la considera cómplice de él. Pero además, la convierten en objetivo de una cacería implacable, un acoso en el que todos los caminos que llevan a ella están sembrados de cadáveres. El trofeo: controlar las redes de información del siglo XXI.

Lectulandia

David Baldacci

Control total

ePub r1.0
algarri 23.11.14

Título original: *Total control*
David Baldacci, 1997
Traducción: Alberto Coscarelli
Retoque de cubierta: algarri

Editor digital: algarri
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El apartamento era pequeño, poco acogedor, y predominaba un olor a moho que sugería un largo abandono. Sin embargo, los pocos muebles y las pertenencias personales estaban limpias y bien organizadas; algunas de las sillas y una pequeña mesa auxiliar eran valiosas antigüedades. El ocupante más llamativo de la minúscula sala de estar era una biblioteca de arce que bien podría haber estado en la Luna, porque parecía un objeto extraterrestre en este espacio modesto y sin pretensiones. La mayoría de los libros colocados en los estantes versaban sobre finanzas y trataban sobre temas como la política monetaria internacional o complejas teorías de inversión.

La única luz de la habitación la suministraba una lámpara de pie colocada junto a un sofá. El pequeño círculo luminoso delineaba la silueta del hombre alto y estrecho de hombros que estaba sentado allí, con los ojos cerrados como si estuviera dormido. El reloj de su muñeca marcaba las cuatro de la mañana. Las perneras del pantalón gris oscuro rozaban los zapatos negros con borlas impecablemente lustrados. Los tirantes verdes resaltaban sobre la pechera blanca almidonada. El cuello de la camisa estaba desabrochado y las puntas de la pajarita colgaban alrededor del cuello. La gran cabeza calva era como un segundo plano, porque lo primero que llamaba la atención era la espesa barba gris acero que enmarcaba el rostro ancho surcado por profundas arrugas. Sin embargo, cuando el hombre abrió bruscamente los ojos, todas las demás características físicas se convirtieron en secundarias; los ojos eran de color avellana, muy penetrantes; parecían ocupar todo el espacio de las órbitas mientras contemplaban la habitación.

Entonces el dolor sacudió al hombre, que se llevó las manos a su costado izquierdo, pero en realidad el dolor estaba ahora por todas partes. No obstante, su origen había sido el lugar que ahora él atacaba con una feroz aunque fútil venganza. Apenas podía respirar mientras se le contraía el rostro.

Deslizó una mano hasta el aparato sujeto en el cinturón. Con la forma y el tamaño de un *walkman*, era en realidad una bomba CADD conectada a un catéter Groshing oculto debajo de la camisa y cuyo otro extremo estaba insertado en el pecho. El dedo encontró el botón correcto y el microordenador en el interior de la bomba descargó inmediatamente una muy potente dosis de analgésicos en una cantidad muy superior a la que suministraba automáticamente a intervalos regulares a lo largo del día. A medida que la mezcla analgésica entraba directamente en el torrente sanguíneo, el dolor fue disminuyendo hasta desaparecer del todo. Pero volvería; siempre volvía.

El hombre se echó hacia atrás, exhausto, el rostro sudoroso, la camisa empapada de sudor. Dio gracias a Dios por poder manejar la bomba a voluntad. Tenía una tolerancia extraordinaria al dolor, porque su fuerza mental podía superar fácilmente cualquier malestar físico, pero la bestia que le devoraba las entrañas le había introducido en un nuevo nivel de angustia física. Por un momento se preguntó qué

llegaría primero: la muerte o la derrota más absoluta de las drogas frente al enemigo. Rezó para que ganara la muerte.

Fue tambaleándose hasta el baño y se miró en el espejo. En ese momento, se echó a reír. Las carcajadas casi histéricas aumentaron de volumen hasta parecer que estallarían a través de las delgadas paredes del apartamento, y entonces el estallido incontrolable se transformó en sollozos y en un vómito. Unos minutos más tarde, después de cambiarse de camisa, Lieberman estaba otra vez delante del espejo, ocupado en hacerse el nudo de la corbata. Le habían avisado de los violentos cambios de humor. Sacudió la cabeza.

Siempre se había cuidado. Hacía gimnasia con regularidad, no fumaba, no bebía, controlaba su dieta. Ahora, a sus juveniles sesenta y dos años, no viviría para ver los sesenta y tres. Este hecho lo habían confirmado tantos especialistas que, finalmente, incluso el enorme deseo de vivir de Lieberman había renunciado. Pero no se iría por la puerta falsa. Le quedaba una carta por jugar. Sonrió al darse cuenta repentinamente de que la inminencia de la muerte le daba una maniobrabilidad que no había tenido en vida. Sería una verdadera ironía que una carrera distinguida como la suya acabara con una nota innoble. Pero las sacudidas que acompañarían a su desaparición compensaban ese punto. ¿A él qué le importaba? Entró en el pequeño dormitorio y se tomó un momento para contemplar las fotografías encima de la mesa. Notó las lágrimas que amenazaban con desbordarse y salió del cuarto muy rápidamente.

Lieberman abandonó el apartamento a las cinco y media en punto, bajó en el pequeño ascensor hasta la planta baja y salió a la calle, donde un Crown Victoria, con matrículas oficiales de un blanco resplandeciente a la luz de la farola, estaba aparcado junto al bordillo con el motor en marcha. El chófer se apresuró a bajar del coche y abrió la puerta para que subiera. Se llevó la mano a la gorra en un respetuoso saludo a su estimado pasajero y, como de costumbre, no recibió respuesta. En unos segundos, el coche había desaparecido.

Más o menos a la misma hora que el coche de Lieberman entraba en el acceso a la autopista, el Mariner L800 salía del hangar en el aeropuerto internacional Dulles preparado para el vuelo sin escalas a Los Ángeles. Acabados los controles de mantenimiento, se procedería a abastecer de combustible al avión de cincuenta y cinco metros de longitud. Western Airlines subcontractaba las operaciones de carga de combustible. El camión cisterna estaba aparcado debajo del ala de estribor. En el L800 la configuración estándar tenía los depósitos de combustible en cada ala y en el fuselaje. El panel de combustible debajo del ala, ubicado aproximadamente a un tercio del fuselaje, estaba abierto y la larga manguera serpenteaba por el interior del ala hasta la válvula de toma. Esta única válvula servía para trasvasar el combustible hasta los tres tanques a través de una serie de colectores. El encargado de la operación, con guantes y un mono mugriento, controlaba la manguera mientras el combustible de alto octanaje entraba en los depósitos. El hombre contempló sin prisas la creciente actividad alrededor del aparato: estibaban las sacas de correos y la carga,

los carros con las maletas cruzaban lentamente la pista procedentes de la terminal. Satisfecho de que nadie le observaba, el hombre utilizó una mano para rociar la parte expuesta del depósito de combustible, alrededor de la válvula de toma, con una sustancia contenida en un rociador de plástico. El metal del depósito brillaba en la parte rociada. Un examen más a fondo hubiera revelado un leve empañamiento de la superficie metálica, pero dicho examen no se realizaría. Incluso el capitán, en la revisión previa al vuelo, nunca descubriría esta pequeña sorpresa agazapada en el interior de la enorme máquina.

El hombre guardó el pequeño rociador de plástico en uno de los bolsillos del mono. Del otro bolsillo sacó un objeto rectangular y plano, y metió la mano en el interior del ala. Cuando la retiró estaba vacía. Acabada la operación de carga, desenganchó la manguera, la cargó, en el camión y cerró la tapa del panel de combustible. El camión se alejó para cargar combustible en otro avión. El hombre miró por encima del hombro al L800 solo por un instante y siguió adelante. Su turno terminaba a las siete de la mañana. No pensaba quedarse ni un segundo más.

El Mariner L800 de casi cien toneladas despegó de la pista y ascendió fácilmente entre la capa de nubes. El L800, un jet de un solo pasillo equipado con dos turbinas Rolls-Royce, era la aeronave técnicamente más avanzada, aparte de las pilotadas por los aviadores de la fuerza aérea norteamericana.

El vuelo 3223 llevaba ciento setenta y cuatro pasajeros y siete tripulantes a bordo. La mayoría de los pasajeros estaban en sus asientos, entretenidos en la lectura de periódicos y revistas, mientras el avión continuaba la ascensión sobre los campos de Virginia para alcanzar la altura de crucero de once mil seiscientos metros. El ordenador de navegación había establecido la duración del vuelo a Los Ángeles en cinco horas y cinco minutos.

Uno de los pasajeros de primera clase leía el *Wall Street Journal*. Se acariciaba la abundante barba color gris acero mientras su mirada alerta recorría velozmente las páginas de información financiera. En la clase turista, otros pasajeros permanecían en silencio, algunos con los brazos cruzados sobre el pecho, otros con los ojos semicerrados; muchos leían. En un asiento, una anciana pasaba las cuentas del rosario, mientras sus labios rezaban en silencio.

En el momento en que el L800 alcanzó la altitud de crucero y se niveló, el capitán saludó al pasaje por los altavoces mientras las azafatas comenzaban la rutina habitual, una rutina que súbitamente quedó interrumpida.

Todas las cabezas se volvieron cuando el destello rojo apareció en el lado derecho del avión. Los ocupantes de los asientos de ventanilla de aquel lado contemplaron horrorizados cómo el ala derecha se retorció, la cubierta metálica se desgarraba y los remaches saltaban. En cuestión de segundos dos terceras partes del ala se desprendieron, llevándose con ellas la turbina de estribor. Como venas amputadas, los conductos hidráulicos y los cables partidos se sacudieron enloquecidos por el viento de proa mientras el combustible del tanque destrozado rociaba el fuselaje.

El L800 efectuó un brusco giro hacia la izquierda y quedó en posición invertida, provocando un desastre en la cabina. En el interior del fuselaje, todos y cada uno de los seres humanos gritaban dominados por el terror mientras el avión se movía por el cielo como una hoja arrastrada por el viento, completamente fuera de control. Los pasajeros salieron despedidos de los asientos. Para la mayoría el corto viaje hasta el techo resultó mortal. Se escuchaban los alaridos de dolor cuando las pesadas maletas —vomitadas desde las bodegas, abiertas cuando las ondas de choque, provocadas por la presión del aire, hicieron saltar los mecanismos de cierre— chocaban contra la carne humana.

La anciana abrió la mano y el rosario cayó al suelo, que ahora era el techo del avión. La mujer mantenía los ojos bien abiertos, pero se veían tranquilos. Ella era una de las afortunadas. El infarto la había salvado de los próximos minutos de terror total.

Los aviones a reacción comerciales equipados con dos motores tienen la garantía de volar con un solo motor. Pero ningún avión puede volar con una sola ala. La capacidad de vuelo del aparato había desaparecido. El L800 entró en una barrena mortal.

En la cabina de mando, los pilotos luchaban con los controles mientras el avión averiado caía en picado entre las nubes como una lanza a través de un mar de espuma. Aunque no conocían las características específicas de la catástrofe, sabían muy bien que el aparato y los que estaban a bordo corrían un peligro mortal. Mientras intentaban frenéticamente recuperar el control de la aeronave, los dos pilotos rezaban en silencio para no colisionar con ningún otro avión en la caída. «¡Dios mío!». El capitán miró incrédulo cómo el altímetro continuaba una carrera imparable hacia el cero. Ni los sistemas de vuelo más avanzados del mundo ni las más excepcionales habilidades de pilotaje podían invertir la tremenda certidumbre a que se enfrentaban cada uno de los seres humanos encerrados en el proyectil destrozado. Todos iban a morir en cuestión de segundos. Como ocurre en casi todas las catástrofes aéreas, los dos pilotos serían los primeros en abandonar este mundo; los demás a bordo del vuelo 3223 los seguirían una fracción de segundo más tarde.

Lieberman mantenía la boca abierta en una expresión atónita mientras se sujetaba a los brazos del asiento. A medida que el morro del avión se ponía en posición vertical, Lieberman se encontró mirando cabeza abajo el respaldo del asiento que tenía delante como si estuviese en lo más alto de una enloquecida montaña rusa. Por desgracia para él, Arthur Lieberman permanecería consciente hasta el preciso instante en que al avión chocara contra el objeto inmóvil hacia el cual se desplomaba. Su desaparición del mundo de los vivos ocurriría varios meses antes de lo esperado y sin cumplir con los planes previstos. A medida que el avión comenzaba el descenso final, una palabra escapó de los labios de Lieberman. Aunque era un monosílabo, fue emitido en un alarido continuo que se oía por encima de todos los demás terribles sonidos que inundaban la cabina:

—¡Nooooo!

Jason Archer, con la camisa sucia y el nudo de la corbata torcido, re visaba el contenido de una pila de cajas. A su lado tenía un ordenador portátil. Cada cierto tiempo se detenía, sacaba un papel del montón y con un escáner manual copiaba el contenido en el ordenador. El sudor le goteaba de la nariz. El depósito donde se encontraba era caluroso y sucio. De pronto, una voz le llamó desde algún lugar del amplio recinto. «¿Jason?». Sonaron unos pasos. «Jason, ¿estás aquí?».

Jason se apresuró a cerrar la caja que estaba revisando, cerró la tapa del ordenador y lo ocultó entre el montón de cajas. Unos segundos más tarde apareció un hombre. Quentin Rowe medía un metro setenta de estatura, pesaba unos setenta y cinco kilos, era estrecho de hombros, no llevaba barba y usaba gafas de cristales ovalados. Llevaba el pelo rubio y largo recogido en una coleta. Iba vestido con tejanos y camisa blanca de algodón. La antena de un teléfono móvil asomaba por el bolsillo de la camisa. Tenía las manos metidas en los bolsillos traseros del pantalón.

—Pasaba por aquí. ¿Cómo vas?

Jason se puso de pie y estiró los músculos.

—Va saliendo, Quentin, va saliendo.

—El trato con CyberCom está cada vez más caliente y quieren el in forme financiero. ¿Cuánto crees que tardarás? —A pesar de su aspecto despreocupado, a Rowe se le notaba ansioso.

—Una semana, diez días como máximo —respondió Jason con la mirada puesta en las cajas.

—¿Estás seguro?

Jason asintió y se limpió las manos metódicamente antes de mirar a Rowe.

—No te fallaré, Quentin. Sé lo importante que es CyberCom para ti. Para todos nosotros.

Un estremecimiento culpable sacudió la espalda de Jason, pero su rostro permaneció inescrutable.

—No olvidaremos tus esfuerzos —le prometió Rowe, más tranquilo—. Esto y el trabajo que hiciste con las copias de las cintas es fabuloso. Gamble se mostró muy impresionado, hasta donde él puede entender.

—Creo que será recordado durante mucho tiempo —opinó Jason.

Rowe contempló la pila de cajas con una expresión incrédula.

—Pensar que el contenido de este montón entra tranquilamente en un puñado de disquetes... Qué desperdicio.

—Digamos que Nathan Gamble no es la persona más enterada en informática del mundo —señaló Jason con una sonrisa que Rowe replicó con un bufido—. Sus operaciones de inversión generan un montón de papel, Quentin, y no puedes discutir

con el éxito. El hombre ha ganado una fortuna a lo largo de los años.

—Así es, Jason. Esa es nuestra única esperanza, Gamble comprende el dinero. El trato con CyberCom convertirá en enanos a todos los demás. —Rowe miró a Jason con admiración—. Después de este trabajo te espera un gran futuro.

—Eso es exactamente lo que pensaba.

Jason Archer subió al asiento del acompañante del Ford Explorer, y se inclinó a un costado para besar a su esposa. Sidney Archer era alta y rubia. Las facciones muy marcadas se habían suavizado después del nacimiento de su hija. Señaló con la cabeza hacia el asiento trasero. Jason sonrió mientras posaba la mirada en Amy, su hija de dos años que dormía en el sillín con el osito *Winnie* bien agarrado a su puño.

—Ha sido un día muy largo para ella —dijo Jason mientras se desabrochaba la corbata.

—Para todos —replicó Sidney—. Creía que trabajar a tiempo parcial en un bufete sería un chollo, pero ahora me parece que encajo una semana laboral de cincuenta horas en tres días. —Sacudió la cabeza en un gesto de cansancio y puso el coche en marcha. Detrás de ellos se alzaba el edificio que albergaba las oficinas centrales de Tritón Global, el empleador de su marido y líder tecnológico indiscutible en ramos que iban desde las redes informáticas mundiales al *software* educativo para niños, y casi todo lo que caía en el medio.

Jason sujetó una de las manos de su esposa y la apretó con ternura.

—Lo sé, Sid. Sé que es duro, pero quizá dentro de poco consiga algo que te permitirá dejar el trabajo de una vez por todas.

—¿Has diseñado un programa para acertar los números de la lotería? —preguntó ella con una sonrisa.

—Quizás algo mejor aún. —Jason correspondió a la sonrisa de Sid.

—Vale, has conseguido despertar mi atención. ¿De qué se trata?

—Ni hablar. —Jason meneó la cabeza—. No hasta que no esté seguro.

—Jason, no me hagas eso. —La súplica burlona hizo que él sonriera más todavía. Le palmeó la mano.

—Sabes que soy muy bueno guardando secretos, y sé que a ti te encantan las sorpresas.

Ella frenó el coche cuando el semáforo se puso en rojo y se volvió hacia su marido.

—También me gusta abrir los regalos en Nochebuena. Venga, habla.

—Esta vez no, lo siento, de ninguna manera. ¿Qué te parece si esta noche cenamos fuera?

—Soy una abogada muy tenaz, así que no intentes cambiar de tema. Además, cenar fuera no entra en el presupuesto de este mes. Quiero detalles. —Con un ademán juguetón le pinchó en las costillas con un dedo mientras ponía el coche en marcha.

—Pronto, muy pronto, Sid, te lo prometo. Pero ahora no, ¿vale? —De pronto, su tono se había vuelto más serio, como si lamentara haber sacado el tema. Ella le miró.

Jason mantenía la mirada fija en la calle. Una sombra de preocupación apareció en el rostro de la joven. En aquel momento, él se volvió, vio la expresión preocupada, apoyó una mano en la mejilla de Sid y le guiñó un ojo—. Cuando nos casamos, te prometí el mundo, ¿no?

—Me has dado el mundo, Jason. —Ella miró a Amy por el espejo retrovisor—. Mucho más que el mundo.

—Te quiero, Sid, más que a nadie —dijo Jason mientras le acariciaba un hombro. Te mereces lo mejor. Algún día te lo daré.

Ella le sonrió; sin embargo, cuando él volvió a mirar a través de la ventanilla, la preocupación reapareció en su rostro.

El hombre estaba inclinado sobre el ordenador, con el rostro casi pegado a la pantalla. Sus dedos machacaban el teclado con tanta fuerza que parecían una batería de martillos en miniatura. Las teclas parecían a punto de desintegrarse ante el feroz ataque. Como un aguacero tropical, las imágenes digitales pasaban por la pantalla a una velocidad que el ojo no podía seguir. En el exterior la oscuridad era total. Una bombilla de poca potencia colgada del techo iluminaba el trabajo del hombre. El sudor le chorreaba por el rostro, aunque la temperatura de la habitación no superaba los veinte grados. Se enjugó el sudor cuando el líquido salado se coló detrás de las gafas y le escoció en los ojos, ya doloridos e inyectados en sangre.

Tan absorto estaba en su trabajo que no se dio cuenta de que la puerta se abría lentamente. Tampoco oyó los pasos de los tres hombres que avanzaron por la mullida alfombra hasta casi tocarle la espalda. Los movimientos eran pausados; la superioridad numérica parecía inspirar una enorme confianza en los intrusos.

Por fin el hombre sentado ante el ordenador se volvió. Comenzó a temblar incontrolablemente, como si previera lo que estaba a punto de sucederle.

Ni siquiera tuvo tiempo de gritar.

Apretaron los gatillos al mismo tiempo y cuando los percutores golpearon las balas, las armas rugieron al unísono.

Jason Archer dio un brinco en el sillón donde se había quedado dormido. El sudor le empapó el rostro mientras la visión de la muerte violenta permanecía en su mente. La maldita pesadilla se negaba a desaparecer. Echó una ojeada a la sala. Sidney dormitaba en el sofá; el murmullo de las voces de la televisión sonaba al fondo. Jason se levantó para cubrir a su esposa con una manta. Después fue a la habitación de Amy. Era casi medianoche. Espió desde la puerta y oyó cómo la pequeña se movía en sueños. Se acercó al borde de la cama y contempló el pequeño cuerpo que se agitaba. Tendría una pesadilla, algo que su padre comprendía muy bien. Jason acarició suavemente la frente de su hija y luego la cogió en brazos para mecerla apretada contra el pecho. Esto normalmente alejaba los temores nocturnos, y al cabo de unos pocos minutos Amy había recuperado la tranquilidad. Jason la metió en la cama bien abrigada y le dio un beso en la mejilla. A continuación fue a la cocina, escribió una nota para su esposa, la dejó en la mesita junto al sofá donde Sidney continuaba

dormitando y se dirigió al garaje donde tenía su viejo Cougar convertible.

Mientras salía marcha atrás del garaje, no advirtió que Sidney le miraba desde la ventana del salón con la nota apretada en una mano. En cuanto las luces traseras desaparecieron calle abajo, Sidney se apartó de la ventana y relejó la nota. Su marido regresaba a la oficina para hacer algún trabajo. Volvería a casa en cuanto pudiera. Ella miró el reloj colocado en la repisa de la chimenea. Medianoche. Fue a controlar el sueño de Amy y después puso agua a calentar. De pronto, le fallaron las piernas y se apoyó contra el mostrador de la cocina mientras salía a la superficie una sospecha que hasta ahora había permanecido enterrada. Esta no era la primera vez que se despertaba para ver a su marido sacar el coche del garaje después de dejarle una nota avisándole de que volvía al trabajo.

Preparó el té y entonces, llevada por un impulso, corrió escaleras arriba y entró en el baño. Contempló su rostro en el espejo. Un poco más lleno desde que se casaron. Con movimientos bruscos se quitó el camisón y las bragas. Se miró de frente, de perfil y por último de espaldas. Utilizó un espejo de mano para observar la parte menos favorecida. El embarazo le había dejado algunas huellas; el estómago se había recuperado bastante, pero el trasero había perdido firmeza. ¿Le colgaban los pechos? Las caderas parecían un poco más anchas que antes, algo bastante natural después de dar a luz. Nerviosa, se pellizcó el milímetro extra de piel de debajo de la barbilla, mientras la dominaba una fuerte sensación de angustia. El cuerpo de Jason seguía tan firme como el día que comenzaron a salir. El magnífico físico de su marido y su belleza varonil solo eran parte de un muy atractivo lote que incluía una inteligencia de primer orden. Este lote resultaba inmensamente sugestivo para todas las mujeres que Sidney conocía y sin duda para muchas más que desconocía. Mientras seguía con el dedo el perfil de la mandíbula soltó una exclamación al darse cuenta de lo que hacía. Ella, una aboga da inteligente y muy bien considerada, se estaba examinando a sí misma como un trozo de carne, lo mismo que generaciones enteras de hombres habían hecho con las mujeres. Se puso el camisón. Era atractiva. Jason la amaba. Él iba a la oficina para seguir prosperando. Su carrera avanzaba a pasos de gigante. Muy pronto, los sueños de ambos se convertirían en realidad. Él dirigiría su propia empresa; ella se dedicaría por entero a cuidar de Amy y de los otros hijos que esperaban tener. Tenía todo el aspecto de una serie de televisión de los cincuenta, pero así era como lo querían los Archer. Sidney estaba firmemente convencida de que en estos momentos Jason trabajaba al máximo en su oficina para alcanzar esa meta.

Más o menos a la misma hora en que Sidney se iba a la cama, Jason Archer entró en una cabina de teléfono y marcó un número que había memorizado hacía mucho tiempo. La respuesta a la llamada fue inmediata.

—Hola, Jason.

—Oiga, si esto no se acaba pronto no lo conseguiré.

—¿Otra vez las pesadillas? —El tono del interlocutor sonó comprensivo y dominante al mismo tiempo.

—Lo dice como si fueran y vinieran. En realidad, nunca me abandonan —replicó Jason desabrido.

—Ya no falta mucho. —Esta vez la voz le daba ánimos.

—¿Está seguro de que no los tengo encima? Noto una sensación extraña, como si todo el mundo me vigilara.

—Eso es normal, Jason, suele pasar. Créame, si fuera a tener problemas nosotros lo sabríamos. Hemos pasado antes por esto.

—Le creo, pero espero no estar equivocado. —La voz de Jason se hizo más tensa—. No soy un profesional. Maldita sea, me estoy volviendo loco.

—Lo comprendemos. Aguante un poco más. Como le dije, ya casi está acabado. Unos pocos detalles más y podrá retirarse.

—Oiga, no entiendo por qué no podemos seguir adelante con lo que tengo.

—Jason, no es trabajo nuestro pensar en esas cosas. Necesitamos escarbar un poco más y usted tiene que aceptarlo. Valor. En estos asuntos no somos precisamente niños perdidos en un bosque; lo tenemos todo planeado. Usted cumpla con su cometido y todo irá bien. Todos estaremos bien.

—Pues yo pienso acabarlo esta noche, puede estar seguro. ¿Utilizaremos el mismo sistema de entrega?

—No. Esta vez será una entrega personal.

—¿Por qué? —preguntó Jason, sorprendido.

—Nos estamos acercando al final y cualquier error puede echar abajo toda la operación. Si bien no tenemos razones para creer que saben lo suyo, no tenemos la completa seguridad de que no nos estén vigilando. Recuerde, aquí todos corremos riesgos. Las entregas son seguras, pero siempre hay un margen de error. Un encuentro cara a cara fuera de la zona con gente nueva elimina ese margen, así de sencillo. Además, será más seguro para usted. Y para su familia.

—¿Mi familia? ¿Qué demonios tiene que ver con esto?

—No sea estúpido, Jason. Aquí hay mucho en juego. Le explicaron los riesgos desde el principio. Este es un mundo violento. ¿Lo comprende?

—Mire...

—Toda saldrá bien. Solo tiene que seguir las instrucciones al pie de la letra. Repito, al pie de la letra. —La voz pronunció estas últimas palabras con un énfasis especial—. No se lo ha dicho a nadie, ¿verdad? Mucho menos a su esposa.

—Dígame algo que yo no sepa —replicó Jason, tajante—. ¿Cuáles son los detalles?

—Ahora no. Pronto. Los canales habituales. Aguante, Jason. Ya casi estamos fuera del túnel.

—Sí, vale, esperemos que no se desplome encima de mí.

El comentario provocó una risita y después se cortó la comunicación.

Jason pasó el pulgar por el escáner digital, dijo su nombre en el micrófono instalado en la pared y esperó pacientemente mientras el ordenador comparaba las

marcas del pulgar y los registros de voz con los almacenados en su enorme memoria. Sonrió y saludó con un gesto al guardia de seguridad sentado delante de la inmensa consola en medio del vestíbulo de la octava planta. Jason era consciente del nombre «TRITON GLOBAL» escrito con letras plateadas de treinta centímetros de altura detrás de las anchas espaldas del guardia uniformado.

—Es una pena que no te den la autoridad para dejarme pasar, Charlie. Ya sabes, de un ser humano a otro.

Charlie era un negro corpulento que rondaba los sesenta, calvo y con un ingenio muy agudo.

—Coño, Jason, podrías ser Saddam Hussein disfrazado. En estos tiempos, no te puedes fiar de las apariencias. Por cierto, llevas un suéter muy majo, Saddam. —Charlie se rio—. Además, ¿cómo podría esta compañía enorme y sofisticada confiar en el juicio de un pobre y viejo guardia de seguridad como yo, cuando tienen todos estos artefactos que les dicen quién es quién? Ahora los ordenadores son los amos, Jason. La triste verdad es que lo seres humanos ya no damos la talla.

—Venga, Charlie, no te desanimes. La tecnología tiene su lado bueno. Eh, a ver qué te parece. ¿Qué tal si cambiamos de trabajo durante un rato? Así podrás ver de qué va la cosa. —Jason sonrió.

—Sí, claro, Jason. Yo juego un rato con esos trastos que valen un millón de dólares cada uno y tú husmeas por el vestíbulo cada media hora a ver si hay algún malvado escondido. Ni siquiera te cobraré por dejarte el uniforme. Desde luego, si intercambiamos el trabajo también intercambiamos el sueldo. No quiero que te pierdas una pasta gansa: siete dólares la hora. Es justo.

—Eres demasiado listo para tu propio bien, Charlie.

Charlie soltó la carcajada y volvió la atención una vez más a los numerosos monitores de televisión instalados en la consola.

La sonrisa desapareció bruscamente del rostro de Jason en el momento en que se abrieron las inmensas puertas. Cruzó el umbral y avanzó por el pasillo al tiempo que sacaba algo del bolsillo de la americana. Era del tamaño y la forma de una tarjeta de crédito y también estaba hecha de plástico.

Jason se detuvo delante de una puerta. Metió la tarjeta en la ranura de la caja metálica atornillada en la puerta. El microchip de la tarjeta se comunicó silenciosamente con su homólogo de la caja. El índice de Jason pulsó cuatro veces en el teclado numérico. Sonó un chasquido. Sujetó la manija, la hizo girar y la puerta de diez centímetros de grosor se abrió hacia el interior oscuro.

Las luces se encendieron y la silueta de Jason se recortó por un segundo en el umbral. Se apresuró a cerrar la puerta; los dos cerrojos gemelos encajaron en los soportes. Le temblaban las manos mientras echaba una ojeada al despacho ordenado y pulcro; el corazón le latía con tanta fuerza que estaba seguro que resonaba por todo el edificio. Esta no era la primera vez. Se permitió una sonrisa al recordar que sería la última. Daba lo mismo lo que pudiera suceder, se había acabado. Todo el mundo tenía

un límite, y esta noche él había llegado al suyo.

Se acercó a la mesa, se sentó y encendió el ordenador. Sujeto al monitor con un largo soporte metálico había un pequeño micrófono para dar órdenes orales. Jason lo apartó impaciente para tener despejada la pantalla del monitor. Con la espalda bien recta, los ojos pegados a la pantalla, las manos listas para teclear, ahora estaba en su elemento. Como un pianista inspirado, sus dedos volaban por el teclado. Miró la pantalla que le daba las instrucciones, unas instrucciones tan conocidas que ya eran pura rutina. Jason marcó cuatro dígitos en el teclado numérico conectado al ordenador; después se inclinó hacia delante y fijó la mirada en un punto en la esquina superior derecha del monitor. Una cámara de vídeo interrogó su iris derecho y transmitió una serie de informaciones únicas contenidas dentro de su ojo a una base central de datos, que, a su vez, comparó la imagen del iris con las otras treinta mil almacenadas en la memoria. Todo el proceso tardó cuatro segundos. Acostumbrado como estaba a los constantes progresos de la tecnología, incluso Jason meneaba la cabeza de vez en cuando al ver cómo funcionaban las cosas. Los escáneres de iris también se utilizaban para controlar la productividad laboral. Jason hizo una mueca. En realidad, Orwell se había quedado corto.

Volvió a concentrarse en la máquina que tenía delante. Durante los veinte minutos siguientes, Jason trabajó en el teclado deteniéndose solo cuando aparecían más datos en la pantalla en respuesta a sus preguntas. El sistema era rápido, pero tenía dificultades para seguir el ritmo de las órdenes de Jason. De pronto, Jason volvió la cabeza al oír un ruido procedente del vestíbulo. Otra vez la maldita pesadilla. Sin duda era Charlie haciendo la ronda. Miró la pantalla. No había nada nuevo. Una pérdida de tiempo. Escribió una lista con los nombres de los archivos en un trozo de papel, apagó el ordenador, se levantó y fue hacia la puerta. Hizo una pausa mientras apoyaba la oreja contra la madera. Satisfecho, quitó los cerrojos, abrió la puerta, apagó las luces y salió. Un segundo más tarde, los cerrojos volvieron a su posición automáticamente.

Caminó deprisa por el pasillo hasta llegar a la puerta de una oficina que se usaba muy poco. La puerta tenía una cerradura vulgar que Jason abrió con una ganzúa. Cerró la puerta con llave cuando entró. No encendió la luz. En cambio, sacó una linterna del bolsillo y la encendió. La consola del ordenador estaba en un rincón junto a un archivador sobre el que se amontonaban las cajas de cartón.

Jason apartó la mesa del ordenador para dejar a la vista un montón de cables que colgaban de la parte trasera de la unidad central. Se arrodilló y cogió los cables al tiempo que separaba un poco de la pared el archivador que tenía a su costado. Esto le permitió alcanzar una toma equipada con varios puntos de entrada. Jason seleccionó uno de ellos y enchufó uno de los cables. Después se sentó delante del ordenador y lo encendió. Jason colocó la linterna sobre una de las cajas de forma que le iluminara el teclado. Aquí no había un teclado numérico para marcar el código de seguridad ni tampoco tuvo que mirar a la esquina superior derecha de la pantalla y esperar ser

identificado. De hecho, para la red informática de Tritón, esta estación de trabajo ni siquiera existía.

Sacó la lista del bolsillo y la puso en la parte superior del teclado. De pronto oyó un ruido en el pasillo. Contuvo el aliento mientras ocultaba la linterna bajo la axila. Redujo la iluminación de la pantalla hasta dejarla en negro. Transcurrieron unos cuantos minutos mientras Jason esperaba en la oscuridad. Una gota de sudor resbaló de su frente, siguió por la nariz y se detuvo en el labio superior. Tenía tanto miedo que no se la secó.

Al cabo de cinco minutos de silencio, encendió la linterna, restableció el brillo de la pantalla y reanudó el trabajo. Sonrió una vez cuando un cortafuegos especialmente difícil —un sistema de seguridad interno destinado a impedir el acceso no autorizado de las bases de datos informatizadas— se derrumbó ante su persistente ataque. A toda prisa llegó al final de los archivos anotados en la lista. A continuación metió la mano en el bolsillo interior de la americana y sacó un disquete de tres pulgadas y media y lo cargó en la disquetera del ordenador. Un par de minutos más tarde, Jason retiró el disquete, apagó el ordenador y salió del cuarto. Atravesó los controles de seguridad, deseó buenas noches a Charlie y abandonó el edificio.

La luz de la luna que entraba por la ventana daba forma a diversos objetos en el interior de la habitación a oscuras. Sobre la sólida cómoda de pino había tres hileras de fotos enmarcadas. En una de las fotos, ubicada en la hilera trasera, Sidney Archer, vestida con un traje chaqueta azul marino, se apoyaba en un resplandeciente Jaguar plateado. A su lado, Jason Archer, con tirantes y camisa de fiesta, sonreía al tiempo que miraba arrobado los ojos de Sidney. Otra foto mostraba a la misma pareja, con un vestuario informal, delante de la torre Eiffel, con las manos apuntando hacia arriba y las bocas abiertas en una risa espontánea.

En la hilera del medio, aparecía Sidney, algunos años mayor, con la cara hinchada, el pelo mojado y aplastado contra el cráneo, en una cama de hospital. Sostenía entre los brazos un bulto diminuto, con los ojos cerrados. En la foto contigua aparecía Jason, con los ojos somnolientos y barbudo, en camiseta y calzoncillos, tendido en el suelo. El bulto, ahora con los ojos azules bien abiertos, descansaba feliz sobre el pecho del padre.

La foto central de la primera hilera había sido tomada en Halloween. El pequeño bulto tenía ahora dos años y aparecía vestida como una princesa, con corona y zapatillas de raso. La madre y el padre permanecían orgullosos en segundo plano, la mirada fija en la cámara, y las manos sujetando la espalda y los hombros de la niña.

Jason y Sidney estaban acostados. Jason daba vueltas y más vueltas. Había transcurrido una semana desde la última visita nocturna a su oficina. Había llegado el momento del desenlace y le resultaba imposible dormir. Junto a la puerta del dormitorio, una bolsa de deportes muy fea con rayas azules entrecruzadas y las iniciales «JWA» descansaba al lado de un maletín metálico negro. El reloj de la mesilla marcaba las dos de la mañana. Sidney sacó de debajo de las mantas uno de sus brazos largos y delgados, lo pasó por encima de la cabeza de Jason y comenzó a jugar con su pelo.

Sidney se levantó apoyada en un codo y continuó jugando con el pelo de su marido mientras se acercaba a él hasta que sus cuerpos quedaron unidos. El fino camisón se le pegaba al cuerpo. «¿Estás dormido?», le preguntó. Al fondo, los crujidos secos de la vieja casa eran los únicos sonidos que rompían el silencio. Jason se giró para mirar a su esposa.

—No.

—Lo sabía, no dejas de moverte. Algunas veces lo haces dormido. Tú y Amy.

—Espero no haber hablado en sueños. No quiero revelar mis secretos —dijo con una débil sonrisa.

Ella comenzó a acariciarle el rostro.

—Supongo que todo el mundo necesita tener algún secreto, aunque convenimos que no tendríamos ninguno.

Sidney soltó una risita que sonó hueca. Jason abrió la boca como si fuera a decir

algo, pero se apresuró a cerrarla. Estiró los brazos y miró el reloj. Lanzó un gemido al ver la hora.

—Caray, más vale que me levante. El taxi estará aquí a las cinco y media.

Sidney miró las maletas junto a la puerta y frunció el entrecejo.

—Este viaje resulta un tanto inesperado, Jason.

Él no la miró. En cambio, se frotó los ojos y bostezó.

—Ya lo sé. No me he enterado hasta última hora de ayer. Cuando el jefe dice: «En marcha», allá voy.

—Sabía que llegaría el día en el que ambos estaríamos fuera de la ciudad al mismo tiempo —dijo Sidney con un suspiro de resignación.

—Pero lo has arreglado con la guardería, ¿no? —replicó Jason con un tono ansioso.

—He quedado con una persona para que se quede después de la hora de cierre, pero no pasa nada. No tardarás más de tres días, ¿verdad?

—Tres como máximo, Sid, te lo prometo. —Se frotó con fuerza el cuero cabelludo—. ¿No puedes eludir el viaje a Nueva York?

—A los abogados no les perdonan los viajes de trabajo. —Meneó la cabeza—. No figura en el manual de los abogados productivos de Tyler y Stone.

—Ya está bien. Haces tú más en tres días que muchos de ellos en cinco.

—Verás, cariño, no hace falta que te lo diga, pero en nuestro negocio, es lo que haces tú por mí hoy, y, todavía más importante, lo que harás por mí mañana y pasado.

Jason se sentó en la cama.

—Lo mismo pasa en Tritón; sin embargo, al ser una empresa de tecnología avanzada, sus expectativas se extienden al próximo milenio. Algún día llegará nuestro barco, Sid. Quizá hoy.

—Vale. Así que mientras tú esperas en el muelle a que atraque nuestro yate, yo continuaré depositando nuestros sueldos y pagando las deudas. ¿Trato hecho?

—De acuerdo. Pero algunas veces tendrías que ser optimista. Mirar al futuro.

—Ahora que hablas del futuro, ¿has pensado en ponerte a la faena y tener otro hijo?

—Siempre a punto. Si el próximo es como Amy, está chupado.

Sidney apretó los muslos contra el cuerpo de su marido, contenta de que él no pusiera objeciones a ampliar la familia. Si él estaba saliendo con otra...

—Habla por ti misma, señor Mitad Masculina de esta pequeña ecuación.

Ella lo apartó.

—Lo lamento, Sid. Ha sido el típico comentario de macho imbécil. No volverá a ocurrir, lo prometo.

Sidney apoyó la cabeza en la almohada y miró el techo mientras comenzaba a masajearle suavemente los hombros. Tres años antes, la idea de abandonar la práctica de la abogacía hubiese estado fuera de lugar. Ahora, incluso el trabajo a tiempo parcial le parecía una intrusión en su vida con Amy y Jason. Ansiaba libertad total

para estar con su hija. Una libertad que no podían permitirse únicamente con el sueldo de Jason, por muchos recortes que hicieran, librando una lucha constante contra la compulsión de consumir. Pero si Jason continuaba ascendiendo en Tritón, ¿qué ocurriría?

Sidney nunca había querido depender económicamente de nadie. Miró a Jason. Si iba a ligar su supervivencia económica a una persona, ¿quién mejor que el hombre al que amaba casi desde el momento en que lo vio? Mientras le miraba, se le humedecieron los ojos. Se sentó para reclinarse sobre él.

—Bueno, al menos mientras estés en Los Ángeles podrás ver a algunos de tus viejos amigos, pero, por favor, evita a tus antiguas conquistas. —Le revolvió el pelo—. Además, nunca podrías abandonarme. Mi padre te despellejaría.

Sid paseó la mirada por el torso desnudo de su marido: los abdominales como placas, los músculos de los hombros ondulando casi a flor de piel. Recordó una vez más la suerte que había tenido cuando su vida se cruzó con la de Jason Archer. También sabía que su marido pensaba lo mismo respecto a ella. Jason permaneció en silencio, con la mirada perdida.

—En los últimos meses te has estado quemando las pestañas, Jason —añadió ella—. A todas horas en la oficina, dejándome notas en mitad de la noche. Te echo de menos. —Sidney lo empujó suavemente con la cadera—. Recuerdas lo divertido que es achucharse durante la noche, ¿no?

Él le respondió con un beso en la mejilla.

—Además, Tritón tiene muchísimos empleados —señaló Sid—. No tienes que hacerlo todo tú solo.

Jason la miró con una expresión de cansancio y dolor en los ojos.

—¿Eso es lo que crees?

—En cuanto se cierre la compra de CyberCom estarás más ocupado que nunca. —Sidney suspiró—. Quizá tenga que sabotear el acuerdo. Después de todo, son la principal asesora legal de Tritón. —Sonrió.

Él se rio sin mucho entusiasmo. Era obvio que pensaba en otra cosa.

—En cualquier caso, la reunión en Nueva York será interesante —comentó Sidney.

—¿Cómo dices? —preguntó él de pronto, muy alerta.

—Porque nos reunimos para tratar el asunto de CyberCom. Nathan Gamble y tu colega Quentin Rowe estarán allí.

La sangre se retiró poco a poco del rostro de su marido.

—Cre... creía que la reunión era por la propuesta de BelTek —tartamudeó Jason.

—No, me sacaron de ese tema hace un mes para que me ocupara de la compra de CyberCom por parte de Tritón. Creía que te lo había dicho.

—¿Por qué te reúnes con ellos en Nueva York?

—Nathan Gamble está allí esta semana. Tiene un apartamento que da al parque. Los multimillonarios siempre se salen con la suya. Así que me toca ir a Nueva York.

Jason se sentó, con el rostro tan descompuesto que ella pensó que estaba a punto de vomitar.

—Jason, ¿qué pasa? —Sid le sujetó los hombros.

Él se recuperó y la miró con una expresión que preocupó a Sid: una expresión culpable.

—Sid, mi viaje a Los Ángeles no es por un tema de Tritón.

La mujer apartó las manos de los hombros de su marido y le miró atónita. Todas las sospechas que había reprimido durante los últimos meses afloraron de repente. Notó la garganta seca.

—¿Qué quieres decir, Jason?

—Me refiero —él inspiró con fuerza y sujetó una de las manos de la mujer—, me refiero a que este viaje no lo hago por Tritón.

—Entonces, ¿por quién lo haces? —preguntó ella con el rostro arrebolado.

—¡Por mí, por nosotros! Es por nosotros, Sidney.

La joven frunció el entrecejo mientras se apoyaba en el cabezal y se cruzaba de brazos.

—Jason, vas a decirme lo que está pasando y me lo dirás ahora mismo.

Él desvió la mirada y comenzó a jugar con las mantas. Sidney le sujetó la barbilla y lo interrogó con la mirada.

—¿Jason? —Hizo una pausa al notar su lucha interior—. Cariño, imagina que es Nochebuena.

—Voy a Los Ángeles porque tengo una entrevista con otra empresa.

—¿Qué? —Sidney apartó la mano.

—AllegraPort Technology —se apresuró a decir Jason—. Es uno de los mayores fabricantes de *software* del mundo. Me han ofrecido..., bueno, me han ofrecido una vicepresidencia como paso previo a la máxima posición. Triplicarán mi sueldo actual, una paga extra considerable, opción de compra de acciones, un fantástico plan de jubilación y todo eso, Sid. Un golazo.

El rostro de Sid se iluminó en el acto; aliviada, aflojó los hombros.

—¿Este era tu gran secreto? Jason, es maravilloso. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No quería ponerte en una situación incómoda. Después de todo, tú eres la asesora legal de Tritón. ¿Todas esas horas nocturnas en la oficina? Intentaba acabar mi trabajo. No quería dejarlos colgados. Tritón es una compañía poderosa; no quería provocar ningún resentimiento.

—Cariño, no hay ninguna ley que te prohíba trabajar en otra compañía. Estarán contentos por ti.

—¡Estupendo! —El tono amargo la intrigó por un momento, pero él añadió de prisa antes de que ella pudiera interrogarle—: También pagarán todos nuestros gastos de traslado. De hecho, obtendremos una buena ganancia con la venta de esta casa, lo suficiente para pagar todas las deudas.

—¿Traslado? —preguntó ella, inquieta.

—Las oficinas centrales de Allegra están en Los Ángeles. Allí es donde nos trasladaremos. Si no te parece bien respetaré tu decisión.

—Jason, sabes que mi bufete tiene una oficina en Los Ángeles. Será perfecto. — Ella se apoyó una vez más contra el cabezal y miró al techo. Después miró a su marido con un brillo de picardía en los ojos—. A ver, con el triple de tu sueldo actual, la ganancia por la venta de esta casa y las acciones, podría convertirme en madre a jornada completa un poco antes de lo que pensaba.

Jason sonrió mientras ella le daba un abrazo de felicitación.

—Por eso me sorprendió tanto que me dijeras que tenías una reunión con Tritón.

Ella le miró confusa.

—Ellos creen que me tomé unos días libres para trabajar en casa.

—Oh, bueno, cariño, no te preocupes. No te descubriré. Ya sabes eso de la relación de privilegio entre abogado y cliente; pero existe un privilegio mucho mayor entre una esposa ardiente y su fuerte y apuesto marido. —Se cruzaron sus miradas y ella rozó con sus labios la mejilla de Jason.

Jason se sentó en el borde de la cama.

—Gracias, preciosa, me alegro de habértelo contado. —Se encogió de hombros—. Más vale que me vaya a duchar. Quizá consiga acabar unas cuantas cosas antes de marcharme.

Antes de que pudiera levantarse, ella le rodeó la cintura con los brazos.

—Me encantaría ayudarte a acabar una cosa, Jason.

Él volvió la cabeza para mirarla. Sidney estaba desnuda, el camisón yacía a los pies de la cama. Sus grandes pechos se apretaban contra sus nalgas. Jason sonrió; deslizó una mano por la espalda de la mujer y le apretó el culo con cariño.

—Sid, siempre he dicho que tienes el culo más bonito del mundo.

—Si no te molesta que esté un poco más gordo, pero te prometo que estoy en ello.

Las manos fuertes de Jason se deslizaron bajo sus axilas, y la levantó hasta que estuvieron cara a cara. Sus ojos miraron los suyos y su boca formó una línea solemne antes de decir:

—Ahora estás más hermosa que el día en que te conocí, Sidney Archer, y cada día te quiero más y más.

Pronunció las palabras con dulzura y lentamente, de aquella manera que siempre la hacía temblar. No eran las palabras en sí las que le provocaban ese efecto. Cualquiera las podía decir. Era la forma en que él las decía. La convicción absoluta en la voz, en los ojos, en la presión de sus manos sobre su piel.

Jason volvió a mirar el reloj y mostró una sonrisa traviesa.

—No me quedan más de tres horas si quiero tomar el avión.

Ella le rodeó el cuello con un brazo y tiró de Jason hasta ponerlo sobre su cuerpo.

—Tres horas pueden ser toda una vida —respondió.

Dos horas más tarde, con el pelo todavía mojado de la ducha, Jason Archer cruzó el vestíbulo de su casa y abrió la puerta de un cuarto pequeño. Decorado como una

oficina con un ordenador, archivadores, una mesa de madera y dos estanterías pequeñas, el espacio estaba atiborrado pero en orden. Una ventana pequeña daba a un patío oscuro.

Jason cerró la puerta, sacó una llave del cajón de la mesa y abrió el primer cajón de un archivador. Se detuvo con el oído atento a cualquier sonido. Esto se había convertido en un hábito incluso dentro de su propio hogar. La repentina revelación le causó un profundo malestar. Su esposa se había vuelto a dormir. Amy descansaba tranquilamente dos puertas más allá. Metió la mano en el archivador y sacó una anticuada cartera de cuero muy usada con dos correas y hebillas de latón. Jason abrió la cartera y sacó un disquete virgen. Las instrucciones que había recibido eran precisas. Poner todo lo que tenía en un disquete, hacer una copia impresa de los documentos y después destruir todo lo demás.

Metió el disquete en la disquetera y copió todos los documentos que había preparado en él. Hecho esto, se demoró con el dedo sobre la tecla de borrar mientras se preparaba para seguir las instrucciones sobre la destrucción de todos los archivos pertinentes en el disco duro.

Sin embargo, continuó con el dedo en alto hasta que por fin decidió seguir los dictados del instinto.

Solo tardó unos minutos en hacer una segunda copia del disquete: después borró los archivos del disco duro. Controló el contenido de la copia en la pantalla antes de teclear una serie de órdenes. Mientras esperaba, el texto en la pantalla se transformó en un galimatías. Salvó los cambios, salió del archivo, sacó el disquete duplicado de la disquetera y lo metió en un pequeño sobre acolchado, que guardó en el fondo de uno de los bolsillos interiores de la cartera. A continuación, hizo una copia impresa del contenido del disquete original, y guardó las páginas y el disquete en la cartera.

Después, buscó la billetera y retiró la tarjeta de plástico que permitía el acceso a su oficina en la empresa. Ya no volvería a necesitarla. Metió la tarjeta en el cajón de la mesa y lo cerró.

Contempló la cartera mientras pensaba en otra cosa. No le gustaba haber mentido a su esposa. Nunca lo había hecho y el sentimiento le resultaba repugnante. Pero ahora ya casi había acabado. Se estremeció al recordar todos los riesgos que había corrido, y volvió a estremecerse al pensar que su esposa no sabía absolutamente nada. Repasó en silencio todo el plan. La ruta a seguir, las medidas evasivas que emplearía, los nombres en código de las personas que le recibirían. A pesar de todo, su mente divagaba. Miró a través de la ventana como si quisiera ver más allá del horizonte, y detrás de las gafas sus ojos parecían aumentar cada vez más de tamaño mientras él analizaba las posibilidades. A partir del día siguiente podría decir por primera vez que el riesgo había valido la pena. Lo único que debía hacer era sobrevivir hoy.

La oscuridad que envolvía el aeropuerto internacional Dulles no tardaría en desaparecer con la llegada de la aurora. A medida que se desperezaba el nuevo día, un taxi se detuvo delante de la terminal aérea. Jason Archer se apeó del coche. Llevaba la cartera de cuero en una mano y el maletín metálico negro, con el ordenador portátil dentro, en la otra. Se puso un sombrero verde de ala ancha con cinta de cuero.

Jason sonrió mientras recordaba el encuentro sexual con su esposa. Ambos se habían duchado, pero el olor del reciente acto sexual permanecía y, por un momento, Jason Archer había deseado hacerle el amor a Sid otra vez.

Dejó el ordenador en el suelo, metió la mano en el interior del taxi y sacó la enorme bolsa de lona, qué se colgó al hombro.

En el mostrador de embarque de la Western Airlines, Jason presentó el carné de conducir, le dieron el número de asiento y la tarjeta de embarque, y facturó la bolsa. Se tomó un momento para arreglarse el cuello del abrigo de piel de camello, bajó el ala del sombrero un poco más sobre la frente y se ajustó el nudo de la corbata con dibujos en dorado, castaño y azul. Los pantalones anchos eran de color gris oscuro. A nadie le hubiese llamado la atención, pero llevaba calcetines de deporte blancos y los zapatos oscuros eran en realidad, zapatillas de tenis. Unos minutos más tarde, Archer compró el *USA Today* y una taza de café en las máquinas automáticas. Luego pasó por los controles de seguridad.

El autobús a la terminal de vuelos nacionales estaba lleno hasta un poco más de la mitad. Jason se sumó a los hombres y mujeres vestidos como él: trajes oscuros, toques de color en el cuello, sujetando cansa dos los carritos con el equipaje de mano.

Jason no soltó en ningún momento la cartera; sujetaba el maletín negro entre las rodillas. De vez en cuando echaba una ojeada al interior del autobús y contemplaba a los ocupantes somnolientos. Después volvía a mirar el periódico mientras el vehículo se bamboleaba camino de la terminal.

Jason controló la hora mientras esperaba sentado en la gran sala delante de la puerta 11. Faltaba poco para embarcar. Miró a través de los ventanales la hilera de aviones de la Western Airlines pintados a rayas amarillas y marrones que los operarios preparaban para los primeros vuelos de la mañana. Bandas de color rosa aparecían en el cielo a medida que el sol ascendía lentamente para iluminar la costa este. Afuera, el viento soplaba con fuerza contra los gruesos cristales; los operarios se inclinaban hacia delante para oponerse al empuje invisible de la naturaleza. Estaban a las puertas del invierno y muy pronto las ventiscas y la nieve dominarían la región hasta el próximo mes de abril.

Sacó la tarjeta de embarque del bolsillo interior del abrigo y leyó el texto: «Vuelo 3223 de la Western Airlines directo al aeropuerto internacional de Los Ángeles con salida desde el aeropuerto internacional Dulles de Washington». Jason había nacido y se había criado en la zona de Los Ángeles, pero no había estado allí desde hacía más

de dos años. Al otro lado de la inmensa nave de la terminal anunciaban el embarque para el vuelo de Western Airlines con destino a Seattle con escala en Chicago. Jason, inquieto, se pasó la lengua por los labios. Tragó saliva un par de veces porque notaba la garganta seca. Mientras se acababa el café, hojeó el periódico leyendo sin mucha atención los titulares sobre las catástrofes y miserias colectivas del mundo que aparecían en todas las páginas.

Jason abandonó la lectura de los titulares para fijarse en un hombre que avanzaba con paso decidido por el centro de la sala de espera. Medía un metro ochenta de estatura, era delgado y tenía el pelo rubio. Vestía un abrigo de pelo de camello y pantalones grises anchos. Una corbata idéntica a la de Jason asomaba por el cuello del abrigo. Lo mismo que Jason, llevaba una cartera de cuero y un maletín metálico negro. En la mano que sostenía el maletín también llevaba un sobre blanco.

Jason se levantó de prisa y caminó hacia los lavabos que acababan de reabrir después de limpiarlos.

Entró en el último reservado, cerró la puerta con el cerrojo y colgó el abrigo en la percha de la puerta; abrió la cartera, sacó una bolsa plegable de gran tamaño y un espejo pequeño. Lo sujetó en la mampara con un imán, adherido en la parte de atrás. A continuación cogió unas gafas oscuras de montura gruesa para reemplazar las suyas de montura de alambre, y un bigote negro. Una peluca de pelo corto negro hacía juego con el bigote. Se quitó la corbata y la americana, las metió en la bolsa y se puso una sudadera de los Washington Huskies. Luego se quitó los pantalones grises y dejó a la vista un pantalón de chándal a juego con la sudadera. El abrigo era reversible y en lugar de color arena se convirtió en azul oscuro. Jason comprobó una vez más su aspecto en el espejo. La cartera, el maletín metálico y el espejo desaparecieron en la bolsa. Dejó el sombrero colgado en la percha. Quitó el cerrojo, salió del reservado y se acercó a uno de los lavabos.

Después de lavarse las manos, Jason contempló su rostro en el espejo. En el reflejo vio al hombre alto y rubio entrar en el reservado que él acababa de abandonar. Jason se tomó unos instantes para secarse bien las manos y atusarse la nueva cabellera. Para entonces el hombre ya había salido del reservado con el sombrero de Jason en la cabeza. Sin el disfraz, Jason y el hombre hubieran pasado por mellizos. Tropezaron al salir de los lavabos. Jason murmuró una disculpa; el hombre ni siquiera le miró. Se alejó a paso rápido con el billete de avión de Jason en el bolsillo de la camisa, mientras Jason guardaba el sobre blanco en un bolsillo del abrigo.

Jason estaba a punto de regresar a su asiento cuando miró hacia la batería de teléfonos públicos. Vaciló un instante y al final fue hasta uno de los teléfonos y marcó un número.

—¿Sid?

—¿Jason? —preguntó ella mientras intentaba acabar de vestirse, dar el desayuno a la revoltosa Amy y meter unos carpetas en su maletín—. ¿Qué pasa? ¿Hay demora en el vuelo?

—No, no, saldrá dentro de unos minutos. —Hizo una pausa al ver su nuevo aspecto reflejado en el metal pulido del teléfono. Le daba vergüenza hablar con su esposa disfrazado.

—¿Pasa algo malo? —le preguntó ella, muy ocupada en ponerle el abrigo a la pequeña.

—No, no. Solo se me ha ocurrido llamar para saber cómo van las cosas.

El gruñido exasperado de Sidney se oyó con toda claridad.

—Yo te diré cómo van las cosas: se me hace tarde, como siempre tu hija se niega a colaborar, y acabo de darme cuenta de que me he dejado el billete de avión y algunos documentos que necesito en el despacho, con lo cual en lugar de tener media hora de sobra solo me quedan unos diez segundos.

—Yo... lo siento, Sid. Yo... —Jason sujetó con fuerza la bolsa. Hoy era el último día, y lo repitió: el último día. Si le pasaba alguna cosa, si por algún motivo, a pesar de las precauciones, no conseguía regresar, ella nunca sabría la verdad.

Sidney estaba furiosa. Amy acababa de derramar el bol de cereales sobre su abrigo y buena parte de la leche había ido a parar al maletín con los documentos, mientras ella intentaba sujetar el teléfono debajo de la barbilla.

—Tengo que dejarte, Jason.

—No, Sid, espera. Necesito decirte algo...

Sidney se puso de pie. Su tono no daba lugar a ninguna alternativa mientras contemplaba el desastre provocado por su hija de dos años, que ahora la miraba desafiante alzando la barbilla que se parecía mucho a la suya.

—Jason, lo que sea tendrá que esperar. Yo también tengo que coger un avión. Adiós.

Colgó el teléfono, cogió a la niña, se la puso bien sujeta debajo del brazo y se dirigió a la puerta.

Jason también colgó el teléfono y se volvió. Dejó escapar un suspiro y por enésima vez rezó para que todo saliera de acuerdo con lo planeado. No se fijó en un hombre que miró distraído en su dirección antes de volverse. Un poco antes, el mismo hombre se había cruzado con Jason cuando él se dirigía a los lavabos, lo bastante cerca como para leer la tarjeta de identificación sujeta a la bolsa de viaje. Era un descuido pequeño pero significativo por parte de Jason, porque la tarjeta consignaba su nombre y dirección reales.

Unos minutos más tarde, Jason estaba en la cola de embarque. Sacó el sobre blanco que le había dado el hombre en los lavabos y extrajo el billete que contenía. Se preguntó cómo sería Seattle. Miró a través de la sala a tiempo para ver a su sosa embarcar en el vuelo a Los Ángeles. Entonces Jason vio a otro pasajero del mismo vuelo. Alto, delgado, calvo y una barba abundante en el rostro cuadrado. Las facciones muy expresivas le resultaban conocidas, pero el hombre desapareció por la puerta de embarque antes de que Jason tuviera la ocasión de recordarlo. El joven se encogió de hombros, entregó la tarjeta de embarque y caminó por la pasarela hasta el

avión.

Apenas media hora más tarde, mientras el avión en el que viajaba Arthur Lieberman se estrellaba contra el suelo y las espesas columnas de humo ascendían hacia el cielo, a centenares de kilómetros más al norte, Jason Archer bebía un trago de café y abría su ordenador portátil. Con una sonrisa, miró a través de la ventanilla del avión que volaba hacia Chicago. La primera parte del viaje había transcurrido sin problemas, y el capitán acababa de anunciar que el tiempo sería bueno a lo largo de toda la ruta.

Sidney Archer tocó la bocina impaciente y el coche que tenía delante aceleró para cruzar el semáforo en verde. Echó un vistazo al reloj del tablero. Tarde como siempre. En un movimiento reflejo miró el espejo retrovisor del Ford Explorer. Amy, con el osito *Winnie* bien sujeto en una de sus pequeñas manos, dormía profundamente en la silla portabebés. Amy tenía el pelo rubio, la barbilla fuerte y la nariz afilada de la madre. Los picaros ojos azules y mucha de su gracia atlética le venían del padre, aunque Sidney Archer había sido en la universidad uno de los *pivots* del equipo de baloncesto femenino.

Entró en el aparcamiento cubierto y aparcó el coche delante de un edificio de ladrillos de una sola planta. Se apeó, abrió la puerta trasera del Ford y sacó a Amy de la silla sin olvidarse del osito y la bolsa de la niña. Sidney le subió la capucha del abrigo y protegió del viento frío el rostro de su hija con su abrigo. El cartel encima de las puertas de cristal decía: «PARVULARIO DEL CONDADO JEFFERSON».

En el interior, Sidney le quitó el abrigo a Amy, aprovechó la ocasión para limpiar los restos de los cereales, y comprobó el contenido de la bolsa antes de entregársela a Karen, una de las puericultoras. El mono blanco de Karen estaba manchado de cera roja en el pecho, y tenía una mancha de lo que parecía mermelada en la manga derecha.

—Hola, Amy. Tenemos unos juguetes nuevos que te encantará probar. —Karen se arrodilló delante de la niña. Amy la miró con su osito en una mano y el pulgar de la otra en la boca.

—Puré de calabacín y zanahoria, zumo y un plátano —dijo Sidney con la bolsa en alto—. Si se porta muy bien le puedes dar unas patatas fritas y una galleta de chocolate. Déjala dormir la siesta un poco más, Karen, ha pasado mala noche.

Karen le ofreció un dedo a Amy para que se sujetara.

—De acuerdo, señora Archer. Amy siempre se porta bien, ¿no es así?

Sidney se agachó para darle un beso a la niña.

—En eso tienes razón. Excepto cuando no quiere comer, dormir o hacer lo que le dicen.

Karen era madre de un niño de la misma edad de Amy. Las dos madres intercambiaron una sonrisa experta.

—Vendré a buscarla alrededor de las siete y media, Karen.

—No hay problema.

—Adiós, mami, te quiero.

Sidney volvió la cabeza y vio a Amy que la despedía agitando la mano. En la distancia, parecía un bulto adorable, y la ternura que provocó en Sidney le hizo olvidar el enfado del desayuno. Respondió afectuosa al saludo.

—Yo también te quiero. Esta noche tomaremos helado de postre. Y estoy segura de que papá llamará por teléfono, ¿vale?

Una sonrisa maravillosa apareció en el rostro de Amy.

Media hora más tarde, Sidney entró en el aparcamiento de su oficina, recogió el maletín, cerró la portezuela del coche de un golpe y corrió hacia el ascensor. El viento helado que soplaba en el aparcamiento subterráneo alegró sus pensamientos. Muy pronto volverían a encender el viejo hogar de piedra en la sala. Le encantaba el olor de la madera al arder; era reconfortante y le hacía sentir segura. La proximidad del invierno le hizo pensar en Navidad. Este sería el primer diciembre en el que Amy se daría cuenta de que era un tiempo muy especial. Sidney se entusiasmó cada vez más con la proximidad de las vacaciones. Irían a pasar el día de Acción de Gracias con sus padres, pero este año Jason, Sidney y Amy estarían en casa para Navidad. Los tres solos. Delante del fuego con un árbol de Navidad bien grande y una montaña de regalos para su hijita.

Aunque Sidney se había reprochado a sí misma por el retraso, solo eran las ocho menos cuarto cuando salió del ascensor.

A pesar de su condición de empleada a tiempo parcial, era una de las abogadas más trabajadoras del bufete. Los socios principales de Tylery Stone sonreían cada vez que pasaban por delante de la oficina de Sidney Archer, satisfechos porque sus partes del pastel eran cada vez más grandes gracias a sus esfuerzos. Aunque ellos probablemente creían que la estaban utilizando, Sidney tenía sus propios planes. Este trabajo solo era un paso intermedio. Siempre podría practicar su profesión; sin embargo, tenía una única oportunidad de ser la madre de Amy mientras ella todavía era pequeña.

La vieja casa de piedra y ladrillo la habían comprado casi a mitad de precio porque necesitaba una rehabilitación a fondo. Los trabajos los habían acabado tras dos años después de feroces discusiones con los subcontratistas. Habían cambiado el Jaguar por el destartado Ford de seis años. Habían gastado casi todo el dinero de los créditos para estudiantes, y habían reducido los gastos mensuales casi en un cincuenta por ciento a través de muchos sacrificios y sentido común. Dentro de un año los Archer no tendrían deudas.

Volvió a pensar en las primeras horas de la mañana. Las noticias de Jason habían sido una bomba. Pero apenas sí pudo dominar la sonrisa al considerar las posibilidades. Estaba orgullosa de Jason. Él se merecía el éxito más que nadie. Todo indicaba que este sería un buen año. Tantas noches de trabajar hasta muy tarde... Sin duda, había estado dando los toques finales a su trabajo. ¡Cuántas horas de preocupación innecesaria por su parte! Ahora le sabía mal haberle colgado el teléfono. Se encargaría de recompensarlo cuando él regresara.

Sidney abrió la puerta, recorrió a buen paso el pasillo y entró en su oficina. Comprobó el correo electrónico y no había mensajes urgentes. Llenó el maletín con los documentos que necesitaba para el viaje, recogió los pasajes de avión de la silla donde los había dejado su secretaria y guardó el ordenador portátil en la funda. Dictó un montón de instrucciones en el buzón de voz para su secretaria y los cuatro

abogados del bufete que colaboraban con ella en diversos asuntos. Con paso vacilante por el peso que cargaba entró en el ascensor.

Sidney presentó su billete en la mesa de embarque de USAir en el aeropuerto Nacional y unos minutos más tarde se acomodaba en su butaca en un Boeing 737. Confiaba en que el avión despegara puntual para el viaje de cincuenta y cinco minutos escasos al aeropuerto La Guardia en Nueva York. Por desgracia, se tardaba casi lo mismo para ir en coche desde el aeropuerto a la ciudad que para atravesar los trescientos setenta kilómetros que separaban la capital de la nación de la capital del mundo financiero.

El vuelo, como de costumbre, estaba lleno. Mientras se sentaba, se fijó en que el asiento contiguo lo ocupaba un hombre mayor vestido con un anticuado traje a rayas con chaleco. Una corbata roja con el nudo ancho contrastaba con la pechera almidonada de la camisa blanca. Sobre los muslos tenía una vieja cartera de cuero. Las manos delgadas y nerviosas se abrían y cerraban mientras él miraba a través de la ventanilla. Pequeños mechones de pelo blanco asomaban por debajo de los lóbulos de las orejas. El cuello de la camisa le bailaba alrededor del cuello delgado y flácido como trozos de papel despegado de la pared. Sidney observó las gotas de sudor que perlaban el labio superior y la sien izquierda.

El avión inició la carrera hacia la pista principal. El ruido de los alerones que se colocaban en la posición de despegue pareció calmar al hombre, que se volvió hacia Sidney.

—Eso es lo único que quiero escuchar —afirmó con una voz profunda y el deje de los que han pasado toda su vida en el sur.

—¿Cómo es eso? —preguntó Sidney con curiosidad.

—Me aseguro de que no se olviden de bajar los malditos alerones para que esta cosa se levante del suelo —respondió él al tiempo que señalaba el exterior—. ¿Recuerda aquel avión en Detroit? —Pronunció la palabra como si en realidad fueran dos—. Los malditos pilotos se olvidaron de poner los alerones en la posición correcta y mataron a todos los que iban a bordo excepto a aquella niñita.

Sidney miró a través de la ventanilla por un momento.

—Estoy segura de que los pilotos lo tienen muy presente —señaló.

Sidney suspiró para sus adentros. Lo que menos necesitaba era estar sentada junto a un pasajero nervioso. Volvió a ocuparse de sus notas y echó un vistazo rápido a su presentación antes de que las azafatas hicieran que todos guardaran sus pertenencias debajo de los asientos. En cuanto la vio aparecer guardó los papeles en el maletín y lo metió debajo del asiento que tenía delante. Miró a través de la ventanilla las aguas oscuras y turbulentas del Potomac. Las bandadas de gaviotas que sobrevolaban el río parecían a los lejos como trozos de papel arrastrados por el viento. El capitán anunció por el intercomunicador que el avión de USAir era el siguiente en la cola de despegue.

Unos segundos más tarde, el avión realizó un despegue impecable. Viró a la

izquierda para evitar la zona de vuelo prohibido por encima del Capitolio y la Casa Blanca, y comenzó el ascenso hacia la altitud de crucero.

El avión se niveló al llegar a los diez mil metros de altura y las azafatas pasaron con el carrito de bebidas. Sidney se hizo con una taza de té y una bolsa de cacahuetes salados. El hombre mayor no quiso beber nada y siguió mirando nervioso a través de la ventanilla.

Sidney recogió el maletín dispuesta a aprovechar la siguiente media hora. Se arrellanó en el asiento y sacó algunos papeles del maletín. Mientras comenzaba a leerlos observó que el anciano no dejaba de mirar el exterior; el cuerpo tenso saltaba con cada brinco del aparato, atento a cualquier sonido anormal que anunciara la catástrofe. Las venas le abultaban en el cuello y se le veían los nudillos blancos de la presión que ejercían las manos contra los brazos del asiento. La expresión de Sidney se suavizó. Estar asustado ya era bastante malo y la sensación de estar solo en el miedo complicaba las cosas. Tendió una mano y le palmeó el brazo al tiempo que sonreía. Él volvió la cabeza y respondió a la sonrisa, con un poco de vergüenza.

—Los pilotos han hecho este vuelo centenares de veces. Estoy segura de que se conocen todos los trucos —comentó ella con voz tranquila.

Él sonrió una vez más y se frotó las manos para devolverles la circulación.

—Tiene toda la razón, señora.

—Sidney, Sidney Archer.

—Yo me llamo George Beard. Mucho gusto, Sidney.

Se dieron un fuerte apretón de manos.

Beard miró de pronto las nubes desgarradas. La luz del sol era muy fuerte. Bajó hasta la mitad la cortina de la ventanilla.

—Llevo tantos años volando que lo lógico sería estar acostumbrado.

—Puede ser una experiencia dura para cualquiera, George, por mucho que la repita —comentó Sidney en un tono comprensivo—. Pero no tan terrible como los taxis que tendremos que coger para ir a la ciudad.

Ambos se rieron. Entonces Beard dio un saltito cuando el avión entró en otra bolsa de aire y su rostro adquirió una vez más un tono ceniciento.

—¿Viaja a menudo a Nueva York, George?

Sidney intentó que no se separaran sus miradas. En el pasado nunca le habían preocupado los medios de transporte. Pero desde que había tenido a Amy, sentía una ligera aprensión cuando subía a un avión o a un tren, e incluso cuando conducía el coche. Observó el rostro de Beard mientras el hombre volvía a ponerse tenso con los saltos del avión.

—George, no pasa nada. Solo es una pequeña turbulencia.

Él inspiró con fuerza y, por fin, la miró a los ojos.

—Estoy en la junta directiva de un par de compañías con sede en Nueva York. Tengo que ir allí dos veces al año.

Sidney echó una ojeada a los documentos y de pronto recordó una cosa. Frunció

el entrecejo. Había un error en la página cuatro. Tendría que corregirlo cuando llegara a la ciudad. George Beard le tocó el brazo.

—Supongo que hoy no nos pasará nada. Me refiero a que ¿cuántas veces se producen dos catástrofes en un mismo día? Dígamelo.

Sidney, preocupada, no le respondió en el acto. Por fin se volvió hacia él con los ojos entrecerrados.

—¿Perdón?

Beard se inclinó hacia ella en una actitud confidencial.

—A primera hora de la mañana tomé el puente aéreo desde Richmond. Llegué al Nacional sobre las ocho. Oí a dos pilotos que hablaban. No me lo podía creer. Estaban nerviosos, se lo juro. Caray, yo también lo hubiera estado.

El rostro de Sidney reflejó su confusión.

—¿De qué está hablando?

Beard se inclinó un poco más.

—No sé si esto ya es del conocimiento público, pero mi audífono funciona mucho mejor con las pilas nuevas, así que aquellos tipos quizá pensaron que no podía oírles.

—Hizo una pausa teatral y miró atenta mente a su alrededor antes de mirar otra vez a Sidney—. Esta mañana hubo un accidente aéreo. No hay supervivientes. —Las cejas blancas y gruesas se movían como la cola de un gato.

Por un instante, todos los órganos importantes de Sidney parecieron dejar de funcionar.

—¿Dónde?

—No pude oírlo. —Beard meneó la cabeza—. Sin embargo, era un reactor, uno bastante grande. Al parecer, se cayó sin más. Supongo que por eso los tipos estaban tan nerviosos. No saber por qué es terrible, ¿verdad?

—¿Sabe la compañía?

—No, pero no tardaremos en saberlo. —Volvió a menear la cabeza—. Lo dirán en la televisión cuando llegemos a Nueva York. Llamé a mi esposa desde el aeropuerto para decirle que estaba bien. Demonios, ella ni siquiera se había enterado, pero no quería que se preocupara cuando dieran la noticia en la televisión.

Sidney miró la corbata roja del viejo. De pronto la vio como una enorme herida sangrante en la garganta. Las posibilidades... No, era imposible. Meneó la cabeza y miró al frente. Delante tenía la solución rápida a su preocupación. Metió la tarjeta de crédito en la ranura del asiento que tenía delante, cogió el auricular del teléfono y marcó el número del mensáfono SkyWord de Jason. No tenía el número de su nuevo teléfono móvil; de todas maneras, él acostumbraba a desconectar el teléfono en los vuelos. Las azafatas le habían llamado la atención en dos ocasiones por recibir llamadas telefónicas en vuelo. Sidney rogó a Dios que su marido se hubiera acordado de llevar el mensáfono. Miró la hora. En estos momentos estaría volando por el Medio Oeste, pero como la transmisión se hacía vía satélite, el mensáfono recibiría la llamada sin inconvenientes. Sin embargo, él no podría responder a la llamada desde

el teléfono del avión porque el 737 en el que viajaba ella no estaba equipado con la tecnología adecuada. Así que dejó el número de la oficina. Esperaría diez minutos y llamaría a la secretaria.

Pasaron los diez minutos y llamó a la oficina. La secretaria cogió el teléfono a la segunda llamada. No, su esposo no había llamado. Ante la insistencia de Sidney, la secretaria comprobó el buzón de voz. Tampoco había ningún mensaje. La secretaria no estaba enterada de ningún accidente aéreo. Sidney se preguntó si George Beard no habría interpretado mal la conversación de los pilotos. Probablemente el hombre se había imaginado todo tipo de catástrofes, pero ella necesitaba estar segura. Se esforzó hasta recordar el nombre de la compañía en la que volaba su marido. Llamó a información y consiguió el número de United Airlines. Por fin consiguió hablar con una empleada que le confirmó que la compañía tenía un vuelo matutino de Dulles a Los Ángeles pero que no tenía información sobre ningún accidente aéreo. La mujer parecía estar poco dispuesta a discutir el tema por teléfono y Sidney colgó llena de nuevas dudas. Después llamó a American y, luego, a Western Airlines. No consiguió hablar con ninguna de las dos compañías. Las líneas estaban permanentemente ocupadas. Lo intentó otra vez, con el mismo resultado. Notó un entumecimiento por todo el cuerpo. George Beard le tocó el brazo.

—Sidney... señora, ¿está bien?

Sidney no contestó. Continuó con la mirada perdida en el vacío, ajena a todo excepto al pensamiento obsesivo de salir la primera del avión en cuanto aterrizaran.

Jason Archer miró el mensáfono SkyWord y el número que aparecía en la pequeña pantalla. Se rascó la barbilla, y después se quitó las gafas y las limpió con la servilleta de papel de la comida. Era el número del teléfono directo de la oficina de su esposa. Al igual que el avión de Sidney, el DC-10 en el que viajaba él tenía teléfonos instalados en los respaldos de los asientos. Tendió la mano para coger el auricular pero se detuvo. Sabía que Sidney estaba en las oficinas que su bufete tenía en Nueva York, y, por lo tanto, le intrigaba que ella le hubiese dejado el número de su oficina en Washington. Por un instante terrible, pensó en que algo le había pasado a Amy. Volvió a mirar el número en el mensáfono. La llamada se había recibido a las nueve y media, hora del Este. En estos momentos, su esposa estaba a medio camino de Nueva York. Por lo tanto, no podía ser nada relacionado con Amy. La pequeña estaba en la guardería desde antes de las ocho. ¿Le había llamado para disculparse por haberle colgado antes? Decidió que era poco probable. Aquello había sido algo sin ninguna importancia. Esto no tenía sentido. ¿Por qué diablos le llamaba desde el avión y le dejaba el número de la oficina donde él sabía que no estaba?

De pronto se puso pálido. A menos que no fuera su esposa la que había llamado. A la vista de las circunstancias tan extrañas, Jason llegó a la conclusión de que Sidney no había hecho la llamada. En un gesto instintivo miró a su alrededor. La mayoría de los pasajeros miraban la película.

Se arrellanó en el asiento y removió el café con la cucharilla de plástico. Las azafatas estaban retirando las bandejas de la comida y ofrecían almohadas y mantas. La mano de Jason se cerró protectora alrededor del asa de la cartera. Echó una ojeada al ordenador portátil metido debajo del asiento. Quizá habían cancelado el viaje; sin embargo, Gamble ya estaba en Nueva York y Jason sabía que nadie cancelaba una reunión con Nathan Gamble. Además, el trato con CyberCom pasaba por un momento crítico.

Se apretó todavía más contra el asiento, sin dejar de jugar con el mensáfono como si fuese una bola de plastilina. ¿Qué pasaría si llamaba a la oficina de su esposa? ¿Desviarían la llamada a Nueva York? ¿Te nía que llamar a casa y escuchar los mensajes? En este momento, para concretar cualquiera de las opciones necesitaba utilizar el teléfono móvil. En la cartera llevaba un modelo nuevo con los últimos adelantos en materia de seguridad y codificación; sin embargo, los reglamentos aéreos le prohibían utilizarlo. Tendría que emplear uno suministrado por la compañía aérea, en cuyo caso debería usar la tarjeta de crédito o la de teléfonos. Y esta no era una línea segura porque habría la posibilidad, por remota que fuera, de localizarlo. Por lo menos, dejaría un rastro. Se suponía que él viajaba a Los Ángeles y, en cambio, se encontraba a diez mil metros de altura sobre Denver, Colorado, camino de la costa noroeste. Este tropiezo inesperado ponía en peligro todo lo planeado. Esperaba que no fuese un anticipo de males futuros.

Jason volvió a mirar el mensáfono. El SkyWord ofrecía un servicio de titulares y noticias de última hora varias veces al día. La información política y financiera que aparecía en estos momentos en la pantalla no le interesaba en lo más mínimo. Volvió a darle vueltas al tema de la llamada durante unos minutos más hasta que, finalmente, borró el mensaje y se colocó los audífonos. Sin embargo, su atención estaba muy lejos de lo que pasaba en la pantalla.

Sidney cruzó a la carrera la atestada terminal de La Guardia, con las dos maletas golpeando contra sus piernas. No vio al joven hasta que casi chocó contra ella.

—¿Sidney Archer? —Tenía unos veintitantos años. Vestía un traje negro y corbata, y una gorra de chófer cubría el pelo castaño ondulado. Ella se detuvo y le miró con los ojos opacos, con el miedo oprimiéndole la garganta mientras esperaba que él le diera la terrible noticia. Entonces vio el cartel que él llevaba en la mano y se le aflojaron todos los músculos. El bufete había enviado un coche para llevarla a las oficinas de Manhattan. Lo había olvidado. Asintió lentamente mientras la sangre volvía a circular por sus venas.

El joven cogió una de las maletas y la guio hacia la salida.

—Me dieron su descripción en la oficina. Es lo mejor, porque a veces la gente no ve el cartel. Todo el mundo se mueve deprisa por aquí, preocupados, ya sabe. Hace falta tener toda la información posible. El coche está aparcado aquí mismo. Será mejor que se abroche bien el abrigo, hace mucho frío.

Sidney vaciló al pasar por delante del mostrador de embarque. Largas colas salían de los mostradores de las compañías mientras los viajeros nerviosos intentaban valientemente mantenerse un paso por delante de las exigencias de un mundo que parecía superar cada vez más las capacidades humanas. Echó un rápido vistazo a la terminal en busca de algún empleado de línea aérea. Lo único que vio fue a los mozos que empujaban tranquilamente los carretones cargados con las maletas ajenos a la histeria de los pasajeros. Era caótico, pero era un caos normal. Eso era una buena señal, ¿no? El chófer la miró.

—¿Todo en orden, señora Archer? ¿Se encuentra bien? —La palidez de Sidney había aumentado en los últimos segundos—. Tengo Tylenol en la limusina. Se recuperará de inmediato. Yo también me mareo en los aviones. Todo ese aire reciclado. En cuanto respire un poco de aire fresco se le pasará. Eso si se puede llamar fresco al aire de Nueva York.

Sonrió, pero su sonrisa desapareció en el acto cuando Sidney se alejó a la carrera.

—¿Señora Archer? —Fue tras ella.

Sidney había abordado a una mujer de uniforme cuyas placas e insignias la identificaban como empleada de American Airlines, y solo tardó unos segundos en formularle sus preguntas. La joven le miró asombrada.

—No tengo ninguna noticia —respondió la empleada en voz baja para no alarmar a los transeúntes—. ¿Quién se lo dijo? —La mujer sonrió al escuchar la respuesta de Sidney. El chófer se había reunido con ellas—. Acabo de salir de una reunión

informativa, señora. Si algo así le hubiera ocurrido a uno de nuestros aparatos, lo sabríamos. Confíe en mí.

—Pero ¿y si acabara de pasar? Quiero decir... —La voz de Sidney comenzó a subir de tono.

—Señora, no ha pasado nada. De verdad. No hay nada de qué preocuparse. Volar es la forma más segura de viajar.

La mujer estrechó con fuerza la mano de Sidney, miró al chófer con una sonrisa de ánimo y se marchó.

Sidney se quedó quieta durante unos momentos con la mirada puesta en la mujer que se alejaba. Después inspiró con fuerza, echó una ojeada a su alrededor y sacudió la cabeza desconsolada. Caminó una vez más hacia la salida al tiempo que miraba al chófer como si le viera por primera vez.

—¿Cómo se llama?

—Tom, Tom Richards. La gente me llama Tommy.

—Tommy, ¿hace mucho que está aquí?

—Una media hora. Me gusta llegar temprano. Los pasajeros no quieren tener problemas de transporte y yo se lo evito si puedo.

Llegaron a la salida y un viento helado azotó el rostro de Sidney. Por un momento se tambaleó y Tommy la cogió de un brazo.

—Señora, no tiene buena cara. ¿Quiere que la lleve al médico?

Sidney recuperó el equilibrio.

—Estoy bien. Vamos al coche.

El chófer se encogió de hombros y Sidney le siguió hasta la resplandeciente limusina negra. Tommy le abrió la puerta.

Sidney se recostó en el asiento y realizó varias inspiraciones profundas. Tommy se sentó al volante y arrancó el motor.

—Perdone —dijo mientras miraba a la pasajera por el espejo retrovisor. No quiero ser pesado, pero ¿está segura de que se encuentra bien?

—Estoy bien, gracias —contestó con una sonrisa forzada.

Volvió a inspirar muy hondo, se desabrochó el abrigo, se alisó la falda y cruzó las piernas. En el interior del coche hacía mucho calor y después del frío que acababa de pasar, la verdad era que no se encontraba muy bien. Miró la nuca del chófer.

—Tommy, ¿ha escuchado algún comentario sobre algún accidente de avión? ¿Mientras esperaba en el aeropuerto, o en las noticias?

—¿Accidente? —Tommy enarcó las cejas—. No he escuchado nada. Y llevo escuchando la radio toda la mañana. ¿Quién dice que se ha estrellado un avión? Eso es una locura. Tengo amigos en casi todas las líneas aéreas. Me lo hubiesen dicho.

La miró con desconfianza, como si de pronto no estuviese muy seguro de la cordura de la pasajera.

Sidney no respondió sino que se arrellanó en el asiento. Cogió el teléfono móvil del coche y marcó el número de las oficinas locales de Tylery Stone. Miró la hora.

Era temprano. La reunión estaba fijada para las once. Maldijo en silencio a George Beard. Sabía que las posibilidades de que su marido hubiese sufrido un accidente aéreo eran de una entre varios millones, un supuesto accidente del que, hasta el momento, solo un viejo aterrorizado parecía tener conocimiento. Sacudió la cabeza y sonrió. Todo el asunto era absurdo. Jason estaría trabajando en su ordenador portátil después de comer y tomar una segunda taza de café, o, lo más probable, mirando la película. Seguramente, el mensáfono de su marido dormía el sueño de los justos en la mesita de noche. Le metería una bronca cuando él volviera a casa. Jason se reiría de ella cuando le contara la historia. Pero eso sería estupendo. Ahora mismo se moría de ganas por escuchar esa risa.

—Soy Sidney —dijo por el teléfono—. Dile a Paul y a Harold que voy de camino. —Miró a través de la ventanilla el tráfico fluido—. Tardaré media hora, treinta y cinco minutos como máximo.

Guardó el teléfono y miró una vez más a través de la ventanilla. Los negros nubarrones presagiaban lluvia, e incluso el pesado Lincoln se sacudía con las rachas de viento mientras cruzaban el puente sobre el East River en su camino hacia Manhattan. Tommy la miró por el espejo retrovisor.

—Anuncian para hoy fuertes nevadas. Me parece una tontería. Ya ni me acuerdo desde cuándo los tipos del tiempo no aciertan un pronóstico. Pero si esta vez lo hacen, tendrá problemas para el viaje de regreso, señora. Ahora les ha dado por cerrar La Guardia en cuanto caen cuatro copos.

Sidney continuó mirando por la ventanilla, donde la multitud de rascacielos que formaban el famoso perfil urbano de Manhattan llenaba el horizonte. Los sólidos e imponentes edificios que se alzaban hacia el cielo le infundieron nuevos ánimos. En su imaginación veía el árbol de Navidad blanco que presidía la fiesta desde un rincón de la sala, el calor del fuego en el hogar, el contacto con el brazo de su marido que la rodeaba, la cabeza apoyada en su hombro. Y, lo mejor de todo, los ojos brillantes y encantados de su hijita. Pobre George Beard. Tendría que renunciar a esas juntas directivas. Era obvio que ya no tenía edad para aquellos trotes. Se dijo a sí misma que la fantástica historia no le habría afectado en lo más mínimo si su marido no hubiera volado hoy.

Miró a través del parabrisas y se relajó un poco.

—En realidad, Tommy, creo que a la vuelta tomaré el tren.

En la sala de conferencias principal de las oficinas de Tylery Stone, en el centro de Manhattan, acababa de terminar la presentación en vídeo de los últimos acuerdos comerciales y las estrategias legales para la compra de CyberCom. Sidney detuvo el vídeo y la pantalla recuperó su suave color azul. Observó las caras de las quince personas presentes, la mayoría hombres blancos en la cuarentena, que miraban ansiosas al hombre sentado en la cabecera. El grupo llevaba reunido horas y se palpaba la tensión.

Nathan Gamble, el presidente de Tritón Global, era un hombre con el pecho como un tonel, de mediana estatura, unos cincuenta y cinco años de edad y el pelo salpicado de gris peinado hacia atrás con una abundante cantidad de gomina. El costoso traje cruzado que vestía estaba hecho a la medida para acomodarlo a su cuerpo fornido. Tenía el rostro surcado de profundas arrugas y la piel mostraba un bronceado artificial. Su voz de barítono era autoritaria. Sidney se lo imaginó vociferando a sus temerosos subordinados en las salas de conferencias. Desde luego, era un hombre que sabía representar su condición de cabeza de una poderosa multinacional.

La mirada de los ojos castaño oscuro sombreados por las gruesas cejas canosas no se apartaba de Sidney, que le devolvió la mirada.

—¿Tiene alguna pregunta, Nathan?

—Solo una.

Sidney se preparó. Se lo veía venir.

—¿Cuál es? —preguntó con un tono amable.

—¿Por qué demonios hacemos esto?

Todos los presentes en la sala, excepto Sidney Archer, torcieron el gesto como si de pronto se hubiesen sentado sobre un alfiler gigante.

—Creo que no he entendido su pregunta.

—Claro que sí, a menos que sea estúpida, y sé que no lo es —replicó Gamble en voz baja y las facciones inescrutables a pesar de lo incisivo del tono.

Sidney se mordió la lengua para no decir una tontería.

—¿Supongo que no quiere venderse para poder comprar CyberCom?

Gamble echó una ojeada alrededor de la mesa antes de responder.

—He ofrecido una suma astronómica por esa compañía. Al parecer, no satisfechos con obtener unas ganancias del diez mil por cien sobre la inversión, ahora quieren revisar mis cuentas. ¿Correcto? —Miró a Sidney en busca de una respuesta. La joven asintió en silencio, y Gamble continuó—: He comprado un montón de compañías y nadie antes me pidió esos informes. Ahora CyberCom los quiere. Lo que me lleva a mi primera pregunta: ¿por qué hacemos esto? ¿Por qué demonios CyberCom es especial? —Su mirada volvió a recorrer a todos los presentes antes de clavarse una vez más en Sidney.

Un hombre sentado a la izquierda de Gamble se movió. Hasta el momento, toda su atención había estado puesta en la pantalla del ordenador portátil que tenía delante. Quentin Rowe, el jovencísimo presidente de Tritón y el segundo de Nathan Gamble. Mientras los demás hombres presentes vestían trajes, él llevaba pantalones caqui, viejos zapatos náuticos, una camisa vaquera y un chaleco marrón. En el lóbulo de la oreja izquierda tenía clavados dos diamantes. Su atuendo era el apropiado para aparecer en la cubierta de un álbum y no en una sala de juntas.

—Nathan, CyberCom es especial —dijo Rowe—. Sin ellos, dentro de un par de años estaremos fuera del negocio. La tecnología de CyberCom lo reinventará todo de arriba abajo, y después dominará todo el procesamiento de la información por Internet. Y en lo que respecta al negocio de la alta tecnología eso es como Moisés bajando de la montaña con los diez mandamientos: no hay alternativa. —El tono de Rowe era cansado pero con una cierta estridencia. No miró a su jefe.

Gamble encendió un puro y apoyó como con descuido el lujoso encendedor contra una pequeña placa de latón que ponía «NO FUMAR».

—Sabes, Rowe, ese es el problema con todas estas movidas de la alta tecnología: te levantas por la mañana siendo el rey del cotarro y a la noche eres un mierda. No tendría que haberme metido nunca en este maldito negocio.

—Vale, pero si lo único que te interesa es el dinero, piensa que Tritón es la compañía que domina la tecnología a nivel mundial y genera más de dos millones de dólares de beneficios al año —le contestó Rowe.

—Y más mierda para mañana por la noche. —Gamble miró de reojo a Rowe y soltó una bocanada de humo.

Sidney Archer anunció su intervención con un carraspeo.

—No si compras CyberCom, Nathan. —Gamble se volvió para mirarla—. Estarás en la cumbre durante los próximos diez años y triplicarás las ganancias en los primeros cinco.

—¿De veras? —Gamble no parecía convencido.

—Ella tiene razón —señaló Rowe—. Tienes que comprender que nadie, hasta el momento, ha conseguido diseñar el *software* y los periféricos de comunicación que permitan al usuario obtener el máximo rendimiento de Internet. Todos se han arruinado en el intento. CyberCom lo ha conseguido. Por eso hay esta guerra tan terrible por hacerse con la compañía. Nosotros estamos en la posición adecuada para acabar con ella. Tenemos que hacerlo o también nos hundiremos.

—No me gusta que miren nuestras cuentas. Y se acabó. Somos una compañía privada en la que yo soy el principal accionista. Y el dinero en mano es el que manda. —Gamble miró con dureza a los dos jóvenes.

—Serán sus socios, Nathan —dijo Sidney—. No cogerán su dinero y se largarán como ocurrió en las otras compañías que ha comprado. Quieren saber en qué se meten. Tritón no cotiza en bolsa, así que no pueden ir al registro y pedir la información que quieren. Es una diligencia razonable. Se lo han pedido a todos los

demás ofertantes.

—¿Ha presentado mi última oferta en efectivo?

—Sí —contestó Sidney.

—Se mostraron muy impresionados y reiteraron la petición de los informes financieros de la compañía. Si se los damos, mejoramos un poco la oferta y redondeamos algunos incentivos, creo que cerraremos el trato.

—No hay ni una sola compañía que pueda tocarnos y ahora esa mierda de CyberCom quiere controlarme —gritó Gamble con la cara roja como un tomate mientras se levantaba.

—Nathan, solo es un mero trámite. No tendrán ningún problema con Tritón; los dos lo sabemos. Acabemos con esto. No es que los registros no estén disponibles. Están mejor que nunca —dijo Rowe, visiblemente frustrado—. Jason Archer se encargó de la reorganización y ha hecho un trabajo estupendo. Un depósito lleno de papeles sin orden ni concierto. Todavía no me lo puedo creer. —Miró a Gamble con desprecio.

—Por si lo has olvidado, yo estaba demasiado ocupado ganando dinero como para perder el tiempo con un montón de papeles, Rowe. El único papel que me interesa es el de los billetes.

Rowe no hizo caso de la réplica de Gamble.

—Gracias al trabajo de Jason la diligencia se puede cumplir casi de inmediato. —Apartó con la mano el humo que el otro le echaba a la cara.

—¿De veras? —Gamble miró furioso a Rowe y después repitió el gesto con Sidney—. A ver, ¿puede decirme alguien por qué no está presente Archer?

Sidney se puso pálida y, por primera vez en todo el día, se quedó sin respuestas.

—Jason se tomó unos días libres —intervino Rowe.

—De acuerdo, a ver si podemos hablar con él por teléfono y así sabremos a qué atenernos. —Se masajeó las sienes—. Quizá tengamos que darle una parte a CyberCom, o quizá no, pero no quiero darles nada que no sea estrictamente imprescindible. ¿Qué pasará si no cerramos el trato? ¿Qué pasará? —Miró furioso a todos los presentes.

—Nathan, nos ocuparemos de que un equipo de abogados revise cada uno de los documentos antes de entregárselos a CyberCom —le tranquilizó Sidney.

—Muy bien, pero ¿hay alguien que conozca mejor los registros que su marido? —Gamble miró a Rowe para que le diera la respuesta.

El joven encogió los hombros.

—Ahora mismo, no hay otro.

—Entonces, llámalo.

—Nathan...

Gamble interrumpió a Rowe sin contemplaciones.

—Caray, ¿es que el presidente de la compañía no puede pedirle a un empleado un informe? ¿Y por qué se ha tomado unos días libres cuando el asunto de CyberCom

está que arde? —Miró bruscamente a Sidney—. No diré que me agrada tener a marido y mujer metidos en la misma adquisición, pero resulta que usted es la abogada más experta en el tema que conozco.

—Muchas gracias.

—No me dé las gracias porque este trato todavía no está cerrado. —Gamble se sentó y le dio una larga chupada al puro—. Llamemos a su marido. ¿Está en casa?

Sidney parpadeó varias veces y se acomodó mejor en la silla.

—Creo que en estos momentos no está.

—¿Y cuándo estará? —preguntó Gamble, que miró su reloj.

—No estoy muy segura. —Se acarició distraída una ceja—. Lo llamé cuando hicimos el último descanso y no estaba.

—Bueno, lo intentaremos de nuevo.

Sidney lo miró. De pronto se sintió muy sola en la enorme sala. Suspiró para sus adentros y le entregó el mando a distancia a Paul Brophy, el joven abogado que trabajaba en la oficina de Nueva York. «Maldita sea, Jason —pensó—. Espero que tengas el nuevo trabajo bien amarrado porque por lo que se ve vamos a necesitarlo, cariño».

Se abrió la puerta de la sala y una secretaria asomó la cabeza.

—Señora Archer, lamento interrumpir, pero ¿tiene algún problema con su billete de avión?

—No que yo sepa, Jan —respondió Sidney, intrigada—. ¿Por qué?

—Alguien de la compañía está al teléfono y quiere hablar con usted.

Sidney abrió el maletín, sacó el billete y le echó una ojeada. Miró a Jan.

—Es un billete abierto para el puente aéreo. ¿Por qué me llaman?

—¿Podemos continuar con la reunión? —gritó Gamble.

Jan carraspeó, miró preocupada a Nathan Gamble y volvió a dirigirse a Sidney.

—La persona que llama insiste en hablar con usted. Quizá se han visto obligados a cancelar todos los vuelos. Nieva sin parar desde hace tres horas.

Sidney recogió otro mando a distancia y apretó un botón. Las cortinas automáticas que cubrían el ventanal se abrieron lentamente.

—¡Vaya! —exclamó Sidney, desconsolada. Contempló cómo caían los gruesos copos de nieve. La nevada era tan fuerte que no se veían los edificios al otro lado de la calle.

—Todavía tenemos un apartamento en el Park, Sid, si tienes que quedarte y pasar la noche —dijo Paul Brophy, y añadió con una expresión ilusionada—: Quizá podríamos ir a cenar.

—No puedo —contestó ella sin mirarle.

Se sentó con un gesto de cansancio. Estuvo a punto de decir que Jason no se encontraba en la ciudad pero se contuvo. Sidney pensó deprisa. Era obvio que Gamble no lo dejaría pasar. Tendría que llamar a casa, confirmar lo que ya sabía: que Jason no estaba allí. Podrían irse todos a cenar y ella aprovechar la ocasión para

llamar a Los Ángeles, empezando con las oficinas de AllegraPort. Ellos localizarían a Jason, él respondería a las preguntas de Gamble y, con un poco de suerte, ella y su marido se librarían con el orgullo un poco magullado y un principio de úlcera. Si los aeropuertos estaban cerrados, podía tomar el último tren expreso. Calculó rápidamente lo que tardaría en llegar. Tendría que llamar a la guardería. Karen podía llevarse a Amy a su casa. En el peor de los casos, Amy podía quedarse a dormir con la maestra. Esta pesadilla logística reforzó todavía más el anhelo de Sidney de disfrutar de una vida más sencilla.

—Señora Archer, ¿acepta la llamada?

La voz de la secretaria la devolvió a la realidad.

—Lo siento, Jan, pásamela aquí. Y, Jan, a ver si puedes conseguirme un pasaje en el último expreso, por si han cerrado La Guardia.

—Sí, señora.

Jan cerró la puerta, y un par de segundos después una luz roja se encendió en el teléfono que Sidney tenía delante.

Paul Brophy sacó la cinta de vídeo y volvió a encender la televisión. Las voces en la pantalla resonaron en la sala. El abogado apretó el botón de sonido mudo que tiene el mando a distancia y entonces se hizo el silencio.

Sidney se apoyó el auricular contra la oreja.

—Soy Sidney Archer. ¿En qué puedo ayudarle?

La voz de la mujer que llamaba era un poco vacilante, pero con una calma extraña.

—Me llamo Linda Freeman. Soy de Western Airlines, señora Archer. Su oficina en Washington me dio este número.

—¿Western? Tiene que ser un error. Tengo billete en USAir. En el puente aéreo de Nueva York a Washington. —Sidney meneó la cabeza. Un error estúpido. Como si ya no tuviera bastantes problemas.

—Señora Archer, necesito confirmar si es usted la esposa de Jason W. Archer, con domicilio en el 611 Morgan Lane, Jefferson County, Virginia.

El tono de Sidney denunció su confusión; sin embargo, la respuesta fue automática.

—Sí.

En cuanto lo dijo, se le heló todo el cuerpo.

—¡Oh, Dios mío! —La voz de Paul Brophy resonó en la sala.

Sidney se volvió para mirarle. Todos tenían los ojos fijos en el televisor. Sidney se giró lentamente. No vio las palabras «Boletín especial de noticias» que se encendían y apagaban en la parte superior de la pantalla, o los subtítulos para sordos que aparecían en la parte inferior mientras el reportero narraba el trágico suceso desde el lugar de los hechos. Su mirada estaba clavada en la masa de chatarra ennegrecida y humeante que había sido uno de los aviones de la flota de Western Airlines. La cara de George Beard apareció en su mente. Volvió a escuchar la voz

baja y confidencial. «Ha habido un accidente aéreo».

La voz en el teléfono reclamó su atención.

—Señora Archer, lamento decirle que uno de nuestros aviones ha sufrido un accidente.

Sidney Archer no escuchó nada más. Bajó la mano muy despacio. Abrió los dedos sin darse cuenta y el auricular cayó sobre la alfombra.

En el exterior, la nieve continuaba cayendo con tanta fuerza que recordaba la lluvia de confeti en los famosos desfiles de la ciudad. El viento helado sacudió los cristales del ventanal mientras Sidney Archer contemplaba incrédula el cráter que contenía los restos del vuelo 3223.

Un hombre de pelo oscuro, con un hoyuelo en la barbilla y mejillas rubicundas, vestido con un traje elegante y que se presentó a sí mismo con el nombre de William, recibió a Jason Archer a la salida del aeropuerto de Seattle. Ambos intercambiaron un par de frases compuestas con palabras en apariencia arbitrarias. Intercambiado el santo y seña los dos hombres se alejaron juntos. Mientras William iba a buscar el coche, Jason aprovechó la oportunidad para echar un sobre acolchado en el buzón de correos instalado a la derecha de la salida. En el sobre iba la copia del disquete que él había hecho antes de salir de su casa.

Jason fue escoltado rápidamente hasta una limusina que había aparcada junto al bordillo a una señal de William. En el interior del coche, William le presentó las credenciales donde figuraba su nombre verdadero: Anthony DePazza. Charlaron unos momentos mientras se acomodaban en los mullidos asientos. Conducía el coche otro hombre vestido de marrón. Durante el viaje, DePazza le dijo a Jason que ya podía quitarse la peluca y el bigote, cosa que él hizo de inmediato.

Jason mantenía la cartera sobre las rodillas. De vez en cuando, DePazza le echaba una ojeada y después continuaba mirando a través de la ventanilla. Si Jason se hubiera fijado con un poco más de atención, habría visto el bulto y el ocasional destello metálico debajo de la chaqueta de DePazza. La pistola Glock M17 del calibre 9 mm era un arma terrible. El conductor llevaba la misma pistola. Sin embargo, aunque Jason hubiese visto las armas no se hubiera sorprendido; daba por hecho que irían armados.

La limusina dejó atrás Puget Sound y siguió en dirección al este. Jason miró a través de la ventanilla oscura. Estaba nublado, y las gotas de lluvia se estrellaban contra los cristales. Aunque sus conocimientos meteorológicos no eran muchos, Jason sabía que este era el clima habitual de Seattle.

Media hora después, la limusina llegó a su destino: un grupo de naves al que se accedía por un portón eléctrico donde había apostado un guardia.

Jason miró intranquilo el lugar, pero no dijo nada. Le habían advertido de que el punto de encuentro podía ser poco habitual. Entraron con la limusina en una de las naves a través de una puerta metálica que se levantó automáticamente cuando se acercó el vehículo. Al bajarse del coche, Jason vio que la puerta se volvía a cerrar. La iluminación provenía de dos lámparas bastante sucias colgadas del techo. Había una escalera al fondo de la nave. Los hombres le indicaron con un gesto que los siguiera. Jason miró a su alrededor cada vez más inquieto. Dominó la inquietud, inspiró con fuerza y caminó hacia la escalera.

Una vez arriba, entraron en un cuarto pequeño sin ventanas. El conductor esperó fuera. DePazza encendió la luz. Jason, echó un vistazo al mobiliario, que consistía en una mesa plegable, un par de sillas y un archivador metálico destartado y con agujeros causados por el óxido.

Jason no sabía que una cámara de vigilancia, activada en el momento en que se encendió la luz, filmaba todo lo que sucedía en el cuarto a través de uno de los agujeros del archivador.

DePazza se sentó en una de las sillas y le señaló a Jason la otra.

—No tardaremos mucho —comentó DePazza en un tono amistoso. Sacó un cigarrillo del paquete y le ofreció otro a Jason, que meneó la cabeza—. Recuérdelo, Jason, no diga nada. Solo quieren lo que hay en esa cartera. No hace falta complicar las cosas. ¿Vale?

Jason asintió.

Antes de que DePazza pudiera encender el cigarrillo, se oyeron tres golpes rápidos en la puerta. Jason se levantó, y lo mismo hizo DePazza, que se apresuró a guardar el cigarrillo y abrió la puerta. En el umbral apareció un hombre de baja estatura, pelo cano, con el rostro bronceado y lleno de arrugas. Detrás de él había otros dos hombres, vestidos con trajes baratos y con gafas de sol a pesar de la poca luz ambiente. Ambos parecían rondar los cuarenta años.

El hombre mayor miró a DePazza, que a su vez señaló a Jason. El desconocido le observó con una mirada penetrante. De pronto Jason se dio cuenta de que estaba bañado en sudor, aunque no había calefacción y la temperatura rondaba los cinco grados centígrados.

Jason desvió la mirada a DePazza, que asintió. Sin perder un segundo entregó la cartera. El hombre abrió la cartera, revisó por encima el contenido, y se tomó unos momentos para leer un documento. Los otros dos también leyeron el papel y sonrieron. El hombre mayor sonrió complacido. Guardó el documento en su sitio, cerró la cartera y se la alcanzó a uno de sus hombres. El otro le entregó una maleta de metal plateado, que él retuvo un instante antes de dársela a Jason. La maleta tenía una cerradura electrónica.

El súbito rugido de un avión que voló sobre la nave hizo que todos miraran hacia arriba. Parecía como si el avión fuese a aterrizar sobre el edificio. Al cabo de unos momentos el aparato se alejó y volvió el silencio.

El hombre mayor, sin dejar de sonreír, se dio la vuelta, y la puerta se cerró detrás de los tres desconocidos.

Jason soltó el aliento poco a poco.

Esperaron en silencio durante un minuto y entonces DePazza abrió la puerta y le indicó a Jason que saliera. DePazza y el conductor le siguieron. Apagaron las luces y la cámara de vigilancia dejó de funcionar.

Jason entró en la limusina con la maleta bien sujeta. Pesaba bastante. Se volvió hacia DePazza.

—No esperaba que fuera así.

—Qué más da. —DePazza encogió los hombros—. La cuestión es que ha sido un éxito.

—Sí, pero ¿por qué no pude decir nada?

DePazza le miró un tanto irritado.

—¿Qué hubiera dicho, Jason?

Jason pensó por un momento y, al final, encogió los hombros.

—Yo en su lugar me concentraría en el contenido de eso. —DePazza señaló la maleta.

Jason intentó abrirla pero no pudo. Miró a su compañero.

—Cuando llegue a su alojamiento, podrá abrirla. Le diré el código. Siga las instrucciones que hay dentro. No se desilusionará.

—Pero ¿por qué Seattle?

—Es difícil que se encuentre con algún conocido por aquí, ¿no le parece? —La mirada tranquila de DePazza descansó en el rostro de Jason.

—¿Y no me volverán a necesitar? ¿Está seguro?

DePazza casi sonrió al escuchar la pregunta.

—Tan seguro como que estoy aquí en este momento. —Le estrechó la mano.

DePazza se apoyó en el respaldo del asiento. Archer se abrochó el cinturón de seguridad y al hacerlo sintió que algo se le clavaba en el costado. Sacó el mensáfono que llevaba sujeto al cinto, y lo miró con una expresión culpable. ¿Y si había sido su esposa la que había llamado antes? Miró la pantalla diminuta y de pronto su cara reflejó la incredulidad más absoluta.

El servicio de titulares del SkyWord ofrecía la noticia de una tragedia terrible. El vuelo 3223 de Western Airlines que volaba de Washington a Los Ángeles se había estrellado en un campo de Virginia; no había supervivientes.

Jason Archer sintió que se ahogaba. Abrió el maletín negro y buscó, frenético, el teléfono móvil.

—¿Qué demonios está haciendo? —preguntó DePazza, tajante.

Jason le dio el mensáfono.

—Mi esposa cree que estoy muerto. Oh, Dios mío. Por eso me llamó. —Jason intentó abrir la funda del teléfono con las manos temblorosas.

DePazza miró el mensáfono. Leyó los titulares y murmuró en silencio la palabra «Mierda». Bueno, esto solo aceleraría un poco el proceso, pensó. No le gustaba apartarse del plan establecido, pero era obvio que no tenía otra elección. Cuando volvió a mirar a Jason, sus ojos eran fríos y letales. Extendió una mano y le arrebató el teléfono a Jason. Metió la otra debajo de la americana y cuando la sacó empuñaba la mortífera Glock. Apuntó a la cabeza de Jason.

Jason vio el arma.

—Creo que no llamaré a nadie —dijo DePazza sin desviar la mirada.

Atónito, Jason contempló cómo DePazza sujetaba una de sus mejillas y tiraba de la piel. El disfraz desapareció trozo a trozo. Al cabo de unos momentos, Jason tenía sentado a su lado a un hombre rubio de aproximadamente unos treinta años, nariz aguileña y piel clara. Pero los ojos mantenían el mismo color azul gélido. Su verdadero nombre, aunque casi nunca lo usaba, era Kenneth Scales. Era un psicópata

asesino. Obtenía un gran placer al matar, y se deleitaba en los detalles que intervenían en aquel terrible proceso. Sin embargo, nunca lo hacía al azar, y jamás lo hacía gratis.

Habían tardado casi cinco horas en contener el incendio, y al final las llamas se retiraron por su propia voluntad después de haber consumido todo el combustible que estaba a su alcance. Las autoridades locales solo agradecían que el incendio hubiera ocurrido en un campo alejado y desierto.

Un equipo del National Transportation Safety Board [Junta Nacional de Seguridad en el Transporte] vestidos con sus trajes protectores biológicos azules, caminaba lentamente por el perímetro exterior del accidente mientras las columnas de humo ascendían a las alturas y los bomberos atacaban los últimos focos del incendio. Todo el sector había sido acordonado con vallas de tráfico naranjas y blancas, detrás de las cuales se apiñaban los residentes de la zona, que contemplaban la escena con la típica mezcla de incredulidad, horror y morbosidad. Columnas de camiones de bomberos, coches de la policía, ambulancias, transportes de la Guardia Nacional pintados de verde oscuro y otros vehículos de emergencia estaban aparcados a ambos lados del campo. Los conductores de los furgones del depósito de cadáveres permanecían junto a sus vehículos, con las manos en los bolsillos. Sus servicios consistían únicamente en transportar los restos humanos extraídos del holocausto, si es que encontraban alguno.

El alcalde de la ciudad más cercana estaba con el granjero cuya tierra había recibido esta terrible intrusión desde las alturas. Detrás de ellos, dos camionetas Ford llevaban una matrícula que decía: «Yo sobreviví a Pearl Harbor». Y ahora, por segunda vez en sus vidas, sus rostros reflejaban el horror de la muerte súbita, terrible y masiva.

—Este no es el escenario de un accidente. Es un maldito crematorio. —El veterano investigador meneó la cabeza cansado, se quitó la gorra con la iniciales NTSB y se enjugó la frente surcada de arrugas con la otra mano.

George Kaplan tenía cincuenta y un años, el pelo ralo y salpicado de canas, medía un metro setenta y comenzaba a tener barriga. Había sido piloto de combate en Vietnam, después piloto comercial durante muchos años, y se había incorporado a la NTSB cuando un amigo íntimo se había estrellado con un Piper de dos asientos contra la ladera de una colina después de haber estado a punto de colisionar con un 727 en medio de una espesa niebla. Fue entonces cuando Kaplan decidió que volaría menos y se ocuparía más en la prevención de accidentes.

George Kaplan había sido designado investigador jefe y este era, desde luego, el último lugar en el mundo donde quería estar; pero, por desgracia, el lugar más indicado para buscar medidas de seguridad preventivas era el escenario de un accidente aéreo. Cada noche, los miembros de los equipos de investigación de la NTSB se iban a la cama con la vana ilusión de que nadie necesitaría sus servicios y rezaban para no tener que viajar nunca más a lugares lejanos para rebuscar entre los restos de otra catástrofe.

Mientras contemplaba la zona del choque, Kaplan hizo una mueca y volvió a menear la cabeza. Se echaba de menos el típico rastro de restos del aparato y de cuerpos, maletas, ropas y el millón de artículos diversos que encontrarían, clasificarían, catalogarían, analizarían y guardarían hasta que encontraran la razón de por qué un avión de ciento diez toneladas había caído a tierra. No tenían testigos, porque el accidente había ocurrido a primera hora de la mañana y el cielo estaba encapotado. Solo habían pasado unos segundos entre la aparición del aparato a través de la capa de nubes y el choque contra el suelo.

En el lugar donde el avión se había clavado de morro, ahora había un cráter que según las excavaciones posteriores tenía una profundidad de diez metros, o una quinta parte de la longitud total del aparato. Este hecho ya era un terrorífico testimonio de la fuerza que había catapultado a tripulantes y pasajeros al otro mundo con espeluznante facilidad. Kaplan calculó que todo el fuselaje se había plegado como un acordeón, y los fragmentos reposaban ahora en las profundidades del cráter. Ni siquiera resultaba visible el timón de cola. Para complicar todavía más el problema, los restos estaban cubiertos de toneladas de tierra y roca.

Lo que quedaba en la superficie no podía reconocerse como un avión a reacción. A Kaplan le recordaba el accidente inexplicable del Boeing 737 de la United ocurrido en Colorado Springs en 1991. También había trabajado en aquella catástrofe como especialista en sistemas de aviación. Por primera vez en la historia de la NTSB, desde su conversión en agencia federal independiente en 1967 no había sido posible encontrar una causa probable para el accidente. Los «hojalateros», como se llamaban a sí mismos los investigadores de la NTSB, nunca lo habían superado. La similitud con el accidente en Pittsburgh de un Boeing 737 de USAir en 1994 solo había aumentado sus sentimientos de culpa. Pensaban que si hubiesen resuelto el caso de Colorado, quizá hubieran evitado el de Pittsburgh. Y ahora esto.

George Kaplan miró el cielo despejado y su asombro creció. Estaba convencido de que el accidente de Colorado Springs había sido causado, al menos en parte, por una extraña nube rotor que había alcanzado al aparato en la aproximación final, un momento vulnerable para cualquier avión. Un rotor era un vórtice de aire generado alrededor de un eje horizontal por vientos fuertes sobre un terreno irregular. En el caso del vuelo 585 de United Airlines, el terreno irregular lo constituían las Montañas Rocosas. Pero esto era la costa Este. Aquí no había nada parecido a las Rocosas. Si bien un rotor enorme quizá pudiera abatir a un avión tan grande como un L800, Kaplan se resistía a creer que hubiera tumbado al vuelo 3223. Según el control de tráfico aéreo, el L800 había comenzado a caer a plomo desde la altitud de crucero de casi doce mil metros. No había ninguna montaña en Estados Unidos capaz de generar corrientes a esa altura. Además, las únicas montañas en la zona eran las del parque nacional Shenandoah y formaban parte de la cadena de las Montañas Azules. Todas tenían una altura entre los mil y los mil quinientos metros, y más que montañas se podían considerar colinas.

También estaba el factor altitud. El giro que experimentan los aviones cuando se encuentran con un rotor o cualquier otra condición atmosférica anormal se controla con el uso de los alerones. A doce mil metros de altitud, los pilotos de la Western Airlines hubieran tenido tiempo más que suficiente para recuperar el control. Kaplan estaba seguro de que el lado oscuro de la madre naturaleza no había arrancado al aparato de los pacíficos confines del cielo. Pero era evidente que lo había hecho alguna otra cosa.

Su equipo no tardaría en regresar al hotel para celebrar una reunión organizativa. El primer paso sería formar los grupos de investigadores sobre el terreno repartidos por temas: estructuras, sistemas, factores de supervivencia, motores, clima y control de tráfico aéreo. Después las unidades se reunirían para evaluar el rendimiento del avión, analizar las cintas del magnetófono de la cabina de mando y el registro de datos de vuelo, el comportamiento de la tripulación, el espectro de sonido, los registros de mantenimiento y los exámenes metalúrgicos. Era un proceso lento, tedioso y a menudo descorazonador, pero Kaplan no lo dejaría hasta no haber examinado incluso el más mínimo resto de lo que había sido la última palabra en aviones a reacción y de casi doscientos seres humanos. Se prometió a sí mismo que esta vez no se le escaparía la causa.

Kaplan caminó sin prisa hacia el coche alquilado. No tardaría en llegar a este campo una primavera anticipada: florecían por todas partes banderines rojos y pequeños faros para marcar la ubicación de los restos. Anochecía deprisa. Se echó el aliento sobre las manos heladas para calentarlas. Un termo de café caliente le esperaba en el coche. Confiaba en que la grabadora de datos de vuelo —conocida popularmente como la «caja negra» aunque en realidad era de color naranja vivo— hubiera hecho honor a su fama de indestructible. Habían instalado en el aparato una versión modernizada y esperaban que los ciento veintiún parámetros medidos por la grabadora les revelaran muchísimas cosas de lo ocurrido al vuelo 3223. En el L800 las dos grabadoras iban instaladas en la parte superior del fuselaje entre las cocinas de popa. Ninguno de los L800 había sufrido la pérdida del fuselaje; este accidente pondría a prueba la invulnerabilidad de la caja negra.

Era una lástima que los seres humanos no fueran invulnerables.

George Kaplan subió un pequeño montículo y se quedó de piedra. En la penumbra se erguía una figura alta a menos de dos metros de distancia. Las gafas de sol ocultaban unos ojos color gris pizarra; el esqueleto de un metro noventa soportaba sin esfuerzo los hombros abultados, los brazos gruesos y la incipiente barriga. Las piernas eran como postes. La imagen de un peso pesado ya mayor era la primera que le venía a la mente. El hombre tenía las manos metidas en los bolsillos y la inconfundible placa enganchada al cinturón.

—¿Lee? —preguntó Kaplan, que forzó la mirada para ver mejor.

El agente especial del FBI Lee Sawyer avanzó.

—Hola, George.

Se dieron la mano.

—¿Qué diablos haces aquí?

Sawyer echó una ojeada al lugar del accidente y después miró a Kaplan. Tenía las facciones muy marcadas y una boca expresiva. El pelo negro salpicado de gris comenzaba a ralear. La frente alta y la nariz delgada y torcida un poco a la derecha, un recuerdo de un viejo caso, se combinaban con el cuerpo de gigante para darle una presencia imponente.

—George, el FBI se pone un poco nervioso cuando un avión norteamericano es derribado sobre el territorio nacional por lo que parece ser un sabotaje —respondió el agente con una mirada aguda.

—¿Sabotaje? —replicó Kaplan con cautela.

Sawyer volvió a mirar el escenario de la catástrofe.

—He revisado los partes meteorológicos. No había nada allá arriba que justifique esto. Además, el avión era casi nuevo.

—Eso no significa que sea un sabotaje, Lee. Es demasiado pronto para decirlo. Tú lo sabes. Caray, aunque las posibilidades son de un billón a uno, quizá lo que vemos es el resultado de una inversión de las turbinas en pleno vuelo.

—Hay una parte del avión que me interesa mucho, George. Quiero que la examines a fondo.

—Y a mí, pero excavar ese cráter nos llevará tiempo. Y cuando acabemos, podrás sostener la mayoría de las partes en una mano.

La respuesta de Sawyer estremeció a Kaplan.

—Esta parte no está en el cráter. Y es bastante grande: el ala de estribor y la turbina. La encontramos hará cosa de media hora.

Kaplan permaneció inmóvil mientras miraba atónito el rostro inexpresivo de Sawyer. El agente se lo llevó hacia su coche.

El Buick alquilado de Sawyer se alejó a gran velocidad mientras apagaban las últimas llamas del vuelo 3223. La noche se cerraba sobre el pozo de diez metros de profundidad que representaba un burdo monumento a la memoria de ciento ochenta y un muertos.

El Gulfstream surcaba el cielo rumbo a Washington. La lujosa cabina parecía el salón de un hotel de cinco estrellas. Estaba revestida de madera, tenía amplias butacas de cuero marrón, un bar bien provisto y un camarero para atenderlo. Sidney Archer estaba acurrucada en una de las butacas con los ojos cerrados y una compresa fría sobre la frente. Por fin abrió los ojos y apartó la compresa. Estaba como drogada, le pesaban los párpados y le costaba moverse. Sin embargo, no había tomado sedante alguno ni había probado ninguna bebida. Había cerrado su mente: hoy su marido había muerto en un accidente aéreo.

Echó un vistazo a la cabina. Quentin Rowe le había invitado a que volviera a casa con él en el reactor de Tritón. En el último minuto, y para desconsuelo de Sidney, Gamble se había unido a ellos. Ahora él se encontraba en su cabina privada en la parte de popa. Sidney rogó para sus adentros que permaneciera allí durante el resto del viaje. Vio que Richard Lucas, el jefe de seguridad de Tritón, no le quitaba el ojo de encima.

—Tranquilo, Rich. —Quentin Rowe pasó junto al jefe de seguridad y fue a sentarse con Sidney—. ¿Cómo estás? —preguntó en voz baja—. Tenemos Valium. Tenemos una buena provisión por causa de Nathan.

—¿Toma Valium? —Sidney se mostró sorprendida.

Rowe encogió los hombros.

—En realidad, es para la gente que viaja con Nathan.

Sidney respondió a la broma con una débil sonrisa que desapareció casi en el acto.

—Oh, Dios, no me lo creo. —Miró a través de la ventanilla con los ojos enrojecidos. Se cubrió el rostro con las manos. Añadió con voz temblorosa y sin mirar a Rowe—: Sé que esto no tiene buena pinta, Quentin.

—Eh, no hay ninguna ley que prohíba a nadie viajar en su tiempo libre —se apresuró a señalar Rowe.

—No sé qué decir...

Rowe levantó una mano para interrumpirla.

—Escucha, este no es el lugar ni el momento. Tengo algunas cosas que hacer. Si necesitas algo, avísame.

Sidney le miró agradecida. En cuanto Rowe se alejó, la joven se reclinó en el asiento y volvió a cerrar los ojos. Las lágrimas rodaban por las mejillas hinchadas. Richard Lucas continuó con la solitaria vigilancia desde la parte delantera de la cabina.

Se estremecía con nuevos sollozos cada vez que recordaba la última conversación con Jason. Furiosa, le había colgado el teléfono. Este era el típico incidente estúpido que no significaba nada, un acto repetido mil veces en la vida de muchos matrimonios felices, pero ¿sería el último recuerdo de su vida juntos? Se aferró a los

brazos de la butaca para dominar los temblores. Todas aquellas sospechas durante los últimos meses. ¡Idiota! Él había estado matándose a trabajar para conseguir un empleo fantástico, y ella no había imaginado otra cosa que a Jason haciendo el amor con mujeres más atractivas. La sensación de culpa era tremenda. El resto de su vida estaría manchado por aquella y terrible falta de confianza en el hombre que amaba.

Se llevó otra sorpresa cuando volvió a abrir los ojos. Nathan Gamble estaba sentado junto a ella. Le asombró ver la ternura reflejada en su rostro, una emoción que nunca le había visto antes. Él le ofreció la copa que tenía en la mano.

—Coñac —dijo con voz ronca, mientras miraba el cielo oscuro a través de la ventanilla. Al ver que vacilaba, Gamble le cogió la mano y le hizo coger la copa—. En este momento, lo que menos le conviene es pensar con claridad. Beba.

Sidney bebió un trago y sintió la tibieza del líquido al pasar por la garganta. Gamble se retrepó en el asiento y le ordenó a Lucas que se marchara con un gesto. El director ejecutivo de Tritón acarició distraído el brazo de la butaca mientras miraba a su alrededor. Se había quitado la americana y las mangas de la camisa recogidas dejaban a la vista los antebrazos musculosos. El ruido de las turbinas sonaba en el fondo. Sidney notaba como pequeñas sacudidas eléctricas mientras esperaba las palabras de Gamble. Le había visto maltratar a personas de todas las jerarquías con una indiferencia implacable hacia los sentimientos personales. Ahora, incluso a través del velo del dolor, notaba la presencia de un hombre diferente, más humano.

—Siento mucho lo de su marido. —Sidney era consciente de una manera difusa de lo incómodo que parecía Gamble. Movía las manos constantemente como si quisiera seguir sus velocísimos procesos mentales.

Sidney lo miró al tiempo que tomaba otro trago de coñac.

—Gracias —dijo con voz trémula.

—En realidad, no le conocía personalmente. Es algo difícil en una compañía tan grande como Tritón. Caray, creo que apenas conozco a la décima parte de los ejecutivos. —Gamble suspiró y, como si de pronto hubiese descubierto el baile incesante de sus manos, las apoyó en los muslos—. Desde luego, conocía su reputación y que ascendía deprisa. Según todos los informes, su carrera prometía mucho.

Sidney se encogió un poco al escuchar las palabras. Recordó la noticia que le había dado Jason aquella misma mañana. Un nuevo trabajo, una nueva vicepresidencia, una nueva vida para todos ellos. ¿Y ahora? Se bebió el coñac de un trago y consiguió a duras penas contener un sollozo. Al levantar la mirada vio que Gamble la observaba con mucha atención.

—Más vale que se lo diga ahora, aunque sé que no es el mejor momento. —Gamble hizo una pausa sin desviar la mirada. Sidney se preparó; sus manos apretaron instintivamente los brazos de la butaca mientras hacía lo imposible para no temblar. Se tragó el nudo que tenía en la garganta. Había desaparecido la ternura en los ojos del presidente.

—Su marido viajaba en un avión a Los Ángeles. —Gamble se humedeció los labios en un gesto nervioso y se inclinó hacia la mujer—. No estaba en casa. —Sidney asintió inconsciente, como si supiera muy bien cuál sería la próxima pregunta—. ¿Lo sabía?

Por un momento fugaz, Sidney tuvo la sensación de estar moviéndose entre las nubes sin la ayuda de un avión de veinticinco millones de dólares. El tiempo pareció suspenderse, pero en realidad solo pasaron unos segundos antes de dar su respuesta. «No». Nunca le había mentado antes a un cliente; la palabra escapó de sus labios antes de que se diera cuenta. Estaba segura de que él no le creería. Pero ahora ya era demasiado tarde para retroceder. Gamble escrutó sus facciones durante un momento, y luego se echó hacia atrás. Permaneció inmóvil, en apariencia satisfecho de haber dejado clara su postura. De pronto, palmeó el brazo de Sidney y se puso de pie.

—Cuando aterricemos, mi limusina la llevará a su casa. ¿Tiene hijos?

—Una niña. —Sidney lo miró, asombrada de que el interrogatorio hubiese acabado de forma tan repentina.

—Dele al chófer la dirección y él irá a recogerla. ¿Está en la guardería? —Sidney asintió. Gamble meneó la cabeza—. En estos tiempos todos los niños van a la guardería.

Sidney pensó en los planes de quedarse en casa para criar a Amy. Ahora se había quedado sola. La revelación la mareó. De no haber estado Gamble con ella, se habría caído al suelo. Alzó la mirada y vio que el hombre no dejaba de mirarla mientras se pasaba la mano por la frente.

—¿Necesita algo más?

Ella tuvo la fuerza necesaria para alzar la copa vacía.

—Gracias, esto ayuda bastante.

—Es lo bueno de la bebida. —Gamble cogió la copa. Hizo el movimiento de marcharse, pero se detuvo—. Tritón se preocupa de sus empleados, Sidney. Si necesita cualquier cosa, dinero, los arreglos para el funeral, ayuda con la casa o la niña, o lo que sea, tenemos gente que se ocupa. Llámenos.

—Lo haré. Gracias.

—Y si necesita hablar sobre... este asunto —enarcó las cejas de una manera sugerente— ya sabe dónde encontrarme.

Se marchó, y Richard Lucas volvió a ocupar su puesto de vigilancia sin decir palabra. Sidney volvió a cerrar los ojos sin dejar de estremecerse. El avión continuaba el viaje. Lo único que deseaba era abrazar a su hija.

El hombre, sentado en el borde de la cama, se quitó la ropa hasta quedarse en calzoncillos. En el exterior, todavía no había salido el sol. Tenía el cuerpo musculoso. En el bíceps izquierdo llevaba el tatuaje de una serpiente enroscada. Junto a la puerta del dormitorio había tres maletas. En una pequeña bolsa de cuero colocada sobre una de las maletas estaban el pasaporte norteamericano, un fajo de billetes de avión, dinero en efectivo y los documentos de identidad que le habían prometido. Una vez más volvería a cambiar de nombre; no sería la primera vez en su larga vida delictiva.

Ya no volvería a repostar aviones. Tampoco necesitaría trabajar nunca más. La transferencia electrónica de fondos a la cuenta en el extranjero había sido confirmada. Ahora disponía de la riqueza que le había eludido hasta el presente a pesar de sus esfuerzos. Incluso pese a su larga experiencia criminal, le temblaban un poco las manos mientras sacaba de un golpe la peluca, las gafas con cristales color turquesa y las lentillas. Aunque probablemente pasarían semanas antes de que nadie dedujera lo que había pasado, en su trabajo siempre se pensaba en la peor de las situaciones. Lo correcto era escapar ahora mismo y lo más lejos posible. Estaba bien preparado para hacer las dos cosas con la rapidez y eficacia de un experto.

Repasó los últimos acontecimientos. Había tirado el recipiente de plástico al río Potomac después de vaciar el resto del contenido; nunca lo encontrarían. No había huellas dactilares, ninguna prueba tangible. Si encontraban alguna cosa que lo relacionara con el sabotaje del avión, él ya estaría muy lejos. Además, el nombre que había empleado en los últimos dos meses los llevaría a un callejón sin salida.

Había matado antes, pero desde luego nunca a una escala tan enorme e impersonal. Siempre había tenido una razón para matar: si no una propia, otra suministrada por aquel que lo contrataba. Esta vez, la cantidad y el completo anonimato de las personas asesinadas le remordían un poco la conciencia. No había esperado a ver quiénes subían al aparato. Le habían pagado para hacer un trabajo y lo había hecho. Utilizaría la enorme cantidad de dinero a su disposición para olvidar cómo lo había ganado. Calculaba que no tardaría mucho.

Se sentó delante del espejo colocado sobre una mesa en el dormitorio. La peluca transformó el pelo oscuro en rubio ondulado. Un traje nuevo, de una elegancia que no tenía nada que ver con el que acababa de quitarse, estaba colgado de una percha en el pomo de la puerta. Ahuecó la palma de la mano y agachó la cabeza para colocarse las lentillas que cambiarían sus ojos de color castaño en otros de un azul vivo.

Levantó la cabeza para comprobar el efecto en el espejo y notó el contacto del cañón de una Sig P229 colocado directamente en la base de su nuca. Con la percepción agudizada que acompaña al pánico, se fijó en que el silenciador casi doblaba el largo del cañón de la pistola.

Su asombro solo duró una fracción de segundo mientras sentía el contacto del metal contra la piel, y veía los ojos oscuros y la línea firme de la boca reflejados en el

espejo. A menudo, él también había tenido la misma expresión antes de cometer un asesinato. Acabar con la vida de otra persona siempre había sido para él un asunto muy serio. Ahora miraba a través del espejo cómo otro rostro realizaba los mismos gestos. Entonces vio sorprendido como las facciones de la persona que estaba a punto de matarlo mostraban primero una expresión de furia y después de profundo desprecio, emociones que él nunca había sentido en medio de una ejecución. Abrió mucho los ojos mientras observaba el dedo que oprimía el gatillo. Movi6 los labios para decir algo, quizás una maldición, pero no llegó a pronunciarla, porque la bala le destrozó el cerebro. Se bamboleó por la fuerza del impacto y después cayó de bruces sobre la mesa. El asesino arrojó el cuerpo en el pequeño espacio entre la cama y la pared, y a continuación descargó las once balas restantes contra el torso desnudo. Aunque el corazón de la víctima ya no bombeaba, manchas de sangre oscura aparecieron en cada uno de los orificios como minúsculos pozos de petróleo. Agotada la munición, el hombre arrojó la pistola junto al cadáver.

El asesino salió sin prisas de la habitación, sin olvidarse de recoger la bolsa de cuero con los nuevos documentos de identidad del muerto. En el vestíbulo, se acercó al termostato y puso el aire acondicionado a frío máximo. Diez segundos más tarde había abandonado la casa. El apartamento quedó en silencio. En el dormitorio, la sangre empapaba la moqueta beige. La cuenta corriente estaría cerrada y sin fondos dentro de unas horas. Su titular ya no necesitaría el dinero.

Eran las siete de la mañana y en el exterior todavía estaba oscuro. En la cocina, Sidney Archer estaba sentada ante la mesa, vestida con una bata vieja. Cerró los ojos y una vez más intentó creer que todo era una pesadilla, que su marido seguía vivo y que, en cualquier momento, entraría en la casa con una sonrisa en el rostro, un regalo para su hija debajo del brazo y ansioso por darle un beso muy largo a su esposa.

Pero cuando abrió los ojos nada había cambiado. Sidney miró la hora. Amy no tardaría en despertarse. Sidney acababa de hablar por teléfono con sus padres. Vendrían a las nueve para llevarse a la pequeña a su casa en Hanover, Virginia, donde se quedaría unos días mientras Sidney intentaba reorientarse. Le aterraba pensar que dentro de algunos años tendría que explicarle la catástrofe a su hija, tener que revivir el horror que sentía ahora. ¿Cómo le diría que su padre había muerto sin otro motivo aparente que el de un avión que había hecho lo impensable, que había destrozado casi a doscientas vidas en el proceso, incluido el hombre que la había engendrado?

Los padres de Jason habían muerto hacía años. Hijo único, había adoptado a la familia de Sidney como la propia, y ellos le habían aceptado felices. Los dos hermanos mayores de Sidney la habían llamado para ofrecerle ayuda y consuelo sin disimular sus lágrimas.

Western le había ofrecido a Sidney transporte gratuito hasta la pequeña ciudad cercana al lugar del accidente, pero ella lo había rechazado. No se veía con fuerzas para estar con los familiares de las demás víctimas. Se los imaginaba subiendo a los grandes autocares grises, mudos, sin mirarse, exhaustos, temblorosos, con los nervios

deshechos por la terrible conmoción. Enfrentarse a los sentimientos de rechazo, dolor y aflicción ya era bastante terrible como para encima estar rodeada de gente desconocida que pasaba por el mismo trance. Ahora mismo, el consuelo de estar con personas en la misma situación no le resultaba nada atractivo.

Subió al piso de arriba, recorrió el pasillo y se detuvo delante del dormitorio. Se entreabrió la puerta cuando se apoyó en ella. Echó una ojeada a la habitación, a todos los objetos familiares, cada uno poseedor de una historia propia; recuerdos ligados íntimamente a su vida con Jason. Por fin miró la cama, escenario de tanto placer. Le resultaba imposible creer que aquel encuentro en la madrugada, antes de que él abordara el avión, sería el último.

Cerró la puerta sin hacer ruido y se dirigió al cuarto de Amy. La respiración serena de la pequeña la consoló. Sidney se sentó en la mecedora de mimbre junto a la cama. Hacía poco que Jason y ella habían conseguido que la niña abandonara la cuna. El esfuerzo había requerido muchas noches de dormir en el suelo junto a Amy hasta que se acostumbró.

Mientras se mecía lentamente en el sillón, Sidney contempló a su hija, el pelo rubio enredado, los pies abrigados con calcetines gruesos que asomaban por debajo de las mantas. A las siete y media, un grito escapó de los labios de Amy y la niña se sentó bruscamente, con los ojos cerrados como un polluelo. En menos de un segundo, la madre cogió a la hija en brazos y la acunó hasta que Amy se despertó del todo.

Sidney bañó, a la niña, le secó el pelo, la vistió con ropa de abrigo y la ayudó a bajar las escaleras hasta la cocina. Sidney se dedicó a preparar el desayuno mientras Amy iba a la sala para jugar con los juguetes que se amontonaban en una esquina de la habitación. Sidney abrió la alacena y en un gesto automático sacó dos tazas. Se detuvo cuando estaba a punto de coger la cafetera y se balanceó sobre la punta de los pies. Se mordió el labio hasta que consiguió dominar el deseo de gritar. Sentía como si alguien la hubiese cortado por la mitad. Volvió a dejar una de las tazas en la alacena, y se llevó el café y un bol con papilla de avena a la mesa.

Miró hacia la sala. «Amy, Amy, cariño, es hora de desayunar». Su voz era poco más que un susurro. Se ahogaba; todo su cuerpo parecía haberse convertido en un inmenso dolor. La niña entró en la cocina como una bala. La velocidad normal de Amy era casi la velocidad máxima de los demás niños. Traía consigo un tigre de peluche y una foto enmarcada. Mientras corría hacia su madre, su rostro estaba animado y brillante, con el pelo todavía un poco húmedo, liso por arriba y con rizos en las puntas.

Sidney se quedó sin respiración cuando Amy le mostró la foto de Jason. La habían sacado el mes pasado. Él había estado trabajando en el patio. Amy se había acercado para rociarlo con la manguera. Padre e hija habían acabado revolcándose en una montaña de hojas rojas, naranjas y amarillas.

—¿Papá? —El rostro de Amy mostró una expresión ansiosa.

Jason iba a estar tres días fuera de la ciudad, así que Sidney se había preparado

para explicarle a la pequeña la ausencia del padre. Ahora tres días parecían tres segundos. Se armó de valor mientras le sonreía.

—Papaíto no está, cariño —dijo, sin poder dominar el temblor en la voz—. Ahora estamos tú y yo solas, ¿vale? ¿Tienes hambre? ¿Quieres comer?

—¿Papá? ¿Papá trabajo? —insistió Amy con un dedo regordete apoyado en la foto. Sidney levantó a la niña y la sentó en la falda.

—¿Sabes a quiénes verás hoy?

En el rostro de Amy apareció una expresión expectante.

—Abuelos y Mimi.

La boca de la niña formó un óvalo y después sonrió. Asintió entusiasmada y lanzó un beso hacia la nevera, donde había una foto de los abuelos sujeta a la puerta con un imán.

—Abuelos y Mimi.

Sidney quitó con cuidado la foto de Jason de la mano de Amy y le acercó el bol con la papilla de avena.

—Ahora tienes que comer antes de marcharte, ¿de acuerdo? Tienen miel y mantequilla como a ti te gusta.

—Me la comeré, me la comeré. —Amy se puso de pie sobre la falda de la madre y de allí pasó a la trona. Empuñó la cuchara y la sumergió hambrienta en la papilla.

Con un suspiro, Sidney se cubrió los ojos. Intentó dominar el cuerpo pero los sollozos la hicieron estremecer. Por fin, abandonó la cocina llevándose la foto. Corrió escaleras arriba, entró en el dormitorio, guardó la foto en el cajón superior de la cómoda para después arrojarse sobre la cama y echarse a llorar con el rostro apretado contra la almohada.

Pasaron cinco minutos de llanto ininterrumpido. Por lo general, Sidney controlaba los movimientos de Amy por la casa con la precisión de un radar. Esta vez no se enteró de la presencia de la niña hasta que sintió la manita que le tiraba del brazo. Amy se había acostado junto a la madre, con la cara hundida en el hombro de Sidney.

Amy vio las lágrimas y gimió: «Buu, buu, buu...», mientras las tocaba. Sujetó el rostro de la madre entre sus manitas y comenzó a llorar mientras se esforzaba por formar las palabras. «¿Mamita, triste?». Unieron las caras y se mezclaron las lágrimas. Después de un rato, Sidney se rehízo, abrazó a la niña y la acunó. Amy tenía un resto de papilla pegado al labio. Sidney se maldijo por no saber controlarse, por haber hecho llorar a su hija, pero nunca antes había experimentado una emoción tan fuerte.

Por fin, cesaron los espasmos. Sidney se frotó los ojos por enésima vez y comprobó que ya no le quedaban más lágrimas. Al cabo de unos minutos, llevó a la niña al baño, le limpió la cara y le dio un beso.

—Se acabó, cariño, mamá ya está bien. Basta de llorar.

Sidney recogió unos cuantos juguetes de la bañera para Amy, y mientras la niña se entretenía, aprovechó para darse una ducha y cambiarse. Se vistió con una falda

larga y un jersey de cuello alto.

Los padres de Sidney se presentaron puntualmente a las nueve. La maleta de Amy ya estaba preparada y la niña lista para la marcha. Caminaron hasta el coche. El padre de Sidney llevaba la maleta de Amy y la niña iba de la mano de su abuela.

Bill Patterson pasó un brazo robusto por los hombros de su hija. Los ojos hundidos y la espalda un tanto encorvada eran una muestra del dolor que le producía la tragedia.

—Demonios, cariño, no me lo puedo creer. Hace solo dos días que hablé con él. Este año íbamos a ir a pescar en el hielo. En Minnesota. Los dos solos.

—Lo sé, papá, me lo dijo. Estaba muy entusiasmado.

Sidney se encargó de sujetar a la niña en la silla mientras el abuelo cargaba la maleta. Le dio el osito de peluche y después la besó con ternura.

—Te veré muy pronto, muñequita. Mamá te lo promete.

Sidney cerró la puerta. Su madre la cogió de la mano.

—Sidney, por favor, ven con nosotros. No está bien que te quedes aquí sola. Por favor.

—Necesito estar sola un tiempo, mamá —contestó Sidney, y le apretó la mano—. Necesito pensar las cosas a fondo. No tardaré mucho. Uno o dos días, y después iré a casa.

La madre la miró durante unos segundos y luego la abrazó con todas las fuerzas de que era capaz su cuerpo menudo. Cuando subió al coche, las lágrimas le corrían por las mejillas.

Sidney miró cómo su padre hacía la maniobra y encaraba hacia la calle. A través de la ventanilla trasera vio a Amy con su adorado osito bien sujeto en una mano y el pulgar de la otra metido en la boca. El coche aceleró y unos segundos después torció en la primera esquina y desapareció.

Sidney regresó a la casa con el paso lento e inseguro de una mujer mayor. De pronto se le ocurrió una idea. Con nuevos bríos, entró a la carrera.

Marcó el número de información para el área de Los Ángeles y consiguió el teléfono de AllegraPort Technology. Mientras marcaba el número, se preguntó cómo era que ellos no habían llamado cuando Jason no se presentó. No había ningún mensaje de su parte en el contestador automático. Este hecho tendría que haberla preparado para la respuesta de AllegraPort, pero no lo estaba.

Después de hablar con tres personas diferentes de la compañía, colgó el teléfono y miró atontada la pared de la cocina. A Jason no le habían ofrecido una vicepresidencia en AllegraPort. En realidad, ellos ni siquiera sabían quién era. Sidney se dejó caer sentada en el suelo, encogió las piernas, y, con las rodillas apretadas contra el pecho, se echó a llorar desconsoladamente. La volvieron a invadir las mismas sospechas de antes; la rapidez de su retorno amenazaba con romper los últimos vínculos con la realidad. Se levantó, abrió el grifo del fregadero y metió la cabeza debajo del chorro. El agua helada la reanimó en parte. Con paso inseguro

llegó hasta la mesa y se cubrió el rostro con las manos. Jason le había mentido. Eso era indiscutible. Jason estaba muerto. Eso también era indiscutible. Y al parecer, nunca descubriría la verdad. Mientras pensaba esto, dejó de llorar y miró el patio trasero a través de la ventana. Jason y ella habían plantado flores, arbustos y árboles en el transcurso de los dos últimos años. Habían trabajado juntos de la misma manera que hacían todo lo demás en su matrimonio: con un objetivo común. A pesar de toda la incertidumbre que experimentaba en esos momentos, había una verdad sagrada. Jason la había querido a ella y a Amy. Ella descubriría lo que le había impulsado a mentir, a subir a un avión condenado en lugar de quedarse en casa y entretenerse pintando las paredes de la cocina. Sabía que las razones de Jason serían inocentes. El hombre al que conocía íntimamente y amaba con todo su corazón no era capaz de ninguna maldad. Dado que a él le habían arrancado de su lado, lo menos que ella podía hacer era averiguar por qué había abordado aquel avión, se lo debía. En cuanto recuperara el equilibrio mental, se dedicaría a ese objetivo con alma y vida.

El hangar del aeropuerto regional era pequeño. En las paredes estaban colgadas las herramientas; había pilas de cajas por todas partes. Las baterías de focos instaladas en el techo iluminaban el interior con una luz sin sombras. El viento sacudía las paredes metálicas y el ruido del granizo contra la estructura era ensordecedor. El olor de gasolina inundaba el lugar.

Cerca de la entrada, sobre el suelo de cemento, había un enorme objeto metálico. Eran los restos torcidos y muy deformados del ala de estribor del vuelo 3223, con el motor y el soporte intactos. Habían aterrizado en medio de un bosque, directamente encima de un roble centenario de treinta metros de altura, al que había hendido por la mitad. Por un milagro, el combustible no se había incendiado. La mayoría de la carga probablemente se había perdido cuando se habían roto el tanque y los conductos, y el árbol había amortiguado parte del impacto. Los restos habían sido traídos hasta el hangar en un helicóptero.

Un pequeño grupo de hombres estaba junto al ala. Sus alientos formaban nubes de vapor en el aire gélido y las gruesas cazadoras los mantenían calientes. Utilizaban linternas para iluminar los bordes irregulares del ala en el punto donde había sido arrancada del fuselaje. La barquilla que albergaba la turbina de estribor aparecía aplastada en parte y la capota del lado derecho estaba hundida. La revisión del motor había descubierto graves daños en los álabes, una prueba clara de un desequilibrio importante en el flujo de aire mientras la turbina funcionaba. El «desequilibrio» fue fácil de identificar. La turbina se había tragado una gran cantidad de restos que habían roto las palas y detenido el motor aunque había continuado sujeto al fuselaje.

La atención de los hombres reunidos junto al ala se centraba en el lugar donde se había separado del fuselaje. Los bordes irregulares aparecían quemados y ennegrecidos y, lo más importante, el metal se torcía hacia fuera, como reventado, con cortes y picaduras en la plancha. Las causas que podían provocar estas señales no eran muchas y, entre ellas, el estallido de una bomba parecía la más probable. Cuando Lee Sawyer había visto el ala, lo primero que había llamado su atención era esa zona.

George Kaplan meneó la cabeza con una expresión de disgusto.

—Tienes razón, Lee. Los cambios en el metal solo pueden haber sido provocados por una onda expansiva tremenda pero de muy corta duración. Algo explotó aquí dentro. Es para cabrearse. Instalamos detectores en los aeropuertos para que ningún cabrón pueda meter un arma o una bomba a bordo, y ahora esto. ¡Joder!

Lee Sawyer se acercó un poco más y se arrodilló junto al borde del ala. Aquí estaba él, a punto de cumplir los cincuenta años, con casi veinticinco de servicio en el FBI, y una vez más le tocaba revisar los catastróficos resultados de la locura humana.

Había trabajado en el desastre de Lockerbie, una investigación de proporciones gigantescas que había conseguido atrapar a los culpables a partir de las pruebas microscópicas obtenidas de los restos del vuelo 103 de Pan American. En las

explosiones aéreas las pistas nunca eran «grandes». Al menos eso era lo que el agente especial Sawyer había creído hasta ahora.

Paseó la mirada por los restos sin perder detalle antes de fijarse una vez más en el hombre de la NTSB.

—Así, a primera vista, ¿cuáles te parecen las explicaciones más probables, George?

Kaplan se rascó la barbilla con expresión ausente.

—Sabremos mucho más cuando recuperemos las cajas negras, pero tenemos un resultado claro: el ala se desprendió del avión. Sin embargo, estas cosas no suceden porque sí. No estamos muy seguros de cuándo ocurrió, pero el radar indicó que una parte grande del avión, ahora sabemos que fue el ala, se desprendió en pleno vuelo. Desde luego, cuando ocurrió no había ninguna posibilidad de recuperación. La primera explicación sería algún tipo de fallo estructural por culpa de un diseño defectuoso. Pero el L800 es lo más nuevo en aeronáutica y el fabricante es uno de los líderes del sector, así que las posibilidades de esa clase de fallo son tan remotas que no perdería el tiempo en investigarlo. Después tenemos la fatiga del metal. Pero este avión apenas si había hecho dos mil ciclos: despegues y aterrizajes; era prácticamente nuevo. Además, de los accidentes por fatiga del metal que hemos visto en el pasado la parte afectada siempre era el fuselaje porque, al parecer, la constante contracción expansión de la cabina por la presurización y despresurización de la cabina contribuye al problema. Las alas no están presurizadas. Así que eliminemos la fatiga del metal. Echemos una ojeada a las condiciones ambientales. ¿Un rayo? Los aviones son alcanzados por rayos mucho más de lo que la gente cree. Sin embargo, los aviones están equipados para ese problema, y como el rayo necesita un contacto en tierra para hacer daño en serio, lo más que le puede pasar a un avión en vuelo son algunas quemaduras en la cubierta. Además, no se han recibido informes de rayos en la zona durante la mañana del accidente. ¿Pájaros? Muéstrame un pájaro que vuele a doce mil metros de altura y que sea lo bastante grande como para arrancarle un ala a un L800 y ya hablaremos. Y tampoco chocó contra otro avión. De eso estoy seguro.

La voz de Kaplan iba subiendo de tono con cada palabra. Hizo una pausa para recuperar el aliento y una vez más echó una ojeada a los restos.

—Y todo esto ¿dónde nos lleva, George? —preguntó Sawyer con voz calmada.

Kaplan miró a su amigo y suspiró.

—Ahora consideremos un posible fallo mecánico o un fallo estructural ajeno al diseño. Las catástrofes aéreas por lo general surgen de dos o más fallos que se producen casi al mismo tiempo. Escuché la grabación de las comunicaciones entre el piloto y la torre de control. El capitán envió un mensaje de auxilio varios minutos antes de estrellarse, aunque quedó claro que no sabía qué había pasado. El radiofaro de respuesta del avión continuó rebotando las señales de radar hasta el impacto; por lo tanto, sabemos que algunos de los sistemas eléctricos funcionaron hasta entonces. Pero digamos que una de las turbinas se incendió al mismo tiempo que se producía

una fuga de combustible. La mayoría supondría que con la fuga de combustible y la turbina en llamas habría una explosión y adiós el ala. O quizá no se llegó a producir la explosión, aunque por lo que se ve sí la hubo. El fuego habría ablandado el larguero hasta que se partió y el ala se desprendió. Eso tal vez explicaría lo que suponemos que le pasó al vuelo 3223, al menos en este momento. —Kaplan no parecía muy convencido.

—¿Pero? —le preguntó Sawyer.

Kaplan se frotó los ojos. Su rostro reflejaba la frustración que sentía.

—No hay ninguna prueba de que la maldita turbina funcionara mal. Excepto por los daños obvios causados por el impacto contra el suelo y los desechos que se tragó de la explosión inicial, nada me induce a creer que un fallo de la turbina tuviera algo que ver con el accidente. Si hubo un incendio en la turbina, los procedimientos normales indican cortar el suministro de combustible al motor averiado y después cortarle la corriente. Las turbinas del L800 están equipadas con detectores de fuego automáticos y sistemas de extinción. Y, lo que es más importante, están montadas bajas, de forma que las llamas no lleguen a las alas o el fuselaje. Así que incluso si se producen dos catástrofes al unísono, una turbina incendiada y la fuga de combustible, las características del aparato y las condiciones ambientales reinantes a una altura de doce mil metros y a una velocidad de ochocientos kilómetros por hora, asegurarían que ambas no se uniesen. —Tocó el ala con la punta del pie—. Lo que digo es que no me jugaría la paga a que una turbina defectuosa tumbó a este pájaro. Hay algo más.

Kaplan se arrodilló una vez más junto al borde dentado del ala.

—Como ya te he dicho, hay una prueba clara de una explosión. Cuando revisé el ala por primera vez, pensaba en algún tipo de artefacto explosivo improvisado. Podría ser Semtex conectado a un temporizador o a un altímetro. El avión llega a una altura determinada y la bomba estalla. La explosión rompe la cubierta, de inmediato se produce la rotura de los remaches. Con un viento de centenares de kilómetros por hora, el ala se rompe por el punto más débil, con la misma facilidad con que te bajas la cremallera de la bragueta. Cede el larguero, y adiós. Caray, el peso de la turbina en esta sección del ala garantiza el resultado. —Hizo una pausa, al parecer con el propósito de estudiar más a fondo la parte interior del ala—. La cuestión es que tengo la impresión de que no utilizaron el detonante típico.

—¿Por qué? —preguntó Sawyer.

Kaplan señaló en el interior del ala la parte visible del depósito de combustible cerca del panel de control. Iluminó el punto con la linterna.

—Mira esto.

Se veía con toda claridad un agujero bastante grande. Alrededor de la perforación había unas manchas marrón claro y el metal aparecía ondulado y con burbujas.

—Ya las vi antes —dijo Sawyer.

—No hay manera de que un agujero como este se pudiera hacer solo. Y en cualquier caso, lo hubiesen visto en la revisión previa antes de que despegara el avión

—señaló Kaplan.

Sawyer se calzó los guantes antes de tocar el metal.

—Quizá se produjo durante la explosión.

—Si fue así, es el único lugar donde ocurrió. No hay otras marcas como estas en esta sección del ala, aunque hay combustible por todas partes. Eso excluye la explosión como causa. Pero creo que pusieron algo en la pared del tanque de combustible. —Kaplan hizo una pausa y se frotó las manos, nervioso—. Creo que pusieron algo con toda intención para hacer el agujero.

—¿Un ácido corrosivo? —preguntó el agente especial.

—Te apuesto una cena a que eso será lo que encontraremos, Lee. Los depósitos de combustible están hechos con una estructura de aleación de aluminio consistente en los largueros de delante y atrás y las partes superior e inferior del ala. El grosor de las paredes varía alrededor de la estructura. Hay varios ácidos capaces de corroer sin problemas una aleación blanda como esta.

—Vale, es ácido; pero tuvo que ser un ácido de acción lenta, y depende de la hora en que lo pusieran, para que el avión tuviera tiempo de elevarse.

—Eso es —respondió Kaplan—. El radiofaro de respuesta envía continuamente la altitud del avión al control de tráfico aéreo. Sabemos que el aparato había alcanzado la altitud de crucero unos minutos antes de la explosión.

—El tanque se perfora en algún punto durante el vuelo —añadió Sawyer, que continuaba con su razonamiento—. El combustible se derrama. Muy inflamable y explosivo. Entonces, ¿qué lo encendió? Quizá la turbina no estaba en llamas, pero ¿qué me dices del calor que desprende?

—Ni hablar. ¿Sabes el frío que hace a doce mil metros de altura? Ríete de Alaska. Además, la cubierta del motor y los sistemas de refrigeración disipan casi todo el calor que sale de la turbina. Y puedes estar bien seguro de que el calor que genera no irá a parar al interior del ala. Recuerda que tienes metido allí dentro un maldito tanque de combustible. Está muy bien aislado. Además, si se produce una fuga, el combustible volará hacia atrás, y no hacia delante, y por debajo del ala donde está la turbina. No, si yo quisiera derribar un avión de esta manera, no me fiaría ni un pelo de utilizar el calor de la turbina como detonador. Me buscaría algo más seguro.

—En el caso de producirse una fuga, ¿no se sellaría automáticamente? —preguntó Sawyer.

—En algunas secciones del tanque la respuesta sería sí. Pero no es así en otras, incluida esta donde tenemos el agujero.

—De acuerdo, si lo derribaron como tú dices, y ahora mismo creo que tienes razón, tendremos que buscar a todos los que tuvieron acceso al aparato al menos durante las veinticuatro horas anteriores a su último vuelo. Habrá que ir con pies de plomo. Parece un trabajo interno, así que no debemos espantarlo. Si hay alguien más involucrado, quiero pillar hasta el último hijo de puta.

Sawyer y Kaplan volvieron a sus coches. El hombre de la NTSB miró al agente

especial.

—Te veo muy dispuesto a aceptar mi teoría del sabotaje, Lee.

Sawyer conocía un factor que hacía mucho más creíble la posibilidad de un atentado.

—Tendremos que conseguir las pruebas —replicó sin mirar a su amigo—. Pero, sí, creo que tienes razón. Pensé lo mismo en cuanto encontraron el ala.

—¿Por qué diablos haría alguien algo así? Entiendo que los terroristas secuestren o atenten contra un vuelo internacional, pero este era un maldito vuelo interior. No lo entiendo.

Sawyer le detuvo justo en el momento en que Kaplan iba a subir al coche.

—Quizá te parezca más lógico si quieres matar a un tipo determinado y de una manera espectacular.

—¿Derribar todo un avión para matar a un tipo? —exclamó Kaplan, incrédulo—. ¿Quién coño estaba a bordo?

—¿Te suena el nombre de Arthur Lieberman?

Kaplan pensó unos segundos sin resultado.

—Me suena como muy conocido, pero no sé de qué.

—Verás, si fueses un alto ejecutivo de un banco de inversiones, agente de Bolsa, o uno de los congresistas que forman parte del comité de economía y finanzas, lo sabrías. En realidad, era la persona más poderosa de Estados Unidos, quizá del mundo entero.

—Creía que la persona más poderosa de este país era el presidente.

—No —le corrigió Sawyer con una sonrisa severa—. Era Arthur Lieberman, el tipo con la «S» de Superman en el pecho.

—¿Quién era?

—Arthur Lieberman era el presidente de la Reserva Federal. Ahora es una víctima de homicidio junto con otras ciento ochenta más. Y tengo la corazonada de que era él el único al que querían matar.

Jason Archer no sabía dónde estaba. El viaje en la limusina le había parecido eterno, y DePazza, o como se llamase de verdad, le había venido dando los ojos. El cuarto donde se encontraba era pequeño. Había una gotera en un rincón y el aire olía a moho. Se sentó en una silla desvencijada delante de la única puerta. No había ventanas. La única luz provenía de una bombilla colgada del techo. Le había quitado el reloj, así que no sabía qué hora era. Los secuestradores le traían comida a intervalos muy irregulares, cosa que dificultaba hacer un cálculo aproximado del tiempo transcurrido.

Una de las veces, cuando le trajeron la comida, Jason había visto en la habitación contigua, que era idéntica a la que ocupaba, su ordenador portátil y el teléfono móvil sobre una mesita al lado de la puerta. Le habían quitado la maleta plateada. Ahora estaba convencido de que no había habido nada en ella. Comenzaba a ver claro lo que estaba pasando. ¡Caray, menudo gilipollas! Pensó en su esposa y en su hija, y deseó con desesperación estar con ellas otra vez. ¿Qué pensaría Sidney de lo que le había ocurrido? Apenas si conseguía comprender las emociones que debía sentir en estos momentos. Si él le hubiese dicho la verdad... Ahora podría ayudarle. Suspiró. El problema estaba en que decirle cualquier cosa la hubiese puesto en peligro. Eso era algo que él nunca haría, aunque significase no volver a verla nunca más. Se enjugó las lágrimas mientras aceptaba la idea de la separación eterna. Se levantó y estiró los músculos.

Todavía no estaba muerto, si bien la catadura de sus captores no daba pie a muchas esperanzas. No obstante, a pesar de las precauciones habían cometido un error. Jason se quitó las gafas, las dejó en el suelo y las aplastó con el tacón del zapato. Recogió uno de los trozos de cristal, lo sujetó entre los dedos, se acercó a la puerta y golpeó.

—Eh, ¿pueden darme algo de beber?

—Calla. —La voz sonó enojada. No era DePazza, sino el otro hombre.

—Escucha, maldita sea, tengo que tomar un medicamento y necesito algo con qué tragarlo.

—Prueba con la saliva. —Era la misma voz. Jason oyó una carcajada.

—Las píldoras son demasiado grandes —gritó Jason, con la esperanza de que alguien más pudiera oírle.

—Jódete.

Jason oyó cómo su interlocutor pasaba las páginas de una revista.

—Fantástico, no me las tomo y me muero aquí mismo. Son para la presión alta y ahora mismo la mía está al máximo.

Se oyó el ruido de una silla y el tintineo de unas llaves.

—Apártate de la puerta.

Jason lo hizo, pero no se alejó mucho. Se abrió la puerta. El hombre tenía las

llaves en una mano y en la otra empuñaba una pistola.

—¿Dónde tienes las píldoras? —preguntó con una mirada de desconfianza.

—En la mano.

—Muéstramelas.

Jason meneó la cabeza.

—No me lo creo.

Mientras avanzaba, abrió la mano y la extendió. El hombre desvió la mirada y Jason aprovechó el descuido para descargar un puntapié contra la mano del hombre y la pistola voló por los aires.

—¡Mierda! —chilló el pistolero.

Se lanzó sobre Jason, que lo recibió con un gancho perfecto. El fragmento de cristal alcanzó al hombre en la mejilla. Soltó un aullido de dolor y retrocedió tambaleándose, con el rostro lleno de sangre que manaba de la herida con los bordes desgarrados.

El hombre era grande, pero hacía mucho que los músculos habían comenzado a convertirse en grasa. Jason lo atacó con la fuerza de un martinete, y lo arrinconó contra la pared. La pelea duró hasta que Jason consiguió hacerlo girar y estrellarle la cara contra el muro. Otro golpe idéntico y dos tremendos puñetazos en los riñones bastaron para que el hombre cayera al suelo inconsciente.

Jason recogió la pistola y se lanzó al otro cuarto. Con la mano libre recogió el ordenador y el teléfono móvil. Se detuvo un segundo para orientarse, vio otra puerta y se apresuró.

Hizo una pausa para habituar los ojos a la oscuridad. Masculló una palabrota. Estaba en la misma nave, o en otra idéntica. Quizás el viaje en coche solo había consistido en dar vueltas a la manzana. Bajó la escalera con mucho cuidado. La limusina no estaba a la vista. De pronto, oyó un ruido procedente del lugar de donde había venido. Corrió hacia la puerta levadiza y buscó desesperado el botón para abrirla. Volvió la cabeza al oír que alguien corría. Él también corrió hacia el extremo opuesto de la nave. Se ocultó detrás de una pila de bidones, dejó la pistola en el suelo y abrió el ordenador.

Su ordenador era un último modelo con módem incorporado. Encendió el aparato y conectó el teléfono móvil al módem. Sudaba a mares mientras esperaba que el ordenador realizara las operaciones de arranque. Utilizó el ratón para dar las órdenes y luego, en la oscuridad —tenía tanta práctica que no le hacía falta mirar el teclado— escribió el mensaje. Estaba tan absorto en su trabajo que no oyó las pisadas detrás de él. Tecleó la dirección del correo electrónico del destinatario. Enviaba el mensaje a su propio buzón de America Online. Desgraciadamente, como aquellas personas que no recuerdan su número de teléfono porque nunca lo marcan, Jason, que no se enviaba correo electrónico a sí mismo, no tenía programada la dirección de su correo electrónico en el ordenador portátil. Lo recordaba, pero teclearlo significó la pérdida de unos segundos preciosos. Mientras sus dedos volaban sobre el teclado, un brazo le

rodeó el cuello.

Jason alcanzó a dar la orden de envío. El mensaje desapareció de la pantalla. Solo por un instante. Vio pasar una mano por delante de su rostro que le arrebató el ordenador, con el teléfono móvil colgado del cable. Jason vio los dedos gruesos que apretaban las teclas para cancelar el mensaje.

Descargó un puñetazo brutal contra la mandíbula del atacante. La mano que sujetaba el ordenador se aflojó y Jason consiguió recuperarlo junto con el teléfono. Lanzó un puntapié contra la barriga del hombre y echó a correr mientras el agresor caía de bruces al suelo. Con las prisas se olvidó de recoger la pistola.

Jason corrió hacia el rincón más apartado de la nave; las pisadas de los perseguidores se oían por todas partes. Estaba claro que no tenía escapatoria. Pero aún podía hacer algo más. Se ocultó detrás de una escalera metálica, se puso de rodillas y comenzó a teclear. Un grito que sonó muy cerca le hizo levantar la cabeza bruscamente, y el dedo índice apretó la tecla incorrecta mientras escribía la dirección del correo electrónico del destinatario. Comenzó a escribir el mensaje, casi sin ver porque el sudor le escocía en los ojos. Le costaba trabajo respirar; tenía el cuello dolorido de la llave que le había hecho el atacante. Estaba todo tan oscuro que no se veía el teclado. Su mirada pasaba alternativamente de la pantalla a la oscuridad de la nave, donde los gritos y pisadas sonaban cada vez más cerca.

No se daba cuenta de que la pequeña cantidad de luz que emitía la pantalla del ordenador era como un espectáculo de rayos láser en la oscuridad. El ruido de los hombres que corrían a unos tres metros más allá le obligó a interrumpir el mensaje. Apretó la tecla de envío y esperó la señal de confirmado. Después borró el archivo y el nombre del destinatario. No miró la dirección del correo electrónico mientras apretaba la tecla de borrar. A continuación, metió el ordenador y el teléfono debajo del último peldaño, y en un empujón, los lanzó contra la pared. No tuvo tiempo para hacer nada más porque los haces luminosos de varias linternas lo alumbraron de lleno. Se puso de pie lentamente, con la respiración entrecortada pero con una mirada desafiante.

Unos minutos más tarde, la limusina salió de la nave. Jason estaba tirado en el asiento trasero, con varios cortes y morados en el rostro; respiraba con dificultad. Kennet Scales tenía el ordenador abierto y maldecía en voz alta mientras contemplaba la pantalla, incapaz de invertir el proceso ocurrido un poco antes. En un ataque de furia, arrancó el teléfono móvil del cable y lo golpeó contra la puerta de la limusina hasta hacerlo pedazos. Después sacó un teléfono móvil del bolsillo y marcó un número. Scales transmitió su informe. Archer se había puesto en contacto con alguien, había enviado un mensaje. Había un cierto número de posibles destinatarios a los que había que controlar y ocuparse de ellos de la forma más adecuada. Pero este problema podía esperar. Había otros más urgentes. Scales cortó la comunicación y miró al prisionero. Un segundo después Jason vio que la pistola le apuntaba a la frente.

—¿A quién, Jason? ¿A quién le enviaste el mensaje?

Jason consiguió normalizar la respiración mientras se apretaba las costillas doloridas.

—Ni lo sueñes, tío. Ya puedes esperar sentado.

Scales apoyó el cañón de la pistola en la cabeza de Jason.

—¡Venga, gilipollas, aprieta el gatillo! —gritó Jason.

El dedo de Scales inició el movimiento, pero entonces el pistolero se contuvo y de un empujón lanzó a Jason contra el respaldo del asiento.

—Todavía no, Jason. ¿No te lo he dicho? Todavía tienes que hacer otro trabajito.

Jason lo miró indefenso mientras Scales sonreía con una expresión sardónica.

El agente especial Raymond Jackson echó un vistazo al entorno. Entró en la habitación y cerró la puerta. Meneó la cabeza, asombrado. Le habían descrito a Arthur Lieberman como un personaje de enorme influencia y una destacadísima carrera. Esta covacha no se ajustaba a la descripción. Miró la hora. El equipo del forense llegaría en cualquier momento para realizar una revisión a fondo. Aunque parecía poco probable que Arthur Lieberman conociera personalmente al que le había borrado del mapa en el cielo de Virginia, cuando se trataba de investigaciones de esta magnitud, había que explorar todas las posibilidades.

Jackson entró en la cocina diminuta y en seguida llegó a la conclusión de que Lieberman no cocinaba ni comía allí. No había platos ni ollas en ninguno de los armarios. El único ocupante visible de la nevera era la bombilla eléctrica. La cocina, aunque vieja, no mostraba ninguna señal de uso reciente. Jackson echó una ojeada al salón y después fue al baño. Con la mano enguantada abrió con cuidado la puerta del botiquín. Contenía los habituales artículos de tocador, nada importante. Se disponía a cerrar la puerta-espejo cuando vio una botellita metida entre el desodorante y el tubo de pasta dentífrica. La etiqueta indicaba la dosis y el nombre del médico que lo había recetado. El agente no conocía el nombre de la droga. Jackson tenía tres hijos y era un experto casero en medicamentos sin receta para una multitud de enfermedades. Anotó el nombre del medicamento y cerró la puerta.

El dormitorio de Lieberman era pequeño, y la cama era poco más que un catre. Había una mesa cerca de la ventana. Después de revisar el armario, se fijó en la mesa.

Había varias fotos de dos hombres y una mujer con edades comprendidas entre los quince y los veinticinco años. Las fotos no eran recientes. Jackson decidió que eran los hijos de Lieberman.

A continuación, se dedicó a los tres cajones. Uno estaba cerrado. El agente solo tardó unos segundos en forzar la cerradura. En el interior había un manojito de cartas manuscritas sujetas con una banda elástica. La letra era clara y firme, y los textos claramente románticos. Lo único extraño era que ninguna estaba firmada. Jackson pensó en el detalle por unos instantes, y luego volvió a guardarlas en el cajón. Se entretuvo mirando aquí y allá hasta que una llamada a la puerta anunció la llegada del equipo forense.

Sidney aprovechó el tiempo que había estado sola en la casa para revisar hasta el último rincón, impulsada por una fuerza que no acababa de identificar. Estuvo sentada durante horas junto a la ventana de la cocina dedicada a repasar los años de matrimonio. Todos los detalles, incluso los más nimios, surgieron de las profundidades de su subconsciente. En ocasiones había esbozado una sonrisa al recordar algún episodio divertido. Sin embargo, esos instantes habían sido muy breves, y habían estado seguidos de desgarradores sollozos ante la verdad ineludible de que ya no habría más momentos divertidos con Jason.

Por fin salió de su ensimismamiento. Se levantó, subió las escaleras y recorrió a paso lento el pasillo hasta el pequeño estudio de Jason. Observó el parco mobiliario y después se sentó delante del ordenador. Pasó la mano por la pantalla. Jason había querido a los ordenadores desde siempre. Ella sabía usarlos, pero aparte del procesador de textos y el correo electrónico, su conocimiento del mundo de la informática era muy limitado.

Jason utilizaba mucho el correo electrónico y comprobaba el buzón electrónico cada día. Sidney no lo había comprobado desde la catástrofe. Decidió que era el momento de hacerlo. Sin duda, muchos de los amigos de su marido habrían enviado mensajes. Encendió el ordenador y contempló la pantalla mientras desfilaban una serie de números y palabras que, en su mayoría, no significaban nada para ella. La única cifra que reconoció fue el de la memoria disponible. Había muchísima. Jason había preparado el sistema a medida y le sobraba potencia.

Miró la cifra de la memoria disponible. Sorprendida, se dio cuenta de que los tres últimos dígitos, 7, 3 y 0, representaban la fecha de nacimiento de Jason, 30 de julio. Contuvo la respiración para evitar una crisis de llanto. Abrió el cajón de la mesa y curioseó el contenido. Como abogado conocía muy bien todos los documentos y trámites que tendría que atender mientras se arreglaba la herencia de Jason. La mayor parte de sus propiedades eran conjuntas, pero así y todo habría mucho papeleo legal. Todo el mundo tenía que enfrentarse en algún momento a estas cosas, pero le parecía imposible tener que hacerlo de forma tan súbita.

Removió los papeles y los diversos artículos de oficina, hasta que se decidió por coger una cosa. Aunque no lo sabía, era la tarjeta que Jason había dejado antes de irse al aeropuerto. La miró con atención. Parecía una tarjeta de crédito, pero llevaba estampado el nombre de Tritón Global seguido por el de Jason Archer y, por último, las palabras «Código restringido: nivel 6». Frunció el entrecejo. Nunca la había visto antes. Suponía que era algún pase de seguridad, pero no llevaba la foto de su marido. Se la metió en el bolsillo. Era probable que la compañía la reclamara.

Accedió a la línea de America Online, escuchó la voz del ordenador que le anunciaba que tenía cartas en el buzón electrónico. Como había supuesto, había numerosos mensajes de los amigos. Comenzó a leerlos con el rostro bañado en

lágrimas hasta que por fin perdió todo el deseo de acabar la tarea y se dispuso a salir del sistema. Dio un salto cuando otra carta electrónica apareció de pronto en la pantalla; iba dirigida a «ArchieJW@aol.com», que era la dirección del correo electrónico de su marido. Al instante siguiente había desaparecido, como una idea picara que pasa fugazmente por la cabeza.

Sidney apretó varias teclas de función y volvió a comprobar el buzón electrónico. Frunció el entrecejo al máximo cuando descubrió que estaba completamente vacío. Continuó con la mirada puesta en la pantalla. Comenzó a dominarla la sensación de que se había imaginado todo el episodio. Había sido tan rápido. Se frotó los ojos doloridos y permaneció sentada algunos minutos. Esperaba ansiosa que se repitiera, aunque no entendía el significado. La pantalla permaneció en blanco.

Unos momentos después de que Jason Archer reenviara el mensaje, un nuevo mensaje electrónico fue anunciado por la voz del ordenador: «Tiene correspondencia». Esta vez el mensaje se mantuvo y fue archivado en el buzón. Sin embargo, este buzón no estaba en la vieja casa de piedra y ladrillo, ni tampoco en el despacho de Sidney en las oficinas de Tylery Stone. No había tampoco nadie en la casa para leerlo. El mensaje tendría que esperar.

Sidney se levantó y salió del estudio. Por alguna razón, la súbita aparición del mensaje en la pantalla le había dado una esperanza absurda, como si Jason estuviera intentando comunicarse con ella, desde el lugar donde había ido a dar después de que el reactor se estrellara contra el suelo. ¡Estúpida!, se dijo a sí misma. Eso era imposible.

Una hora más tarde, después de otra crisis de llanto, con el cuerpo deshidratado, cogió una foto de Amy. Tenía que cuidar de sí misma. Amy la necesitaba. Abrió una lata de sopa, encendió la cocina, calentó la sopa, la echó en un bol junto con un poco de concentrado de carne y se la llevó a la mesa. Consiguió tragar unas cuantas cucharadas mientras miraba las paredes de la cocina que Jason pensaba pintar aquel fin de semana, después de que ella se lo pidiera mil veces. Allí donde miraba, la sacudía un nuevo recuerdo, un estremecimiento de culpa. No podía ser de otra manera. Todo en este lugar contenía algo de ellos, algo de él.

Notaba el paso de la sopa caliente por el esófago y en el estómago, pero su cuerpo se sacudía como un motor que se quedaba sin combustible. Cogió una botella de Gatorade de la nevera y bebió hasta que cesaron los temblores. No obstante, aunque el cuerpo comenzaba a calmarse, sentía que las fuerzas interiores se acumulaban una vez más.

Se levantó de un salto, entró en la sala y encendió el televisor. Pasó de un canal a otro, y entonces se tropezó con lo inevitable: un informativo en directo desde el lugar del accidente. Se sintió culpable por la curiosidad de contemplar el suceso que le había arrebatado a su marido. Sin embargo, no podía negar que deseaba obtener información sobre la catástrofe, como si verlo desde una posición objetiva pudiese disminuir al menos temporalmente el terrible dolor que la destrozaba.

La periodista estaba cerca del lugar del impacto. Al fondo continuaba el proceso de recogida. Sidney contempló cómo cargaban los restos y los clasificaban en diversas pilas. De pronto, casi se cayó de la silla. Un trabajador acababa de pasar directamente por detrás de la periodista que seguía con su parloteo. La bolsa de lona con las rayas cruzadas casi no presentaba daños, solo estaba un poco chamuscada y sucia en los bordes. Incluso veía las iniciales en grandes letras de imprenta negras. La bolsa fue a parar a una pila con otras bolsas. Durante un instante terrible, Sidney Archer no se pudo mover. Tenía los miembros paralizados. Al momento siguiente se movía con la velocidad de un torbellino.

Corrió escaleras arriba, se puso un vaquero y un suéter blanco grueso, botas de piel forradas y metió lo imprescindible en una maleta. Al cabo de unos pocos minutos sacaba el Ford del garaje. Por un momento, miró el Cougar convertible aparcado en la otra plaza. Jason lo había mimado durante casi diez años y su vejez siempre había resaltado por sus recuerdos de la felina elegancia del Jaguar. Incluso el Explorer parecía flamante comparado con el Cougar. El contraste siempre le había resultado gracioso. Pero esta noche no fue así. La cegó una nueva crisis de llanto y tuvo que pisar a fondo el freno.

Comenzó a descargar puñetazos contra el salpicadero hasta que un dolor agudo le paralizó los antebrazos. Por fin, apoyó la cabeza en el volante mientras intentaba recuperar el aliento. Pensó que iba a vomitar cuando notó en la garganta el regusto ácido del concentrado de carne, pero se tragó la arcada. Unos segundos después encaraba la calle. Por un instante, miró su casa por el espejo retrovisor. Habían vivido allí durante casi tres años. Una casa maravillosa construida hacía cien años, con habitaciones grandes, molduras, suelo de roble y los suficientes recovecos secretos para que no fuese difícil encontrar un lugar tranquilo donde perderse en una triste tarde de domingo. Les había parecido un lugar fantástico para criar a sus hijos. Habían soñado con hacer tantas cosas... Tantas...

Notó que la amenazaba otro ataque de llanto. Aceleró la marcha y llegó a la carretera. Diez minutos más tarde vio el cartel luminoso rojo y amarillo del McDonald's. Entró en el *drive-in* y pidió un café largo. Al bajar el cristal de la ventanilla se encontró ante el rostro pecoso de una jovencita larguirucha, con el pelo largo color caoba recogido en una cola de caballo, que con toda seguridad crecería para convertirse en una joven hermosa, como ocurriría con Amy. Sidney deseó que la jovencita todavía tuviera a su padre. Se estremeció una vez más al pensar que Amy había perdido el suyo.

En menos de una hora se dirigía el oeste por la ruta 29, que cruzaba la ondulada campiña de Virginia en un ángulo de casi cuarenta y cinco grados y llegaba al límite con Carolina del Norte. Sidney había viajado multitud de veces por esta carretera cuando iba a la facultad de Derecho de la universidad de Virginia en Charlottesville. Era un trayecto encantador a través de los silenciosos campos de batalla de la Guerra Civil y las viejas granjas familiares que todavía funcionaban. Nombres como

Brightwood, Locust Dale, Madison y Montpelier aparecían fugazmente en las señales de tráfico, y Sidney recordó los muchos viajes que ella y Jason habían hecho a Charlottesville para asistir a algún espectáculo. Ahora ninguna parte de la carretera o del campo le ofrecía consuelo.

Continuó viajando. Sidney miró el reloj del salpicadero y se sorprendió al ver que era casi la una de la mañana. Pisó el acelerador y el Ford voló por la carretera desierta. Afuera, la temperatura bajaba cada vez más a medida que el terreno se hacía más alto. El cielo estaba encapotado y la única luz era la de los faros. Subió la calefacción y puso las luces largas.

Una hora más tarde, echó una ojeada al mapa que tenía en el asiento. Se acercaba a la salida. Mantuvo el cuerpo tenso a medida que se aproximaba al punto de destino. Comenzó a contar los kilómetros que faltaban en el odómetro.

Al llegar a Ruckersville se dirigió al oeste. Ahora estaba en el condado de Greene, rústico y rural, muy apartado del ritmo de vida que Sidney conocía y disfrutaba. La cabecera del condado era Standardville, que gracias al cráter del impacto y la tierra quemada aparecía ahora en las pantallas de televisión de medio mundo.

Sidney salió de la carretera y miró a su alrededor para saber dónde estaba. Estaba rodeada por la oscuridad del campo. Encendió la luz interior y se acercó el mapa a la cara. Buscó las referencias y continuó por una desviación durante un par de kilómetros hasta llegar a una curva poblada de olmos, arces y robles gigantescos, más allá de la cual se extendía un campo de cultivo.

Al final de la carretera, estaba aparcado un coche de la policía junto a un buzón torcido y oxidado. A la derecha del buzón comenzaba un camino de tierra con setos a cada lado. A lo lejos la tierra parecía brillar como una enorme cueva fosforescente.

Había encontrado el lugar.

A la luz de los faros vio que nevaba. Cuando se acercó un poco más, se abrió la puerta del coche patrulla y un agente vestido con un chaquetón naranja fosforescente salió del vehículo. Caminó hasta el Ford, iluminó con la linterna la placa de la matrícula y después hizo un recorrido por el resto del Explorer antes de detenerse en la ventanilla del conductor.

Sidney inspiró con fuerza, apretó el botón y bajó el cristal.

El rostro del agente apareció a la altura de su hombro. Llevaba un bigote salpicado de gris y las comisuras de los ojos aparecían marcadas de arrugas. Incluso debajo del chubasquero naranja, el tamaño de sus hombros y el pecho resultaba evidente. El agente echó una ojeada al interior del vehículo y después se centró en Sidney.

—¿Puedo ayudarla, señora? —La voz denunció un cansancio que no solo era físico.

—Ven... vengo... —Se le quebró la voz. De pronto, se había quedado en blanco. Miró al hombre, movió los labios, pero las palabras no salieron.

El policía aflojó los hombros.

—Señora, hoy ha sido un día muy largo. He tenido que habérmelas con un montón de gente que se ha dejado caer por aquí que en realidad no tendrían que haber venido. —Hizo una pausa y miró el rostro de Sidney—. ¿Se ha perdido? —Su tono indicaba con toda claridad que no creía que se hubiera desviado del rumbo previsto.

Sidney consiguió menear la cabeza. Él miró su reloj.

—Las furgonetas de la televisión se han ido a Charlottesville hace cosa de una hora. Se fueron a dormir. Le sugiero que haga usted lo mismo. Podrá ver y leer todo lo que quiera en la televisión y en los periódicos, créame. —Se apartó de la ventanilla, como una señal de que había acabado la conversación—. ¿Sabrá encontrar el camino de vuelta?

Sidney asintió. El policía se llevó la mano al ala del sombrero al tiempo que caminaba hacia su coche. La joven dio la vuelta y comenzó a alejarse. Solo había recorrido unos metros cuando miró por el espejo retrovisor, y entonces pisó el freno. El extraño resplandor la llamaba. Se apeó del todoterreno, fue hasta la parte de atrás para coger el abrigo y se lo puso.

El policía, al ver que se acercaba, salió del coche patrulla. Tenía el chubasquero mojado por la humedad de la nieve. El pelo rubio de Sidney se cubrió con los copos a medida que arreciaba la tormenta.

Antes de que el policía abriera la boca, Sidney levantó una mano.

—Me llamo Sidney Archer. Mi marido, Jason Archer... —Sintió que le fallaba la voz; era la consecuencia de las palabras que iba a pronunciar. Se mordió el labio muy fuerte, y después añadió—: Estaba en el avión. La compañía aérea se ofreció a traerme, pero decidí venir por mi cuenta. No sé muy bien por qué, pero lo hice.

El policía la miró, con una mirada mucho menos desconfiada; las puntas del bigote se doblaron como las ramas de un sauce llorón, los hombros erguidos se hundieron.

—Lo siento, señora Archer, de verdad que lo siento. Las otras familias ya han estado por aquí. No se quedaron mucho. Los tipos de la comisión aérea no quieren ver a nadie por aquí en estos momentos. Volverán mañana para recorrer la zona en busca... en busca de... —Se interrumpió y miró al suelo.

—Solo he venido a ver... —También a ella se le quebró la voz. Miró al agente. Sidney tenía los ojos rojos, las mejillas hundidas, la frente congelada en una columna de arrugas. Aunque era alta, parecía una niña enfundada en un abrigo que le fuera grande, los hombros encorvados, las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos, como si ella también estuviese a punto de desaparecer como Jason.

La incomodidad del policía resultaba evidente. Miró primero el camino, después los zapatos y luego otra vez a ella.

—Espere un momento, señora Archer. —Se metió en el coche y a continuación asomó la cabeza—. Suba, señora, no se quede bajo la nieve. Suba antes de que pille alguna cosa.

Sidney entró en el coche patrulla. Olía a tabaco y a café rancio. Un ejemplar de la revista *People* estaba metido en la separación entre los dos asientos. Había una pequeña pantalla del ordenador de a bordo. El policía bajó el cristal de la ventanilla e iluminó con el reflector la parte trasera del Ford; a continuación, escribió algo en el teclado y observó un momento la pantalla antes de mirar a Sidney.

—Acabo de escribir su número de matrícula. Tengo que confirmar su identificación, señora. No es que no la crea. No creo que haya venido hasta aquí en mitad de la noche solo a pasar el rato. Lo sé, pero tengo que cumplir las normas.

—Lo comprendo.

En la pantalla apareció la información solicitada. El policía le echó un vistazo, cogió una hoja con una lista de nombres y la repasó. Miró a Sidney de reojo con una expresión de incomodidad.

—¿Dijo que Jason Archer era su marido?

Sidney asintió despacio. ¿Era? La palabra le sonó atroz. Notó que las manos comenzaban a temblarle incontroladas, y la vena en la sien izquierda latió más deprisa.

—Tengo que asegurarme. Había otro Archer en el avión. Un tal Benjamín Archer.

Por un momento recuperó la esperanza, pero enseguida volvió a la realidad. No había ningún error. Si lo hubiese habido, Jason la hubiese llamado. Él había estado en aquel avión. Por mucho que ella lo deseara, era la verdad. Miró hacia las luces distantes. Él estaba allí ahora. Seguía allí. Carraspeó.

—Tengo una foto donde se me puede identificar. —Abrió la cartera y se la dio al agente.

El policía miró el carné de conducir y entonces vio la foto de Jason, Sidney y Amy, tomada hacía un mes. La contempló durante unos segundos. Luego se apresuró a devolverle la cartera.

—No necesito comprobar nada más, señora Archer. Hay un par de agentes apostados en el camino un poco más adelante —señaló a través de la ventanilla y un batallón de la Guardia Nacional estaba disperso por todas partes—. Todavía hay unos cuantos tipos de Washington dando vueltas, por eso hay tantas luces. —Miró a Sidney—. No puedo abandonar mi puesto, señora Archer. —El policía se miró las manos. Ella siguió la mirada. Vio la alianza en la mano izquierda, el dedo tan gordo que era imposible sacar la sencilla sortija de oro sin tener que cortárselo. El agente frunció los párpados y una lágrima brilló en su mejilla. De pronto desvió la mirada, se nevió la mano a la cara y después la bajó.

Arrancó el motor y puso el coche en marcha. Miró a su acompañante.

—Comprendo que esté aquí, pero le recomiendo que no se quede mucho, señora Archer. No es..., bueno, no es un lugar para estar. —El coche patrulla se bamboleó por los baches del camino. El agente mantenía la mirada puesta en las luces lejanas—. Hay un diablo en el infierno y un dios en el cielo, y si bien el diablo se ha salido con la suya con ese avión, todos los pasajeros están ahora mismo con el Señor, todos

ellos. Créame, y no deje que nadie le diga otra cosa.

Sidney asintió casi sin darse cuenta. Deseaba de todo corazón que fueran ciertas.

A medida que se acercaban a las luces, Sidney sintió que su mente se alejaba cada vez más.

—Había una bolsa de lona con rayas azules entrecruzadas. Era de mi marido. Tenía sus iniciales: JWA. Se la compré para un viaje que hicimos hace varios años. — Sidney sonrió por un momento al recordarlo—. En realidad se trató de una broma. Habíamos discutido y era la bolsa más fea que encontré en la tienda. Y resultó que estaba encantado. —Se volvió bruscamente y vio la mirada de sorpresa del policía—. La vi en la televisión. Ni siquiera parecía dañada. ¿Hay alguna posibilidad de que pueda verla?

—Lo siento, señora Archer. Ya se han llevado todo lo recogido. El camión vino hace cosa de una hora para llevarse la última carga del día.

—¿Sabe dónde va?

—Da lo mismo que lo sepa o no. —El policía meneó la cabeza—. No le dejarían acercarse. Supongo que se la devolverán cuando concluya la investigación. Pero por la pinta que tiene este, podrían tardar años. Lo siento.

Por fin el coche se detuvo a unos pasos de otro agente. El policía salió del coche y mantuvo una breve conversación con su colega; un par de veces señaló el coche patrulla donde estaba Sidney, que no podía apartar la mirada de las luces.

Se sobresaltó cuando el agente asomó la cabeza por la ventanilla.

—Señora Archer, puede bajar.

Sidney abrió la puerta y se apeó del vehículo. Miró por un instante al otro agente, que asintió nervioso, con una mirada de dolor. Al parecer, el dolor reinaba por doquier. Estos hombres hubieran preferido estar en casa con sus familias. Aquí solo había muerte; estaba en todas partes. Parecía pegarse a sus prendas como la nevada.

—Señora Archer, cuando esté lista para marcharse, dígaselo a Billy y él me avisará por la radio. Yo vendré a recogerla.

Mientras él caminaba de regreso al coche, Sidney lo llamó.

—¿Cómo se llama?

—Eugene, señora. Agente Eugene McKenna.

—Gracias, Eugene.

El policía asintió y acercó la mano al ala del sombrero.

—Por favor, no se quede mucho tiempo, señora Archer.

Billy la llevó hacia las luces con la mirada fija al frente. Sidney no sabía qué le había dicho el agente McKenna a su colega, pero notaba la angustia que emanaba de su cuerpo. Era un hombre delgado como un junco, joven, unos veinticinco años, pensó Sidney, y parecía nervioso y asqueado.

Al cabo de unos minutos de marcha se detuvieron. Sidney vio a las personas que caminaban despacio por la zona. Había barreras y cintas de plástico amarillas de la policía por todas partes. A la luz de los focos, contempló el terreno devastado.

Semejaba un campo de batalla en el que la tierra hubiera sufrido una tremenda herida. El agente le tocó el brazo.

—Señora, tiene que quedarse por aquí. Esos tipos de Washington no quieren ver a nadie rondando por aquí. Tienen miedo de que alguien tropiece, ya sabe, que revuelva las cosas. —Inspiró con fuerza—. Hay cosas por todas partes, señora. ¡Por todas partes! Nunca había visto nada como esto y espero no volver a verlo en toda mi vida. —Una vez más miró a lo lejos—. Cuando esté lista, estaré allá. —Señaló en la dirección por donde habían venido y se marchó.

Sidney se arrebujó en el abrigo y se quitó la nieve del pelo. Sin darse cuenta avanzó unos pasos, se detuvo, y volvió a avanzar. Vio las paletadas de tierra que volaban por el aire para formar nuevos montículos alrededor del agujero. Ella lo había visto mil veces en la televisión. El cráter de impacto. Decían que el avión entero estaba ahí dentro, y aunque sabía que era cierto, le resultaba imposible creerlo.

El cráter de impacto. Jason también estaba allí. Era un pensamiento tan enquistado, tan desgarrador, que en lugar de sumirla en otra crisis de histeria, sencillamente la incapacitó. Cerró los ojos con fuerza y los volvió abrir. Los lagrimones rodaron por sus mejillas, y ella no se molestó en enjuagarlos.

No esperaba volver a sonreír nunca más.

Incluso cuando se obligó a pensar en Amy, en la maravillosa niña que le había dejado Jason, consiguió que un rastro de felicidad disipara un poco la pena. Mantuvo la mirada al frente sin hacer caso del viento helado que la sacudía y le lanzaba el pelo sobre el rostro.

Mientras miraba, un grupo de maquinaria pesada entró en el cráter, envueltos en las nubes negras de los tubos de escape y el sonido agudo de los motores. Las excavadoras y las palas mecánicas atacaron el pozo con más fuerza. Levantaban enormes cantidades de tierra y la volcaban en los camiones, que iban y venían por rutas marcadas en el terreno ya explorado. Ahora se imponía la velocidad por encima de todo lo demás, incluso a riesgo de ocasionar más daños a los restos del aparato. Lo que todos estaban desesperados por conseguir eran las cajas negras. Eso era más importante que preocuparse por convertir un fragmento de un par de centímetros en algo mucho más pequeño.

Sidney advirtió que la nieve comenzaba a cuajar; otra preocupación añadida para los investigadores, pensó, al verles correr de aquí para allá con sus linternas, y que solo se detenían para clavar banderitas en la tierra que se cubría de blanco. Cuando se acercó un poco más, distinguió las figuras vestidas de caqui de la Guardia Nacional que vigilaban sus sectores, con los fusiles al hombro, aunque sin dejar de mirar hacia el cráter. Como un poderoso imán, el lugar del accidente atraía la atención de todos. Al parecer, el precio que había que pagar por las innumerables alegrías de la vida era la amenaza constante de una muerte súbita e inexplicable.

Dio otro paso y el pie tropezó con algo cubierto por la nieve. Se agachó para ver qué era, y recordó las palabras del policía joven: «Hay cosas por todas partes. ¡Por

todas partes!». Se detuvo por un instante, pero luego continuó buscando con la curiosidad innata de los seres humanos. Un momento más tarde, corría a trompicones como un pelele descoyuntado por el camino de tierra mientras lloraba a moco tendido.

No vio al hombre hasta que se lo llevó por delante. Los dos cayeron al suelo, él tan sorprendido como ella, o quizá más.

—Joder —gruñó Lee Sawyer, que cayó de culo sobre un montículo, sin aire en los pulmones. Sidney, en cambio, se levantó de un salto y continuó la enloquecida carrera. Sawyer la siguió hasta que se le trabó la rodilla, una vieja secuela de la persecución de un atlético ladrón de bancos durante más de veinte largas manzanas sobre pavimento. «¡Eh!», le gritó mientras avanzaba a la pata coja y se masajeaba la rodilla. Alumbró con la linterna en dirección a la mujer.

Sidney Archer volvió la cabeza y él alcanzó a ver su perfil en el arco de luz. Por una fracción de segundo captó la expresión de terror en sus ojos. Después ella desapareció.

Sawyer regresó a paso lento al lugar donde la había visto por primera vez. Alumbró el suelo con la linterna. ¿Quién demonios era ella y qué estaba haciendo aquí? Entonces encogió los hombros. Probablemente era una vecina curiosa de la zona que había visto algo que ahora deseaba no haber visto. Un minuto más tarde, la linterna de Sawyer confirmó sus sospechas: Se agachó para recoger un zapatito de niña. Parecía diminuto e indefenso en su manaza. Sawyer miró hacia el lugar por donde había desaparecido Sidney y soltó un fuerte suspiro. Su corpachón comenzó a temblar sacudido por una furia descontrolada mientras contemplaba el terrible agujero en la tierra. Luchó por dominar el ansia de gritar a todo pulmón. Eran contadas las ocasiones a lo largo de su carrera en las que Lee Sawyer había deseado negar a las personas que había detenido la oportunidad de ser juzgadas por sus iguales. Esta era una de esas ocasiones. Rezó para que el día que encontrara a los responsables de este horrendo acto de violencia, ellos intentaran algo, cualquier cosa que le diera la más mínima ocasión de evitarle al país el coste y todo el circo informativo que produciría un juicio de esta clase. Se metió el zapatito en un bolsillo del abrigo y, renqueando, se alejó para ir a hablar con Kaplan. Era hora de volver a la ciudad. Tenía una cita en Washington por la tarde. La investigación de Arthur Lieberman debía comenzar.

El agente McKenna miró ansioso a Sidney mientras la ayudaba a apearse del coche patrulla.

—Señora Archer, ¿está segura de que no quiere que llame a alguien para que venga a buscarla?

Sidney, blanca como un papel, con los miembros convulsos, las manos y las ropas sucias de tierra por la caída, meneó la cabeza con fuerza.

—¡No! ¡No! —Se apoyó contra el coche. Le temblaban los brazos y los hombros, pero al menos había conseguido recuperar el equilibrio. Cerró la puerta del vehículo y

comenzó a caminar con paso vacilante hacia el Ford. Vaciló y entonces se volvió. El agente McKenna, junto al coche, la miraba con atención.

—¿Eugene?

—¿Sí, señora?

—Tenía usted razón. No es un lugar para quedarse mucho tiempo. —Pronunció las palabras con el tono hueco de alguien que ha perdido totalmente el espíritu. Se volvió una vez más, caminó hasta el Ford y entró en el coche.

El agente Eugene McKenna asintió despacio. La nuez prominente se movió rápidamente arriba y abajo mientras él intentaba dominar las lágrimas. Abrió la puerta del coche patrulla y se desplomó en el asiento. Cerró la puerta para que el ruido de los sollozos no fuera más allá.

Mientras Sidney emprendía el camino de regreso, sonó el teléfono móvil que tenía a su lado. El ruido totalmente inesperado le produjo tal sobresalto que estuvo a punto de perder el dominio del Explorer. Miró el aparato con una expresión de incredulidad. Nadie sabía dónde estaba. Echó un vistazo a su alrededor como si alguien la estuviese vigilando desde la oscuridad. Los árboles desnudos eran los únicos testigos de su viaje de regreso a casa. Por lo que ella sabía, era la única persona viva a la redonda. Extendió una mano y, lentamente, cogió el teléfono.

Por amor de Dios, Quentin, son las tres de la mañana.

—No te llamaría a menos que fuera realmente importante.

—No tengo muy claro qué quieres que te diga. —La mano de Sidney tembló un poco mientras sostenía el teléfono móvil. Aminoró la marcha; había pisado el acelerador cada vez más a medida que continuaba la conversación hasta que se encontró viajando a una velocidad peligrosa por la angosta carretera.

—Te lo acabo de decir. Oí que tú y Gamble hablabais en el viaje de regreso desde Nueva York. Creí que vendrías a mí, Sidney, no que irías a Gamble. —La voz era suave pero mostraba una cierta irritación.

—Lo siento, Quentin, pero él me preguntó. Tú no.

—Intentaba darte un respiro.

—Te lo agradezco, de verdad. Pero Gamble se dirigió a mí. Se mostró muy amable, pero tuve que decirle algo.

—¿Y tú le dijiste que no sabías por qué Jason estaba en ese avión? ¿Esa fue tu respuesta? ¿Que no tenías la menor idea de que estuviera en ese avión?

Sidney intuyó otros pensamientos ocultos en sus palabras. ¿Cómo podía decirle a Rowe algo diferente a lo que le había dicho a Gamble? Incluso si le contaba la historia de Jason sobre el viaje a Los Ángeles, ¿cómo decirle que ahora sabía que Jason no había ido a entrevistarse con otra compañía? Estaba en una situación insostenible y no veía la forma de salir de ella. Decidió cambiar de tema.

—¿Cómo se te ocurrió llamarme al coche, Quentin? —Le inquietaba saber que él había sido capaz de localizarla.

—Llamé a tu casa, después a la oficina. El único lugar que quedaba era el coche —respondió él—. Si quieres que te diga la verdad, estaba preocupado por ti. Y... — Su voz se interrumpió bruscamente, como si hubiera decidido un instante demasiado tarde no comunicar su pensamiento.

—¿Y qué?

Rowe vaciló un momento, pero después se dio prisa en acabar la frase.

—Sidney, no hace falta ser un genio para deducir la pregunta que todos queremos ver contestada. ¿A qué iba Jason a Los Ángeles?

El tono de Rowe no dejaba lugar a dudas. Quería una respuesta a la pregunta.

—¿Qué le importa a Tritón lo que él hacía en su tiempo libre?

—Sid, a Tritón le importa todo lo que hacen sus empleados. —Rowe soltó un sonoro suspiro—. Hay compañías enteras que se pasan el día intentando robarnos la tecnología y los empleados. Tú lo sabes.

Sidney enrojeció de furia.

—¿Estás acusando a Jason de vender la tecnología de Tritón al mejor postor? Eso es absurdo y tú lo sabes.

Su marido no estaba aquí para defenderse y ella no estaba dispuesta a dejar pasar

la insinuación.

—Yo no digo que lo piense, pero hay otros aquí que sí.

—Jason nunca haría tal cosa. Se peló el culo trabajando para esa compañía. Tú eras su amigo. ¿Cómo se te ocurre hacer semejante acusación?

—Vale, pero explícame qué estaba haciendo en un avión a Los Ángeles en lugar de estar pintando la cocina, porque estoy a punto de cerrar la compra que permitirá a Tritón guiar al mundo en el siglo XXI, y no puedo permitir que nada ni nadie me haga perder esa oportunidad porque no se repetirá.

El tono de su voz era el apropiado para provocar la furia más total en Sidney Archer.

—No puedo explicarlo. Ni siquiera intentaré explicarlo. No sé qué coño está pasando. Acabo de perder a mi marido, ¡maldita sea! No hay cadáver, no hay ropas. No queda nada de él y ¿tú estás sentado allí diciéndome que crees que él te estafaba? Que te den por saco.

El Ford se salió un poco del camino y Sidney apeló a todas sus fuerzas para controlarlo. Aminoró la marcha cuando el vehículo se metió en un bache enorme. La sacudida fue tremenda. Cada vez le resultaba más difícil ver entre la nieve arremolinada por el viento.

—Sid, por favor, tranquilízate. —De pronto la voz de Rowe tenía una nota de pánico—. Escucha, no pretendía inquietarte todavía más. Lo siento. —Hizo una pausa y después añadió deprisa—: ¿Puedo hacer algo por ti?

—Sí, puedes decirles a todos los de Tritón que se vayan a tomar por el culo. Tú, el primero.

Desconectó el teléfono y lo arrojó sobre el asiento. Lloraba tanto que tuvo que detenerse a un lado del camino. Temblaba como si estuviera sumergida en hielo. Por fin, se desabrochó el cinturón de seguridad y se tendió en el asiento con un brazo sobre el rostro durante unos minutos. Después arrancó otra vez el coche y continuó el viaje. A pesar del cansancio, pensaba a la misma velocidad que el motor del Explorer. Jason se había inquietado al saber que ella tenía una reunión en Nueva York. Probablemente tenía preparada la historia de la entrevista para un nuevo trabajo por si surgía una emergencia. Su encuentro con Nathan Gamble y compañía lo había calificado como tal. Pero ¿por qué? ¿En qué estaba metido? ¿Y todas aquellas noches de trabajar hasta la madrugada? ¿Las reticencias? ¿Qué había estado haciendo?

Miró el reloj del salpicadero y vio que casi eran las cuatro. Su mente funcionaba a toda velocidad, pero no pasaba lo mismo con el resto. Apenas podía mantener los ojos abiertos y había llegado el momento de enfrentarse al problema de dónde pasar el resto de la noche. Se aproximaba a la ruta 29. Entró en la autopista y siguió hacia el sur en lugar de regresar al norte. Media hora más tarde, Sidney atravesó las calles desiertas de Charlottesville. Pasó por delante del Holiday Inn y otros alojamientos, y finalmente abandonó la ruta 29 para seguir por Ivy Road. No tardó mucho en llegar al Boar's Head Inn, uno de los mejores hoteles de la zona.

En menos de veinte minutos, estaba acostada en una cómoda habitación con hermosas vistas que en esos momentos no le interesaban lo más mínimo. Qué día de pesadillas, todas ellas absolutamente reales, pensó antes de cerrar los ojos. Sidney Archer se quedó dormida cuando solo faltaban dos horas para el amanecer.

A las tres de la mañana, hora de Seattle, comenzó a llover una vez más. El guardia refugiado en la pequeña garita acercó las manos y los pies al calefactor. En un rincón de la garita había una gotera; el agua se deslizaba por la pared y formaba un charco en la raída moqueta verde. El guardia miró la hora. Le faltaban cuatro horas para acabar el turno. Se sirvió el resto de café caliente que le quedaba en el termo y deseó estar bien abrigado en su cama. Las naves estaban alquiladas a diferentes compañías. Algunas de ellas estaban vacías, pero todas eran vigiladas por guardias armados las veinticuatro horas del día. La cerca metálica estaba coronada con alambre de espino, pero no era el alambre afilado como una navaja que instalaban en las prisiones. Había cámaras de vídeo ubicadas a intervalos regulares por todo el lugar. Era un lugar difícil de asaltar.

Difícil pero no imposible.

La figura estaba vestida de negro de la cabeza a los pies. Tardó menos de un minuto en escalar la cerca en la parte de atrás, y evitó sin problemas el alambre de espino. Después corrió al amparo de las sombras. El ruido de la lluvia borraba por completo los sonidos de su carrera. En la mano izquierda llevaba sujeto un artilugio electrónico en miniatura que provocaba interferencias. En el camino pasó por delante de tres cámaras de vídeo pero ninguna registró su imagen.

Llegó a la puerta lateral de la nave 22, sacó una ganzúa de la mochila y la metió en la cerradura del candado. Tardó diez segundos en abrirlo.

Subió los escalones metálicos de dos en dos después de echar una ojeada al interior con las gafas de visión nocturna. Entró en un cuarto pequeño y encendió la linterna. Sin perder ni un segundo, abrió el archivador y sacó la cámara de vigilancia. Quitó la cinta de vídeo, la metió en un bolsillo de la mochila, cargó la cámara con otra cinta nueva y la colocó otra vez en el archivador. Cinco minutos más tarde, el intruso se había marchado. El guardia todavía no había acabado su última taza de café.

Amanecía cuando el Gulfstream V despegó del aeropuerto de Seattle, y en unos minutos subió por encima de los nubarrones de tormenta. La figura vestida de negro llevaba ahora vaqueros y una sudadera, y dormía plácidamente en una de las lujosas butacas, con el pelo oscuro caído sobre el rostro juvenil. Al otro lado del pasillo, Frank Hardy, director de una empresa especializada en seguridad y contraespionaje industrial, leía con atención cada una de las páginas de un informe muy largo. Al alcance de la mano tenía un maletín de metal donde estaba guardada la cinta de vídeo de la cámara del archivador. Una azafata entró en la cabina y le sirvió otra taza de café. Hardy miró el maletín. Frunció el entrecejo y, en un gesto inconsciente, se pasó los dedos por las arrugas de la frente. Después, dejó a un lado el informe, se arrellanó en el asiento y miró a través de la ventanilla. Tenía mucho en qué pensar. En aquel momento no era un hombre feliz. Tensó y destensó los músculos de la barbilla y del

vientre mientras el reactor volaba rumbo al este.

El Gulfstream alcanzó la altitud de crucero en su vuelo que acabaría en Washington D. C. Los rayos del sol se reflejaron en el distintivo de la compañía pintado en la cola. El águila rampante representaba a una organización sin igual. Era más conocida en el mundo que la Coca-Cola, más temida que la mayoría de las grandes multinacionales que, comparadas con ella, eran viejos dinosaurios que esperaban la llegada inevitable de la extinción. Como un águila, avanzaba intrépida hacia el siglo XXI, extendiéndose por todos los rincones del mundo.

Tritón Global no se conformaba con menos.

Un guardia de seguridad escoltó a Lee Sawyer a través del enorme vestíbulo del Marriner Eccles Building, en Constitution Avenue, sede del consejo de administración de la Reserva Federal. Sawyer pensó que el lugar estaba a tono con el inmenso poder de su ocupante. Llegaron al segundo piso y caminaron por el pasillo hasta llegar a una puerta maciza. El escolta llamó y del interior les llegó una voz: «Adelante». El agente entró en el despacho. Las estanterías hasta el techo, los muebles oscuros y las molduras creaban un ambiente sombrío. Las pesadas cortinas estaban echadas. La luz de una lámpara de pantalla verde formaba un círculo sobre la mesa forrada de cuero. El olor a puro lo impregnaba todo. Sawyer casi veía las volutas de humo gris en el aire como apariciones fantasmales. Le recordaba los despachos académicos de algunos de sus viejos profesores universitarios. El fuego que chisporroteaba en el hogar proveía luz y calor a la habitación.

Sawyer se despreocupó de todos estos detalles y fijó su atención en el hombre corpulento sentado al otro lado de la mesa que se giró en el sillón para mirar al visitante. El rostro ancho y sanguíneo albergaba unos ojos azul claro ocultos detrás de los párpados casi cerrados por la piel floja y las cejas más gruesas que Sawyer hubiese visto. El pelo era blanco y abundante, la nariz ancha con la punta más roja que el resto de la cara. Por un momento, Sawyer pensó risueño que se encontraba delante de Santa Claus.

El hombretón se levantó y la voz sonora y educada flotó a través de la habitación para envolver a Lee Sawyer.

—Agente Sawyer, soy Walter Burns, vicepresidente del consejo de administración de la Reserva Federal.

Sawyer se acercó para estrechar la manaza. Burns era de su misma estatura pero pesaba como mínimo cincuenta kilos más. Se sentó en la silla que le señaló Burns. El agente se fijó que Burns se movía con una agilidad que era bastante frecuente en hombres tan corpulentos.

—Le agradezco la atención de recibirme, señor.

Burns observó al agente del FBI con una mirada penetrante.

—A la vista de que el FBI está involucrado en este asunto, supongo que la caída de aquel avión no se debió a un fallo mecánico o algún otro problema similar.

—En estos momentos, estamos comprobando todas las posibilidades. Todavía no hemos descartado ninguna, señor Burns —contestó Sawyer con el rostro impasible.

—Me llamo Walter, agente Sawyer. Creo que podemos permitirnos el placer de emplear nuestros nombres de pila dado que ambos formamos parte de un sistema un tanto díscolo, conocido como el gobierno federal.

—Mi nombre es Lee —dijo el agente con una sonrisa.

—¿En qué puedo ayudarlo, Lee?

El estrépito de la lluvia helada contra los cristales resonó en la habitación y una

sensación gélida pareció invadir el ambiente. Burns se levantó para acercarse a la chimenea al tiempo que le indicaba a Sawyer que arrimara la silla. Mientras Burns echaba al fuego unas astillas guardadas en un cubo de latón, Sawyer abrió la libreta y repasó por encima algunas notas. Cuando Burns volvió a sentarse, Sawyer estaba preparado.

—Me doy cuenta de que mucha gente no sabe qué hace la Reserva Federal. Me refiero a las personas fuera de los mercados financieros.

Burns se frotó un ojo y a Sawyer le pareció oír una risita.

—Si yo fuera un apostador, no dudaría en apostar a que más de la mitad de la población de este país ignora la existencia del Sistema de la Reserva Federal, y que nueve de cada diez no tiene idea de cuál es nuestro propósito. Debo confesar que este anonimato me resulta muy reconfortante.

Sawyer hizo una pausa para después inclinarse hacia el hombre mayor.

—¿Quién se beneficiaría con la muerte de Arthur Lieberman? No me refiero personalmente, sino al aspecto profesional. Como presidente de la Reserva.

Burns abrió los párpados hasta donde pudo, que no era mucho.

—¿Insinúa que alguien voló aquel avión para matar a Arthur? Si no le molesta que se lo diga, me parece un poco rebuscado.

—No digo que sea ese el caso. No hemos descartado ninguna posibilidad, de momento. —Sawyer hablaba en voz baja, como si temiera que alguien pudiera oírle—. La cuestión es que he revisado la lista de pasajeros y su colega era el único personaje a bordo. Si fue un sabotaje, entonces el primer motivo sería matar al presidente de la Reserva.

—O que fuese un atentado terrorista y que a Arthur le tocara la desgracia de estar a bordo.

—Si lo consideramos un sabotaje —señaló Sawyer—, entonces no creo que la presencia de Lieberman en el avión sea una coincidencia.

Burns se estiró en el sillón y acercó los pies a la chimenea.

—¡Dios mío! —exclamó por fin con la mirada puesta en el fuego.

Aunque parecía más propio de su persona verle vestido con traje y chaleco y una cadena de reloj sobre la panza, su vestuario —americana de pelo de camello, suéter azul oscuro de cuello redondo, camisa blanca con botones en el cuello, pantalón gris y mocasines negros— no desentonaba con su corpulencia. Sawyer se fijó en que los pies eran muy pequeños en relación al tamaño. Ninguno de los dos dijo nada durante un par de minutos. Por fin Sawyer rompió el silencio.

—Supongo que no es necesario advertirle que todo lo que le he dicho es estrictamente confidencial.

Burns volvió la cabeza para mirar al agente del FBI.

—Guardar secretos es lo mío, Lee.

—Por lo tanto, volvamos a mi pregunta: ¿quién se beneficia?

Burns se tomó su tiempo para pensar la respuesta.

—La economía de Estados Unidos es la más grande del mundo. Por lo tanto, allí donde va Estados Unidos, van todos los demás. Si un país hostil quisiera dañar nuestra economía o provocar un descalabro en los mercados financieros mundiales, cometer una atrocidad como esta podría conseguir ese efecto. No dudo que los mercados sufrirán una conmoción tremenda si resulta que su muerte fue premeditada. —El vicepresidente meneó la cabeza entristecido—. Nunca pensé que viviría para ver ese día.

—¿Hay alguien en este país que quisiera ver muerto al presidente de la Reserva? —preguntó Sawyer.

—Desde que existe la Reserva se le han atribuido teorías conspirativas tan tremendas que no me cabe ninguna duda de que hay un puñado de personas en este país que se las creen a pies juntillas aunque sean inverosímiles.

—¿Teorías conspirativas? —Sawyer entornó los párpados.

Burns tosió y después se aclaró la garganta ruidosamente.

—Hay quienes creen que la Reserva es una herramienta de la oligarquía mundial para mantener a los pobres en su lugar. O que recibimos órdenes de un selecto grupo de banqueros internacionales. Incluso me han contado una teoría según la cual somos servidores de seres extraterrestres infiltrados en los más altos cargos del gobierno. Por cierto, mi partida de nacimiento pone Boston, Massachusetts.

—Caray, vaya locura.

—Exacto. Como si una economía de siete billones de dólares que emplea a más de cien millones de personas pudiera ser dirigida en secreto por un puñado de banqueros.

—¿Así que alguno de estos grupos podría haber conspirado para matar al presidente como represalia por una supuesta corrupción o injusticia?

—Verá, hay pocas instituciones gubernamentales tan malinterpretadas y temidas por puro desconocimiento como el consejo de administración de la Reserva Federal. Cuando usted mencionó la posibilidad, dije que era rebuscada. Después de pensarlo unos minutos, debo decir que mi reacción inicial no fue la correcta. Pero volar un avión... —Burns volvió a menear la cabeza.

—Quisiera saber algo más de los antecedentes de Lieberman —preguntó el agente en cuanto acabó de escribir unas notas.

—Arthur Lieberman era un hombre de una inmensa popularidad en los principales círculos financieros. Durante años fue uno de los grandes ejecutivos de Wall Street antes de ingresar en la función pública. Arthur llamaba a las cosas por su nombre y, por lo general, no se equivocaba en sus juicios. Con una serie de maniobras magistrales, sacudió a los mercados financieros casi desde el momento en que asumió la presidencia. Les demostró quién era el jefe. —Burns hizo una pausa para echar otro leño al fuego—. De hecho, dirigió la Reserva de la manera que me agrada pensar que lo hubiese hecho yo de haber tenido la oportunidad.

—¿Tiene alguna idea sobre quién podría suceder a Lieberman?

—No.

—¿Ocurrió algo inusual en la Reserva antes del viaje a Los Ángeles?

Burns se encogió de hombros.

—Tuvimos la reunión del FOMC el quince de noviembre, pero eso es algo normal.

—¿El FOMC?

—Federal Open Market Committee [Comité Federal de Mercado Abierto]. Es la junta que establece la política de la entidad.

—¿Qué hacen en las reuniones?

—A grandes rasgos, los siete miembros de la junta de gobernadores y los presidentes de cinco de los doce bancos de la Reserva Federal estudian los datos financieros pertinentes sobre la economía, y deciden si hay que tomar alguna medida respecto a la masa monetaria y los tipos de interés.

—O sea que cuando la Reserva sube o baja los tipos, eso afecta a toda la economía. La contrae o la expande, ¿es así?

—Al menos es lo que creemos —replicó Burns, sarcástico—. Aunque nuestras acciones no siempre han tenido los resultados que pretendíamos.

—¿Así que no pasó nada extraño en la reunión?

—No.

—De todos modos, ¿podría informarme de lo que se dijo y quién lo dijo? Quizá le parezca irrelevante, pero encontrar el motivo nos ayudaría muchísimo a rastrear al que hizo esto.

—Imposible. —La voz de Burns subió una octava—. Las deliberaciones son absolutamente confidenciales y no se pueden divulgar. Ni a usted ni a nadie.

—Walter, no quiero insistir, pero con el debido respeto, si algo que se dijo en esa reunión es relevante para la investigación del FBI, esté seguro de que nos haremos con ella. —Sawyer le miró a los ojos hasta que Burns bajó la mirada.

—Se distribuye un breve informe sobre las minutas de la reunión entre las seis y las ocho semanas después de celebrada —dijo Burns con voz pausada—, pero solo después de celebrarse la siguiente. El resultado de las reuniones, se hayan tomado decisiones o no, se comunican a los medios informativos el mismo día.

—Leí en el periódico que los tipos de interés no han variado.

Burns frunció los labios mientras observaba a Sawyer.

—Así es, no reajustamos los tipos de interés.

—¿Cómo ajustan los tipos?

—En realidad, hay dos tipos de interés que son controlados directamente por la Reserva. El Federal Funds Rate, que es el interés interbancario, o sea el interés que los bancos cobran a los otros bancos que pidan dinero para hacer frente a los requerimientos de reservas. Si ese interés baja o sube, casi inmediatamente bajarán o subirán todos los intereses que cobran los bancos en sus operaciones. La Reserva fija el tope en las reuniones de la FOMC. Después el New York Federal Reserve Bank, a

través de su bolsa de valores interior, vende o compra obligaciones del Estado, lo que a su vez restringe o expande el dinero disponible a los bancos, y asegura el mantenimiento del tipo de interés. A eso le llamamos sumar o restar liquidez. Así fue como Arthur cogió al toro por los cuernos: ajustando el tipo de interés interbancario de una manera que el mercado no podía anticipar. El segundo tipo de interés es el tipo de descuento, el interés que le cobra la Reserva a los bancos por los préstamos. Pero este tipo va vinculado a préstamos que se consideran de emergencia; por lo tanto, se lo conoce como la «ventanilla de la última esperanza». Los bancos que acuden a ella con demasiada frecuencia son sometidos a inspecciones, porque eso se considera como un signo de debilidad en los círculos bancarios. Por ese motivo, la mayoría de los bancos prefieren pedirse dinero entre ellos a un interés un poco más alto, ya que no hay ninguna crítica a esa vía de financiación.

Sawyer decidió enfocar el tema desde otro ángulo.

—De acuerdo. ¿Lieberman había actuado de forma extraña últimamente? ¿Le preocupaba alguna cosa? ¿Sabe si había recibido alguna amenaza?

Burns meneó la cabeza.

—¿El viaje a Los Ángeles era algo normal?

—Muy normal. Arthur tenía una reunión con Charles Tiedman, presidente del banco de la Reserva Federal en San Francisco. Visitaba a todos los presidentes, y además él y Charles eran viejos amigos.

—Un momento. Si Tiedman es presidente del banco en San Francisco, ¿por qué Lieberman iba a Los Ángeles?

—Allí hay una sucursal de la Reserva. Además, Charles, y su esposa viven en Los Ángeles y Arthur iba a alojarse en su casa.

—Pero ¿no se había visto con Tiedman en la reunión de noviembre?

—Así es. Pero el viaje de Arthur a Los Ángeles estaba dispuesto con mucha antelación. Fue solo una coincidencia que ocurriera inmediatamente después de la reunión del FOMC. Sin embargo, sé que estaba ansioso por hablar con Charles.

—¿Sabe la razón?

—Tendrá que preguntárselo a Charles.

—¿Alguna cosa más que pueda ayudarme?

Burns consideró la pregunta durante unos instantes, y después volvió a menear la cabeza.

—No recuerdo nada en el pasado personal de Arthur que pueda haber conducido a esta abominación.

—Le agradezco la información, Walter —dijo Sawyer mientras se levantaba y le tendía la mano a Burns.

En el momento en que Sawyer se daba la vuelta, Burns le sujetó del hombro.

—Agente Sawyer, la información que manejamos en la Reserva es tan enormemente valiosa que la más mínima filtración puede representar unos beneficios increíbles para algunas personas sin escrúpulos. Supongo que con los años me he

vuelto muy reservado precisamente para evitar algo así.

—Lo comprendo.

Burns apoyó una mano regordeta sobre la puerta cuando el agente que acababa de abrocharse el abrigo se disponía a salir.

—¿Qué? ¿Ya tiene algún sospechoso?

El agente miró a Burns por encima del hombro.

—Lo siento, Walter, en el FBI también tenemos secretos.

Henry Wharton, sentado detrás de su mesa, golpeaba nervioso la moqueta con la punta del zapato. El socio gerente de Tylery Stone era bajo de estatura, pero un gigante en conocimientos legales. Bastante calvo y con un bigotito gris, era el retrato típico del socio principal de un gran bufete. Después de representar durante treinta y cinco años a la élite de las empresas norteamericanas, no era fácil de intimidar. Pero si había alguien capaz de intentarlo, era el hombre que tenía delante.

—¿Así que eso fue todo lo que dijo? ¿Que no sabía que su marido estaba en el avión? —preguntó Wharton.

Nathan Gamble se miró las manos con los ojos entrecerrados. Después miró a Wharton y el abogado se sobresaltó.

—Eso fue lo único que le pregunté.

—Comprendo. —Wharton meneó la cabeza apenado—. Cuando hablé con ella estaba destrozada. Pobrecita. Semejante choque, una cosa como esa, tan inesperada. Y...

Wharton se interrumpió al ver que Gamble se levantaba para ir hasta la ventana detrás de la mesa del abogado. El magnate contempló el panorama de Washington iluminado por el sol del mediodía.

—Se me ha ocurrido, Henry, que te corresponde a ti hacer más preguntas.

Puso una mano sobre el hombro de Wharton y lo apretó con suavidad.

—Sí, sí —asintió Wharton—. Entiendo tu posición.

Gamble se acercó a la pared del lujoso despacho donde estaban colgados numerosos diplomas de las universidades más prestigiosas.

—Muy impresionante. Yo no acabé el instituto. —Miró al abogado por encima del hombro—. No sé si lo sabías.

—No lo sabía —dijo Wharton en voz baja.

—Pero creo que, a pesar de eso, no me ha ido tan mal.

Gamble encogió los hombros.

—Y que lo digas. Has triunfado en toda la línea.

—Caray, empecé sin nada, y probablemente acabaré de la misma manera.

—Es difícil de creer.

Gamble se tomó un momento para enderezar uno de los diplomas. Se volvió otra vez hacia Wharton.

—Pasemos a los detalles. Creo que Sidney Archer sabía que su marido estaba en aquel avión.

—¿Piensas que te mintió? —Wharton le miró atónito—. No te ofendas, Nathan, pero no me lo creo.

Gamble volvió a sentarse. Wharton iba a añadir algo más, pero el otro le hizo callar con una mirada.

—Jason Archer —dijo el millonario— trabajaba en un gran proyecto: organizar todos los archivos financieros de Tritón para el trato con CyberCom. El tipo es un maldito genio de la informática. Tenía acceso a todo. ¡A todo! —Gamble señaló con un dedo por encima de la mesa. Wharton, nervioso, se frotó las manos pero continuó callado—. Ahora bien, Henry, tú sabes que necesito ese trato con CyberCom, al menos es lo que me dice todo el mundo.

—Una unión absolutamente brillante —opinó Wharton.

—Algo así. —Gamble sacó un puro y se tomó unos momentos para encenderlo. Lanzó una bocanada de humo hacia una esquina de la mesa—. En cualquier caso, por un lado tengo a Jason Archer, que conoce todo mi material, y por el otro tengo a Sidney Archer, que dirige mi equipo de negociadores. ¿Me sigues?

Wharton frunció el entrecejo desconcertado.

—Me temo que no, yo...

—Hay otras compañías que quieren a CyberCom tanto como yo. Pagarían lo que sea para conocer los términos de mi acuerdo. Si los consiguen, me joderían vivo. Y no me gusta que me follen, al menos de esa manera. ¿Me comprendes?

—Sí, desde luego, Nathan. Pero...

—Y también sabes que una de las compañías que quiere meterle mano a CyberCom es RTG.

—Nathan, si estás sugiriendo que...

—Tu bufete también representa a RTG —le interrumpió el otro.

—Nathan, ya sabes que nos hemos ocupado de eso. Este bufete no está representando a RTG en su oferta por CyberCom en ningún aspecto.

—Philip Goldman todavía es socio de aquí, ¿no? Y todavía es el principal abogado de RTG, ¿verdad?

—Desde luego. No podíamos pedirle que se marchara. Solo se trataba de un conflicto entre clientes y uno que ha sido más que sobradamente compensado. Philip Goldman no está trabajando con RTG en su oferta por CyberCom.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo —afirmó Wharton sin vacilar.

Gamble se alisó la pechera de la camisa.

—¿Tienes vigilado a Goldman las veinticuatro horas del día, le has pinchado los teléfonos, lees su correspondencia, sigues a sus socios?

—No, claro que no.

—Entonces, no puedes estar seguro de que no trabaja para RTG y en contra de mí, ¿verdad?

—Tengo su palabra —replicó Wharton—. Y tenemos algunos controles.

Gamble jugó con el anillo que llevaba en uno de los dedos.

—En cualquier caso, no puedes saber en qué están metidos tus otros socios, incluida Sidney Archer, ¿no es así?

—Ella es una de las personas más íntegras que conozco, por no mencionar que es una mente brillante —afirmó Wharton, enfadado.

—Sin embargo, ella no tenía ni puñetera idea de que su marido viajaba en un avión a Los Ángeles, donde da la casualidad que RTG tiene la oficina central. Eso es mucha coincidencia, ¿no te parece?

—No puedes culpar a Sidney por las acciones de su marido.

Gamble se quitó el puro de la boca y con un gesto parsimonioso se limpió un resto de ceniza de la solapa de la chaqueta.

—¿Cuánto le facturas al año a Tritón, Henry? ¿Veinte millones, cuarenta? Puedo conseguir la cifra exacta cuando regrese a la oficina. Ronda esa cantidad, ¿no? —Gamble se puso de pie—. Tú y yo nos conocemos desde hace años. Conoces mi estilo. Si alguien cree que puede aprovecharse de mí, se equivoca. Quizá me llevará algún tiempo, pero si alguien me apuñala, se lo devuelvo por partida doble. —Gamble dejó el puro en un cenicero, apoyó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia delante hasta poner la cara a un palmo del rostro de Wharton—. Si pierdo CyberCom porque mi propia gente me ha vendido, cuando salga a por los responsables seré como el Misisipí cuando se desborda. Habrá muchas víctimas potenciales, la mayoría personas inocentes, pero no me preocuparé en averiguar cuáles son. ¿Me comprendes? —Gamble hablaba en voz baja y tranquila, pero, de todas maneras, Wharton sintió como si le hubiesen dado un puñetazo.

Wharton tragó saliva mientras miraba los ojos brillantes del magnate.

—Sí, creo que sí.

Gamble se puso el abrigo y recogió la colilla del puro.

—Que pases un buen día, Henry. Cuando hables con Sidney, dale recuerdos míos.

Era la una de la tarde cuando Sidney salió del aparcamiento del Boar's Head y se dirigió otra vez a la Ruta 29. Pasó por delante del viejo Memorial Gymnasium, donde en otros tiempos se había agotado haciendo gimnasia y jugando a tenis entre clase y clase de derecho. Metió el coche en el aparcamiento del Córner, uno de los centros comerciales favoritos de los estudiantes, donde había numerosas librerías, restaurantes y bares.

Entró en una cafetería, pidió un café y compró un ejemplar del *Washington Post*. Ocupó una de las mesas de madera y echó una ojeada a los titulares. Casi se cayó de la silla.

El titular ocupaba toda la plana como correspondía a la importancia de la noticia:

«EL PRESIDENTE DE LA RESERVA FEDERAL, ARTHUR LIEBERMAN, MUERTO EN UN ACCIDENTE AÉREO».

Junto al titular había una foto de Lieberman. Sidney se sorprendió ante la mirada penetrante del hombre.

Leyó el artículo en un santiamén. Lieberman había sido uno de los pasajeros del vuelo 3223. Viajaba todos los meses a Los Ángeles para entrevistarse con Charles Tiedman, presidente del banco de la Reserva en San Francisco. El fatídico vuelo de la Western Airlines había sido uno de esos viajes habituales. Gran parte del artículo glosaba la ilustre carrera financiera de Lieberman y el respeto que le había dispensado el mundo económico. Por cierto, la noticia oficial de la muerte no se había comunicado hasta ahora, porque el gobierno estaba haciendo todo lo posible para evitar el pánico en la comunidad financiera. A pesar de ello, las bolsas de todo el mundo habían comenzado a bajar. El artículo concluía con la noticia de que el funeral tendría lugar el domingo siguiente en Washington.

Había más información sobre el accidente aéreo en las páginas interiores. No se había descubierto nada nuevo, y el NTSB continuaba con las investigaciones. Se tardaría más de un año en averiguar por qué el vuelo 3223 había acabado en un campo de maíz y no en la pista del aeropuerto de Los Ángeles. El tiempo, un fallo mecánico, un sabotaje y mil cosas más estaban siendo estudiadas, pero por ahora no había nada concreto.

Sidney se acabó el café, dejó el periódico a un lado y sacó el teléfono móvil del bolso. Marcó el número de la casa de sus padres y habló durante un rato con su hija. Costaba que Amy dijera algo, porque todavía le daba vergüenza hablar por teléfono. Después, habló con sus padres. A continuación, llamó a su casa y escuchó los mensajes del contestador automático. Había muchos, pero uno destacaba por encima de todos los demás: el de Henry Wharton. Tylery Stone le había dado generosamente todo el tiempo que hiciera falta para enfrentarse a la catástrofe personal, aunque Sidney estaba convencida de que no tendría bastante con el resto de su vida. La voz de Henry había sonado preocupada, incluso nerviosa. Ella sabía lo que significaba: Nathan Gamble le había hecho una visita.

Se apresuró a marcar el número del bufete y le pasaron con el despacho de Wharton. Hizo todo lo posible para controlar los nervios mientras esperaba que él cogiera el teléfono. Wharton podía ser implacable o un gran consejero, dependiendo de si se contaba con su favor o no. Él había sido siempre uno de los grandes partidarios de Sidney. Pero ¿y ahora? Respiró con fuerza cuando él se puso al aparato.

—Hola, Henry.

—Sid, ¿cómo estás?

—Si quieres que te diga la verdad, bastante aturdida.

—Quizás eso sea lo mejor. Por ahora. Lo superarás. Te puede parecer que no, pero lo conseguirás. Eres fuerte.

—Gracias por el apoyo, Henry. Siento mucho haberte dejado en la estacada. Con todo el asunto de CyberCom por medio.

—Lo sé, Sidney. No te preocupes.

—¿Quién se ha hecho cargo? —Quería evitar meterse de cabeza en el tema de Gamble.

Wharton tardó unos momentos en contestar. Cuando lo hizo, su voz era mucho más baja.

—Sid, ¿qué opinas de Paul Brophy?

La réplica la pilló por sorpresa, pero le proporcionó un alivio. Quizás estaba en un error y Gamble no había hablado con Wharton.

—Me gusta Paul, Henry.

—Sí, sí, lo sé. Es un tipo agradable, trae buenos clientes y conoce el oficio.

—¿Quieres saber si sirve para llevar las negociaciones con CyberCom?

—Como sabes, ha participado en todo hasta ahora. Pero las cosas están en otro nivel. Quiero mantener limitado el número de abogados. Ya sabes por qué. No es ningún secreto que puede haber un conflicto de intereses con Goldman como representante de RTG. No quiero la menor insinuación de conflicto. También quiero gente en el equipo que aporte cosas al proceso. Quiero saber tu opinión sobre él en esas circunstancias.

—¿Esta conversación es confidencial?

—Absolutamente.

Sidney contestó con autoridad, satisfecha de estar analizando algo que no tuviera que ver con su pérdida personal.

—Henry, sabes tan bien como yo que este tipo de acuerdos son como partidas de ajedrez. Tienes que calcular cinco o diez jugadas por anticipado. Y no hay segunda oportunidad. A Paul le espera un futuro brillante en la firma, pero no tiene la amplitud de visión ni la atención por el detalle. No encaja en el equipo que negocia los últimos tramos de la compra de CyberCom.

—Gracias, Sidney, es lo mismo que pensaba yo.

—Henry, no creo que mis comentarios sean nada extraordinarios. ¿Por qué lo consideraron?

—Digamos que manifestó un interés muy grande por encabezar el equipo. No es difícil adivinar la razón. Sería una medalla de honor para cualquiera.

—Ya veo.

—Voy a encargarle el asunto a Roger Egert.

—Es un experto en adquisiciones de primera fila.

—Hasta ahora ha complementado muy bien tu trabajo en el tema. Creo que sus palabras exactas fueron: «Estoy en la posición perfecta». —Wharton hizo una pausa

—. Me desagrada tener que pedírtelo, Sidney, de verdad.

—¿Qué, Henry? —Sidney oyó el suspiro.

—Verás, me había prometido a mí mismo que no lo haría, pero resulta que eres indispensable. —Volvió a interrumpirse.

—Henry, por favor, ¿qué es?

—¿Podrías tomarte un momento para hablar con Egert? Lo tiene casi todo controlado, pero unos minutos de charla contigo sobre los aspectos estratégicos y prácticos serían valiosísimos. No te lo pediría, Sidney, si no fuera de vital importancia. De todos modos, tendrías que hablar con él para darle el código de acceso al archivo del ordenador central.

Sidney cubrió el micrófono del teléfono con la mano y suspiró. Henry no lo hacía con mala intención, pero el negocio estaba por encima de todo lo demás.

—Le llamaré hoy mismo, Henry.

—No me olvidaré de este favor, Sidney.

Sidney salió del café porque había muchas descargas estáticas que dificultaban la comunicación. En el exterior, el tono de Wharton había cambiado un poco.

—Esta mañana recibí la visita de Nathan Gamble.

Sidney dejó de caminar y se apoyó contra la pared de ladrillos del café. Cerró los ojos y apretó los dientes hasta que le dolieron.

—Me sorprende que haya esperado tanto, Henry.

—Digamos que estaba un poco inquieto, Sid. Está firmemente convencido de que le mentiste.

—Henry, sé que esto pinta mal. —Sidney vaciló y entonces decidió decir la verdad—. Jason me dijo que tenía una entrevista para un nuevo trabajo en Los Ángeles. Era obvio que no quería que Tritón se enterara. Me hizo jurar que guardaría el secreto. Por eso no se lo dije a Gamble.

—Sid, tú eres la abogada de Tritón. No hay secretos...

—Venga, Henry, estamos hablando de mi marido. Que quisiera cambiar de trabajo no iba a perjudicar a Tritón. Y no tenía un contrato vinculante.

—En cualquier caso, Sidney, y me duele decirlo, pero no creo que hayas ejercido tu mejor juicio en el asunto. Gamble me insinuó con mucha insistencia sus sospechas de que Jason estaba robando secretos de la empresa.

—¡Jason jamás haría eso!

—Esa no es la cuestión. Es como lo ve el cliente. Mentirle a Gamble no ayuda al asunto. ¿Sabes lo que le pasaría a la firma si retira la cuenta de Tritón? Y no creas que no lo haría. —La voz de Wharton sonaba cada vez más alta.

—Henry, cuando Gamble quiso llamar a Jason, no tuve más de dos segundos para decidir.

—Entonces, por Dios bendito, ¿por qué no le dijiste a Gamble la verdad? Como has dicho, a él no le hubiera importado.

—¡Porque unos segundos más tarde descubrí que mi marido había muerto!

Ninguno de los dos dijo nada, pero la tensión era evidente.

—Ahora ha pasado algún tiempo —le recordó Wharton—. Si no querías decírselo a ellos, podrías haber confiado en mí. Me hubiera hecho cargo del tema por ti. En cualquier caso, creo que todavía podré arreglar las cosas. Gamble no puede acusarnos a nosotros porque tu marido quisiera cambiar de trabajo. No estoy muy seguro de que

Gamble quiera que lleves sus asuntos en el futuro. Quizá resulte beneficioso que te tomes unos días. Ya se calmará. Lo llamaré ahora mismo.

—No puedes contarle a Gamble lo de la entrevista de trabajo, Henry —dijo Sidney con una voz apenas audible. Notaba como si un puño gigantesco le estuviese oprimiendo el pecho.

—¿Qué has dicho?

—No puedes contárselo.

—¿Te importaría decirme por qué?

—Porque descubrí que Jason no tenía ninguna entrevista con otra compañía. Al parecer... —hizo una pausa para contener un sollozo—... me mintió.

Cuando Wharton volvió a hablar, su tono apenas disimulaba el enojo.

—No sé cómo decirte el daño irreparable que esta situación puede provocar y que quizá ya ha provocado.

—Henry, no sé lo que está pasando. Te he contado todo lo que sé, que no es mucho.

—¿Qué se supone que debo decirle a Gamble? Espera una respuesta.

—Échame la culpa a mí, Henry. Dile que no estoy localizable. Que no devuelvo las llamadas. Que estás trabajando en el tema y que yo no volveré al despacho hasta que tú llegues al fondo del asunto.

Wharton consideró la propuesta durante unos segundos.

—Supongo que funcionaría. Al menos, de momento. Te agradezco que asumas la responsabilidad de la situación, Sidney. Sé que no es culpa tuya, pero la firma no debe sufrir. Esta es mi preocupación principal.

—Lo comprendo, Henry. Mientras tanto, haré todo lo posible por descubrir qué está pasando.

—¿Crees que podrás? —Dadas las circunstancias, Wharton se sintió obligado a plantear la pregunta, aunque estaba seguro de la respuesta.

—¿Tengo otra elección, Henry?

—Te deseamos toda la suerte del mundo, Sidney. Llama si necesitas cualquier cosa. En Tylery Stone somos una gran familia. Nos ayudamos los unos a los otros.

Sidney apagó el teléfono y lo guardó en el bolso. Las palabras de Wharton le habían hecho mucho daño, pero quizás ella se comportaba como una ingenua. Ella y Henry eran colegas y amigos hasta cierto punto. La conversación telefónica había resaltado la superficialidad de la mayoría de las relaciones profesionales. Mientras uno era productivo, no causaba problemas y engordaba la cuenta de resultados, no había ninguna pega. Ahora, convertida en viuda con una hija, debía procurar que su carrera de abogada no acabara bruscamente. Tendría que añadir este problema a todos los demás.

Siguió por la acera de ladrillos, atravesó Ivy Road y se dirigió hacia el famoso edificio Rotunda de la universidad. Cruzó también por los prados del campus, donde vivían los estudiantes de élite alojados en cuartos que habían cambiado muy poco

desde los tiempos de Thomas Jefferson y que contaban con las chimeneas como única fuente de calefacción. La belleza del campus siempre la había encantado. Ahora, apenas se fijó. Tenía muchas preguntas, y era el momento de conseguir algunas respuestas. Se sentó en la escalera del Rotunda y una vez más sacó el teléfono del bolso. Marcó un número. El teléfono sonó dos veces.

—Tritón Global.

—¿Kay? —preguntó Sidney.

—¿Sid?

Kay Vincent era la secretaria de Jason. Una mujer cincuentona y regordeta, que había adorado a Jason y que incluso había hecho de canguro para Amy en varias ocasiones. A Sidney le había caído bien desde el principio. Ambas compartían opiniones comunes sobre la maternidad, el trabajo y los hombres.

—Kay, ¿cómo estás? Lamento no haberte llamado antes.

—¿Cómo estoy? Oh, Dios, Sidney, lo siento mucho. Terriblemente.

Sidney oyó cómo el llanto comenzaba a ahogar la voz de la mujer mayor.

—Lo sé, Kay, lo sé. Ha sido todo tan repentino. Ha...

Se le quebró la voz, pero entonces se armó de valor. Tenía que averiguar varias cosas, y Kay Vincent era la fuente más honesta a la que podía recurrir.

—Kay, tú sabías que Jason se iba a tomar unos días libres.

—Así es. Dijo que pintaría la cocina y arreglaría el garaje. Llevaba una semana hablando de lo que haría.

—¿Nunca te mencionó el viaje a Los Ángeles?

—No. Me quedé de piedra cuando oí que él estaba en el avión.

—¿Alguien te ha hablado de Jason?

—Muchísima gente. Todo el mundo lo lamenta.

—¿Qué me dices de Quentin Rowe?

—Ha estado aquí varias veces —Kay hizo una pausa y después preguntó—: Sid, ¿a qué vienen tantas preguntas?

—Kay, esto tiene que quedar entre tú y yo, ¿vale?

—De acuerdo —asintió Kay sin muchas ganas.

—Creía que Jason iba a Los Ángeles para una entrevista de trabajo con otra compañía porque eso fue lo que me dijo. Ahora acabo de descubrir que no era cierto.

—¡Dios mío!

Mientras Kay digería la noticia, Sidney arriesgó otra pregunta.

—Kay, ¿hay alguna razón para que Jason mintiera? ¿Se comportaba como siempre en el trabajo?

Esta vez la pausa fue bastante larga. Sidney se movió inquieta en los escalones. El frío de los ladrillos comenzaba a entumecerle las nalgas. Se levantó bruscamente.

—Sid, tenemos unas normas muy estrictas respecto a hablar sobre asuntos de la compañía. No quiero meterme en líos.

—Lo sé, Kay. Soy una de las abogadas de Tritón, no lo olvides.

—Verás, esto es un poco diferente. —De pronto, la voz de Kay desapareció de la línea. Sidney se preguntó si habría cortado, pero entonces reapareció la voz—. ¿Puedes llamarme esta noche? No quiero hablar de esto en horas de trabajo. Estaré en casa alrededor de las ocho. ¿Tienes el número?

—Lo tengo, Kay. Gracias.

Kay Vincent colgó sin decir nada más.

Jason casi nunca hablaba con Sidney de su trabajo en Tritón, aunque ella, como abogada de Tylery Stone, estaba inmersa en numerosos temas relacionados con la compañía. Su marido se tomaba muy en serio las responsabilidades éticas de su posición. Siempre había tenido mucho trabajo en no poner a Sidney en una situación comprometida. Al menos hasta ahora. La joven caminó a paso lento hasta el aparcamiento.

Pagó al encargado y se encaminó hacia el coche. Se volvió de pronto pero el hombre ya había desaparecido a la vuelta de la esquina. Sin perder ni un segundo se dirigió a la calle paralela al garaje y echó una ojeada. No había nadie a la vista. Sin embargo, había numerosas tiendas y podía haber entrado en cualquiera.

Lo había sorprendido mirándola mientras ella estaba sentada en los escalones del Rotunda. El hombre estaba detrás de uno de los árboles. Atenta a su conversación con Kate, lo había descartado como un tipo que la observaba por las razones más obvias. Era alto, alrededor del metro ochenta, delgado y vestido con un abrigo azul. Las gafas oscuras y el cuello del abrigo levantado ocultaban sus facciones. Llevaba un sombrero marrón, aunque Sidney alcanzó a ver que tenía el pelo claro, quizá rubio rojizo. Por un momento, se había preguntado si la paranoia acababa de sumarse a su cada vez más larga lista de problemas. Ahora no tenía tiempo para preocuparse del desconocido. Tenía que volver a casa. Al día siguiente iría a buscar a su hija. Entonces recordó que su madre había mencionado el funeral de Jason. Ya se habrían ocupado de todos los detalles. Entre todo el misterio que rodeaba el último día de su marido, el recuerdo del funeral le hizo sentir otra vez la terrible realidad: Jason estaba muerto. No tenía importancia cómo la había engañado, o las razones por las que lo había hecho. Él ya no estaba. Sidney emprendió el regreso a casa.

Un viento helado azotaba el lugar del desastre mientras los nubarrones comenzaban a tapar el cielo azul brillante. Una legión de personas recorría la zona marcando los restos con banderitas rojas, que formaban un mar carmesí en el campo de maíz. Cerca del cráter había una grúa con una cesta colgada del cable, con capacidad suficiente para dos hombres. Otra grúa situada en el borde había bajado una cesta idéntica hasta las profundidades del agujero. Del cráter salían más cables conectados a cabrestantes montados en camiones. Aparcada un poco más allá, había una flota de maquinaria pesada que esperaba la orden para la excavación final del cráter. Todavía no habían dado con la pieza más importante: las cajas negras.

Fuera del límite marcado por las vallas amarillas, habían instalado unas cuantas tiendas de campaña. Servían de depósito para las partes recogidas y que eran sometidas a un análisis *in situ*. En una de las tiendas, George Kaplan servía dos tazas de café caliente. Echó un vistazo a la zona. Por fortuna, había dejado de nevar. Pero la temperatura seguía baja y el pronóstico del tiempo anunciaba nuevas precipitaciones. No era muy alentador. La nieve convertiría la pesadilla logística en algo dantesco.

Kaplan le alcanzó una de las tazas de café a Lee Sawyer, que seguía contemplando el lugar de la catástrofe.

—Fue todo un acierto eso del tanque de combustible, George. La muestra era muy pequeña, pero los análisis del laboratorio demostraron que se trataba de un viejo conocido: ácido clorhídrico. Las pruebas indican que tarda entre dos y cuatro horas en corroer la aleación de aluminio. Menos, si se calienta el ácido. No parece que fuera un accidente.

—¡Mierda! —exclamó Kaplan—. Como si los mecánicos fueran por ahí con una botella de ácido y lo derramaran por accidente sobre los tanques de combustible.

—Nunca creí que fuera un accidente, George.

Kaplan levantó las manos en un gesto de disculpa.

—Y puedes llevar el ácido en un recipiente de plástico, incluso puedes emplear un pulverizador para medir la cantidad que usas. El plástico no dispara a los detectores de metales. Fue una buena elección.

Kaplan hizo una mueca de disgusto. Volvió a mirar hacia el cráter y después otra vez al agente.

—Fijar un margen de tiempo tan preciso no está mal. Elimina de la lista a una cantidad de posibles sospechosos que no pudieron tener acceso.

—Esa es la pista que estamos siguiendo ahora mismo —comentó Sawyer, y bebió un trago de café.

—¿De verdad crees que alguien voló todo un avión solo para cargarse a un tipo?

—Quizá.

—Joder, no quiero hacerme el duro, pero si quieres cargarte a un tío, ¿por qué no

pillarlo en la calle y pegarle un tiro en la cabeza? ¿Por qué esto? —Señaló el cráter y después se dejó caer en la silla, con los ojos semicerrados mientras que con una mano se frotaba con fuerza la sien izquierda.

Sawyer se sentó en una de las sillas plegables.

—No estamos muy seguros de que sea este el caso, pero Lieberman era el único pasajero del avión que podía recibir esa clase de atención especial.

—¿Por qué demonios tomarse tanto trabajo para acabar con el presidente de la Reserva?

Sawyer se arrebujó en el abrigo cuando una ráfaga de viento helado se coló en el interior de la tienda.

—Verás, los mercados financieros recibieron un buen vapuleo cuando se divulgó la noticia de la muerte de Lieberman. El Dow Jones perdió casi mil doscientos puntos, o sea un veinticinco por cien del total. Los mercados extranjeros también lo están pasando mal. —Sawyer dirigió a Kaplan una mirada significativa—. Y espera a que se filtre la noticia de que el avión fue saboteado. Que la muerte de Lieberman fue algo intencionado. ¿Quién coño sabe lo que podrá pasar?

—¡Caray! ¿Todo eso por un tipo? —preguntó Kaplan, asombrado.

—Como te dije, alguien mató a Superman.

—Así que tienes un montón de presuntos sospechosos: gobiernos extranjeros, terroristas internacionales y toda esa mierda, ¿no?

Kaplan meneó la cabeza mientras pensaba en el número cada vez mayor de gente malvada en la cada vez más pequeña esfera que llamaban hogar.

El agente del FBI encogió los hombros.

—Digamos que no será el típico asesino callejero.

Los dos hombres guardaron silencio y contemplaron una vez más el lugar donde se había enterrado el avión. Observaron cómo la grúa comenzaba a recoger el cable y, al cabo de dos minutos, la cesta con los dos hombres apareció por encima del pozo. La grúa giró para depositar la cesta en el suelo. Los ocupantes saltaron a tierra. Sawyer y Kaplan miraron, cada vez más ansiosos, a la pareja que corría hacia ellos.

El primero en llegar fue un joven con el pelo rubio ceniza cubriéndole parte de sus facciones angelicales. En la mano llevaba una bolsa de plástico que contenía un objeto metálico pequeño y rectangular ennegrecido por el fuego. El compañero llegó al cabo de unos segundos. Era mayor, y el rostro enrojecido y los jadeos indicaban que correr por el campo no era lo suyo.

—No me lo podía creer —les informó el joven—. El ala de estribor, o lo que queda de ella, estaba encima del fuselaje, bastante intacta. Supongo que el lado izquierdo soportó la mayor parte de la explosión. Por lo que se ve, cuando el morro chocó contra el suelo, abrió un agujero un poco más grande que el diámetro del fuselaje. Las alas golpearon contra los bordes del agujero, y se plegaron hacia atrás y por encima del fuselaje. Todo un milagro.

Kaplan cogió la bolsa y se acercó a la mesa.

—¿Dónde lo encontraste?

—Estaba sujeto a la parte interior del ala, al lado mismo del panel de acceso al tanque de combustible. Debía estar colocado en el interior del ala por el lado del fuselaje de la turbina de estribor. No sé qué es pero estoy seguro de que no pertenece al avión.

—¿Así que estaba a la izquierda del lugar donde se partió el ala? —preguntó Kaplan.

—Así es, jefe. Cinco centímetros más y también hubiese desaparecido.

—Por lo que se ve —dijo el hombre mayor—, el fuselaje sirvió de escudo para el ala de estribor y la protegió de la explosión posterior al impacto. Cuando se hundieron los bordes del cráter, la tierra debió apagar el incendio casi en el acto. —Hizo una pausa para después añadir con un tono solemne—: Pero la parte delantera de la cabina ha desaparecido. Me refiero a que no queda ni rastro, como si nunca hubiese existido.

Kaplan le pasó la bolsa a Sawyer.

—¿Sabes qué demonios es esto?

—Sí, lo sé —contestó el agente con una expresión sombría.

Sidney Archer había ido a la oficina. Ahora estaba sentada en su despacho, con la puerta cerrada con llave. Eran las ocho pasadas, pero se oía el rumor de un fax en el fondo. Cogió el teléfono y marcó el número de la casa de Kay Vincent.

Un hombre atendió el teléfono.

—Kay Vincent, por favor. Soy Sidney Archer.

—Un momento.

Mientras esperaba, Sidney echó una ojeada al despacho. Siempre le había parecido un lugar muy suyo, pero lo encontraba extraño. Los diplomas colgados en la pared eran suyos, aunque en este momento no parecía recordar cuándo o dónde los había conseguido. Después de un choque detrás de otro se había convertido en alguien que solo actuaba por reacción. Se preguntó qué nueva sorpresa le esperaba al otro lado del teléfono.

—¿Sidney?

—Hola, Kay.

—Me siento fatal. —La voz de Kay sonó avergonzada—. Esta mañana ni siquiera te pregunté por Amy. ¿Cómo está?

—Ahora mismo está con mis padres. —Sidney tragó saliva y añadió—: Todavía no se lo he dicho.

—Lamento haber actuado como lo hice en el trabajo. Ya sabes cómo es ese lugar. Se ponen muy nerviosos si creen que haces llamadas personales en horas de oficina.

—Lo sé, Kay. No sabía a quién más podía llamar allí. —Sidney se cuidó de no añadir: «En quién confiar».

—Te comprendo, Sid.

Sidney respiró bien hondo. No era momento de ir con rodeos. Si se hubiera fijado, habría visto que el pomo de la puerta giraba despacio, y después se detuvo cuando el mecanismo de cierre impidió que completara el giro.

—Kay, ¿hay algo que quieras decirme? ¿Sobre Jason?

Hubo una pausa bastante larga hasta que Kay se decidió a responder.

—No podría haber tenido un jefe mejor. Trabajaba muchísimo, era un candidato firme para los altos cargos. Pero tenía tiempo para hablar con todos, para estar con ellos.

Kay se interrumpió, y Sidney pensó que quizá lo había hecho para ordenar sus pensamientos. Arriesgó una pregunta:

—¿Dejó de hacerlo? ¿Jason se comportó diferente?

—Sí.

La respuesta fue tan rápida que Sidney casi no la escuchó.

—¿De qué manera?

—Se trata de pequeños detalles. Lo primero fue que Jason pidió una cerradura para su puerta.

—Una cerradura en la puerta de un oficina no es tan raro, Kay. Yo tengo una en la mía. —Sidney miró la puerta. El pomo estaba inmóvil.

—Lo sé, Sidney. La cuestión es que Jason ya tenía una cerradura.

—No lo entiendo, Kay. Si ya tenía una cerradura, ¿por qué pidió otra?

—La cerradura que tenía era de las comunes, de esas que aprietas un botón para trabarla. Probablemente, la tuya es una de esas.

Sidney volvió a mirar la puerta.

—Tienes razón, lo es. ¿Las cerraduras de las puertas de oficina no son todas iguales?

—No en estos tiempos, Sid. Jason hizo instalar una cerradura electrónica que solo se abre con una tarjeta inteligente.

—¿Una tarjeta inteligente?

—Sí, una tarjeta de plástico que tiene un microchip. No sé muy bien cómo funciona, pero la necesitas para entrar en el edificio, y en ciertos lugares restringidos, entre otras cosas.

Sidney buscó en el bolso y sacó la tarjeta de plástico que había encontrado en la mesa de Jason en casa.

—¿Alguien más en Tritón tiene instalada ese tipo de cerradura?

—Alrededor de media docena de personas. Pero la mayoría están en finanzas.

—¿Jason te dijo por qué había pedido más seguridad para su oficina?

—Se lo pregunté porque me preocupaba que alguien hubiese entrado en un despacho y que no nos hubiesen dicho nada. Pero Jason me dijo que había asumido más responsabilidades con la empresa y que tenía algunos informes que requerían una protección especial.

Sidney, cansada de estar sentada, se levantó y comenzó a pasearse de un lado al otro de la oficina. Miró a través de la ventana. Al otro lado de la calle brillaban las luces de Spencers, un nuevo restaurante de lujo. Una procesión de taxis y limusinas descargaban grupos elegantemente vestidos que entraban en el establecimiento para una noche de buena comida, excelentes vinos y los últimos cotilleos de la ciudad. Sidney bajó la persiana. Soltó el aliento y se sentó en el sofá. Se quitó los zapatos y, con una expresión ausente, comenzó a masajearse los pies cansados y doloridos.

—¿Por qué Jason no quiso que le dijeras a nadie que tenía más responsabilidades?

—No lo sé. Ya lo habían ascendido tres veces. Así que no podía ser eso. Nadie guarda el secreto cuando se trata de un ascenso.

Sidney consideró la información durante unos segundos. Jason no le había dicho nada de un ascenso y era imposible que él se lo hubiese ocultado.

—¿Te dijo quién le había dado las nuevas responsabilidades?

—No. Y, en realidad, yo no insistí.

—¿Le comentaste a alguien lo que te dijo Jason?

—A nadie —contestó Kay con firmeza.

Sidney la creyó.

—¿Qué más te preocupaba?

—Verás, Jason se volvió más reservado. Comenzó a buscar excusas para no asistir a las reuniones, y cosas así. Eso empezó hace cosa de un mes.

Sidney dejó de masajearse el pie.

—¿Jason nunca mencionó haber tenido contactos con otra compañía?

—Nunca.

Respondió con tanta seguridad que a Sidney le pareció ver cómo meneaba la cabeza al otro lado del teléfono.

—¿Alguna vez le preguntaste si le preocupaba alguna cosa?

—Se lo pregunté una vez, pero no me hizo mucho caso. Era un buen amigo pero también era mi jefe. Así que no insistí.

—Lo comprendo, Kay.

Sidney dejó el sofá y se calzó los zapatos. Advirtió que una sombra que pasaba por debajo de la puerta se había detenido. Esperó unos segundos pero la sombra no se movió. Apretó el botón del receptor para pasarlo a portátil y desconectó el cordón. Se le había ocurrido una cosa.

—Kay, ¿alguien ha entrado en la oficina de Jason?

—Bueno...

La vacilación de Kay le dio tiempo a Sidney a añadir algo más.

—Claro que cómo podría entrar con todas esas medidas de seguridad instaladas en la puerta.

—Ese es el problema, Sid. Nadie tiene el código o la tarjeta de seguridad de Jason. La puerta es una hoja de madera de diez centímetros de grosor con marco de acero. El señor Gamble y el señor Rowe no han venido a la oficina esta semana y creo que nadie sabe qué hacer.

—¿Así que nadie ha estado en la oficina de Jason desde que... ocurrió? —Sidney miró la tarjeta inteligente que tenía en la mano.

—Nadie. El señor Rowe vino a última hora. Ha llamado a la compañía que instaló la cerradura para que mañana vengan a abrirla.

—¿Quién más apareció por allí?

Sidney escuchó cómo Kay soltaba el aliento.

—Vino alguien de SegurTech.

—¿SegurTech? —Sidney cambió el teléfono a la otra oreja mientras continuaba vigilando a la sombra. Se acercó a la puerta poco a poco. No pensaba que fuese un intruso. Mucha gente todavía estaba trabajando a estas horas—. Son los asesores de seguridad de Tritón, ¿no?

—Sí, me preguntaba por qué los habían llamado. Pero al parecer es el procedimiento normal cuando ocurre algo así.

Sidney había llegado al lado derecho de la puerta, y acercaba la mano al pomo.

—Sidney, tengo algunas cosas de Jason en mi puesto de trabajo. Fotografías, un suéter que me prestó una vez, algunos libros. Intentó que me interesara por la

literatura del siglo XVIII y XIX, aunque me temo que no lo consiguió.

—Quiso hacer lo mismo con Amy hasta que le advertí que era mejor enseñarle el abecedario antes de sumergirla en Voltaire.

Las dos mujeres rieron juntas, algo que a Sidney le sentó muy bien en esas circunstancias.

—Puedes pasar cuando quieras a recogerlas.

—Lo haré, Kay, quizá podamos comer juntas y charlar un poco más.

—Me encantaría, de verdad.

—Te agradezco mucho lo que me has dicho, Kay. Ha sido una gran ayuda.

—Apreciaba mucho a Jason. Era un hombre bueno, honrado.

Sidney notó que las lágrimas amenazaban con desbordarse, pero miró a la sombra debajo de la puerta y se dominó.

—Sí, lo era. —Recalcó la última palabra con un tono definitivo.

—Sidney, si necesitas cualquier cosa, y te lo digo de todo corazón, llámame, ¿me oyes?

—Gracias, Kay, quizá te tome la palabra —respondió Sidney sonriente.

En cuanto cortó la comunicación y dejó el teléfono, abrió la puerta de un tirón.

Philip Goldman no pareció sorprenderse. Permaneció allí mirando tranquilamente a Sidney con sus ojos saltones. Tenía una calva incipiente, un rostro expresivo, hombros redondeados y un poco de barriga. Vestía con elegancia. Sidney, calzada, le sacaba cinco centímetros de estatura.

—Sidney, pasaba por aquí y vi la luz encendida. No sabía que estuvieras aquí.

—Hola, Philip —respondió ella sin quitarle el ojo de encima.

Goldman estaba un poquitín más abajo que Henry Wharton en el orden de socios de Tylery Stone. Tenía una buena cartera de clientes y su vida estaba enfocada en la mejora de su propia carrera profesional.

—Reconozco que me sorprende verte por aquí, Sidney.

—Irse ahora a casa no es una idea muy apetecible, Philip.

—Sí, sí, lo comprendo —asintió él mientras espiaba por encima del hombro de Sidney el teléfono colocado sobre un estante de la librería—. ¿Hablabas con alguien?

—Una llamada personal. Hay montones de detalles por arreglar.

—Desde luego. Ya es bastante duro enfrentarse a la muerte, y cuando es inesperada todavía más —comentó sin dejar de mirarla con cierta malicia.

Sidney sintió que se ruborizaba. Dio media vuelta, recogió el bolso del sofá y cogió el abrigo colgado detrás de la puerta. Para hacerlo tuvo que cerrarla y Goldman se apartó para no recibir un golpe. Ella se puso el abrigo y apoyó una mano sobre el interruptor de la luz.

—Tengo una cita y ya llego tarde.

Goldman salió al vestíbulo y Sidney cerró la puerta con llave.

—Quizás este no es el momento más propicio, Sidney, pero quiero felicitarte por cómo llevas las negociaciones con CyberCom.

—Estoy segura de que no deberíamos tocar ese tema, Philip —dijo Sidney, tajante.

—Lo sé, Sidney. Pero, de todas maneras, leo el *Wall Street Journal* y tu nombre ha aparecido varias veces. Nathan Gamble debe estar muy complacido.

—Gracias, Philip. Ahora tengo que irme.

—Avísame si puedo hacer cualquier cosa por ti.

Sidney respondió con un gesto mientras pasaba junto al hombre para dirigirse por el pasillo hacia la salida principal de la firma, y desapareció en una esquina.

Goldman la siguió a tiempo para verla entrar en el ascensor. Después regresó por el pasillo hasta la oficina de Sidney. Miró a ambos lados para asegurarse de que estaba solo, sacó una llave del bolsillo, abrió la puerta y entró. Se oyó el chasquido del pestillo y, después, silencio.

Sidney entró con el Ford en el inmenso aparcamiento de Tritón. Se apeó y se abrochó el abrigo hasta el cuello para protegerse del viento helado. Una vez más miró en el bolso para asegurarse de que tenía la tarjeta de plástico y caminó, con toda la normalidad de que fue capaz, hacia el edificio de quince pisos que albergaba las oficinas centrales de Tritón. Dijo su nombre en el altavoz ubicado junto a la entrada. Una cámara de vídeo, montada sobre la puerta, apuntó a su cabeza. Después se abrió una tapa junto al altavoz y le indicaron que apoyara el dedo pulgar en el escáner de huellas digitales. Pensó que las medidas de seguridad de Tritón para las horas fuera del horario de trabajo eran equivalentes a las de la CIA. Las puertas de cristal y cromo se abrieron silenciosamente y Sidney entró en el vestíbulo, que tenía una cascada, unas columnas altísimas y mármoles por todas partes. Mientras caminaba hacia el ascensor, se encendían las luces para alumbrarle el camino. Sonaba una música suave y las puertas del ascensor se abrieron automáticamente. El edificio era una muestra del enorme poder tecnológico de la empresa. Entró en el ascensor y subió al piso octavo.

El agente de seguridad que estaba de guardia se acercó a ella y le estrechó la mano con una expresión de dolor.

—Hola, Charlie.

—Sidney, señora, lo siento mucho.

—Gracias, Charlie.

—Iba camino de la cumbre —dijo el guardia—. Trabajaba más que nadie de los que hay aquí. Muchas veces, él y yo éramos los únicos en todo el edificio. Me traía café y algo de comer del comedor. Nunca se lo pedía, lo hacía porque quería. No era como algunos de los jefazos de por aquí, que se creen mejores que uno.

—Tiene razón. Jason no era así.

—No, señora, no lo era. ¿Qué puedo hacer por usted? ¿Necesita alguna cosa? Por favor, dígame.

—Me preguntaba si Kay Vincent estaría aquí.

Charlie la miró desconcertado.

—¿Kay? No lo creo. Entré de servicio a las nueve. Ella suele irse a eso de las siete, así que no sé si salió o no. Déjeme comprobarlo.

El hombre se acercó a la consola. El ruido que hacía la cartuchera al golpear contra la cadera y el tintineo del llavero sujeto al cinturón acompañaban sus movimientos. Charlie se colocó unos auriculares y apretó un botón de la consola. Después de unos segundos, meneó la cabeza.

—Solo escucho el buzón de voz, Sidney.

—Oh, vaya, ella tenía algunas cosas... algunas cosas de Jason que quería recoger.

—Sidney miró al suelo como si no pudiera continuar hablando.

Charlie se acercó a ella y le tocó el brazo.

—Quizá las tenga en la mesa.

—Sí, es lo más probable —respondió Sidney, que miró al guardia con una expresión doliente.

Charlie vaciló. Sabía que esto iba en contra de todas las reglas. Pero no había por qué aplicarlas en todos los casos. Volvió una vez más a la consola, apretó un par de botones y Sidney vio cómo la luz roja sobre la puerta que daba al pasillo de la oficina pasaba a verde. El guardia fue hasta la puerta, cogió el llavero y abrió la puerta.

—Ya sabe que la seguridad los lleva de cabeza, pero creo que esta situación es un poco diferente. De todos modos, no hay nadie. Por lo general, hay gente hasta eso de las diez, pero estamos en semana de fiestas. Tengo que hacer la ronda del cuarto piso. Sabe dónde se sienta ella, ¿no?

—Sí, Charlie. Se lo agradezco.

—Su marido era un buen hombre —repitió el guardia, y una vez más le estrechó la mano.

Sidney avanzó por el pasillo suavemente iluminado. El lugar de trabajo de Kay estaba a medio camino, en diagonal con la oficina de Jason. No dejaba de mirar de aquí para allá, atenta a la posibilidad de que hubiera alguien más; todo estaba en silencio. Dobló en una esquina y vio el puesto de Kay. En una caja junto a la silla había un suéter y unas cuantas fotos enmarcadas. Metió la mano y sacó un libro con filetes dorados en las tapas: *David Copperfield*. Era uno de los favoritos de Jason. Lo dejó otra vez en la caja.

Miró en derredor. El pasillo continuaba desierto. Charlie le había dicho que se habían marchado todos, pero no estaba del todo segura. Satisfecha de estar sola, al menos por el momento, se acercó a la puerta del despacho de Jason. Se le cayó el alma a los pies cuando vio el teclado numérico. Kay no había mencionado ese artilugio. Pensó por un momento, buscó la tarjeta de plástico, miró a su alrededor, e introdujo la tarjeta en la ranura. Se encendió una luz en el teclado. Sidney leyó la palabra «Listo» junto a la luz. Pensó deprisa y marcó unos cuantos números, pero la luz no se apagó. Era frustrante. Ni siquiera sabía cuántos números debía marcar, y mucho menos los que eran. Intentó varias combinaciones sin éxito.

Estaba a punto de renunciar cuando advirtió que había una pequeña pantalla digital en una esquina del teclado. Parecía un contador y ahora marcaba ocho segundos. La luz del teclado comenzó a brillar con un rojo cada vez más intenso. «¡Mierda!», murmuró. ¡Una alarma! Cinco segundos. Se quedó como petrificada. Por su cabeza pasaban los resultados de lo que ocurriría si la sorprendían intentando entrar en la oficina de su marido. Todos eran un desastre. Por fin, cuando el marcador marcaba tres segundos, salió de la inercia. Se le ocurrió otra posible combinación. Mientras rezaba para sus adentros, sus dedos marcaron los números 0616. Apretó la última tecla cuando el contador marcaba cero. Sidney contuvo el aliento mientras esperaba escuchar el pitido agudo de la alarma durante un segundo que se le hizo eterno.

La luz de la alarma se apagó y se oyó el chasquido de los cerrojos. Sidney se apoyó en la pared mientras recuperaba la respiración. El 16 de junio era el cumpleaños de Amy. Sin duda, las normas de Tritón prohibían utilizar números personales para los códigos de seguridad: demasiado fáciles de descubrir. Para Sidney, era una prueba más de que la niña siempre estaba en los pensamientos de su padre.

Sacó la tarjeta de la ranura. Antes de sujetar el pomo, se envolvió la mano con un pañuelo para no dejar huellas digitales. Comportarse como un ladrón la excitaba pero también le daba miedo. Sintió el golpeteo de la sangre en los oídos. Entró en la oficina y cerró la puerta.

Sidney no podía arriesgarse a encender la luz del techo, pero había venido preparada. Sacó del bolso una linterna. Antes de encenderla, se aseguró de que las cortinas estuviesen completamente bajadas. El haz de luz barrió el cuarto. Había estado en él varias veces, cuando venía a buscar a Jason para ir a comer juntos, pero nunca se habían quedado mucho tiempo. Solo el necesario para darse un beso detrás de la puerta cerrada. Iluminó las estanterías llenas de libros técnicos que estaban más allá de su comprensión. Los informáticos eran los que mandaban de verdad, pensó por un momento, aunque solo fuera porque eran los únicos capaces de arreglar los malditos ordenadores cuando se estropeaban.

Vio el ordenador y se acercó deprisa. Estaba apagado y la presencia de otro teclado le hizo desistir de su intención de probar suerte y encenderlo. Tampoco le hubiese servido de nada porque no sabía qué buscaba ni dónde encontrarlo. No valía la pena correr el riesgo. Advirtió que había un micrófono conectado al monitor. Algunos de los cajones de la mesa estaban cerrados con llaves, y los pocos abiertos no contenían nada de interés.

A diferencia de su propio despacho en el bufete, no había diplomas colgados en las paredes ni más detalles personales en la oficina de su marido, excepto una foto de Jason y su familia sobre la mesa. Mientras miraba en derredor, pensó de pronto que había arriesgado muchísimo para nada. Se volvió bruscamente al oír un ruido en algún lugar de la planta. La linterna golpeó contra el micrófono y lo dobló por la mitad. Por fin, después de un minuto de absoluto terror, Sidney prestó atención al micrófono. Intentó enderezarlo pero sin éxito. Renunció al intento, borró las huellas digitales del objeto y se acercó a la puerta antes de apagar la linterna. Utilizó el pañuelo para abrir la puerta, escuchó un momento y entonces salió de la oficina.

Oyó las pisadas cuando llegaba a la mesa de Kay. Por un instante pensó que sería Charlie, pero no se oía el tintineo de las llaves. Miró en derredor para saber de dónde venía el sonido. Era obvio que la persona estaba en la parte de atrás. Se arrodilló detrás de la mesa de Kate y esperó, casi sin respirar, mientras las pisadas se acercaban. Entonces se detuvieron. Pasó un minuto pero el desconocido no se movió. Después Sidney oyó un ruidito, como si movieran algo de un lado a otro dentro de un radio limitado.

Incapaz de contenerse, asomó la cabeza. Vio la espalda de un hombre a dos metros de distancia. Hacía girar el pomo de la puerta de Jason. El hombre sacó una tarjeta del bolsillo de la camisa y se dispuso a insertarla en la ranura. Luego se detuvo mientras miraba el teclado dudando si correría el riesgo o no. Por fin, le faltó el coraje, guardó la tarjeta y se volvió.

Quentin Rowe no parecía muy complacido, y se marchó por donde había venido.

Sidney abandonó su escondite y caminó en la dirección opuesta. Caminaba muy deprisa, y al dar la vuelta en una esquina su bolso golpeó la pared. El ruido, aunque no era fuerte, resonó como una explosión en la planta vacía. Se le cortó la respiración al oír que los pasos de Quentin Rowe se detenían por un momento y luego volvían a acercarse. Echó a correr por el pasillo, llegó a la puerta principal, la cruzó en un santiamén y se encontró en el vestíbulo, donde Charlie la miró preocupado.

—Sidney, ¿se encuentra bien? Está pálida como un fantasma.

Los pasos se acercaban a la puerta. Sidney acercó un dedo a los labios, señaló hacia la puerta y le indicó a Charlie que ocupara su puesto detrás de la consola. El guardia oyó los pasos y se apresuró a seguir las indicaciones. Sidney entró en el lavabo que estaba a la derecha de la entrada al vestíbulo. Abrió el bolso mientras espía a través de una rendija la puerta de la zona restringida. En el momento en que Rowe apareció en el vestíbulo, Sidney salió del lavabo haciendo ver que buscaba algo en el bolso. Cuando levantó la mirada, Rowe la observaba atónito. Mantenía abierta la puerta de la zona de seguridad con una mano.

—¿Quentin? —dijo Sidney con toda la sorpresa que pudo fingir.

Rowe miró a Sidney y después a Charlie con una expresión de sospecha.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sin disimular el disgusto.

—Vine a ver a Kate. Habíamos hablado antes. Tiene algunas cosas de Jason. Efectos personales que quería devolverme.

—Nada puede salir del recinto sin una autorización previa —replicó Rowe, tajante—. Y mucho menos nada que perteneciera a Jason.

—Ya lo sé, Quentin —dijo Sidney sin vacilar.

La respuesta sorprendió a Rowe. Sidney miró a Charlie, que observaba a Rowe con cara de pocos amigos.

—Charlie me avisó, aunque no con la misma grosería que tú. Y no quiso dejarme pasar a la zona restringida porque todos sabemos que va en contra de las normas de seguridad de la compañía.

—Perdóname si he estado grosero. Últimamente he tenido que soportar muchas presiones.

—¿Y ella, no? —La voz de Charlie, en la que se mezclaban el enojo y la incredulidad, sonó tensa—. Acaba de perder al marido.

Sidney intervino antes de que Rowe pudiera replicar.

—Quentin y yo ya hemos discutido ese tema, Charlie, en una conversación anterior. ¿No es así, Quentin?

Rowe pareció encogerse bajo la mirada de Sidney. Decidió cambiar de tema. Una vez más miró a Sidney con aire acusador.

—Me pareció oír un ruido.

—A nosotros también —replicó Sidney en el acto—. Precisamente en el momento en que entraba en el lavabo. Charlie fue a echar una ojeada. Supongo que tú lo escuchaste a él y a la inversa. Pensaba que no había nadie en las oficinas, pero estabas tú. —El tono de la joven le devolvió la acusación.

—Soy el presidente de esta compañía —afirmó Rowe, irritado—. Puedo estar aquí a cualquier hora y no es asunto de nadie lo que yo haga.

—No me cabe la menor duda —dijo Sidney, que sostuvo la mirada de Quentin hasta que le obligó a bajarla—. Sin embargo, supongo que estarías trabajando en cosas de la empresa y no en nada personal, aunque ya haya pasado el horario normal. Te lo digo como representante legal de la compañía.

En circunstancias normales, ella nunca se hubiese atrevido a decir estas cosas a un cliente del bufete.

—Desde luego que estaba trabajando para la compañía —tartamudeó Rowe—. Conozco muy... —Se interrumpió bruscamente cuando Sidney se acercó a Charlie y le estrechó la mano.

—Muchas gracias, Charlie. Las reglas son las reglas.

Rowe no vio la mirada que ella le dirigió al guardia, y que hizo aparecer una sonrisa de agradecimiento en el rostro de Charlie.

Mientras ella se alejaba, Rowe le dio las buenas noches, pero Sidney no le contestó, ni siquiera le miró. En cuanto Sidney desapareció en el ascensor, Rowe miró furioso a Charlie, que caminaba hacia la puerta.

—¿Dónde va? —preguntó.

—Tengo que hacer la ronda —contestó Charlie con calma—. Es parte de mi trabajo. —Abrió la puerta y se dispuso a salir—. Por cierto, para evitar confusiones, en el futuro avíseme cuando esté en el edificio. —Apoyó una mano en la cartuchera—. No queremos que se produzca ninguna desgracia, ¿sabe? —Rowe se puso pálido mientras miraba el arma—. Si escucha más ruidos, avíseme, ¿de acuerdo, señor Rowe? —En cuanto le volvió la espalda, Charlie sonrió.

Rowe permaneció junto a la puerta inmerso en sus pensamientos. Después dio media vuelta y volvió a su oficina.

Lee Sawyer observó el pequeño edificio de apartamentos de tres pisos, ubicado a unos ocho kilómetros del aeropuerto internacional Dulles. Los residentes disfrutaban de un gimnasio completo, una piscina de tamaño olímpico, *jacuzzi* y una gran sala de fiestas. Era el hogar de muchos profesionales jóvenes solteros que se levantaban temprano para sumarse a la lenta corriente de tráfico que se dirigía al centro. El aparcamiento estaba lleno de Beemer, Saabs y algún que otro Porsche.

Sawyer estaba interesado en solo uno de los ocupantes de esta comunidad. No se trataba de un joven abogado, un ejecutivo de ventas o el poseedor de un máster. El agente habló unos segundos por su radiotransmisor. Había otros tres agentes sentados con él en el coche. Apostados alrededor de la zona había otros cinco equipos de agentes del FBI. Un pelotón del equipo de rescate de rehenes del FBI, con uniformes negros, también se acercaba al objetivo de Sawyer. Un batallón de policías respaldaba a los agentes federales. Había mucha gente inocente en la zona, y se estaban tomando todas las precauciones posibles para asegurar que si alguien resultaba herido, este fuera el hombre al que Sawyer consideraba responsable de la muerte de casi doscientas personas.

El plan de ataque de Sawyer seguía al pie de la letra el manual del FBI. Lanzar una fuerza abrumadora sobre un objetivo completamente desprevenido, una fuerza tan grande, en una situación totalmente controlada, que hacía inútil cualquier resistencia. Controlar la situación significaba también controlar el resultado. Al menos es lo que decía la teoría.

Cada uno de los agentes llevaba una pistola semiautomática de calibre 9 mm con cargadores extras. En cada equipo de agentes había uno que llevaba una escopeta semiautomática Franchi Law12 y otro iba provisto de un fusil de asalto Colt. Los miembros del equipo de rescate llevaban armas automáticas de grueso calibre, la mayoría dotadas con miras láser electrónicas.

Sawyer dio la señal y los equipos avanzaron. En menos de un minuto los miembros del equipo de rescate alcanzaron la puerta del apartamento 321. Otros dos equipos cubrieron la otra vía de escape, las dos ventanas traseras del apartamento que daban a la piscina. Los francotiradores ya estaban apostados allí con las miras láser fijas en las aberturas gemelas. Después de escuchar durante unos segundos tras la puerta del 321, los agentes la reventaron y se lanzaron a través de la abertura. Ningún disparo perturbó la tranquilidad de la noche. Al cabo de un minuto, Sawyer recibió la señal de todo despejado. Él y sus hombres subieron a la carrera las escaleras del edificio. El jefe del equipo de rescate recibió a Sawyer.

—¿El nido está vacío? —preguntó Sawyer.

—Tanto da. Alguien se nos adelantó —respondió el otro. Movi6 la cabeza en direcci6n al pequeño dormitorio en el fondo del apartamento.

Sawyer camin6 deprisa hacia el cuarto. El fr6o fue como una puñalada entre los

omoplatos; era como estar dentro de un congelador. La luz del dormitorio estaba encendida. Tres miembros del equipo de rescate miraban el reducido espacio entre la cama y la pared. Sawyer miró a su vez y se le cayó el alma a los pies.

El hombre yacía boca abajo. Las múltiples heridas de bala en la espalda y la cabeza se veían con toda claridad, como también el arma y los doce casquillos desparramados por el suelo. Sawyer, con la ayuda de dos miembros del equipo, levantó el cadáver con muchas precauciones, y lo puso de lado durante un segundo antes de devolverlo exactamente a la misma posición de antes.

Sawyer se levantó meneando la cabeza.

—Que la policía traiga a un médico, y quiero al equipo forense ya —dijo por el radiotransmisor.

Sawyer miró el cadáver. Bueno, al menos el tipo no sabotearía más aviones, aunque doce balazos no parecían castigo suficiente para lo que había hecho el hijo de puta. Pero un hombre muerto no puede hablar. Sawyer salió del cuarto, con el radiotransmisor bien sujeto en la mano. En el vestíbulo desierto vio que el aire acondicionado estaba puesto a frío máximo. La temperatura en el apartamento rondaba el bajo cero. Anotó la marca de temperatura y después, con la punta del lápiz para no destruir cualquier posible huella digital, giró la perilla hacia la marca de calor. No permitiría que sus hombres se congelaran mientras investigaban la escena del crimen. Deprimido, se apoyó en la pared. Aunque había sabido desde el principio que las posibilidades de encontrar al sospechoso en el apartamento no eran muchas, el hecho de haberlo encontrado asesinado señalaba claramente que alguien le llevaba un par de pasos de ventaja al FBI. ¿Había una filtración en alguna parte, o el asesinato formaba parte de un plan general? Sawyer rogó para que la desventaja se redujera lo antes posible.

Volvió al dormitorio con el radiotransmisor bien sujeto.

Sidney salió del edificio Tritón y comenzó a cruzar el aparcamiento. Iba tan ensimismada que no vio la limusina negra hasta que frenó delante de ella. Se abrió la puerta trasera y apareció Richard Lucas, vestido de azul. Sus facciones se caracterizaban por la nariz de boxeador y los ojos muy juntos. El ancho de los hombros y el omnipresente bulto debajo de la chaqueta le daban una apariencia física imponente.

—El señor Gamble desea hablar con usted —dijo con un tono discreto.

Mantuvo la puerta abierta y Sidney vio la pistola junto a la axila. Se quedó inmóvil, tragó saliva y entonces se le encendieron los ojos en una mirada de furia.

—No sé si tengo una hora libre en mi agenda —replicó.

—Como quiera —Lucas encogió los hombros—. Sin embargo, el señor Gamble prefiere hablar con usted directamente. Tener su versión de los hechos antes de emprender ninguna acción. Cree que cuanto antes se reúnan será mejor para todos.

La joven respiró con fuerza mientras miraba los cristales opacos de la limusina.

—¿Dónde tendrá lugar la entrevista?

—La finca del señor Gamble está en Middelburg. —Lucas consultó su reloj—. Nuestra hora estimada de llegada es dentro de treinta y cinco minutos. Nosotros, desde luego, la traeremos de regreso hasta su coche cuando concluya la entrevista.

—¿Tengo otra elección? —preguntó Sidney con un tono desabrido.

—Una persona siempre puede escoger, señora Archer.

Sidney se ajustó el abrigo y entró en la limusina. Lucas se sentó delante de ella. La joven no le hizo más preguntas y él no dijo nada más. Sin embargo, no le quitó el ojo de encima.

Sidney apenas si se fijó en la enorme mansión y en los jardines. «Puedes conseguirlo», pensó. Los interrogatorios a menudo eran un camino de dos direcciones. Si Gamble quería obtener respuestas, ella haría lo posible por conseguir también unas cuantas. Siguió a Lucas a través de un vestíbulo inmenso hasta una habitación donde predominaba la caoba. Óleos originales que mostraban diversos personajes masculinos cubrían las paredes. La chimenea estaba encendida. En un rincón había una mesa preparada para dos comensales. Aunque ella no tenía apetito, el aroma era tentador. En el centro de la mesa había un cubo de hielo con una botella de vino. Oyó el chasquido del pestillo de la puerta. Se acercó y comprobó que, efectivamente, habían cerrado con llave. Se volvió una vez más al captar un ligero movimiento a sus espaldas.

Nathan Gamble, vestido con pantalones con vueltas y camisa de cuello abierto, apareció de detrás de un sillón de orejas que miraba hacia la pared más lejana. Su mirada penetrante hizo que Sidney se arrebujara un poco más en el abrigo. El financiero se acercó a la mesa.

—¿Tiene hambre?

—No, gracias.

—Si cambia de opinión, hay comida de sobra. ¿No le importa si ceno?

—Está en su casa.

Gamble se sentó y comenzó a servirse. Ella le miró mientras servía dos copas de vino.

—Cuando compré esta casa venía con una bodega y dos mil botellas de vino cubiertas de polvo. No entiendo nada de vinos, pero mi gente me dice que es una colección de primerísima calidad; no es que a mí me interese coleccionar vino. De donde vengo, coleccionan sellos. Esto se bebe. —Le ofreció una de las copas.

—De verdad, no creo...

—Me desagrada beber solo. Me hace pensar que soy el único que se divierte. Además, en el avión le funcionó, ¿no?

Sidney acabó por asentir. Se quitó el abrigo y cogió la copa. El calor en la habitación resultaba reconfortante, pero ella no bajó la guardia. Era el procedimiento habitual cuando se estaba cerca de un volcán activo y personas como Nathan Gamble. Ocupó la silla que tenía destinada y miró al millonario que comía. Él le devolvió la mirada mientras le señalaba la comida.

—¿De veras no le apetece?

—Esto está bien, gracias —contestó Sidney con la copa alzada.

Gamble se encogió de hombros, bebió un trago de vino y luego se sirvió un succulento trozo de solomillo.

—Hace poco estuve hablando con Henry Wharton. Un tipo agradable, siempre preocupado por su gente. Me gusta eso en un jefe. Yo también cuido de mi gente. —Untó un panecillo con salsa y le dio un bocado.

—Henry ha sido un mentor maravilloso para mí.

—Eso es interesante. Yo nunca tuve un mentor. Quizá hubiese sido agradable tener uno. —Soltó una risita.

—No parece que le hiciera mucha falta —opinó Sidney, que echó una ojeada a la habitación.

Gamble levantó su copa, la chocó contra la de Sidney y después continuó comiendo.

—¿Hace régimen? Parece un poco más delgada desde la última vez que nos vimos.

—Estoy bien, gracias por preguntar.

Se tocó el pelo mientras le observaba con atención. Hacía todo lo posible por controlar los nervios. Esperaba el momento inevitable en que se acabaría la charla. Hubiese preferido ir directamente al grano. Gamble estaba jugando con ella. Se lo había visto hacer muchísimas veces con otras personas. Gamble se sirvió otra copa de vino, y a pesar de las protestas de Sidney le llenó la suya hasta el borde.

Tras otros veinte minutos de charla, Gamble se limpió los labios con la servilleta, se puso de pie y guio a Sidney hasta un sofá de cuero colocado delante de la

chimenea. La joven se sentó y cruzó las piernas mientras se armaba de valor. Él permaneció de pie junto al fuego y la miró con los párpados casi cerrados.

Sidney contempló el fuego durante unos momentos, bebió un trago de vino y entonces le miró. Si Gamble no quería dar el primer paso, lo daría ella.

—Yo también hablé con Henry y, si no me equivoco, poco después de que lo hiciera usted.

Gamble asintió con una expresión distraída.

—Supuse que Henry quizá la llamaría después de nuestra pequeña charla.

Sidney sintió una profunda rabia interior al pensar en cómo Gamble manipulaba a la gente para conseguir lo que quería. Gamble sacó un puro de una caja que estaba sobre la repisa de la chimenea.

—¿Le molesta?

—Como le he dicho antes, está usted en su casa.

—Hay quien dice que los puros no crean hábito; no lo tengo muy claro. De algo hay que morir, ¿no?

—Lucas dijo que quería usted verme. —Sidney bebió otro trago de vino—. No estoy enterada del motivo, ¿le molestaría decírmelo?

Gamble dio varias chupadas cortas al puro hasta que estuvo bien encendido antes de responder.

—Me mintió en el avión, ¿no es así?

El tono no era de enfado, cosa que la sorprendió. Había dado por hecho que un hombre como Gamble demostraría un enojo incontrolado ante la ofensa.

—Reconozco que no dije toda la verdad.

Un leve estremecimiento sacudió las facciones de Gamble.

—Es usted tan bonita que siempre me olvido de que es una abogada. Supongo que hay una diferencia entre mentir y no decir toda la verdad, aunque, si le soy sincero, la distinción no me interesa para nada. Que me mintió es lo único que recordaré.

—Eso ya lo sé.

—¿Por qué estaba su marido en aquel avión?

La pregunta fue como un disparo, pero las facciones de Gamble permanecieron impasibles mientras la miraba.

Sidney vaciló, pero después decidió responder sin tapujos. Tarde o temprano acabaría por saberse.

—Jason me dijo que le habían ofrecido un cargo ejecutivo en otra compañía tecnológica en Los Ángeles. Dijo que iba para mantener la última entrevista.

—¿Qué compañía? ¿RTG?

—No era la RTG. No era ningún competidor directo de usted. Por eso creí que no era importante decirle la verdad. Pero, tal como han resultado las cosas, tampoco tiene importancia qué compañía era.

—¿Por qué no? —preguntó Gamble, sorprendido.

—Porque Jason no me contó la verdad. No había ninguna oferta de trabajo, ninguna reunión. Lo acabo de descubrir —contestó Sidney con toda la calma de que fue posible.

Gamble acabó la copa de vino y fumó durante un rato antes de decir nada. Sidney había notado esta particularidad en otros clientes millonarios. Nunca tenían prisa. El tiempo de los demás era su tiempo.

—Así que su marido le mintió y usted me mintió a mí. Y ahora se supone que lo que me dice va a misa.

Su tono no varió, pero la incredulidad de Gamble era inconfundible. Sidney permaneció en silencio. No podía culparlo por no creer en ella.

—Usted es mi abogada —añadió Gamble—. ¿Qué debo hacer en esta situación, Sidney? ¿Acepto lo que me dice el testigo o no?

—No le pido que acepte nada —respondió ella en el acto—. Si no me cree, y probablemente tiene motivos para no hacerlo, entonces no hay nada que yo pueda hacer al respecto.

—Vale —dijo Gamble, pensativo—. ¿Qué más?

—No hay «qué más». Le he dicho todo lo que sé.

Gamble arrojó la colilla del puro al fuego.

—¡Venga! En el curso de mis tres divorcios he descubierto, para mi desgracia, que la gente habla en la cama. ¿Por qué iba a ser usted diferente?

—Jason no discute... discutía conmigo los asuntos de Tritón. Lo que hacía en la empresa era confidencial en lo que a mí respecta. No sé nada. Tengo muchas preguntas pero ninguna respuesta. —De pronto su tono sonó amargo, pero se controló rápidamente—. ¿Ha ocurrido algo en Tritón? ¿Algo que involucra a Jason? —Gamble no dijo nada—. Me gustaría saberlo.

—No me siento inclinado a decirle nada. No sé de qué lado está, pero dudo que sea del mío.

Gamble la miraba con tanta severidad que Sidney sintió que se ruborizaba. Descruzó las piernas y le miró.

—Sé que sospecha...

—¡Claro que sospecho! —le interrumpió Gamble, acalorado—. Con la RTG soplándome en el cuello. Todos me dicen que mi compañía se hundirá si no cierro el trato con CyberCom. ¿Cómo se sentiría usted? —No le dio tiempo a responder. Se sentó a su lado y le cogió de la mano—. De verdad lamento que su marido esté muerto y, en ninguna otra circunstancia, el hecho de que estuviera en el avión hubiera sido asunto mío. Pero cuando todos comienzan a mentirme y el futuro de la compañía está en juego, entonces sí que es asunto mío. —Le soltó la mano.

Sidney estaba a punto de echarse a llorar cuando se levantó de un salto y recogió el abrigo.

—Ahora mismo, usted y su compañía me importan un pimiento, pero le diré una cosa: ni mi marido ni yo hemos hecho nada malo. ¿Está claro? —Le miró furiosa,

jadeante—. Y ahora quiero marcharme.

Nathan Gamble la observó durante unos instantes, después fue hasta una mesa situada en un rincón y cogió el teléfono. Ella no oyó lo que decía, pero casi de inmediato se abrió la puerta y apareció Lucas.

—Por aquí, señora Archer.

Al salir, Sidney volvió la cabeza para mirar a Gamble. Él levantó la copa en señal de despedida.

—Mantengámonos en contacto —dijo el hombre en voz baja.

La forma en que pronunció esas palabras hizo que Sidney se estremeciera.

La limusina emprendió el viaje de regreso y en menos de cuarenta y cinco minutos, Sidney estaba otra vez junto al Ford Explorer. Subió sin perder ni un segundo y arrancó. Mientras conducía marcó un número en el teléfono móvil. Le respondió una voz somnolienta.

—Henry, soy Sidney. Perdona que te haya despertado.

—Sid, ¿qué hora...? ¿Dónde estás?

—Quería avisarte de que acabo de reunirme con Nathan Gamble.

Henry Wharton se despertó del todo en un santiamén.

—¿Cómo es eso?

—Digamos que fue una sugerencia de Nathan.

—He intentado cubrirte.

—Lo sé, Henry, y te lo agradezco.

—¿Cómo ha ido?

—Mejor de lo que se podía esperar dadas las circunstancias. En realidad se comportó bastante educadamente.

—Bueno, eso no está mal.

—Quizá no dure, pero quería que lo supieras. Acabo de dejarlo.

—Tal vez todo este asunto se quede en nada —dijo Wharton, que se apresuró a añadir—: Desde luego, no me refiero a la muerte de Jason. De ninguna manera pretendo minimizar esa horrible tragedia...

—Lo sé, lo sé —le interrumpió Sidney—. No te preocupes.

—¿Cómo has quedado con Nathan?

—Quedamos en mantenernos en contacto.

El hotel Hay-Adams estaba a unas pocas manzanas de las oficinas de Tylery Stone. Sidney se despertó temprano. Eran las cinco de la mañana. Hizo una rápida valoración de los progresos de la noche anterior. No había conseguido nada en la visita a la oficina de su marido, y la reunión con Nathan Gamble le había dado un susto de muerte. Esperaba que al menos sirviera para tranquilizar a Henry Wharton, al menos por ahora. Se dio una ducha rápida y llamó al servicio de habitaciones para pedir una cafetera llena. Tenía que estar en la carretera a las siete para recoger a Amy. Entonces discutiría con sus padres los detalles del funeral.

Eran las seis y medía cuando acabó de vestirse y hacer la maleta. Sus padres eran

madrugadores y Amy se despertaba sobre las seis. Su padre atendió el teléfono.

—¿Cómo está?

—Ahora está con tu madre. Acaba de darse un baño. Esta mañana apareció en nuestro dormitorio, preciosa como ella sola y como si fuese la dueña de todo. — Sidney captó el tono de orgullo en la voz de su padre—. ¿Cómo estás, cariño? Pareces más tranquila.

—Aguanto, papá, aguanto. Por fin he podido dormir un poco. No sé cómo.

—Tu madre y yo volveremos contigo y es inútil que digas que no. Nos ocuparemos de las cosas de la casa, atenderemos las llamadas, haremos los recados y te ayudaremos con Amy.

—Gracias, papá. Estaré en casa dentro de un par de horas.

—Aquí viene Amy con pinta de pollo mojado. Te la paso.

Sidney oyó los ruidos mientras las manitas cogían el auricular.

—Amy, cariño, soy mamá. —En el fondo sonaban las voces de los abuelos que animaban a la pequeña.

—Hola, ¿mami?

—Eso es, cariño, soy mamá.

—¿Hablas conmigo?

La niña se echó a reír. Esta era ahora su frase favorita. Amy siempre se partía de risa cuando la decía. Cuando dejó de reír, la pequeña se embarcó en su propia versión de la vida, en un lenguaje que Sidney podía descifrar fácilmente. Esta mañana se trataba de bacón, tortitas calientes y un pájaro que ella había visto persiguiendo a un gato en el patio. Sidney sonrió, pero la sonrisa desapareció bruscamente con las siguientes palabras de Amy.

—Papá. Quiero a mi papá.

Sidney cerró los ojos. Se pasó una mano por la frente para apartar un mechón de pelo. Sintió el nudo que le aprisionaba la garganta. Puso una mano sobre el teléfono. Tardó unos segundos en recuperarse.

—Te quiero, Amy —dijo—. Mamá te quiere más que a nada en el mundo. Nos veremos dentro de un rato, ¿vale?

—Te quiero. ¿Mi papá? ¡Ven, ven!

Sidney oyó que su padre le decía a Amy que dijera adiós.

—Adiós, adiós, muñequita. Mamá llegará enseguida —se despidió llorando a moco tendido.

—¿Cariño?

—Hola, mamá. —Sidney se enjugó las lágrimas con la manga, pero reaparecieron como una vieja capa de pintura que una nueva no consigue tapar.

—Lo siento, cariño. Supongo que no puede hablar contigo sin pensar en Jason.

—Lo sé.

—Por lo menos, duerme bien.

—Nos veremos dentro de un rato, mamá, adiós.

Sidney colgó el teléfono y permaneció sentada durante unos minutos con la cabeza entre las manos. Después se acercó a la ventana y descorrió unos centímetros las cortinas para mirar al exterior. La luna casi llena y las farolas iluminaban muy bien la zona. Pero así y todo, Sidney no vio al hombre apostado en un callejón en la acera de enfrente que apuntaba con sus binoculares la ventana donde estaba ella. Iba vestido con el mismo abrigo y sombrero que llevaba en Charlottesville. Vigiló a Sidney mientras ella miraba la calle con expresión ausente. Los años de práctica en esta clase de trabajo le permitían captar todos los detalles. El rostro, y sobre todo los ojos, se notaban agotados. El cuello era largo y grácil como el de una modelo, pero lo echaba hacia atrás lo mismo que los hombros, una señal evidente de tensión.

Cuando ella se apartó de la ventana, el hombre bajó los binoculares. Una mujer muy preocupada, pensó. Después de haber observado las acciones sospechosas de Jason Archer en el aeropuerto la mañana del accidente, creía que Sidney tenía sobrados motivos para estar preocupada, nerviosa, incluso con miedo. Se apoyó contra la pared de ladrillos y continuó la vigilancia.

Lee Sawyer miraba a través de la ventana de su pequeño apartamento en Washington Sureste. Durante el día, desde la ventana del dormitorio, se alcanzaba a ver la cúpula de Union Station. Pero todavía faltaba media hora para el amanecer. Sawyer había regresado a casa después de investigar la muerte del gasolinero sobre las cuatro y media de la mañana. Había estado diez minutos debajo del chorro de la ducha bien caliente para relajar los músculos tensos y despejarse. Después se había preparado una cafetera, además de un par de huevos fritos, una loncha de jamón que tendría que haber tirado hacía una semana y unas cuantas tostadas. Puso todo en una bandeja y se lo llevó a la sala, donde se sentó a comer. Solo encendió la lámpara de mesa porque en la penumbra pensaba más tranquilo. Mientras el viento sacudía las ventanas, Sawyer contempló la disposición de su sencillo hogar. Hizo una mueca. ¿Hogar? Este no era su verdadero hogar, aunque llevaba aquí más de un año. Su hogar estaba en los suburbios de Virginia, en una calle arbolada; una casa de dos niveles, un garaje para dos coches y una barbacoa de ladrillos en el patio trasero. Este pequeño apartamento donde comía y, de vez en cuando, dormía, era el único lugar que podía permitirse después del divorcio. Pero no era ni nunca sería su hogar, a pesar de los pocos efectos personales que había traído, en su mayoría fotos de sus cuatro hijos que le miraban desde todas partes. Cogió una de las fotos, la de su hija Meg, o Meggie, como la llamaban todos. Rubia y bien parecida, había heredado de su padre la estatura, la nariz fina y los labios llenos. Su carrera como agente del FBI había despegado cuando ella era una niña, y él había estado en la carretera durante casi toda su adolescencia. Las consecuencias habían sido terribles. Ahora no se hablaban. Al menos, ella no le hablaba. Y él, mayor como era, y a pesar del trabajo que hacía, tenía demasiado miedo para volver a intentarlo. Además, ¿de cuántas maneras se podía decir «lo lamento»?

Lavó los platos, limpió el fregadero y metió la ropa sucia en la bolsa para la tintorería. Echó una ojeada para ver si faltaba hacer algo más. En realidad, no había nada. Sonrió cansado. Solo pretendía pasar el rato. Miró la hora. Casi las siete. Dentro de muy poco saldría para la oficina. Aunque tenía un horario de trabajo, estaba allí casi todo el día. No era difícil de entender. Ser agente del FBI era prácticamente lo único que le quedaba. Siempre habría otro caso. ¿No era eso lo que le había dicho su esposa aquella noche? La noche en que se había deshecho su matrimonio. Ella había tenido toda la razón, siempre habría otro caso. Al final, ¿qué más podía él pedir o esperar? Aburrido de esperar, se puso el sombrero, metió el arma en la cartuchera y bajó las escaleras en busca del coche.

A unos cinco minutos en coche desde el apartamento de Sawyer se alzaba la sede central del FBI en la avenida Pensilvania, entre las calles Nueve y Diez, noroeste. Allí trabajaban unos siete mil quinientos de los veinticuatro mil empleados de la institución. De estos siete mil quinientos, solo alrededor de mil eran agentes

especiales, el resto eran técnicos y personal de apoyo. En una de las salas de conferencias estaba sentado un agente especial de alto rango. Otros miembros del FBI ocupaban la mesa, muy atareados en repasar documentos y archivos en sus ordenadores portátiles. Sawyer se tomó un momento para echar una ojeada y estirar los músculos.

Estaban en el Strategic Information Operations Center [Centro de Operaciones de Informaciones Estratégicas] o SIOC. Se trataba de un sector de acceso restringido compuesto por un grupo de habitaciones separadas con tabiques de cristal y protegido contra todo tipo de espionaje electrónico; se utilizaba como puesto de mando para las operaciones más importantes del FBI. En una pared había un grupo de relojes que marcaban las diferentes zonas horarias. En otra había una batería de monitores de televisión. El SIOC contaba con líneas de comunicación directas con la sala de situación de la Casa Blanca, la CIA y una multitud de agencias federales de seguridad. Carecía de ventanas y era un lugar muy tranquilo, donde se planeaban las grandes investigaciones. Una pequeña cocina suministraba alimentos y bebidas para el personal durante las largas jornadas de trabajo. En estos momentos, preparaban café. Al parecer, la cafeína y la actividad cerebral iban de la mano.

Sawyer miró a David Long, un veterano de la división de explosivos del FBI que estudiaba ensimismado un archivo. A la izquierda de Long, se encontraba Herb Barracks, de la delegación de Charlottesville, la oficina del FBI más cercana al lugar del accidente. Junto a él estaba un agente de la oficina de Richmond, la oficina más próxima al escenario de la catástrofe. Frente a ellos, se encontraban dos agentes de la oficina del área metropolitana de Washington, instalada en Buzzard Point, que, hasta finales de los años ochenta, solo había sido la oficina de la capi tal, aunque después le habían incorporado la oficina de Alexandria, Virginia.

Lawrence Malone, director del FBI, se había marchado una hora antes después de recibir toda la información sobre el asesinato de Robert Sinclair, hasta hacía poco uno de los gasolineros de Vector Fueling Systems y ahora ocupante del depósito de cadáveres. Sawyer estaba convencido de que el Sistema de Identificación Automática de Huellas Digitales les diría que el difunto señor Sinclair tenía otro nombre. Los conspiradores, en un plan tan grande como parecía ser este, nunca utilizaban los nombres verdaderos para conseguir un trabajo que más tarde les permitiría derribar a un avión.

Habían asignado más de doscientos cincuenta agentes a la investigación del atentado contra el vuelo 3223. Seguían todas las pistas, interrogaban a los familiares de las víctimas y realizaban las averiguaciones más minuciosas de todas las personas que pudieran tener un motivo y la oportunidad para sabotear al reactor de Western Airlines. Sawyer suponía que Sinclair había hecho el trabajo sucio, pero no quería correr el riesgo de pasar por alto a un cómplice en el aeropuerto.

La prensa había divulgado algunos rumores sobre la posibilidad de que el avión hubiese sido sabotado, pero el primer reconocimiento oficial sobre el atentado

contra el aparato de Western Airlines se publicaría en la edición del día siguiente del *Washington Post*. El público exigiría respuestas y las reclamaría ya. A Sawyer le parecía muy bien, solo que los resultados nunca se conseguían tan rápido como uno deseaba; de hecho, casi nunca era así.

El FBI había seguido la pista de Vector en cuanto los hombres del NTSB encontraron aquella inusitada prueba en el cráter. Después fue sencillo confirmar que Sinclair había sido el gasolinero del vuelo 3223. Ahora, Sinclair también estaba muerto. Alguien se había asegurado de que no tuviera la oportunidad de decirles por qué había saboteado el avión.

David Long miró a Sawyer.

—Tenías razón, Lee. Era una versión muy modificada de uno de esos elementos de calefacción portátiles. La última moda en encendedores para cigarrillos. Nada de llamas, solo un calor muy intenso suministrado por un alambre de platino, algo bastante invisible.

—Sabía que lo había visto antes. ¿Recuerdas el incendio en el edificio de Hacienda el año pasado? —respondió Sawyer.

—Eso es. De todos modos, esta cosa es capaz de suministrar unos mil grados centígrados. Y no le afecta el viento ni el frío, incluso si está empaquetado de combustible. Un suministro de combustible para cinco horas, preparado de tal forma que, si por algún motivo se apagara, volvería a encenderse automáticamente. Estaba sujeto por un lado con un imán. Es la forma más sencilla y eficaz de hacerlo. El combustible sale cuando se perfora el tanque. Tarde o temprano acabará por ponerse al alcance de la llama, y entonces estalla. —Meneó la cabeza—. Muy ingenioso. Lo llevas en el bolsillo; incluso si lo detectan, por fuera parece un maldito mechero. —Long buscó entre los papeles mientras los otros agentes le miraban con atención. Arriesgó otra opinión—: No les hizo falta un reloj ni un altímetro. Calcularon el tiempo por la acción corrosiva del ácido. Sabían que estaría en el aire cuando estallase. Un vuelo de cinco horas les daba tiempo más que suficiente.

—Kaplan y su equipo encontraron las cajas negras. La funda estaba rota, pero la cinta se conservaba en bastantes buenas condiciones. Las conclusiones preliminares indican que la turbina de estribor, y los controles que pasan por esa sección del ala, se separaron del avión segundos después de que la caja negra registrara un sonido extraño. Ahora están haciendo los análisis de sonido. No hubo ningún cambio drástico de presión en la cabina, así que la explosión no se produjo en el interior del fuselaje, algo lógico porque ahora sabemos que el sabotaje se cometió en el ala. Antes de eso, todo funcionaba bien: ningún problema en los motores, altitud de vuelo correcta, control de movimientos de superficie normales. Pero en cuanto las cosas comenzaron a ir mal, no tuvieron ninguna oportunidad.

—¿Las conversaciones de los pilotos dan alguna pista? —preguntó Long.

—Ninguna. Los gritos, la llamada de socorro. El avión cayó a plomo diez mil metros con la turbina izquierda funcionando a toda potencia. ¿Quién sabe si en esas

condiciones permanecieron conscientes? —Hizo una pausa y después añadió con un tono solemne—: Esperemos que no.

Ahora que estaba claro que el aparato había sido derribado por un acto de sabotaje, el FBI se hizo cargo oficialmente de la investigación. Debido a las complejidades del caso y el enorme desafío logístico que planteaba, el cuartel general del FBI sería la base de operaciones y Sawyer, que se había destacado por su trabajo en el atentado de Lockerbie, estaría a cargo de la investigación. Pero este atentado era distinto: había ocurrido en el espacio aéreo norteamericano, había abierto un cráter en territorio nacional. Dejaría que otros se encargaran de las conferencias de prensa y de los comunicados. Él prefería hacer su trabajo en la sombra.

El FBI dedicaba grandes recursos humanos y financieros a infiltrarse en las organizaciones terroristas que funcionaban en Estados Unidos, y de esta manera descubrir y abortar los planes de destrucción en nombre de alguna causa política o religiosa. El atentado contra el vuelo 3223 había sido una absoluta sorpresa. La inmensa red del FBI no había tenido ni la más mínima información de que se estuviese preparando algo así. Ocurrido el desastre, Sawyer tendría que dedicarse en cuerpo y alma a la búsqueda de los culpables para llevarlos ante la justicia.

—Bueno, ya sabemos lo que pasó en el avión —dijo el agente. Ahora solo tenemos que encontrar el motivo y quienes estén involucrados. Comenzaremos por el motivo. ¿Qué has podido averiguar de Arthur Lieberman, Ray?

Raymond Jackson era el compañero de Sawyer. Había jugado al fútbol en el equipo de la universidad de Michigan antes de colgar las botas y renunciar a una carrera en la NFL para ingresar en el FBI. El joven negro de un metro ochenta de estatura, hombros anchos, mirada inteligente y voz suave, abrió su libreta.

—Tengo muchísima información. Para empezar, el tipo era un enfermo terminal. Cáncer de páncreas. En la última fase. Le quedaban quizá seis meses. Solo quizá. Habían interrumpido todo el tratamiento. Al tipo lo tenían sometido a dosis masivas de calmantes. Utilizaba la solución de Schlesinger, una combinación de morfina y estimulantes, probablemente cocaína. Le habían instalado una de esas unidades portátiles que suministran las drogas directamente al torrente sanguíneo.

En el rostro de Sawyer apareció una expresión de asombro. Walter Burns y sus secretos.

—¿Al presidente de la Reserva le quedaban seis meses de vida y nadie lo sabía? ¿De dónde has sacado la información?

—Encontré un frasco de drogas de quimioterapia en el botiquín del apartamento. Entonces fui directamente a la fuente. Su médico personal. Le dije que estábamos haciendo una investigación de rutina. En la agenda de Lieberman aparecían muchas visitas al médico. Algunas en el Johns Hopkins y otra en la clínica Mayo. Mencioné la medicación que había encontrado. El médico se puso nervioso. Le sugerí sutilmente que si no le decía toda la verdad al FBI se vería con la mierda hasta el cuello. Cuando mencioné una citación judicial, se vino abajo. Pensó que si el paciente

estaba muerto, no se quejaría.

—¿Qué me dices de la Casa Blanca? Tenían que saberlo.

—Si están jugando limpio con nosotros, ellos tampoco sabían nada. Hablé con el jefe de gabinete sobre el pequeño secreto de Lieberman. Me dio la impresión de que al principio no me creía. Tuve que recordarle que FBI son las siglas de fidelidad, bravura e integridad. También le envié una copia del historial clínico. Dicen que el presidente se subía por las paredes.

—No deja de ser interesante —opinó Sawyer—. Me imaginaba a Lieberman como a un dios de las finanzas. Firme como una roca. Sin embargo, se olvida de mencionar que está a punto de *palmarla* de cáncer y dejar al país colgado. Eso no tiene mucho sentido.

—Solo te informo de los hechos. —Jackson sonrió—. Tienes razón respecto a la capacidad de ese tipo. Era una leyenda. Sin embargo, en lo personal, estaba casi arruinado.

—¿Qué quieres decir?

Jackson pasó unas cuantas hojas de la libreta hasta dar con la que buscaba. Después se la pasó a Sawyer y continuó con el informe.

—Lieberman se divorció hace unos cinco años después de veinticinco de matrimonio. Al parecer, era un chico malo que le hacía el salto a su mujer. El momento no podía ser peor. Estaba a punto de presentarse en la audiencia del Senado para el cargo en la Reserva. La esposa le amenazó con divulgarlo a la prensa. Según me han dicho, Lieberman ambicionaba el puesto, y si no hacía algo lo perdería. Para quitarse el problema, Lieberman le dio todo lo que tenía a su ex. Ella murió hace un par de años. Para complicar todavía más las cosas, dicen por ahí que su amante tenía gustos caros. El cargo en la Reserva da mucho prestigio, pero no pagan lo que en Wall Street, ni de lejos. La cuestión es que Lieberman estaba deudas hasta las orejas. Vivía en un apartamento miserable en Capítol Hill mientras intentaba salir de un agujero del tamaño del cañón del Colorado. El montón de cartas de amor que encontramos en el apartamento al parecer son de ella.

—¿Qué se ha hecho de la novia?

—No lo sé. No me sorprendería que se hubiera largado en cuanto se enteró de que el filón tenía cáncer.

—¿Tienes alguna idea de su paradero?

—Por lo que se sabe, hace algún tiempo que desapareció del mapa. Hablé con algunos colegas de Lieberman en Nueva York. Me la describieron como una mujer hermosa pero tonta perdida.

—Quizá sea una pérdida de tiempo, pero averigua algo más de ella, Ray.

Jackson asintió.

—¿Se comenta algo en el Congreso sobre quién sucederá a Lieberman? —le preguntó Sawyer a Barracks.

—La opinión es unánime: Walter Burns.

Sawyer se quedó de piedra al escuchar la respuesta. Miró a Barracks, y después escribió «Walter Burns» en la libreta. En el margen añadió: «Gilipollas» y a continuación la palabra «sospechoso» entre interrogantes.

—Al parecer —dijo cuando acabó de escribir—, nuestro amigo Lieberman pasaba por una mala racha. Entonces, ¿para qué matarle?

—Hay muchísimas razones —señaló Barracks—. El presidente de la Reserva es el símbolo de la política monetaria norteamericana. Es un bonito objetivo para cualquier mierda de país tercermundista con un monstruo verde a las espaldas. O puedes escoger entre una docena de grupos terroristas especializados en atentados contra aviones.

—Ningún grupo se ha adjudicado la responsabilidad de la acción.

—Dales tiempo —exclamó Barracks—. Ahora que hemos confirmado que fue un atentado, los que lo hicieron llamarán. Hacer estallar un avión en pleno vuelo como una declaración política es el sueño de todos esos gilipollas.

—¡Maldita sea!

Sawyer descargó el puño como un martillazo contra la mesa, se levantó y comenzó a pasearse de una punta a la otra de la sala, con el rostro enrojecido. Parecía como si cada diez segundos pasara por su cabeza una imagen del cráter de impacto. Añadido a ello, estaba la todavía más terrible visión del zapatito chamuscado que había tenido en la mano. Había acunado a cada uno de sus hijos al nacer con su manaza. Podía haber sido cualquiera de ellos ¡Cualquiera de ellos! Sabía que la visión no desaparecería de su mente mientras viviera.

Los demás agentes le miraban preocupados. Sawyer tenía la reputación de ser uno de los agentes más brillantes del FBI. Después de veinticinco años de ver cómo otros seres humanos trazaban un camino rojo a través del país, él seguía enfocando cada caso con el mismo celo y rigor del primer día. Por lo general prefería el análisis sereno y objetivo a las grandes declaraciones; sin embargo, la mayoría de los agentes que habían trabajado con él a lo largo de los años tenían muy claro que su temperamento estaba sujeto por el canto de una uña. Dejó de caminar y miró a Barracks.

—Hay un problema con esa teoría, Herb —dijo con voz serena.

—¿Cuál es?

Sawyer se apoyó en una de las paredes de cristal y cruzó los brazos.

—Si eres un terrorista que pretende conseguir publicidad, metes una bomba en un avión, cosa que, todo hay que decirlo, no es muy difícil en un vuelo interior, y haces volar el avión en mil pedazos. Cuerpos que caen, que atraviesan los techos de las casas interrumpiendo el desayuno de los norteamericanos. No hay ninguna duda de que fue una bomba. —Sawyer hizo una pausa y miró los rostros de los agentes—. Este no es el caso, caballeros.

Sawyer reanudó sus paseos. Todas las miradas siguieron sus movimientos.

—El avión estaba casi intacto en la caída. Si el ala derecha no se hubiera partido,

también estaría en aquel cráter. No olviden el detalle. Al gasolinero de Vector le pagaron para que saboteara el avión. Un trabajo subrepticio realizado por un norteamericano que, por lo que sabemos, no estaba vinculado a ningún grupo terrorista. Me costaría mucho trabajo creer que los terroristas de Oriente Próximo admitan norteamericanos en sus filas para que hagan el trabajo sucio.

»Tenemos la avería en el tanque de combustible, pero eso podía haber sido causado por la explosión y el fuego. El ácido se había consumido casi del todo. Un poco más de calor y no hubiéramos encontrado nada. Kaplan ha confirmado que no hacía falta que el ala se desprendiera del fuselaje para que el avión se estrellara. La turbina de estribor fue destruida por la ingestión de restos; el fuego y la explosión cortaron varias conducciones básicas de los controles hidráulicos, y la aerodinámica del ala, incluso si hubiese permanecido intacta, estaba destruida. Por lo tanto, si no hubiésemos encontrado el encendedor en el cráter, todo este asunto habría sido atribuido a un espantoso fallo mecánico. Y no se equivoquen, ha sido un milagro que encontraran el encendedor.

»Sumen todo esto, y ¿qué tenemos? Al parecer, alguien que hace estallar un avión, pero no quiere que se vea de esa manera. No es algo propio del típico terrorista. Pero entonces el cuadro se hace más confuso. La lógica funciona al revés. Primero, el gasolinero acaba cosido a balazos. Tenía las maletas hechas, el disfraz a medias y entonces su jefe decidió un cambio de planes. Segundo, tenemos a Arthur Lieberman en el mismo vuelo. —El agente miró a Jackson—. El hombre iba a Los Ángeles todos los meses, como un reloj, la misma compañía aérea, el mismo vuelo, ¿correcto?

Jackson asintió lentamente con los ojos casi cerrados. Todos los demás se inclinaban hacia delante sin darse cuenta mientras seguían los razonamientos de Sawyer.

—Por lo tanto, las posibilidades de que el tipo estuviera en ese vuelo por accidente son tan pocas que ya las podemos descartar. Si lo miramos fríamente, Lieberman era el objetivo, a menos que nos hayamos saltado algo muy gordo. Ahora unamos las dos cosas. Primero, nuestros terroristas quieren hacerlo pasar como un accidente, y después pelan al gasolinero. ¿Por qué?

Sawyer miró a los presentes como si esperara una respuesta. David Long fue el primero en responder.

—No podían arriesgarse. Quizá las posibilidades eran que pasara como un accidente, o quizá no. No podían esperar hasta que los periódicos aclararan el detalle. Tenían que cargarse al tipo inmediatamente. Además, si el plan original era que el tipo se largara, el hecho de no aparecer por el trabajo hubiera despertado sospechas. Incluso ni no pensáramos en el sabotaje, la desaparición del tipo nos habría llevado en esa dirección.

—De acuerdo —dijo Sawyer—. Pera si querías que el rastro acabara allí, ¿por qué no presentar al gasolinero como un fanático? Descerrajarle un tiro en la sien,

dejar el arma y un nota de suicidio llena de frases antinorteamericanas y hacernos creer que era un solitario. No, lo llenas de agujeros y dejas pruebas de que el tipo estaba a punto de huir, para que nos enteremos de que hay otros implicados. ¿A qué demonios viene buscarte esos problemas?

Sawyer se rascó la barbilla mientras los demás intentaban aclararse. El agente especial miró a Jackson.

—¿Alguna novedad del forense sobre el tipo muerto?

—Ha prometido prioridad máxima. No tardaremos en recibir el informe.

—¿Ha aparecido alguna cosa más en el apartamento del tipo?

—Hay algo que no ha aparecido, Lee.

—Los documentos de identificación, ¿no?

—Sí. Un tipo que está listo para darse el piro después de hacer volar un avión no se larga con su propia identidad. Si esto estaba planeado, seguro que tenía documentos falsos preparados.

—Es cierto, Ray, pero quizá los tenía ocultos en otra parte.

—Quizá se los llevó el asesino —señaló Barracks.

—Eso es más lógico —dijo Sawyer.

En aquel momento, se abrió la puerta y entró Marsha Reid. Baja de estatura y con aspecto maternal, con el pelo canoso cortado muy corto y con las gafas colgadas de una cadena sobre el vestido negro, era una de las principales expertas en huellas digitales del FBI. Reid había rastreado a algunos de los peores criminales del planeta a través del esotérico mundo de los arcos, las curvas y las espirales.

Marsha saludó a los presentes con un gesto, tomó asiento y abrió la carpeta que traía.

—Los resultados de la máquina, recién sacados del horno —dijo con un tono práctico salpicado de humor—. Robert Sinclair se llamaba en realidad Joseph Philip Riker, reclamado en Texas y Arkansas por asesinato y tenencia de armas de fuego. Su ficha tiene tres páginas de largo. Su primer arresto fue por robo a mano armada a la edad de dieciséis años. El último por asesinato en segundo grado. Cumplió una condena de siete años. Salió en libertad hace cinco. Desde entonces, ha estado implicado en numerosos crímenes, incluidos dos asesinatos por encargo. Un hombre muy peligroso. Le perdieron el rastro hará cosa de dieciocho meses. Desde entonces, ni pío. Hasta ahora.

Todos los agentes mostraron una expresión de incredulidad.

—¿Cómo un tipo como ese consiguió un trabajo de gasolinero de aviones? —preguntó Sawyer, asombrado.

—Hablé con la gente de Vector —dijo Jackson—. Es una compañía de prestigio. Sinclair, mejor dicho Riker, solo llevaba con ellos un mes. Tenía unas recomendaciones excelentes. Había trabajado en varias compañías de abastecimiento de combustible de aviones en el noroeste y en el sur de California. Comprobaron sus antecedentes, a nombre de Sinclair, desde luego. Todo en orden. Se quedaron tan

asombrados como todos los demás.

—¿Y qué me dices de las huellas digitales? Tuvieron que comprobarlas. Eso les hubiera dicho quién era el tipo en realidad.

Reid miró a Sawyer.

—Eso depende de quién le tomó las huellas, Lee —dijo con autoridad—. Se puede engañar a un técnico que no sea muy bueno, y tú lo sabes. Hay materiales sintéticos que jurarías que es piel. Puedes comprar huellas en la calle. Súmalo todo y tienes a un asesino convertido en un ciudadano respetable.

—Y si al tipo lo buscaban por todos esos otros crímenes —intervino Karracks—, es probable que tuviera una cara nueva. Te apuesto lo que quieras a que la cara que está en el depósito no coincide con la de los carteles de «Se busca».

—¿Cómo es que Riker acabó cargando el combustible del vuelo 3223? —le preguntó Sawyer a Jackson.

—Hace una semana pidió que le pasaran al turno de noche: de doce a siete. La hora de despegue del vuelo 3223 eran las siete menos cuarto. La misma hora todos los días. Los registros indican que el avión fue cargado a las cinco y cuarto, o sea en el turno de Riker. La mayoría del personal no se presenta voluntario a ese turno, así que Riker lo consiguió casi por defecto.

—¿Y dónde está el verdadero Robert Sinclair? —preguntó Sawyer.

—Lo más probable es que esté muerto —contestó Barracks—. Sinclair asumió su identidad.

Nadie hizo ningún otro comentario hasta que Sawyer planteó una pregunta inesperada.

—¿Y si Robert Sinclair nunca existió?

Incluso Reid se mostró intrigada. Sawyer analizó su propia pregunta con una actitud pensativa.

—Hay muchos problemas cuando se asume la identidad de una persona real. Viejas fotos, compañeros de trabajo o amigos que aparecen de pronto y descubren la tapadera. Hay otra manera de hacerlo. —Sawyer frunció el entrecejo y apretó los labios mientras pensaba—. Tengo la corazonada de que habrá que repasar todos los pasos que dieron los de Vector cuando comprobaron los antecedentes de Riker. Dedícate a eso, Ray, ahora mismo.

Jackson asintió mientras tomaba nota en su libreta.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —le preguntó Reid a Sawyer.

—No sería la primera vez que una persona se lo inventa todo. El número de la Seguridad Social, la historia laboral, los domicilios anteriores, las fotos, las cuentas bancadas, los certificados de estudios, los números de teléfono falsos, referencias. —Miró a Reid—. Incluso las huellas digitales, Marsha.

—Entonces hablamos de unos tipos muy sutiles —replicó la mujer.

—Nunca lo he dudado, señora Reid —dijo el agente. Miró a los demás—. No quiero apartarme del procedimiento habitual, así que continuaremos con las

entrevistas a las familias de las víctimas, pero no desperdiciaremos mucho tiempo en eso. Lieberman es la clave de todo este asunto. —De pronto, pasó a otro tema—. ¿La acción rápida funciona bien? —le preguntó a Jackson.

—Perfectamente.

La acción rápida era la versión del FBI del trabajo de campo, y Sawyer la había empleado con éxito en el pasado. La premisa de la acción rápida era crear algo parecido a una cámara de compensación electrónica para las informaciones, pistas y denuncias anónimas involucradas en una investigación que de otra manera estarían desordenadas y con fundidas. Con una investigación integrada y con un acceso a la información casi en tiempo real, las posibilidades de éxito eran muchísimo mayores.

La acción rápida para el vuelo 3223 había sido albergada en un depósito de tabaco abandonado en las afueras de Standardville. En lugar de hojas de tabaco apiladas hasta el techo, el edificio acogía ahora la última palabra en ordenadores y equipos de telecomunicación atendidos por docenas de agentes que trabajaban por turnos metiendo información en las gigantescas bases de datos las veinticuatro horas del día.

—Necesitamos de todos los milagros que podamos conseguir. E incluso eso no será suficiente. —Sawyer permaneció en silencio por un momento y después añadió —: ¡A trabajar!

Quentin? —exclamó Sidney, sorprendida al abrir la puerta de su

casa.

Quentin Rowe le devolvió la mirada a través de las gafas con los cristales ovalados.

—¿Puedo pasar?

Los padres de Sidney habían ido a hacer la compra. Mientras Sidney y Quentin iban hacia la sala, una Amy somnolienta apareció en el vestíbulo con su osito de peluche.

—Hola, Amy —dijo Rowe. Se arrodilló y le tendió la mano, pero la niña se apartó. Él sonrió—. Yo también era tímido cuando tenía tu edad. —Miró a Sidney—. Quizá por eso me dediqué a la informática. Los ordenadores no te contestan ni quieren tocarte. —Hizo una pausa, al parecer abstraído. Entonces volvió a la realidad y miró otra vez a la mujer—. ¿Tienes tiempo para hablar? —Al ver que Sidney vacilaba, añadió—: Por favor.

—Déjame que lleve a esta jovencita a dormir la siesta. Enseguida vuelvo. — Sidney cogió a su hija en brazos y salió.

Mientras ella estaba ausente, Rowe se paseó por la habitación. Contempló las numerosas fotos de la familia Archer colgadas en las paredes y encima de las mesas. Se volvió cuando Sidney regresó a la sala.

—Tienes una niña preciosa.

—Es un tesoro. Un auténtico tesoro.

—Sobre todo ahora, ¿verdad?

Sidney asintió.

—Yo perdí a mis padres en un accidente de aviación cuando tenía catorce años — dijo Rowe sin desviar la mirada.

—Oh, Quentin.

—Ha pasado mucho tiempo —replicó él y encogió los hombros—. Pero creo estar en condiciones de comprender lo que sientes mejor que nadie. Yo era hijo único. No tenía a nadie más.

—Supongo que en ese sentido soy afortunada.

—Lo eres, Sidney, nunca lo olvides.

—¿Quieres beber alguna cosa?

—Té, si tienes.

Unos minutos después estaban sentados en el sofá de la sala. Rowe aguantó el platillo sobre la rodilla mientras bebía el té a sorbos. Dejó la taza y miró a Sidney. Era obvio que se sentía incómodo.

—Ante todo —dijo—, quiero disculparme.

—Quentin...

Él levantó una mano para hacerla callar.

—Sé lo que vas a decir, pero me pasé de la raya. Las cosas que dije, la manera como te traté. Algunas veces no pienso antes de hablar. De hecho, es lo que hago demasiado a menudo. No me sé presentar. Sé que parezco un tipo extraño e insensible, pero en realidad no lo soy.

—Lo sé, Quentin. Siempre hemos tenido una buena relación. Todos en Tritón dicen maravillas de ti. Sé que Jason lo hacía. Si te hace sentir mejor, te diré que me resulta mucho más fácil tratar contigo que con Nathan Gamble.

—Tú y el resto del mundo —se apresuró a decir Rowe—. Aclarado esto, solo me queda decir que estoy sometido a una gran presión. Ya sabes, la desconfianza de Gamble ante el acuerdo con CyberCom y la posibilidad de perderlo todo.

—Yo creo que Nathan sabe lo que está en juego.

Rowe asintió, distraído.

—La segunda cosa que quería comunicarte es mi profunda pena por lo de Jason. No tendría que haber pasado. Jason era probablemente la única persona con la que podía conectar de verdad en la compañía. Tenía tanto talento como yo en el aspecto tecnológico, pero él sabía presentarse, algo, que como te he dicho, no sé hacer.

—A mi juicio lo haces bastante bien.

—¿De veras? —Rowe se animó en el acto. Después suspiró—. Supongo que al lado de Gamble, la mayoría de la gente parece un florero.

—No te diré que no, pero tampoco te recomendaría que lo imitaras.

—Sé que para los demás debemos parecer una extraña pareja.

—No es fácil criticar el éxito que habéis tenido.

—Eso es —exclamó Rowe con un tono que de pronto sonó amargo—. Todo se mide por el dinero. Cuando comencé, tenía ideas. Unas ideas maravillosas, pero no tenía capital. Entonces apareció Nathan. —Una expresión desagradable apareció en el rostro del joven.

—No es solo eso, Quentin. Tú tienes visión de futuro. Yo comprendo esa visión aunque sea una novata en cuestiones tecnológicas. Sé que esa visión es lo que impulsa el trato con CyberCom.

—Exacto, Sidney, exacto. —Rowe se golpeó con el puño la palma de la otra mano—. Las apuestas son altísimas. La tecnología de CyberCom es tan superior, tan monumental que es como la aparición de un segundo Graham Bell. —Pareció estremecerse anticipadamente mientras miraba a Sidney—. ¿Te das cuenta de que la única cosa que retiene el potencial ilimitado de Internet es el hecho de que es tan grande que navegar por la red es a menudo un terrible y frustrante ejercicio, incluso para los usuarios más expertos?

—Y con la tecnología de CyberCom ¿cambiará?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Desde luego!

—Debo confesar que si bien llevo meses trabajando en este acuerdo, no tengo claro qué ha descubierto CyberCom. Los abogados casi nunca entramos en estos matices, sobre todo aquellos que no hemos destacado en ciencias, como es mi caso —

dijo Sidney, y sonrió.

Rowe se acomodó mejor, con el cuerpo más relajado ahora que la conversación versaba sobre cuestiones técnicas.

—En términos vulgares, CyberCom ha hecho nada menos que crear inteligencia artificial, las lanzaderas inteligentes que te permitirán navegar sin esfuerzos por la multitud de tributarios de Internet y su progenie.

—¿Inteligencia artificial? Creía que solo existía en las películas.

—En absoluto. Desde luego, hay varios niveles de inteligencia artificial. Hasta el momento, CyberCom ha desarrollado la más avanzada.

—¿Cómo funciona?

—Pongamos por caso que quieres disponer de todos los artículos publicados sobre un tema controvertido, y también quieres un sumario de esos artículos, con un listado de los que están a favor y en contra, las razones expuestas, los análisis y todo lo demás que haya por ahí. Ahora bien, si lo intentaras por tus propios medios a través del laberinto en que se ha convertido Internet, te llevaría media vida. La abrumadora cantidad de información contenida en Internet es su mayor desventaja. Los seres humanos están mal equipados para enfrentarse a algo en esa escala. Pero si consigues salvar el obstáculo entonces es como si de pronto la superficie de Plutón se llenara de vida con la luz del sol.

—¿Eso es lo que CyberCom ha conseguido?

—Con CyberCom en nuestro grupo, iniciaremos una red vía satélite que estará coordinada sin solución de continuidad con el *software* de nuestra licencia de que muy pronto estará instalado en todos los ordenadores de Norteamérica, y después en el mundo. El *software* es el mejor amigo del usuario que he visto. Le preguntará al usuario cuál es exactamente la información que necesita. Le formulará más preguntas si las considera necesarias. Luego, a través de nuestra red vía satélite, explorará todos los ordenadores que forman el conglomerado que llamamos Internet hasta reunir, en la forma de una figura perfecta, la respuesta a cada una de las preguntas que le has formulado, y a muchas más que no se te habían ocurrido. Lo mejor de todo es que las lanzaderas son como camaleones y se adaptan y comunican con cualquier servidor de la red existente. Esa es otra de las pegadas de Internet: la incapacidad del sistema para comunicarse con los demás. Y realizará esta tarea a una velocidad millones de veces más rápida de lo que podría hacerlo una persona. Será como examinar minuciosamente cada gota de agua del Nilo en cuestión de minutos. Incluso más rápido. Por último, las enormes fuentes de conocimiento disponibles y que crecen en progresión geométrica día a día estarán conectadas eficazmente con la única entidad que las necesita de verdad. —Dirigió a Sidney una mirada llena de intención—. La humanidad. Y no se detiene aquí. La red conectada con Internet es solo una pequeña parte del esquema general. También aumentarán las normas de criptografía a niveles altísimos. Imagínate una respuesta fluida a los intentos de romper las claves de las transmisiones electrónicas. Unas respuestas que no solo se ajustarán para protegerse

del ataque del intruso, sino que lo perseguirán hasta cazarlo. ¿Crees que será popular entre los organismos de seguridad? Esta es la nueva meta de la revolución tecnológica. Dictará la manera de transmitir y utilizar los datos en el siglo venidero. Nos dirá cómo construir, enseñar y pensar. Imagínate ordenadores que no sean solo unas máquinas estúpidas que reaccionan a las instrucciones tecleadas por los humanos. Piensa en ordenadores que utilizan su enorme potencia intelectual para pensar por su cuenta, para resolver problemas por nosotros de una manera que hoy resulta inimaginable. Convertirá muchísimas cosas en obsoletas, incluida gran parte de la línea de productos de Tritón. Lo cambiará todo. Será lo mismo que hizo el motor de combustión interna con la tracción animal, solo que más profundo.

—¡Dios mío! —exclamó Sidney—. Y supongo que los beneficios...

—Sí, sí, ganaremos billones con las ventas del *software*, con el alquiler de la red. Todas las empresas del mundo querrán estar conectadas con nosotros. Y eso es solo el principio. —Rowe parecía bastante desinteresado en ese aspecto del negocio—. Y, sin embargo, pese a todo, Gamble sigue sin verlo, es incapaz de comprender... —Se levantó impulsado por los nervios y comenzó a mover los brazos. Se dominó y volvió a sentarse, rojo de vergüenza—. Lo lamento, a veces me dejo llevar por el entusiasmo.

—Está bien, Quentin, lo comprendo. Jason compartía tu entusiasmo por la compra de CyberCom. Me lo dijo.

—Tuvimos muchas charlas muy agradables sobre el tema.

—Y Gamble es muy consciente de las consecuencias que tendría la compra de CyberCom por otra compañía. Creo que acabará por acceder en la cuestión de la información financiera.

—Confiemos en ello —dijo Rowe.

Sidney miró los diamantes incrustados en el lóbulo de la oreja de Rowe. Parecían ser la única extravagancia que se permitía, y no era gran cosa, pues Rowe, a pesar de ser multimillonario, vivía con la misma frugalidad que en su etapa de estudiante pobre en la universidad, diez años atrás.

—Jason y yo hablábamos mucho del futuro —comentó Rowe—. Era una persona muy especial. —Parecía compartir el dolor de Sidney cada vez que se mencionaba el nombre de Jason—. Supongo que ya no volverás a ocuparte de las negociaciones con CyberCom.

—El abogado que me reemplazará es de primera fila. No notarás el cambio.

—Fantástico. —Su voz sonó muy poco convencida.

Sidney se levantó del sofá y apoyó una mano sobre el hombro de Rowe.

—Quentin, hay que cerrar este trato. —Vio la taza vacía y le preguntó—: ¿Quieres un poco más de té?

—¿Qué? No, no, gracias. —Rowe volvió a sumergirse en sus pensamientos, mientras se frotaba las manos en un gesto nervioso.

Cuando miró otra vez a Sidney, ella supo en el acto lo que pensaba.

—Hace poco mantuve una reunión informal con Nathan.

—Sí, algo me comentó.

—Entonces sabías lo del «viaje» de Jason.

—¿Que te dijo que iba a una entrevista de trabajo?

—Sí.

—¿Con qué compañía? —Rowe formuló la pregunta con un tono impersonal.

Sidney vaciló por un instante y después decidió decir la verdad.

—AllegraPort Technology.

—Yo te podría haber dicho que era una broma —Rowe soltó un bufido despreciativo—. AllegraPort estará fuera del negocio en menos de dos años. Estuvieron en la cima hace un tiempo, pero dejaron que se les adelantaran. En este campo tienes que crecer e innovar, o estás muerto. Jason nunca habría pensado seriamente unirse a ellos.

—Por lo que parece, no pensaba hacerlo. Ellos ni siquiera sabían quién era.

Era obvio que Rowe ya conocía esta información.

—¿No podría ser otra cosa? No sé muy bien cómo decirlo...

—¿Personal? ¿Otra mujer?

—No tendría que haberlo preguntado —murmuró Rowe como un niño avergonzado—. No es asunto mío.

—No, está bien. No te diré que no se me ocurrió pensarlo. Sin embargo, nuestras relaciones eran mejores que nunca.

—¿Nunca te mencionó nada de lo que pasaba en su vida? ¿Nada que le hubiese impulsado a hacer el viaje a Los Ángeles, y a no decirte la verdad?

Sidney mostró una expresión alerta. ¿Era esta una partida de pesca? ¿Había enviado Gamble a su segundo de a bordo para conseguir alguna información? Cuando vio la expresión preocupada de Rowe, comprendió que él estaba allí por propia voluntad, en un intento por averiguar qué le había pasado a su empleado y amigo.

—Nada. Jason nunca hablaba conmigo sobre asuntos de trabajo. Yo no tenía idea de lo que estaba haciendo. Ojalá la hubiese tenido. Lo que me está matando es no saber.

Pensó por un instante si debía preguntarle a Rowe por las nuevas cerraduras instaladas en la puerta del despacho de Jason y las otras preocupaciones manifestadas por Kay Vincent, pero al final decidió no decir nada.

Después de un par de minutos de silencio incómodo, Rowe salió del ensimismamiento.

—Tengo en el coche las cosas personales de Jason que el otro día fuiste a buscar a la oficina. Después de ser tan grosero contigo, creí que era lo menos que podía hacer.

—Gracias, Quentin. Te aseguro que no tengo ningún resentimiento. Es un momento duro para todos.

Rowe le agradeció las palabras con una sonrisa. Se levantó.

—Es hora de irme. Te traeré la caja. Si necesitas cualquier cosa, avísame.

Después de traerle la caja, Rowe le dijo adiós y se dio la vuelta para marcharse. Sidney le tocó el brazo.

—Nathan Gamble no estará siempre espiándote por encima del hombro. Todo el mundo sabe quién está realmente detrás del éxito de Tritón Global.

—¿De veras crees eso? —replicó el hombre, sorprendido.

—Es difícil ocultar el genio.

—No lo sé. Gamble no deja de sorprenderme a ese respecto.

Dio media vuelta y caminó lentamente hacia su coche.

Era medianoche cuando el agente Lee Sawyer apoyó la cabeza en la almohada después de cenar en cuatro bocados. Sin embargo, no consiguió dormirse a pesar del cansancio que sentía. Echó una ojeada al minúsculo dormitorio y de pronto decidió levantarse. Descalzo, en calzoncillos y camiseta, fue hasta la sala de estar y se dejó caer en el sillón desvencijado. La típica carrera de un agente del FBI no se llevaba bien con una tranquilidad doméstica prolongada. Se pasaban por alto demasiados aniversarios, cumpleaños y vacaciones. A veces estaba meses fuera del hogar, sin saber cuándo regresaría. Le habían herido de gravedad mientras cumplía con su deber, una situación traumática para cualquier esposa. Su familia había sido amenazada por la escoria humana que él intentaba erradicar. Y todo por la causa de la Justicia, por hacer que el mundo fuese, si no mejor, por lo menos más seguro. Una meta noble que no parecía nada especial cuando se intentaba explicar a un niño de ocho años que papá no podría ir a otro partido de béisbol, a otro recital, a otra obra de teatro. Lo había sabido desde el principio; Peg, también. Pero estaban tan enamorados que creyeron de verdad que resistirían, y lo habían conseguido durante mucho tiempo. Resultaba irónico, pero ahora sus relaciones con Peg eran mucho mejor que en los últimos años.

En cambio, los hijos eran otro asunto. Había cargado con toda la culpa de la ruptura y quizá se lo merecía. Ahora solo los tres hijos mayores comenzaban a hablarle con cierta regularidad. Pero había perdido a Meggie. No sabía nada de lo que pasaba en la vida de su hija. Era lo que más le dolía. No saber.

Todo el mundo tiene que elegir y él había elegido. Había disfrutado de una magnífica carrera en el FBI, pero el éxito había tenido un precio. Caminó hasta la cocina, cogió una cerveza fría y volvió al sillón. Su poción mágica para dormir. Al menos, no bebía licor. Todavía. Se acabó la cerveza en cuatro tragos, se arrellanó en el sillón y cerró los ojos.

Una hora más tarde, el timbre del teléfono le arrancó de un sueño profundo. Todavía estaba sentado en el sillón. Levantó el auricular.

—¿Sí?

—¿Lee?

Parpadeó varias veces hasta conseguir mantener los ojos abiertos.

—¿Frank? —Sawyer consultó su reloj—. Ya no estás en el FBI, Frank. Creía que en la empresa privada tenías un horario más normal.

Al otro extremo de la línea, Frank Hardy estaba completamente vestido y cómodamente instalado en una oficina muy bien amueblada. En la pared que tenía detrás había numerosas fotos y diplomas que daban testimonio de una larga y distinguida carrera en el FBI. Hardy sonrió.

—Hay demasiada competencia por aquí, Lee. Disponer de solo veinticuatro horas al día parece una injusticia.

—No me da vergüenza reconocer que ese es más o menos mi límite, ¿pasa algo?

—El atentado contra el avión —respondió Hardy.

Sawyer se irguió en el sillón, bien despierto, con la mirada alerta.

—¿Qué?

—Aquí tengo algo que necesitarías ver, Lee. Todavía no sé bien lo que significa. Estoy a punto de preparar café. ¿Cuánto tardarás en venir?

—Dame media hora.

—Como en los viejos tiempos.

Sawyer tardó cinco minutos en vestirse. Metió la pistola en la cartuchera y bajó a buscar el coche. Mientras conducía, llamó a la oficina para avisarles de esta nueva contingencia. Frank Hardy había sido uno de los mejores agentes en la historia del FBI. Cuando se marchó para fundar su propia empresa de seguridad, todos los agentes sintieron la pérdida, pero nadie le reprochó que aprovechara la oportunidad después de tantos años de servicio. Él y Sawyer habían sido compañeros diez años antes de que Hardy pidiera el retiro. Habían formado un buen equipo que había resuelto muchos casos importantes y arrestado a criminales muy peligrosos. Muchos de aquellos delincuentes cumplían ahora cadena perpetua en diversas prisiones federales de máxima seguridad. Un poco más de un puñado, entre ellos varios asesinos en serie, habían sido ejecutados.

Si Hardy creía que tenía algo sobre el atentado, entonces lo tenía. Sawyer pisó el acelerador y diez minutos después entraba con el coche en un inmenso aparcamiento. El edificio de catorce pisos en Tysons Córner albergaba un gran número de empresas, ninguna de las cuales se dedicaba a algo tan excitante como la de Hardy.

Sawyer exhibió las credenciales del FBI al personal de seguridad y subió en el ascensor hasta el piso catorce. Al salir del ascensor, se encontró en una zona de recepción muy moderna. La iluminación indirecta creaba unas islas de luz en la sala a oscuras. Detrás de la mesa de la recepcionista un cartel escrito con letras de molde blancas anunciaba el nombre del establecimiento: «SEGURTECH».

Sidney Archer contempló el rítmico ascenso y descenso del pecho de Amy.

Sus padres dormían profundamente en la habitación de invitados mientras Sidney estaba sentada en el cuarto de Amy. Por fin, se levantó y fue hasta la ventana para mirar al exterior. Nunca había sido una persona de hábitos nocturnos. Cuando llegaba la hora de dormir, dormía. Ahora la oscuridad parecía tener un poderoso efecto sedante, como una suave cascada de agua tibia. Hacía que los hechos recientes parecieran menos reales, menos terroríficos de lo que eran en realidad. Al siguiente día serían los funerales por Jason. La gente vendría a la casa a presentar sus respetos, a comentar lo buena persona que había sido su marido. No estaba muy segura de poder estar a la altura, pero esa era una preocupación que dejaría para más tarde.

Besó la mejilla de Amy, salió de la habitación sin hacer ruido y caminó por el pasillo hasta el pequeño estudio de Jason. Alzó la mano para coger una horquilla que había sobre el marco de la puerta y la metió en la cerradura. Amy Archer, con sus dos años, era capaz de entrar en cualquier parte y coger cualquier cosa: maquillaje, pantis, joyas, las corbatas de Jason, zapatos, carteras y monederos. Una vez habían encontrado la documentación del Cougar de Jason metida en la masa de los crepés junto con las llaves de la casa que habían estado buscando como locos. En otra ocasión, Sidney y Jason se habían encontrado toda una caja de hilo dental liada en una de las patas de la cama. Abrir puertas era una cosa sencilla para el miembro más joven de la familia Archer, de ahí la necesidad de tener una horquilla o un clip de papel en los marcos.

Sidney entró y se sentó delante de la mesa escritorio. La pantalla del ordenador, oscura y silenciosa, le devolvió la mirada. Una parte de Sidney esperaba que apareciera en la pantalla otra carta electrónica, pero no pasó nada. Echó una ojeada a la pequeña habitación. Ejercía sobre ella una atracción irresistible porque todo lo que había le hablaba de él. Tocó algunos de los objetos favoritos de Jason como si, por osmosis, pudieran revelarles los secretos que su marido había dejado atrás. El timbre del teléfono la sacó de sus pensamientos. Volvió a sonar y Sidney se apresuró a atenderlo sin saber muy bien qué esperar. Por un momento, no reconoció la voz.

—¿Paul?

—Siento llamar tan tarde. Hace días que intento localizarte. Te dejé un montón de mensajes en el contestador.

—Lo sé, Paul, lo lamento, pero he...

—Caray, Sid, no te lo digo para que te sientas culpable. Estaba preocupado por ti. Enterarte de lo de Jason de esa manera, no sé cómo lo aguantas. Eres mucho más fuerte que yo.

—Ahora mismo no me siento muy fuerte.

—Tienes a un montón de gente en Tylery Stone que te respalda, Sid. —La voz de Paul Brophy sonaba ansiosa—. Y un colega en la oficina de Nueva York disponible

las veinticuatro horas del día por si necesitas ayuda.

—El apoyo es conmovedor, de veras.

—Mañana cogeré el avión a primera hora para asistir al funeral.

—No tienes por qué hacerlo, Paul. Debes estar con trabajo hasta el cuello.

—No creas. No sé si lo sabes, pero intenté hacerme con el mando en las negociaciones con CyberCom.

—¿En serio? —Sidney hizo lo posible para mantener la voz neutra.

—Sí, solo que no lo conseguí. Wharton se mostró bastante duro al rechazar mi oferta.

—Lo siento, Paul. —Por un instante, Sidney sintió un poco de remordimiento—. Ya habrá otras negociaciones.

—Lo sé, pero de verdad creía estar capacitado. Te lo juro. —Hizo una pausa. Sidney rogó para que no se le ocurriera preguntar si Wharton le había pedido su consejo sobre el asunto. Cuando él volvió a hablar, Sidney se sintió todavía más culpable—. Mañana estaré allí, Sid. No sé en qué otro lugar podría estar.

—Muchas gracias. —Sidney se arrebuja en la bata.

—¿Te importa si voy a tu casa directamente desde el aeropuerto?

—En absoluto.

—Vete a dormir, Sid. Te veré mañana a primera hora. Si necesitas cualquier cosa, a la hora que sea, de noche o de día, solo tienes que llamar.

—Muchas gracias, Paul. Buenas noches —dijo, y colgó el teléfono.

Siempre se había llevado bien con Brophy, pero estaba segura de que detrás de la fachada encantadora se ocultaba un oportunista. Le había dicho a Wharton que Paul no era el adecuado para las negociaciones con CyberCom y ahora él vendría para acompañarla en sus momentos de dolor. Era un bello gesto, pero Sidney no creía en una coincidencia tan grande. Se preguntó cuál sería el motivo real.

Paul Brophy colgó el teléfono y echó una ojeada a su lujoso apartamento. Si tenía treinta y cuatro años, era soltero, guapo y ganabas medio millón al año, la ciudad de Nueva York era un lugar fantástico. Sonrió complacido y se pasó una mano por el pelo. Con un poco de suerte no tardaría en ganar un millón. En la vida había que saber buscar los mejores aliados. Cogió otra vez el teléfono y marcó un número. Atendieron en el acto. La voz de su interlocutor sonó rápida y precisa en cuanto Brophy se identificó.

—Hola, Paul, esperaba tu llamada —dijo Philip Goldman.

Frank Hardy cargó la cinta en el aparato de vídeo instalado debajo del televisor de pantalla panorámica que estaba en un rincón de la sala de conferencias. Eran cerca de las dos de la madrugada. Lee Sawyer, sentado en un sillón con una taza de café bien caliente en la mano, contemplaba con admiración el lujo del lugar.

—Caray, Frank, este negocio funciona viento en popa. Siempre me olvido de lo mucho que has prosperado.

—Si algún te decidieras a aceptar mi oferta, Lee, no tendría que recordártelo más —respondió Hardy con un tono bonachón.

—Estoy tan hecho a mi rutina que me cuesta cambiar, Frank.

—Renee y yo pensamos ir al Caribe por navidad. Podrías venir con nosotros. Incluso llevar a alguien contigo. —Hardy miró a su amigo, expectante.

—Lo siento, Frank, ahora mismo no hay nadie.

—Han pasado dos años. Creía que... Llegué a creer que me moriría cuando Sally se marchó. No quería volver a pasar por todo aquello de las citas. Entonces apareció Renee. Ahora no podría ser más feliz.

—Si tenemos en cuenta que Renee podría pasar por la hermana gemela de Michelle Pfeiffer, no me cabe duda de que eres un hombre muy feliz.

Hardy rio de buena gana al escuchar las palabras de su amigo.

—Quizá quieras reconsiderarlo. Renee tiene algunas amigas que cumplen estrictamente sus niveles de estética. Y escúchame, las mujeres se vuelven locas por los tipos altos y fuertes.

—Perfecto. No es que te quiera criticar, mi apuesto y viejo amigo, pero no tengo la pasta que tú tienes en el banco. En consecuencia, mi nivel de atracción ha bajado un poco en los últimos años. Además, todavía soy un empleado del gobierno. La clase turista y el supermercado es mi límite y no creo que tú te muevas aún a esos niveles.

Hardy tomó asiento, cogió con una mano la taza de café y con la otra el mando a distancia del vídeo.

—Pensaba hacerme cargo de la factura, Lee —dijo en voz baja—. Considéralo como un regalo de navidad anticipado. Eres un tipo difícil de convencer.

—Gracias de todas maneras. En realidad, este año tenía pensado pasar algún tiempo con los chicos, si es que me aceptan.

—De acuerdo.

—Y ahora, ¿qué tienes para mí?

—Desde hace unos años somos los asesores de seguridad de Tritón Global.

—¿Tritón Global? Informática, telecomunicaciones. Están en la lista de las quinientas de *Fortune*, ¿no?

—Técnicamente, no tendrían que estar en la lista.

—¿Cómo es eso?

—No son una empresa por acciones. Dominan su campo, crecen como locos, y todo lo hacen sin capital procedente de los mercados financieros.

—Impresionante. ¿Y cómo se vincula eso con un avión que se estrelló en los campos de Virginia?

—Hace unos meses, Tritón sospechó que ciertas informaciones se filtraban a un competidor. Nos llamaron para verificar la sospecha y, si era cierta, descubrir la filtración.

—¿Lo conseguiste?

—Sí. Primero redujimos la lista de los competidores que podían participar en algo así. Una vez que los tuvimos claros, comenzamos la vigilancia.

—Debió ser duro. Grandes compañías, millares de empleados, centenares de oficinas.

—Al principio, fue todo un reto. Sin embargo, las informaciones obtenidas nos llevaron a creer que la filtración procedía de las más altas instancias, así que mantuvimos puesto un ojo avizor en los ejecutivos de Tritón.

Lee Sawyer se retrepó en el sillón y bebió un trago de café.

—Y después de identificar algunos lugares «extraoficiales» donde se podía hacer el intercambio, ni corto ni perezoso instalaste toda la parafernalia electrónica, ¿no es así?

—¿Seguro de que no quieres el trabajo?

Sawyer se encogió de hombros como respondiendo al halago.

—Y después, ¿qué pasó?

—Identificamos unos cuantos de esos lugares «extraoficiales», propiedad de las compañías sospechosas y que no parecían tener ningún uso legítimo. En cada uno de ellos montamos equipos de vigilancia. —Hardy dirigió una sonrisa sardónica a su excolega—. No me leas la cartilla por allanamiento y otras violaciones de la ley, Lee. Algunas veces el fin justifica los medios.

—No te lo discuto. A veces yo también deseo tomar un atajo. Pero si lo hiciera se me echarían encima un centenar de abogados gritando «anticonstitucional» y mi jubilación se iría a tomar por el culo.

—En cualquier caso, hace dos días se hizo una inspección de rutina de la cámara de vigilancia instalada en una nave industrial cerca de Seattle.

—¿Qué os llevó a elegir a esa nave en particular?

—La información conseguida nos llevó a creer que la nave era propiedad, a través de una serie de subsidiarias y sociedades, del grupo RTG, el principal competidor de Tritón.

—¿Qué tipo de información creía Tritón que le estaban robando? ¿Tecnológica?

—No. Tritón está involucrada en unas negociaciones para la compra de una compañía de *software* muy valiosa, CyberCom. Creemos que la información sobre dichas negociaciones era filtrada a la RTG, una información que le permitiría adelantarse y comprar la compañía en cuestión, ya que conocerían los términos y la

posición negociadora de Tritón. Gracias al vídeo que ahora verás, hicimos algunas discretas sugerencias a RTG. Desde luego, lo negaron todo. Afirman que la nave fue alquilada el año pasado a una compañía no relacionada. Hicimos las averiguaciones pertinentes. No existe. En consecuencia, RTG está mintiendo o tenemos otro participante en este juego.

—Vale. Dime cuál es la relación con mi caso.

Hardy respondió apretando el botón del mando a distancia. La pantalla gigante se iluminó. Sawyer y Hardy contemplaron las imágenes en el pequeño cuarto de la nave. Cuando el joven alto aceptó la maleta metálica del hombre mayor, Hardy congeló la imagen. Miró la expresión intrigada en el rostro del agente. Hardy sacó un puntero láser del bolsillo de la camisa y señaló al hombre joven.

—Este hombre es un empleado de Tritón Global. No lo teníamos en la lista de vigilancia porque no era un alto cargo y no figuraba entre los miembros del equipo negociador de la compra.

—Sin embargo, es obvio que ahí tienes al culpable. ¿Sabes quiénes son los otros?

—Todavía no. El hombre se llama Jason W. Archer, con domicilio en el 611 de Morgan Lañe, en el condado Jefferson, Virginia. ¿Te resulta familiar?

Sawyer se concentró a fondo. El nombre le sonaba. Entonces lo recordó y fue como si le hubiera atropellado un camión. «¡Joder!». Casi se levantó de la silla, con los ojos desorbitados fijos en el rostro del joven mientras el nombre destacaba en la lista de pasajeros que había leído mil veces. Al pie de la pantalla aparecían la fecha y la hora: 17 de noviembre de 1995. 11.15 ÁM Pacific Standard Time. Sawyer asimiló la información de un vistazo y comenzó a hacer cálculos. Siete horas después de que el avión se estrellara en Virginia, este tipo estaba vivo y coleando en Seattle. «¡Joder!», repitió.

—Eso es —asintió Hardy—. Jason Archer figuraba en la lista de pasajeros del vuelo 3223, pero es obvio que no subió a bordo.

Hardy volvió a poner en marcha la cinta. Cuando el rugido de los reactores sonó en la pantalla, Sawyer volvió la cabeza hacia la ventana. El maldito avión parecía estar a punto de estrellarse contra el edificio. Después miró a Hardy y vio que su amigo le sonreía.

—Yo hice lo mismo cuando lo oí por primera vez.

Sawyer miró en la pantalla a los hombres que observaban el techo hasta que el ruido del avión se perdía en la distancia. El agente entornó un poco los párpados mientras miraba con mucha atención la escena. Algo le había llamado la atención, pero no sabía qué.

—¿Has visto alguna cosa? —le preguntó Hardy, que le observaba.

Sawyer permaneció en silencio unos segundos y después meneó la cabeza.

—¿Qué estaba haciendo Archer en Seattle la mañana del accidente en Virginia cuando se suponía que viajaba en un avión a Los Ángeles? ¿Trabajo?

—En Tritón ni siquiera sabían que Archer viajaba a Los Ángeles y mucho menos

a Seattle. Creían que se había tomado unos días libres para estar con su familia.

—Échame una mano, Frank, porque no sé de qué va.

—Archer tiene esposa y una hija pequeña —se apresuró a responder el otro—. Sidney, la esposa, es abogada en Tylery Stone, el bufete que lleva los asuntos legales de Tritón. Ella atiende muchas de las cosas de Tritón y encabeza el equipo negociador para la compra de CyberCom.

—Eso es muy interesante, y quizá conveniente para ella y su marido.

—Reconozco que eso fue lo primero que se me ocurrió, Lee.

—Si Archer estaba en Seattle, digamos, a las diez o diez y media de la mañana, hora del Pacífico, tuvo que coger un vuelo de primera hora.

—Western Airlines tiene uno que sale más o menos a la misma hora que el vuelo a Los Ángeles.

Sawyer se levantó y se acercó al televisor. Rebobinó la cinta y congeló la imagen para estudiar a fondo el rostro de Jason Archer. Se volvió hacia su antiguo compañero.

—Sabemos que Archer estaba en la lista de pasajeros del vuelo 3223, pero tú dices que el jefe no sabía nada de este viaje. ¿Cómo se enteraron de que estaba en el avión?

Hardy sirvió más café y después se levantó para ir hasta la ventana. Era obvio que a estos dos hombres les gustaba moverse mientras pensaban.

—La compañía aérea dio con la esposa mientras ella estaba en una reunión de negocios en Nueva York y le comunicó la mala noticia. En dicha reunión había gente de Tritón, incluido el presidente. Se enteraron entonces. La noticia se divulgó de inmediato. Esta cinta solo la han visto otras dos personas. Nathan Gamble, presidente ejecutivo de Tritón, y Quentin Rowe, el segundo de a bordo.

Sawyer se masajeó el cuello tenso y bebió un trago de café.

—Western confirmó que Archer presentó el billete en el mostrador y recogió la tarjeta de embarque. De no ser así, no habrían avisado a la familia.

—Tú sabes tan bien como yo que cualquiera pudo presentarse con un documento de identidad falso. Probablemente, los billetes estaban pagados. Consignó el equipaje y pasó el control de seguridad. Incluso con las nuevas medidas de seguridad, no necesitas una identificación con foto para subirte a un avión. Solo las llevan los empleados y los mozos de cuerda.

—Pero alguien subió al avión en el lugar de Archer. La compañía tiene la tarjeta de embarque, y una vez que subes, no te puedes bajar del avión.

—El tipo que lo reemplazó era muy estúpido o un cabrón con mala suerte. Quizá las dos cosas.

—Sí, pero si Archer voló a Seattle, significa que tenía otro billete.

—No pudo aparecer dos veces en el mostrador de embarque para cada vuelo. Tuvo que usar un alias y un documento de identidad falso para el vuelo a Seattle.

—Tienes razón. —Sawyer analizó las posibilidades—. Quizá todo lo que hizo fue

cambiar los billetes con el tipo que tomó su lugar.

—Sea cual sea la verdad, desde luego tienes trabajo por delante.

—¿Alguien habló con la esposa? —preguntó Sawyer.

Hardy abrió una carpeta y consultó unos papeles.

—Nathan Gamble habló con ella, durante unos minutos, dos veces. Quentin Rowe también.

—¿Y cuál es su historia?

—Primero dijo que no sabía que su marido estaba en el avión.

—¿Primero? ¿Así que cambió la historia?

—Después le dijo a Nathan Gamble que el marido le había mentado. Le dijo que iba a Los Ángeles para entrevistarse con otra compañía para discutir sobre un nuevo empleo. Pero resultó que no tenía ninguna entrevista.

—¿Quién lo dijo?

—Sidney Archer. Supongo que llamó a la compañía para decirles que el marido no acudiría a la cita.

—¿Lo has comprobado? —Hardy asintió—. ¿Has hecho nuevos progresos en tu investigación?

En el rostro de Hardy apareció una expresión casi de dolor.

—Ahora mismo no parece tener mucho sentido. Nathan Gamble está muy disgustado. Paga las cuentas y quiere resultados. Pero lleva tiempo, tú lo sabes. Sin embargo... —Hardy hizo una pausa y contempló la moqueta. Era obvio que se trataba de un hombre al que no le gustaban las cosas poco claras—. De todos modos, según Gamble y Rowe, la señora Archer cree que su marido está muerto.

—Si es que dice la verdad, y ahora mismo para mí es dudoso —exclamó el agente, acalorado.

Hardy lo miró con una expresión burlona. Sawyer se dio cuenta y aflojó los hombros.

—Entre nosotros, Frank, me siento un poco imbécil con este asunto.

—¿Cómo es eso?

—Estaba seguro de que Arthur Lieberman era el objetivo. Estructuré toda la investigación sobre esa premisa, y descarté las demás posibilidades.

—Todavía estás en los primeros pasos, Lee. No se ha perdido nada. Además, es probable que Lieberman fuera el objetivo, en cierto sentido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sawyer, alerta.

—Piénsalo. Tú mismo acabas de contestar a la pregunta.

En el rostro de Sawyer apareció una expresión sombría, cuando de pronto comprendió lo que Hardy acababa de decir.

—¿Quieres decir que ese tipo, Archer, hizo estallar el avión para que creyéramos que Lieberman era el objetivo? Venga, Frank, eso es estirar demasiado la cuerda.

—Si no hubiésemos tenido la suerte de grabar este vídeo, eso sería exactamente lo que estarías pensando ¿no? Recuerda, hay una única cosa en un accidente aéreo, en

particular cuando un avión se estrella contra el suelo casi intacto, como en este caso.

El rostro de Sawyer se volvió color de ceniza mientras reflexionaba.

—No hay cuerpos. Nada que identificar, ningún resto.

—Así es. En cambio, si el avión hubiese estallado en el aire, como ocurre en las explosiones normales, ahora habría un montón de cadáveres para identificar.

Sawyer no salía de su asombro.

—Eso es lo que me traía de cabeza. Si Archer se vendió, recibió la pasta y planeaba largarse, sabía que en algún momento la policía iría a por él.

—Así que para cubrir el rastro —dijo Hardy—, hizo ver que subía a un avión que acabó a diez metros bajo tierra. Si descubren que es un sabotaje, todos creen que Lieberman es el objetivo. Y si no lo descubren, tampoco van a buscar a un tipo muerto. Todo el mundo se olvida de Jason Archer, y final del caso.

—Pero, joder, Frank, ¿por qué no cogió la pasta y se largó sin más? No es tan difícil desaparecer. Y hay otra cosa. El tipo que saboteó el vuelo 3223 acabó cosido a tiros.

—¿La hora de la muerte le da tiempo a Archer para regresar y asesinarlo? —preguntó Hardy.

—Todavía no tenemos los resultados de la autopsia, pero si me baso en lo que vi del cuerpo, es posible que Archer pudiera llegar a la costa este a tiempo para hacerlo.

Hardy se entretuvo pasando las hojas de la carpeta mientras pensaba en esta nueva información.

—Venga, Frank, ¿cuánto crees que cobró Archer por la información? ¿Suficiente para sobornar al gasolinero que saboteó el avión y para contratar a un pistolero para liquidar al saboteador? ¿Un tipo que hasta hace unos días llevaba una respetable vida familiar? ¿Ahora es un archicriminal que destroza a niños y abuelas en el cielo?

Frank Hardy miró a su viejo amigo con una expresión severa.

—Él personalmente no voló el avión, Lee. Además, no me digas que ahora analizas las conciencias de las personas. Si la memoria no me falla, algunos de los peores asesinos que detuvimos llevaban una vida de angelitos.

—¿Cuánto? —insistió Sawyer, poco dispuesto a dar el brazo a torcer.

—Archer pudo conseguir varios millones por la información.

—Suenan a mucho dinero, pero ¿crees que por esa cantidad un tipo mataría a doscientas personas solo para cubrir su rastro? ¡De ninguna manera!

—Hay otra cosa en este asunto. Algo que me lleva a creer que Jason Archer es un archicriminal a pesar de las apariencias, o quizá trabaja para una organización de ese tipo.

—¿Cuál es esa cosa?

De pronto, Hardy pareció sentirse incómodo.

—Falta algún dinero de una de las cuentas de Tritón.

—¿Dinero? ¿Cuánto dinero?

—¿Qué te parecen doscientos cincuenta millones de dólares?

Sawyer estuvo a punto de volcar la taza de café.

—¿Qué?

—Al parecer, Archer no solo estaba interesado en vender secretos. También estaba en el negocio de desvalijar cuentas bancarias.

—¿Cómo? Quiero decir, que una compañía tan grande debe tener controles.

—Tritón los tiene, pero esos controles parten de la base de que la información dada por el banco donde está depositado el dinero sea correcta.

—No te entiendo —protestó Sawyer.

Hardy soltó un suspiro y apoyó los codos sobre la mesa, dispuesto a explicar a su amigo la estafa en términos sencillos.

—En nuestros días, mover dinero del punto A al punto B significa utilizar un ordenador. Los bancos y los mercados financieros dependen completamente de ellos, pero la dependencia comporta algunos riesgos.

—¿Que los ordenadores se apaguen, hagan cosas raras o se vuelvan locos?

—O que alguien entre en los ordenadores del banco y los manipule para fines ilegales. No es ninguna novedad. Ya sabes que el FBI ha creado toda una división nueva para ocuparse de los delitos informáticos.

—¿Tú crees que eso es lo que ha pasado aquí?

Hardy rebuscó entre los papeles hasta encontrar lo que buscaba.

—En una sucursal del Consolidated BankTrust había una cuenta operativa de Tritón Global Investments Corporation, que es una compañía subsidiaria de Tritón para sus inversiones en Wall Street. La cuenta se abrió hace tiempo y el saldo actual era de doscientos cincuenta millones.

—¿Archer tuvo algo que ver en la apertura de la cuenta?

—No. De hecho, no tenía acceso a la misma.

—¿Había muchos movimientos de cuenta?

—Al principio, sí. Sin embargo, llegó un momento en que Tritón no necesitó los fondos y los dejó allí como una reserva para el caso de que Tritón o alguna de las compañías filiales necesitase dinero.

—¿Qué ocurrió después?

—Resulta que hace un par de meses abrieron una cuenta nueva en la misma sucursal a nombre de Tritón Global Investments, Limited.

—¿Así que Tritón abrió otra cuenta?

Sawyer no había acabado de hablar cuando Hardy ya meneaba la cabeza.

—No, ahí está la trampa. No tiene nada que ver con Tritón. La compañía es ficticia, no tiene domicilio social, ni directores, ni empleados, nada.

—¿Sabes quién abrió la cuenta?

—Solo había una firma registrada. El nombre que figuraba en el banco era el de Alfred Rhone, director financiero. No averiguamos nada de Rhone, pero descubrimos algo interesante.

—¿Qué? —Sawyer se inclinó sobre la mesa.

—Se realizaron una serie de operaciones a través de la cuenta falsa. Depósitos, transferencias y cosas por el estilo. La firma de Alfred Rhone apareció en cada uno de esos documentos. Comparamos las firmas con las de los empleados de Tritón. Encontramos una idéntica. ¿Quieres adivinar?

—Jason Archer —respondió Sawyer en el acto.

Hardy asintió.

—¿Y qué pasó con el dinero?

—Alguien entró en el ordenador del BankTrust y reorganizó las cuentas con mucho cuidado. Al final, la cuenta legítima de Tritón y la falsa tenían el mismo número.

—¡Caray! Es como robarle caramelos a un niño.

—Exacto. El día anterior a la desaparición de Archer, se transfirieron los doscientos cincuenta millones de la cuenta de Tritón a una cuenta abierta por la compañía falsa en otro gran banco de Nueva York. El departamento de transferencias del BankTrust tenía la autorización de nuestro amigo Rhone. La cuenta tenía fondos, todo estaba en orden. Transfirieron el dinero aquel mismo día. —Sawyer lo miró, incrédulo—. La gente de los bancos acepta lo que dice el ordenador, Lee, no tienen motivos para no hacerlo. Además, los bancos no se hablan entre ellos. Mientras tengan el culo cubierto, se limitan a ejecutar órdenes. Les da lo mismo quién esté involucrado, conocen los procedimientos bancarios al dedillo. ¿Te mencioné que Jason Archer trabajó en el departamento de transferencias de un banco antes de entrar en Tritón?

Sawyer meneó la cabeza en un gesto de cansancio.

—Ahora ya sé por qué no me gustan los ordenadores. Sin embargo, no acabo de entender cómo lo hizo.

—Míralo de esta manera, Lee. Es como si hubiesen hecho una copia de un tipo rico y después la copia entra en el banco, retira todo el dinero del tipo rico y después se va tan fresco. La única diferencia es que el BankTrust creía que los dos tipos eran ricos; sin embargo, el banco estaba mirando el mismo saldo para los dos, contaba el mismo dinero dos veces.

—¿Algún rastro de los fondos?

—No creo que lo encuentren. —Hardy meneó la cabeza—. Se ha esfumado. Ya nos hemos reunido con agentes de la unidad de fraudes a instituciones financieras del FBI. Han abierto una investigación.

Sawyer bebió un trago de café, y entonces se le ocurrió una idea.

—¿Crees que quizá RTG está involucrada en las dos operaciones? Si no es así, resultaría un poco extraño que Archer se arriesgara a cometer la estafa bancaria y vender los secretos.

—Podría ser, Lee, que Archer comenzara por el robo de los secretos de la compañía, y que la RTG le metiera en el fraude bancario para perjudicar todavía más a Tritón. Estaba en una posición inmejorable para hacerlo.

—Pero el banco es el responsable final. A Tritón no le perjudica.

—No, en eso te equivocas. Tritón ha perdido el uso del dinero mientras el banco aclara las cosas y se realiza la investigación. Este episodio está en manos de la junta directiva. Podría tardar meses en resolverse, al menos es lo que le han dicho a Tritón esta mañana. Como te puedes imaginar, Nathan Gamble está que se sube por las paredes.

—¿Tritón necesitaba los fondos para alguna cosa?

—Claro que sí. Pensaban utilizar el dinero como paga y señal de la compra de CyberCom.

—¿Así que han perdido el negocio?

—Todavía no. Según las últimas noticias, Nathan Gamble podría poner el dinero de su cuenta particular.

—Caray, ¿el tipo puede firmar un cheque por esa cantidad?

—Gamble es varias veces multimillonario. Sin embargo, no creo que lo haga. Estaría arriesgando su dinero además de perder doscientos cincuenta millones del dinero de Tritón. En total, sumarían quinientos millones de dólares. Incluso para él es mucho dinero. —Hardy hizo una mueca al recordar su última entrevista con Gamble—. Te lo repito, ahora mismo no es un hombre muy feliz. Su mayor preocupación son los secretos que Archer le vendió a RTG. Si RTG se hace con CyberCom, entonces las pérdidas finales de Tritón superarán los doscientos cincuenta millones de dólares.

—Pero ahora que los de RTG saben que tú estás detrás, no se atreverán a utilizar la información que les pasó Archer.

—No es tan sencillo, Lee. Han negado cualquier implicación, y aunque nosotros tenemos el vídeo, no es una prueba definitiva. RTG ya estaba en la puja por CyberCom. Si su oferta es un poco mejor que la de Tritón, ¿quién puede acusarles de nada?

—Tienes razón. —Sawyer contempló los restos de café en la taza con una expresión de cansancio.

Hardy extendió los brazos hacia su viejo amigo y sonrió.

—Bueno, esta es mi historia.

—Estaba seguro de que no me habías sacado de la cama porque alguien había robado un bolso. —Sawyer hizo una pausa—. Ese Archer debe ser un verdadero genio, Frank.

—Lo es.

—Pero todo el mundo comete errores y algunas veces tienes suerte, y consigues un vídeo como ese —dijo Sawyer más animado—. Además, son los casos difíciles los que te gratifican en este trabajo, ¿no? —El agente sonrió.

—Y ahora ¿qué piensas hacer?

El agente bebió el último trago de café y volvió a llenar la taza. Parecía haber recuperado fuerzas gracias a las nuevas posibilidades que se habían abierto en el caso.

—Primero utilizaré tu teléfono para enviar una orden de busca y captura de Jason Archer. Después, te exprimiré el cerebro durante una hora. Mañana por la mañana, enviaré a un equipo al aeropuerto Dulles para que investiguen todo lo que puedan sobre Archer, y yo mantendré una entrevista personal con alguien que puede ser importantísimo en este caso.

—¿Quién es?

—Sidney Archer.

Soy Paul Brophy, un colega de Sidney, señor...

Brophy se encontraba en el recibidor de la casa, con la bolsa de viaje en una mano.

—Bill Patterson. Soy el padre de Sidney.

—Ella siempre le menciona, Bill. Lamento no haber tenido la ocasión de conocernos hasta ahora. Esto ha sido algo terrible. Sentí la necesidad de venir aquí por su hija. Es una de mis colegas más cercanas. Una mujer verdaderamente admirable.

Bill Patterson miró a Brophy mientras el joven dejaba la bolsa en un rincón. Vestido con un traje cruzado, la última moda en camisa y corbata y zapatos negros relucientes, el alto y delgado Brophy ofrecía una figura muy apuesta. Pero había algo en sus modales un poco untuosos, en su trato con la familia de duelo, que no le gustó. Se había pasado la mayor parte de su vida profesional con el detector de mierda levantado. Ahora mismo, la alarma sonaba al máximo.

—Tiene a toda su familia a su lado... ¿Paul? —Patterson puso un énfasis particular en la palabra «familia».

Brophy le devolvió la mirada mientras calibraba al padre de Sidney.

—Sí, en estos momentos no hay nada más importante que la familia. Espero que no piense que me estoy entrometiendo. Es la última cosa que quisiera hacer. Hablé con Sidney anoche. Hace años que trabajamos juntos. Nos hemos ocupado de algunos casos de esos que acabas con una úlcera. Pero usted ya sabe cómo es. Usted dirigió Bristol Aluminum durante los últimos cinco años que estuve allí. No había mes en que no apareciera usted en el *Journal*. Y aquel artículo de varias páginas en *Forbes* cuando se retiró.

—Es duro —afirmó el hombre mayor, un poco más tranquilo mientras recordaba por un momento los éxitos de su carrera empresarial.

—Sé que eso es lo que creían los competidores.

Brophy le dedicó su mejor sonrisa y Patterson le correspondió. Quizás, el tipo no era tan malo; después de todo, había venido hasta aquí, y este no era el momento más oportuno para buscar problemas.

—¿Le apetece comer o beber algo? ¿Ha venido de Nueva York esta mañana?

—En el primer vuelo del puente aéreo. Si tiene café, acepto encantado. ¿Sidney?

La mirada de Brophy se fijó ansiosa en Sidney, que entraba en aquel momento acompañada por la madre. Las dos mujeres vestían de negro.

—Hola, Paul.

Brophy se acercó deprisa, la abrazó y le dio un beso en la mejilla que se prolongó un poco más de lo adecuado. Un tanto agitada, Sidney le presentó a su madre.

—¿Cómo se lo ha tomado la pequeña Amy? —preguntó Brophy.

—Está con unos amigos. No comprende lo que ha pasado —contestó la madre de

Sidney, que miró a Paul con una expresión desabrida.

—Es natural. —Brophy se apartó. No tenía hijos, pero de todos modos había sido una pregunta estúpida.

Sidney, sin darse cuenta, le sacó del apuro. Se volvió hacia su madre.

—Paul acaba de llegar ahora mismo de Nueva York.

Su madre asintió distraída y luego se fue a la cocina para preparar el desayuno.

Brophy miró a Sidney. El pelo sedoso parecía más rubio al resaltar contra el negro del vestido. Su aspecto un tanto demacrado la hacía aún más atractiva. El abogado pensó que era una mujer muy hermosa.

—Todos los demás irán directamente a la capilla. Vendrán aquí después del servicio.

Parecía abrumada por la perspectiva, algo que Brophy no pasó por alto.

—Tú tómatelo con calma y cuando quieras estar sola, yo me encargaré de la charla y de que todo el mundo tenga el plato lleno. Si hay algo que he aprendido como abogado es a utilizar muchísimas palabras sin decir nada.

—¿No tienes que volver a Nueva York?

Brophy meneó la cabeza con una sonrisa triunfal.

—Me quedaré unos días en la oficina de Washington. —Sacó una grabadora del bolsillo interior de la chaqueta—. Estoy preparado. Durante el viaje dicté tres cartas y un discurso que daré el mes que viene un acto político para recaudar fondos, o sea que me estaré todo el tiempo que me necesites. —Sonrió con ternura, guardó la grabadora y la cogió de la mano.

Ella le devolvió la sonrisa, un tanto avergonzada, al tiempo que apartaba la mano.

—Tengo que acabar de arreglarme.

—De acuerdo, yo iré a la cocina a echar una mano.

Sidney se fue por el pasillo hacia el dormitorio. Brophy la observó mientras se alejaba, y sonrió al pensar en las perspectivas de futuro. Después, entró en la cocina, donde la madre de Sidney preparaba huevos fritos, tostadas y bacón. Bill Patterson se ocupaba de la cafetera. Sonó el teléfono. El padre de Sidney se quitó las gafas y atendió la llamada.

—¿Hola? —Cogió el auricular con la otra mano—. Sí, es aquí. ¿Qué? Oiga ¿no podría llamar más tarde? Ah, bueno, espere un momento.

La señora Patterson miró a su marido.

—¿Quién es?

—Henry Wharton. —Patterson miró a Brophy—. Es el jefe de su bufete, ¿no?

Brophy asintió. Aunque su condición de apóstol de Goldman era un secreto muy bien guardado, él no gozaba de las simpatías de Wharton, y Brophy esperaba con ansia el día en que Wharton fuera destronado de su cargo como jefe de Tylery Stone.

—Un hombre maravilloso, siempre preocupado por sus colegas —dijo Brophy.

—Vale, pero es de lo más inoportuno —replicó Patterson. Dejó el auricular sobre la mesa y salió de la cocina.

Brophy fue a ayudar a la señora Patterson con una sonrisa conciliadora.

Bill Patterson golpeó suavemente la puerta de su hija.

—¿Cariño?

Sidney abrió la puerta del dormitorio. Patterson vio las numerosas fotos de Jason y del resto de la familia desparramadas sobre la cama. Inspiró con fuerza y tragó saliva.

—Cariño, hay un tipo del bufete al teléfono. Dice que es muy urgente.

—¿Dijo su nombre?

—Henry Wharton.

Sidney frunció el entrecejo y un segundo después su expresión recuperó la normalidad.

—Seguramente llama para decir que no podrá venir al servicio. Ya no estoy en la lista de los diez primeros. La cogeré aquí, papá. Dile por favor que me dé un minuto.

En el momento en que su padre iba a cerrar la puerta, volvió a mirar las fotos. Levantó la mirada y descubrió que su hija le observaba, con una expresión casi de vergüenza, como una adolescente a la que acaban de sorprender fumando en el cuarto.

Patterson se acercó y le dio un beso en la mejilla mientras la abrazaba.

De nuevo en la cocina, Patterson cogió el teléfono.

—Enseguida se pone —dijo con voz áspera.

Volvió a dejar el teléfono sobre la mesa y se disponía a continuar con la tarea de hacer el café cuando le interrumpió una llamada a la puerta. Patterson miró a su esposa.

—¿Esperamos a alguien tan temprano?

—Será algún vecino que viene a traer más comida. Ve tú, Bill.

Patterson se encaminó obediente hacia la puerta principal. Brophy le siguió hasta el recibidor.

El padre de Sidney abrió la puerta y se encontró con dos hombres vestidos con trajes.

—¿En qué puedo servirles?

Lee Sawyer sacó sus credenciales con un movimiento pausado y se las exhibió. El acompañante hizo lo mismo.

—Soy el agente especial del FBI, Lee Sawyer. Mi compañero, Raymond Jackson.

La confusión de Bill Patterson era evidente mientras miraba alternativamente las credenciales del gobierno y a los hombres que se las mostraban. Los agentes le devolvieron la mirada.

Sidney se apresuró a guardar las fotos, y solo se demoró con una que era del día del nacimiento de Amy. Jason, vestido con una bata de hospital, sostenía a su hija recién nacida. La expresión de orgullo y felicidad en el rostro del flamante padre era algo maravilloso de contemplar. La metió en el bolso. Estaba segura de que la necesitaría cuando en el transcurso del día las cosas se le volvieran un poco

insoportables. Se arregló el vestido, se sentó en la cama y cogió el teléfono.

—Hola, Henry.

—Sid.

De no haber sido porque estaba sentada, Sidney se habría caído al suelo. Se le aflojaron todos los músculos y sintió como si le hubiesen dado un mazazo en la cabeza.

—¿Sid? —repitió la voz ansiosa.

Sidney intentó controlarse paso a paso. Tenía la sensación de estar sumergida debajo del agua a una profundidad donde los humanos no podían sobrevivir y que intentaba salir a la superficie. De pronto, su cerebro recuperó el funcionamiento y continuó el ascenso poco a poco. Mientras luchaba contra la sensación de que iba a desmayarse, Sidney Archer consiguió pronunciar una palabra de una manera que nunca habría imaginado que volvería a decir. Las dos sílabas escaparon de sus labios temblorosos.

—¿Jason?

Mientras la madre de Sidney cruzaba la sala para reunirse con su marido en la puerta principal, Paul Brophy aprovechó la ocasión para volver discretamente a la cocina. ¿El FBI? Esto se ponía interesante. Pensaba en si debía llamar o no a Goldman cuando vio el auricular descolgado sobre la mesa. Henry Wharton estaba al teléfono. Brophy se preguntó qué estarían discutiendo. Desde luego ganaría puntos con Goldman si conseguía averiguarlo.

Brophy se asomó por un segundo a la puerta de la cocina. El grupo continuaba en el recibidor. Corrió hasta la mesa, cogió el auricular, tapó con la mano el micrófono, y se llevó el teléfono al oído. De pronto se quedó boquiabierto mientras escuchaba las dos voces tan conocidas. Metió una mano en el bolsillo, sacó la grabadora, la colocó junto al auricular y grabó la conversación de los esposos.

Cinco minutos más tarde, Bill Patterson volvió a llamar a la puerta de su hija. Cuando Sidney le abrió la puerta, su padre se sorprendió ante su apariencia. Los ojos seguían rojos y cansados, pero ahora parecía brillar en ellos una luz que no había visto desde la muerte de Jason. Otra sorpresa era la maleta a medio hacer sobre la cama.

—Cariño, no sé la razón, pero el FBI está aquí —dijo sin apartar la mirada de la maleta—. Dicen que quieren hablar contigo.

—¿El FBI?

De pronto se le aflojaron los músculos y su padre la cogió a tiempo para que no se tambaleara.

—Pequeña, ¿qué pasa? —preguntó, preocupado—. ¿A qué viene la maleta?

—Estoy bien, papá —contestó Sidney un poco más serena—. Tengo que ir a un lugar después del servicio.

—¿Ir? ¿Adónde vas? ¿De qué hablas?

—Por favor, papá, ahora no. No puedo explicártelo ahora.

—Pero Sid...

—Por favor, papá.

Patterson desvió la mirada, incapaz de resistir la súplica en los ojos de Sidney, con una expresión desilusionada e incluso temerosa.

—De acuerdo, Sidney.

—¿Dónde están los agentes, papá?

—En la sala. Quieren hablar contigo en privado. Intenté que se fueran, pero, demonios, son el FBI.

—Está bien, papá, hablaré con ellos. —Sidney pensó por un momento. Miró el teléfono que acababa de colgar y después consultó su reloj—. Llévalos al estudio y diles que estaré allí en dos minutos.

Sidney cerró la maleta y la metió debajo de la cama, seguida por la mirada atenta del padre.

—¿Sabes lo que haces? —le preguntó él con el entrecejo fruncido.

—Lo sé —respondió Sid en el acto.

Jason Archer estaba esposado a la silla. Kenneth Scales, con una sonrisa de oreja a oreja, mantenía la pistola apoyada contra su cabeza. Otro hombre rondaba por el fondo.

—Buen trabajo, Jason —dijo Scales—. Quizá podrías labrarte una carrera en el cine. Es una pena que no tengas futuro.

Jason le miró con los ojos desorbitados de rabia.

—¡Hijo de puta! Si le haces daño a mi esposa o a mi hija te destrozaré. Lo juro por Dios.

—Cojonudo —exclamó Scales, ufano—. Dime, ¿cómo lo harás? —Apartó la pistola y la descargó de revés contra la mandíbula de Jason.

Se entreabrió la puerta del cuartucho. Jason, aturdido por el golpe, miró hacia la abertura y soltó un grito furioso. En un arranque desesperado se lanzó a través de la habitación, con silla y todo. Casi había llegado al hombre de la puerta cuando Scales y su compinche lo arrastraron otra vez hacia atrás.

—Maldita sea, ¡te mataré!, ¡te mataré! —chilló Jason.

El desconocido entró en el cuarto y cerró la puerta. Sonrió mientras los dos pistoleros levantaban a Jason y le tapaban la boca con esparadrapo.

—¿Otra vez las pesadillas, Jason?

Bill Patterson acompañó a los dos agentes del FBI hasta el pequeño pero cómodo estudio, y después fue a reunirse con su esposa y Paul Brophy en la cocina. Miró el teléfono, intrigado. Habían colgado. A Brophy no se le escapó el detalle.

—Lo colgué yo —dijo—. Supuse que usted tendría otras cosas que hacer.

—Gracias, Paul.

—No tiene importancia. —Brophy bebió un trago de café, muy satisfecho consigo mismo mientras acariciaba la grabadora guardada en un bolsillo del pantalón—. Caramba —miró a los Patterson—, el FBI. ¿Qué querrán?

—No lo sé y creo que Sidney tampoco. —Era muy protector en todo lo relacionado con su hija. Las líneas de preocupación destacaban en su frente—. Por lo que parece, hoy es el día de las inoportunidades —murmuró mientras se sentaba para echarle una ojeada al periódico.

Estaba a punto de decir algo más cuando vio el titular a toda plana.

Sawyer y Jackson se levantaron cuando Sidney entró en la habitación. El agente

Sawyer se sobresaltó visiblemente al verla. Hizo un esfuerzo consciente por esconder la barriga y una de sus manos voló hacia su cabeza para colocar en su sitio el tupé rebelde. Cuando bajó la mano, la miró por un instante como si no fuera una parte de su cuerpo, al tiempo que se preguntaba por qué había hecho eso. Los agentes se presentaron y una vez más exhibieron las credenciales. Sawyer era consciente de que Sidney le miraba con mucha atención antes de sentarse.

Sawyer la catalogó en un segundo. Una belleza con inteligencia y carácter. Pero había algo más. Hubiese jurado que se habían visto antes. Su mirada se posó en el cuerpo esbelto. El vestido negro era elegante y adecuado para la solemnidad de la ocasión; sin embargo, resaltaba las partes más provocativas de la figura. También las piernas, bien torneadas, resultaban favorecidas por las medias negras. El rostro era encantador en su aflicción.

—Señora Archer, ¿por casualidad nos hemos visto antes?

—No lo creo, señor Sawyer —respondió Sidney, sorprendida.

Él la observó durante un momento, encogió los hombros y comenzó sin más dilación con la entrevista.

—Como le dije a su padre, señora Archer, comprendemos que nuestra visita no podría ser más inoportuna, pero necesitábamos hablar con usted lo antes posible.

—¿Puedo preguntar cuál es el tema? —Sidney hablaba como una autómatas. Recorrió el estudio con la mirada antes de fijarla en el rostro de Sawyer. Vio a un gigantón que parecía sincero. En circunstancias normales, Sidney habría colaborado con Lee Sawyer sin el menor reparo. Pero las circunstancias distaban mucho de ser normales.

Ahora sus ojos verdes brillaban y Sawyer tuvo que hacer un esfuerzo para no perderse en ellos. En el intento de sondear sus profundidades se descubrió a sí mismo aventurándose en aguas peligrosas.

—Está relacionado con su marido, señora Archer —se apresuró a responder Sawyer.

—Por favor, llámeme Sidney. ¿Qué pasa con mi marido? ¿Tiene esto alguna relación con el accidente aéreo?

Esta vez, Sawyer demoró la respuesta. La estudiaba otra vez pero con mucho disimulo. Cada palabra, cada expresión, cada pausa era importante. Era un trabajo agotador, a menudo frustrante, pero que en ocasiones producía unos resultados sorprendentes.

—No fue un accidente, Sidney —contestó por fin.

El brillo en los ojos de Sidney parpadeó como ocurre con las luces de una casa cuando hay una tormenta eléctrica. Entrecabrió los labios pero no dijo ni una palabra.

—El avión fue sabotado; todas las personas a bordo, todas sin excepción, fueron

asesinadas premeditadamente.

Mientras Sawyer continuaba observándola, Sidney pareció perder todo contacto con el mundo exterior. Sus facciones mostraban un horror imposible de fingir. Sus ojos perdieron el brillo febril.

Pasó casi un minuto antes de que Sawyer se atreviera a hablar.

—¿Sidney? ¿Sidney?

Sidney salió del ensimismamiento con una sacudida, pero volvió a sumergirse en el mutismo con la misma rapidez. De pronto, comenzó a boquear como un pez fuera del agua. Por un instante, estuvo segura de que vomitaría. Agachó la cabeza hasta apoyarla en los muslos y se sujetó las pantorrillas. Curiosamente, sus movimientos imitaban los de un pasajero de un avión a punto de realizar un aterrizaje forzoso. Entonces comenzó a gemir y luego a temblar de un modo incontrolable, y Sawyer corrió a sentarse a su lado. Le rodeó los hombros con un brazo mientras la cogía de la mano. Sawyer miró a su compañero.

—Venga, Ray, ve a buscar agua, té, lo que sea. ¡Corre!

Jackson corrió a la cocina.

La madre de Sidney, con las manos temblorosas, llenó un vaso con agua y se lo entregó a Jackson. En el momento en que el agente se daba la vuelta, Bill Patterson levantó el periódico y se lo enseñó.

—Es por esto, ¿no? —El titular a toda plana decía:

«LA CATÁSTROFE DEL AVIÓN DE LA WESTERN AIRLINES SE ATRIBUYE A UN SABOTAJE. EL GOBIERNO FEDERAL OFRECE UNA RECOMPENSA DE DOS MILLONES DE DÓLARES».

—Jason y los demás fueron víctimas de un atentado terrorista. Por eso están aquí, ¿no es así?

La señora Patterson se cubrió el rostro con las manos, y el sonido del llanto invadió la cocina mientras se sentaba.

—Señor, por favor, ahora no, ¿vale? —El tono de Jackson no admitía replica. Salió de la cocina con el vaso de agua.

Mientras tanto, Paul Brophy había salido al jardín, a pesar del frío, con la aparente intención de fumar un cigarrillo. Si alguien hubiese mirado a través de la ventana de la sala, hubiera visto el teléfono móvil apretado contra su oreja.

Sawyer casi obligó a Sidney a que se bebiera el agua, pero, por fin, la joven tuvo fuerzas para erguirse en la silla. Sidney recobró la compostura y le devolvió el vaso con una mirada de agradecimiento. El agente no volvió a tocar el tema del atentado.

—Créame —dijo—, si esto no fuese muy, muy importante, nos marcharíamos ahora mismo, ¿de acuerdo?

Sidney asintió. Tenía un aspecto atroz. Sawyer se tomó un momento para ordenar los pensamientos. Pareció aliviada cuando él le hizo un par de preguntas inocentes

sobre el trabajo de Jason en Tritón Global. Sidney respondió con calma, aunque un tanto intrigada. El agente echó una ojeada al estudio. Tenían una bonita casa.

—¿Algún problema de dinero? —preguntó.

—¿Adónde quiere ir a parar, señor Sawyer? —El rostro de Sidney había recuperado parte de su rigidez. De pronto, se relajó; acababa de recordar el comentario de Jason de que le daría el mundo.

—Allí donde haya algo que nos traiga a este punto, Sidney —respondió el agente, que le devolvió la mirada sin vacilar.

Sidney tuvo la sensación de que Sawyer podía ver más allá de su fachada exterior, que podía leer sus pensamientos, las terribles dudas que le asaltaban. Se dio cuenta de que tendría que ir con mucho cuidado.

—Estábamos hablando con todos los familiares de los pasajeros del avión —añadió Sawyer—. Si el aparato fue sabotado por causa de alguno de los que iban a bordo, necesitamos saber el motivo.

—Comprendo. —Sidney inspiró con fuerza—. En respuesta a su pregunta, le diré que nuestra situación económica es la mejor de los últimos años.

—Usted es abogada de Tritón, ¿verdad?

—Entre otros cincuenta clientes. ¿Por qué?

Sawyer cambió de táctica.

—¿Sabía que su marido había pedido unos días libres en el trabajo?

—Soy su esposa.

—Bien, entonces quizá quiera explicarme por qué, si se había tomado unos días libres, estaba en un avión a Los Ángeles. —Sawyer había estado a punto de decir «presuntamente estaba», pero se contuvo a tiempo.

—Escuche, debo asumir que usted ya ha hablado con Tritón —contestó Sidney con un tono práctico—. Quizás incluso ha hablado con Henry Wharton. Jason me dijo que iba a Los Ángeles por un asunto de Tritón. La mañana en que se fue, le dije que tenía una reunión en Nueva York con la gente de Tritón. Entonces me dijo que iba a Los Ángeles para una entrevista sobre un nuevo empleo. No quería que por algún comentario casual de mi parte se enteraran de su viaje. Le seguí el juego. Sabía que no era muy correcto, pero lo hice.

—Pero no había otro empleo.

—No.

—Y, por el hecho de ser su esposa y todo eso, ¿no tiene ninguna idea de por qué iba a Los Ángeles? ¿Ninguna sospecha? Sidney meneó la cabeza.

—¿Eso es todo? ¿Nada más? ¿Está segura de que no tenía nada que ver con Tritón? —insistió Sawyer.

—Jason casi nunca hablaba conmigo de asuntos de la compañía.

—¿Por qué? —Sawyer se moría por una taza de café. El cuerpo comenzaba a rendirse después de la larga noche con Hardy.

—Mi bufete representa a otras varias compañías que podrían ser consideradas

como posibles competidoras de Tritón. Sin embargo, los clientes han desistido de cualquier conflicto potencial y, de vez en cuando, si ha sido necesario, hemos levantado paredes chinas.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Ray Jackson—. ¿Paredes chinas?

—Sí, es cuando cortamos las comunicaciones de cualquier tipo, el acceso a los archivos, incluso las charlas en los pasillos, sobre los asuntos de un determinado cliente, si un abogado de la firma representa a otro cliente con un posible conflicto. También se restringe el acceso a las bases de datos respecto a las negociaciones pendientes que manejamos. Esto también lo hacemos para mantener actualizados los términos de las negociaciones. En ocasiones, los términos cambian muy deprisa, y no queremos que los clientes tengan una sorpresa de última hora sobre los términos principales. La memoria de la gente es falible, en cambio no sucede lo mismo con los ordenadores. El acceso a esos archivos se consigue con una clave que únicamente conocen los abogados que dirigen el caso. La teoría es que un bufete se puede replugar en sí mismo para evitar problemas de este tipo. De ahí el término.

—¿Cuáles son los otros clientes que representa su bufete y que podrían tener un conflicto con Tritón? —quiso saber Sawyer.

Sidney pensó un momento. Le vino un nombre a la cabeza, pero no estaba segura si debía mencionarlo. Si lo hacía, quizá la entrevista acabaría de una vez.

—El grupo RTG.

Los agentes intercambiaron una mirada.

—¿Quién representa a RTG en el bufete?

Sawyer estaba seguro de haber visto un destello de picardía en los ojos de Sidney antes de responderle.

—Philip Goldman.

En el jardín de la casa de los Archer, el frío comenzaba a filtrarse a través de los guantes de Paul Brophy.

—No, no tengo ni la menor idea de lo que pasa —dijo Brophy, y apartó el teléfono móvil cuando el interlocutor replicó con una serie de impropiedades a su supuesta ignorancia—. Espera un momento, Philip. Es el FBI. Llevan armas, ¿vale? Si tú no te lo esperabas, ¿por qué tenía que esperarlo yo?

Esta deferencia a la inteligencia superior de Philip Goldman al parecer tuvo efecto porque Brophy volvió a apoyar el teléfono en la oreja.

—Sí, estoy seguro de que era él. Conozco su voz y además ella lo llamó por el nombre. Lo tengo todo grabado. No está mal de mi parte, algo brillante, ¿no te parece? ¿Qué? Claro que me quedaré por aquí a ver lo que encuentro. De acuerdo. Te volveré a llamar dentro de unas horas.

Brophy cortó la comunicación, guardó el teléfono y regresó a la casa mientras se frotaba los dedos ateridos.

Sawyer observaba con atención a Sidney, que acariciaba con una mano el brazo del sofá. Se preguntaba si había llegado el momento de soltar la bomba: decirle que

Jason Archer no estaba enterrado en el cráter de Virginia. Por fin, después de un prolongado conflicto interno, la intuición se impuso a la mente. Se puso de pie y le tendió la mano.

—Muchas gracias por su cooperación, señora Archer. Si recuerda alguna cosa que pueda ayudarnos, llámeme a cualquier hora del día o de la noche a estos números. —Sawyer le dio una tarjeta—. Mi número particular está escrito al dorso. ¿Tiene alguna tarjeta suya? —Sidney cogió el bolso que estaba en la mesa, rebuscó en el interior y le dio una de las suyas—. Una vez más, lamento mucho lo de su marido.

Esto último lo dijo con toda sinceridad. Si Hardy tenía razón, lo que esta mujer estaba pasando ahora mismo sería una fiesta comparado con lo que se le venía encima. Ray Jackson salió del estudio. Sawyer estaba a punto de seguirlo cuando Sidney apoyó una mano sobre su hombro.

—Señor Sawyer...

—Llámeme Lee.

—Lee, tendría que ser muy estúpida para no ver que esto es muy grave.

—Ni por un momento he creído que sea usted estúpida, Sidney. —Se miraron con un respeto mutuo; sin embargo, la afirmación de Sawyer era ambigua.

—¿Tiene alguna razón para sospechar que mi marido estaba involucrado... —hizo una pausa y tragó saliva como un paso previo a decir lo impensable— en algo ilegal?

Sawyer la miró, y la inconfundible sensación de que la había visto antes en alguna parte volvió a asaltarle hasta que se transformó en certeza.

—Sidney, digamos que las actividades de su marido inmediatamente antes de subir a aquel avión nos están causando algunos problemas.

Sidney recordó todas aquellas noches de trabajo hasta la madrugada, las idas de Jason a la oficina a las horas más intempestivas.

—¿Pasa algo en Tritón?

Sawyer observó cómo ella se retorció las manos. El agente tenía fama de ser muy reservado, pero por alguna razón deseaba contarle todo lo que sabía. Se resistió a la tentación.

—Es un caso abierto, Sidney. No se lo puedo decir.

—Lo comprendo, desde luego —respondió Sidney, que se apartó un poco.

—Estaremos en contacto.

Sawyer salió del estudio, y Sidney recordó inquieta que Nathan Gamble había dicho las mismas palabras. De pronto se estremeció de miedo. Se rodeó el pecho con los brazos y se acercó al fuego.

La llamada de Jason le había provocado una euforia tremenda. Nunca había experimentado nada parecido, pero los pocos detalles que él había mencionado después la habían desinflado con la misma rapidez. Ahora estaba dominada por una confusión total, y solo tenía una cosa clara: la lealtad a su marido. Se preguntó qué nuevas sorpresas le esperaban mañana.

En cuanto los vio salir de la casa, Paul Brophy siguió a los dos agentes sin dejar de charlar.

—Por lo tanto, es obvio que mi bufete tiene un gran interés en conocer cualquier presunta fechoría que involucre a Jason Archer y a Tritón Global. —Por fin dejó de hablar y miró ilusionado a los agentes.

—Es lo que me han dicho —respondió Sawyer sin detenerse.

El agente del FBI se detuvo detrás del Cadillac de Bill Patterson, aparcado en la entrada del garaje, y apoyó un pie en el parachoques para atarse el cordón del zapato. Mientras lo hacía se fijó en la pegatina: «MAINE, LUGAR DE VACACIONES». «¿Cuándo tuve mis últimas vacaciones? —pensó—. Debes estar muy mal si no te acuerdas». Se subió los pantalones y se volvió hacia el abogado, que le observaba desde la acera.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?

Brophy echó una ojeada a la puerta principal y después se acercó.

—Brophy, Paul Brophy —dijo, y se apresuró a añadir—: Como le dije antes estoy en el bufete de Nueva York, así que en realidad no tengo relación con Sidney Archer.

—Sin embargo vino hasta aquí para asistir al funeral. —Sawyer le observó con atención—. Eso fue lo que dijo, ¿no?

Brophy miró a los dos agentes. Ray Jackson entornó un poco los párpados mientras catalogaba al abogado. Tenía toda la pinta de un fulero.

—En realidad, estoy aquí en representación del bufete. Sidney Archer solo es una abogada a tiempo parcial, y como yo estaba en la ciudad por otros asuntos, digamos que me tocó.

Sawyer contempló las nubes por encima de la casa.

—¿Sí? Sabe, hice algunas averiguaciones acerca de la señora Archer. Según las personas con las que hablé, ella es una de las principales abogadas de Tylery Stone, aunque esté empleada a tiempo parcial. Pedí que me hicieran una lista de los cinco abogados más importantes a tres fuentes distintas, y ¿sabe una cosa? La señora estaba en todas las listas. —Miró a Brophy y añadió—: Es curioso, pero el suyo no apareció en ninguna.

Brophy tartamudeó unos segundos, pero Sawyer no le dio tiempo a protestar, y pasó a otro tema.

—¿Lleva mucho tiempo aquí, señor Brophy? —Señaló la casa.

—Alrededor de una hora. ¿Por qué? —El tono quejoso de Brophy denunciaba sus sentimientos heridos.

—¿Ha ocurrido algo fuera de lo normal en esa hora?

Brophy se consumía por decirles a los agentes que tenía grabadas las palabras de un hombre muerto, pero la información era demasiado valiosa para regalarla como si tal cosa.

—En realidad, no. Está cansada y deprimida, o al menos lo parece.

—¿Qué quiere decir con eso? —le preguntó el agente Jackson, que se quitó las

gafas de sol para mirar mejor a Brophy.

—Nada. Como les dije antes, no la conozco mucho. En realidad no sé cómo se llevaba con su marido.

—Ah. —Jackson apretó los labios y se volvió a poner las gafas. Miró a su compañero—. ¿Estás listo, Lee? Este hombre parece estar helado. Tendría que volver a la casa y calentarse un poco. —Miró a Brophy—. Vaya a presentarle sus respetos a su conocida.

Jackson y Sawyer le dieron la espalda y caminaron hacia el coche.

El rostro de Brophy estaba rojo de furia. Miró un momento hacia la casa y después los llamó.

—Eh, está bien, ella recibió una llamada.

Los dos agentes se volvieron al unísono.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Sawyer. Le dolía la cabeza por la falta de cafeína y estaba cansado de escuchar a ese gilipollas—. ¿Qué llamada?

Brophy se acercó a ellos y les habló en voz baja sin dejar de espiar a hurtadillas la casa.

—Fue un par de minutos antes de que llegaran ustedes. El padre de Sidney atendió el teléfono y el que llamaba dijo que era Henry Wharton. —Los agentes le miraron intrigados—. Es el titular de Tylery Stone.

—¿Y? —dijo Jackson—. Quizá llamaba para interesarse por ella.

—Sí, eso mismo creía yo, pero...

—Pero ¿qué? —preguntó Sawyer, furioso.

—No sé si estoy en libertad de decirlo.

La voz de Sawyer recuperó la normalidad, pero sus palabras sonaron mucho más amenazadoras que antes.

—Hace demasiado frío para estar aquí fuera escuchando gilipolleces, señor Brophy, así que le pediré muy amablemente que me dé la información, y será la última vez que se lo pida de esa manera. —Sawyer se inclinó sobre Brophy, que le miraba con el rostro demudado mientras el fornido Jackson le empujaba por detrás.

—Llamé a Henry Wharton al despacho mientras Sidney estaba hablando con ustedes. —Brophy hizo una pausa teatral—. Cuando le pregunté sobre la charla con Sidney, se mostró muy sorprendido. Él no la había llamado. Y cuando ella salió del dormitorio después de atender la llamada, estaba blanca como el papel. Creí que se iba a desmayar. Su padre también se dio cuenta.

—Si el FBI llama a mi puerta el día del funeral de mi esposo, supongo que yo también me pondría malo —comentó Jackson, mientras abría y cerraba uno de sus puños gigantescos que hubiera dado cualquier cosa por descargar.

—Según el padre, ya tenía esa cara antes de que les avisara de su presencia. —Brophy se inventó esta parte, pero ¿y qué? No era la presencia del FBI en su casa lo que había puesto a Sidney Archer en ese estado.

Sawyer se irguió y miró la casa. Después miró a Jackson, que enarcó las cejas.

Sawyer estudió el rostro de Brophy. Si el tipo les estaba engañando... Pero no, seguro que decía la verdad, o por lo menos casi toda la verdad. Era obvio que se moría de ganas por decir algo que bajara a Sidney Archer del pedestal. Al agente le daba igual la venganza personal de Paul Brophy. Le interesaba la llamada.

—Gracias por la información, señor Brophy. Si recuerda alguna cosa más aquí tiene mi número. Le dio al abogado una tarjeta y se marchó con Jackson.

Mientras conducían de regreso a la ciudad, Sawyer miró a su compañero.

—Quiero un servicio de vigilancia sobre Sidney Archer las veinticuatro horas del día. Y quiero que controlen todas las llamadas recibidas en su casa durante las últimas veinticuatro horas, empezando por la que mencionó el señorito.

—¿Crees que era su marido el que llamó? —preguntó Jackson, que miraba a través de la ventanilla.

—Creo que ha tenido que ser algo muy fuerte para dejarla en ese estado. Incluso mientras hablábamos con ella, estaba como perdida. Muy perdida.

—Entonces, ¿ella cree que está muerto?

—Ahora mismo, yo no sacaría conclusiones. —Sawyer encogió los hombros—. La vigilaremos a ver qué pasa. Las tripas me dicen que Sidney Archer resultará ser una de las piezas básicas de este rompecabezas.

—Hablando de tripas, ¿no podríamos parar y comer algo? Estoy muerto de hambre. —Jackson miró los restaurantes a ambos lados de la calle.

—Caray, invito yo, Ray. Lo que quiera mi compañero. —Sawyer sonrió mientras entraba en el aparcamiento de un McDonald's.

Jackson miró a Sawyer con una expresión de disgusto fingido. Después, meneó la cabeza, cogió el teléfono del coche y comenzó a marcar.

El reactor Learjet dejaba una estela de vapor en el cielo. En la lujosa cabina, Philip Goldman, reclinado en su asiento, bebía una taza de té mientras la azafata retiraba la bandeja con los restos de la comida. Sentado frente a Goldman estaba Alan Porcher, el presidente y director ejecutivo del grupo RTG, el consorcio mundial con base en Europa. Porcher, un hombre atlético y bronceado, movía lentamente el vino de la copa que tenía en la mano al tiempo que observaba con atención al abogado.

—Tritón Global afirma tener pruebas concretas de que uno de sus empleados nos entregó unos documentos en una de nuestras instalaciones en Seattle. Supongo que no tardaremos en tener noticias de sus abogados. —Porcher hizo una pausa—. De tu bufete, desde luego; Tylery Stone. Qué gracia, ¿no?

Goldman dejó la taza de té y cruzó las manos sobre su regazo.

—¿Y eso te preocupa?

—¿Por qué no iba a hacerlo? —Porcher pareció sorprendido.

—Porque con respecto a esa acusación, tú no eres culpable —con testó el otro, sencillamente—. Qué gracia, ¿no?

—Sin embargo, me han contado algunas cosas sobre las negociaciones con CyberCom que me preocupan, Philip.

Goldman suspiró y se corrió hacia delante en el asiento.

—¿Cuáles?

—Que quizá la compra de CyberCom se cierre mucho antes de lo que creíamos. Que tal vez no nos enteremos de la última oferta de Tritón. Cuando hagamos nuestra oferta, debo tener la seguridad de que será aceptada. No podré hacer una segunda oferta. Tal como están las cosas, supongo que CyberCom se inclinará por la oferta norteamericana —explicó el presidente de RTG.

Goldman ladeó un poco la cabeza mientras reflexionaba en las palabras de Porcher.

—No estoy tan seguro. Internet no tiene unas fronteras geopolíticas. Por lo tanto, ¿quién puede decir que la dominación no ocurrirá al otro lado del Atlántico?

Porcher bebió un trago de vino antes de replicar a este planteamiento.

—No; si las condiciones son iguales, el pacto acabará en Estados Unidos. Por lo tanto, debemos asegurarnos de que las condiciones sean claramente desiguales —afirmó Porcher, con una mirada dura.

Goldman se tomó un momento para limpiarse los labios con el pañuelo.

—Dime, ¿quién te ha suministrado esta información?

—Son cosas que trae el viento —replicó Porcher, con un ademán.

—No creo en vientos. Creo en los hechos. Y según los hechos, conocemos la última posición negociadora de Tritón. Hasta la última coma.

—Sí, pero Brophy ya no está en el ajo. No me sirven las noticias viejas.

—Claro que no. Como te he dicho, estoy muy cerca de resolver ese problema.

Cuando lo haga, y lo haré, Tritón quedará fuera de juego y tú cerrarás la compra que te dará el dominio de las autopistas de la información.

—Sabes, Philip, a menudo me pregunto cuáles son tus razones en este asunto —comentó Porcher con una mirada intencionada—. Si, como espero y tú no dejas de prometer, compramos CyberCom, sin duda Tritón estará muy disgustada con tu bufete. Quizá se vayan a otra parte.

—Dios te oiga. —En el rostro del abogado apareció una expresión de añoranza mientras pensaba en esa posibilidad.

—Creo que me he perdido.

—Tritón Global es el cliente más importante de Tylery Stone —respondió Goldman con un tono pedante—. Tritón Global es el cliente de Henry Wharton. Por esa razón, Henry es el socio gerente. Si Tritón deja a la firma, ¿quién crees tú que será el socio que aportará al mejor cliente y, por lo tanto, será el sucesor de Wharton en el cargo?

—Y espero —manifestó Porcher, que señaló a Goldman— que en ese caso, los asuntos de RTG reciban la máxima atención por parte de la firma.

—Creo que eso te lo puedo prometer.

Porcher dejó a un lado la copa de vino y encendió un cigarrillo.

—Ahora dime cómo piensas resolver el problema.

—¿Te interesa realmente el método, o solo los resultados?

—Deslúmbreme con tu brillantez. Recuerdo que es algo que te hace disfrutar. Pero no te muestres demasiado profesional. Hace muchos años que salí de la universidad.

Goldman enarcó las cejas al escuchar el comentario de Porcher.

—Al parecer, me conoces muy bien.

—Eres uno de los pocos abogados que conozco que piensa como un empresario. Ganar es lo más importante. Que le den por el culo a la ley.

Goldman aceptó uno de los cigarrillos que le ofreció Porcher.

—Se acaba de producir un acontecimiento que nos da una oportunidad de oro, una información casi en tiempo real sobre la última propuesta de Tritón en las negociaciones. Sabremos cuál es la mejor y última oferta de Tritón incluso antes de que tenga la ocasión de comunicársela a CyberCom. Entonces, llegaremos nosotros unas horas antes, presentaremos nuestra oferta y esperaremos a que Tritón presente la suya. CyberCom la rechazará y tú serás el orgulloso propietario de una nueva y preciada joya para tu vasto imperio.

Porcher se quitó el cigarrillo de los labios y miró asombrado a su compañero.

—¿Puedes hacerlo?

—Sí.

Lee, te lo advierto, a veces es un poco duro, pero es su personalidad —dijo Frank Hardy, y miró a Sawyer, mientras caminaban por un largo pasillo después de salir del ascensor en el último piso del edificio de Tritón.

—Lo trataré con cuidado, te lo prometo, Frank. No acostumbro a ponerme guantes ingleses cuando trato con las víctimas.

Mientras caminaban, Sawyer analizó los resultados de las investigaciones hechas sobre Jason Archer en el aeropuerto. Sus hombres habían encontrado a dos trabajadores del aeropuerto que habían reconocido la foto de Jason Archer. Uno era el empleado de Western Airlines que había consignado su equipaje la mañana del diecisiete. El otro era un empleado de la limpieza que se había fijado en Jason cuando estaba sentado leyendo el periódico. Lo recordaba porque Jason no se había desprendido del maletín ni siquiera mientras leía el periódico o bebía el café. Jason había ido a los lavabos, pero el empleado no lo vio salir porque se había marchado a otra parte.

Los agentes no habían podido interrogar a la joven que había recogido las tarjetas de embarque, porque había sido una de las azafatas del trágico vuelo 3223. Muchas personas recordaban haber visto a Arthur Lieberman. Era uno de los pasajeros habituales en Dulles desde hacía muchos años. En resumen, información de poca utilidad.

Sawyer miró la espalda de Hardy; su amigo ahora caminaba deprisa por la gruesa y mullida moqueta. Entrar en el cuartel general del gigante tecnológico no había sido fácil. Los guardias de seguridad de Tritón se habían mostrado tan estrictos que incluso habían pretendido llamar al FBI para verificar el número de las credenciales de Sawyer. Hardy les había reprochado con tono bastante desabrido aquel trámite innecesario y que el veterano agente especial se merecía un respeto. Sawyer no había pasado nunca por una experiencia semejante y se lo comentó burlón a Hardy.

—Eh, Frank, ¿estos tipos guardan lingotes de oro o uranio aquí dentro?

—Digamos que son un poco paranoicos.

—Estoy impresionado. Por lo general, la gente se mea cuando nos presentamos. Estoy seguro de que se chotean de los inspectores de Hacienda.

—Un antiguo director de Hacienda es el que les lleva los asuntos de impuestos.

—Joder, estos tipos piensan en todo.

Sawyer sintió una vaga inquietud mientras pensaba en su trabajo. La información era la reina en estos tiempos. El acceso a la información estaba gobernado por y a través de los ordenadores. La ventaja del sector privado sobre el gobierno era tan grande que no había manera de reducirla. Incluso el FBI, que dentro del sector público contaba con la tecnología más moderna, estaba muy por debajo de la sofisticación tecnológica de la que disponía Tritón Global. Para Sawyer, esta revelación no era nada agradable. Solo un imbécil no se daría cuenta de que los

delitos informáticos empujarían a todas las otras manifestaciones de la maldad humana, al menos en términos monetarios. Pero el dinero significaba muchísimo. Se traducía en trabajos, hogares y familias felices. O no. Sawyer se detuvo.

—¿Te molestaría decirme cuánto te paga Tritón al año?

—¿Por qué? —replicó Hardy, que se volvió para mirarlo—. ¿Piensas montar tu propio chiringuito e intentar robarme los clientes?

—Eh, solo me interesaba por si algún día me decido a aceptar tu oferta de trabajo.

—¿Lo dices en serio? —Hardy miró al agente con mucha atención.

—A mi edad, uno aprende que no debes decir nunca.

El rostro de Hardy mostró una expresión grave mientras consideraba las palabras de su antiguo compañero.

—Prefiero no entrar en detalles, pero Tritón paga una factura por encima del millón, sin contar el abono al servicio.

Sawyer abrió la boca en una expresión de asombro.

—Caray, supongo que te llevas una buena tajada al final del día, Frank.

—Sí. Y tú también te la llevarías si fueras inteligente y aceptaras mi oferta.

—Vale, solo por curiosidad: ¿cuál sería el salario si me fuera contigo?

—Entre los quinientos y los seiscientos mil dólares el primer año.

Esta vez la boca de Sawyer casi tocó el suelo.

—Venga, Frank, no me jodas.

—Soy muy serio cuando se trata de dinero, Lee. Mientras haya criminales, nunca tendremos un mal año. —Los hombres reanudaron la marcha. Hardy añadió—: Piénsalo de todas maneras, ¿de acuerdo?

Sawyer se rascó la barbilla y pensó en las deudas cada vez mayores, las interminables horas de trabajo y su pequeño despacho en el edificio Hoover.

—Lo haré, Frank. —Decidió cambiar de tema—. ¿Así que Gamble es el tipo que lleva todo el espectáculo?

—De ninguna manera. Desde luego, es el jefe de Tritón, pero el verdadero genio tecnológico es Quentin Rowe.

—¿Cómo es? ¿Un bicho raro?

—Más o menos. Quentin Rowe se graduó como el primero de su promoción en la universidad de Columbia. Ganó no sé cuántos premios en el campo de la tecnología mientras trabajaba en los laboratorios Bell, y después en Intel. Fundó su propia compañía de ordenador a los veintiocho años. Hace tres años era la empresa más avanzada en el campo informático y la más codiciada de la década cuando Gamble la compró. Fue una jugada brillante. Quentin es el visionario de la empresa. Es él quien insiste en la compra de CyberCom. No te diré que él y Gamble sean grandes amigos, pero forman un gran equipo y Gamble le hace caso si las ganancias son buenas. En cualquier caso, no se puede discutir que han tenido éxito.

—Por cierto —dijo Sawyer—, tenemos a Sidney Archer vigilada las veinticuatro horas del día.

—Creo que tu entrevista con ella despertó algunas sospechas.

—Más bien, sí. Pasó algo que la inquietó mucho cuando llegamos allí.

—¿Qué fue?

—Una llamada telefónica.

—¿De quién?

—No lo sé. Rastreamos la llamada. La hicieron desde una cabina pública en Los Ángeles. El que la hizo puede estar en Australia a estas horas.

—¿Crees que fue su marido?

—Nuestra fuente dice que la persona le dio otro nombre al padre de Sidney Archer cuando atendió el teléfono. Y nuestra fuente dice que Sidney Archer parecía como si le hubiesen dado un mazazo en la cabeza después de la llamada.

Hardy utilizó una tarjeta inteligente para abrir la puerta de un ascensor privado. Mientras subían al último piso, Hardy aprovechó la ocasión para arreglarse el nudo de la corbata y quitarse una mota del pelo. El traje de mil dólares le sentaba muy bien. Los gemelos de oro brillaban en los puños de la camisa. Sawyer contempló la figura de su excompañero y después se miró en el espejo. La camisa, aunque limpia y planchada, tenía el cuello rozado, y la corbata era una reliquia de la década pasada. Para colmo, su eterno tupé se destacaba como un pequeño periscopio. Sawyer adoptó un falso tono de seriedad para dirigirse al elegante Hardy.

—Sabes una cosa, Frank, está muy bien que hayas abandonado el FBI.

—¿Qué? —exclamó Hardy, asombrado.

—Eres demasiado elegante para seguir siendo agente del FBI.

Hardy se echó a reír al escuchar la réplica de su amigo.

—Por cierto, el otro día comí con Meggie. Una jovencita muy inteligente, además de bonita. Entrar en la facultad de Derecho de Stanford no es fácil. Llegará muy alto.

—A pesar de su padre, aunque no lo digas.

El ascensor llegó al último piso, se abrieron las puertas y salieron.

—Yo tampoco puedo presumir mucho con mis dos hijos, Lee, y tú lo sabes. No eres el único que se perdió demasiados cumpleaños.

—Creo que te ha ido mejor con los tuyos que a mí.

—¿Sí? Bueno, Stanford no es barato. Piensa en mi oferta. Quizá te ayude a ganar puntos. Ya estamos.

Las puertas de cristal con el emblema del águila se abrieron automáticamente y entraron en la recepción. La secretaria de dirección, una mujer elegante con unos modales corteses y eficientes, anunció su llegada por el intercomunicador. Apretó un botón en el panel instalado en una consola de madera y metal que parecía más una escultura de arte moderno que una mesa escritorio, y les indicó una pared de ébano lacado. Una parte de esta se abrió cuando se acercaron. Sawyer meneó la cabeza asombrado, como ya había hecho muchas veces desde que había entrado en el edificio.

Al cabo de unos momentos se encontraban en una habitación que se podía

describir mejor como un centro de mando, con una pared cubierta de monitores de televisión, teléfonos y otros equipos electrónicos instalados en mesas brillantes y en las otras paredes. El hombre sentado detrás de la mesa colgó el teléfono y se volvió hacia ellos.

—El agente especial, Lee Sawyer, del FBI. Nathan Gamble, presidente de Tritón Global —dijo Hardy, que se encargó de la presentación.

Sawyer notó la fortaleza de Nathan Gamble cuando se dieron la mano. Los dos murmuraron los saludos habituales.

—¿Ya tiene a Archer?

La pregunta pilló a Sawyer cuando estaba sentándose. El tono era claramente el de un superior a su subordinado, y fue más que suficiente para que se le erizaran todos los pelos de la nuca. Sawyer acabó de sentarse y se tomó un momento para observar a su interlocutor antes de responderle. Por el rabillo del ojo, vio la expresión aprensiva de Hardy, que permanecía muy rígido junto a la puerta. Sawyer se tomó unos instantes más para desabrocharse la chaqueta y sacar la libreta antes de mirar otra vez a Gamble.

—Quiero hacerle unas cuantas preguntas, señor Gamble. Espero no robarle demasiado tiempo.

—No ha contestado a mi pregunta. —La voz de Gamble sonó imperiosa.

—No, y no tengo la intención de hacerlo.

Los dos hombres cruzaron sus miradas hasta que Gamble miró a Hardy.

—Señor Gamble —dijo Hardy—. Es una investigación en curso. El FBI no acostumbra a hacer comentarios...

Gamble le interrumpió, impaciente, con un brusco movimiento de la mano.

—Entonces acabemos con esto cuanto antes. Tengo que tomar un avión dentro de una hora.

Sawyer no tenía muy claro qué deseaba más: darle un sopapo a Gamble, o a Hardy por aguantar estas tonterías.

—Señor Gamble, quizá Quentin y Richard Lucas tendrían que participar en esta entrevista.

—Entonces, quizá tendría que haberlo pensado antes de convocar esta reunión, Hardy. —Gamble apretó un botón de la consola—. Que Rowe y Lucas vengan aquí ahora mismo.

Hardy tocó el hombro de Sawyer para llamar su atención.

—Quentin es el jefe de la división donde trabajaba Archer. Lucas es el jefe de seguridad interna.

—Entonces, tienes razón, Frank. Quiero hablar con los dos.

Unos minutos más tarde, se deslizó el tabique y dos hombres entraron en los dominios privados de Nathan Gamble. Sawyer les echó una ojeada y enseguida descubrió quién era cada uno. La expresión severa, la mirada de reproche que dirigió a Hardy y el pequeño bulto junto a la axila izquierda señalaban a Richard Lucas como

el jefe de seguridad de Tritón. El agente calculó que Quentin Rowe tendría unos treinta y tantos años. Rowe sonreía y sus grandes ojos castaños tenían una expresión soñadora. Sawyer decidió que Nathan Gamble no podía haber escogido a un socio más curioso. El grupo se sentó alrededor de una mesa de directorio que ocupaba uno de los rincones de la enorme oficina.

Gamble miró su reloj y después otra vez a Sawyer.

—Le quedan cincuenta minutos y el tiempo sigue corriendo, Sawyer. Espero que me diga algo importante. Sin embargo, siento que me espera una decepción. ¿O me equivoco?

Sawyer se mordió el labio y tensó los músculos, pero se negó a morder el anzuelo. Miró a Lucas.

—¿Cuándo sospechó por primera vez de Archer?

Lucas se movió incómodo en la silla. Era obvio que el jefe de seguridad se sentía humillado por los últimos acontecimientos.

—La primera prueba definitiva fue el vídeo de Archer haciendo la entrega en Seattle.

—¿El que consiguió la gente de Frank?

Miró a Lucas para pedirle la confirmación y el gesto del hombre no pudo ser más expresivo.

—Eso, eso. Aunque ya sospechaba de Archer antes de que grabaran el vídeo.

—¿Ah, sí? —intervino Gamble—. No recuerdo que dijeras nada al respecto. No te pago todo eso dinero para que mantengas la boca cerrada.

Sawyer miró a Lucas. El tipo había dicho demasiado sin tener nada para respaldarlo. Pero el agente estaba obligado a seguir el juego.

—¿Qué sospechas?

Lucas continuaba mirando a su jefe. La feroz reprimenda todavía resonaba en sus oídos. El jefe de seguridad se volvió para mirar a Sawyer con una mirada opaca.

—Quizá sea más una corazonada que otra cosa. Nada concreto en realidad. Solo una intuición. A veces, eso es lo más importante, ya sabe.

—Lo sé.

—Trabajaba mucho. A las horas más insólitas. Su registro de horas de uso del ordenador es una lectura muy interesante, se lo aseguro.

—Yo solo contrato gente dedicada a su trabajo —apuntó Gamble. El ochenta por cien de la gente trabaja entre setenta y cinco a noventa horas a la semana, todas las semanas del año.

—Veo que no saben lo que es estar de brazos cruzados —dijo Sawyer.

—Exijo a mi gente que trabaje duro, pero están bien compensados. Todos los gerentes a partir del nivel superior hasta el nivel ejecutivo de mi compañía son millonarios. Y la mayoría todavía no han cumplido los cuarenta. —Señaló con un gesto a Quentin Rowe—. No le diré cuánto recibió cuando le compré, pero si quisiera adquirir una isla en cualquier parte, construirse una mansión, traer un harén y

disfrutar de un reactor privado, puede hacerlo cuándo quiera sin tener que pedir ni un céntimo y todavía le quedará suficiente dinero para mandar a sus biznietos a la universidad en limusina. Desde luego, no espero que un burócrata federal comprenda los matices de la libre empresa. Le quedan cuarenta y siete minutos.

Sawyer se prometió a sí mismo que nunca más dejaría a Gamble que se saliera con la suya.

—¿Tienes confirmados los detalles de la estafa en el banco? —le preguntó a Hardy.

—Sí. Te pondré en contacto con los agentes que llevan el caso.

Gamble no aguantó más. Descargó un puñetazo sobre la mesa y miró a Sawyer como si fuera él personalmente quien le hubiese estafado el dinero.

—¡Doscientos cincuenta millones de dólares! —Gamble se estremeció, rabioso.

Se produjo un silencio incómodo que Sawyer fue el primero en romper.

—Tengo entendido que Archer hizo instalar algunas medidas de seguridad adicionales en la puerta de su despacho.

—Así es —contestó Lucas, con el rostro pálido.

—Más tarde quiero echar una ojeada a su oficina. ¿Qué hizo instalar?

Todos los presentes miraron a Lucas. A Sawyer le pareció ver el sudor en las palmas de las manos del jefe de seguridad.

—Hace unos meses pidió que le instalaran un teclado numérico y un sistema de entrada de tarjeta inteligente con una alarma conectada a la puerta.

—¿Esto era algo poco habitual o necesario? —preguntó Sawyer. No encontraba una razón para más medidas de seguridad, a la vista de la multitud de controles que había que pasar para entrar en el edificio.

—No creo que fueran necesarios. Tenemos el edificio más seguro de toda la industria. —Lucas se encogió un poco al oír el fuerte gruñido de Gamble—. Pero no diría que es poco habitual; hay otras personas que tienen instalados los mismos equipos en las puertas de sus despachos.

—Estoy seguro de que no se le ha pasado por alto, señor Sawyer —intervino Quentin Rowe—, pero todo el personal de Tritón está muy concienciado con el tema de la seguridad. Se le ha machacado hasta el cansancio que la paranoia es la mejor actitud mental cuando se trata de proteger nuestra tecnología. Frank se encarga de visitar todas las secciones y da conferencias a los empleados sobre el tema. Si alguien tiene un problema o está preocupado, puede hablar con Richard, con alguien de su equipo o con Frank. Mis empleados conocen la ilustre carrera de Frank en el FBI. Estoy convencido de que cualquiera con una preocupación al respecto no tendría ninguna duda en acudir a cualquiera de ellos. Hay empleados que lo han hecho en el pasado, y así se han evitado de raíz bastantes problemas.

Sawyer miró a Hardy, que asintió a las palabras de Rowe.

—Pero han tenido problemas para entrar en su despacho después de su desaparición. Ustedes deben tener un sistema para el caso de los empleados que estén

de baja, se mueran o renuncien.

—Hay un sistema —manifestó Lucas.

—Al parecer, Jason encontró la manera de saltárselo —señaló Rowe con un leve tono de admiración.

—¿Cómo?

Rowe miró al jefe de seguridad y después exhaló un suspiro.

—En cumplimiento con las normas de la compañía, el código de cualquier sistema de seguridad individual colocado en las instalaciones debe ser comunicado al jefe de seguridad —le explicó Rowe—. A Rich. Además, todo el personal de seguridad y los gerentes de sección tienen una tarjeta maestra que permite el acceso a todas las oficinas.

—¿Archer comunicó el código?

—Le dio el código a Rich, pero después programó el teclado de la puerta con un código diferente.

—¿Y nadie se enteró del cambio? —Sawyer miró incrédulo a Lucas.

—No había ningún motivo para creer que había cambiado el código —dijo Rowe—. Durante las horas de oficina, la puerta de Jason casi siempre estaba abierta. Solo Jason tenía una razón para estar allí fuera del horario normal.

—Muy bien. ¿Cómo consiguió Archer la información que, presuntamente, pasó a RTG? ¿Tenía autorización para acceder a ella?

—Al menos a una parte. —Quentin Rowe se movió inquieto en la silla y se pasó una mano por la coleta—. Jason formaba parte del equipo de compra para este proyecto. Sin embargo, había algunas partes, los niveles más altos de la negociación, a los que no tenía acceso alguno. Solo eran conocidos por Nathan, yo mismo y otros tres ejecutivos superiores de la compañía. Aparte de los abogados contratados, desde luego.

—¿Cómo se guardaba la información? ¿Archivadores? ¿Caja fuerte?

Rowe y Lucas intercambiaron una sonrisa.

—Hasta cierto punto tenemos una oficina sin papeles —contestó Rowe—. Todos los documentos claves se guardan en archivos informáticos.

—Supongo que habrá medidas de seguridad para impedir el acceso a esos archivos, ¿no? ¿Una clave?

—Es mucho más que una clave —afirmó Lucas con un tono condescendiente.

—Sin embargo, Archer consiguió entrar, ¿no? —le replicó Sawyer.

Lucas frunció los labios como quien acaba de morder un limón.

—Sí, lo consiguió. —Rowe se limpió las gafas—. ¿Quiere ver cómo?

Los hombres entraron en el pequeño cuarto atiborrado. Richard Lucas apartó unas cuantas cajas que había junto a una pared mientras Rowe, Hardy y Sawyer le miraban. Nathan Gamble se había quedado en su oficina. En cuanto Lucas acabó de apartar las cajas quedó al descubierto un enchufe. Quentin Rowe se acercó al ordenador y levantó los cables.

—Jason conectó con la red local a través de este punto de trabajo.

—¿Por qué no usó el ordenador de su despacho?

Rowe comenzó a menear la cabeza antes de que Sawyer acabara la frase.

—Cuando enciende su ordenador —dijo Lucas—, tiene que pasar por una serie de medidas de seguridad. Estas medidas no solo verifican al usuario, sino que confirman su identidad. Todos los puntos de trabajo tienen un escáner de iris, que graba en vídeo una imagen del iris del usuario. Además, el escáner realiza comprobaciones periódicas del operador para confirmar continuamente la identidad. Si Archer se hubiese levantado de la mesa o alguien se hubiese sentado en su lugar, entonces el sistema se hubiese apagado automáticamente en ese punto de trabajo.

—Lo importante en todo esto es que si Archer hubiese accedido a cualquier archivo desde su propio puesto de trabajo, lo hubiéramos sabido —señaló Rowe.

—¿Cómo es eso?

—Nuestra red tiene un registro de accesos. La mayoría de sistemas tienen una característica de ese tipo. Si el usuario accede a un archivo, ese acceso queda registrado en el sistema. Al utilizar este punto de trabajo —Quentin señaló el viejo ordenador—, que se supone que no está en la red y no tiene asignado un número en el administrador de la red, evitó ese riesgo. A todos los efectos, este es un ordenador fantasma en nuestra red. Quizás utilizó el ordenador de su oficina para ubicar determinados archivos sin acceder a ellos. Pudo hacerlo a placer. Le evitaría pasar más tiempo en este lugar, donde podía ser descubierto.

—Espere un momento. Si Archer no utilizó su propio puesto de trabajo para acceder a los archivos porque lo identificaría y, en cambio, utilizó este otro porque no podía, ¿cómo sabe que Archer accedió a los archivos?

—De la forma más sencilla —intervino Hardy, que señaló el teclado—. Recogimos muchísimas huellas dactilares. Todas de Archer.

Sawyer hizo la pregunta más obvia de todas.

—De acuerdo, pero ¿cómo saben ustedes que este punto de trabajo fue utilizado para acceder a los archivos?

El jefe de seguridad se sentó en una de las cajas.

—Durante un tiempo estuvimos recibiendo entradas no autorizadas en el sistema. Aunque Archer no necesitaba pasar por el proceso de identificación para conectarse a través de esta unidad, dejaría un rastro del acceso a los archivos a menos que borrara el rastro antes de salir del sistema. Es posible hacerlo, aunque arriesgado. En realidad, creo que eso fue lo que hizo. Al menos al principio. Después se volvió descuidado. Pero finalmente dimos con el rastro y, aunque nos llevó tiempo, fuimos estrechando el cerco hasta que llegamos aquí.

—Sabes, es irónico —señaló Hardy con los brazos cruzados sobre el pecho—. Inviertes tiempo, esfuerzos y dinero para asegurar la red contra cualquier filtración. Tienes puertas de acero, guardias de seguridad, equipos de vigilancia electrónica, tarjetas inteligentes, lo que tú quieras, Tritón lo tiene. Y sin embargo... —miró al

techo—. Y sin embargo, tienes paneles desmontables que dejan al descubierto los cables que conectan toda la red, listos para que cualquiera se conecte. —Meneó la cabeza desconsolado y miró a Lucas—. Te advertí que podía pasar.

—Era de la casa —protestó Lucas, acalorado—. Conocía el sistema y se aprovechó del conocimiento para colarse. —Lucas pensó por un momento con expresión agria—. Y en el proceso derribó a un avión lleno de pasajeros. No olvidemos ese pequeño detalle.

Diez minutos más tarde habían vuelto a la oficina de Gamble. El magnate no les miró cuando entraban. Sawyer se sentó en la misma silla de antes.

—¿Alguna novedad por lo que respecta a RTG?

El rostro de Gamble se puso rojo como un tomate al escuchar el nombre de su competidor.

—Nadie me roba y se queda tan tranquilo.

—La vinculación de Jason Archer con RTG no ha sido probada. Hasta ahora solo son conjeturas —replicó Sawyer con voz tranquila.

Gamble alzó la mirada hacia el techo en un gesto teatral.

—¡Fantástico! Ya se puede ir a saltar la comba para conservar su trabajo, que yo me haré cargo del trabajo duro.

Sawyer cerró la libreta y se levantó cuan alto era. Hardy le imitó, e intentó cogerle por la chaqueta, pero su excompañero lo detuvo con una mirada gélida que Hardy le había visto en más de una ocasión. El agente se volvió otra vez para mirar a Gamble.

—Diez minutos, Sawyer. A la vista de que no tiene nada más de que informar, me voy a coger mi avión un poco más temprano.

En el momento en que Gamble pasó junto a él, Sawyer le sujetó del brazo y guio al presidente de Tritón hacia la recepción. Sawyer miró a la secretaria.

—Perdónenos un momento, señora.

La mujer vaciló con la mirada puesta en Gamble.

—¡He dicho perdónenos!

El vozarrón de sargento de Sawyer hizo saltar a la mujer de la silla y salió a toda prisa de la recepción. El agente se volvió hacia el financiero.

—Vamos a aclarar un par de cosas, Gamble. Primero, yo no le doy informes a usted ni a nadie de este lugar. Segundo, a la vista de que al parecer uno de sus empleados conspiró para hacer volar un avión, le haré todas las preguntas que quiera y me importan una mierda sus horarios de viaje. Y si me dice una vez más cuántos minutos me quedan, le arrancaré el maldito reloj de la muñeca y se lo haré tragar. No soy uno de sus criados y nunca, pero nunca más vuelva a hablarme de esa manera. Soy un agente del FBI, y muy bueno. Me han disparado, acuchillado, pateado y mordido algunos hijos de puta que le harían quedar a usted como el mayor mariquita del mundo. Así que si cree que haciéndose el chulo conmigo conseguirá que me mee en los pantalones, nos está haciendo perder el tiempo a todos, incluido usted. Así que

ahora vuelva ahí dentro, siéntese y no me toque más los cojones.

Sawyer dedicó dos horas a la entrevista con Gamble y compañía, pasó media hora en la oficina de Jason Archer, prohibió la entrada a la misma y llamó a un equipo de investigadores para que la revisaran a fondo. Sawyer echó un vistazo al ordenador de Jason, pero sin saber que faltaba algo. Lo único que quedaba del micrófono era una pequeña clavija plateada.

El agente caminó hacia el ascensor en compañía de Hardy.

—Lo ves, Frank, te dije que no te preocuparas. Gamble y yo nos llevamos de maravilla.

Hardy soltó una carcajada al escuchar las palabras de su excompañero.

—Creo que nunca le había visto tan pálido. ¿Qué demonios le dijiste?

—Solo le dije que me parecía un tipo fantástico. Supongo que se sintió un poco avergonzado de mi franca admiración. —Llegaron al ascensor—. Sabes, no he conseguido mucha información. Toda esta charla sobre Archer como autor del crimen del siglo puede ser muy interesante, pero ahora mismo preferiría tenerlo en una celda.

—Les acabas de dar a estos tipos un repaso de padre y señor mío, y desde luego no estaban acostumbrados a la experiencia. Saben lo que pasó y cómo se hizo, pero todo después de que sucedió.

Sawyer se apoyó en la pared y se pasó la mano por la frente.

—¿Te das cuenta de que no hay ninguna prueba que relacione a Archer con el atentado del avión?

—Quizás Archer utilizó a Lieberman para cubrir su rastro, pero tampoco hay ninguna prueba de que lo hiciera. Si es así, Archer es un tipo con mucha suerte por no haber subido a aquel avión.

—En ese caso, algún otro se encargó de derribar aquel avión.

Sawyer estaba a punto de apretar el botón del ascensor cuando Hardy le tocó el brazo.

—Oye, Lee, en mi humilde opinión, no creo que tu mayor problema sea probar que Archer está involucrado en el sabotaje.

—Entonces, ¿cuál es mi gran problema, Frank?

—Encontrarlo.

Hardy se marchó. Mientras Sawyer esperaba el ascensor, oyó una voz que lo llamaba.

—Señor Sawyer, ¿tiene un minuto?

Sawyer dio media vuelta y vio a Quentin Rowe, que venía hacia él.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Rowe?

—Por favor, llámeme Quentin. —Rowe hizo una pausa y miró a un lado y a otro del pasillo—. ¿Le gustaría acompañarme a un breve recorrido por las instalaciones de producción?

—Claro, faltaría más —contestó el agente.

El edificio de quince pisos de Tritón estaba pegado a una construcción de tres plantas que ocupaba una superficie de unas dos hectáreas. Sawyer se enganchó en la solapa el distintivo de visitante en la entrada principal, y siguió a Quentin Rowe a través de una serie de controles de seguridad. Al parecer, Rowe era muy conocido y apreciado, porque no dejaba de recibir cordiales saludos de las personas con las que se cruzaban. Se detuvieron para contemplar a través de una pared de cristal, a un grupo de técnicos de laboratorio que trabajaban con batas blancas, guantes y mascarillas.

—Vaya, esto se parece más a un quirófano que a una fábrica.

—En realidad —dijo Rowe, con una sonrisa—, esta sala está mucho más limpia que el quirófano de cualquier hospital. —Miró divertido la expresión de sorpresa del agente—. Estos técnicos están probando una nueva generación de chips. El entorno debe ser completamente estéril, sin nada de polvo. Cuando estos prototipos sean operativos, podrán transmitir dos TIPS.

—Caray —exclamó Sawyer, distraído, sin tener la menor idea del significado de las siglas.

—Eso significa dos trillones de instrucciones por segundo.

Sawyer miró a su acompañante boquiabierto.

—¿Qué coño necesita moverse tan rápido?

—Se quedaría sorprendido. Una lista interminable de aplicaciones de ingeniería. El diseño por ordenador de coches, aviones, barcos, lanzaderas espaciales, edificios, procesos de fabricación de todo tipo. Mercados financieros, operaciones bursátiles. Piense en una compañía como la General Motors: millones de piezas de inventario, centenares de miles de empleados, miles de locales. Todo suma. Les ayudamos a realizar su trabajo con mayor eficacia. —Señaló otro sector de la zona de producción—. Allí están probando una nueva línea de discos duros. Serán mucho más potentes y eficaces cuando salgan al mercado el año que viene. Sin embargo, dentro de dos serán obsoletos. —Miró a Sawyer—. ¿Qué sistema utiliza en el trabajo?

Sawyer se metió las manos en los bolsillos.

—Quizá no haya oído hablar de él: Smith Corona.

—¿Me toma el pelo? —replicó Rowe, asombrado.

—Si le pone una cinta nueva, va de coña —dijo Sawyer a la defensiva.

—Un consejo de amigo. Cualquiera que no sepa utilizar un ordenador en los años venideros no podrá funcionar en sociedad. No se asuste. Los sistemas actuales no solo son amigos del usuario, son amigos de los idiotas, y no se ofenda.

—Los ordenadores son cada vez más rápidos. Eso del Internet, sea lo que sea, crece como un loco las redes informáticas, los buscapersonas, los teléfonos móviles, los faxes... ¿Cuándo se acabará?

—Ya que es mi negocio, espero que nunca se acabe.

—A veces los cambios ocurren demasiado deprisa.

—Este cambio no será nada comparado con el que veremos dentro de cinco años. Estamos a las puertas de una renovación tecnológica que hubiese parecido impensable diez años atrás. —Los ojos de Rowe brillaron—. Lo que hoy conocemos como Internet será dentro de poco algo soso y aburrido. Tritón Global será el responsable de gran parte del cambio. De hecho, si las cosas salen correctamente, estaremos a la cabeza del cambio. La educación, la medicina, el trabajo, los viajes, los entretenimientos, nuestros hábitos de comida, de relación, de consumo y de producción, todo lo que los seres humanos hacen será transformado. La pobreza, los prejuicios, los crímenes, las injusticias, las enfermedades desaparecerán aplastadas por el peso de la información, del descubrimiento. Se acabará la ignorancia. El conocimiento almacenado en miles de bibliotecas, la suma del conocimiento humano, será accesible a cualquiera. Al final, el mundo de los ordenadores tal como lo conocemos en la actualidad se transformará en una red global interactiva de un potencial ilimitado. —Se acomodó las gafas—. Todo el conocimiento del mundo, la solución a cualquier problema, estará a su disposición con solo tocar una tecla. Es el siguiente paso natural.

—¿Una persona podrá conseguir todo eso de un ordenador? —El tono del agente era escéptico.

—¿No le parece una visión conmovedora?

—Me causa pavor.

—¿Cómo es posible que le dé tanto miedo? —preguntó Rowe, incrédulo.

—Quizá me he vuelto un poco cínico después de veinticinco años de trabajar en lo que trabajo para ganarme la vida. Pero usted me dice que un tipo puede conseguir toda esa información y ¿sabe qué es lo primero que se me ocurre?

—No, ¿qué?

—¿Qué pasará si el tipo es malo? —Rowe no reaccionó—. ¿Qué pasará si aprieta una tecla y borra todo el conocimiento del mundo? —El agente chasqueó los dedos—. ¿Lo destruye todo? O sencillamente estropea el invento. Entonces ¿qué demonios haremos?

—Los beneficios de la tecnología superan con mucho cualquier riesgo potencial. Quizá no esté de acuerdo conmigo, pero los años venideros me darán la razón.

Sawyer se rascó la coronilla.

—Supongo que es demasiado joven para saberlo, pero allá en los cincuenta, nadie creía que las drogas ilegales llegarían a ser un problema grave.

Los dos hombres continuaron la visita.

—Tenemos otras cinco instalaciones como estas por todo el país.

—Debe ser bastante caro.

—Desde luego. Gastamos más de diez mil millones de dólares al año en investigación y desarrollo.

—Habla de cifras que ni siquiera puedo imaginar. Claro que solo soy un burócrata

que se pasa el día rascándose la nariz a costa del erario público.

—A Nathan Gamble le encanta criticar a la gente —señaló Rowe, sonriente—. Creo que con usted se llevó una sorpresa. Por razones obvias, no aplaudí su actitud, pero consideraré seriamente que se merecía una ovación.

—Hardy me dijo que tenía usted su propia compañía, y que era de primera fila. Si no le molesta que le pregunte, ¿cómo es que se asoció con Gamble?

—Dinero. —Rowe hizo un gesto que abarcó el recinto donde estaban—. Esto cuesta miles de millones de dólares. A mi compañía le iba bien, pero había montones de compañías a las que les iba bien en la bolsa. Lo que la gente no parece entender es que si bien el precio de las acciones de mi compañía pasaron a valer de los diecinueve dólares la acción el día que salieron al mercado a los ciento sesenta dólares seis meses después, nosotros no vimos ni un duro. El dinero fue para la gente que compró las acciones.

—Pero usted tendría un buen paquete.

—Sí, pero siendo las leyes de valores lo que son, y los fondos de garantía, no podía vender ni una. Sobre el papel era una fortuna. Sin embargo, la empresa tenía que luchar para salir adelante. Las inversiones en investigación y desarrollo nos estaban comiendo vivos, no teníamos ganancias —explicó Rowe con tono amargo.

—¿Y entonces apareció Nathan Gamble?

—En realidad era uno de los primeros accionistas que tuvo la compañía, antes de que cotizáramos en bolsa. Nos aportó parte del capital inicial. También nos dio algo más que no teníamos y que necesitábamos con desesperación: credibilidad en Wall Street, en el mercado de capitales. Un sólido respaldo empresarial. La capacidad demostrada para hacer dinero. Cuando mi compañía salió al mercado, él conservó sus acciones. Más tarde, Gamble y yo discutimos el futuro y decidimos que la compañía se retirara de la bolsa.

—¿Una decisión acertada?

—Desde el punto de vista financiero, una decisión excelente.

—Pero el dinero no lo es todo, ¿no es así, Quentin?

—A veces lo pienso.

Sawyer se apoyó en la pared, cruzó los musculosos brazos sobre el pecho y miró a Rowe.

—La visita es muy interesante, pero supongo que no esto lo único que tenía en mente.

—No. —Rowe metió su tarjeta inteligente en un lector instalado en una puerta y le indicó a Sawyer que pasara. Se sentaron a ambos lados de una pequeña mesa. Rowe guardó silencio durante unos instantes para ordenar sus pensamientos.

—Sabe, si usted me hubiese preguntado antes de que ocurriera todo esto de quién sospechaba que nos estuviera robando, nunca se me hubiera ocurrido mencionar a Jason Archer.

Rowe se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo que sacó del bolsillo de la

camisa.

—¿Así que confiaba en él?

—Totalmente.

—¿Y ahora?

—Ahora creo que estaba equivocado. Me siento traicionado. Es algo que no esperaba.

—Comprendo que se sienta así. ¿Cree que alguien más de la compañía pueda estar involucrado?

—Por Dios, espero que no. —Rowe pareció asustado por la pregunta—. Preferiría creer que fue Jason por su cuenta y riesgo o un competidor que trabajaba con él. Para mí tendría mucho más sentido. Además, Jason sabía cómo entrar en los ordenadores del BankTrust. Después de todo, no es muy difícil.

—Parece hablar con experiencia.

—Digamos que tengo una curiosidad insaciable —replicó Rowe con el rostro rojo como un tomate—. Curiosear por las bases de datos era mi pasatiempo favorito cuando estaba en la universidad. Mis compañeros y yo nos divertíamos muchísimo, aunque las autoridades locales protestaron en más de una ocasión. Sin embargo, nunca robamos nada. Incluso he enseñado a técnicos de la policía los métodos para detectar y prevenir los delitos informáticos.

—¿Algunos de esos técnicos trabajan ahora en el cuerpo de seguridad de la compañía?

—¿Se refiere a Richard Lucas? No, siempre ha trabajado para Gamble desde hace no sé cuánto tiempo. Es muy bueno en su trabajo, aunque no resulte una compañía agradable. Pero, claro, su trabajo no implica ser agradable.

—Sin embargo, Archer lo engañó.

—Nos engañó a todos. Desde luego, soy el menos indicado para señalar a nadie.

—Ahora que ya ha pasado todo, ¿observó algo en Jason Archer que pareciera sospechoso?

—Muchas cosas parecen distintas en retrospectiva. Lo sé mejor que la mayoría. Lo estuve pensando y sí que Jason pareció demostrar un gran interés en las negociaciones con CyberCom.

—Él trabajaba en el equipo.

—No me refiero solo a eso. Incluso hacía muchas preguntas sobre partes de las negociaciones en las que no estaba involucrado.

—¿Qué clase de preguntas?

—Si yo creía que las condiciones eran justas. Si creía que el trato acabaría por formalizarse. Cuál sería su posición cuando se realizara la compra. Ese tipo de cosas.

—¿Alguna vez le preguntó sobre algún archivo confidencial de las negociaciones que usted tuviera en su poder?

—No, directamente no.

—Por lo que parece, obtenía todo lo que necesitaba del sistema informático, ¿no?

—Es lo que parece.

Los dos hombres permanecieron en silencio durante unos instantes.

—¿Tiene alguna sospecha sobre el lugar donde podría estar?

—Fui a visitar a su esposa, Sidney —respondió Rowe.

—Nos conocemos.

—Resulta difícil de creer que un buen día se levantara para dejar a su familia de esa manera. También tiene una hija. Una niña preciosa.

—Quizá no pensaba dejarlas.

Rowe le miró intrigado.

—¿Qué quiere decir?

—Que quizá pretende venir a buscarlas.

—Es un fugitivo de la justicia. ¿Por qué iba a volver? Además, Sidney no se iría con él.

—¿Por qué no?

—Porque él es un criminal, y ella es abogada.

—Quizá le sorprenda, Quentin, pero algunos abogados no son honestos.

—¿Está diciendo... sospecha que Sidney Archer está involucrada en todo este asunto?

—Lo que digo es que no la descarto a ella ni a nadie como presunto sospechoso. Ella es abogada de Tritón. Trabaja en las negociaciones con CyberCom. A mí me parece una posición perfecta para robar secretos y venderlos a RTG. ¿Quién demonios lo sabe? Es algo que pretendo descubrir.

Rowe volvió a colocarse las gafas y se frotó las manos, nervioso.

—Resulta muy difícil creer que Sidney pueda estar involucrada. —El tono de Rowe desmentía la convicción de sus palabras.

—Quentin, ¿quiere decirme algo más? —preguntó el agente, que miró al joven con mucha atención—. ¿Quizás algo sobre Sidney Archer?

Rowe acabó por exhalar un suspiro y se decidió a mirar al agente.

—Estoy convencido de que Sidney estuvo en la oficina de su marido después del atentado contra el avión.

—¿Qué pruebas tiene?

—La noche anterior al supuesto viaje de Jason a Los Ángeles, él y yo estuvimos trabajando en un proyecto hasta tarde en su oficina. Salimos juntos. Él cerró la puerta. La oficina permaneció cerrada desde aquel momento hasta que vinieron los técnicos de la empresa instaladora para desactivar la alarma y quitar la puerta.

—¿Y?

—Cuando entramos en la oficina, advertí de inmediato que el micrófono del ordenador de Jason estaba casi doblado en dos. Como si alguien le hubiese dado un golpe y después intentara arreglarlo.

—¿Y por qué cree que fue Sidney Archer? Quizá Jason regresó más tarde aquella misma noche.

—Si lo hubiese hecho estaría registrado por partida doble: el sistema de vigilancia electrónica y el guardia de seguridad en el piso. —Rowe hizo una pausa mientras recordaba la noche de la visita de Sidney. Por fin, levantó las manos en un gesto muy expresivo—. No sé cómo explicarlo. Ella estaba husmeando. Me dijo que no había entrado en la zona de acceso restringido, y sin embargo, estoy seguro de lo contrario. Creo que el guardia mintió para favorecerla. Y Sidney me contó una historia sobre que había quedado con la secretaria de Jason para que le devolviera algunos objetos personales de su marido.

—¿No le pareció plausible?

—Me lo hubiese parecido, pero le pregunté a Kay Vincent si había hablado con Sidney, y me respondió que había hablado con ella, desde su casa, la misma noche en que Sidney fue a la oficina. Sabía que Kay no estaba allí.

Sawyer se balanceó en la silla atento a las palabras de Rowe.

—Hace falta una tarjeta inteligente especial incluso para comenzar el proceso de desactivación en la puerta de la oficina —añadió Quentin—. Además, hay que saber la contraseña de cuatro dígitos porque si no la alarma se dispara. Eso fue lo que ocurrió cuando intentamos entrar en la oficina. Entonces descubrimos que Jason había cambiado la contraseña. Incluso consideré la posibilidad de intentarlo la noche que apareció Sidney, pero sabía que era inútil. Tenía una tarjeta maestra, pero sin la contraseña, la alarma se hubiese disparado de todas maneras. —Hizo una pausa para coger aliento—. Sidney pudo tener acceso a la tarjeta inteligente de Jason y quizás él le comunicó la contraseña. Me parece imposible decir esto: ella está complicada en algo, pero no sé en qué.

—Acabo de estar en la oficina de Archer y no vi ningún micrófono. ¿Cómo era?

—De unos doce centímetros de largo, del grosor de un lápiz, con el micro en un extremo. Estaba montado en la parte inferior izquierda de la unidad central. Es para las órdenes activadas con la voz. Acabarán por sustituir al teclado. Es una bendición para las personas que no saben teclear.

—No vi nada parecido.

—Es probable. Lo habrán retirado porque estaba inservible.

Sawyer se tomó unos minutos para tomar unas cuantas notas y hacer algunas preguntas aclaratorias. Después Rowe le acompañó hasta la salida.

—Si recuerda alguna cosa más, Quentin, por favor, avísame. —Le entregó una de sus tarjetas.

—Ojalá pudiera saber qué demonios está pasando, agente Sawyer. Como si no tuviera bastante con CyberCom, solo me faltaba esto.

—Estoy haciendo todo lo que puedo, Quentin. Cruce los dedos.

Rowe volvió a entrar en el edificio, con la tarjeta de Sawyer en la mano. El agente caminó hacia el coche; desde el interior le llegaba el sonido del timbre del teléfono móvil.

—Tenías razón —le dijo Ray Jackson cuando atendió la llamada. La voz de su

compañero sonaba agitada.

—¿Tenía razón en qué?

—Sidney Archer se ha puesto en marcha.

Dos coches del FBI seguían al taxi que les precedía unos cincuenta metros. Otros dos coches con agentes circulaban por calles paralelas preparados para reemplazar a los dos primeros en puntos estratégicos para no despertar las sospechas de la persona a la que seguían. Sidney Archer, que era la persona en cuestión, se apartó el pelo de los ojos, inspiró con fuerza y miró la calle a través de la ventanilla mientras repasaba otra vez los detalles del viaje. Se preguntó si esto no era cambiar una pesadilla por otra.

—Regresó a la casa después del funeral, estuvo allí unos minutos y después vino un taxi a recogerla. Por el rumbo que lleva el taxi diría que va al aeropuerto Dulles —dijo Ray Jackson por el teléfono—. Hizo una parada. En un banco. Supongo que para sacar dinero.

Lee Sawyer mantuvo el teléfono bien apretado contra la oreja mientras intentaba encontrar un hueco en el tráfico.

—¿Dónde estás ahora?

Jackson le comunicó su posición.

—No tendrás problemas para alcanzarnos, Lee. Nos movemos a paso de tortuga. Sawyer comenzó a mirar las calles transversales.

—Estaré contigo dentro de unos diez minutos. ¿Cuántas maletas lleva?

—Una maleta mediana.

—Un viaje corto.

—Probablemente. —Jackson miró al taxi—. ¡Mierda!

—¿Qué? —gritó Sawyer.

Jackson, desconsolado, miraba el taxi que se había detenido bruscamente delante de la boca del metro de Vienna.

—Al parecer, la señora ha hecho un cambio en los planes de viaje. Tomará el metro. —Jackson observó a Sidney Archer bajar del taxi.

—Manda a un par de tipos allí ahora mismo, Ray.

—De acuerdo. Eso ya está hecho.

Sawyer encendió las luces azules y rodeó los coches atascados. Cuando volvió a sonar el teléfono, lo cogió en el acto.

—Háblame, Ray, que sean buenas noticias.

—Vale, tenemos a dos tipos con ella. —La respiración de Jackson parecía haber recuperado la normalidad.

—Estoy a un minuto de la estación. ¿En qué dirección va? Espera un momento. Vienna es el final de la línea naranja. Tiene que ir hacia la ciudad.

—Quizá, Lee, a menos que pretenda engañarnos y coja otro taxi al salir de la estación. Dulles está en la otra dirección. Además, tenemos un problema potencial con nuestras líneas de comunicación. Los radiotransmisores no funcionan muy bien en el metro. Si cambia de trenes en el metro y nuestros tipos la pierden, se nos

escapará.

Sawyer pensó un momento en el problema.

—¿Se llevó la maleta con ella, Ray?

—¿Qué? Maldita sea. No, no lo hizo.

—Mantén dos coches pegados a ese taxi, Ray. Dudo mucho que la señora Archer se deje las bragas limpias y el maquillaje.

—Yo seguiré al taxi. ¿Quieres acompañarme?

Sawyer estaba a punto de asentir, pero entonces cambió bruscamente de opinión. Se saltó un semáforo en rojo.

—Sigue al taxi, Ray. Yo voy a cubrir otro ángulo. Llámame cada cinco minutos y recemos para que no nos dé esquinazo.

Sawyer realizó una vuelta en «U» y se dirigió a gran velocidad en dirección este.

Sidney se bajó del tren en la estación de Rosslyn y se metió en el metro de la línea azul en dirección sur. En la estación del Pentágono, se apearon un millar de personas. Sidney se había quitado el abrigo blanco y ahora lo llevaba colgado del brazo. No quería destacar en la muchedumbre. El suéter azul que llevaba se perdió en el acto entre las numerosas personas que vestían prendas del mismo color.

Los dos agentes del FBI se abrieron paso casi a empujones entre la multitud mientras intentaban localizar desesperados a Sidney Archer. Ninguno de los dos advirtió que Sidney había vuelto a subir al mismo tren unos cuantos vagones más allá. Sidney continuó su viaje hacia el aeropuerto. Miró a los otros pasajeros, pero no vio a nadie que le resultase sospechoso.

Sawyer detuvo el coche delante de la terminal principal del aeropuerto, le mostró sus credenciales a uno de los encargados del aparcamiento, que le miró atónito y corrió al interior del edificio. En unos segundos acabó la carrera y aflojó los hombros, frustrado al ver la masa humana que tenía delante. «¡Mierda!». Al segundo siguiente, se aplastó contra la pared cuando Sidney Archer pasó a menos de tres metros de él.

Le dio unos cuantos pasos de ventaja y comenzó a seguirla. La persecución acabó en la cola delante del mostrador de United Airlines. Fuera de la vista de Sawyer y Sidney, Paul Brophy arrastraba el carrito de equipaje hacia la puerta de embarque de American Airlines. En un bolsillo de la chaqueta llevaba todo el itinerario de viaje de Sidney, que había obtenido gracias a la conversación telefónica con Jason. Siguió su camino sin prisa; se lo podía permitir. Incluso tendría tiempo para llamar a Goldman.

Después de cuarenta y cinco minutos de cola, Sidney recibió el billete y la tarjeta de embarque. Sawyer, que la vigilaba a distancia, se fijó en el grueso fajo de billetes que sacó para pagar. En cuanto la mujer desapareció de la vista, Sawyer se adelantó sin hacer caso de la cola, con la credencial del FBI en alto para acallar las protestas de los pasajeros.

La empleada miró la placa y después al agente.

—La mujer a la que le acaba de vender un billete, Sidney Archer. Alta, rubia, guapa, vestida de azul y con un abrigo blanco colgado del brazo —añadió Sawyer por

las dudas de que su presa hubiese utilizado un alias—. ¿Cuál es su vuelo? Rápido.

La empleada permaneció inmóvil durante un segundo, y después comenzó a apretar las teclas del ordenador.

—Vuelo 715 a Nueva Orleans. Sale dentro de veinte minutos.

—¿Nueva Orleans? —murmuró Sawyer. Ahora lamentaba haberse entrevistado personalmente con Sidney Archer. Ella le reconocería en el acto. Pero no había tiempo para llamar a otro agente—. ¿Cuál es la puerta de embarque?

—La once.

—¿Qué asiento tiene?

—Veintisiete C —respondió la joven después de mirar la pantalla.

—¿Hay algún problema? —preguntó la supervisora que se había acercado a ver el motivo de la demora en la atención a los otros pasajeros.

Sawyer le mostró sus credenciales y le explicó rápidamente cuál era la situación. La supervisora cogió el teléfono y avisó a la puerta de embarque y al control de seguridad, que, a su vez, informaría a la tripulación. La última cosa que deseaba Sawyer era que alguien viera su arma durante el viaje con el resultado de que la policía de Nueva Orleans le estuviera esperando al desembarcar del avión.

Unos minutos más tarde, Sawyer, con un sombrero viejo que había tomado prestado de un guardia de seguridad y el cuello de la chaqueta vuelto hacia arriba, caminaba a toda prisa por el enorme vestíbulo de la terminal, seguido por un oficial de seguridad de la compañía aérea. Le escoltaron a través de los detectores de metales mientras él buscaba a Sidney entre la multitud. La vio entre los pasajeros que hacían la cola para embarcar. De inmediato le volvió la espalda. Esperó hasta que el último pasajero estuvo a bordo y entonces cruzó la pasarela. Se instaló en un asiento de primera clase, uno de los pocos disponibles en el avión lleno, y se permitió una sonrisa. Nunca había tenido la ocasión de viajar rodeado de tanto lujo. Buscó en el billeteo la tarjeta de teléfonos. Encontró la tarjeta de Sidney. Figuraban los números del teléfono directo del despacho, del busca, del fax y del teléfono móvil. Así era el sector privado. Necesitaban tener localizada a la gente a toda hora. Cogió el teléfono del avión y metió la tarjeta en la ranura.

El vuelo a Nueva Orleans era directo, y dos horas y media más tarde el reactor aterrizó en el aeropuerto internacional de la ciudad. Sidney Archer no se había movido de su asiento en todo el vuelo, algo que Lee Sawyer agradeció de todo corazón. Había hecho varias llamadas y su equipo ya estaba preparado. En cuanto se abrió la escotilla, Sawyer fue el primero en salir.

Sidney salió del aeropuerto. Hacía una noche cálida y la joven no se fijó en el coche negro con los cristales oscuros aparcado al otro lado de la estrecha carretera ocupada por la hilera de taxis. Subió a un Cadillac gris destartado con el cartel de Cajún Cab Company pintado en un lado del mismo, se aflojó el cuello de la camisa y se secó unas gotas de sudor de la frente.

—Por favor, al Lafitte Guest House, en Bourbon Street.

El coche negro esperó un momento a que el taxi se apartara de la acera y después arrancó. En el interior, Sawyer informó de la situación a los demás agentes, sin apartar la mirada ni un momento del Cadillac destartado.

Sidney miraba ansiosa por la ventanilla del taxi. Salieron de la autopista y se dirigieron al Vieux Carré. A lo lejos, el perfil urbano resplandecía contra el cielo oscuro. La inmensa mole del Superdome destacaba sobre todos los demás edificios.

Bourbon Street era angosta y estaba flanqueada por edificios de aspecto chillón que, al menos para las normas americanas, pertenecían al «viejo» barrio francés. En esta época del año, las treinta y seis manzanas del barrio estaban relativamente tranquilas, aunque el olor a cerveza predominaba por doquier. Los turistas que paseaban por las aceras llevaban jarras de cerveza que bebían mientras caminaban. Sidney se apeó del taxi delante de la puerta del Lafitte Guest House. Echó una rápida ojeada a ambos lados y después entró en el hotel.

En el interior olía a muebles y objetos antiguos. A la izquierda había un salón grande, decorado con buen gusto. El recepcionista enarcó un tanto las cejas al ver que Sidney no traía equipaje, pero asintió con una sonrisa cuando ella le explicó que se lo traerían más tarde. Le dieron a elegir entre subir en el pequeño ascensor o por las escaleras, y optó por estas últimas. Subió los dos pisos con la llave en la mano. Su habitación tenía una cama con cuatro postes, una mesa escritorio, bibliotecas en tres de las paredes y un sofá de estilo Victoriano.

En el exterior, el coche negro aparcó en una callejuela media manzana más allá del hotel. Un hombre vestido con pantalón vaquero y un anorak se bajó del coche, caminó hasta el hotel y entró en el edificio. Al cabo de cinco minutos estaba otra vez en el coche.

—¿Qué pasa allí dentro? —preguntó Sawyer.

El hombre se desabrochó el anorak y dejó a la vista la pistola metida en la pretina del pantalón.

—Sidney Archer ha alquilado una habitación para dos días. La habitación está en el segundo piso, directamente en frente del rellano. Dijo que el equipaje llegaría más tarde.

El conductor miró a Sawyer, que ocupaba el asiento del pasajero.

—¿Crees que ha venido a encontrarse con Jason Archer? —le preguntó.

—Digamos que me sorprendería mucho que hubiese venido hasta aquí solo para relajarse y pasear un poco.

—¿Qué quieres que hagamos?

—Vigilaremos este lugar con discreción. En cuanto Jason Archer aparezca lo detenemos. Mientras tanto, a ver si podemos meter el equipo de vigilancia en la habitación contigua a la suya. Después encárgate de pincharle el teléfono. Utiliza un equipo mixto para que los Archer no sospechen. Sidney Archer no es una persona a la que se pueda subestimar. —El tono de Sawyer reflejaba una admiración forzada. Miró a través de la ventanilla—. Salgamos de aquí. No quiero darle a Jason Archer

ningún motivo para no presentarse.

El coche salió lentamente del callejón.

Sidney Archer se sentó en una silla junto a la cama y contempló a través de la ventana que daba a uno de los balcones laterales del edificio. Esperaba a su marido. Cuando no pudo aguantar más, se levantó para pasearse arriba y abajo. Creía haber despistado a los agentes del FBI en el metro pero no estaba completamente segura. ¿Y si la habían seguido? Tembló. Desde aquella llamada telefónica su vida había sufrido un segundo cataclismo. Tenía la sensación de que unas paredes invisibles la encajonaban.

Sin embargo, las instrucciones de Jason habían sido muy explícitas y estaba dispuesta a seguirlas al pie de la letra. Creía firmemente que su marido no había hecho nada malo, algo que él le había corroborado. Necesitaba su ayuda; por ese motivo había tomado un avión y ahora se paseaba por un cuarto de hotel en la ciudad más famosa de Luisiana. Todavía tenía fe en su marido, a pesar de unos acontecimientos que muy a su pesar habían sacudido esa confianza, pero nada que no fuera la muerte podría impedir que lo ayudara. ¿La muerte? Su marido ya había escapado de sus tentáculos en una ocasión. Por el sonido de su voz, ella tenía algunas dudas sobre su seguridad actual. Él no había podido darle más detalles. Al menos, no por teléfono; había dicho que se los daría personalmente. Ella deseaba tanto verle, tocarlo, confirmar que no era una aparición...

Volvió a sentarse en la silla y a mirar por la ventana abierta. Una ligera brisa ayudaba a disipar la humedad. No oyó a la pareja joven, cortesía de la oficina del FBI en Nueva Orleans, que se instalaron en el cuarto contiguo. Mientras los vecinos le pinchaban la línea del teléfono e instalaban los equipos que les permitirían grabar todos los sonidos de su habitación, Sidney se quedó dormida en la silla alrededor de la una de la mañana. Jason Archer todavía no había llegado.

La casa estaba a oscuras. La capa de nieve fresca brillaba a la luz de la luna llena. La figura salió del bosque y se aproximó a la casa por la parte trasera. En cuestión de segundos la puerta de atrás y la vieja cerradura sucumbieron a las hábiles manipulaciones del intruso vestido con ropas oscuras. El desconocido se quitó las botas de nieve y las dejó afuera; después encendió una linterna y alumbró su camino por la casa desierta. Los padres de Sidney se habían marchado a su casa con la pequeña Amy poco después de que Sidney emprendiera su viaje.

El intruso se dirigió directamente al estudio de Jason. La ventana del cuarto daba al patio trasero, así que el desconocido se arriesgó a encender la lámpara de mesa. Dedicó varios minutos a revisar los cajones y las pilas de disquetes de ordenador. Luego, encendió el ordenador. Revisó todos los archivos del disco duro y miró en pantalla los archivos grabados en los disquetes. Hecho esto, el desconocido sacó un disquete del bolsillo de su chaqueta y lo metió en la disquetera del ordenador. En un par de minutos acabó con el trabajo. Ahora el rastreador instalado en el ordenador de Jason captaría cualquier información que entrara en el sistema. En menos de cinco

minutos, la casa volvió a quedar desierta. Las pisadas en la nieve que conducían hasta el bosque desde la puerta trasera también habían desaparecido.

Pero el visitante nocturno de los Archer no sabía que Bill Patterson había hecho algo, de la manera más inocente, antes de marcharse a su casa de Hanover. Mientras salía marcha atrás por el camino hasta la calle, había visto llegar el camión blanco, rojo y azul del correo. El cartero dejó la correspondencia en el buzón y continuó su recorrido. Patterson había vacilado pero después tomó una decisión. Le evitaría una molestia a su hija. Echó una ojeada a algunos de los sobres antes de meterlos en una bolsa de plástico. Miró hacia la casa y entonces recordó que ya había cerrado y que las llaves estaban en el bolso de su esposa. Pero la puerta del garaje estaba abierta. Patterson entró en el garaje, abrió la puerta del Explorer y dejó la bolsa sobre el asiento delantero. Cerró la puerta del vehículo, y después cerró con llave la puerta del garaje.

Bill Patterson no se había dado cuenta de que entre la correspondencia había un sobre acolchado especial para el envío de objetos frágiles. La escritura en el sobre le hubiera resultado inconfundible a Sidney Archer.

Jason Archer se había enviado el disquete a sí mismo.

En la acera opuesta al Lafitte Guest House, Lee Sawyer observaba el viejo hotel a través del cristal oscuro de la ventana de una habitación. El FBI había instalado su centro de vigilancia en un edificio de ladrillos abandonado cuyo propietario pensaba rehabilitar al cabo de un par de años. El agente bebió un trago de café y miró la hora: las seis y media de la mañana. La lluvia repiqueteaba contra el cristal. El día había amanecido desapacible.

Junto a la ventana había una cámara fotográfica con trípode. El teleobjetivo medía casi treinta centímetros de largo. Las únicas fotos hechas hasta ahora correspondían a la entrada del hotel, y las había sacado solo para medir el foco, la distancia y la luz. Sawyer se acercó a la mesa y miró las fotos que no hacían justicia al rostro ni a los ojos verdes. Los agentes del FBI en Nueva Orleans habían fotografiado a Sidney Archer cuando salía del aeropuerto. A pesar de su ignorancia, la mujer parecía estar posando para la cámara. El rostro y el pelo eran hermosos. Sawyer siguió con el dedo el perfil de la nariz hasta los labios carnosos. Sobresaltado, apartó la mano de la foto y miró a su alrededor, un tanto avergonzado. Por fortuna, ninguno de los otros agentes había prestado atención a lo que hacía.

Echó una ojeada a la habitación. La mesa ocupaba el centro del espacio grande y casi vacío con las paredes de ladrillos desnudas, el techo de vigas de madera oscura y el suelo sucio. Dos ordenadores y un magnetófono ocupaban gran parte de la mesa. Agentes de la oficina local del FBI manejaban los equipos. Uno de ellos miró a Sawyer y se quitó los auriculares.

—Toda nuestra gente está en posición. Por los sonidos que capto, la mujer está dormida.

Sawyer asintió y se volvió para mirar otra vez por la ventana. Sus hombres habían averiguado que había otras cinco habitaciones ocupadas en el pequeño hotel. Todas parejas. Ninguno de los varones correspondía a la descripción de Jason Archer.

Las horas siguientes pasaron sin novedad. Sawyer, habituado a las largas vigilancias que muchas veces solo daban acidez de estómago y dolor de espalda, no se aburría.

El agente que tenía puesto los auriculares escuchaba con atención.

—Acaba de salir de la habitación —anunció.

Sawyer se puso de pie, estiró los músculos y miró la hora.

—Las once. Quizá vaya a desayunar, aunque es un poco tarde.

—¿Cómo quieres llevar el seguimiento?

—Como habíamos planeado. Dos equipos. Utiliza la mujer del cuarto vecino para el primero y a una pareja para el segundo. Se pueden alternar. Avísales de que estén muy alertas. Archer puede estar en guardia. Que mantengan la comunicación por radio continuamente. Recuerda que no tiene equipaje en el hotel. Por lo tanto, que estén preparados para cualquier medio de transporte, incluido el avión. Asegúrate de

tener vehículos disponibles en todo momento.

—De acuerdo.

Sawyer volvió a mirar por la ventana mientras comunicaban sus instrucciones a los equipos. Tenía una sensación extraña que no acababa de definir. ¿Por qué Nueva Orleans? ¿Por qué el mismo día en que el FBI la había interrogado, ella corría el riesgo de hacer esto? Se olvidó de todo lo demás cuando Sidney Archer apareció en la puerta del hotel. La mujer miró por encima del hombre, con el miedo reflejado en los ojos; el agente ya conocía esa mirada. Un estremecimiento le recorrió la columna vertebral cuando de pronto recordó dónde había visto antes a Sidney Archer: en el lugar de la catástrofe. Cruzó la habitación y cogió el teléfono.

Sidney llevaba puesto el abrigo blanco, un testimonio de la bajada de temperatura. Se las había arreglado para espiar el registro de huéspedes, sin que la viera el recepcionista. Solo figuraba una entrada después de ella. Una pareja de Ames, Iowa, ocupaba la habitación contigua a la suya. La hora de ingreso era la medianoche o quizá más tarde. No le pareció muy normal que una pareja del Medio Oeste se alojara en un hotel a esa hora cuando lo lógico era que ya estuvieran durmiendo. El hecho de que tampoco les oyera moverse en la habitación aumentó todavía más sus sospechas. Los viajeros cansados que se presentaban a medianoche no solían mostrarse muy comprensivos con el descanso de los demás huéspedes. Lo lógico era suponer que el FBI era su vecino, y que probablemente controlaban toda la zona. A pesar de sus precauciones la habían encontrado. Tampoco tenía nada de extraño, se recordó a sí misma mientras caminaba por las calles casi desiertas. El FBI se ganaba la vida con estas cosas. Ella no. ¿Y si el FBI los cogía? Bueno, ella ya había decidido desde el momento en que se enteró de que su marido vivía que sus oportunidades de seguir vivo pasaban por entregarse cuanto antes a las autoridades.

Sawyer se paseó por la habitación con las manos en los bolsillos. Había bebido tanto café que ahora le molestaba la vejiga. Sonó el teléfono. El agente joven atendió la llamada. Era Ray Jackson. Le pasó el teléfono a Sawyer, que se quitó los auriculares.

—¿Sí? —La voz de Sawyer vibró expectante. Se frotó los ojos inyectados en sangre; los veinticinco años de experiencia no aliviaban las penurias físicas.

—¿Cómo van las cosas por allí? —La voz de Jackson era fresca y alerta.

Sawyer miró la habitación cochambrosa antes de contestar.

—Aquí donde estoy, todo parece necesitar un buen barrido y una mano de pintura.

—Consuélate —dijo Jackson—. Cómo pillaste a Sidney Archer en el aeropuerto es la comidilla del día. Todavía no sé cómo lo conseguiste.

—Mucho me temo que agoté la suerte de mi pata de conejo, Ray. Dime que tienes algo para mí. —Sawyer cambió el auricular a la oreja derecha y estiró el brazo izquierdo para aliviar el calambre.

—Sí, señor. ¿Quieres adivinar?

—Ray, tío, te quiero, de verdad que sí, pero anoche mi cama fue un saco de dormir sobre el suelo helado, y no hay ni una parte del cuerpo que no me duela. Para colmo, no tengo calzoncillos limpios, así que a menos que desees que te dispare cuando te vea, habla ya.

—Tranquilo, grandullón. Vale, tenías razón. Sidney Archer visitó el lugar de la catástrofe en mitad de la noche.

—¿Estás seguro? —Sawyer estaba convencido de que tenía razón, pero por hábito quería una confirmación independiente.

—Uno de los agentes... —Sawyer escuchó el ruido de los papeles que hojeaba Jackson—, el agente Eugene McKenna, estaba de servicio la noche que apareció Sidney Archer. McKenna pensó que era un curioso y le dijo que se marchara, pero entonces ella le habló del marido que estaba en el avión. Solo quería echar una ojeada; estaba hecha polvo. McKenna se compadeció. Ya sabes, eso de viajar toda la noche para llegar hasta allí y todo lo demás. Le pidió que se identificara, comprobó los datos y después la llevó hasta cerca del cráter para que echara una ojeada. — Jackson hizo una pausa.

—¿Y de qué coño nos sirve todo eso? —exclamó Sawyer.

—Tío, sí que estás quisquilloso. Ya llego. Cuando iban hacia el cráter, Archer le preguntó por una bolsa con las iniciales del marido. La había visto en la televisión. Supongo que salió despedida en el momento del impacto, que la encontraron y la pusieron con los demás restos. Y ahora lo importante: ella quería recuperar la bolsa.

Sawyer se sentó, miró a través de la ventana y después volvió a prestar atención al teléfono.

—¿Qué le dijo McKenna?

—Que se trataba de una prueba y que ni siquiera la tenían allí. Que se la devolverían cuando acabaran con la investigación, algo que podía lardar mucho tiempo.

Sawyer se levantó y, con un gesto mecánico, se sirvió otra taza de café mientras pensaba en la información recibida. Su vejiga tendría que aguantarse.

—Ray, ¿qué dijo exactamente McKenna del aspecto de Archer?

—Sé lo que estás pensando. ¿Creía que su marido estaba en el avión? Según McKenna, si ella mentía, entonces es mejor actriz que Katherine Hepburn con diferencia.

—Vale, a otra cosa. ¿Qué hay de la bolsa? ¿La tienes?

—Está aquí mismo, encima de mi mesa.

—¿Y? —El agente tensó los músculos de los hombros y los volvió a aflojar con la misma rapidez cuando escuchó la respuesta de su compañero.

—Nada. Al menos nada que nosotros podamos descubrir. La gente del laboratorio la repasó tres veces. Algunas prendas, un par de libros, una libreta con las páginas en blanco. Ninguna sorpresa, Lee.

—¿Quieres decir que viajó toda la noche solo por eso?

—Quizá creía que había algo más, pero no estaba.

—Eso cuadraría si el marido la estaba traicionando.

—No lo entiendo.

—Si Archer había decidido escapar, las posibilidades serían que pensara llevarse a su familia más tarde o abandonarla definitivamente. ¿Sí?

—Vale, te sigo.

—Así que si su esposa creía que él estaba en el avión, quizás al menos en la primera etapa de la fuga, eso encajaría con su desesperación en el escenario de la catástrofe. Ella creía de verdad que estaba muerto.

—Pero ¿y el dinero?

—Correcto. Si Sidney Archer sabía lo que había hecho su marido, quizás incluso le ayudó a cometer el robo, seguramente querría hacerse con el dinero. Le ayudaría a sobrellevar la pena. Entonces, vio la bolsa en la televisión.

—¿Qué podía haber en la bolsa? La pasta, no.

—No, pero quizá había algo que la llevara hacia el dinero. Archer era un genio de la informática. Quizás un disquete con toda la información referente al lugar donde está guardado el dinero. El número de una cuenta en Suiza. La tarjeta para abrir una taquilla del aeropuerto. Podría ser cualquier cosa, Ray.

—No encontramos nada parecido a eso.

—No tenía por qué estar necesariamente en la bolsa. La vio en la televisión y decidió que podía hacerse con ella.

—Entonces, ¿crees de verdad que estuvo en este asunto desde el principio?

Sawyer se sentó, cansado.

—No lo sé, Ray. Tampoco lo tengo muy claro. —Esto no era del todo cierto, pero Sawyer no quería ponerse a discutir con su compañero.

—¿Y qué me dices del sabotaje al avión? ¿Cómo encaja?

—¿Quién sabe si encaja? —contestó Sawyer con un tono brusco—. Quizá no están relacionados. Tal vez él pagó para que sabotearan el avión y tapar el rastro. Eso es lo que Frank Hardy cree que sucedió. —Sawyer se había acercado a la ventana mientras hablaba. Lo que vio en la calle lo llevó a finalizar la conversación casi en el acto.

—¿Alguna cosa más, Ray?

—No, es todo.

—Bien, porque tengo que correr.

Sawyer colgó el teléfono, cogió la cámara y comenzó a sacar fotos. Después, se apartó de la ventana y observó mientras Paul Brophy miraba a un lado y a otro de la calle, subía los escalones del Lafitte Guest House y entraba en el hotel.

El ruido y la alegría asociados con Jackson Square marcaban un fuerte contraste con la actividad mucho más modesta que reinaba en las calles del barrio francés a esa hora de la mañana. Músicos, malabaristas, equilibristas en velocípedos, intérpretes del Tarot y artistas de un talento que iba de lo soberbio a lo mediocre competían por la atención y los dólares de los pocos turistas que paseaban a pesar del mal tiempo.

Sidney pasó por delante de la catedral de San Luis con sus tres torres en busca de una cafetería. También seguía las instrucciones de su marido. Si él no se había puesto en contacto con ella en el hotel a las 10, Sidney debía ir a Jackson Square. La estatua ecuestre de Andrew Jackson, que había dignificado la plaza durante los últimos ciento cuarenta años, pareció cernirse sobre Sidney cuando pasó frente a ella camino del French Market Place en Decatur Street. Sidney había visitado la ciudad en varias ocasiones, durante sus años de estudiante, a una edad en que había sido capaz de sobrevivir al Mardi Gras e incluso disfrutar y participar en el beber sin ton ni son.

Se sentó en la terraza del café con vistas al río y, mientras bebía un café bien caliente y mordisqueaba sin mucho entusiasmo un cruasán con demasiada mantequilla, se entretuvo contemplando el paso de las barcazas y los remolcadores que navegaban lentamente por el poderoso Misisipí en dirección al enorme puente que se veía a lo lejos. A menos de cien metros de ella y apostados a cada lado, estaban los equipos del FBI. Los aparatos de escuchas que apuntaban discretamente hacia ella podían captar cualquier palabra que dijera o le dijeran.

Sidney Archer permaneció sola durante unos minutos. Acabó el café y siguió sumida en sus pensamientos con la mirada puesta en las crestas blancas de las olas.

—Tres dólares con cincuenta a que puedo decirle dónde guarda los zapatos.

Sidney salió de su ensimismamiento y miró asombrada el rostro de su interlocutor. Detrás de ella, los agentes avanzaron un paso, alertas. Se hubieran lanzado a la carrera cuando el hombre se acercaba pero no lo hicieron porque el tipo era negro, bajo y rondaba los setenta años. Aquel no era Jason Archer. Pero podía ser algo.

—¿Qué? —Sidney sacudió la cabeza para despejarse.

—Sus zapatos. Yo sé dónde guarda sus zapatos. Le apuesto tres dólares y medio a que tengo razón. Se los limpiaré gratis si pierdo. —Los bigotes blancos caían sobre la boca casi desdentada. Sus ropas eran poco menos que andrajos. Sidney se fijó en el cajón del limpiabotas que estaba a su lado sobre el banco.

—Lo siento. No quiero que me los limpie.

—Venga, señora. Le diré una cosa, se los limpiaré gratis si acierto, pero tendrá que darme el dinero. ¿Qué puede perder? Conseguirá una limpieza de primera por un precio muy razonable.

Sidney estaba a punto de negarse una vez más cuando vio las costillas que

sobresalían por la raída camisa casi transparente. Miró los zapatos agujereados de los que sobresalían los dedos retorcidos y llenos de callos. Sonrió y abrió el bolso para sacar el dinero.

—No, no, eso no vale, señora. Lo siento. Tiene que jugar o no hacemos negocios.

—Había bastante orgullo en su voz. Recogió el cajón.

—Espere. De acuerdo —dijo Sidney.

—Vale, así que no se cree que sé dónde guarda los zapatos, ¿verdad?

Sidney Archer meneó la cabeza. Guardaba sus zapatos en un mueble que había comprado en un anticuario en el sur de Maine hacía cosa de dos años. La tienda había cerrado hacía tiempo. El limpiabotas llevaba las de perder.

—Lo siento, pero no creo que acierte —contestó.

—Pues voy a decirle dónde guarda sus zapatos. —El hombre hizo una pausa teatral y después comenzó a reírse mientras señalaba—. Los guarda en los pies.

Sidney se unió a sus carcajadas.

Detrás de ellos, los dos agentes que manejaban los equipos de escucha también sonrieron.

Después de saludar con una burlona reverencia a su público, el viejo se arrodilló y puso manos a la obra. No dejaba de charlar mientras sus hábiles manos devolvían a los zapatos opacos de Sidney un brillo de nuevo.

—Buen cuero, señora. Le durarán muchísimo si los cuida. Los tobillos tampoco están mal, todo sea dicho.

Sidney le agradeció el cumplido con una sonrisa mientras el hombre comenzaba a guardar sus cosas en el cajón. Abrió el bolso, sacó tres dólares y comenzó a buscar las monedas.

—No se preocupe, señora, tengo cambio —se apresuró a decir el hombre.

Ella le dio un billete de cinco y le dijo que se quedara con el cambio.

—De ninguna manera. —Meneó la cabeza—. El trato eran tres cincuenta y soy nombre de palabra.

A pesar de las protestas de Sidney, él le devolvió un billete arrugado de un dólar y una moneda de cincuenta centavos. Al coger la pieza de plata, notó el trocito de papel enganchado. Lo miró asombrado. El hombre le dedicó una sonrisa al tiempo que acercaba la mano a la visera de la gorra.

—Ha sido agradable hacer negocios con usted, señora. No lo olvide, cuide bien sus zapatos.

El limpiabotas se marchó. Sidney guardó el dinero en el bolso, esperó unos minutos más y después se levantó para ir al interior del French Market Place. Se dirigió al lavabo de señoras. Se metió en uno de los reservados y con manos temblorosas desplegó el papel. El mensaje era breve y estaba escrito en letras de molde. Lo leyó varias veces antes de arrojarlo al inodoro.

Mientras caminaba por Dumaine Street hacia Bourbon, se detuvo un momento para abrir el bolso. Miró su reloj de una forma muy notoria. Echó una ojeada en

derredor y se fijó en la cabina de teléfonos a la entrada de un edificio de ladrillos donde funcionaba uno de los bares más grandes del barrio antiguo. Cruzó la calle, descolgó el teléfono y, con la tarjeta en una mano, marcó el número. El teléfono al que llamaba era el suyo directo en Tylery Stone. Estaba asombrada, pero esas eran las instrucciones escritas en el mensaje, y no podía hacer otra cosa que seguirlas. La voz que respondió no era de ninguna del bufete, ni tampoco su propio mensaje grabado en el contestador automático. Sidney no podía saber que su llamada acababa de ser desviada a otro teléfono muy lejos de Washington capital. Intentó mantener la calma mientras escuchaba la voz de Jason.

La policía la vigilaba, dijo su marido. No debía decir nada o mencionar su nombre. Tendrían que intentarlo otra vez. Debía volver a casa. Él se pondría en contacto. La voz de Jason transparentaba una tensión tremenda. Acabó diciendo que la quería a ella y Amy. Y que todo saldría bien.

Sidney tenía mil y una preguntas pendientes, pero no estaba en situación de hacerlas, así que colgó el teléfono y emprendió el camino de regreso al Lafitte Guest House; estaba tan deprimida que le costaba mover las piernas. Con un enorme esfuerzo de voluntad mantuvo la cabeza bien alta e intentó caminar con normalidad. Era muy importante no reflejar en su apariencia física el inmenso terror que sentía por dentro. Era obvio que su marido tenía pánico a las autoridades, y esto minaba su fe en la inocencia de Jason. A pesar de su intensa alegría al saber que estaba vivo, se preguntó cuál sería el precio de esa alegría. Pero de momento, no podía hacer otra cosa que seguir caminando.

El hombre apagó el magnetófono y sacó el auricular del receptáculo especial instalado en el aparato. Luego, Kenneth Scales rebobinó la cinta digital. Apretó el botón de arranque y escuchó mientras la voz de Jason Archer sonaba en la habitación. Sonrió con malevolencia, apagó la máquina, sacó la cinta y salió de la habitación.

—Entró por una ventana que da al balcón —le informó a Sawyer el agente apostado en una azotea que daba a la habitación de Sidney—. Todavía está dentro —susurró el agente por la radio—. ¿Quieres que lo detenga?

—No —respondió Sawyer, que espiaba la calle a través de las persianas.

Los aparatos de escucha instalados en la habitación vecina a la de Sidney les habían informado de las intenciones de Paul Brophy. Estaba registrando la habitación. Sawyer se había equivocado mucho al creer que había algo entre los dos abogados.

—Ahora se va —le avisó el agente—. Por la parte de atrás.

—Justo a tiempo —replicó Sawyer, que acababa de ver a Sidney Archer en la calle.

En cuanto Sidney entró en el hotel, Sawyer le ordenó a un equipo que siguiera a Paul Brophy que, desilusionado, se alejaba por Bourbon Street en dirección opuesta.

Diez minutos más tarde, informaron a Sawyer que Sidney Archer había llamado a

su bufete desde un teléfono público mientras hacía su paseo matinal. Durante las cinco horas siguientes no pasó nada. Pero de pronto las cosas se animaron. Sawyer vio a Sidney salir del hotel, subir a un taxi y marcharse.

Sawyer corrió escaleras abajo y al cabo de un minuto iniciaba la persecución en el mismo coche negro de la vez anterior. No se sorprendió al ver que el taxi entraba en la autopista 10, ni tampoco cuando, después de media hora de viaje, tomaba la salida del aeropuerto.

—Regresa a casa —murmuró Sawyer casi para sí mismo—. No encontró lo que buscaba, eso está claro. A menos que Archer se haya convertido en el hombre invisible. —El veterano agente se arrellanó en el asiento mientras una nueva y preocupante revelación pasaba por su cabeza—. Sabe que la seguimos.

—Imposible, Lee —dijo el conductor.

—Claro que lo sabe —insistió Sawyer—. Voló hasta aquí, esperó un día entero, después hizo una llamada y ahora regresa a su casa.

—Sé que no vio a nuestros equipos.

—No digo que los haya visto. Pero su marido o cualquier otro involucrado en este asunto los vio. Le dieron el aviso y ella regresa a su casa.

—Pero lo comprobamos. Llamó a su despacho.

—Las llamadas se pueden desviar —replicó Sawyer, impaciente.

—¿Cómo supo a quién llamar? ¿Algo arreglado de antemano?

—¿Quién sabe? ¿Estás seguro de que solo habló con el limpiabotas?

—Sí. El tipo la enganchó con un cuento para turistas y después le limpió los zapatos. Era un tipo de la calle, saltaba a la vista. Le devolvió el cambio y eso fue todo.

—¿El cambio? —Sawyer miró al conductor.

—Sí, eran tres dólares y medio. Ella le dio un billete de cinco y él le devolvió un dólar y medio. No quiso aceptar propina.

El agente se sujetó al tablero con tanta fuerza que dejó las marcas de los dedos en la superficie.

—Maldita sea, eso fue.

—El solo le devolvió el cambio —protestó el otro, asombrado—. Los veía muy bien con los prismáticos. Escuchamos todo lo que dijeron.

—Déjame adivinar. El tipo le dio una moneda de cincuenta centavos en lugar de dos de veinticinco, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cuántos tipos de la calle conoces que rechacen una propina de un dólar y medio, y que tengan una moneda de cincuenta para dar la vuelta? ¿Y no te parece extraño que sean tres y medio en lugar de los tres o cuatro dólares habituales? ¿Por qué tres con cincuenta?

—Para obligarte a cambiar. —La voz del conductor sonó deprimida. Empezaba a entender lo ocurrido.

—Había un mensaje pegado a la moneda. —Sawyer dirigió una mirada lúgubre al taxi en el que viajaba Sidney—. Que busquen a nuestro generoso limpiabotas. Quizá pueda darnos una descripción del que lo contrató.

Los coches continuaron su trayecto hacia el aeropuerto. Sawyer no dijo nada más y se entretuvo en contemplar los aviones de colores brillantes que sobrevolaban la carretera a poca altura. Una hora más tarde, Sawyer y otros agentes subieron al reactor privado del FBI para el viaje de regreso a Washington. El vuelo directo de Sidney había despegado. Ningún agente del FBI iba en ese avión. Sawyer y los suyos habían revisado la lista de embarque y habían observado con discreción a los pasajeros mientras esperaban para embarcar. No habían visto a Jason Archer por ninguna parte. Estaban seguros de que no ocurriría nada durante el vuelo. No querían correr el riesgo de alertar todavía más a Sidney. Ya le seguirían el rastro en el aeropuerto.

El reactor que transportaba a Sawyer despegó y en unos minutos alcanzó la altitud de crucero. Sawyer se preguntó qué demonios había pasado. ¿Para qué este viaje a Nueva Orleans? No tenía sentido. Entonces se quedó boquiabierto. La niebla se había hecho menos espesa. Pero él también había cometido un error, quizás uno muy grande.

Sidney Archer probó el café que le acababan de servir. Se disponía a coger el bocadillo de la bandeja cuando vio las marcas azules en la servilleta de papel. Leyó lo escrito, y se llevó tal sorpresa que a punto estuvo de derramar el café.

«El FBI no está en el avión. Tenemos que hablar».

La servilleta estaba en el lado derecho de la bandeja y volvió automáticamente la mirada en esa dirección. Por un momento, ni siquiera pudo pensar. Después, poco a poco, se fijó en su compañero de asiento. Tenía el pelo rubio rojizo; el rostro bien afeitado mostraba las huellas de las preocupaciones. El hombre aparentaba unos cuarenta y tantos años y vestía pantalones y camisa blanca. De una estatura aproximada de metro ochenta, sacaba las largas piernas al pasillo para estar más cómodo. El desconocido bebió un trago de su bebida, se secó los labios con una servilleta y se volvió.

—Usted me ha estado siguiendo —susurró Sidney—. En Charlottesville.

—Y en muchos otros lugares. En realidad, la vigilo desde poco después que se estrellara el avión.

La mano de Sidney voló hacia el botón para llamar a la azafata.

—Yo en su lugar no lo haría.

Sidney detuvo su mano a unos milímetros del botón.

—¿Por qué no? —preguntó con un tono desabrido.

—Porque estoy aquí para ayudarla a buscar a su marido —respondió él.

Sidney tardó un segundo en replicarle y cuando lo hizo su tono de desconfianza era evidente.

—Mi marido está muerto.

—No soy del FBI y no pretendo tenderle una trampa. Sin embargo, no puedo demostrar lo contrario, así que no lo intentaré. Pero le daré un número de teléfono donde podrá localizarme a cualquier hora del día o de la noche. —Le entregó una tarjeta con un número de teléfono de Virginia.

—¿Por qué voy a llamarle? Ni siquiera sé quién es usted ni lo que hace. Solo que me ha estado siguiendo. Eso no dice mucho a su favor —dijo Sidney cada vez más enojada a medida que desaparecía el miedo. El hombre no se atrevería a hacerle nada en un avión atestado.

—Tampoco tengo una buena respuesta para eso. —Encogió los hombros—. Pero sé que su marido no está muerto y usted también lo sabe. —Hizo una pausa. Sidney le miró atónita, sin saber qué decir—. Aunque no lo crea, estoy aquí para ayudarla a usted y a Jason, si no es demasiado tarde.

—¿Qué quiere decir con «demasiado tarde»?

El hombre se echó hacia atrás y cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, su dolor

era tan evidente que las sospechas de Sidney comenzaron a desaparecer.

—Señora Archer, no sé muy bien en qué estaba metido su esposo. Pero sí sé lo suficiente para comprender que, donde sea que esté, corre un gran peligro. —Volvió a cerrar los ojos mientras Sidney se sumía una vez más en la desesperación—. El FBI la tiene sometida a vigilancia las veinticuatro horas del día. —Cuando Sidney escuchó las palabras que dijo después la dejaron helada—. Tendría que estarles muy agradecida, señora Archer.

Sidney tardó en contestar, y, cuando lo hizo, su voz sonó tan débil que el hombre tuvo que inclinarse hacia ella para escucharla.

—¿Sabe dónde está Jason?

—Si lo supiera no estaría en este avión. —Miró su expresión desconsolada—. Lo único que puedo decirle, señora Archer, es que no estoy seguro de nada. —Exhaló un suspiro y se pasó la mano por la frente. Por primera vez, Sidney se fijó en que le temblaba la mano—. Yo estaba en el aeropuerto Dulles y vi a su marido.

Sidney abrió mucho los ojos y apretó los brazos de la butaca.

—¿Usted seguía a mi marido? ¿Por qué?

—No he dicho que estuviera siguiendo a su marido. —Bebió un trago de su bebida para refrescarse la garganta que, de pronto, se le había quedado seca. Él estaba sentado en la zona de salidas para el vuelo a Los Ángeles. Parecía nervioso y agitado. Por eso me fijé en él. Se levantó y fue al lavabo. Otro hombre le siguió unos minutos después.

—¿Qué tiene eso de extraño?

—El segundo hombre llevaba en la mano un sobre blanco cuando entró en la zona de salidas. Aquel sobre destacaba mucho; el tipo lo movía como si fuera un farolillo. Creí que era una señal para su marido. Ya he visto utilizar esa técnica antes.

—¿Una señal? ¿Para qué? —La respiración se le había acelerado tanto que tuvo que hacer un esfuerzo consciente para controlarla.

—Para que actuara su marido. Cosa que hizo. Fue a los lavabos. El otro hombre salió un poco más tarde. Me olvidé mencionarle que llevaba casi las mismas prendas que su marido y el mismo tipo de equipaje. Su marido no volvió a salir.

—¿Cómo que mi marido no volvió a salir? Tuvo que hacerlo.

—Quiero decir que no volvió a salir como Jason Archer.

Sidney le miró confusa, y el hombre se apresuró a explicárselo.

—Lo primero que me llamó la atención en su marido fueron los zapatos. Vestía de traje, pero llevaba zapatillas de tenis negras. ¿Recuerda si se las puso aquella mañana?

—Estaba dormida cuando se fue.

—Cuando salió de los lavabos su apariencia era completamente distinta. Parecía un estudiante universitario; con una cazadora, el pelo diferente, y todo lo demás.

—Entonces, ¿cómo supo que era él?

—Por dos razones. La primera, que acababan de abrir los lavabos después de

limpiarlos cuando entró su marido. Vigilé aquella puerta como un halcón. Nadie remotamente parecido al tipo que salió después había entrado allí. Segundo, las zapatillas de tenis negras eran inconfundibles. Tendría que haber llevado un calzado menos llamativo. Era su marido, estaba muy claro. ¿Y quiere saber algo más?

—Dígalo —le pidió Sidney sin poder contenerse.

—El otro tipo llevaba el sombrero de su marido. Con el sombrero era casi imposible distinguirlo de Jason.

Sidney inspiró con fuerza mientras asimilaba esta información.

—Su marido se puso en la cola del vuelo a Seattle. Llevaba el mismo sobre blanco que había llevado el otro tipo. En el sobre estaban el billete y la tarjeta de embarque para el vuelo a Seattle, y el otro se había quedado con los del vuelo a Los Ángeles.

—O sea que intercambiaron los billetes en los lavabos. El otro se vistió como Jason por si acaso alguien vigilaba.

—Eso es —asintió el desconocido—. Su marido quería que alguien creyera que había tomado el vuelo a Los Ángeles.

—Pero ¿por qué? —La pregunta sonó como si se la hiciera a sí misma.

—No lo sé. Lo que sí sé es que el avión donde supuestamente viajaba su marido se estrelló. Entonces, mis sospechas aumentaron todavía más.

—¿Fue a la policía?

—¿Para decirles qué? —El hombre meneó la cabeza—. No es como si hubiese visto que metían una bomba en el avión. Además, tenía mis propios motivos para mantener la boca cerrada.

—¿Qué motivos?

El hombre levantó una mano y volvió a menear la cabeza.

—Dejemos eso por el momento.

—¿Cómo descubrió la identidad de mi marido? Doy por hecho que usted no le conocía de vista.

—Nunca lo había visto. Me acerqué a él un par de veces antes de que se metiera en los lavabos. Llevaba una etiqueta con su nombre y la dirección en el maletín. Soy muy bueno leyendo las cosas al revés. No tardé mucho en averiguar dónde trabajaba, lo que hacía para ganarse la vida y muchas más cosas de las necesarias. También averigüé lo mismo de usted. Entonces fue cuando comencé a seguirla. Le seré honesto, no sabía si usted corría peligro o no. —Su tono era inexpresivo, pero a Sidney se le heló la sangre al enterarse de esta repentina intrusión en su vida privada.

»Entonces, mientras hablaba con un amigo mío en la jefatura de Fairfax llegó una orden de busca y captura con la foto de su marido. A partir de ese momento comencé a seguirla. Creía que quizá me llevaría hasta él.

—Ah. —Sidney se arrellanó en la butaca. Entonces se le ocurrió una pregunta—. ¿Cómo es que me siguió a Nueva Orleans?

—Lo primero que hice fue pinchar su teléfono. —No hizo caso de la expresión de

asombro de Sidney—. Necesitaba saber sin más demoras dónde iba a ir. Escuché la conversación con su marido. Me pareció muy reservado.

El avión continuaba su viaje por el cielo nocturno. Sidney tocó la manga de la camisa del hombre.

—Dice que no es del FBI. ¿Quién es usted? ¿Por qué está metido en esto?

El hombre asomó la cabeza al pasillo y miró en ambas direcciones antes de responder. Miró a Sidney y exhaló un suspiro.

—Soy un investigador privado, señora Archer. El caso que me ocupa la jornada completa es su marido.

—¿Quién le ha contratado?

—Nadie. —El hombre volvió a asomar la cabeza—. Creía que su marido quizá se pondría en contacto con usted. Y lo hizo. Por eso estoy aquí. Pero me parece que lo de Nueva Orleans fue un fracaso. Habló con él desde el teléfono público, ¿no? El limpiabotas le pasó un mensaje, ¿no es así?

Sidney vaciló un momento y acabó por asentir.

—¿Le dio su marido alguna pista sobre su paradero?

—Dijo que se pondría en contacto conmigo más adelante. Cuando fuera más seguro.

—Eso podría ser dentro de mucho tiempo —replicó el hombre con un tono casi burlón—. Muchísimo tiempo, señora Archer. —El avión comenzó la maniobra de descenso para aterrizar en el aeropuerto de Washington—. Un par de cosas más, señora Archer. Cuando escuchaba la grabación de usted y su marido hablando por teléfono, había un ruido de fondo. Como si hubieran dejado un grifo abierto. No estoy seguro, pero creo que había alguien escuchando por otra línea. —En el rostro de Sidney apareció una expresión de desconcierto—. Señora Archer, hágase a la idea de que los federales saben que Jason está vivo.

Unos cinco minutos más tarde, el avión tocó tierra y reinó el bullicio en la cabina.

—Dijo que quería decir dos cosas. ¿Cuál es la segunda?

El hombre se inclinó para recoger un pequeño maletín de debajo del asiento que tenía delante. Después, se acomodó en el asiento y la miró a los ojos.

—La gente capaz de derribar un avión puede hacer cualquier cosa. No confíe en nadie, señora Archer. Y tenga más cuidado que nunca. Incluso eso puede no ser suficiente. Lamento si el consejo no le parece gran cosa, pero es el único que le puedo dar.

El hombre se levantó y desapareció entre los pasajeros que desembarcaban. Sidney fue una de las últimas en salir del avión. A esas horas no había tanta gente en el aeropuerto. Caminó hacia la parada de taxis. No olvidó el consejo del hombre y procuró en todo momento mantener la vigilancia sin llamar demasiado la atención. El único consuelo era que entre los individuos que la seguían, al menos algunos pertenecían al FBI.

El hombre, después de dejar a Sidney, cogió el autobús interior que le llevó hasta

el aparcamiento. Eran casi las diez de la noche. La zona estaba desierta. Llevaba una maleta con una etiqueta color naranja que indicaba que en el equipaje había un arma de fuego descargada. En cuanto llegó al coche, un Gran Marquis último modelo, abrió la maleta para sacar la pistola y cargarla antes de meterla en la cartuchera.

La hoja del puñal le atravesó el pulmón derecho, y luego el mismo proceso se repitió con el pulmón izquierdo para evitar cualquier posibilidad de que lanzara un grito. A continuación, la hoja le rebanó el lado derecho del cuello. La maleta y la pistola, ahora inútil para su dueño, cayeron al suelo. Un segundo después, el hombre se desplomó con los ojos vidriosos en una última mirada a su asesino.

Apareció una furgoneta y Kenneth Scales se sentó en el asiento del pasajero. Un segundo más tarde, el hombre muerto estaba solo.

Lee Sawyer estaba sentado en la sala del SIOC en el edificio del FBI. Sobre la mesa había una multitud de informes. Se pasó una mano por el pelo revuelto, inclinó la silla para atrás y puso los pies sobre la mesa, absorto en el análisis de los últimos hechos. El informe de la autopsia de Riker consignaba que llevaba muerto unas cuarenta y ocho horas cuando encontraron el cadáver. Pero Sawyer sabía que al ser la temperatura de la habitación cercana a los cero grados, el cálculo del tiempo desde que se iniciara el proceso de putrefacción no podía tener la misma precisión.

El agente miró las fotos de la pistola Sig P229 que habían recuperado en la escena del crimen. Los números de serie habían sido limados y después acabados de borrar con una broca. A continuación, contempló las fotos de los proyectiles de punta hueca extraídos del cadáver. Riker había recibido once balas además, de la que lo había matado. El número de disparos tenía desconcertados a los agentes del FBI. El asesinato de Riker tenía todas las características de un asesino profesional, y estos nunca necesitaban más de un disparo. En este caso, señalaba el dictamen del forense, el primer disparo había provocado la muerte al instante. El corazón había dejado de latir cuando los restantes proyectiles le atravesaron el cuerpo.

Las manchas de sangre en la mesa, la silla y el espejo señalaban que a Riker le habían disparado por la espalda mientras estaba sentado. Al parecer, el asesino había sacado a Riker de la silla, lo había arrojado boca abajo en el rincón del dormitorio y después le había vaciado el cargador del arma de pie y desde una distancia de un metro. Pero ¿por qué? Sawyer no podía contestar a esa pregunta por el momento. Pensó en otra cosa.

A pesar de las numerosas investigaciones y posibles pistas, no habían averiguado nada sobre los movimientos de Riker en los últimos dieciocho meses. No tenía dirección, amigos, trabajos o tarjetas de crédito. Nada. Mientras tanto, la Operación Rápida procesaba millones de datos al día sobre la tragedia aérea, sin sacar nada en limpio. Sabía cómo se había producido, tenían el cadáver del desgraciado responsable de la catástrofe, pero todo acababa con el cuerpo.

Frustrado, Sawyer bajó los pies de la mesa y cogió otro informe. Riker había sido sometido a una infinidad de operaciones plásticas. Las fotos tomadas a Riker en la última detención no se parecía en nada con el hombre al que habían asesinado en un discreto apartamento de Virginia.

Sawyer hizo una mueca. Su corazonada sobre Riker había sido correcta. No había suplantado a otra persona. Sinclair había sido creado con cuatro datos de ordenador y poco más, con el resultado de que Robert Sinclair había sido contratado como una persona viva con excelentes recomendaciones para trabajar de gasolinera en una reputada compañía de combustibles que tenía contratos con varias de las principales líneas aéreas que operaban en el aeropuerto Dulles, incluida la Western. Sin embargo, Vector había cometido algunos errores en la comprobación de los antecedentes. No

habían verificado los números de teléfono de los anteriores patrones de Riker, sino que habían utilizado los teléfonos que les había suministrado el propio Riker, alias Sinclair. Todas las referencias entregadas por el muerto correspondían a pequeñas empresas de combustibles que operaban en el estado de Washington, en el sur de California y una en Alaska. En realidad, ninguna de estas compañías había existido. Cuando los agentes de Sawyer las investigaron, descubrieron que los teléfonos habían sido desconectados. Las direcciones de sus lugares de trabajo también resultaron falsas. En cambio, cuando verificaron el número de la Seguridad Social encontraron que era válido.

También habían pasado sus huellas digitales por el AFIS de la policía de Virginia. Riker había cumplido condena en una prisión del estado y se suponía que sus huellas aparecerían en los archivos, pero no estaban. Esto solo podía significar una cosa. Alguien había entrado en las bases de datos de la administración de la Seguridad Social y de la policía de Virginia. Quizá habían quemado todo el sistema. Ahora, ¿cómo podían estar seguros de nada? Sin una seguridad absoluta, los sistemas se convertían en inservibles. Y si alguien podía hacer eso con los ficheros de la Seguridad Social y de la policía, ¿quién estaba a salvo? Sawyer apartó los informes con un gesto de furia y se sirvió otra taza de café. Después inició otro de sus típicos paseos por la sala.

Jason Archer les llevaba muchísima ventaja. Solo había habido una razón para que Sidney Archer viajara a Nueva Orleans. De hecho, podría haber ido a cualquier otra ciudad. Lo importante era que saliera de la ciudad. Y cuando lo hizo, el FBI se había ido con ella. Su casa había quedado sin vigilancia. El agente se había enterado a través de los vecinos de que los padres y la hija de Sidney se habían marchado poco después que ella.

Sawyer cerró y abrió los puños. Una trampa. Y él había caído como cualquier novato. No tenía ninguna prueba directa, pero sabía como que se llamaba Sawyer que alguien había entrado en aquella casa y se había llevado algo. Asumir semejante riesgo significaba que algo importantísimo se le había escapado de entre los dedos.

No había sido una buena mañana y amenazaba con ser mucho peor. No estaba acostumbrado a que le dieran un puntapié en el culo en cada esquina. Había informado a Frank Hardy de los resultados conseguidos hasta ahora. Su amigo estaba haciendo averiguaciones sobre Paul Brophy y Philip Goldman. Hardy, como era de esperar, se había extrañado al enterarse de la visita clandestina de Brophy a la habitación de Sidney.

Sawyer cogió el periódico y leyó el titular. Calculó que en aquel momento, la mujer se sentiría dominada por el pánico. A la vista de que Jason Archer estaba enterado de la persecución, habían decidido hacer públicos sus presuntos delitos: espionaje industrial y malversación de fondos de Tritón Global. No se aludía a su participación directa en la catástrofe aérea, pero sí que aparecía en la lista de pasajeros aunque no había llegado a embarcar. Cualquiera podía leer entre líneas lo

que faltaba. También se mencionaban con amplitud las recientes actividades de Sidney Archer. Miró su reloj. Se disponía a visitar a Sidney Archer por segunda vez. Y a pesar de su simpatía personal por la mujer, no pensaba marcharse de su casa hasta haber conseguido unas cuantas respuestas.

Henry Wharton permanecía delante de la ventana, con la barbilla apoyada en el pecho y la mirada puesta en el cielo cubierto de nubes. Sobre la mesa había un ejemplar del *Post*, con la portada boca abajo; así, al menos, no se veían los terribles titulares. Al otro lado de la mesa, cómodamente instalado en una silla, estaba Philip Goldman, que miraba la espalda de Wharton.

—En realidad, no veo que tengamos ninguna otra opción, Henry —Goldman hizo una pausa y, por un momento, una expresión complacida apareció en sus facciones habitualmente impasibles—. Comprendo que Nathan Gamble estuviese muy enfadado cuando llamó esta mañana. ¿Quién puede culparlo? Dicen por ahí que podría retirar toda la cuenta.

Wharton torció el gesto al escuchar el comentario. Se volvió con la mirada baja. Era obvio que Wharton vacilaba. Goldman se echó un poco hacia delante, ansioso por aprovechar la ventaja.

—Es por el bien de la firma, Henry. Será doloroso para mucha gente, y a pesar de mis diferencias con ella en el pasado, me incluyo en ese grupo, sobre todo porque es una profesional brillante. —Esta vez Goldman consiguió reprimir una sonrisa—. Pero el futuro de la firma, el futuro de centenares de personas, no se puede sacrificar en beneficio de una sola, Henry, y tú lo sabes. —Goldman se reclinó en la silla y cruzó las manos sobre los muslos con una expresión plácida. Exhaló un suspiro—. Yo hablaré con ella, Henry, si lo prefieres. Sé lo unidos que estabais.

Wharton alzó la mirada. Su asentimiento fue rápido, breve, como el descenso del hacha del verdugo. Goldman salió del despacho en silencio.

Sidney Archer salió a recoger el periódico cuando sonó el teléfono. Corrió hacia el interior de la casa con el *Post* sin abrir en la mano. Estaba casi convencida de que no podía ser su marido, pero ya no podía estar segura de nada. Lanzó el periódico encima de otro montón que aún no había tenido tiempo de leer.

La voz de su padre sonó como un trueno. ¿Había leído el periódico? ¿De qué demonios estaban hablando? Esas acusaciones... Su padre proclamó furioso que los demandaría. Los demandaría a todos, incluidos Tritón y el FBI. Sidney consiguió apaciguarlo y abrió el periódico. El titular le quitó la respiración como si alguien le hubiera pisado el pecho. Se dejó caer sobre una silla en la penumbra de la cocina. Leyó de una ojeada el artículo de primera plana que implicaba a su marido en el robo y la venta de secretos de un valor incalculable y del fraude de centenares de millones de dólares a su empresa. Y como si esto fuera poco, Jason Archer era presunto sospechoso del sabotaje del avión, al parecer con la intención de engañar a las autoridades simulando su muerte. Según el FBI, estaba vivo y era un fugitivo.

Sidney sintió que iba a vomitar cuando leyó su propio nombre en el artículo. Ella

había viajado a Nueva Orleans, decía el periódico, poco después del funeral de su marido, algo que resultaba muy sospechoso. Desde luego que era sospechoso. Cualquiera, incluida Sidney Archer, habría considerado ese viaje cargado de motivos dudosos. Toda una vida de escrupulosa honestidad acababa de ser destruida para siempre. Dominada por la angustia, le colgó el teléfono a su padre. A duras penas consiguió llegar al fregadero. Las arcadas le producían mareo. Se mojó la nuca y la frente con agua fría.

Volvió a la silla y se echó a llorar. Jamás se había sentido tan indefensa. Entonces la dominó una emoción súbita: una furia tremenda. Corrió al dormitorio, se vistió y un par de minutos después abrió la puerta del Ford. «Mierda». La correspondencia cayó al suelo y, automáticamente, se agachó a recogerla. Comenzó a ordenar los sobres y se detuvo cuando cogió el paquete destinado a Jason Archer. Se tambaleó al reconocer la escritura de su marido en el sobre. Notó que había algo plano en el interior. Miró el matasellos. Lo habían enviado desde Seattle el mismo día en que Jason había salido para el aeropuerto. Se estremeció. Su marido tenía muchos sobres como este en el estudio. Estaban diseñados específicamente para enviar disquetes por correo. Pero ahora no tenía tiempo para pensar en este asunto. Dejó la correspondencia sobre el asiento, se sentó al volante y arrancó.

Media hora después, Sidney Archer, hecha un basilisco, entró en el despacho de Nathan Gamble, escoltada por Richard Lucas. Detrás de la pareja venía Quentin Rowe, con una expresión de asombro. Sidney se acercó a la enorme mesa de Gamble y le arrojó el ejemplar del *Post* sobre la falda.

—Espero que tenga algunos abogados muy buenos en juicios por calumnias. — Estaba tan furiosa que Lucas se adelantó, pero Gamble le hizo retroceder con un gesto. El presidente de Tritón cogió el periódico y les echó una ojeada a los titulares. Después miró a Sidney.

—Yo no escribí esto.

—¡Y una mierda!

Gamble apagó el cigarrillo y se puso de pie.

—Perdone, señora, pero o mucho me equivoco o aquí el cabreado tendría que ser yo.

—Aquí dice que mi marido sabotó a un avión, vendió secretos y le robó dinero. No es más que una sarta de mentiras y usted lo sabe.

Gamble rodeó la mesa y se acercó a Sidney con una expresión feroz.

—Deje que le diga lo que sé, señora. Me han robado una montaña de dinero; eso es un hecho. Y su marido le dio a RTG todo lo que necesita para hundir mi compañía. Eso es otro hecho. Qué se supone que debo hacer, ¿darle a usted una maldita medalla?

—No es verdad.

—¡Sí que lo es! —Gamble le acercó una silla—. ¡Siéntese!

Gamble abrió un cajón de la mesa, sacó una cinta de vídeo y la arrojó a Lucas.

Luego, apretó un botón de la consola y se deslizó un tabique de la pared para dejar a la vista un equipo de televisor y vídeo. Mientras Lucas cargaba la cinta, Sidney se sentó; le temblaban las piernas. Miró a Quentin Rowe, quieto como una estatua en un rincón del despacho. El joven no le quitaba la mirada de encima. Nerviosa, se pasó la lengua por los labios reseco y volvió a centrar la mirada en la pantalla gigante del televisor.

El corazón le dio un vuelco al ver a su marido. Solo había escuchado su voz desde aquel horrible día, y era como si hubiese pasado una eternidad. Al principio, solo se fijó en los movimientos ágiles que le eran tan conocidos. Después se centró en el rostro y soltó una exclamación ahogada. Nunca le había visto tan nervioso, sometido a tanta tensión. La entrega del maletín, el estruendo del avión, las sonrisas de los hombres, la lectura de los documentos, todas esas cosas estaban en un segundo plano, mientras miraba a Jason. Sus ojos enfocaban de cuando en cuando la hora y la fecha que aparecían en una esquina de la imagen, y sufrió otra sacudida cuando comprendió el significado de los números. Se acabó la cinta y la pantalla del televisor quedó a oscuras. Sidney volvió la cabeza y descubrió que las miradas de todos los presentes estaban centradas en ella.

—El intercambio tuvo lugar en unos locales de RTG en Seattle mucho después de que aquel avión se estrellara contra el suelo —manifestó Gamble detrás de Sidney—. Si todavía quiere demandarme, adelante, hágalo. Pero le aviso que si perdemos CyberCom le costará cobrar la indemnización.

Sidney se levantó. Gamble buscó algo detrás de la mesa.

—Aquí tiene su periódico.

El magnate le arrojó el periódico, y ella, aunque apenas podía mantenerse en pie, lo cogió al vuelo. Un segundo después, se había marchado.

Sidney entró en el garaje y oyó el ruido de la puerta automática al cerrarse. Temblaba de un modo convulso y le costaba trabajo respirar a causa del llanto. Fue a coger el periódico y entonces vio la mitad inferior de la portada. Sufrió otra conmoción, y esta mezclada con un componente muy claro de miedo incontrolable.

La fotografía del hombre era de hacía unos años, pero el rostro era inconfundible. Ahora conoció su nombre: Edward Page. Había sido investigador privado en la ciudad durante cinco años después de haber pasado diez como agente de la policía neoyorquina. Había sido el fundador y único empleado de Private Solutions. Page había sido la víctima mortal de un robo en el aparcamiento del aeropuerto Nacional. Divorciado, dejaba atrás dos hijos.

Los ojos conocidos la contemplaron desde las profundidades de la página, y un estremecimiento helado le recorrió todo el cuerpo. Para ella era evidente que la muerte de Page no era obra de un ladrón que buscaba tarjetas de crédito y unos cuantos dólares. Unos pocos minutos después de hablar con ella, el hombre estaba muerto. Tenía que ser muy tonta para atribuir el asesinato a una coincidencia. Salió del Ford y entró corriendo en la casa.

Sacó la brillante Smith & Wesson Slim Nine niquelada que guardaba en una caja metálica dentro del armario del dormitorio y se apresuró a cargarla. Las balas HydraShok de punta hueca serían muy efectivas contra cualquiera que intentara atacarla. Sacó el billetero. El permiso para llevar armas estaba vigente.

En el momento en que devolvía la caja a su sitio, en el estante superior del armario, el arma se le cayó del bolsillo y golpeó contra el borde de la mesita de noche antes de aterrizar sobre la alfombra. Gracias a Dios tenía el seguro puesto. Al recogerla, advirtió que se había saltado un trocito del plástico de la culata, pero todo lo demás estaba intacto. Pistola en mano, volvió al garaje y subió al Ford.

De pronto se quedó inmóvil. Acababa de oír un ruido procedente de la casa. Quitó el seguro del arma y apuntó hacia la puerta interior. Con la otra mano intentó meter la llave de contacto. Con las prisas, se cortó un dedo con una de las llaves. Apretó el botón del mando a distancia colocado en la visera. Su corazón parecía estar a punto de estallar mientras esperaba que la puerta acabara de subir. Mantuvo la mirada en la puerta interior, atenta a que se abriera en cualquier momento.

Recordó los detalles del artículo sobre el asesinato de Edward Page. Había dejado dos hijos. Su rostro perdió todo el color. No dejaría a su niñita sin madre. Empuñó con fuerza la culata del arma. Apretó el botón colocado en el reposabrazos de la puerta y bajó la ventanilla del pasajero. Ahora disponía de una línea de tiro despejada hacia la puerta interior. Nunca había utilizado el arma para disparar contra otra cosa excepto las dianas de práctica. Pero haría todo lo posible por matar a aquel que cruzara la puerta.

No vio al hombre que se agachó para pasar por la abertura de la puerta del garaje que continuaba subiendo. El hombre se acercó sin perder un segundo a la puerta del conductor, con un arma en la mano. En aquel instante, la puerta interior comenzó a abrirse. Sidney apretó con tanta fuerza la culata que las venas se le marcaron en el dorso de las manos. El dedo índice tiró suavemente del gatillo.

—¡Por amor de Dios, señora! ¡Bájela, ahora! —gritó el hombre que estaba junto al Ford, con el arma apuntada a través de la ventanilla a la sien izquierda de Sidney.

La muchacha volvió la cabeza y se encontró con el agente Ray Jackson. De pronto, la puerta interior se abrió de golpe y se estrelló contra la pared. Sidney volvió a mirar en aquella dirección y vio cruzar por la abertura el corpachón de Lee Sawyer, que trazaba grandes arcos con la pistola apuntando a los vehículos.

Ray Jackson, con la pistola preparada, abrió la puerta del Ford y miró a Sidney y al arma que había estado a un punto de abrirle un agujero en el cuerpo de su compañero.

—¿Se ha vuelto loca? —exclamó Jackson.

El agente tendió una mano por encima de la falda de Sidney, cogió el arma y le colocó el seguro. Sidney no hizo nada por impedirlo, pero entonces una expresión de furia iluminó su rostro.

—¿Cómo se les ocurre entrar en mi casa sin avisar? Podría haber disparado contra

usted.

Lee Sawyer guardó su pistola en la cartuchera y se aproximó al vehículo.

—La puerta principal estaba abierta, señora Archer. Creímos que le había pasado algo cuando no respondió a nuestra llamada.

La sinceridad en el tono apaciguó en el acto la furia de Sidney. Había dejado la puerta abierta cuando corrió a atender la llamada de su padre. Hizo un esfuerzo para no vomitar. Tenía el cuerpo empapado en sudor. Se estremeció cuando un viento helado se coló en el garaje por la puerta abierta.

—¿Va a alguna parte? —Sawyer miró al vehículo y después a la mujer que estaba sentada al volante, con una expresión del más total desconsuelo.

—Solo iba a dar una vuelta —contestó Sidney con voz débil. No se atrevió a mirar al agente. Pasó las manos por el volante. El sudor de las palmas brilló sobre la superficie acolchada.

—¿Siempre lleva la correspondencia en el asiento del pasajero? —preguntó Sawyer al ver el montón de sobres.

—No sé cómo llegó aquí. Supongo que los dejaría mi padre antes de marcharse.

—Eso es. Inmediatamente después de que usted se marchara. Por cierto, ¿qué tal el viaje a Nueva Orleans? ¿Se lo pasó bien?

Sidney miró al hombre con ojos apagados. Sawyer la sujetó por el codo.

—Usted y yo tenemos que hablar, señora Archer.

Antes de salir del coche, Sidney recogió la correspondencia y se metió el *Post* debajo del brazo. Fuera de la vista de los agentes, se guardó el disquete en un bolsillo. Se apeó del Ford y miró la pistola que Jackson le había confiscado.

—Tengo permiso para llevar armas —dijo, y se lo mostró.

—¿Le importa si la descargo antes de devolvérsela?

—Si así se siente más seguro... —replicó ella. Apretó el botón para cerrar la puerta del garaje, cerró la puerta del coche y se encaminó hacia la casa—. Pero no se olvide de dejar las balas.

Jackson la miró asombrado mientras los dos agentes la seguían.

—¿Quieren tomar café? ¿Comer alguna cosa? Todavía es muy temprano —dijo Sidney con un tono acusador.

—Un café no nos vendrá mal —respondió Sawyer, sin hacer caso del tono. Jackson se limitó a asentir.

Sidney se ocupó de servir el café, y Sawyer aprovechó la oportunidad para observarla. El pelo rubio sin lavar le enmarcaba el rostro carente de maquillaje y que se veía más tenso y macilento que en su visita anterior. Las prendas le quedaban un poco holgadas por la pérdida de peso. Sin embargo, los ojos verdes no habían perdido ni una pizca de encanto. Advirtió el leve temblor de las manos mientras manejaba la cafetera. Era obvio que estaba en el límite. Reconoció a regañadientes que la mujer se enfrentaba de una manera admirable a una pesadilla que cada día se hacía más grande. Pero todo el mundo tenía un límite. Esperaba saber cuál era el de Sidney antes de que se acabara este caso.

Sidney puso las tazas en una bandeja junto con el azúcar y la leche. De la panera sacó un surtido de bollos, madalenas y rosquillas. Cogió la bandeja y la dejó en el centro de la mesa de la cocina. Dejó que los agentes se sirvieran a su gusto y mordisqueó una rosquilla.

—Buenas madalenas. Gracias. Por cierto, ¿siempre va armada? —Sawyer la miró, atento a la respuesta.

—Ha habido algunos robos en el vecindario. He tomado clases para aprender a usarla. Además, estoy habituada a las armas. Mi padre y mi hermano mayor, Kenny, estuvieron en el cuerpo de Marines. También son grandes cazadores. Kenny posee una magnífica colección de armas. Cuando era una adolescente, mi padre me llevaba al tiro al plato y al blanco. He disparado con toda clase de armas y soy muy buena tiradora.

—Sostenía la pipa muy bien en el garaje —comentó Jackson. Vio el desperfecto en la culata—. Espero que no se le haya caído cuanto estaba cargada.

—Soy muy cuidadosa con las armas de fuego, señor Jackson, pero gracias por su preocupación.

Jackson miró la pistola una vez más antes de acercársela junto con el cargador.

—Un arma muy bonita. Liviana. Yo también uso munición Hydra Shok; excelente fuerza de impacto. Todavía queda una bala en la recámara.

—Está equipada con un seguro de cargador. No dispara si no tiene puesto el cargador. —Sidney tocó la pistola con un gesto precavido—. No me gusta guardarla en la casa, sobre todo por Amy, aunque la tengo descargada y metida en una caja cerrada con llave.

—Entonces, no le será muy útil en caso de robo —señaló Sawyer entre un mordisco a una madalena y un trago de café caliente.

—Eso si a una la pillan por sorpresa. Yo intento estar alerta. —Después de lo que acababa de ocurrir, intentó no pasar por tonta.

—¿Le importaría decirme por qué hizo el viaje a Nueva Orleans? —preguntó Sawyer, que apartó el plato de pastas.

Sidney levantó el periódico y lo desplegó para que se viera el titular.

—¿Por qué? ¿Se ha convertido en periodista y quiere información para su próximo artículo? Por cierto, gracias por destrozar mi vida.

Sidney arrojó el periódico sobre la mesa con una expresión airada y miró en otra dirección. Un tic muscular apareció sobre su ojo izquierdo. Se sujetó al borde de la vieja mesa de pino para controlar sus temblores.

Sawyer echó una ojeada a la primera página del periódico.

—No veo aquí nada que no sea verdad. Su marido es sospechoso de estar implicado en el robo de secretos a su compañía. Además, no estaba en el avión donde se suponía que estaba. Aquel avión acabó destrozado en la mitad de un campo. Su marido está vivito y coleando. —Al ver que ella no respondía Sawyer estiró una mano sobre la mesa y le tocó el codo—. Acabo de decir que su marido está vivo, señora Archer. Eso no parece sorprenderla. ¿Me hablará ahora del viaje a Nueva Orleans?

Sidney se volvió lentamente para mirarle, con una sorprendente expresión de calma en el rostro.

—¿Dice que está vivo?

Sawyer asintió.

—Entonces, ¿por qué no me dice dónde está?

—Iba a hacerle la misma pregunta.

Sidney se apretó el muslo con los dedos hasta hacerse daño.

—No he visto a mi marido desde aquella mañana.

—Escuche, señora Archer, corte el rollo. Usted recibió una llamada misteriosa y tomó un avión a Nueva Orleans, después de malgastar el tiempo en un funeral por su querido difunto, que resultó no ser tal. Dejó el taxi y se metió en el metro, sin preocuparse de la maleta. Les dio esquinazo a mis muchachos y se largó al sur. Se alojó en un hotel, donde estoy seguro que estaba citada con su marido. —Hizo una pausa para mirar a Sidney, que mantenía una expresión imperturbable—. Salió a dar un paseo, se hizo limpiar los zapatos por un amable limpiabotas que es el único al que

he visto rechazar una propina. Hace una llamada, y entonces sale pitando de regreso a Washington. ¿Qué me dice de todo esto?

Sidney inspiró de una forma casi imperceptible y después miró a Sawyer.

—Dice que recibí una llamada misteriosa. ¿Quién se lo dijo?

Los agentes intercambiaron una mirada y Sawyer contestó a la pregunta.

—Tenemos nuestras fuentes, señora Archer. También comprobamos su registro de llamadas.

Sidney cruzó las piernas y se inclinó un poco sobre la mesa.

—¿Se refiere a la llamada de Henry Wharton?

—¿Me está diciendo que habló con Wharton? —No había esperado que ella cayera en la trampa con los ojos cerrados, y no resultó desilusionado.

—No, lo que digo es que hablé con alguien que dijo ser Henry Wharton.

—Pero habló con alguien.

—No.

—Tenemos un registro de la llamada. Usted estuvo al teléfono unos cinco minutos. ¿Se trataba de una llamada obscena o qué?

—No tengo por qué estar aquí sentada y aguantar que usted o cualquier otro me insulte. ¿Está claro?

—Está bien, perdone. ¿Quién era?

—No lo sé.

Sawyer se irguió bruscamente y descargó un tremendo puñetazo sobre la mesa. Sidney casi se cayó de la silla.

—Venga ya...

—Le digo que no lo sé —le interrumpió Sidney, furiosa—. Creía que era Henry, pero no era él. La persona no dijo ni una palabra. Colgué el teléfono después de unos segundos. —Sintió que el corazón se le subía a la garganta cuando se dio cuenta de que le estaba mintiendo al FBI.

—Los ordenadores no mienten, señora Archer —replicó Sawyer con un tono de cansancio. Pero por dentro hizo una mueca al recordar por un instante el fiasco con Riker—. El registro telefónico dice cinco minutos.

—Mi padre atendió el teléfono en la cocina y después lo dejó en el mostrador mientras iba a avisarme. Ustedes dos se presentaron más o menos en el mismo momento. ¿No cree que cabe la posibilidad de que se olvidara de colgarlo? ¿No justificaría eso los cinco minutos? Quizá quiere llamarle y preguntárselo. Puede usar el teléfono. Está allí. —Sidney señaló el teléfono instalado en la pared junto a la puerta.

Sawyer miró el teléfono y se tomó un momento para pensar. Estaba seguro de que la mujer le mentía, pero lo que decía era plausible. Se había olvidado de que estaba hablando con una abogada muy experta.

—¿Quiere llamarle? —repitió Sidney—. Sé que está en casa porque llamó hace unos minutos. Lo último que le oí decir fue que pensaba presentar una demanda

contra el FBI y Tritón.

—Quizá lo llame más tarde.

—Muy bien. Pero si lo llama ahora se ahorrará el acusarme después de haberme puesto de acuerdo con mi padre para que le mienta. —Su mirada se clavó en las facciones preocupadas del agente—. Y ya que estamos en eso, vamos a ocuparnos de sus otras acusaciones. Dice que les di esquinazo a sus hombres. Dado que no sabía que me seguían, es imposible que les diera «esquinazo». Mi taxi estaba metido en un atasco. Creí que perdería el vuelo, así que tomé el metro. Como hacía años que no viajaba en metro, me bajé en la estación del Pentágono porque no recordaba si tenía que hacer transbordo para llegar al aeropuerto. Cuando me di cuenta del error volví a subir al mismo tren. No cargué con la maleta porque no quería arrastrarla por el metro, sobre todo si tenía que correr para llegar al avión. Si me hubiese quedado en Nueva Orleans habría llamado para que me la mandaran en un vuelo posterior. He estado muchas veces en Nueva Orleans. Siempre me lo he pasado muy bien allí. Me pareció un lugar lógico, aunque últimamente no pienso con mucha lógica. Me limpiaron los zapatos. ¿Es ilegal? —Miró a los dos hombres—. Supongo que enterrar al cónyuge cuando no se tiene el cadáver es una experiencia por la que no han pasado.

Sidney cogió el periódico y lo arrojó al suelo, furiosa.

—El hombre de esa historia no es mi marido. ¿Sabes cuál era nuestra idea de una aventura? Hacer una barbacoa en el jardín en el invierno. La cosa más arriesgada que le he visto hacer a Jason ha sido conducir demasiado deprisa sin llevar puesto el cinturón de seguridad. Jamás se hubiera involucrado en el sabotaje a un avión. Sé que no me creen, pero lo cierto es que me importa un pimiento.

Se puso de pie y caminó un par de pasos. Se apoyó en el frigorífico.

—Necesitaba marcharme. ¿Necesito decirles por qué? ¿Es necesario? —Su voz se convirtió casi en un grito y después apretó los labios.

Sawyer se dispuso a responder pero cerró la boca al ver que Sidney levantaba la mano para añadir algo más con un tono más tranquilo.

—Me quedé en Nueva Orleans solo un día. De pronto se me ocurrió que no podría escapar de la pesadilla en que se ha convertido mi vida. Tengo una niña pequeña que me necesita. Y yo la necesito a ella. Es lo único que me queda. ¿Lo comprende? ¿Alguno de los dos lo comprende?

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Sidney. Cerró y abrió las manos mientras intentaba no jadear. Entonces volvió a sentarse bruscamente.

Ray Jackson se entretuvo unos segundos con la taza de café y miró a su compañero.

—Señora Archer, Lee y yo tenemos familia. No puedo imaginar lo que está pasando usted en estos momentos. Tiene que comprender que solo intentamos hacer nuestro trabajo. Hay un montón de cosas que no tienen sentido. Pero una cosa es segura. Han muerto todos los pasajeros de un avión y el responsable pagará por ello.

Sidney volvió a levantarse. Le temblaban las piernas y lloraba a moco tendido. Echaba chispas por los ojos y su voz era muy aguda, casi histérica.

—¿Cree que no lo sé? Yo estuve allí. ¡En aquel infierno! —La voz subió un tono más, las lágrimas le mojaron la blusa, y los ojos parecían querer salirse de las órbitas—. ¡Lo vi! —Dirigió una mirada feroz a los dos agentes ¡Todo! El... el zapatito... el zapatito de bebé.

Sidney soltó un gemido y se desplomó sobre la silla. Los sollozos sacudían su cuerpo con tanta fuerza que parecía como si en la espalda estuviese a punto de hacer erupción un volcán que escupiría más miseria de la que ningún ser humano podría aguantar.

Jackson se levantó para ir a buscarle un pañuelo de papel.

Sawyer exhaló un suspiro, puso una de sus manazas sobre la de Sidney y se la apretó con dulzura. El zapatito de bebé. El mismo que él había tenido en su mano y que le había hecho llorar. Por primera vez se fijó en la alianza y el anillo de bodas de Sidney. Eran sencillos pero hermosos, y estaba seguro de que ella los había llevado con orgullo todos estos años. Jason podía o no haber hecho algo malo, pero tenía una mujer que le amaba, que creía en él. Sawyer se descubrió a sí mismo deseando que Jason fuese inocente, a pesar de todas las pruebas en contra. No quería que tuviera que enfrentarse a la realidad de la traición. Le rodeó los hombros con el brazo. Su cuerpo se estremeció y se sacudió con cada convulsión de la mujer. Le susurró al oído palabras de consuelo, en un intento desesperado para que volviera en sí. Por un instante, revivió la ocasión en que había abrazado a otro joven de esta manera. Aquella catástrofe había sido un baile de promoción que había acabado mal. Había sido una de las pocas veces en que había estado allí para uno de sus hijos. Había sido maravilloso rodear con sus brazos musculosos aquel cuerpo menudo, y dejar que su dolor, su vergüenza, se descargara en él. Sawyer volvió a centrarse en Sidney Archer. Decidió que ya había sufrido demasiado. Este dolor no podía ser falso. Con independencia de cualquier otra cosa, Sidney Archer les había dicho la verdad, o al menos la mayor parte. Como si hubiese intuido sus pensamientos, ella le apretó la mano.

Jackson le alcanzó el pañuelo. Sawyer no vio la expresión preocupada de su compañero mientras Jackson observaba la gentileza de Sawyer en sus esfuerzos para que Sidney recobrar el control. Las cosas que le decía, la manera de protegerla con los brazos. Era obvio que Jackson no estaba nada satisfecho con su compañero.

Unos minutos después, Sidney estaba sentada delante del fuego que Jackson se había apresurado a encender en la chimenea. El calor era reconfortante. Sawyer miró a través del ventanal y vio que volvía a nevar. Echó una ojeada a la habitación y se fijó en las fotos sobre la repisa de la chimenea: Jason Archer, un joven en el que nada indicaba que pudiera ser el autor de uno de los crímenes más horribles; Amy Archer, una de las niñas más bonitas que Sawyer hubiese visto, y Sidney Archer, preciosa y encantadora. Una familia perfecta, al menos en la superficie. Sawyer había dedicado

veinticinco años de su vida a escarbar sin tregua debajo de la superficie. Esperaba con ansia el día en que no tuviese que hacerlo. El momento en que sumergirse en los motivos y las circunstancias que convertían a seres humanos en monstruos fuese la tarea de otro. Hoy, sin embargo, era su deber. Apartó la mirada de la foto y miró al ser real.

—Lo siento. Al parecer, pierdo el control cada vez que ustedes dos aparecen. — Sidney pronunció las palabras lentamente, con los ojos cerrados. Parecía más pequeña de lo que Sawyer recordaba, como si una crisis detrás de otra produjeran el efecto de que se hundiera sobre sí misma.

—¿Dónde está la pequeña? —preguntó el agente.

—Con mis padres —contestó Sidney en el acto.

Sawyer asintió despacio. Sidney abrió los ojos por un segundo y los cerró otra vez.

—La única vez que no pregunta por su padre es cuando está durmiendo —añadió Sidney con un murmullo, los labios temblorosos.

Sawyer se frotó los ojos inyectados en sangre y se acercó un poco más al fuego.

—¿Sidney? —Ella abrió los ojos y le miró. Se arregló sobre los hombros la manta que había cogido del sofá y levantó las piernas hasta que las rodillas le tocaron el pecho—. Sidney, usted dijo que fue al lugar del accidente. Sé que es verdad. ¿Recuerda haberse llevado a alguien por delante? Todavía me duele la rodilla.

Sidney se sobresaltó. Sus ojos parecieron dilatarse del todo y después volvieron al tamaño normal.

—Tenemos el informe de uno de los agentes que estaba de servicio aquella noche. ¿El agente McKenna?

—Sí, fue muy amable conmigo.

—¿Por qué fue allí, Sidney?

Sidney no respondió. Se rodeó las piernas con los brazos. Por fin, levantó la mirada pero sus ojos miraban más a la pared que tenía delante que a los dos agentes. Parecía estar mirando a un lugar muy lejano, como si estuviese volviendo a las espantosas profundidades de un enorme agujero en la tierra, a una cueva que, en aquel momento según creía, se había engullido a su marido.

—Tuve que hacerlo —contestó Sidney, y cerró la boca.

Jackson comenzó a decir alguna cosa, pero Sawyer lo detuvo con un gesto.

—Tuve que hacerlo —repitió Sidney. Una vez más comenzó a llorar pero la voz se mantuvo firme—. La vi en la televisión.

—¿Qué? —Sawyer se echó un poco hacia delante, ansioso—. ¿Qué vio?

—Vi su bolsa. La bolsa de Jason. —Le temblaron los labios al pronunciar su nombre. Se llevó una mano trémula a la boca como si quisiera contener el dolor concentrado allí. Bajó la mano—. Todavía veo sus iniciales en un lado. —Se interrumpió otra vez y se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano—. De pronto pensé que quizás era la única cosa... la única cosa que quedaba de él. Fui a buscarla.

El agente McKenna me dijo que no podía cogerla hasta que acabaran la investigación, así que regresé a casa con las manos vacías. Sin nada. —Pronunció estas dos últimas palabras como si fuesen un resumen de en qué se había convertido su vida.

Sawyer se echó hacia atrás en la silla y miró a su compañero. La bolsa era un callejón sin salida. Dejó transcurrir un minuto entero antes de romper el silencio.

—Cuando le dije que su marido estaba vivo, no pareció sorprenderse. —El tono de Sawyer era bajo y sereno, pero también un poco cortante.

La respuesta de Sidney fue mordaz, pero la voz sonó cansada. Era obvio que se le agotaban las fuerzas.

—Acababa de leer el artículo del periódico. Si quería sorprenderme, tendría que haber venido antes que el repartidor de diarios. —No estaba dispuesta a contarle su humillante experiencia en la oficina de Gamble.

Sawyer permaneció callado un momento. Había esperado esta respuesta absolutamente lógica, pero de todas maneras le complacía haberla escuchado de sus labios. A menudo, los mentirosos se embarcaban en complicadas historias en sus esfuerzos por no ser descubiertos.

—Vale, de acuerdo. No quiero que esta conversación se eternice, así que le haré algunas preguntas y quiero respuestas sinceras. Nada más. Si no sabe la respuesta, mala suerte. Estas son las reglas. ¿Las acepta?

Sidney no respondió. Miró con ojos cansados a los agentes. Sawyer se inclinó un poco hacia ella.

—Yo no me inventé las acusaciones contra su marido. Pero con toda sinceridad, las pruebas que hemos descubierto hasta ahora no dan una figura muy buena.

—¿Qué pruebas? —preguntó Sidney, tajante.

—Lo siento, no estoy en libertad de decirlo —respondió Sawyer—. Pero sí le diré que son lo bastante fuertes para justificar la orden de busca y captura de su marido. Si no lo sabe, todos los polis del mundo le están buscando ahora mismo.

Los ojos de Sidney brillaron al captar el significado de las palabras. Su esposo, un fugitivo buscado por todo el mundo. Miró a Sawyer.

—¿Sabía esto cuando vino a verme la primera vez?

La expresión de Sawyer reflejó su incomodidad.

—Una parte. —Se movió inquieto en la silla y Jackson lo relevó en el uso de la palabra.

—Si su marido no hizo las cosas de que le acusan, entonces no tiene nada que temer de nuestra parte. Pero no podemos hablar por los demás.

La mirada de Sidney se clavó en el agente.

—¿Qué ha querido decir con eso?

—Digamos que no hizo nada malo. Sabemos con toda certeza que no estaba en aquel avión. Entonces, ¿dónde está? Si perdió el avión por accidente, la habría llamado en el acto para avisarle de que estaba bien. Pero no lo hizo. ¿Por qué? Una

parte de la respuesta sería que se involucró en algo que no era del todo legal. Además, el plan y la ejecución nos llevan a creer que actuaron otras personas. — Jackson hizo una pausa para mirar a Sawyer, que asintió—. Señora Archer, el hombre que creíamos autor material del sabotaje fue asesinado en su apartamento. Al parecer, tenía todo listo para abandonar el país, pero alguien se encargó de cambiar el plan.

Los labios de Sidney pronunciaron la palabra «asesinado» sin sonido. Recordó a Edward Page tendido en un charco formado con su propia sangre. Muerto inmediatamente después de hablar con ella. Se arrebujó en la manta. Vaciló, mientras decidía si decirle o no a los agentes que había hablado con Page. Entonces, por alguna razón que no podía precisar, decidió callar.

—¿Cuáles son sus preguntas?

—Primero, le contaré una pequeña teoría que tengo. —Sawyer hizo una pausa mientras ponía en orden sus pensamientos—. Por ahora, aceptaremos su historia de que viajó a Nueva Orleans por un impulso. Nosotros la seguimos. También sabemos que sus padres y su hija dejaron la casa poco después.

—¿Y? ¿Para qué iban a quedarse aquí? —Sidney echó una ojeada al interior de la casa que había querido tanto. ¿Qué había aquí sino miseria?, pensó.

—Correcto. Pero veré, usted se fue, nosotros nos fuimos y también sus padres. —Hizo una pausa y esperó la reacción de Sidney.

—Si ese es el punto, me temo que no lo capto.

Sawyer se levantó y se quedó de espaldas al fuego con los brazos abiertos mientras miraba a Sidney.

—No había nada aquí, Sidney. La casa estaba sin vigilar. Da lo mismo la razón que la llevara a Nueva Orleans; la cuestión es que nos alejó de aquí. Y no quedó nadie vigilando su casa. ¿Lo ve ahora?

A pesar del calor del fuego, Sidney sintió que se le helaba la sangre. La habían utilizado de cebo. Jason sabía que el FBI la vigilaba. Él la había utilizado. Para conseguir algo de esta casa.

Sawyer y Jackson miraban a Sidney como halcones. Casi veían los procesos mentales mientras reflexionaba sobre lo que acababa de decir el agente.

Sidney miró a través del ventanal. Después miró la chaqueta sobre la mecedora. Pensó en el disquete guardado en el bolsillo. De pronto deseó acabar con la entrevista cuanto antes.

—Aquí no hay nada que le interese a nadie.

—¿Nada? —La voz de Jackson sonó escéptica—. ¿Su marido no guardaba ningún archivo o expedientes aquí? ¿Nada de eso?

—Nada relacionado con el trabajo. En Tritón son un poco paranoicos con esas cosas.

Sawyer asintió. Después de su experiencia personal en Tritón, era un comentario muy acertado.

—Sin embargo, Sidney, quizá quiera pensarlo. ¿No ha visto si faltaba alguna cosa

o que hubieran tocado algo?

—La verdad es que no me he fijado.

—Bien, si no tiene inconveniente, podríamos revisar la casa ahora mismo. — Miró a su compañero, que había fruncido el entrecejo al escuchar la petición. Después miró a Sidney a la espera de su respuesta.

Al ver que ella no decía nada, Jackson se acercó.

—Siempre podemos pedir una orden del juez. Sobran motivos. Pero nos ahorraría un montón de tiempo y problemas. Y si es como usted dice y aquí no hay nada, entonces no tendrá ningún problema, ¿verdad?

—Soy abogada, señor Jackson —dijo Sidney con un tono frío—. Conozco el procedimiento. Adelante, ustedes mismos. Por favor, perdonen la suciedad, no he tenido tiempo para hacer las tareas domésticas. —Se levantó, dejó a un lado la manta y se puso la chaqueta—. Mientras ustedes se ocupan de eso, iré a tomar un poco el aire. ¿Cuánto tardarán?

—Unas horas.

—Muy bien. Si quieren comer algo, busquen en el frigorífico. Registrar es un trabajo que da mucha hambre.

En cuanto Sidney salió de la casa, Jackson se volvió hacia su compañero.

—Es toda una tía, ¿no?

Sawyer miró la figura que caminaba hacia el garaje.

—Sí que lo es.

Sidney regresó al cabo de varias horas.

—¿Han encontrado alguna cosa? —Miró a los dos hombres despeinados.

—Nada de interés —replicó Jackson con un tono de reproche.

—Ese no es mi problema, ¿no?

Los dos agentes se miraron durante un momento.

—¿Tienen más preguntas? —preguntó Sidney.

Los dos agentes se marcharon al cabo de una hora. En el momento que salían de la casa, Sidney puso una mano sobre el brazo de Sawyer.

—Es evidente que usted no conoce a mi marido. Si le conociera, nunca habría pensado que él... —los labios de Sidney se movieron, pero por un momento no se escuchó sonido alguno—. El nunca se hubiera complicado en el sabotaje del avión. Con toda esa gente... —Cerró los ojos y se apoyó en la puerta cuando le fallaron las piernas.

La expresión de Sawyer reflejó su malestar. ¿Cómo podía nadie creer que la persona que amaban, con la que habían tenido un hijo, podía ser capaz de algo así? Pero los seres humanos cometían atrocidades cada minuto del día; eran los únicos seres vivientes que mataban con malicia.

—Comprendo cómo se siente, Sidney —murmuró el agente.

Jackson pateó una piedra en el camino hacia el coche y miró a su compañero.

—No lo sé, Lee, las cosas no cuadran con esa mujer. Nos oculta algo.

Sawyer se encogió de hombros.

—Si yo estuviese en su posición, haría lo mismo.

—¿Mentirle al FBI? —Jackson le miró sorprendido.

—Está pillada en el medio, no sabe hacia qué lado ir. En esas circunstancias, yo también me guardaría cartas.

—Supongo que tendré que confiar en tu juicio —dijo Jackson con un tono poco convencido mientras subía al coche.

Sidney corrió hacia el teléfono pero se detuvo bruscamente. Miró el aparato como si fuese una cobra dispuesta a clavarle el veneno. Si el difunto Edward Page le había pinchado el teléfono, era lógico suponer que lo podrían haber hecho otros. Apartó la mano y miró al teléfono móvil que se estaba recargando en el mostrador de la cocina. ¿Sería seguro utilizarlo? Descargó un puñetazo de rabia contra la pared mientras se imaginaba a centenares de ojos electrónicos que vigilaban y grababan todos sus movimientos. Cogió el buscpersonas y lo guardó en el bolso, en la creencia de que era una forma de comunicación más o menos segura. Y si no lo era, tendría que conformarse. Metió la pistola cargada en el bolso y corrió al garaje. Tenía el disquete en el bolsillo, pero tendría que esperar de momento. Ahora tenía que hacer algo mucho más importante.

Sidney aparcó el Ford en el aparcamiento del McDonald's, entró en el local, pidió un desayuno para llevar y después fue a la cabina de teléfonos en el vestíbulo, junto a los lavabos. Marcó un número mientras miraba hacia el aparcamiento, atenta a cualquier señal del FBI. No vio nada anormal. Perfecto, se suponía que eran invisibles. Pero se estremeció al preguntarse quién más podía estar allí.

Su padre atendió la llamada y Sidney tardó varios minutos en serenarlo. Cuando le explicó su propuesta, él volvió a enfurecerse.

—¿Por qué demonios quieres que haga eso?

—Por favor, papá. Quiero que tú y mamá os vayáis, y que os llevéis a Amy con vosotros.

—Ya sabes que nunca vamos a Maine en esta época del año.

Sidney apartó un momento el auricular e inspiró con fuerza.

—Escucha, papá, tú has leído el periódico.

—Es el montón más grande de patrañas que he leído en toda mi vida, Sid...

—Papá, escúchame, no tengo tiempo para discutir. —Nunca le había levantado la voz a su padre de esa manera.

Ambos permanecieron en silencio durante un momento. Sidney fue la primera en hablar y lo hizo con voz firme.

—El FBI se acaba de marchar de mi casa. Jason estaba involucrado en algo. No sé muy bien en qué. Pero incluso si la mitad de lo que pone ese artículo es cierto... — Se estremeció—. En el vuelo de regreso de Nueva Orleans, un hombre habló conmigo. Se llamaba Edward Page. Era un detective privado. Investigaba alguna cosa relacionada con Jason.

—¿Por qué estaba investigando a Jason? —preguntó Patterson, in crédulo.

—No lo sé. No me lo quiso decir.

—Pues iremos a verle y no aceptaremos un no por respuesta.

—No se lo podemos preguntar. Lo asesinaron cinco minutos después de hablar conmigo, papá.

Bill Patterson, atónito, se quedó sin palabras.

—¿Querrás ir por favor a la casa de Maine, papá? Por favor. Cuanto antes salgas mejor.

El padre demoró la respuesta. Cuando lo hizo su voz sonó débil.

—Nos marcharemos después de desayunar. Me llevaré la escopeta por si acaso.

—Sidney aflojó los hombros, aliviada—. ¿Sidney?

—¿Sí, papá?

—Quiero que vengas con nosotros.

—No puedo hacerlo, papá —contestó, y meneó la cabeza como si su padre pudiera verla.

—¿Cómo que no? —gritó Patterson—. Estás allí sola. Eres la esposa de Jason. ¿Quién te asegura que no serás el próximo objetivo?

—El FBI me vigila.

—¿Crees que son invulnerables? ¿Que no se equivocan? No seas tonta.

—No puedo, papá. Es probable que el FBI no sea el único que me vigila. Si voy con vosotros me seguirán. —Sidney se estremeció.

—Por Dios, cariño. —Sidney escuchó con claridad la emoción en la voz de su padre—. Mira, ¿qué te parece si tu madre y Amy se van allá arriba y yo me quedo contigo?

—No quiero que ninguno de vosotros se implique en esto. Ya es suficiente conmigo. Quiero que te quedes con Amy y mamá y que las protejas. Yo cuidaré de mí misma.

—Siempre he tenido confianza en ti, nena, pero esto es diferente. Si esas personas ya han matado... —Bill Patterson se interrumpió. La perspectiva de perder a su hija menor a manos de unos asesinos le había anonadado.

—Papá, estaré bien. Tengo mi pistola. El FBI me vigila a todas horas. Te llamaré todos los días.

—De acuerdo, pero llama dos veces al día —aceptó Patterson, resignado.

—Vale, dos veces. Un beso a mamá de mi parte. Sé que el artículo la habrá asustado, pero no le cuentes esta conversación.

—Sid, tu madre no es tonta. Se preguntará por qué nos vamos de pronto a Maine en esta época del año.

—Por favor, papá, invéntate algo.

—¿Alguna cosa más?

—Dile a Amy que la quiero. Dile que yo y su papá la queremos más que a nada en el mundo. —Las lágrimas aparecieron en los ojos de Sidney mientras pensaba en la única cosa que deseaba hacer con desesperación: estar con su hija. Pero para la seguridad de Amy, ella debía mantenerse bien lejos.

—Se lo diré, cariño —respondió Bill Patterson en voz baja.

Sidney se tomó el desayuno durante el regreso a su casa. Dejó el coche en el garaje y, un minuto más tarde, estaba sentada delante del ordenador de Jason. Había

tomado la precaución de cerrar con llave la puerta de la habitación y tenía el teléfono móvil a mano por si tenía que llamar al 091. Sacó el disquete del bolsillo, cogió la pistola y los puso sobre la mesa.

Encendió el ordenador y contempló la pantalla mientras se realizaba el proceso de arranque. Estaba a punto de meter el disco en la disquetera cuando dio un respingo al ver la cifra de la memoria disponible. Algo no estaba bien. Apretó varias teclas. Una vez más apareció en pantalla la memoria disponible en el disco duro y esta vez se mantuvo. Sidney leyó los números sin prisa: había disponibles 1 356 600 megabytes, o sea un 1.3 gigas. Miró atentamente los tres últimos números. Recordó la última vez que se había sentado delante del ordenador. Los tres últimos números de la memoria disponible habían formado la fecha del cumpleaños de Jason: siete, cero, seis, un hecho que había provocado su llanto. Se había venido abajo otra vez. Ahora estaba preparada, pero había menos memoria disponible. ¿Cómo podía ser? No había tocado el ordenador desde... ¡Maldita sea!

Se le hizo un nudo en la boca del estómago. Se levantó de un salto, recogió la pistola y el disquete. Le entraron ganas de disparar contra la pantalla del ordenador. Sawyer había acertado solo en una cosa. Alguien había entrado en la casa mientras ella estaba en Nueva Orleans. Pero no había venido a llevarse algo. En cambio, había dejado algo instalado en el ordenador. Algo de lo que ahora huía como algo que lleva el diablo.

Tardó diez minutos en llegar al McDonald's y descolgar el teléfono público. La voz de su secretaria sonó tensa.

—Hola, señora Archer.

¿Señora Archer? Su secretaria llevaba con ella casi seis años y a partir del segundo día nunca más la había llamado señora Archer. Sidney lo dejó correr por el momento.

—Sarah, ¿está Jeff?

Jeff Fisher era el genio de la informática en Tylery Stone.

—No estoy segura. ¿Quiere que le pase con su ayudante, señora Archer?

Sidney no aguantó más.

—Sarah, ¿a qué demonios viene esto de señora Archer?

Sarah no respondió inmediatamente, pero después comenzó a susurrar a toda prisa.

—Sid, todo el mundo ha leído el artículo del periódico. Lo han transmitido por fax a todas las oficinas. La gente de Tritón amenaza con retirarnos la cuenta. El señor Wharton está furioso. Y no es ningún secreto que los jefazos te echan la culpa.

—Estoy tan a oscuras como todos los demás.

—Bueno, ya sabes, ese artículo te hace aparecer...

—¿Quieres ponerme con Henry? Aclararé todo este asunto.

La respuesta de Sarah fue como un puñetazo para su jefa.

—El comité de dirección ha mantenido una reunión esta mañana. Celebraron una

teleconferencia con todas las demás oficinas. El rumor dice que han preparado una carta para enviarte.

—¿Una carta? ¿Qué clase de carta? —El asombro de Sidney iba en aumento. Oía al fondo el rumor de la gente que pasaba junto a la mesa de la secretaria. Desaparecieron los ruidos y sonó otra vez la voz de Sarah todavía más baja.

—No... no sé cómo decírtelo, pero he oído que es una carta de despido.

—¿Despido? —Sidney puso una mano en la pared para sostener se—. ¿Ni siquiera me han acusado de nada y ellos ya me han juzgado, condenado y ahora me sentencian? ¿Todo por un artículo publicado por un único periódico?

—Creo que aquí todo el mundo está preocupado por la supervivencia de la firma. La mayoría de la gente señala con el dedo. Y además —añadió Sarah de prisa—, está lo de tu marido. Descubrir que Jason está vivo. La gente se siente traicionada, de verdad.

Sidney soltó el aire de los pulmones y aflojó los hombros. Sintió cómo el cansancio la aplastaba.

—Por Dios, Sarah, ¿cómo crees que me siento yo? —La secretaria no respondió. Sidney tocó el disquete metido en el bolsillo. El bulto de la pistola debajo de la chaqueta le molestaba. Tendría que acostumbrarse—. Sarah, ojalá pudiera explicártelo, pero no puedo. Lo único que te puedo decir es que no he hecho nada malo y no sé qué diablos le ha pasado a mi vida. No dispongo de mucho tiempo. ¿Podrías averiguar si está Jeff? Por favor, Sarah.

—Espera un momento, Sid.

Resultó que Jeff se había tomado unos días libres. Sarah le dio el número de su casa. Sidney rogó para que no se hubiera marchado de la ciudad. Dio con él alrededor de la una. Su plan original había sido ver le en la oficina. Sin embargo, ahora eso era imposible. Se puso de acuerdo con él para ir a verle a su casa de Alexandria. Al parecer, como llevaba dos días fuera de la oficina, no se había enterado de los rumores. Se mostró encantado de poder ayudarla cuando Sidney le explicó que tenía un problema con el ordenador. Tenía que ocuparse de algunos asuntos, pero estaría a su disposición a partir de las ocho. Tendría que esperar hasta entonces.

Dos horas más tarde, el timbre de la puerta sobresaltó a Sidney, que se paseaba impaciente por la sala. Espió a través de la mirilla y abrió la puerta un tanto sorprendida. Sawyer no esperó a que le invitaran a entrar. Atravesó el recibidor y se sentó en una de las sillas delante de la chimenea.

—¿Dónde está su compañero?

—He estado en Tritón —dijo Sawyer sin hacer caso a la pregunta—. No me dijo que les había hecho una visita esta mañana.

Ella se plantó delante del agente, con los brazos cruzados. Se había duchado y ahora vestía una falda negra plisada y un suéter blanco con escote en uve. Llevaba el

pelo húmedo peinado hacia atrás. Iba descalza, las piernas enfundadas en las medias. Los zapatos estaban junto al sofá.

—No me lo preguntó.

—¿Qué opina del vídeo de su marido?

—No le he hecho mucho caso.

—Sí, ¿y qué más?

Sidney se sentó en el sofá, con las piernas recogidas debajo de la falda antes de responder.

—¿Qué es lo que quiere? —replicó con voz tensa.

—La verdad no estaría mal para empezar. A partir de ella podríamos buscar algunas soluciones.

—¿Como encerrar a mi marido en la cárcel para el resto de su vida? —preguntó Sidney con un tono acusatorio—. Esa es la solución que quiere, ¿no?

Sawyer jugueteó distraído con la placa que llevaba sujeta al cinto. Su expresión severa desapareció. Cuando volvió a mirarla, sus ojos reflejaban cansancio, y su corpachón se inclinaba hacia un lado.

—Escuche, Sidney, como le dije, yo estuve aquella noche en el lugar del accidente. Yo también tuve en mi mano el zapatito. —Al agente comenzó a fallarle la voz. Las lágrimas brillaron en los ojos de Sidney, pero no desvió la mirada aunque su cuerpo comenzó a temblar. Sawyer volvió a hablar en voz baja pero clara—. He visto las fotos de una familia muy feliz por toda la casa. Un marido guapo, una niña preciosa y... —hizo una pausa—..., una madre y esposa muy bella.

Las mejillas de Sidney enrojecieron al escuchar las palabras, y Sawyer, avergonzado, se apresuró a seguir.

—Para mí no tiene sentido que su marido, incluso si le robó a su empresa, pueda estar implicado en el atentado contra el avión. —Una lágrima resbaló por la mejilla de Sidney y aterrizó sobre el sofá—. No quiero mentirle. No le diré que creo que su marido es del todo inocente. Por el bien de usted ruego a Dios que lo sea y que todo este embrollo tenga una explicación. Pero mi trabajo es encontrar al que derribó el avión y mató a toda aquella gente. —Cogió aliento—. Incluido el propietario del zapatito. —Hizo otra pausa—. Y juro que cumpliré con mi trabajo.

—Continúe —le alentó Sidney, que con una mano retorció nerviosa el borde de la falda.

—Su marido es la mejor pista que tengo hasta ahora. La única manera de seguir esa pista es a través de usted.

—¿Quiere que le ayude a capturar a mi marido?

—Quiero que me diga cualquier cosa útil que me ayude a llegar al fondo de todo esto. ¿No desea usted lo mismo?

Ella tardó casi un minuto entero en responder y, cuando lo hizo, la voz sonó entrecortada por los sollozos.

—Sí. —Volvió a guardar silencio hasta que por fin miró al agente—. Pero mi

hijita me necesita. No sé dónde está Jason, y si yo también desapareciera... —Su voz se apagó.

Sawyer pareció confuso durante un momento, y entonces comprendió lo que ella había dicho. Estiró el brazo y cogió una de las manos de la joven.

—Sidney, no creo que usted tenga nada que ver con todo esto. Puede estar segura de que no la arrestaré para apartarla del lado de su hija. Quizá no me haya contado toda la historia, pero caray, es humana como cualquiera. Ni siquiera concibo la presión que está soportando. Por favor, créame y confíe en mí. —Le soltó la mano y se echó hacia atrás en la silla.

Sidney se enjugó las lágrimas, y recobrada la compostura, esbozó una sonrisa. Inspiró con fuerza antes de sincerarse.

—Era mi marido el que llamó el día que vino usted. —Miró a Sawyer como si todavía esperara que él sacara las esposas, pero el agente solo se echó un poco hacia delante, con el entrecejo fruncido.

—¿Qué dijo? Intente recordarlo con la mayor precisión que le sea posible.

—Dijo que las cosas estaban mal, pero que me lo explicaría cuando volviéramos a vernos. Estaba tan entusiasmada con el hecho de que estuviera con vida, que no le hice muchas preguntas. También me llamó desde el aeropuerto antes de coger el avión el día del accidente. —Sawyer la miró atento—. Pero no tuve tiempo de hablar con él.

Sidney resistió el ataque de culpa cuando recordó el episodio. Después le habló a Sawyer de las noches que pasaba Jason en la oficina y de la conversación mantenida con Jason durante la madrugada antes de su partida.

—¿Él le sugirió el viaje a Nueva Orleans?

—Me dijo que esperara en el hotel y que si no se ponía en contacto conmigo en el hotel, debía ir a Jackson Square. Allí me haría llegar un mensaje.

—El limpiabotas, ¿no?

Sidney asintió, y Sawyer exhaló un suspiro.

—Entonces, ¿fue a Jason al que llamó desde la cabina pública?

—En realidad, el mensaje decía que llamara a mi oficina, pero Jason atendió la llamada. Me pidió que no dijera nada, que la policía me vigilaba. Me dijo que regresara a casa y que él me llamaría cuando no hubiera peligro.

—Pero todavía no la ha llamado, ¿verdad?

—No tengo ninguna noticia. —Sidney meneó la cabeza.

—¿Sabe una cosa, Sidney? Su lealtad es admirable. Ha cumplido con las sagradas promesas del matrimonio hasta límites imposibles, porque no creo que incluso Dios en persona pudiera imaginar esa clase de «adversidades».

—¿Pero? —Sidney le miró, intrigada.

—Pero llega un momento en que hay que mirar más allá de la devoción, de los sentimientos hacia una persona, y considerar los hechos concretos. No soy muy elocuente, pero si su marido hizo algo malo, y no digo que lo haya hecho, usted no

tiene por qué caer con él. Como usted misma ha dicho, tiene una niña pequeña que la necesita. Yo también tengo cuatro hijos; no seré el mejor padre del mundo, pero sé lo que siente.

—¿Qué me propone? —preguntó Sidney en voz baja.

—Cooperación, nada más que eso. Usted me informa y yo la informo. Aquí tiene una muestra, digamos que es un adelanto de buena fe. Lo que se publicó en el periódico es casi todo lo que sabemos. Usted vio el vídeo. Su marido se reunió con alguien y se realizó el intercambio. Tritón está convencido de que era información confidencial sobre las negociaciones con CyberCom. También tienen pruebas que vinculan a Jason con la estafa bancaria.

—Sé que las pruebas parecen abrumadoras, pero no acabo de creérmelas. De verdad, no puedo.

—Algunas veces las señales más claras apuntan en la dirección opuesta. Es mi trabajo conseguir que señalen correctamente. Admito que no considero a su marido del todo inocente, pero también creo que no es el único.

—Cree que estaba trabajando con RTG, ¿verdad?

—Es posible —reconoció Sawyer—. Estamos siguiendo esa pista junto con todas las demás. Tiene la apariencia de ser la más clara, pero nunca se sabe. —Hizo una pausa—. ¿Alguna cosa más?

Sidney vaciló por un momento mientras recordaba la conversación con Ed Page inmediatamente antes de que lo asesinaran. Entonces casi dio un respingo cuando miró la chaqueta colocada sobre la silla. Pensó en el disquete y en la cita con Jeff Fisher. Tragó saliva con el rostro arbolado.

—No que yo recuerde. No.

Sawyer la miró atentamente durante un buen rato antes de levantarse.

—Y ya que estamos intercambiando información, creo que quizá le interese saber que su camarada Paul Brophy la siguió a Nueva Orleans.

Sidney se quedó de una pieza.

—Registró su habitación mientras usted fue a desayunar. Siéntase libre de utilizar esta información como crea conveniente. —Dio un par de pasos hacia la puerta antes de levantarse—. Y para que no haya ningún error, está usted vigilada las veinticuatro horas del día.

—No pienso hacer ningún otro viaje, si se refiere a eso.

La respuesta de Sawyer la pilló por sorpresa.

—No guarde la pistola, Sidney. Téngala bien a mano, y no se olvide de cargarla. De hecho... —Sawyer se desabrochó la chaqueta, desenganchó la cartuchera del cinto, retiró la pistola y le dio la cartuchera—. Sé por experiencia que las armas en los bolsos no sirven para gran cosa. Tenga cuidado.

Salió y Sidney se quedó en el portal con los pensamientos centrados en el brutal destino del último hombre que le había dado el mismo consejo.

Lee Sawyer miró las placas de mármol blancas y negras que revestían el suelo y las paredes con dibujos triangulares asimétricos. Pensó que pretendían transmitir una sofisticada expresión artística, pero a él le producían un formidable dolor de cabeza. A través de las puertas de abedul y cristal sostenidas por columnas corintias de imitación, se filtraba el ruido de los platos y la cubertería procedente del comedor principal.

Se quitó el abrigo y el sombrero y se los dio a una joven muy bonita vestida con una minifalda negra y una camisa ajustada que realzaba un busto que no necesitaba más realce. A cambio recibió una contraseña acompañada por una sonrisa muy cálida. Una de las uñas de la joven se había deslizado de una forma deliciosa sobre la palma de su mano cuando le entregaba la contraseña, arañando la piel la medida justa para producirle un cosquilleo en las partes más discretas. Ganaría una fortuna en propinas, pensó.

Apareció el *maitre*, que miró al agente del FBI.

—El señor Fran Hardy me espera.

El hombre volvió a mirar el aspecto desastrado de Sawyer.

El agente no pasó por alto el repaso, y se tomó un momento para subirse los pantalones, un gesto muy habitual y repetido muchas veces a lo largo del día por las personas corpulentas como él.

—¿Qué tal son las hamburguesas aquí, compañero? —le preguntó. Sacó una tableta de goma de mascar, le quitó el papel y se la metió en la boca.

—¿Hamburguesas? —El hombre parecía a punto de tener un soponcio—. Aquí servimos cocina francesa, señor. La mejor de la ciudad. —Su acento rebosaba indignación.

—¿Francesa? Estupendo, entonces las patatas fritas serán cojonudas.

El *maitre* optó por cerrar la boca y guio a Sawyer a través del inmenso comedor, donde los candelabros de cristal iluminaban a una clientela que casi igualaba el resplandor de las luces.

Frank Hardy, elegante como siempre, se levantó en uno de los reservados para recibir a su amigo. Una camarera apareció en el acto.

—¿Qué bebes, Lee?

Sawyer acomodó su corpachón en el reservado.

—*Bourbon* y saliva —gruñó sin alzar la mirada.

—¿Perdón? —dijo la camarera.

Hardy se echó a reír al ver el asombro de la camarera.

—A su manera un tanto burda mi amigo le ha pedido un *bourbon* solo. A mí tráigame otro martini.

La camarera se marchó con una expresión resignada.

Sawyer se sopló la nariz y después echó una ojeada al salón.

—Caray, Frank, me alegro de que hayas escogido este lugar.

—¿Por qué?

—Porque si hubiera escogido yo, ahora estaríamos en Shoneys. Pero quizás es mejor así. Me han dicho que allí es difícilísimo reservar mesa en esta época del año.

Hardy festejó la salida de su excompañero. Se acabó la copa.

—Eres incapaz de aceptar una migaja de la buena vida, ¿verdad?

—Coño, claro que la acepto, siempre que no me toque pagar. Calculo que cenar aquí me costaría lo que tengo en el plan de jubilación.

Los dos hombres se entretuvieron charlando hasta que volvió la camarera, les sirvió las bebidas y esperó que pidieran.

Sawyer miró la carta, que estaba escrita con toda claridad, pero lamentablemente solo en francés. La dejó sobre la mesa.

—¿Cuál es el plato más caro? —le preguntó a la camarera, que le dijo algo en francés.

—¿Es comida de verdad? ¿No tiene caracoles ni porquerías de esas?

La joven, con las cejas enarcadas y una expresión severa, juró que los caracoles eran excelentes, pero que el plato mencionado no llevaba caracoles.

—Entonces, tomaré eso —dijo Sawyer, y le sonrió a Hardy.

En cuanto se fue la camarera, Sawyer se tragó la goma de mascar, cogió un panecillo de la panera y le dio un mordisco.

—¿Has descubierto algo sobre RTG? —preguntó entre bocados.

Hardy apoyó las manos sobre la mesa y estiró el mantel de hilo.

—Philip Goldman es desde hace años el abogado principal de RTG.

—¿No te resulta extraño?

—¿Qué?

—Que RTG emplee a los mismos abogados que Tritón, y viceversa. No soy abogado, pero ¿eso no daría lugar a alguna trastada?

—No es tan sencillo, Lee.

—Vaya, no sé por qué no me sorprendo.

Hardy no hizo caso del comentario.

—Goldman tiene reputación nacional y lleva muchos años con RTG. Tritón es casi un recién llegado al rebaño de Tylery Stone. Henry Wharton trajo la cuenta. En aquel momento, las dos empresas no tenían conflictos directos. Desde entonces, han surgido algunos temas espinosos a medida que las actividades de ambos se han ampliado. Sin embargo, siempre ha trabajado con garantías escritas y todos los papeles en orden. Tylery Stone es un bufete de primera fila, y creo que ninguna de las dos empresas quiere perder esa experiencia legal. Lleva tiempo establecer continuidad y confianza.

—Confianza. Vaya, es una palabra curiosa para emplear en un caso como este. — Sawyer comenzó a jugar con las migas de pan mientras escuchaba.

—En cualquier caso, las negociaciones con CyberCom han planteado un conflicto

directo —añadió Hardy—. RTG y Tritón quieren hacerse con CyberCom. Tylery no puede representar a los dos clientes porque se lo impide el código deontológico.

—¿Así que optaron por representar a Tritón? ¿Cómo es eso?

—Wharton es el socio gerente de la firma. Tritón es su cliente. ¿Queda claro? No se iban a arriesgar a que las dos compañías se buscaran otros representantes en las negociaciones. Demasiado tentador para cualquiera.

—Supongo que Goldman se cabrearía un poco cuando dejaron a su cliente de lado.

—Por lo que sé, se subía por las paredes.

—Pero ¿quién puede decir que no esté trabajando entre bastidores para que RTG se lleve el premio?

—Nadie. Sin embargo, Nathan Gamble no es ningún palurdo; es consciente de ello. Y si RTG vence a Tritón, ya sabes lo que puede pasar, ¿no?

—Déjame adivinar. ¿Gamble se buscaría nuevos abogados?

—Así es. Además, tú lees los titulares. Están cabreadísimos con Sidney Archer. Creo que su empleo está un poco en el aire.

—Bueno, la dama tampoco se hace muchas ilusiones.

—¿Has hablado con ella?

Sawyer asintió y se acabó la copa. Dudó un momento y después decidió no decirle nada a Hardy de la confesión de Archer. Hardy traba jaba para Gamble, y el agente tenía muy claro lo que Gamble podía hacer con esa información: acabar con Sidney. A cambio, ofreció un hecho como una teoría.

—Quizá fue a Nueva Orleans para reunirse con el marido.

—Supongo que eso tendría sentido. —Hardy se rascó la barbilla.

—Ahí está el problema, Frank, no tiene ni pizca de sentido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Hardy, sorprendido.

—Míralo de esta otra manera —contestó el agente con los codos apoyados en la mesa—. El FBI se presenta en su casa y le hace un montón de preguntas. Ahora bien, tendrías que ser un maldito zombi para no ponerte nervioso cuando eso ocurre. Sin embargo, ¿el mismo día se mete en un avión para ir a reunirse con el marido?

—Es posible que no supiera que la estaban siguiendo.

—Qué va. —Sawyer meneó la cabeza—. La dama es más lista que el hambre. Creía que ya la tenía pillada con la llamada que recibió la mañana del funeral del marido, pero se escabulló con una explicación muy plausible que se inventó en aquel mismo momento. Hizo lo mismo cuando la acusé de haber dado esquinazo a mis muchachos. Sabía que la seguían. Y, sin embargo, fue.

—Quizá Jason Archer no estaba enterado de la vigilancia.

—Si el tipo es capaz de sacar adelante toda esta mierda, ¿no crees que es lo bastante listo como para darse cuenta de que la poli podría estar vigilando a su esposa? Venga ya.

—Pero ella fue a Nueva Orleans, Lee. No te puedes saltar ese hecho.

—Ni lo pretendo. Creo que el marido se puso en contacto con ella y le dijo que fuera allí a pesar de nuestra presencia.

—¿Por qué demonios iba a hacer eso?

Sawyer arregló su servilleta y no respondió. En aquel momento, les sirvieron la comida.

—Tiene buena pinta —comentó Sawyer.

—Es muy bueno. Te subirá el nivel de colesterol a niveles increíbles, pero morirás feliz.

Hardy estiró el brazo y dio unos golpecitos en el plato de su invitado con el cuchillo.

—No has contestado a mi pregunta. ¿Por qué haría Archer algo así?

Sawyer se engulló con fruición un buen bocado.

—Tenías razón con este plato, Frank. Y pensar que me disponía a ir a comer una hamburguesa cuando me llamaste.

—Maldita sea, Lee, contéstame.

—Cuando Sidney Archer se fue a Nueva Orleans, retiramos a todos los equipos porque teníamos que cubrir varias rutas. Así y todo, casi se nos escapa. De hecho, si no fuera porque casualmente la vi en el aeropuerto, no habríamos sabido nunca dónde había ido. Y ahora creo que sé la razón para el viaje: era una diversión.

Hardy le miró incrédulo.

—¿Qué diablos quieres decir? ¿Una diversión para qué?

—Cuando dije que retiramos a todos los equipos, me refería a todos sin excepción, Frank. No había nadie vigilando la casa de los Archer cuando nos fuimos.

Hardy contuvo el aliento y se echó hacia atrás en la silla.

—¡Mierda!

—Lo sé. —Sawyer lo miró, fatigado—. Una pifia enorme de mi par te, pero ahora es tarde para lamentarse.

—Entonces crees...

—Creo que alguien visitó la casa mientras la dama se paseaba por Nueva Orleans.

—Espera un momento, no creerás que...

—Digamos que Jason Archer estaría en mi lista de los cinco sospechosos principales.

—¿Qué estaría buscando?

—No lo sé. Ray y yo revisamos el lugar y no encontramos nada.

—¿Crees que su esposa está metida en el asunto?

Sawyer engulló otro bocado antes de contestar.

—Si me hubieras hecho esa pregunta hace una semana, te habría dicho que sí. ¿Pero ahora? Ahora creo que no tiene ni la menor idea de lo que está pasando.

—¿Lo crees de verdad?

—El artículo del periódico la hundió. Tiene un follón de padre y señor mío con su bufete. El marido no se presentó y ella tuvo que regresar a casa con las manos vacías.

¿Qué consiguió excepto más problemas?

Hardy volvió a comer pero con una expresión pensativa. Sawyer meneó la cabeza.

—Caray, este caso es como una empanadilla. Cada vez que le das un bocado te chorrea el aceite.

Hardy se rio. Después echó una ojeada al comedor. De pronto, su mirada se centró en un punto.

—Creía que no estaba en la ciudad.

—¿Quién? —preguntó Sawyer, que siguió la mirada de su amigo.

—Quentin Rowe. —Hardy señaló con discreción—. Está allí.

Rowe se encontraba al otro lado del comedor, en un reservado casi junto a un rincón. La luz de las velas daba a la mesa un ambiente de intimidad en medio del salón abarrotado. Vestía una americana de seda, camisa sin cuello abrochada hasta arriba y pantalones de seda a juego. Su coleta se movía de un lado a otro mientras conversaba animadamente con su compañero de mesa, un joven veinteañero vestido con un traje a medida. Los dos jóvenes estaban sentados lado a lado, y no dejaban de mirarse a los ojos. Hablaban en voz baja y la mano de Rowe rozaba cada tanto la mano del otro.

Sawyer miró a Hardy con las cejas enarcadas.

—Forman una bonita pareja.

—Cuidado. Comienzas a sonar políticamente incorrecto.

—Eh, vive y deja vivir. Ese es mi lema. Por mí el tipo puede salir con quien más le guste.

—Quentin Rowe tiene unos trescientos millones de dólares, y al paso que va, tendrá los mil millones antes de cumplir los cuarenta —apuntó Hardy sin apartar la mirada de la pareja—. Yo diría que es un soltero muy codiciado.

—Estoy seguro de que hay mil mujeres dándose de hostias para ver quién lo pilla.

—Y que lo digas. Pero el tipo es un genio. Se merece el éxito.

—Sí, me acompañó en una visita por la compañía. No comprendí ni la mitad de lo que me dijo, pero era muy interesante. Sin embargo, no puedo decir que vea claro dónde nos está llevando tanta tecnología.

—No puedes detener el progreso, Lee.

—No quiero pararlo, Frank, solo quiero escoger mi parte en el mismo. Si le hago caso a Rowe, al parecer no tendré esa oportunidad.

—Sí, asusta un poco, pero, desde luego, ganas un pastón.

Sawyer volvió a mirar hacia la mesa de Rowe.

—Y ya que hablamos de parejas. Rowe y Gamble forman una muy extraña.

—Vaya, ¿por qué lo dices? —Hardy sonrió—. Ahora, en serio, se cruzaron en el momento oportuno. El resto es historia.

—Es lo que me han dicho. Gamble tenía el dinero y Rowe el cerebro.

—No te equivoques con Nathan Gamble —replicó Hardy—. No es fácil ganar

tanto dinero en Wall Street. Es un tipo brillante y un gran empresario.
Sawyer se secó los labios con la servilleta.
—Fantástico, porque el tipo no saldrá adelante solo con el encanto.

Eran las ocho cuando Sidney llegó al hogar de Jeff Fisher, una casa pareada en la elitista parte antigua de Alexandria. Fisher, un joven bajo y regordete, vestido con un chándal del MIT, zapatillas de tenis raídas y una gorra de los Red Sox que le cubría la cabeza casi calva, le dio la bienvenida y la acompañó hasta una habitación grande atiborrada con equipos informáticos de toda clase que llegaban hasta el techo, cables por todas partes y una multitud de regletas de enchufes, todas ocupadas. Sidney pensó que todo eso parecía más propio de la sala de guerra del Pentágono que de una casa particular en esta tranquila zona residencial. Fisher observó con orgullo el asombro de Sidney.

—En realidad, he tenido que sacar algunas cosas —comentó sonriente—. Me había pasado de la raya.

Sidney sacó el disquete del bolsillo.

—Jeff, ¿podrías meterlo en tu ordenador y leer lo que pone?

Fisher cogió el disquete, desilusionado.

—¿Es lo único que necesitas? Lo podrías haber leído en el ordenador que tienes en la oficina, Sidney.

—Lo sé, pero me dio miedo meter la pata. Llegó por correo y quizás esté dañado. Yo no entiendo de ordenadores como tú, Jeff. Por eso he venido al mejor.

La alabanza de Sidney provocó la expresión radiante de Fisher.

—Vale. Tardaré un segundo.

Fue a introducir el disquete en el ordenador pero Sidney le detuvo.

—Jeff, ¿el ordenador está *on-line*?

Fisher miró al ordenador y después miró a Sidney.

—Sí, utilizo tres servicios diferentes, y además tengo mi propia entrada a Internet a través del MIT como servidor. ¿Por qué?

—¿Podrías utilizar un ordenador que no esté *on-line*? ¿La gente no puede conseguir información de tu base de datos si estás *on-line*?

—Sí, es una calle de dos direcciones. Tú envías información y otros se enganchan. Esa es la transacción. Pero es una transacción muy grande, y algunas veces no estoy seguro de que valga la pena.

—¿Qué quieres decir?

—¿Alguna vez has oído mencionar la radiación de Van Eck? —replicó Fisher. Sidney meneó la cabeza—. Es la escucha electromagnética.

—¿Qué es eso? —Sidney le miró con la expresión en blanco.

Fisher se volvió en el sillón giratorio y miró a la abogada.

—Todas las corrientes eléctricas producen un campo magnético. Los ordenadores emiten campos magnéticos bastante fuertes. Esas transmisiones se pueden captar y grabar sin muchas dificultades. Esta pantalla —Fisher señaló la unidad— envía señales de vídeo claras si tienes el equipo de recepción adecuado, algo que está a

disposición de cualquiera. Podría ir al centro de la ciudad con una antena direccional, un televisor en blanco y negro y algunos dólares de componentes electrónicos y robar la información de todas las redes informáticas de los bufetes de abogados, empresas financieras y del Estado que estén en funcionamiento. La mar de fácil.

Sidney le miró estupefacta.

—¿Me estás diciendo que puedes ver lo que está en la pantalla de otra persona? ¿Cómo es posible?

—Muy sencillo. Las formas y líneas en la pantalla de un ordenador están compuestas de millones de pequeños puntos llamados píxeles. Cuando tecleas una orden, los electrones se disparan hacia el punto de la pantalla donde están los píxeles apropiados; es como pintar un cuadro. La pantalla debe estar sometida a un bombardeo constante de electrones para mantener los píxeles encendidos. Da lo mismo que estés jugando o que utilices un procesador de textos, esa es la manera que tienes de ver las cosas en la pantalla. ¿Me sigues?

Sidney asintió.

—Vale. Cada vez que se disparan los electrones contra la pantalla, producen un impulso de alto voltaje de emisiones electromagnéticas. Un monitor de televisión puede recibir esos impulsos píxel a píxel. Sin embargo, como un monitor de televisión normal no puede organizar estos píxeles de una forma adecuada para reconstruir lo que está en tu pantalla, se utiliza una señal de sincronización artificial para que la imagen reproducida sea clara.

Fisher hizo una pausa para mirar otra vez el ordenador.

—¿La impresora? ¿El fax? Lo mismo. ¿El teléfono móvil? Si me dejas usar el escáner un minuto, tendré el número de serie electrónico interno, el número de tu teléfono, los datos de tu estación y del fabricante del aparato. Programo todos estos datos en algunos chips reconfigurados y puedo comenzar a vender llamadas a larga distancia y cargar las en tu cuenta. Cualquier información que circule a través de un ordenador, ya sea por línea telefónica o por el aire, es caza libre. ¿Y qué no lo es en estos días? No hay nada seguro. ¿Sabes cuál es mi teoría? Que muy pronto dejaremos de utilizar los ordenadores por los problemas de seguridad. Volveremos a las máquinas de escribir y al «mensaca».

Sidney miró a Fisher para que le aclarara el término.

—«Mensaca» es el término despectivo que utilizan los informáticos para referirse al servicio de correos. Sin embargo, quizá sean ellos los que ríen los últimos. Acuérdate de lo que te digo. Ese día se aproxima.

De pronto, a Sidney se le ocurrió una idea.

—Jeff, ¿qué me dices de los teléfonos normales? ¿Puede ser que yo llame a un número, pongamos el número de mi oficina, y me conteste una persona que es imposible que esté allí?

—Alguien se conectó al conmutador —respondió Fisher en el acto.

—¿El conmutador? —Sidney no salía de su asombro.

—Es la red electrónica a través de la cual viajan por el país todas las comunicaciones entre teléfonos normales y móviles. Si estás enganchada, puedes comunicarte con total impunidad. —Fisher volvió a mirar su ordenador—. De todas maneras, Sid, tengo instalado un sistema muy seguro.

—¿Es absolutamente seguro? ¿Nadie puede entrar?

—Creo que nadie en su sano juicio haría esa afirmación, Sidney.

Sidney miró el disquete, y deseó poder arrancarle las páginas y leerlas.

—Disculpa si parezco paranoica.

—Tranquila. No pasa nada, pero la mayoría de los abogados que conozco rayan en la paranoia. Supongo que en la facultad les deben dar clases sobre el tema. Sin embargo, podemos hacer esto. —Desenchufó la línea telefónica de la unidad central—. Ahora estamos oficialmente *of-line*. Tengo instalado un antivirus de primera en el sistema, por si acaso han puesto algo antes. Ahora mismo acabo de hacer la comprobación, así que estamos seguros.

Le indicó a Sidney que se sentara. Ella acercó una silla y ambos miraron la pantalla. Fisher tecleó las órdenes y el directorio con los archivos del disquete aparecieron en la pantalla. Miró a Sidney.

—Una docena de archivos. Por el número de bytes calculo que son unas cuatrocientas páginas más o menos de texto. Pero si hay gráficos, no hay manera de calcular la extensión. —Escribió una orden. Cuando el texto apareció en pantalla, le brillaron los ojos.

En el rostro de Sidney apareció una expresión de desencanto. Todo aquello era un galimatías, un montón de jeroglíficos de alta tecnología. Miró a su amigo.

—¿Le pasa algo a tu ordenador?

Fisher tecleó a gran velocidad. La pantalla se quedó en blanco y luego reaparecieron las mismas imágenes. Entonces al pie de la pantalla apareció una línea de mando que reclamaba la contraseña.

—No, y tampoco hay nada mal en el disquete. ¿De dónde lo has sacado?

—Me lo enviaron. Un cliente —respondió en voz baja.

Por fortuna, Fisher estaba demasiado ocupado con su tarea como para hacer más preguntas. Continuó intentándolo con todos los demás archivos. La jerigonza en la pantalla reaparecía una y otra vez, y también el mensaje que reclamaba la contraseña. Por fin, Fisher se volvió sonriente.

—Está cifrado —le informó.*

—¿Cifrado?

—El cifrado es un proceso —le explicó Fisher— mediante el cual coges un texto legible y lo conviertes en otro no legible antes de enviarlo.

—¿Y de qué sirve si la persona que lo recibe no puede leerlo?

—Ah, pero sí que puedes si tienes la clave que te permite descifrarlos.

—¿Cómo consigues la clave?

—Te la tiene que enviar el remitente, o ya la tienes en tu poder.

Sidney se echó hacia atrás en la silla y aflojó los músculos. Jason tenía la clave.

—No la tengo.

—Eso no tiene sentido.

—¿Alguien se enviaría un mensaje cifrado a sí mismo? —preguntó Sidney.

—No, quiero decir, en circunstancias normales no lo haría. Si ya tienes el mensaje en la mano, ¿por qué cifrarlo y enviártelo a ti mismo por Internet a otro destino? Le daría a alguien la oportunidad de interceptarlo y quizá de dar con la clave. Pero ¿no me has dicho que te lo ha enviado un cliente?

Sidney se estremeció de frío.

—Jeff, ¿tienes café? Aquí dentro hace frío.

—Acabo de preparar una cafetera. Mantengo la temperatura de la habitación un poco más baja por el calor que emiten los equipos. Ahora vuelvo.

—Gracias.

Sidney estaba abstraída en la contemplación de la pantalla cuando volvió Fisher con dos tazas de café.

El joven bebió un trago del líquido caliente mientras Sidney se echaba hacia atrás en la silla y cerraba los ojos. Ahora fue Fisher quien se dedicó a estudiar la pantalla. Retomó la conversación donde la había dejado.

—Nadie cifraría un mensaje para mandárselo a sí mismo. —Bebió más café—. Solo lo haces si se lo mandas a otra persona.

Sidney abrió los ojos y se irguió bruscamente. La imagen del correo electrónico en la pantalla del ordenador de Jason como un fantasma electrónico pasó por su mente. Había desaparecido en una fracción de segundo. ¿La clave? ¿Era la clave? ¿Él se la había enviado? Cogió a Fisher del brazo.

—Jeff, ¿es posible que una carta electrónica aparezca en tu pantalla y después desaparezca? No está en el buzón. No aparece en el sistema. ¿Cómo es posible?

—Muy fácil. El remitente tiene una ventana de oportunidad para cancelar la transmisión. No puede hacerlo después de que el correo haya sido abierto y leído. Pero en algunos sistemas, depende de la configuración, puedes retener un mensaje hasta que lo abre el destinatario. En ese aspecto es mejor que el correo público. —Fisher sonrió—. Venís, te cabreas con alguien, le escribes una carta donde lo pones verde y la envías, pero entonces te arrepientes. Una vez que está dentro de la saca, no la puedes recuperar. De ninguna manera. En cambio, con el correo electrónico sí que puedes. Hasta cierto punto.

—¿Qué me dices si está fuera de la red? ¿O metida en Internet?

—Es más difícil de hacer por la cadena de transmisión que sigue el mensaje. —Fisher se rascó la barbilla—. Son como las barras en los parques infantiles. —Sidney le miró confusa—. Ya sabes, trepas por un lado, pasas por encima de la barra superior y bajas por el otro lado. Así más o menos es como viaja la correspondencia por Internet. Las partes son fluidas *per se*, pero no necesariamente forman una sola unidad coherente. El resultado es que, a veces, la información enviada no se puede

recuperar.

—¿Pero es posible?

—Si la carta electrónica se envió utilizando el mismo servidor en toda la ruta, digamos, America Online, puedes recuperarlo.

Sidney pensó deprisa. Estaban abonados a America Online. Pero ¿por qué Jason le iba a enviar la clave y después retirarla? Se estremeció. A menos que él no hubiese sido el que canceló la transmisión.

—Jeff, si estás enviando una carta electrónica y quieres transmitirla, pero otro no quiere, ¿te lo pueden impedir? ¿Cancelar la transmisión como tú dijiste, aunque el remitente quiera enviarla?

—Esa es una pregunta muy rara. Pero la respuesta es sí. Lo único que necesitas es tener acceso al teclado. ¿Por qué lo preguntas?

—Solo pensaba en voz alta.

Fisher la miró con curiosidad.

—¿Pasa algo, Sidney?

—¿Es posible leer el mensaje sin la clave? —replicó Sidney sin hacer caso a la pregunta.

Fisher miró a la pantalla y después se volvió para mirar a Sidney, pensativo.

—Se pueden emplear algunos métodos. —Lo dijo vacilante, con un tono mucho más formal.

—¿Podrías intentarlo, Jeff?

—Escucha, Sidney, inmediatamente después de tu llamada de esta mañana, llamé a la oficina para preguntar sobre unos trabajos en marcha. Me dijeron... —Fisher hizo una pausa y se enfrentó a la mirada de preocupación de su amiga—. Me hablaron de ti.

Sidney se puso de pie con la cabeza gacha.

—También leí el periódico antes de que llegaras. ¿De qué va todo esto? No quiero meterme en líos.

Sidney volvió a sentarse y miró directamente a la cara de Fisher mientras le estrechaba una mano entre las suyas.

—Jeff, un mensaje electrónico apareció en el ordenador de mi casa. Creí que era de mi marido. Pero entonces desapareció. Creo que quizá contenga la clave de este mensaje porque Jason se envió el disquete a sí mismo. Necesito leer lo que está escrito en el disquete. No he hecho nada malo a pesar de lo que digan en la firma o en el periódico. Todavía no tengo ninguna prueba para demostrarlo. Tendrás que confiar en mi palabra.

Fisher la miró durante un buen rato y por fin asintió.

—Vale, te creo. Eres una de los pocos abogados de la firma que me cae bien. —Se enfrentó a la pantalla con aire decidido—. Tomaría un poco más de café. Si tienes hambre, busca algo en el frigorífico. Esto puede tardar un rato.

Eran las ocho cuando Sawyer aparcó delante de su casa después de cenar con Frank Hardy. Se apeó del coche con una sensación muy agradable en el estómago. Sin embargo, su mente no compartía la misma sensación. Este caso tenía tantos interrogantes que no sabía por dónde empezar.

En el momento en que cerraba la puerta del coche, vio un Rolls-Royce Silver Cloud que circulaba en su dirección. En su barrio la presencia de un lujo tan espectacular era algo inusitado. A través del parabrisas vio al chófer con gorra negra. Sawyer tuvo que mirar dos veces antes de descubrir lo que le parecía extraño. El chófer estaba sentado en el lado derecho; era un coche de fabricación inglesa. El vehículo aminoró la marcha y se detuvo junto a su coche. Sawyer no alcanzaba a ver el asiento trasero porque el cristal era oscuro. Se preguntó si vendría así de fábrica o era algo opcional. No tuvo tiempo para pensar nada más. El ocupante del asiento trasero bajó la ventanilla y Sawyer se encontró delante de Nathan Gamble. Mientras tanto, el chófer había bajado del Rolls y esperaba junto a la puerta del pasajero.

La mirada de Sawyer recorrió todo el largo del impresionante vehículo antes de fijarse otra vez en el presidente de Tritón.

—No está mal el trasto. ¿Qué tal el consumo?

—A mí qué más me da. ¿Le gusta el baloncesto? —Gamble cortó la punta de un puro y se tomó un momento para encenderlo.

—¿Perdón?

—La NBA. Unos negros muy altos que corren en pantalones cortos a cambio de montañas de dinero.

—A veces los veo por la tele cuando tengo tiempo.

—Bueno, entonces, suba.

—¿Para qué?

—Espere. Le prometo que no se aburrirá.

Sawyer miró a un lado y otro de la calle y se encogió de hombros. Guardó las llaves de su coche en el bolsillo y miró al chófer. Él mismo abrió la puerta y subió. En el momento de sentarse vio a Richard Lucas en el asiento opuesto. Sawyer le saludó con un gesto y el jefe de seguridad de Tritón le correspondió de la misma manera. El Rolls se puso en marcha.

—¿Quiere uno? —Gamble le ofreció un puro—. Cubano. Va contra la ley importarlos en este país. Creo que por eso me gustan tanto.

Sawyer cogió el habano y le cortó la punta con el cortapuros que le alcanzó Gamble. El agente se sorprendió cuando Lucas le ofreció fuego pero aceptó el servicio. Dio unas cuantas chupadas rápidas y después una larga para encenderlo bien.

—No está mal. Creo que no le acusaré por contrabando.

—Muchísimas gracias.

—Por cierto, ¿cómo sabe dónde vivo? Espero que no me haya estado siguiendo. Me pongo muy nervioso cuando lo hacen.

—Tengo cosas mejores que hacer, se lo aseguro.

—¿Y?

—¿Y qué? —Gamble lo miró.

—¿Cómo sabe dónde vivo?

—¿A usted que más le da?

—Me da y mucho. En mi trabajo no se va por ahí divulgando el lugar que uno llama hogar.

—Vale. Déjeme que piense. ¿Cómo lo hicimos? ¿Miramos en la guía de teléfonos? —Gamble meneó la cabeza con fuerza y miró divertido al agente—. No, no miramos la guía.

—Perfecto, porque no aparezco en la guía.

—Eso es. Quizá lo adivinamos. —Gamble sopló un par de anillos de humo—. Ya sabe, toda nuestra tecnología informática. Somos el Gran Hermano, lo sabemos todo. —Gamble se echó a reír mientras le daba una chupada al puro y miraba a Lucas.

—Nos lo dijo Frank Hardy —le informó Lucas—. En confianza, desde luego. No tenemos la intención de divulgar la noticia. Comprendo su preocupación. —Richard Lucas hizo una pausa—. Entre nosotros, estuve diez años en la CIA.

—Ah, Rich, le has descubierto el secreto. —El olor a alcohol en el aliento de Gamble llenaba el coche. El millonario abrió una puerta en el revestimiento de madera del Rolls y dejó a la vista un bar bien provisto.

—Usted parece de los hombres que beben *whisky* con sifón.

—Ya he bebido bastante en la cena.

Gamble llenó una copa con *whisky*. Sawyer miró a Lucas, que le devolvió la mirada. Al parecer esto era algo habitual.

—En realidad —prosiguió el agente—, no esperaba volver a verle después de nuestra charla del otro día.

—La respuesta a eso es que me bajó los humos y probablemente me lo merecía. Le puse a prueba con mi representación del gran jefe gilipollas y pasé el examen con sobresaliente. Como se puede imaginar, no conozco a mucha gente con cojones para hacer eso. Y cuando me encuentro con uno, intento conocerlo mejor. Además, a la vista de los últimos acontecimientos quería hablar con usted sobre el caso.

—¿Últimos acontecimientos?

Gamble bebió un trago de *whisky*.

—Ya sabe. ¿Sidney Archer? ¿Nueva Orleans? ¿RTG? Hace un segundo que acabo de hablar con Hardy.

—Trabaja usted deprisa. Nos despedimos hace cosa de veinte minutos.

Gamble sacó un teléfono móvil muy pequeño de un receptáculo en el reposabrazos del Rolls.

—No lo olvide, Sawyer, trabajo en el sector privado. Si no te mueves deprisa, no

te mueves en absoluto, ¿entendido?

Sawyer dio una larga chupada al puro antes de responder.

—Ya me doy cuenta. Por cierto, no me ha dicho adónde vamos.

—No. No se preocupe. Llegaremos dentro de muy poco. Y entonces usted y yo podremos conversar a gusto.

El USAir Arena era el estadio de los Washington Bullets y los Washington Capitals, al menos hasta que acabaran de construir el nuevo estadio. El recinto estaba a reborar para el partido entre los Bullets y los Nicks. Nathan Gamble, Lucas y Sawyer subieron en el ascensor privado hasta el segundo piso del estadio, donde estaban ubicados los palcos de las empresas. El agente tuvo la sensación de encontrarse en un transatlántico de lujo cuando cruzó el pasillo y entró por una puerta con el cartel de Tritón Global. Estas no eran unas vulgares butacas para un partido; el palco era más grande que su apartamento.

Una joven atendía el bar y en una mesa había un bufé. Había un baño, un armario, sofás, sillones y una pantalla de televisión enorme donde transmitían el partido. Desde lo alto de la escalera que bajaba al ventanal, Sawyer escuchó los gritos de la multitud. Miró el televisor. Los Bullets ganaban por siete a los Nicks, que eran los favoritos.

Sawyer se quitó el sombrero y el abrigo y siguió a Gamble hasta el bar.

—Ahora sí que beberá algo —dijo Gamble—. No se puede mirar un partido sin una copa en la mano.

—Una Bud, si tiene —le pidió Sawyer a la camarera. La joven sacó una lata de Budweiser del frigorífico, la abrió y comenzó a servir la cerveza en un vaso. El agente la interrumpió—. En la lata me va bien, gracias.

Sawyer echó una ojeada al palco. No había nadie más. Se acercó al bufé. Todavía estaba lleno de la cena, pero no podía resistirse a la tentación de unas patatas fritas con salsa.

—¿El lugar siempre está así de vacío? —le preguntó a Gamble mientras cogía un puñado de patatas fritas. Lucas se acomodó junto a una pared.

—Por lo general está abarrotado —contestó Gamble—. Es un magnífico aliciente para los empleados. Los mantiene felices y trabajadores. —La camarera le sirvió la bebida a Gamble, y él sacó un fajo de billetes de cien dólares, cogió un vaso del mostrador y metió los billetes en el vaso—. Ten, la camarera necesita un bote. Vete a comprar alguna cosilla. —La joven casi gritó de alegría mientras Gamble se unía a Sawyer.

—Están jugando muy bien —comentó el agente, que señaló el televisor con la lata de cerveza—. Me sorprende que esto no esté a reborar.

—Más me sorprendería a mí porque ordené que no repartieran pases para el partido de esta noche.

—¿Por qué hizo eso? —Sawyer bebió un trago de cerveza.

Gamble cogió al agente del brazo.

—Porque quería hablar con usted en privado.

El millonario llevó a Sawyer hasta el ventanal. Desde allí la vista era casi vertical sobre la cancha. Sawyer miró con un poco de envidia a los equipos de hombres jóvenes, altos, musculosos y muy ricos que corrían arriba y abajo. El sector de butacas estaba cerrado por los tres lados con cristales. A cada lado estaban los ocupantes de los otros palcos, pero los cristales eran tan gruesos que se podía hablar en privado en medio de una multitud de quince mil personas.

Los dos hombres se sentaron. Sawyer señaló con un gesto la escalera.

—¿A Rich no le gusta el baloncesto?

—Lucas está de servicio.

—¿Alguna vez no lo está?

—Cuando duerme. Algunas veces le dejo que lo haga.

Sawyer echó una ojeada, curioso. Nunca había estado en uno de estos palcos, y después de la cena elegante con Hardy se sentía un poco fuera de su elemento. Al menos tendría algunas historias que contarle a Ray. Miró a Gamble y dejó de sonreír. Nada en la vida era gratis. Todo tenía un precio. Decidió que había llegado el momento de pedir la factura.

—¿De qué quería hablarme?

Gamble contempló el partido durante unos segundos pero en realidad sin verlo, abstraído en sus problemas.

—La cuestión es que necesitamos CyberCom. La necesitamos más que nada en el mundo.

—Oiga, Gamble, no soy su asesor económico. Soy un poli. Me importa muy poco si consigue o no comprar CyberCom.

Gamble chupó un cubito de hielo. Al parecer no había escuchado las palabras de Sawyer.

—Uno se mata para construir una cosa, y nunca es bastante, ¿sabe? Siempre hay alguien que te lo quiere arrebatar. Siempre hay alguien que intenta joderte vivo.

—Si busca un hombro para llorar, busque en otra parte. Tiene más dinero del que podrá gastar en toda su vida. ¿Qué más le da?

—Porque uno se acostumbra, por eso —estalló Gamble, que se calmó de inmediato—. Uno se acostumbra a estar en la cumbre. Saber que todo el mundo intenta medirse con uno. Pero también el dinero tiene mucho que ver. —Miró al agente—. ¿Quiere saber cuánto gano al año?

A pesar de sí mismo, Sawyer sintió curiosidad.

—No sé por qué me da la impresión de que me lo dirá de todos modos.

—Mil millones de dólares. —Gamble escupió el cubito en la copa.

Sawyer bebió un trago de cerveza mientras pensaba en esta sorprendente información.

—Este año me tocará pagar cuatrocientos millones de dólares en impuestos. Con lo que pago ¿no cree que me merezco un poco de cariño de ustedes, los federales?

—Si lo que busca es cariño, pruebe con las putas de la calle Catorce —dijo Sawyer con una mirada de furia—. Son mucho más baratas.

—Coño, ustedes no captan el esquema general, ¿verdad?

—¿Por qué no me lo explica?

—Ustedes tratan a todos de la misma manera —dijo Gamble con un tono de incredulidad.

—Perdón, ¿quiere decir que eso está mal?

—No solo está mal, es una estupidez.

—Supongo que nunca se tomó la molestia de leer la Declaración de la Independencia; ya sabe, esa parte un poco tonta sobre que los hombres son todos iguales.

—Yo hablo de la realidad. Hablo de negocios.

—No hago distinciones.

—Va listo si cree que voy a tratar al presidente de Citicorp como trato al conserje del edificio. Un tipo me puede prestar miles de millones de dólares y el otro no va más allá de fregarme el baño.

—Mi trabajo consiste en perseguir a criminales, ricos, pobres y de los del medio. Para mí no hay ninguna diferencia.

—Sí, bueno, no soy un criminal. Soy un contribuyente, tal vez el mayor contribuyente de todo el país, y lo único que pido es un pequeño favor que en el sector privado me lo harían sin tener que pedirlo.

—Bien por el sector privado.

—Eso no tiene gracia.

—Tampoco pretendía que la tuviera. —Sawyer le miró a los ojos hasta que Gamble desvió la mirada. El agente se miró las manos y bebió otro trago. Cada vez que estaba con este tipo se le disparaba la presión.

En la cancha, un triple del equipo local hizo que la multitud se pusiera en pie, delirante.

—Por cierto —dijo Sawyer, ¿alguna vez ha pensado que no está bien que sea más rico que Dios?

—¿Como esos tipos de allá abajo? —Gamble se rio mientras señalaba a los jugadores—. En realidad, dada la situación actual, creo que este año he ganado más que Dios. —Se frotó los ojos—. Como le dije, ya no se trata del dinero. Tengo más del que puedo gastar. Pero me gusta el respeto que da el estar en la cima. Todo el mundo espera a ver lo que haces.

—No confunda respeto con miedo.

—Para mí las dos cosas van juntas. Oiga, he llegado hasta aquí porque soy un hijo puta muy duro. Si usted me jode, yo le jodo pero más. Me crié más pobre que las ratas, tomé un autocar a Nueva York cuando tenía quince años, comencé a trabajar en Wall Street de mensajero, por unos dólares al día, alcancé la cumbre y nunca miré atrás. Gané fortunas, las perdí y volví a ganarlas. Coño, tengo media docena de títulos

honorarios de la universidad y nunca acabé el graduado escolar. No tienes más que hacer donaciones. —Sonrió.

—Felicidades. —Sawyer comenzó a levantarse—. Es hora de irse.

Gamble le cogió del hombro pero lo soltó en el acto.

—Escuche, leí el periódico. Hablé con Hardy. Y ya siento el resuello de RTG en el cuello.

—Como le dije antes, ese no es mi problema.

—No me molesta el juego limpio, pero no pienso perder porque un empleado infiel me vendió al enemigo.

—Eso está por verse. No hemos encontrado ninguna prueba. Le guste o no eso es lo único que importa en el juicio.

—Usted vio la cinta. ¿Qué más pruebas necesita? Coño, lo único que pido es que haga su trabajo. ¿Qué tiene eso de malo?

—Vi a Jason Archer entregar unos documentos a unas personas. Pero no tengo ni idea de qué eran esos documentos o quiénes eran esas personas.

—Verá —dijo Gamble—, el problema es que si RTG conoce mi oferta y le ofrece más a CyberCom, estoy hundido. Necesito que usted demuestre que me engañaron. Una vez que consigan CyberCom, da lo mismo cómo lo hicieran, es suya. ¿Se da cuenta dónde quiero ir a parar?

—Trabajo todo lo que puedo, Gamble. Pero de ninguna manera pienso acomodar mis investigaciones a sus negocios particulares. Para mí, el asesinato de ciento ochenta y una personas inocentes significa mucho más de lo que usted paga en impuestos. Gamble, ¿se da cuenta dónde quiero ir a parar? —Gamble se encogió de hombros—. Si resulta que RTG está detrás, entonces puede estar seguro de que dedicaré todos mis esfuerzos para detenerlos.

—Pero ¿no le podría apretar un poco las tuercas ahora mismo? Si el FBI los investiga quedarían apartados de la carrera por CyberCom.

—Lo estamos investigando, Gamble. Estas cosas llevan tiempo. Es la burocracia, no lo olvide.

—Tiempo es algo que no me sobra —gruñó el millonario.

—Lo lamento, pero la respuesta es no. ¿Quiere alguna cosa más?

Los dos hombres contemplaron el partido en silencio durante unos minutos. Sawyer cogió unos prismáticos que estaban sobre la mesa. Mientras miraba el juego preguntó:

—¿Qué pasa con Tylery Stone?

—Si no estuviésemos tan adelantados en las negociaciones con CyberCom, los despediría ahora mismo. Pero la cuestión es que necesito su experiencia jurídica y su memoria institucional. Al menos por ahora. —El millonario hizo una mueca.

—Pero no necesita a Sidney Archer.

—Jamás hubiera imaginado que esa tía hiciera algo así. —Gamble meneó la cabeza—. Una abogada de primera. Y, además, una mujer preciosa. Qué desperdicio.

—¿Cómo es eso?

Gamble le miró asombrado.

—Perdone, pero ¿usted y yo leemos el mismo periódico? Está metida en esto hasta el cuello.

—¿Usted cree?

—¿Usted no?

Sawyer se encogió de hombros y acabó la cerveza.

—La tía se larga después del funeral del marido —dijo Gamble—. Hardy me ha dicho que intentó darles a ustedes esquinazo. La siguieron hasta Nueva Orleans. Actuó de manera sospechosa y regresó inmediatamente después de recibir una llamada telefónica. Hardy dijo que ustedes creen que alguien entró en la casa mientras ella les alejaba del rastro. Por cierto, estuvo usted muy brillante al dejar que eso sucediera.

—Tendré que tener más cuidado con lo que le diga a Frank en el futuro.

—Le pago un montón de dinero. Más le vale mantenerme informado.

—Estoy seguro de que se gana cada centavo.

—¡Sí, centavos! Qué gracioso.

Sawyer miró a Gamble de soslayo.

—Pese a todo lo que hace por usted, no parece respetar mucho a Frank.

—Lo crea o no, soy muy exigente.

—Frank fue uno de los mejores agentes de toda la historia del FBI.

—Tengo poca memoria para el trabajo bien hecho. Tienen que demostrarme continuamente que son buenos. —La sonrisa de Gamble se convirtió en una expresión furiosa—. Por otro lado, jamás olvido las pifias.

Una vez más se centraron en el juego hasta que habló Sawyer.

—¿Alguna vez le ha estropeado algo Quentin Rowe?

Gamble pareció sorprendido por la pregunta.

—¿A qué viene eso?

—Porque el tipo es su gallina de los huevos de oro y por lo que comentan usted lo trata como basura.

—¿Quién dice que es mi gallina de los huevos de oro?

—¿Insinúa que no lo es? —Sawyer cruzó los brazos.

Gamble demoró la respuesta. Observó por unos instantes el contenido de la copa.

—He tenido muchas gallinas de esas en mi carrera. No se llega donde estoy con un solo caballo.

—Pero Rowe es valioso para usted.

—Si no lo fuera, no me serviría su compañía.

—Así que lo tolera.

—Mientras entre dinero.

—Qué suerte la suya.

En el rostro de Gamble apareció una expresión feroz.

—Cogí a un gilipollas soñador que era incapaz de ganar un centavo por su cuenta y lo convertí en el treintañero más rico del país. Ahora, dígame, ¿quién es el afortunado?

—No pretendo quitarle méritos, Gamble. Usted persiguió un sueño y lo hizo realidad. Supongo que esa es la idea de este país.

—Lo tomaré como un cumplido viniendo de su parte. —Gamble volvió a mirar el partido de baloncesto.

Sawyer se puso de pie y aplastó la lata de cerveza entre los dedos.

—¿Qué hace? —le preguntó Gamble.

—Me voy a casa. Ha sido un largo día. —Sostuvo en alto la lata aplastada—. Gracias por la cerveza.

—Le diré al chófer que lo lleve. Yo me quedaré aquí un rato.

Sawyer echó una ojeada al lujoso palco.

—Creo que por hoy ya he tenido una ración más que suficiente de vida aristocrática. Cogeré el autobús. Pero gracias por la invitación.

—Sí, yo también he disfrutado con la compañía —replicó Gamble con un tono cargado de sarcasmo.

El agente ya subía las escaleras cuando el «¡Eh, Sawyer!» del millonario le hizo volverse. Gamble le miró por unos instantes y después exhaló un fuerte suspiro.

—Se le ve el plumero, ¿vale?

—Vale —contestó el agente.

—No siempre he sido millonario. Recuerdo muy bien cuando no tenía ni un centavo y era un don nadie. Quizá por eso soy tan cabrón cuando se trata de negocios. Me da pánico solo de pensar en volver a la misma situación.

—Disfrute de lo que queda de partido —le contestó, y se marchó mientras Gamble contemplaba la copa, ensimismado.

El agente casi se llevó por delante a Lucas cuando llegó al rellano. Al parecer, el jefe de seguridad se había situado allí para proteger mejor a su jefe y Sawyer se preguntó si habría escuchado algo de la conversación. Lo saludó con una inclinación de cabeza y entró en el bar. Con un movimiento fluido arrojó la lata de cerveza vacía y la encestó en el cubo de la basura. La encargada del bar lo miró con admiración.

—Eh, quizá los Bullets quieran contratarlo.

—Sí, podría ser el chico blanco del equipo —comentó Sawyer. En el momento de salir volvió la cabeza para decirle a Lucas—: Sonríe, Rich.

Jeff Fisher miró apenado la pantalla. A su lado, Sidney Archer no sabía qué más podía hacer. Le había dado toda la información personal que recordaba sobre Jason con el fin de descubrir la contraseña adecuada. Pero no había servido de nada. Fisher meneó la cabeza.

—Hemos probado todas las posibilidades sencillas y sus variaciones. He intentado en un ataque a lo bruto y tampoco he conseguido nada. También intenté una combinación aleatoria de letras y números, pero las combinaciones son tantas que no viviríamos lo suficiente para probarlas todas. —Se volvió hacia Sidney—. Creo que tu marido sabía muy bien lo que estaba haciendo. Es probable que haya empleado una combinación aleatoria de letras y números de unos veinte o treinta caracteres. Será imposible descifrarla.

A Sidney se le cayó el alma a los pies. Era enloquecedor tener en la mano un disquete lleno de información —probablemente una información capaz de explicar gran parte de lo ocurrido a su esposo— y ser incapaz de leerlo.

Se levantó y comenzó a pasear por el cuarto mientras Fisher continuaba apretando teclas al azar. Sidney se detuvo delante de la ventana, junto a una mesa donde había una pila de correspondencia. Encima de la pila había un ejemplar de *Field & Stream*. Echó una ojeada a la pila y la portada de la revista, y después miró a Fisher. No parecía una persona amante de la vida al aire libre. Entonces miró la etiqueta del destinatario. El ejemplar iba dirigido a un tal Fred Smithers, pero la dirección era la de la casa donde se encontraba ahora. Cogió la revista.

Fisher miró a su amiga mientras se acababa la gaseosa. Al ver la revista en las manos de Sidney, frunció el entrecejo.

—Me tienen hartos con la correspondencia de ese tipo. Se ve que en los ficheros de varias compañías aparece con mi dirección. La mía es 6215 Thorndike y la suya 6251 Thorndrive, que está al otro lado del condado de Fairfax. Toda esa pila es suya, y solo es la de esta semana. Se lo he dicho al cartero, he llamado mil veces a la central de Correos, a todas las compañías que tienen mal la dirección. Pero ya lo ves.

Sidney se volvió lentamente hacia Fisher. Se le acababa de ocurrir una idea bastante curiosa.

—Jeff, una dirección de correo electrónico es como cualquier otra dirección o número de teléfono, ¿verdad? Escribes la dirección equivocada y puede ir a parar a cualquier parte como ocurre con esta revista. —Levantó el ejemplar de *Field & Stream*—. ¿No?

—Claro —contestó Fisher—. Ocurre continuamente. Yo tengo metidas en el disco duro las direcciones más habituales y solo tengo que marcarlas con el ratón. Eso reduce el margen de error.

—¿Y si tienes que escribir la dirección completa?

—En ese caso el margen de error aumenta y mucho. Hay direcciones que cada

vez son más largas.

—¿Así que si te equivocas en una tecla, el mensaje puede recibirlo vete a saber quién?

Fisher asintió mientras masticaba una patata frita.

—No hay día en que no reciba algún mensaje equivocado.

—Y entonces ¿qué haces? —le preguntó Sidney, intrigada.

—El procedimiento es muy sencillo. Marco con el ratón la orden de respuesta al remitente y envío el mensaje estándar de que la dirección está equivocada, y le devuelvo la carta original para que sepa cuál es. Por lo tanto no necesito saber la dirección. La devolución al remitente es automática.

—Jeff, ¿quieres decir que si mi marido envió un mensaje a la dirección equivocada, la persona que lo recibió por error no tuvo más que responder a la dirección de Jason para avisarle de la equivocación?

—Exacto. Si estás en el mismo servicio, digamos America Online, resulta bastante sencillo.

—Y si la persona respondió, el mensaje estaría ahora en el buzón electrónico de Jason, ¿no?

Sidney se levantó bruscamente y recogió su bolso mientras Fisher la miró preocupado por el tono de su voz.

—Yo diría que sí. ¿Adónde vas?

—A mirar en el ordenador de casa si está el mensaje. Si contiene la contraseña, podré leer el disquete. —Sidney sacó el disquete del ordenador y se lo guardó en el bolso.

—Si me das el nombre de usuario de tu marido y la contraseña, puedo acceder a su correspondencia directamente desde aquí. Estoy abonado a America Online, y no tengo más que registrarte como invitada. Si la contraseña está en el buzón, podemos leer el disquete aquí mismo.

—Lo sé, Jeff. Pero ¿podrían localizar a quien accediera al correo de Jason desde aquí?

—Es posible, si los que vigilan saben lo que hacen.

—Creo que esos tipos saben lo que hacen. Jeff, estarás mucho más seguro si nadie puede averiguar que se accedió al buzón desde aquí.

Fisher, cada vez más pálido, se dirigió a Sidney con una inquietud que resultaba evidente en su tono y en sus facciones.

—¿En qué te has metido, Sidney?

—Nos mantendremos en contacto —le respondió ella mientras salía.

Fisher contempló la pantalla del ordenador durante unos minutos y después volvió a conectar la línea telefónica al módem.

Sawyer se sentó en su sillón y releyó una vez más el artículo sobre Jason Archer publicado en el *Post*. Meneó la cabeza al tiempo que echaba una ojeada al resto de las noticias de primera plana; al ver uno de los titulares, casi se ahogó. Tardó un minuto

en leer la noticia. Después cogió el teléfono, hizo unas cuantas llamadas y sin perder más tiempo corrió escaleras abajo. Cinco minutos más tarde ponía en marcha el coche.

Sidney aparcó el Ford en el camino de entrada, corrió a la casa, se quitó el abrigo y se dirigió directamente al estudio de su marido. Estaba a punto de acceder al buzón electrónico cuando se levantó de un salto. No podía hacerlo desde aquí, no con lo que habían instalado en su ordenador. Pensó en una solución. Tylery Stone tenía todos los ordenadores conectados a America Online; podría acceder a su buzón desde allí. Recogió el abrigo, corrió hacia la puerta principal y la abrió. Su grito se escuchó por toda la calle.

Lee Sawyer se alzaba como una mole delante de ella y su expresión era de furia. Sidney se llevó las manos al pecho mientras intentaba recuperar la respiración.

—¿Qué está haciendo aquí?

Sawyer levantó el periódico como respuesta.

—¿Ha leído este artículo?

Sidney miró la foto de Ed Page y su expresión la denunció.

—Yo... no he... verá... —tartamudeó.

El agente entró en la casa y dio un portazo. Sidney retrocedió hacia la sala de estar.

—Creía que teníamos un trato. ¿Lo recuerda? ¿Intercambiar información? —le espetó Sawyer—. Bueno, ha llegado el momento de hablar. ¡Ahora!

Sidney intentó eludir al agente y alcanzar la puerta, pero Sawyer la sujetó de un brazo y la lanzó sobre el sillón. La joven se levantó de un salto.

—¡Fuera de mi casa! —chilló.

Sawyer meneó la cabeza y volvió a enseñarle el periódico.

—¿Quiere salir sola? Entonces más vale que su pequeña comience a buscar a otra madre.

Sidney se abalanzó sobre Sawyer, le cruzó la cara de una bofetada y levantó la mano dispuesta a repetir el ataque. Pero el agente la rodeó con los brazos y la apretó con la fuerza de un oso mientras ella intentaba zafarse.

—Sidney, no he venido a pelear con usted. Sea culpable o no su marido, la ayudaré de todos modos. Pero, maldita sea, tiene que ser sincera conmigo.

La pareja continuó con el forcejeo y cayeron sobre el sofá, sin que la mujer abandonara la intención de golpearle. Sawyer mantuvo el abrazo hasta que, finalmente, notó que la tensión desaparecía del cuerpo de Sidney. Entonces la soltó y ella se apartó de un salto al otro extremo del sofá mientras se echaba a llorar con la cabeza contra los muslos. El agente se arrellanó en el sillón y esperó en silencio hasta que Sidney dejó de llorar. Ella se enjugó las lágrimas con la manga mientras miraba la foto de Page en el diario caído en el suelo.

—Usted habló con él en el vuelo de regreso de Nueva Orleans, ¿verdad? —Sawyer formuló la pregunta en voz muy baja. Había visto a Page entre los pasajeros

que embarcaban en Nueva Orleans. La lista de embarque indicaba que Page había ocupado el asiento vecino a Sidney. El hecho no le había parecido importante hasta ese momento—. ¿Es verdad, Sidney? —Ella asintió—. Cuéntemelo, y esta vez, no se calle nada.

Sidney le hizo caso y le contó toda la conversación con Page, incluida la historia del cambio de identidades de Jason en el aeropuerto y el pinchazo en el teléfono.

—Hablé con la oficina del forense —le informó Sawyer cuando ella acabó el relato—. A Page lo mató alguien que conocía muy bien su trabajo. Una puñalada en cada pulmón y un tajo limpio que le cortó la carótida y la yugular. Page tardó menos de un minuto en morir. El que lo hizo no era un drogadicto con una navaja que quería unos dólares.

—Por eso casi disparé contra usted en el garaje —dijo ella—. Creía que venían a por mí.

—¿No tiene idea de quiénes son?

Sidney meneó la cabeza y se pasó la mano por la cara. Se acomodó mejor en el sillón.

—En realidad solo sé que mi vida se ha hundido en el infierno.

—Bueno —dijo el agente mientras le cogía una mano—, vamos a ver si entre todos conseguimos traerla otra vez a la superficie. —Se levantó para recoger del suelo el abrigo de Sidney—. La empresa de investigaciones Priváte Solutions tiene su sede central en Arlington, en frente de los juzgados. Voy a hacerles una visita. Y, la verdad, preferiría tenerla a usted donde pueda vigilarla. ¿De acuerdo?

Sidney Archer tragó saliva mientras que, con una sensación de culpa, tocaba el disquete guardado en el bolsillo del abrigo. Este era un secreto que, por el momento, no estaba dispuesta a revelar.

—De acuerdo —contestó.

La oficina de Edward Page estaba ubicada en un edificio delante mismo de los juzgados del condado de Arlington. El guardia de seguridad se mostró muy servicial en cuanto vio las credenciales de Sawyer. Subieron al tercer piso y después de un largo recorrido por un pasillo casi en penumbra se detuvieron ante una puerta de roble maciza en cuya placa se podía leer «PRÍVATE SOLUTIONS». El guardia sacó una llave e intentó abrir la puerta.

—¡Maldita sea!

—¿Qué pasa? —preguntó Sawyer.

—La llave no gira.

—Si tiene una llave maestra se supone que tendría que abrirla, ¿no? —señaló Sidney.

—«Se supone» —replicó el guardia—. Ya tuvimos problemas con este tipo.

—¿A qué se refiere? —quiso saber Sawyer.

—Cambió la cerradura. El administrador se puso hecho una fiera. Así que él le dio una llave de la nueva cerradura. Bueno, como ve, no es esta.

Sawyer miró a ambos lados del pasillo.

—¿Hay alguna otra entrada?

—No. —El guardia meneó la cabeza—. Puedo llamar al señor Page y pedirle que venga a abrir la puerta. Le meteré una bronca que se le caerá el pelo. ¿Qué pasaría si surgiera un problema y tuviera que entrar? —El hombre se palmeó la cartuchera dándose importancia—. Usted ya sabe.

—No creo que llamar a Page sirva de mucho —le informó Sawyer en voz baja—. Está muerto. Asesinado.

La sangre desapareció lentamente del rostro del joven.

—¡Dios bendito!

—Debo entender que la policía no ha estado aquí, ¿verdad? —preguntó el agente, y el otro meneó la cabeza.

—¿Cómo vamos a entrar? —susurró el guardia mientras miraba a un lado y a otro del pasillo en busca de presuntos asesinos.

La respuesta de Lee Sawyer fue lanzarse con todas sus fuerzas contra la puerta, que comenzó a astillarse. Una embestida más bastó para que saltara la cerradura y la puerta se abriera con tal violencia que golpeará contra la pared interior. Sawyer miró al guardia boquiabierto mientras se cepillaba el abrigo.

—Ya le avisaremos cuando salgamos. Muchas gracias.

El joven les miró entrar en la oficina y después se alejó en dirección a los ascensores, sin dejar de menear la cabeza.

Sidney miró primero la puerta destrozada y después a Sawyer.

—No me puedo creer que no le pidiera la orden de registro. ¿La tiene?

—¿Y a usted qué más le da?

—Como abogada, soy oficial del juzgado. Tenía que preguntarlo.

—Haré un trato con usted, oficial: si encontramos algo, usted lo vigila y yo voy a buscar una orden de registro.

En otras circunstancias, Sidney Archer se hubiera reído de buena gana; esta vez la respuesta del agente solo provocó una sonrisa, pero para Sawyer fue suficiente. Le levantó el ánimo.

La oficina era sencilla pero contaba con todo lo necesario. Dedicaron la media hora siguiente a registrar el pequeño espacio, sin encontrar nada fuera de lugar o extraordinario. En un cajón había papel de carta donde figuraba el domicilio particular de Page: un apartamento en Georgetown. Sawyer se apoyó en el canto de la mesa y contempló el despacho.

—Ojalá mi oficina estuviese así de ordenada. Pero creo que no encontraremos nada útil —comentó con una expresión lúgubre—. Hubiera preferido encontrarlo todo patas arriba. Así sabríamos que alguien más estaba interesado.

Mientras Sawyer hacía sus comentarios, Sidney continuó con su paseo por la

habitación. De pronto retrocedió hasta una esquina donde había una hilera de archivadores metálicos. Miró la moqueta de un color beige desvaído. «¡Qué extraño!». Se puso de rodillas, con el rostro casi tocando la moqueta. Miró la pequeña brecha ente los dos archivadores más cercanos al punto que observaba. No había ninguna separación entre el resto de los archivadores. Apoyó las manos contra el mueble y empujó sin conseguir moverlo.

—¿Puede echarme una mano? —le pidió a Sawyer. El agente le indicó que se apartara y movió el archivador—. Encienda aquella luz —dijo Sidney.

—¿Qué pasa? —preguntó Sawyer después de encender la luz.

Sidney se hizo a un lado para que el agente del FBI pudiera ver. En el suelo donde había estado el archivador, se veía con toda claridad una mancha de óxido no muy grande. Sawyer miró perplejo a Sidney.

—¿Y? Puedo mostrarle una docena de manchas iguales en mi oficina. El metal se oxida, el orín se cuele en la moqueta y ya está: manchas de óxido.

—¡No me diga! —Sidney señaló el suelo con expresión triunfante. Había unas marcas débiles pero todavía visibles en la moqueta como una prueba de que los archivadores habían estado unidos sin ninguna grieta. Señaló el archivador que había movido Sawyer—. Túmbelo y mire la parte de abajo.

El agente tumbó el archivador.

—No hay manchas de óxido. Así que alguien lo movió para tapar la mancha en la moqueta. ¿Por qué?

—Porque la mancha de óxido la dejó otro archivador, uno que ahora ya no está aquí. Los que se lo llevaron hicieron todo lo posible para eliminar las huellas en la moqueta, pero no pudieron quitar la mancha de óxido. Entonces optaron por la segunda solución. Tapar la mancha con otro archivador y esperar que nadie se fijara en la rendija.

—Pero usted se fijó —dijo Sawyer sin disimular la admiración.

—Es que no se me ocurrió ningún motivo para explicar cómo un hombre ordenado como nuestro señor Page toleraba una rendija en la hilera de archivadores. Respuesta: algún otro lo hizo por él.

—Y eso significa que alguien está interesado en Page y en el contenido del archivador ausente. Por lo tanto, todo indica que nos movemos en la dirección correcta. —Sawyer cogió el teléfono. Habló con Ray Jackson para que su compañero averiguara todo lo que pudiera sobre Edward Page. Colgó y miró a Sidney—. Dado que no hemos encontrado gran cosa en su oficina, ¿qué le parece si hacemos una visita a los aposentos del difunto señor Page?

El hogar de Page estaba en la planta baja de un caserón de principios de siglo en Georgetown que había sido transformado en un edificio de apartamentos. El adormilado propietario de la casa no puso ningún reparo al deseo de Sawyer de ver el apartamento de Page. El hombre estaba enterado de la muerte de su inquilino y manifestó su pesar. Dos inspectores de homicidios habían visitado el apartamento después de entrevistarse con el arrendatario y algunos vecinos. También había recibido una llamada de la hija de Page desde Nueva York. El detective privado había sido un inquilino modelo. Sus horarios eran un tanto irregulares, y en ocasiones se ausentaba durante algunos días, pero pagaba el alquiler puntualmente el primero de cada mes, era discreto y no causaba problemas. El propietario no conocía a ninguno de sus amigos.

Sawyer abrió la puerta del apartamento con una llave que le dio el propietario, entró con Sidney y encendió la luz. Esperaba tener aquí mejor fortuna aunque no se hacía muchas ilusiones.

Había leído el registro de entradas y salidas del edificio antes de dejar la oficina de Page. El archivador se lo habían llevado el día anterior dos tipos con uniformes de una empresa de mudanzas que traían las llaves de la oficina y una orden de trabajo aparentemente en regla. Sawyer estaba seguro de que la compañía no existía, y que ahora los valiosos documentos que había contenido el archivador, eran un montón de cenizas.

El hogar de Page mostraba la misma sencillez y orden que su oficina. El agente y Sidney recorrieron las diversas habitaciones. Una bonita chimenea con la repisa de estilo Victoriano dominaba el salón. Una de las paredes estaba cubierta por una biblioteca que llegaba hasta el techo. A juzgar por la diversidad de los títulos, Page había sido un lector voraz y ecléctico. Sin embargo, no había ningún diario, agenda o facturas que dieran pista alguna sobre las actividades de Page, aparte de seguir a Sidney y Jason Archer. Acabaron de revisar la sala y el comedor, y se ocuparon de la cocina y el baño.

Sawyer buscó en los lugares habituales como el depósito del inodoro y en la nevera, donde revisó las latas de gaseosa y los cogollos de lechuga para asegurarse de que eran auténticos y no escondrijos de pistas que pudieran aclarar por qué habían asesinado a Ed Page. Sidney entró en el dormitorio para realizar una revisión a fondo que comenzó mirando debajo de la cama y el colchón y acabó en el armario. Las pocas maletas que había no tenían las etiquetas de embarque antiguas. Las papeleras estaban vacías. Ella y Sawyer se sentaron en la cama y contemplaron la habitación. El agente miró las fotos en una mesa auxiliar. Edward Page y su familia en tiempos más felices.

Sidney cogió una de las fotos. «Una bonita familia», pensó, y entonces recordó las fotos que tenía en su casa. Le pareció que había pasado una eternidad desde que

esa misma frase había sido válida para su propia familia. Le pasó la foto al agente.

«La esposa era muy guapa, opinó Sawyer para sus adentros, y el hijo una imagen en miniatura del padre». La hija era preciosa. Una pelirroja de piernas muy largas; aparentaba unos catorce años. Según la fecha estampada en el dorso la habían tomado hacía cinco años. Ahora debía ser algo espectacular. Pero según el dueño de la casa, toda la familia estaba en Nueva York y Page vivía aquí. ¿Por qué?

En el momento en que se disponía a dejar la foto en su lugar, notó un pequeño bulto en el dorso. Levantó el soporte y varias fotos más pequeñas cayeron al suelo. Sawyer las recogió; todas eran de la misma persona. Un hombre joven, veinteañero. Bien parecido, quizá demasiado para el gusto de Sawyer, que lo calificó de inmediato como un niño bonito. Las prendas eran demasiado elegantes, el peinado demasiado perfecto. Le pareció ver un leve parecido en la línea de la mandíbula y los ojos castaño oscuro. Miró el dorso de las fotos. Todos excepto uno estaban en blanco: alguien había escrito el nombre de Stevie. Quizás era el hermano de Page. En ese caso, ¿por qué había ocultado las fotos?

—¿Qué opina? —le preguntó Sidney.

—Algunas veces —respondió Sawyer mientras se encogía de hombros—, creo que todo este asunto supera con creces mi capacidad.

El agente metió otra vez las fotos donde las había encontrado, pero se quedó con la que llevaba escrito el nombre. Después cerraron la puerta principal con llave y se marcharon.

Sawyer acompañó a Sidney hasta su casa y después, en un alarde de precaución, revisó todas las habitaciones para asegurarse de que no había nadie más y comprobó que todas las puertas y ventanas estuvieran cerradas.

—De día o de noche, si oye cualquier cosa, si tiene un problema, si le entran ganas de charlar, llámeme. ¿De acuerdo? —Sidney asintió—. Tengo a dos hombres de guardia afuera. Si los necesita estarán aquí en un segundo. —Caminó hasta la puerta principal—. Voy a ocuparme de unas cosas y volveré por la mañana. —Se volvió para mirarla—. ¿Estará bien?

—Sí. —Sidney se cubrió el pecho con los brazos.

Sawyer exhaló un suspiro mientras apoyaba la espalda contra la puerta.

—Espero que algún día pueda presentarle este caso en una bandeja, Sidney, de verdad que lo espero.

—Usted... todavía cree que Jason es culpable, ¿verdad? No puedo culparlo. Sé que todo está en su contra. —Miró las facciones preocupadas del agente, que volvió a suspirar al tiempo que desviaba la mirada. Cuando miró otra vez a Sidney, había en sus ojos un brillo extraño.

—Digamos que comienzo a tener algunas dudas —replicó Sawyer.

—¿Sobre Jason? —preguntó Sidney, confusa.

—No, sobre todo lo demás. Le prometo una cosa: para mí lo primero es encontrar a su marido sano y salvo. Entonces podremos aclararlo todo, ¿vale?

Sidney se estremeció antes de asentir.

—Vale. —En el momento en que Sawyer se disponía a salir, ella le tocó el brazo —. Gracias, Lee.

Contempló a Sawyer a través de la ventana. Él caminó hasta el coche negro que ocupaban los dos agentes del FBI, miró hacia la casa, la vio y levantó una mano en señal de despedida. Sidney intentó devolverle el saludo. Ahora mismo se sentía un tanto culpable por lo que estaba a punto de hacer. Se apartó de la ventana, apagó todas las luces, cogió el abrigo y el bolso y se escabulló por la puerta de atrás antes de que uno de los agentes apareciera para vigilar la zona. Caminó por el bosquecillo que había más allá del patio trasero y salió a la carretera una manzana más allá. Cinco minutos más tarde llegó a una cabina de teléfono y llamó a un taxi.

Media hora más tarde, Sidney metió la llave en la cerradura de seguridad del edificio de oficinas y abrió la pesada puerta de cristal. Corrió hasta los ascensores, entró en uno y subió hasta su piso. Sidney avanzó por el pasillo en penumbra, en dirección al otro extremo de la planta donde se encontraba la biblioteca. Las puertas dobles de cristal opaco estaban abiertas. En la gran sala además de la magnífica colección de textos legales había un lugar reservado en el que los abogados y los pasantes disponían de ordenadores para acceder a los bancos de datos.

Sidney echó una ojeada al interior de la biblioteca antes de arriesgarse a entrar. No oyó ningún ruido ni vio movimiento alguno. Afortunadamente, esa noche nadie estaba ocupado con algún trabajo urgente. Las cortinas metálicas de las dos paredes de cristal estaban cerradas. Nadie podía ver desde el exterior lo que ocurría en la biblioteca.

Se sentó delante de uno de los terminales, y se arriesgó a encender la lámpara de mesa. Sacó el disquete del bolso, puso el ordenador en marcha, tecleó las órdenes para conectar con America Online y se sobresaltó cuando sonó un pitido del módem. A continuación, tecleó el número de usuario y la contraseña de su marido mientras agradecía en silencio que Jason se los hubiera hecho aprender de memoria. Contempló ansiosa la pantalla, con las facciones tensas, la respiración poco profunda y una inquietud en el estómago como si fuera una acusada a la espera del veredicto del jurado. La voz electrónica anunció lo que tanto anhelaba: «Tiene correspondencia».

En el pasillo dos personas avanzaban en silencio hacia la biblioteca.

Sawyer miró a Jackson. Los dos agentes se encontraban en la sala de conferencias del FBI.

—¿Qué has encontrado sobre el señor Page, Ray?

—Mantuve una larga charla con el departamento de policía de Nueva York — contestó Jackson mientras se sentaba—. Page trabajó allí hasta que se retiró. También hablé con la exesposa de Page. La saqué de la cama, pero tú dijiste que era importante. Todavía vive en Nueva York pero casi no se relacionaban desde el divorcio. En cambio, él seguía muy unido a los hijos. Conversé con la hija. Tiene

dieciocho años y está en el primer año de carrera. Ahora tendrá que enterrar a su padre.

—¿Qué te dijo?

—Muchísimas cosas. Al parecer, su padre estuvo muy nervioso durante las últimas dos semanas. No quería que ellos le visitaran. Había comenzado a llevar un arma, cosa que no había hecho en años. De hecho, Lee, llevó un revólver en el viaje a Nueva Orleans. Lo encontraron en la maleta junto al cadáver. El pobre desgraciado no tuvo ocasión de utilizarlo.

—¿Por qué dejó Nueva York y se vino aquí, si su familia seguía allí?

—Ese es un punto interesante —señaló Jackson—. La esposa no quiso opinar. Solo dijo que el matrimonio se había hundido y nada más. En cambio, la hija cree otra cosa.

—¿Te dio alguna razón?

—El hermano menor de Ed Page también vivía en Nueva York. Se suicidó hará cosa de unos cinco años. Era diabético. Se inyectó una sobredosis de insulina después de emborracharse. Los dos hermanos estaban muy unidos. Según la muchacha, su padre nunca volvió a ser el mismo después de aquello.

—Entonces, ¿lo único que quería era cambiar de ciudad?

—Por lo que deduje de la charla con la hija, Ed Page estaba convencido de que la muerte de su hermano no fue un suicidio o accidental.

—¿Creía que le habían asesinado?

Jackson asintió.

—¿Por qué?

—He pedido una copia del expediente a la policía de Nueva York. Quizás encontremos algunas respuestas, aunque cuando hablé con el inspector que se encargó del caso, me dijo que todas las pruebas señalaban hacia el suicidio o un accidente. El tipo estaba borracho.

—Si se suicidó, ¿alguien sabe por qué?

—Steven Page era diabético, así que no gozaba de mucha salud. Según la hija de Page, su tío nunca conseguía normalizar la insulina. Aunque solo tenía veintiocho años cuando murió, sus órganos internos habían sufrido un desgaste de una persona mucho mayor. —Jackson hizo una pausa para mirar sus notas—. Para colmo, Steven Page acababa de descubrir que era seropositivo.

—Mierda. Eso explica la borrachera —exclamó Sawyer.

—Es probable.

—Y quizás el suicidio.

—Eso es lo que cree la policía de Nueva York.

—¿Se sabe cómo se contagió?

—Nadie lo sabe; al menos, oficialmente. Aparece en el informe del forense pero no pueden determinar el origen. Se lo pregunté a la exesposa de Ed, que no sabía nada. En cambio, la hija me dijo que su tío era gay. No con todas las letras, pero

estaba bastante segura y cree que así pilló el Sida.

Sawyer se rascó la cabeza y resopló, intrigado.

—¿Hay algún vínculo entre el presunto asesinato de un homosexual cometido en Nueva York hace cinco años, la traición de Jason Archer a su empresa y un avión que se estrelló en un campo de Virginia?

—Quizá, por alguna razón que desconocemos, Page sabía que Archer no estaba en aquel avión —respondió Jackson.

Por un instante, Sawyer se sintió culpable. Por su conversación con Sidney —una conversación que no había compartido con su compañero— estaba enterado de ese hecho.

—Por lo tanto —dijo—, cuando Jason Archer desapareció, pensó en seguirle la pista a través de la esposa.

—Eso parece bastante lógico. Puede ser que los de Tritón contrataran a Page para que investigara las filtraciones, y el tipo descubrió a Archer.

—No lo creo —señaló Sawyer—. Entre el servicio de seguridad de la compañía de Hardy y el personal propio tienen gente de sobra para ese trabajo.

Una mujer entró en la sala con una carpeta y se la dio a Jackson.

—Ray, esto lo acaba de enviar por fax la policía de Nueva York.

—Gracias, Jennie.

La mujer se marchó, y Jackson comenzó a leer el expediente mientras Sawyer hacía un par de llamadas.

—¿Es el expediente de Steven Page? —preguntó Sawyer.

—Sí, y es muy interesante.

Sawyer se sirvió una taza de café y se sentó junto a su compañero.

—Steven Page estaba empleado en Fidelity Mutual en Manhattan —le informó Jackson—. Una de las compañías de inversiones más grandes del país. Vivía en un bonito apartamento; tenía la casa llena de antigüedades, pinturas, un armario lleno de trajes de Brooks Brothers; un Jaguar en el garaje. Además, tenía una magnífica cartera de inversiones: acciones, bonos, fondos, cédulas. Más de un millón de dólares.

—No está mal para un jovencito de veintiocho años. Son los tipos metidos en inversiones los que se llevan el gato al agua. Mocosos que ganan millones haciendo Dios sabe qué. Supongo que jodiendo a la gente como tú y yo.

—Sí, pero Steven Page no era un banquero. Trabajaba de analista financiero, estudiaba el mercado. Cobraba un sueldo, y según este informe, tampoco cobraba mucho.

—Entonces ¿cómo es que tenía esa cartera de inversiones? —Sawyer frunció el entrecejo—. ¿Utilizó fondos de Fidelity?

—La policía lo investigó. No faltaban fondos de Fidelity.

—Entonces, ¿a qué conclusión llegaron?

—Creo que a ninguna. A Page lo encontraron solo en el apartamento, con la puerta y las ventanas cerradas desde el interior. Y en cuanto el informe del forense

mencionó el posible suicidio con una sobredosis de insulina, se despreocuparon del asunto. Por si no lo sabes, Lee, en Nueva York se les amontonan los casos de homicidios.

—Gracias por la información, Ray. ¿Quién fue el heredero?

Jackson echó una ojeada al informe.

—Steven Page no dejó testamento. Sus padres habían muerto, era soltero y no tenía hijos. Su hermano, Edward, como único pariente, lo heredó todo.

—Eso es interesante.

—No creo que Ed Page se cargara a su hermano menor para pagar la educación de sus hijos. Por lo que averigüé, él fue el primer sorprendido cuando se enteró de que su hermano era millonario.

—¿Hay algo en el informe de la autopsia que te parezca raro?

Jackson cogió dos páginas de la carpeta y se las pasó a Sawyer.

—Steven Page murió como consecuencia de una sobredosis de insulina. Se inyectó a sí mismo en el muslo. Es el lugar habitual para los diabéticos. Había marcas anteriores que lo confirman. En la jeringuilla solo había sus huellas digitales. El informe de toxicología señala que el nivel de alcohol en sangre era de uno coma ocho. Esto no le ayudó mucho cuando se inyectó la sobredosis. El *algor mortis* indicó que llevaba muerto unas doce horas cuando lo encontraron; la temperatura del cuerpo era de unos veintiséis grados. El *rigor mortis* era total, cosa que corrobora la hora de la muerte señalada por la temperatura corporal e indica que ocurrió entre las tres y las cuatro de la mañana. El tipo murió donde lo encontraron.

—¿Quién lo encontró?

—La mujer de la limpieza. Seguramente, no fue un espectáculo agradable.

—La muerte nunca lo es. ¿Dejó alguna nota?

Jackson meneó la cabeza.

—¿Page hizo alguna llamada antes de *palmarla*?

—La última llamada que hizo Steven Page desde su apartamento fue a las siete y media de la tarde anterior.

—¿A quién llamó?

—A su hermano.

—¿La policía habló con Ed Page?

—Desde luego. En cuanto se enteraron de que Steven Page era rico.

—¿Ed Page tenía una coartada?

—Una muy buena. Como sabes, en aquel tiempo era policía. Estaba trabajando en una operación antidroga con otros agentes en el Lower East Side a la hora de la muerte de su hermano.

—¿Le preguntaron sobre la conversación telefónica?

—Declaró que su hermano parecía desesperado. Steven le dijo que era seropositivo. Page señaló que por el tono le pareció que estaba borracho.

—¿No fue a verlo?

—Dijo que lo intentó, pero que su hermano no quiso saber nada. Al final acabó por colgarle el teléfono. Ed Page lo llamó un par de veces sin resultado. Entraba de servicio a las nueve. Decidió dejar tranquilo a su hermano e ir a verlo a la mañana siguiente. Acabó el turno a las diez de la mañana. Se fue a casa a dormir unas horas, y a eso de las tres de la tarde fue a la oficina de su hermano en el centro. Allí le dijeron que no había ido a trabajar y, entonces, se dirigió al apartamento de Steven. Llegó casi con los de homicidios.

—Pobre tipo. Supongo que el sentimiento de culpa debió ser terrible.

—Si hubiese sido mi hermano menor... —comentó Jackson—. La cuestión es que consideró un suicidio. Todos los hechos lo confirmaban.

—Y, sin embargo, Ed Page no se lo creyó. ¿Por qué?

—Quizás era lo que necesitaba. —Jackson encogió los hombros—. Quizá se sentía culpable y negar el suicidio le hacía sentirse mejor. ¿Quién sabe? La policía no encontró nada fuera de lugar, y por lo que veo en este informe yo tampoco.

Sawyer, perdido en sus pensamientos, no respondió. Jackson recuperó las dos hojas del informe de la autopsia de Steven Page y las guardó en la carpeta. Miró a su compañero.

—¿Encontraste algo en la oficina de Page?

—No. Pero sí encontré algo interesante en su casa —respondió Sawyer distraído. Metió la mano en el bolsillo de la americana y sacó la foto marcada con el nombre de «Stevie». Se la dio a Jackson—. Es interesante porque estaba oculta en el dorso de otra foto más grande. Creo que es Steven Page.

Jackson se quedó boquiabierto en el instante en que miró la foto.

—¡Oh, Dios mío! —Se levantó bruscamente—. ¡Oh, Dios mío! —repitió mientras trataba de controlar el temblor de las manos—. Esto no es posible.

—¿Ray, Ray? ¿Qué coño pasa?

Jackson corrió hasta otra de las mesas de la sala. Comenzó a buscar entre las carpetas. Las abría, les echaba una ojeada y las tiraba. Su conducta era cada vez más frenética. Por fin, encontró lo que buscaba y permaneció en silencio con la mirada fija en una página. Sawyer se acercó en el acto.

—Maldita sea, Ray, ¿de qué se trata?

Jackson alcanzó la página donde estaba pegada una foto y Sawyer la miró incrédulo. Tenía ante sus ojos el precioso rostro de Steven Page. Sawyer recogió la foto que había traído del apartamento de Ed Page y comparó ambas fotos. No había ninguna duda; era el mismo hombre. Miró a su compañero.

—¿Dónde encontraste esta foto, Ray? —preguntó casi en un susurro.

Jackson se humedeció los labios mientras meneaba la cabeza.

—No me lo puedo creer.

—¿Dónde, Ray, dónde?

—En el apartamento de Arthur Lieberman.

D estinatario: Yo no.
Fecha: 261195. 08:41:52 EST.
De: ArchieKW2.
Para: ArchieJW2.

Querido Otro Archie: Cuida tu mecanografía. Por cierto, ¿te envías cartas a ti mismo muy a menudo? El mensaje es un poco melodramático pero la contraseña es bonita. Quizá podamos hablar de claves. Me han dicho que una de las mejores es la racalmilgo del Servicio Secreto. Nos vemos en el ciberespacio.

Ciao.

Mensaje enviado:

Remitente: Yo no.
Fecha: 191195. 10:30:06 PST.
De: ArchieJW2.
Para: ArchieKW2.

*Sid todo mal todo al revés/disquete en correo
099121.19822.29629.295111.3961 4.
almacenseattleconsigueayudaurgenteño.*

Sidney contempló la pantalla del ordenador mientras su mente alternaba entre el entusiasmo y el desconsuelo. Su suposición era correcta. Jason había apretado la «k» en lugar de la «j». *Gracias, ArchieKW2.* Fisher había tenido razón en cuanto a la contraseña: casi treinta caracteres. Daba por hecho que eso era lo que representaban los números: la contraseña.

Se desesperó una vez más cuando vio la fecha del mensaje original. Jason le había suplicado una ayuda urgente. Sidney no hubiera podido hacer nada, pero de todos modos tenía la terrible sensación de haberle fallado. Imprimió el mensaje y se lo guardó en el bolsillo. Al menos ahora podría leer el contenido del disquete y esto volvió a animarla.

De pronto se le disparó la adrenalina al oír que alguien entraba en la biblioteca. Salió del programa y apagó el ordenador. Guardó el disquete en el bolso. Casi sin respirar y con la mano sobre la culata de la pistola esperó atenta a cualquier otro sonido.

Justo cuando oyó un ruido a su derecha, dejó la silla y se movió agachada hacia la izquierda. Llegó a una de las estanterías y se detuvo para espiar entre los libros. Vio la silueta del hombre pero no había luz suficiente para verle la cara. No se atrevió a moverse por miedo a hacer algún ruido. Entonces el desconocido avanzó

directamente hacia donde estaba ella. Empuñó la pistola, le quitó el seguro y la sacó de la cartuchera mientras retrocedía. Siempre agachada, se ocultó detrás de uno de los tabiques, los oídos atentos mientras pensaba cómo salir. El problema estaba en que la biblioteca tenía una única puerta. Su única oportunidad era rodear las estanterías intentando mantener la ventaja sobre el intruso, alcanzar la puerta y echar a correr hasta los ascensores en el vestíbulo.

Caminó unos cuantos pasos y esperó; después, repitió el proceso. Debía suponer que el hombre oía sus ruidos pero no con la claridad suficiente para determinar su estrategia. Los pasos a su espalda imitaban sus movimientos casi a la perfección y esto tendría que haber sido suficiente para alertarla. Casi había llegado a la puerta; veía los cristales opacos. Solo le faltaban unos pasos y echaría a correr. Ahora estaba a un metro y medio de la salida. Apoyada contra la pared, se dispuso a contar hasta tres.

No pasó del uno.

El resplandor de las luces la cegó. En la fracción de segundo necesario para que las pupilas se enfocaran, el hombre estaba a su lado. Sidney se volvió por instinto y le apuntó con la pistola.

—Dios mío, ¿te has vuelto loca? —gritó Philip Goldman.

Sidney lo miró boquiabierta.

—¿Qué demonios pretendes rondando por aquí de esta manera? —añadió el hombre—. ¿Y para colmo con una pistola?

Sidney dejó de temblar y se irguió, decidida.

—Soy una asociada de esta empresa, Philip. Tengo todo el derecho a estar aquí —replicó con voz agitada pero con la mirada firme.

—No por mucho tiempo más —comentó Goldman burlón. Sacó un sobre de uno de los bolsillos de la chaqueta—. En realidad, tu presencia aquí le ahorrará a la empresa pagar a un mensajero. —Le tendió el sobre—. Tu cese de la firma. Si tuvieses la bondad de firmarlo ahora mismo, nos evitarías a todos un montón de problemas y salvarías a la firma de una enorme vergüenza.

Sidney no hizo ningún gesto de coger el sobre sino que mantuvo la mirada y la pistola centradas en Goldman.

El abogado jugueteó unos momentos con el sobre antes de mirar el arma.

—¿Te importaría guardar la pistola? Tu situación ya es bastante comprometida como para seguir añadiendo crímenes a la lista.

—No he hecho nada y tú lo sabes —le espetó Sidney.

—Desde luego. Estoy seguro de que no sabías nada de los nefastos planes de tu amante marido.

—Jason tampoco ha hecho nada malo.

—No pienso discutirlo mientras me apuntas con un arma. ¿Podrías tener la bondad de guardarla?

Sidney vaciló un momento y después comenzó a bajar el arma. Entonces se le

ocurrió una cosa. ¿Quién había encendido las luces? Goldman, no.

Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, una mano fuerte le sujetó el brazo y le arrebató el arma. Casi al mismo tiempo el atacante la lanzó contra la pared con un violento empujón. Sidney cayó sentada al suelo, aturdida por la fuerza del impacto. Cuando levantó la mirada, vio a un hombretón vestido con el uniforme negro de chófer que le apuntaba a la cabeza con su propia pistola. Detrás del chófer, apareció otro hombre.

—Hola, Sid —dijo Paul Brophy con un tono risueño—. ¿Has recibido alguna otra llamada de tu difunto marido?

Sidney, con las rodillas temblorosas, consiguió levantarse. Se apoyó en la pared mientras intentaba recuperar la respiración.

—Buen trabajo, Parker —le dijo Goldman al hombretón—. Ya puede volver al coche. Bajaremos en unos minutos.

Parker asintió, al tiempo que metía la pistola de Sidney en un bolsillo. Ella se fijó que el chófer iba armado. Desesperada, vio cómo el hombre recogía el bolso que se le había caído durante la refriega y se marchaba.

—¡Me habéis seguido! —exclamó, furiosa.

—Me gusta saber quién entra y sale de la firma fuera de horas —le contestó Goldman—. Hay un chivato electrónico en el control de entradas al edificio. Me alegré mucho al ver que aparecía tu nombre en el registro a la una y media de la mañana. —Miró las estanterías—. ¿Buscabas información sobre algún tema legal o quizá pretendías seguir el ejemplo de tu marido e intentabas robar algunos secretos?

Sidney le hubiera dado un puñetazo en el rostro pero Brophy fue más rápido y se lo impidió. Goldman no se preocupó.

—Quizás ahora —prosiguió— podemos tratar de negocios.

Sidney intentó cruzar la puerta y, una vez más, Brophy se interpuso en su camino y la obligó a retroceder de un empujón. Sidney lo miró furiosa.

—Pasar de ser miembro de un bufete de primera a ladrón de hotel en Nueva Orleans es todo un cambio, Paul —dijo Sidney, que tuvo el placer de ver cómo se esfumaba la sonrisa de Brophy. Miró a Goldman—. ¿Crees que si me pongo a gritar me oirá alguien?

—Quizá lo hayas olvidado —replicó Goldman con un tono frío—, pero todos los abogados y pasantes se marcharon hoy más temprano para asistir a la conferencia anual de la firma en Florida. No regresarán en varios días. Lamentablemente, debido a unos asuntos urgentes no he podido acompañarles pero me uniré a ellos mañana. Paul está en la misma situación. Todos los demás están allí. —Miró la hora—. Por lo tanto, puedes gritar todo lo que quieras. Sin embargo, creo que tienes muchos motivos para trabajar con nosotros.

Sidney miró a los dos hombres con una expresión de furia.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Considero que esta conversación debe desarrollarse en mi despacho —dijo

Goldman, que señaló hacia la puerta y después sacó un revólver de pequeño calibre para reforzar la propuesta.

Brophy cerró la puerta con llave. Goldman le entregó el revólver y fue a sentarse detrás de su escritorio. Con un gesto, le indicó a Sidney que se sentara.

—Desde luego, este ha sido un mes excitante para ti, Sidney. —Sacó otra vez la carta de despido—. Sin embargo, creo que tus recientes excesos han significado que tu relación con esta firma ha llegado a su fin. No me sorprendería que la firma y Tritón decidieran demandarte no solo por lo civil sino también por lo criminal.

—Me retienes contra mi voluntad a punta de pistola —replicó Sidney sin apartar la mirada de Goldman—, y me dices que me preocupe de una demanda criminal.

—Paul y yo, ambos socios de esta firma, descubrimos a alguien, a un intruso, en la biblioteca de la firma haciendo Dios sabe qué. Intentamos detener al sospechoso y ¿qué hizo? Sacó un arma. Entre los dos conseguimos desarmarla antes de que nadie resultara herido, y ahora retenemos a la intrusa hasta que llegue la policía.

—¿La policía?

—Así es. Vaya, ¿todavía no he llamado a la policía? Qué despiste. —Goldman levantó el auricular y después se reclinó en el sillón sin marcar el número—. Ah, ahora recuerdo por qué no la llamé. —Su tono era provocador—. ¿Quieres saber la razón? —Sidney permaneció en silencio—. Tú eres especialista en negociaciones. ¿Qué te parece si te propongo un trato? La manera no solo de permanecer en libertad sino también de conseguir un beneficio económico, algo que te vendrá muy bien ahora que estás en el paro.

—Tylery Stone no es la única firma en la ciudad, Phil.

Goldman hizo una mueca al oír la abreviatura de su nombre.

—Creo que la afirmación no es aplicable a tu caso. Verás, en lo que a ti respecta, no quedan firmas. Ni aquí ni en ningún otro lugar del país, incluso del mundo.

La expresión de Sidney reflejó su desconcierto.

—Piensa un poco, Sid. —Los ojos de Goldman brillaron de satisfacción cuando le devolvió la pelota—. Tu marido es sospechoso de sabotear un avión y provocar la muerte de casi doscientas personas. Además, está claro que robó dinero y secretos valorados en cientos de millones de dólares a un cliente de esta firma. Es obvio que estos crímenes se planearon en un largo período de tiempo.

—Todavía no te he oído mencionar mi nombre en esta ridícula acusación.

—Tenías acceso a las informaciones más secretas de Tritón Global, quizás a algunas que ni siquiera tu marido conocía.

—Eso era parte de mi trabajo. No me convierte en una criminal.

—Como se suele decir en los círculos legales, y está escrito en el código de ética, se debe evitar incluso la «apariencia de algo impropio». Creo que tú has pasado ese límite hace mucho.

—¿Cómo? ¿Perdiendo a mí marido? ¿Siendo expulsada de mi trabajo sin ninguna prueba? Ya que hablamos de demandas. ¿Qué opinas de Sidney Archer contra Tylery

Stone por despido improcedente?

Goldman miró a Brophy y asintió. Sidney volvió la cabeza para mirar al otro. Le tembló la barbilla cuando le vio sacar un magnetófono de bolsillo.

—Estos chismes son utilísimos, Sid —comentó Brophy—. Graban y reproducen con una claridad asombrosa.

Puso en marcha el aparato, y Sidney, después de escuchar un minuto la conversación que había mantenido con su marido, miró otra vez a Goldman.

—¿Qué demonios quieres?

—Vamos a ver. Supongo que primero debemos establecer el precio de mercado. ¿Cuánto vale esa cinta? Demuestra que le mentiste al FBI. Un delito mayor. Después tenemos la ayuda y ocultamiento de un fugitivo. Complicidad después del hecho. Otra acusación muy grave. La lista de cargos puede ser inacabable. Ninguno de los dos somos abogados criminalistas, pero creo que te haces una idea. El padre desaparecido, la madre en la cárcel. ¿Cuántos años tienes? Trágico. —Meneó la cabeza en una actitud de falsa compasión.

—¡Que te den por el culo, Goldman! —gritó Sidney, que se levantó hecha una furia—. ¡Que os den por el culo a los dos!

Sin parar mientes, Sidney se lanzó sobre la mesa y cogió a Goldman por el cuello y lo hubiera estrangulado de no haber sido por Brophy, que acudió en ayuda del hombre mayor.

Goldman, jadeante y con el rostro amoratado, miró a Sidney con odio.

—Si me vuelves a tocar, te pudrirás en la cárcel —dijo con voz ronca.

Sidney dirigió al hombre una mirada salvaje al tiempo que apartaba la mano de Brophy, aunque no se movió porque él seguía apuntándole con el arma. Goldman se arregló la corbata y se pasó la mano por la pechera de la camisa. Cuando habló lo hizo con el mismo tono de confianza de antes.

—A pesar de tu grosera reacción, estoy preparado para ser muy generoso contigo. Si quisieras considerar el asunto con sentido común, aceptarías sin vacilar la oferta que te haré. —Ladeó la cabeza en dirección a la silla.

Sidney, temblorosa y con la respiración agitada, volvió a sentarse.

—Bien —prosiguió Goldman—. Ahora, te resumiré la situación. Sé que hablaste con Roger Egert, que se ha hecho cargo de las negociaciones con CyberCom. Tú estás enterada de la última propuesta de Tritón para la compra de la compañía. Sé que es así. Tú todavía conoces la contraseña para acceder al archivo de las negociaciones grabado en el ordenador central. —Sidney contempló a su interlocutor con una mirada opaca mientras sus pensamientos se adelantaban a las palabras que él iba a pronunciar—. Quiero saber los últimos términos de la propuesta y la contraseña del archivo, como una precaución ante algún cambio de última hora en la postura negociadora de Tritón.

—Los de RTG deben estar desesperados por comprar CyberCom si están dispuestos a pagarte algo más que tus honorarios por violar la confidencialidad de la

relación abogado-cliente, sin contar el robo de secretos corporativos.

—A cambio de eso —continuó Goldman impertérrito—, estamos dispuestos a pagarte diez millones de dólares, libres de impuestos, desde luego.

—¿Para asegurar mi bienestar económico, ahora que estoy en el paro, además de mi silencio?

—Algo así. Desapareces en algún bonito país extranjero, y te dedicas a criar a tu hijita con todo lujo. Se cierra el trato con CyberCom. Tritón Global seguirá con lo suyo. Tylery Stone continuará siendo una firma de prestigio. Nadie saldrá mal parado. ¿La alternativa? En realidad es mucho más desagradable. Para ti. Sin embargo, la cuestión tiempo es vital. Necesito tu respuesta en un minuto. —Miró su reloj y comenzó a contar los segundos.

Sidney se echó hacia atrás en la silla, con los hombros hundidos mientras consideraba rápidamente las pocas posibilidades a su alcance. Si aceptaba, sería rica. Si decía que no, lo más probable es que acabara en la cárcel. ¿Y Amy? Pensó en Jason y en todos los terribles sucesos del mes pasado. Eran más de los que nadie podía soportar en una sola vida. De pronto se puso rígida al ver la expresión triunfal de Goldman, al intuir el gesto burlón de Paul Brophy a sus espaldas.

Tenía muy claro el curso que seguir.

Aceptaría sus términos y después jugaría sus propias cartas. Le daría a Goldman la información que quería, para luego ir directamente a Lee Sawyer y contárselo todo, incluida la existencia del disquete. Intentaría llegar al mejor acuerdo posible al tiempo que denunciaría a Goldman y su cliente. No sería rica y quizá la separarían de su hija si la condenaban a la cárcel, pero no estaba dispuesta a criar a Amy con el soborno de Goldman. Y, lo que era más importante, podría vivir consigo misma.

—Tiempo —anunció Goldman.

Sidney permaneció en silencio.

Goldman meneó la cabeza y cogió el teléfono una vez más. Por fin, con un movimiento casi imperceptible, Sidney asintió. El hombre se levantó con una amplia sonrisa en el rostro.

—Excelente. ¿Cuáles son los términos y la contraseña?

—Mi posición negociadora es un tanto frágil —contestó Sidney—. Primero el dinero, después la información. Si no estás de acuerdo ya puedes marcar.

—Como bien dices —le replicó Goldman—, tu posición es precaria. Sin embargo, precisamente por ese hecho, podemos ser algo flexibles. ¿Por favor? —Señaló la puerta y Sidney lo miró confusa—. Ahora que hemos llegado a un acuerdo, quiero cerrar el trato antes de dejarte ir. Quizá después resultes ser una persona difícil de encontrar.

Mientras Sidney se levantaba y se volvía, Brophy guardó el arma y cuando ella pasó a su lado, el abogado la rozó con el hombro con toda intención y acercó los labios a la oreja de Sidney.

—Después de que te hayas acomodado en tu nueva vida, quizá quieras disfrutar

de un poco de compañía. Tendré mucho tiempo libre y tanto dinero que no sabré qué hacer con él. Piénsalo.

Sidney descargó un tremendo rodillazo en la entrepierna de Brophy, derribándolo al suelo.

—Lo acabo de pensar, Paul, y me entran náuseas. Apártate de mí si quieres conservar la poca hombría que te queda.

Sidney se alejó con paso enérgico escoltada por Goldman. Brophy tardó unos segundos en levantarse. Con el rostro pálido y las manos sobre las partes doloridas, los siguió.

La limusina les esperaba en el piso más bajo del garaje junto a los ascensores, con el motor en marcha. Goldman mantuvo la puerta abierta para que entrara Sidney. Brophy, casi sin aliento y todavía con las manos en la entrepierna, fue el último en subir. Se sentó delante de Goldman y Sidney; detrás de él, el cristal oscuro que los separaba del chófer estaba alzado.

—No llevará mucho hacer los arreglos. Sería conveniente que mantuvieras tu actual domicilio hasta que las cosas se calmen un poco. Después te daremos un pasaje para algún destino intermedio. Desde allí podrás enviar a tu hija y vivir feliz por siempre jamás. —El tono de Goldman era francamente jovial.

—¿Qué pasará con Tritón y la firma? Mencionaste unas demandas —replicó Sidney.

—Creo que eso es algo fácil de arreglar. ¿Para qué iba querer la firma meterse en un pleito largo y vergonzoso? Y Tritón tampoco puede probar nada ¿verdad?

—Entonces, ¿por qué voy a negociar?

Brophy, con el rostro todavía enrojecido, levantó el magnetófono.

—Por esto, putita. A menos que quieras pasar el resto de tu vida en la cárcel.

—Quiero la cinta —dijo Sidney sin perder la calma.

—Eso es imposible por ahora. —Goldman encogió los hombros—. Tal vez más adelante, cuando las cosas hayan vuelto a la normalidad. —El hombre miró el cristal que tenía delante—. ¿Parker? —El cristal descendió—. Parker, ya podemos irnos.

La mano que apareció por el hueco empuñaba un arma. La cabeza de Brophy estalló y el hombre cayó hacia delante sobre el suelo de la limusina. Goldman y Sidney recibieron una lluvia de sangre y otras cosas. Goldman se quedó atónito por un momento.

—¡Oh, Dios! ¡No! ¡Parker!

La bala le alcanzó la frente y la larga carrera de Philip Goldman como abogado excesivamente arrogante llegó a su fin. El impacto le arrojó hacia atrás y la sangre bañó no solo su rostro sino también el cristal trasero de la limusina. Después se desplomó sobre Sidney, que chilló horrorizada al ver que el arma le apuntaba. Dominada por el pánico clavó las uñas en el asiento de cuero. Por un instante miró el rostro cubierto por un pasamontañas negro, y después su mirada se clavó en el cañón reluciente que se movía a un metro y medio de su cara. Todos los detalles del arma se

grabaron en su memoria mientras esperaba la muerte.

Entonces el arma señaló hacia la puerta derecha de la limusina. Sidney permaneció inmóvil y el pistolero volvió a señalar la puerta con más firmeza. Temblorosa e incapaz de entender lo que pasaba aparte del hecho de que aparentemente no iba a morir, Sidney apartó el cadáver de Goldman y comenzó a pasar por encima del cuerpo de Brophy. Mientras se movía torpemente sobre el abogado muerto, su mano resbaló en un charco de sangre y cayó sobre el difunto. Se levantó como impulsada por un resorte. Al buscar un punto de apoyo, tocó un objeto duro debajo del hombro de Brophy. Instintivamente, cerró los dedos sobre el metal. De espaldas al pistolero, se las arregló para meter el revólver de Brophy en el bolsillo del abrigo sin ser observada.

En el momento de abrir la puerta, algo le golpeó en la espalda. Aterrorizada, volvió la cabeza y vio su bolso, que había caído sobre el cadáver de Brophy después de rebotar contra ella. Entonces vio que la mano desaparecía con el disquete que le había enviado Jason. Se apresuró a coger el bolso, abrió la puerta del todo y cayó sobre el suelo del garaje. Solo tardó un segundo en levantarse y echar a correr con todas sus fuerzas.

En el interior de la limusina, el hombre se asomó a la parte trasera. A su lado, estaba Parker con un balazo en la sien. El pistolero recogió el magnetófono que estaba sobre el asiento y lo puso en marcha durante unos segundos. Asintió al escuchar las voces. Apagó el aparato, levantó un poco el cadáver de Brophy unos centímetros, metió el magnetófono en el espacio y dejó caer el cuerpo. Guardó el disquete en su mochila. El último detalle fue recoger los tres casquillos de bala. No se lo podía poner demasiado fácil a la poli. Entonces se apeó de la limusina, con la pistola en una bolsa para dejarla en algún lugar apartado, pero no lo bastante como para que la policía no la encontrara.

Kenneth Scales se quitó el pasamontañas. Alumbrados por la luz intensa de los focos del garaje, los letales ojos azules brillaron de satisfacción. Otra noche de trabajo bien hecho.

Sidney apretó el botón del ascensor una y otra vez hasta que abrieron las puertas. Se desplomó contra la pared de la cabina. Tenía la ropa empapada en sangre; la notaba en el rostro y en las manos. Hizo lo imposible para no chillar a voz en grito. Solo quería quitársela de encima. Con mano temblorosa apretó el botón del piso octavo. No sabía por qué le habían perdonado la vida, pero no iba a esperar a que el asesino cambiara de opinión.

En cuanto entró en el lavabo de señoras y se vio en el espejo, vomitó en el lavabo y después se desplomó, el cuerpo sacudido por los sollozos. Cuando recuperó un poco el control, se lavó lo mejor que pudo y siguió echándose agua caliente en el rostro hasta que cesaron los temblores. Después se quitó del pelo las cosas que no eran suyas.

Salió del lavabo, corrió por el pasillo hasta su oficina y cogió la gabardina que

guardaba allí. La prenda ocultaba las manchas de sangre que no había conseguido quitar. Entonces cogió el teléfono y se dispuso a marcar el 911. Con la otra mano empuñó el revólver. Le dominaba la sensación de que en cualquier momento aquella pistola resplandeciente volvería a apuntarle, que el hombre del pasamontañas negro no la dejaría vivir una segunda vez. Ya había marcado dos de los números cuando una visión la inmovilizó: la imagen de la pistola que le apuntaba en la limusina, y después el movimiento del arma que señalaba la puerta. Ahí fue cuando la vio.

La culata. La culata rajada, que se había roto cuando se le había caído al intentar sacarla del armario de su casa. El asesino tenía su pistola. Había asesinado a dos hombres con su pistola.

Otra visión apareció en su cerebro. La cinta con la conversación de Jason con ella. La cinta también estaba allí, con los dos cadáveres. La razón por la que le habían dejado vivir estaba muy clara. Le habían dejado viva para que se pudriera en la cárcel por asesinato. Como una niña asustada, corrió hasta un rincón de la oficina y se sentó en el suelo. Temblaba incontroladamente mientras lloraba y gemía con auténtica desesperación.

Sawyer todavía miraba la foto de Steven Page. Tenía la impresión de que el rostro del muerto se hacía cada vez más grande y llegó un momento en que tuvo que volverle la espalda antes de que le engullera.

—Di por hecho que era la foto de uno de los hijos de Lieberman. Estaban todas juntas sobre una mesa. En ningún momento recordé que él tenía dos hijos y no tres. —Jackson se dio una palmada en la frente—. No me parecía importante. Entonces fue cuando la investigación pasó de Lieberman a Archer —Jackson meneó la cabeza, desconsolado.

Sawyer se sentó en el borde de la mesa. Solo sus más allegados habrían advertido que el veterano agente se había llevado una sorpresa mayúscula.

—Lo siento, Lee. —Jackson echó otra ojeada a la foto y se encogió compungido.

—No es culpa tuya, Ray. —Sawyer le palmeó la espalda—. A mí tampoco me hubiera parecido importante. —El agente se apartó de la mesa y comenzó a pasearse por la sala—. Pero ahora sí que lo es. Tendremos que verificar que efectivamente es Steven Page, aunque no tengo la menor duda. —Se detuvo bruscamente—. Eh, Ray, la policía de Nueva York nunca consiguió averiguar cómo Page consiguió todo ese dinero, ¿verdad?

—Quizá Page chantajeaba a Lieberman —señaló Jackson más animado—. Quizá le amenazó con revelar que tenía una amante. Los dos se movían en los mismos círculos profesionales y financieros. Eso explicaría el dinero de Page.

—Al parecer mucha gente conocía la historia de la amante. —Sawyer meneó la cabeza—. No creo que el tema diera mucho para un chantaje. Además, la gente no acostumbra a tener la foto del chantajista junto con las de los hijos —Jackson mostró una expresión compungida—. No, creo que esto es algo más profundo. —Sawyer se apoyó contra la pared, cruzó los brazos y hundió la barbilla en el pecho—. Por cierto, ¿qué has averiguado de la escurridiza amante?

Jackson se tomó un momento para consultar un expediente.

—Nada de nada. Hablé con varias personas que habían oído rumores, aunque todos se apresuraron a señalar que carecían de fundamentos. Tenían pánico a que se les mencionara o a verse involucrados. El trabajo fue mío para tranquilizarlos. La cuestión es que parece un asunto endiablado: todos habían oído hablar de ella, incluso me la describieron bastante bien aunque cada descripción era una poco distinta a las demás. Pero...

—Pero nadie te dijo que había conocido personalmente a la dama.

—Sí, así es. —Jackson hizo una mueca—. ¿Cómo lo sabes?

—Ray, ¿alguna vez has jugado a ese juego en el que alguien te dice una cosa y tú se la cuentas a otro, y este al siguiente? Cuando el último recibe la información, esta no se parece en nada a lo que dijo el primero. Otro tanto pasa con los rumores. Se difunden y todo el mundo se lo cree a pies juntillas, llegan a jurar que han visto con

sus propios ojos lo que sea, y sin embargo no es verdad.

—Coño, sí. Mi abuela lee el *Star*. Se cree todo lo que lee y es capaz de jurar que vio a Liz Taylor y a Elvis subir al transbordador espacial.

—Eso es. No es verdad en absoluto, pero la gente te dirá que sí, lo creen con los ojos cerrados, solo porque lo leyeron o alguien se lo dijo, sobre todo si lo oyen de más de una persona.

—¿Estás diciendo...?

—Digo que no creo que la amante rubia existiera, Ray. En cambio, sí creo que la inventaron con un propósito específico.

—¿Cuál?

Sawyer inspiró con fuerza antes de responder.

—Para ocultar el hecho de que Arthur Lieberman y Steven Page eran amantes.

Jackson se sentó mientras miraba a su compañero, boquiabierto.

—¿Lo dices en serio?

—¿Qué me dices de la foto de Page junto a la de sus hijos? ¿De las cartas de amor que encontraste en el apartamento? ¿Por qué no estaban firmadas? Te apuesto la paga de la semana a que la escritura coincide con la de Steven. Y para acabar, ¿cómo llegó Steven Page a millonario con el sueldo de empleado? En cambio, es algo muy factible si por una de esas tú estás durmiendo con el tipo que convierte a mucha gente en millonaria.

—Vale, pero ¿a qué viene inventarse una amante? Podría haberle costado el cargo de presidente.

—En estos tiempos, Ray, ¿quién sabe? Si ese fuera el criterio, una buena parte de los líderes políticos de este país tendrían que hacer las maletas y volverse a casa. Y la cuestión es que no le impidió ser el presidente de la Reserva. Pero ¿cuál crees que hubiera sido el resultado si se descubría que Lieberman era homosexual y que tenía un amante veinteañero? No olvides que la comunidad financiera de este país es una de las más conservadoras del mundo.

—De acuerdo, le hubieran dado por el culo, eso está claro. Es la historia de la doble moral. No pasa nada si cometes adulterio siempre que sea con alguien del sexo opuesto.

—Eso es. Te inventas un ligue heterosexual falso para tapar el homosexual verdadero. Solían hacerlo en Hollywood con los grandes actores que no se sentían atraídos por el sexo opuesto. Los estudios organizaban falsos matrimonios. Un montaje de lo más complicado para preservar una carrera lucrativa. La historia de Lieberman no era perfecta, pero le consiguió el puesto. No sabemos si la esposa estaba enterada o no, pero él le dio una pasta, así que no creo que esté dispuesta a hablar del asunto. Los dos implicados están muertos. Por lo tanto, ¿quién dirá algo?

—Joder. —Jackson se enjugó el sudor de la frente mientras miraba a Sawyer, intrigado—. Si ese es el caso, entonces la muerte de Steven Page fue un suicidio; no había ningún motivo para asesinarle.

—Había todos los motivos del mundo para matarle, Ray —replicó Sawyer.

—¿Por qué?

Sawyer hizo una pausa, se miró las manos por un momento, antes de responder a la pregunta en voz baja.

—¿Quieres que intente adivinar cómo contrajo el Sida Steven Page?

—¿Lieberman? —dijo Jackson, atónito.

—Me gustaría saber si Lieberman era seropositivo.

La confusión de Jackson se aclaró en el acto.

—Si Page sabía que era un enfermo terminal, no tenía ningún motivo para mantenerse callado.

—Eso es. Que tu amante te contagie una enfermedad mortal no es algo que inspire lealtad. Steven Page tenía en sus manos el destino profesional de Arthur Lieberman. A mi modo de ver eso equivale a un motivo de asesinato.

—Por lo que parece, tendremos que enfocar este caso desde una perspectiva absolutamente nueva.

—Correcto. Ahora mismo tenemos un montón de sospechas, pero ni una sola cosa concreta que presentar a un fiscal.

Jackson se levantó de la silla y comenzó a ordenar los expedientes.

—¿Entonces crees que Lieberman mandó matar a Page?

Jackson se volvió al ver que Sawyer no le respondía. Su compañero miraba al vacío.

—¿Lee?

—Yo nunca dije eso, Ray.

—Pero...

—Nos veremos por la mañana. Vete a dormir, te vendrá bien descansar un poco.

—Sawyer caminó hacia la puerta—. Tengo que hablar con alguien.

—¿Con quién?

—Con Charles Tiedman, presidente del banco de la Reserva Federal en San Francisco —le respondió Sawyer por encima del hombro—. Lieberman no tuvo la oportunidad de hablar con él. Creo que es hora de que alguien lo haga.

Sawyer salió mientras Jackson continuaba ordenando los expedientes.

Sidney se levantó del suelo. Un instinto muy fuerte, el de supervivencia, reemplazó a la desesperación y al miedo que la habían dominado hasta ahora. Abrió uno de los cajones de la mesa escritorio y sacó el pasaporte. En más de una ocasión había tenido que realizar viajes urgentes al extranjero por asuntos legales. Pero ahora el motivo era mucho más imperioso: proteger su vida. Entró en la oficina contigua a la suya, que pertenecía a un joven abogado, forofó de los Atlanta Braves; muchos de los objetos que ocupaban una de las estanterías testimoniaban esa lealtad. Cogió la gorra de béisbol, se recogió el cabello y se encasquetó la gorra.

Revisó el contenido del bolso. Se sorprendió al ver que tenía el billetero lleno de billetes de cien dólares del viaje a Nueva Orleans. El asesino los había dejado. Salió del edificio, llamó a un taxi, le indicó al taxista la dirección y se arrellanó en el asiento mientras el vehículo se ponía en marcha. Con mucho cuidado, sacó el revólver del difunto Philip Goldman, lo metió en la cartuchera que le había dado Sawyer y se abrochó la gabardina.

El taxi la dejó delante de Union Station. Sidney sabía que no era imposible pasar el arma por los controles de seguridad del aeropuerto, pero no tendría ningún problema si viajaba en tren. En principio, su plan era sencillo: buscar un lugar seguro donde disponer de tiempo para pensar las cosas con claridad. Pensaba llamar a Lee Sawyer, solo que lo haría después de salir del país. El problema estaba en que ella había intentado ayudar a su marido. Le había mentado al FBI. Visto en perspectiva había sido una estupidez, pero en aquel momento era lo único que podía hacer. Tenía que ayudar a su marido. Estar a su lado. ¿Y ahora? Su pistola estaba en la escena del crimen; la cinta grabada con la conversación con Jason, también. A pesar de haberse sincerado en parte con Sawyer, ¿qué pensaría ahora el agente? Estaba convencida de que no vacilaría en arrestarla. Por un momento, volvió a hundirse en la desesperación, pero recobró el valor, se subió el cuello de la gabardina para protegerse del viento helado y entró en la estación de ferrocarril.

Compró un pasaje para el siguiente tren expreso con destino a Nueva York. El tren saldría dentro de media hora y la dejaría en Penn Station a las cinco y media de la mañana. Desde allí, cogería un taxi hasta el aeropuerto Kennedy, donde sacaría un pasaje de ida a algún país, todavía no tenía claro cuál. Bajó al último nivel de la estación y sacó más dinero del cajero automático. En cuanto dieran la orden de busca y captura, las tarjetas de crédito quedarían anuladas. De pronto recordó que no llevaba ropa para cambiarse y que tendría que viajar de incógnito. El problema estaba en que ninguna de las tiendas de ropa de la estación seguía abierta a estas horas de la noche. Tendría que comprar lo necesario en Nueva York.

Entró en una cabina de teléfono y consultó su agenda; la tarjeta de Lee Sawyer apareció entre las hojas. La contempló durante un buen rato. ¡Maldita sea! Tenía que hacerlo, se lo debía. Marcó el número de la casa de Sawyer. Al cabo de treinta

segundos se puso en marcha el contestador automático. Sidney vaciló por un instante antes de colgar. Marcó otro número. Tuvo la sensación de que habían pasado horas antes de que le respondiera una voz somnolienta.

—¿Jeff?

—¿Quién es?

—Sidney Archer.

Sidney oyó el rumor de las sábanas y la manta, mientras Fisher buscaba algo, probablemente el reloj.

—Estuve esperando tu llamada, pero al final me entró sueño.

—Jeff, no tengo mucho tiempo. Ha ocurrido algo terrible.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—Cuanto menos sepas, mejor. —Sidney hizo una pausa para poner orden en sus pensamientos—. Jeff, te daré un número donde me puedes encontrar ahora mismo. Quiero que vayas a un teléfono público y me llames.

—Caray, son... son más de las dos de la mañana.

—Jeff, por favor, haz lo que te pido.

Después de protestar un poco, Fisher asintió.

—Dame unos cinco minutos. ¿Cuál es el número?

No habían pasado los seis minutos cuando sonó el teléfono. Sidney atendió en el acto.

—¿Estás en una cabina? ¿Me lo juras?

—Sí. Y me estoy pelando de frío. Ahora dime qué quieres.

—Jerry, tengo la contraseña. Estaba en el correo electrónico de Jason. Yo tenía razón; la envié a una dirección equivocada.

—Fantástico. Ahora podemos leer el archivo.

—No, no podemos.

—¿Por qué?

—Porque perdí el disquete.

—¿Qué? ¿Cómo es posible?

—Eso no importa. Está perdido y no puedo recuperarlo. —El desconsuelo de Sidney se reflejaba en su voz. Pensó por un momento. Iba a decirle a Fisher que dejara la ciudad por algún tiempo. Si lo ocurrido en el garaje era un aviso, él podía estar en peligro. Se quedó helada al escuchar las palabras de Fisher.

—Chica, estás de suerte.

—¿De qué hablas?

—No solo soy un maniático de la seguridad sino que también tengo miedo. He perdido demasiados archivos en el curso de los años por no haber hecho una copia de seguridad en su momento, Sid.

—¿Me estás diciendo lo que creo que me dices, Jeff?

—Mientras tú estabas en la cocina y yo intentaba descifrar el archivo —hizo una pausa de efecto—, me tomé la libertad de hacer dos copias. Una en el disco duro y

otra en un disquete.

La emoción dejó a Sidney sin palabras. Cuando por fin habló, la respuesta hizo sonrojar a Fisher.

—Te quiero, Jeff.

—¿Cuándo quieres venir para ver qué oculta ese condenado?

—No puedo, Jeff.

—¿Por qué no?

—Tengo que abandonar la ciudad. Quiero que me envíes el disquete a la dirección que te voy a dar. Quiero que lo mandes por FedEx. Despáchalo a primera hora, Jeff, en cuanto salgas de casa.

—No lo entiendo, Sidney.

—Jeff, me has ayudado mucho, pero no quiero que lo entiendas. No quiero involucrarte más de lo que ya estás. Quiero que vuelvas a casa, recojas el disquete y después te vayas a un hotel. El Holiday Inn de Oíd Town está cerca de tu casa. Envíame la factura.

—Sid...

—En cuanto abran la oficina de FedEx de Oíd Town, quiero que envíes el paquete —insistió Sidney—. Después llama a la oficina, diles que prolongarás las vacaciones unos días más. ¿Dónde vive tu familia?

—En Boston.

—Perfecto. Vete a Boston y quédate con ellos. Envíame la factura del pasaje. Vuela en primera clase si quieres, pero vete.

—¡Sid!

—Jeff, tengo que marcharme dentro de un minuto así que no discutas. Tienes que hacer lo que te digo. Es la única manera de que estés seguro.

—No es una broma, ¿verdad?

—¿Tienes un lápiz?

—Sí.

Sidney abrió la agenda.

—Anota esta dirección. Envía el paquete allí. —Le dio la dirección de sus padres y el número de teléfono en Bell Harbor, Maine—. Lamento mucho haberte mezclado en todo esto, pero eres la única persona que podía ayudarme. Gracias. —Sidney colgó el auricular.

Fisher colgó el teléfono, miró con atención a su alrededor, corrió hasta el coche y regresó a su casa. Se disponía a aparcar cuando vio una furgoneta negra. Aguzó la mirada y alcanzó a ver a los dos figuras sentadas en el asiento delantero del vehículo. En el acto se le aceleró la respiración. Dio la vuelta en U y se dirigió otra vez hacia el centro de Oíd Town. No miró a los ocupantes de la furgoneta cuando pasó junto a ella. Por el espejo retrovisor vio que el vehículo imitaba su maniobra y lo seguía.

Fisher aparcó delante de un edificio de dos plantas. Miró el cartel luminoso: «CYBER@CHAT». Fisher era amigo del dueño e incluso le había ayudado a montar

el sistema de ordenadores que ofrecía el local.

El bar estaba abierto toda la noche y con razón. Incluso a esta hora estaba casi lleno. La mayoría de los parroquianos eran estudiantes que no tenían que levantarse temprano para ir al trabajo. Sin embargo, en lugar de una música estruendosa, clientes vocingleros y el ambiente lleno de humo (no se podía fumar porque el humo afectaba a los ordenadores), solo se escuchaban los sonidos de los juegos de ordenador y las discusiones apasionadas pero siempre en voz baja sobre lo que aparecía en las pantallas. También aquí se ligaba, y los hombres y las mujeres se paseaban en busca de compañía.

Fisher encontró a su amigo detrás de la barra y le pidió ayuda. Después de pasarle con disimulo el papel con la dirección que Sidney le había dictado fue a sentarse delante de uno de los ordenadores mientras el propietario iba a su despacho. Mientras esperaba, Fisher miró a través de la ventana en el momento en que la furgoneta negra aparcaba en un callejón delante mismo del local. El joven volvió a mirar la pantalla.

Una camarera le trajo una botella de cerveza y un plato de cacahuetes. Junto al plato colocó una servilleta de tela. Escondido en los pliegues de la servilleta había un disquete en blanco. Fisher se hizo con el disquete y se apresuró a meterlo en la disquetera. Tecleó su contraseña y se oyó el pitido de la conexión telefónica del módem. En menos de un minuto había conectado con el ordenador de su casa. Tardó treinta segundos en copiar los archivos de Sidney. Volvió a mirar por la ventana. La furgoneta seguía allí.

La camarera se acercó una vez más a la mesa para preguntarle si deseaba algo más. En la bandeja traía un sobre de FedEx con la dirección de Bell Harbor en la etiqueta. Fisher miró por la ventana. Esta vez vio que a unos metros del callejón, dos agentes de policía habían aparcado sus coches y se habían apeado para charlar un rato. En el momento en que la camarera iba a recoger el disquete, cosa que formaba parte del plan pergeñado con el dueño del local, Fisher meneó la cabeza. Acababa de recordar la advertencia de Sidney. No quería involucrar a sus amigos sin necesidad y ahora quizá podría evitarlo. Le susurró algo a la joven, que se marchó con el sobre vacío de vuelta al despacho. Volvió al cabo de un par de minutos con otro sobre. Fisher lo miró y no pudo evitar una sonrisa al ver el franqueo. Su amigo había calculado con mucha generosidad el valor necesario para enviar el paquete certificado y con acuse de recibo; no lo devolverían por franqueo insuficiente. No era tan rápido como el FedEx, pero era la mejor solución dadas las circunstancias. Fisher metió el disquete en el sobre, lo cerró y se lo metió en el bolsillo del abrigo. Después pagó la cuenta y dejó una buena propina para la camarera. Se mojó el rostro y la ropa con un poco de cerveza, y se acabó el resto.

Mientras salía del bar y caminaba hacia el coche, se encendieron los faros y se oyó el ruido del motor que arrancaba. Fisher comenzó a caminar con paso tambaleante al tiempo que cantaba a voz en grito. Los dos policías se volvieron para mirarlo. Fisher les dirigió un efusivo saludo y una reverencia antes de meterse en el

coche, ponerlo en marcha y dirigirse en dirección contraria hacia donde estaban los policías.

Cuando pasó junto a los agentes a toda velocidad, los policías subieron a sus coches e iniciaron la persecución. La furgoneta los siguió a una distancia pero dio la vuelta y se alejó en el momento en que los coches de la policía alcanzaron a Fisher. Los agentes no vacilaron en esposarlo y llevarlo a comisaría acusado de conducir borracho.

—Tío, espero que tengas un buen abogado —le dijo uno de los policías.

La respuesta de Fisher fue completamente lúcida y con mucho humor.

—En realidad, conozco a los mejores, agente.

En la comisaría, le tomaron las huellas digitales y le hicieron entregar sus pertenencias personales. Tenía derecho a una llamada telefónica. Antes de llamar, le pidió un favor al sargento de guardia. Un minuto más tarde, Fisher contempló complacido cómo el sargento echaba el paquete en el buzón de la comisaría. El «correo caracol». Si sus amigos informáticos lo vieran. Comenzó a silbar mientras caminaba hacia el calabozo. No era sensato intentar pasarse de listo con un hombre del MIT.

Lee Sawyer se llevó una agradable sorpresa cuando supo que tenía que ir a California para hablar con Charles Tiedman. Había llamado a la Reserva Federal y allí le habían dicho que Tiedman estaba en Washington. Aunque eran casi las tres de la mañana, Tiedman, habituado al horario de la costa Oeste atendió de inmediato la llamada del agente. De hecho, Sawyer tuvo la impresión de que el presidente del banco de la Reserva Federal en San Francisco estaba ansioso por hablar con él.

Se encontraron en el hotel Four Seasons de Georgetown en una habitación privada junto al restaurante del hotel, que estaba cerrado. Tiedman era un hombre pequeño, sesentón, muy bien afeitado y que tenía el hábito de cruzar y descruzar las manos continuamente. Incluso a estas horas de la madrugada, vestía con un discreto traje color gris con chaleco y pajarita. Una elegante cadena de reloj de oro le cruzaba el chaleco. Sawyer se imaginó al atildado banquero con una gorra de fieltro conduciendo un deportivo descapotable. Su aspecto conservador pegaba mucho más con la costa Este que con la Oeste, y Sawyer no tardó en averiguar que Tiedman había pasado muchos años en Nueva York antes de trasladarse a California. Durante los primeros minutos de la entrevista, Tiedman había buscado el contacto visual directo con el agente del FBI, pero ahora mantenía la mirada de sus ojos grises fija en la moqueta.

—Tengo entendido que conocía a Arthur Lieberman muy bien —dijo Sawyer.

—Fuimos juntos a Harvard. Comenzamos a trabajar en el mismo banco. Fui su padrino de bodas, y él de la mía. Era uno de mis más viejos y queridos amigos.

Sawyer aprovechó la oportunidad en el acto.

—El matrimonio acabó en divorcio, ¿verdad?

—Así es —contestó Tiedman, que alzó la mirada.

—De hecho —Sawyer consultó su libreta—, fue más o menos en el mismo momento en que le consideraban como posible presidente de la Reserva.

Tiedman asintió.

—Algo poco oportuno.

—Y que lo diga. —Tiedman se sirvió un vaso de agua de la jarra que tenía en una mesa junto al sillón y bebió un buen trago. Tenía los labios secos y agrietados.

—Me han dicho que el juicio de divorcio se inició de una manera muy agria pero que muy pronto llegaron a un acuerdo y, en realidad, no afectó a su nominación. Supongo que Lieberman tuvo suerte.

—¿Va en serio eso de que tuvo suerte? —replicó Tiedman, airado.

—Me refiero a que consiguió el cargo. Supongo que usted, como amigo íntimo de Arthur, sabrá mucho más del tema que cualquier otro. —Sawyer dirigió al banquero una mirada interrogativa.

Tiedman permaneció en silencio durante un minuto entero, después exhaló un suspiro, dejó el vaso y se arrellanó en el sillón. Esta vez miró directamente a su visitante.

—Si bien es cierto que se convirtió en presidente de la Reserva, a Arthur le costó todo lo que había ganado durante muchos años de trabajo conseguir solucionar el problema del divorcio, señor Sawyer. No fue justo después de una carrera como la suya.

—Pero el presidente de la Reserva gana un buen dinero. Sé cuánto cobraba. Ciento treinta y tres mil seiscientos dólares al año. No es un sueldo despreciable.

—Quizá no, pero Arthur, antes de asumir el cargo, ganaba centenares de miles de dólares. En consecuencia, tenía gustos caros y algunas deudas.

—¿Muy elevadas?

La mirada de Tiedman se fijó otra vez en el suelo.

—Digamos que la deuda era un poco más de la que podía permitirse con el sueldo de la Reserva, aunque parezca mucho.

Sawyer pensó en este dato mientras planteaba otra pregunta.

—¿Qué me puede decir de Walter Burns?

Tiedman miró bruscamente a Sawyer.

—¿Qué quiere saber?

—Solo detalles de su historial —contestó Sawyer con un tono inocente.

—No tengo la menor duda de que Burns sucederá a Arthur como presidente —afirmó con aire resignado—. Es lo que toca. Era su fiel seguidor. Walter votaba siempre lo mismo que votaba Arthur.

—¿Eso estaba mal?

—No siempre.

—¿Qué quiere decir?

En el rostro del banquero apareció una expresión tajante mientras miraba al agente.

—Significa que nunca es prudente seguir el juego cuando el buen sentido dicta otra cosa.

—O sea que usted no estaba siempre de acuerdo con Lieberman.

—Lo que quiero decir es que los miembros de la junta de la Reserva Federal están en sus cargos para opinar según los dicte su mejor juicio y criterio, y no para asentir con los ojos cerrados a propuestas que tienen poca base en la realidad y que pueden tener consecuencias desastrosas.

—Esa es una afirmación muy seria.

—El nuestro es un trabajo muy serio.

Sawyer consultó las notas de su conversación con Walter Burns.

—Burns dijo que Lieberman cogió al toro por los cuernos desde el principio para conseguir la atención del mercado, para sacudirlo. Por lo que se ve, usted cree que no fue una buena idea.

—Ridícula sería el término más adecuado.

—Si era así, ¿por qué la mayoría la aceptó? —El tono de Sawyer era escéptico.

—Hay una frase que los críticos de las predicciones económicas utilizan con frecuencia. Dele a un economista el resultado que usted quiere, y él encontrará las cifras que lo justifiquen. Esta ciudad está llena de expertos que analizan las mismas cifras y las interpretan de las formas más disparatadas, ya sea el déficit del presupuesto federal, ya sea el superávit de la seguridad social.

—O sea que esos datos pueden ser manipulados.

—Desde luego. Todo depende de quién paga la factura y los fines políticos que se quieran promocionar —afirmó Tiedman con un tono áspero—. Sin duda usted conoce el principio de que por cada acción hay una reacción idéntica y contraria. —Sawyer asintió—. Bien, estoy convencido de que su origen es más político que científico.

—No se ofenda, pero ¿no podría ser que ellos consideraran equivocados sus puntos de vista?

—No soy omnisciente, agente Sawyer. Sin embargo, estoy involucrado íntimamente con los mercados financieros desde hace cuarenta años. He visto economías sanas y otras arruinadas. Mercados en alza y hundidos. He visto a presidentes de la Reserva que llevaban a cabo acciones inmediatas y efectivas cuando se enfrentaban a una crisis y a otros que erraban lamentablemente. Un inoportuno aumento de medio punto en el interés de los fondos de la Reserva puede representar la pérdida de centenares de miles de puestos de trabajo y arruinar sectores enteros de la economía. Es un poder enorme que no se puede ejercer a la ligera. El errático comportamiento de Arthur con los fondos de la Reserva puso en grave peligro el futuro económico de todos los ciudadanos de este país. Yo no estaba equivocado.

—Creía que usted y Lieberman estaban unidos. ¿No le pidió su consejo?

Tiedman, nervioso, se retorció uno de los botones de la chaqueta.

—Arthur acostumbraba a consultarme. A menudo. Dejó de hacerlo durante un período de tres años.

—¿Fue el período en que jugó a placer con los tipos de interés?

—Llegué a la conclusión, como otros miembros de la junta, que Arthur estaba decidido a pinchar sin piedad a un mercado financiero apático. Pero esa no era la misión de la junta, resultaba demasiado peligroso. Viví los últimos coletazos de la gran depresión. No tengo ningún deseo de repetirlo.

—Nunca me había dado cuenta de que la junta ejerciera tanto poder.

Tiedman lo miró, severo.

—¿Sabe usted que cuando decidimos subir los tipos conocemos exactamente cuántos negocios irán a la quiebra, cuántas personas perderán su trabajo, cuántos hogares se hundirán en la miseria? Tenemos todos los datos, todo muy bonito y bien presentado. Para nosotros solo son cifras. Nunca, oficialmente, miramos detrás de los números. Si lo hiciéramos, creo que si lo hiciéramos ninguno de nosotros tendría el estómago para hacer este trabajo. Yo sé que no podría. Quizá si comenzáramos a seguir las estadísticas de suicidios, asesinatos y otros actos criminales, comprenderíamos mejor los vastos poderes que ejercemos sobre nuestros compatriotas.

—¿Asesinatos? ¿Suicidio? —Sawyer lo miró con cautela.

—Sin duda usted sería el primero en admitir que el dinero es la raíz de todos los males. O quizá mejor dicho, la falta de dinero.

—Caramba, nunca se me ha ocurrido verlo de esa manera. Ustedes tienen el poder de...

—¿Dios? —Los ojos de Tiedman brillaron—. Somos uno de los secretos mejor guardados del país. Si el ciudadano medio supiera todo lo que podemos hacer y a menudo hemos hecho en el pasado, creo que la gente asaltaría la Reserva y nos encerrarían a todos en las mazmorras, o algo peor. Y quizá tendrían toda la razón.

—¿Sabe las fechas en que se produjeron los cambios de tipos?

—No lo recuerdo —respondió Tiedman después de pensar unos momentos—. Reconozco que no es fácil decirlo, y menos para un banquero, pero mi memoria para los números ya no es como antes. Sin embargo, puedo conseguirle la respuesta si le interesa.

—Se lo agradecería. ¿Pudo haber algún otro motivo para que Lieberman se volviera loco con los tipos? —Sawyer vio con toda claridad la ansiedad y el miedo reflejados en la expresión del hombre.

—¿Qué quiere decir?

—Usted dijo que no era propio de él. Y después, de pronto, volvió a la normalidad. ¿No le parece misterioso?

—Supongo que nunca lo consideraré desde ese punto de vista. Creo que sigo sin entender lo que pretende decir.

—Se lo diré con toda claridad. Quizá Lieberman manipuló los tipos contra su voluntad.

Tiedman enarcó las cejas, asombrado.

—¿Cómo podría conseguir nadie que Arthur hiciera algo así?

—Chantaje —contestó Sawyer—. ¿Alguna teoría?

El banquero se rehízo. Respondió al agente con un tono nervioso.

—He escuchado rumores de que Arthur tuvo una relación, hace ya años. Una mujer...

—No lo creo y usted tampoco —le interrumpió Sawyer—. Lieberman le pagó a su esposa para evitar el escándalo y conseguir el cargo en la Reserva, pero no se trataba de una mujer. —El agente se inclinó hacia adelante hasta casi tocar el rostro de Tiedman con el suyo—. ¿Qué puede decirme de Steven Page?

La expresión de Tiedman se congeló, pero solo por un instante.

—¿Quién?

—Quizás esto le refresque la memoria. —Sawyer metió la mano en el bolsillo y sacó la foto que Ray Jackson había encontrado en el apartamento de Lieberman. Sostuvo la foto delante de Tiedman.

El banquero cogió la foto con manos temblorosas. Inclinó la cabeza con el entrecejo fruncido. Sin embargo, Sawyer alcanzó a ver el reconocimiento en la mirada del hombre.

—¿Cuánto hace que estaba enterado de esto? —preguntó Sawyer en voz baja.

Tiedman movió los labios sin emitir ningún sonido. Por fin, le devolvió la foto a Sawyer y bebió otro trago de agua. No miró a Sawyer mientras respondía, y esta vez las palabras fluyeron con más facilidad.

—Yo fui el que los presentó —fue la sorprendente respuesta de Tiedman—. Steven trabajaba en Fidelity Mutual como analista financiero. Por aquel entonces, Arthur todavía era presidente del banco de la Reserva en Nueva York. Muchos colegas a los que respeto proclamaban sus méritos a voz en grito. Era un joven excepcional, con algunas ideas muy interesantes sobre los mercados financieros y el papel de la Reserva en la economía mundial. Era guapo, culto, atractivo; se había graduado entre los primeros de su promoción. Sabía que Arthur le consideraría como una buena aportación a su círculo. Él y Arthur hicieron buenas migas. —Tiedman hizo una pausa.

—¿Una amistad que se transformó en otra cosa? —le animó Sawyer.

Tiedman asintió.

—¿Usted ya sabía que Lieberman era homosexual, o al menos bisexual?

—Tenía problemas en su matrimonio. En aquel entonces, no sabía que los problemas surgían de la... confusión sexual de Arthur.

—Al parecer aclaró la confusión. Se divorció.

—No creo que esa fuera la idea de Arthur. Creo que Arthur hubiese estado muy contento manteniendo al menos la fachada de un feliz matrimonio heterosexual. Sé que cada día es mayor el número de personas que se declaran homosexuales, pero Arthur era un hombre muy celoso de su vida privada y la comunidad financiera es muy conservadora.

—Así que la esposa pidió el divorcio. ¿Ella sabía lo de Page?

—¿Quién? No, creo que no. Pero sí creo que sabía que Arthur tenía una relación, y que no era con una mujer. Creo que por eso el divorcio resultó tan cruel. Arthur tuvo que actuar de prisa antes de que su esposa mencionara el tema a los abogados. Le costó hasta el último penique. Arthur confió esta información como el secreto más íntimo que un amigo le puede revelar a otro. Y solo se lo puedo decir en los mismos términos.

—Se lo agradezco, Charlie —manifestó Sawyer—. Pero debe comprender que si Lieberman fue la razón para que abatieran aquel avión, debo investigar todas las posibilidades. Sin embargo, le prometo que no utilizaré esta información a menos que tenga un impacto directo en las investigaciones. Si resulta que el tema de Lieberman no está vinculado con el atentado, entonces nadie sabrá nunca lo que me acaba de revelar. ¿Le parece bien?

—Es justo —aceptó Tiedman—. Muchas gracias.

Sawyer advirtió el cansancio de Tiedman y decidió darse prisa.

—¿Conoce usted las circunstancias de la muerte de Steven Page?

—Lo leí en los periódicos.

—¿Sabía que era seropositivo?

Tiedman meneó la cabeza.

—Un par de preguntas más. ¿Sabía que Lieberman tenía un cáncer de páncreas en fase terminal? —Tiedman asintió—. ¿Cómo lo llevaba? ¿Se sentía dolido? ¿Desesperado?

El banquero tardó unos momentos en responder. Permaneció sentado en silencio con las manos entrelazadas sobre los muslos. Después miró a Sawyer.

—En realidad, Arthur parecía feliz.

—¿El tipo era un enfermo terminal y parecía feliz?

—Sé que parece extraño, pero no se me ocurre otra manera de describirlo. Aliviado y feliz.

Sawyer le dio las gracias y se marchó con la mente llena de nuevas preguntas a las que, al menos de momento, no podía responder.

Sidney se sentó sola en el vagón restaurante del tren que la llevaba a Nueva York. Mientras contemplaba las imágenes fugaces a través de la ventanilla, bebió un trago de café y mordisqueó un bollo calentado en el microondas. El rítmico traqueteo de las ruedas y el suave balanceo del vagón ayudaron a tranquilizarla. Había estado muy alerta cuando abordó el tren y había recorrido varios vagones antes de escoger uno.

Durante buena parte del viaje no había hecho otra cosa que pensar en su hija. Tenía la sensación de que había pasado un siglo desde que la había estrechado entre sus brazos y ahora no tenía ni la más mínima idea de cuándo la volvería a ver. Solo tenía claro que cualquier intento de ver a Amy representaría poner en peligro a la niña, y eso era algo que nunca haría aunque significara no volver a verla jamás. De todos modos, la llamaría en cuanto llegara a Nueva York. Se preguntó cómo les explicaría a sus padres la pesadilla que les caería encima: los titulares proclamando que su brillante y queridísima hija era ahora una asesina prófuga. No podía hacer nada para protegerlos de la curiosidad periodística. Estaba segura de que los periodistas acabarían por aparecer en Bell Harbor, Maine, pero quizás el viaje al norte de sus padres les protegería durante unas horas del escándalo.

Sidney era consciente de que solo disponía de una oportunidad para descubrir aquello que había aparecido bruscamente para destruir su vida. La oportunidad estaba en la información contenida en el disquete que ahora viajaba hacia el norte a toda velocidad en manos de Federal Express. El disquete era lo único que tenía. Al parecer, Jason lo consideraba de vital importancia. ¿Y si estaba equivocado? Se estremeció y se obligó a no pensar en esa pesadilla. Tenía que confiar en su marido. Contempló a través de la ventanilla las imágenes difusas de árboles, casas modestas con antenas de televisión torcidas y los feos edificios de las fábricas abandonadas. Se arrebujó en el abrigo y se recostó en el asiento.

En cuanto el tren entró en las oscuras cavernas de Penn Station, Sidney se situó junto a la puerta. Eran las cinco y media de la mañana. No se sentía cansada, aunque no recordaba cuándo había dormido por última vez. Se puso en la cola de los taxis y entonces decidió hacer una llamada telefónica antes de dirigirse al aeropuerto Kennedy. Había pensado en tirar el revólver pero el arma le daba una sensación de seguridad que ahora necesitaba con desesperación. Aún no había decidido cuál sería su punto de destino, aunque el largo viaje en taxi hasta el aeropuerto le daría tiempo para decidirlo.

De camino hacia una cabina de teléfonos, compró un ejemplar del *Washington Post* y echó un vistazo a los titulares. No había ninguna mención de los asesinatos; tal vez los reporteros no habían conseguido incluir la noticia antes de la hora de cierre o la policía aún no había recibido aviso de los crímenes. En cualquier caso, no tardarían en enterarse. El aparcamiento público abría a las siete, pero los usuarios de las

oficinas podían acceder al mismo a cualquier hora.

Marcó el número de sus padres en Bell Harbor. Un mensaje automático le informó de que el teléfono estaba desconectado. Gimió al recordar el motivo. Sus padres siempre desconectaban el teléfono durante el invierno. Sin duda, su padre se había olvidado de pedir la conexión. Lo haría en cuanto llegara a la casa. Si no habían restablecido el servicio es que todavía estaban de camino.

Sidney calculó el tiempo del viaje. Cuando ella era una niña, su padre conducía las trece horas de un tirón, con las paradas imprescindibles para comer y reponer gasolina. Con la edad se había vuelto más paciente. Desde su retiro, había adoptado la costumbre de partir el viaje en dos días, con una parada para dormir. Si habían salido ayer por la mañana, tal como pensaban, llegarían a Bell Harbor a media tarde de hoy. Si habían salido como pensaban. De pronto se le ocurrió que no había verificado la salida de sus padres. Decidió enmendar el fallo de inmediato. El teléfono sonó tres veces antes de que entrara en funcionamiento el contestador automático. Habló para comunicar a sus padres que era ella. A menudo esperaban saber quién llamaba antes de atender. Sin embargo, no respondió nadie. Colgó el teléfono. Volvería a intentarlo desde el aeropuerto. Miró la hora. Tenía tiempo para hacer otra llamada. Ahora que sabía de la vinculación de Paul Brophy con RTG, había algo que no cuadraba. Solo había una persona a la que podía preguntárselo. Y necesitaba hacerlo antes de que trascendiera la noticia de los asesinatos.

—¿Kay? Soy Sidney Archer. —La voz al otro extremo de la línea sonó somnolienta al principio, pero después bien despierta cuando Kay Vincent se sentó en la cama—. ¿Sidney?

—Lamento llamar tan temprano, pero necesito que me ayudes con una cosa. —Kay guardó silencio—. Kay, sé todo lo que los periódicos han publicado sobre Jason.

—No me creo ni una sola palabra —la interrumpió Kay—. Jason nunca se habría involucrado en algo así.

—Gracias por decirlo, Kay. —Sidney respiró aliviada—. Comenzaba a creer que era la única que no había perdido la fe.

—Puedes estar tranquila, Sidney. ¿En qué te puedo ayudar?

Sidney se tomó un momento para calmarse y evitar que la voz le temblara demasiado. Miró a un agente de policía que cruzaba el vestíbulo de la estación. Le volvió la espalda y se inclinó sobre el aparato.

—Kay, tú sabes que Jason nunca me hablaba de su trabajo.

—No te extrañe. Aquí nos machacan con esa historia. Todo es secreto.

—Así es. Pero a mí los secretos no me ayudan para nada. Necesito saber en qué estuvo trabajando Jason durante los últimos meses. ¿Se trataba de algún proyecto importante?

Kay cambió el teléfono a la otra oreja. Los ronquidos de su esposo no le dejaban escuchar con claridad.

—Estaba organizando los archivos financieros para el tema de CyberCom. Eso le

llevaba mucho tiempo.

—Sé algo de ese asunto.

—Volvía de aquel depósito sucio de pies a cabeza y con el aspecto de quien ha estado peleando con un cocodrilo —comentó Kay más animada—. Pero no cedió e hizo un buen trabajo. De hecho, parecía disfrutar con el asunto. También le dedicó mucho tiempo a la integración del sistema de copias de resguardo.

—¿Te refieres al sistema informático para archivar copias automáticas del correo electrónico y documentos?

—Eso es.

—¿Para qué necesitaban integrar el sistema de copias de resguardo?

—Como ya te puedes imaginar, la compañía de Quentin Rowe tenía un sistema de primera antes de que la comprara Tritón. Pero Nathan Gamble y Tritón no tenían nada. Entre nosotros, no creo que Gamble sepa qué es un sistema de copias de resguardo. En cualquier caso, el trabajo de Jason era integrar el sistema viejo de Tritón en el nuevo de Rowe.

—¿Qué trabajos requería la integración?

—Repasar todos los archivos de Tritón y formatearlos para hacerlos compatibles con el nuevo sistema. Correo electrónico, documentos, informes, gráficos, cualquier cosa que pase por el sistema informático. También completó ese trabajo. Ahora todo el sistema está integrado.

—¿Dónde guardaban los archivos viejos? ¿En la oficina?

—No. En un almacén en Reston. Las cajas están apiladas hasta el techo. En el mismo lugar donde guardaban los archivos financieros. Jason se pasaba muchas horas allí.

—¿Quién autorizó los proyectos?

—Quentin Rowe.

—¿No fue Nathan Gamble?

—Ni siquiera creo que estuviera enterado. Pero ahora sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Jason recibió una carta de Gamble por correo electrónico en la que lo felicitaba por el trabajo hecho.

—¿De veras? No parece muy propio de Gamble.

—Sí, a mí también me sorprendió. Pero lo hizo.

—Supongo que no recordarás la fecha de la carta, ¿verdad?

—Te equivocas. La recuerdo por un motivo terrible.

—¿A qué te refieres?

—Fue el día en que se estrelló el avión.

—¿Estás segura? —preguntó Sidney, alerta.

—Nunca lo olvidaré, Sidney.

—Pero Nathan Gamble estaba en Nueva York aquel día. Yo estaba con él.

—Bah, eso no tiene importancia. Su secretaria se encarga de enviar las cartas esté

o no él en el despacho.

A Sidney le pareció que esto no tenía mucho sentido.

—Kay, ¿sabes alguna cosa de las negociaciones con CyberCom? ¿Todavía está pendiente la entrega de los archivos?

—¿Qué archivos?

—Gamble no quería entregar los archivos financieros a CyberCom.

—No sé nada de eso, pero sí sé que los archivos financieros ya los entregaron.

—¿Cómo? —gritó Sidney—. ¿Los vio alguien de Tylery Stone?

—No estoy enterada.

—¿Cuándo los enviaron?

—Aunque parezca una ironía, el mismo día en que Nathan Gamble envió la carta a Jason.

Sidney tuvo la sensación de que le daba vueltas la cabeza.

—¿El día en que se estrelló el avión? ¿Estás absolutamente segura?

—Tengo un amigo en la sección de correspondencia. Lo llamaron para que llevara los registros al departamento de fotocopias y después ayudó a transportarlos a CyberCom. ¿Por qué? ¿Es importante?

—No lo tengo muy claro.

—¿Necesitas saber algo más?

—No, gracias, Kay, ya me has dado mucho en qué pensar —Sidney colgó el teléfono y se dirigió otra vez hacia la parada de taxis.

Kenneth Scales miró el mensaje que tenía en la mano, con los ojos entrecerrados. La información del disquete estaba cifrada. Necesitaban la contraseña. Miró a la persona que era la única poseedora de aquel precioso mensaje enviado por correo electrónico. Jason no le hubiera enviado el disquete a su esposa sin incluir la contraseña. Tenía que estar en el mensaje remitido por Jason desde el almacén. La contraseña. Sidney estaba en la cola esperando un taxi. Tendría que haberla matado en la limusina. No era su costumbre dejar a nadie vivo. Pero las órdenes había que cumplirlas. Al menos, la habían mantenido vigilada hasta saber dónde había ido a parar el mensaje. Ahora, en cambio, había recibido la orden de acabar con ella. Avanzó.

En el momento en que Sidney se disponía a subir al taxi, vio el reflejo en la ventanilla del vehículo. El hombre se fijó en ella solo por un instante, pero alerta como estaba, fue suficiente. Se volvió y sus miradas se cruzaron en un segundo terrible. Los mismos ojos diabólicos de la limusina. Scales soltó una maldición y echó a correr. Sidney se metió en el taxi, que arrancó en el acto. Scales apartó a las personas que le precedían en la cola, derribó al portero que le cerraba el paso y subió al siguiente taxi.

Sidney miró por la ventanilla trasera. La oscuridad y la cellisca le impidieron ver mucho. Sin embargo, había poco tráfico y alcanzó a ver los faros que se acercaban deprisa. Miró al taxista.

—Sé que le parecerá ridículo, pero nos siguen.

Le dio al chófer otra dirección. El taxista dobló bruscamente a la izquierda, después a la derecha y siguió por una calle lateral que lo devolvió a la Quinta Avenida.

El taxi se detuvo delante de un rascacielos. Sidney se apeó de un salto y corrió hacia la entrada, mientras sacaba algo de su bolso. Introdujo la tarjeta de acceso en la ranura y se abrió la puerta. Entró en el edificio y cerró la puerta.

El guardia de seguridad sentado en la recepción la miró con ojos somnolientos. Sidney buscó otra vez en el bolso y sacó su tarjeta de identificación de Tylery Stone. El guardia asintió y volvió a sentarse. Sidney espió por encima del hombro mientras apretaba el botón del ascensor. A estas horas solo funcionaba uno. El segundo taxi se detuvo frente al edificio. El pasajero salió a toda prisa, corrió hasta las puertas de cristal y comenzó a aporrearlas. Sidney miró al guardia, que se levantó de la silla.

—Creo que ese hombre me seguía —le avisó Sidney—. Quizá se trate de un loco. Vaya con cuidado.

El guardia la observó por un momento antes de asentir. Miró hacia la entrada y caminó hacia las puertas con una mano sobre la cartuchera. Sidney le miró por última vez antes de entrar en el ascensor. El hombre miraba a un lado y a otro de la calle. Sidney exhaló un suspiro de alivio y apretó el botón del piso veintitrés. Medio minuto más tarde se encontraba en el vestíbulo de Tylery Stone. Corrió hacia su despacho. Encendió la luz, sacó la agenda, buscó un número de teléfono y marcó.

Llamaba a Ruth Chils, vecina y amiga de sus padres. La anciana atendió en el acto, y por el tono era obvio que hacía rato que estaba levantada aunque eran las seis de la mañana. Ruth le dio el pésame y luego, en respuesta a las preguntas de la joven, le informó que los Patterson y Amy se había marchado la mañana anterior a eso de las diez. Sabía que iban a Bell Harbor pero nada más.

—Vi que tu padre metía la escopeta en el maletero, Sidney —señaló Ruth con un tono de curiosidad.

—Me pregunto por qué —replicó Sidney. Estaba a punto de despedirse cuando Ruth añadió algo que la sobresaltó.

—Estuve preocupada la noche anterior a que se marcharan. Había un coche que no dejaba de dar vueltas. Yo no duermo mucho, y tengo el sueño ligero. Este es un barrio tranquilo. Por aquí no pasan muchos coches a menos que venga alguien de visita. El coche apareció otra vez ayer por la mañana.

—¿Vio a alguno de los ocupantes? —preguntó Sidney, temblorosa.

—No, mis ojos ya no son lo que eran, ni siquiera con bifocales.

—¿El coche todavía está por allí?

—Oh, no. Se marchó en cuanto se fueron tus padres. Por las dudas, tengo el bate de béisbol detrás de la puerta. El que intente entrar en mi casa deseará no haberlo hecho.

Antes de colgar, Sidney le recomendó a Ruth que tuviera cuidado y avisara a la

policía si el coche volvía a aparecer, aunque estaba segura de que el vehículo ya estaba muy lejos de Hanover, Virginia, y que ahora se dirigía hacia Bell Harbor, Maine. Ella también tomaría ese rumbo.

Colgó el teléfono dispuesta a marcharse. En aquel instante oyó la campanita del ascensor que se detenía en el piso. No se detuvo a pensar quién podía venir tan temprano a la oficina. En el acto, pensó en lo peor. Desenfundó el revólver y salió corriendo del despacho en la dirección contraria. Al menos tenía la ventaja de conocer el terreno.

El ruido de alguien que corría confirmó sus peores temores. Corrió con todas sus fuerzas; el bolso le golpeaba la cadera. Oyó la respiración de su perseguidor cuando el hombre entró en el pasillo oscuro. Estaba cada vez más cerca. Sidney no había corrido tan rápido desde los tiempos en que jugaba al baloncesto en la universidad, pero era obvio que no era suficiente. Tendría que cambiar de táctica. Dobló en una esquina, se detuvo, dio media vuelta y puso una rodilla en tierra adoptando la postura de tiro, con el revólver preparado. El hombre apareció en la esquina a toda carrera pero se detuvo en seco a un metro de distancia. Sidney miró el cuchillo manchado de sangre que sujetaba en una mano. El cuerpo del asesino se tensó dispuesto al ataque. La muchacha efectuó un disparo que pasó rozando la sien izquierda del hombre.

—La próxima le volará la cabeza. —Sidney se levantó sin desviar la mirada y le indicó que soltara el cuchillo, cosa que él hizo en el acto—. Muévase —le ordenó. El asesino dio media vuelta y Sidney lo escoltó hasta que llegaron a una puerta metálica—. Ábrala.

La mirada del hombre se clavó en ella. Incluso con el arma apuntándole a la cabeza, Sidney se sintió como una niña que se enfrenta a un perro rabioso con un bastoncillo. Él abrió la puerta y miró al interior. Las luces se encendieron automáticamente. Era el cuarto de las fotocopadoras. Sidney le señaló con el revólver la puerta que había al otro extremo de la habitación.

—Entre allí. —El hombre entró y Sidney mantuvo la puerta abierta mientras su atacante cruzaba la habitación. Se volvió por un momento antes de abrir la otra puerta. Era la habitación de los suministros de oficina.

—Entre y si abre la puerta, lo mato. —Sin dejar de apuntarle, hizo ademán de coger el teléfono que estaba en un mostrador. En cuanto el desconocido cerró la puerta, Sidney dejó el teléfono, cerró la puerta y echó a correr por el pasillo hasta el ascensor. Apretó el botón y la puerta se abrió en el acto. Gracias a Dios, el ascensor seguía en el piso veintitrés. Entró en la cabina y apretó el botón de la planta baja, atenta a la aparición del hombre. Mantuvo el revólver preparado hasta que el ascensor comenzó a bajar. En cuanto llegó a la planta baja, apretó todos los botones hasta el último piso y salió de la cabina con un suspiro de alivio. Incluso se permitió una ligera sonrisa, que se transformó en una mueca de horror cuando al dar la vuelta en la siguiente esquina estuvo a punto de tropezar con el cadáver del guardia. Sin perder ni un segundo, salió del edificio y echó a correr por la calle.

Eran las siete y cuarto de la mañana. Lee Sawyer acababa de dormirse cuando sonó el teléfono. Estiró la mano y cogió el auricular.

—¿Sí?

—¿Lee?

El cerebro somnoliento de Sawyer se despejó en el acto.

—¿Sidney?

—No tengo mucho tiempo.

—¿Dónde está?

—¡Escúcheme! —Sidney estaba otra vez en una cabina de Penn Station.

Sawyer cambió el teléfono de mano mientras apartaba las sábanas.

—Vale, la escucho.

—Un hombre acaba de intentar matarme.

—¿Quién? ¿Dónde? —tartamudeó Sawyer al tiempo que cogía los pantalones y comenzaba a ponérselos.

—No sé quién es.

—¿Está bien? —le preguntó ansioso.

Sidney echó una ojeada al vestíbulo abarrotado. Había muchos policías. El problema consistía en que ahora ellos también eran el enemigo.

—Sí.

—Vale. —Sawyer respiró más tranquilo—. ¿Qué está pasando?

—Jason envió un mensaje por correo electrónico después de que se estrellara el avión. En el mensaje incluyó una contraseña.

—¿Qué? —Sawyer volvió a tartamudear—. ¿Un mensaje? —Con el rostro rojo como un tomate, el agente corrió por la habitación buscando una camisa, calcetines y zapatos, sin soltar el teléfono inalámbrico.

—No tengo tiempo para explicarle cómo recibí el mensaje, pero la cuestión es que lo tengo.

Con un esfuerzo supremo, Sawyer consiguió controlar los nervios.

—¿Qué coño dice el mensaje?

Sidney sacó del bolsillo la hoja de papel donde estaba el mensaje.

—¿Tiene algo para escribir?

—Espere un momento.

Sawyer corrió a la cocina y sacó papel y lápiz de un cajón.

—Adelante. Pero asegúrese de leerlo tal cual está escrito.

Sidney así lo hizo, sin olvidar de incluir la ausencia de espacios entre ciertas palabras y los puntos decimales que separaban partes de la contraseña. Sawyer miró lo que había escrito y se lo leyó a la joven para verificar que no faltaba nada.

—¿Tiene alguna idea de lo que significa el mensaje, Sidney?

—No he tenido mucho tiempo para estudiarlo. Sé que Jason dijo que estaba todo mal, y le creo. Está todo mal.

—¿Qué me dice del disquete? ¿Sabe lo que contiene? —Releyó el mensaje—.

¿Lo recibió por correo?

—Todavía no lo tengo —mintió Sidney.

—¿Esta es la contraseña para el disquete? ¿Es un archivo codificado?

—No sabía que era un experto en informática.

—Soy una caja de sorpresas.

—Sí, creo que está codificado.

—¿Cuándo espera recibirlo?

—No estoy segura. Oiga, tengo que irme.

—Espere un momento. El tipo que intentó matarla. ¿Cómo era?

Sidney le dio la descripción. Se estremeció al recordar los ojos azules del asesino. Sawyer escribió los detalles.

—Meteremos los datos en el sistema y a ver qué encontramos. —De pronto se levantó de un salto—. Aguarde un minuto. La tengo vigilada. ¿Qué coño ha pasado con mis agentes? ¿No está en su casa?

—En estos momentos no estoy, digamos, bajo vigilancia —contestó ella con un nudo en la garganta—. Al menos, por los suyos. Y no, no estoy en mi casa.

—¿Le importaría decirme dónde está?

—Tengo que irme.

—Ni hablar. Un tipo pretendió matarla, y mis chicos no están en la escena. Quiero saber lo que pasa —protestó Sawyer.

—¿Lee?

—¿Qué? —replicó él con voz áspera.

—Pase lo que pase, encuentre lo que encuentra, quiero que sepa que yo no he hecho nada malo. Nada. —Contuvo las lágrimas y añadió en voz baja—: Por favor, créame.

—¿De qué demonios está hablando? ¿Qué diablos significa eso?

—Adiós.

—¡No! ¡Espere!

Sawyer escuchó el chasquido al otro lado de la línea y colgó el auricular, furioso. Dejó el mensaje en la mesa junto al teléfono. Se tambaleó. Notaba las piernas flojas y el malestar de estómago era más fuerte de lo habitual. Fue hasta el baño y tomó un antiácido. Se limpió los labios con el dorso de la mano, regresó a la cocina, cogió el trozo de papel con el mensaje y se sentó delante de la mesa. Leyó en silencio las palabras. «Cuidado con la mecanografía». La primera parte del mensaje sugería que Archer había enviado el mensaje a la persona equivocada. Sawyer, el nombre del destinatario y luego el del remitente. Sidney le había dicho que Jason había enviado el mensaje a su casa. ArchieJW2. Este debía ser el nombre de Jason Archer para el correo electrónico, su nombre y las iniciales. Entonces ArchieKW2 era el nombre de la persona que recibió primero el mensaje. Jason Archer había apretado la K en lugar de la J, esto era claro. ArchieKW2 había devuelto el mensaje al remitente original con un comentario sobre el error, pero al hacerlo había transmitido el mensaje al

destinatario real: Sidney Archer.

La referencia al almacén de Seattle tenía sentido. Era obvio que Jason se había metido en graves problemas con las personas que le esperaban. El intercambio había salido mal. «¿Todo mal?». Sidney había insistido en esta parte como una prueba de la inocencia del marido. Sawyer no lo tenía tan claro. «¿Todo al revés?». Era una frase extraña. A continuación, Sawyer miró la contraseña. Caray, Jason tenía que ser un genio si era capaz de recordar semejante contraseña. Sawyer no le encontraba ningún sentido. La leyó y la releyó cien veces. Era una pena que Jason no hubiese podido concluir el mensaje.

Sawyer movió la cabeza de un lado a otro para aliviar el dolor del cuello y se balanceó en la silla. El disquete. Necesitaban hacerse con el disquete. Mejor dicho, Sidney Archer tenía que recibirlo. El timbre del teléfono lo arrancó de sus pensamientos. Convencido de que era Sidney, se apresuró a cogerlo.

—¿Sí?

—Lee, soy Frank.

—Coño, Frank, ¿nunca puedes llamar en horarios normales?

—Esto pinta mal, Lee, muy mal. En el bufete de Tylery Stone. En el garaje subterráneo.

—¿De qué se trata?

—Un triple homicidio. Será mejor que vengas.

Sawyer colgó el teléfono. Acababa de entender el significado de las palabras de Sidney. ¡Hija de puta!

La calle de entrada al garaje subterráneo era un mar de luces azules y rojas de tantos coches patrulla y ambulancias que había aparcados por todas partes. Sawyer y Jackson mostraron sus placas a los agentes que custodiaban el cordón de seguridad. Frank Hardy, con expresión grave, los recibió en la entrada y los acompañó hasta el último nivel del aparcamiento, a cuatro pisos por debajo del nivel de la calle, donde la temperatura era bajo cero.

—Al parecer, los asesinatos se cometieron a primera hora de la madrugada, así que el rastro es bastante fresco. Los cadáveres están en buen estado, excepto por algunos agujeros de más —les explicó Hardy.

—¿Cómo te enteraste, Frank?

—La policía avisó al socio gerente de la firma, Henry Wharton, que está en Florida en una convención del bufete. Él llamó a Nathan Gamble que, a su vez, se puso en contacto conmigo.

—¿Así que todos los muertos trabajaban en la firma?

—Lo puedes ver por ti mismo, Lee. Todavía están aquí. Pero digamos que Tritón tiene un interés particular en estos asesinatos. Por eso Wharton llamó a Gamble con tanta prisa. También acabamos de descubrir que el guardia de seguridad de las oficinas de Tylery Stone en Nueva York fue asesinado a primera hora de esta mañana.

—¿Nueva York? —Sawyer miró a su amigo.

Hardy asintió.

—¿Alguna cosa más?

—Todavía no. Pero informaron que vieron a una mujer salir corriendo del edificio alrededor de una hora antes de que encontraran el cadáver.

Sawyer reflexionó sobre este nuevo aspecto del caso mientras se abrían paso entre la multitud de policías y personal de la oficina del forense para llegar junto a la limusina. Las dos puertas delanteras estaban abiertas. Sawyer miró a los dos expertos en huellas digitales que espolvoreaban el exterior del vehículo en busca de huellas. Un técnico fotografiaba el interior del coche y otro filmaba el escenario con una cámara de vídeo. El médico forense, un hombre de mediana edad vestido con una camisa blanca con las mangas arremangadas, la corbata metida en el interior de la camisa, y con guantes de plástico y una mascarilla quirúrgica, conversaba con dos hombres ataviados con gabardinas azules. Al cabo de unos momentos, los dos hombres se reunieron con Hardy y los agentes del FBI.

Hardy presentó a Sawyer y Jackson a Royce y Holman, dos inspectores de homicidios.

—Les he informado del interés del FBI en el caso, Lee —dijo Hardy.

—¿Quién encontró los cuerpos? —le preguntó Jackson a Royce—. Un contable que trabaja en el edificio. Llegó poco antes de las seis. Su aparcamiento está aquí abajo. Le pareció extraño ver una limusina a estas horas, sobre todo porque ocupaba varias plazas. Los cristales son tintados. Golpeó la puerta, pero nadie le respondió. Entonces abrió la puerta del pasajero. Un error. Creo que todavía está arriba vomitando. Al menos se recuperó lo suficiente para llamarnos.

El grupo se acercó a la limusina. Hardy invitó a los agentes a que echaran un vistazo. Después de mirar en los asientos delanteros y traseros, Sawyer miró a Hardy.

—El tipo que está en el suelo me resulta familiar.

—No te extrañe. Es Paul Brophy.

Sawyer miró a Jackson.

—El caballero en el asiento de atrás con el tercer ojo es Philip Goldman —añadió Hardy.

—Abogado de RTG —señaló Jackson.

—La víctima en el asiento delantero es James Parker, un empleado de la delegación local de RTG; por cierto, la limusina es propiedad de RTG.

—De ahí el interés de Tritón en el caso —apuntó Sawyer.

—Así es —contestó Hardy.

Sawyer se metió un poco más en el vehículo para observar mejor la herida en la frente de Goldman antes de examinar el cadáver de Brophy. Mientras tanto, Hardy le hablaba por encima del hombro, con un tono calmado y metódico. Él y Sawyer habían trabajado juntos en muchísimos casos de homicidio. Al menos aquí los cadáveres estaban enteros. Habían visto muchos en los que no era así.

—Los tres murieron por heridas de bala. Al parecer, un arma de grueso calibre,

disparada a corta distancia. La herida de Parker es de contacto. La de Brophy es de casi contacto. Supongo que a Goldman le dispararon desde menos de un metro por las quemaduras en la frente.

—Así que el asesino estaba sentado en el asiento delantero —señaló Sawyer—. Mató primero al chófer, después a Brophy y luego a Goldman.

—Quizá —dijo Hardy, poco convencido—, aunque el asesino pudo estar sentado junto a Brophy y de cara a Goldman. Mató primero a Parker a través del tabique, luego mató a Brophy y a Goldman, o al revés. Tendremos que esperar el resultado de la autopsia para saber la trayectoria exacta de los proyectiles. Eso nos dará una idea más exacta del orden. —Hizo una pausa y después añadió—: Junto con otros residuos.

El interior de la limusina ofrecía un espectáculo horrible.

—¿Ya saben la hora aproximada de las muertes? —preguntó Jackson.

—El *rigor mortis* todavía no se ha establecido del todo, ni mucho menos. Tampoco se ha fijado la lividez —le informó Royce con las notas que había tomado—. Todos están en etapas similares del *post mortem*, así que a todos los debieron matar más o menos a la misma hora. El forense, después de sumar la temperatura corporal, calcula entre cuatro y seis horas.

—Ahora son las ocho y media —dijo Sawyer—. Así que en algún momento entre las dos y las cuatro de la madrugada.

Royce asintió.

Jackson se estremeció por efecto de la ráfaga de viento helado que los azotó cuando se abrieron las puertas del ascensor cargado de policías. Sawyer hizo una mueca al ver cómo el aliento se condensaba formando nubes. Hardy sonrió al ver la expresión de su amigo.

—Sé lo que estás pensando, Lee. Aquí nadie ha trasteado con el aire acondicionado como ocurrió con tu último cadáver. Claro que con el frío...

—No creo que podamos confiar mucho en el cálculo de la hora de la muerte —le interrumpió Sawyer—. Y creo que cada minuto de error será muy importante.

—Tenemos la hora exacta de entrada de la limusina en el garaje, agente Sawyer —señaló Royce—. El acceso está limitado a los poseedores de llaves autorizadas. El sistema de seguridad del garaje registra al que entra con tarjetas individuales. La tarjeta de Goldman se usó a la una y cuarenta y cinco de esta mañana.

—Por lo tanto, no pudo estar aquí mucho tiempo antes de que lo mataran —opinó Jackson—. Al menos, eso nos da una referencia.

Sawyer no respondió. Se rascó la barbilla mientras no dejaba de observar la escena del crimen.

—¿El arma?

Holman le mostró una pistola metida en una bolsa de plástico.

—Uno de los agentes encontró esto en la reja de una alcantarilla cercana. Por fortuna, se enganchó con unas basuras porque si no, no la habiéramos encontrado. —

Le pasó la bolsa a Sawyer—. Smith & Wesson, calibre nueve milímetros. Balas HydraShok. Los números de serie están intactos. Será fácil encontrar al dueño. Se dispararon tres proyectiles de un cargador lleno. —Todos veían con claridad las manchas de sangre en el arma, algo natural si se había efectuado un disparo a quemarropa—. Todo indica que se trata del arma homicida —añadió Holman—. El tirador recogió los casquillos, pero las balas siguen en las víctimas, así que podremos tener una comparación afirmativa de balística si los proyectiles no están muy deformados.

Incluso antes de coger la pistola, Sawyer ya se había fijado en el detalle. Jackson también. Intercambiaron una mirada de pena: la culata rajada.

—¿Tenéis alguna pista? —preguntó Hardy, que se había fijado en el detalle.

—Mierda —contestó Sawyer, sin saber qué más decir. Metió las manos en los bolsillos del pantalón mientras miraba la limusina y después el arma—. Estoy casi seguro de que la pistola pertenece a Sidney Archer, Frank.

—¿Puede repetir el nombre? —preguntaron los dos inspectores al unísono.

Sawyer les informó de la identidad de Sidney y de su pertenencia al bufete.

—Eso es. Leí en el periódico el artículo sobre ella y su marido. Ya me parecía conocido el nombre. Eso explica muchas cosas —señaló Royce.

—¿A qué se refiere? —preguntó Jackson.

Royce consultó las notas apuntadas en su libreta.

—El sistema de acceso de la puerta del edificio registra las entradas y salidas fuera del horario de oficina. ¿Adivine quién entró esta madrugada a la una y veintiuno?

—Sidney Archer —respondió Sawyer con un tono cansado.

—Bingo. Maldita sea, el marido y la esposa. Bonita pareja. Pero no conseguiremos escapar. Los cadáveres todavía están calientes, no nos lleva mucha ventaja. —Royce parecía muy seguro—. Tenemos muchas huellas en el interior de la limusina. Una vez descartadas las de las víctimas tendremos las suyas.

—No me extrañaría nada que aparecieran huellas de Archer por todas partes —intervino Holman. Señaló la limusina con un ademán— Sobre todo con la cantidad de sangre que hay ahí dentro.

Sawyer se volvió hacia el inspector.

—¿Ya tiene el motivo?

Royce sostuvo en alto el magnetófono portátil.

—Lo encontré debajo de Brophy. Ya han tomado las huellas dactilares. —El inspector lo puso en marcha. Todos escucharon la grabación hasta el final. A Sawyer se le subieron los colores.

—Esa era la voz de Jason Archer —afirmó Hardy—. La conozco bien. —Meneó la cabeza—. Ahora solo nos falta el cuerpo.

—Y la otra es la voz de Sidney —añadió Jackson. Miró a su compañero apoyado contra una columna con aspecto desconsolado.

Sawyer asimiló la nueva información y la integró en el paisaje siempre cambiante en que se había convertido el caso. Brophy había grabado la conversación la mañana en que ellos habían ido a entrevistar a Sidney. Por esa razón el muy hijo de puta parecía tan contento consigo mismo. Eso también explicaba el viaje a Nueva Orleans y su entrada en la habitación de Sidney. Hizo una mueca. Él nunca habría revelado voluntariamente lo que Sidney le había contado sobre la llamada telefónica. Pero ahora se había descubierto el secreto. Ella había mentido al FBI. Incluso si Sawyer declaraba —cosa que estaba dispuesto a hacer en el acto— que Sidney le había dado los detalles de la conversación telefónica, estaba claro que había hecho planes para ayudar y proteger a una fugitiva. Ahora se enfrentaba a una condena muy larga. La carita de Amy Archer apareció en sus pensamientos y se sintió todavía peor.

Mientras Royce y Holman se marchaban para continuar con sus investigaciones, Hardy se acercó a Sawyer.

—¿Quieres que te diga una cosa?

Sawyer asintió. Jackson se unió a ellos.

—Probablemente yo sé un par de cosas que no sabes. Una que Tylery Stone había cesado a Sidney Archer —dijo Hardy.

—Vale —replicó Sawyer sin apartar la mirada de su antiguo compañero.

—Por irónico que parezca, la carta de cese la encontraron en los bolsillos de Goldman. Quizá todo ocurrió de la siguiente manera: Archer viene a su oficina por algún motivo. Tal vez es algo inocente, o tal vez no. Se encuentra con Goldman y Brophy por casualidad o quizás estaban citados. Probablemente Goldman informó a Sidney del contenido de la carta de despido, y después le hace escuchar la grabación. Es un buen material para un chantaje.

—Estoy de acuerdo en que la cinta es muy perjudicial, pero ¿por qué hacerle chantaje? —preguntó Sawyer, que continuaba mirando a Hardy.

—Como te dije antes, hasta que se estrelló el avión, Sidney Archer era la principal abogada en las negociaciones con CyberCom. Estaba al corriente de las informaciones confidenciales, una información que la RTG se desesperaba por conseguir. El precio de dicha información es la cinta. Ella les da la información sobre las negociaciones o si no acaba en la cárcel. De todos modos, la firma la ha despedido. ¿Qué más le da?

—Creía que el marido ya había entregado esa información a la RTG —protestó Sawyer, que no lo veía tan claro—. El intercambio grabado en vídeo.

—Las negociaciones cambian, Lee. Sé de buena fuente que desde la desaparición de Jason Archer los términos de la oferta por CyberCom han cambiado. Lo que Jason les dio eran noticias viejas. Necesitaban información fresca. Y aunque suene irónico, lo que el marido no les pudo dar, lo tenía la esposa.

—Suena como si hubieran hecho un trato. En ese caso, ¿cómo se explican los asesinatos, Frank? Que fuera su pistola no significa que ella la utilizara —señaló Sawyer con un tono sarcástico.

Hardy no se dio por aludido y prosiguió con su análisis.

—Quizá no llegaron a un acuerdo en los detalles. Quizá las cosas se pusieron feas. Quizá decidieron que lo mejor era conseguir la información que necesitaban y después acabar con ella. Quizás es por eso por lo que acabaron en la limusina. Parker llevaba un arma; todavía está en la cartuchera, sin usar. Tal vez hubo una pelea. Ella sacó el arma, disparó y mató a uno de ellos en defensa propia. Horrorizada, decide no dejar ningún testigo.

Sawyer meneó la cabeza violentamente para rechazar la teoría.

—¿Tres hombres sanos y fuertes contra una mujer? No tiene ningún sentido que la situación se les fuera de las manos. Incluso en el caso de que ella estuviera en la limusina, no puedo creer que fuera capaz de matar a los tres y marcharse tan tranquila.

—Quizá no se marchó tan tranquila, Lee. Tal vez resultó herida.

Sawyer miró el suelo de cemento junto a la limusina. Había unas cuantas manchas de sangre, pero no se veía ninguna más allá. El escenario que pintaba Hardy, aunque poco concreto, podía ser creíble.

—Así que mata a tres hombres y se va sin la cinta. ¿Por qué?

—La encontraron debajo de Brophy. El tipo era fornido, casi cien kilos de peso muerto. Necesitaron a dos policías bien corpulentos para mover el cadáver cuando lo identificaron. Entonces descubrieron la cinta. La respuesta más sencilla es que ella no pudo conseguirla físicamente. O quizá no sabía que estaba allí. Por lo que parece, se le cayó del bolsillo cuando se desplomó. Entonces ella tuvo miedo y escapó. Lanzó la pistola en una alcantarilla y siguió corriendo como alma que lleva el diablo. ¿Cuántas veces tú y yo hemos visto casos parecidos?

—Tiene sentido, Lee —opinó Jackson.

Sin embargo, Sawyer se mostró poco convencido. Se acercó a Royce, que estaba firmando unos papeles.

—¿Le importa si llamo a un equipo de los míos para hacer unas pruebas?

—Usted mismo. Casi nunca rechazo la ayuda del FBI. Ustedes son los tipos que tienen el dinero del gobierno. ¿Nosotros? Tenemos suerte si nos ponen gasolina en los coches.

—Me gustaría que hicieran algunas pruebas en el interior de la limusina. Mi equipo puede estar aquí en veinte minutos. Quiero que examinen los cadáveres en la posición que están. Después pediré que hagan una investigación más a fondo en el laboratorio, sin los cuerpos desde luego.

Royce consideró la propuesta durante unos instantes.

—Me ocuparé del papeleo —dijo mientras miraba a Sawyer con un poco de recelo—. Verá, siempre agradezco la colaboración del FBI, pero esta es nuestra jurisdicción. Me molestaría que los méritos se los llevara otro cuando resuelva este caso. ¿Oye lo que le digo?

—Con toda claridad, detective Royce. Es su caso. Cualquier cosa que

descubramos estará a su disposición para resolver el asesinato. Espero de todo corazón que consiga un ascenso y un aumento de sueldo.

—Usted y mi esposa.

—¿Puedo pedirle un favor?

—Inténtelo.

—¿Le importa que uno de sus técnicos tome muestras de residuos de pólvora de cada uno de los tres muertos? Nos queda poco tiempo. Haré que mi gente analice las muestras.

—¿Cree que alguno de ellos pudo disparar el arma?

—No lo sé. Pero así saldremos de dudas.

Royce se encogió de hombros y llamó a uno de los técnicos. Después de explicarle lo que querían, miraron cómo la mujer cargaba con una pesada maleta. La abrió y comenzó los preparativos para realizar la prueba de residuos de pólvora. Disponían de poco tiempo: en una situación ideal las muestras había que recogerlas dentro de las seis horas posteriores al disparo, y Sawyer tenía miedo de no cumplir el plazo.

La técnica mojó varios bastoncillos con algodón en la punta en una solución de ácido nítrico diluido. Pasó un bastoncillo por la palma y el dorso de las manos de cada uno de los cadáveres. Si alguno de ellos había disparado un arma, las muestras revelarían la presencia de depósitos de bario y antimonio, dos componentes básicos en la fabricación de casi todo tipo de municiones. No era algo concluyente. El hecho de conseguir un resultado positivo no significaba que alguno de ellos hubiera disparado el arma homicida, sino en las últimas seis horas. Además, podían sencillamente haber tocado el arma después de haber sido disparado —quizás en el transcurso de una pelea— y ensuciarse las manos con los residuos depositados en el exterior del arma. Pero un resultado positivo sin duda ayudaría a la causa de Sidney. Aunque todas las pruebas señalaban su presencia en la escena del crimen, Sawyer estaba seguro de que ella no había apretado el gatillo.

—¿Un favor más? —le preguntó Sawyer a Royce, que enarcó las cejas—. ¿Me puede facilitar una copia de la cinta?

—Faltaría más.

Sawyer subió en el ascensor hasta el vestíbulo, caminó hasta su coche y llamó a un equipo forense del FBI. Mientras esperaba que llegaran, un pensamiento machacaba la mente de Sawyer. ¿Dónde demonios estaba Sidney Archer?

Sidney, que apenas se maquillaba, dedicó esta vez mucho tiempo a hacerlo con todo detalle. Se había encerrado en uno de los reservados del lavabo de señoras en Penn Station y sostenía en una mano la caja de pinturas. Había llegado a la conclusión de que el asesino no pensaría que había regresado aquí. Se encasquetó un sombrero tejanero de cuero y bajó el ala sobre la frente. Después recogió la bolsa donde había guardado las prendas manchadas de sangre —que irían a parar a un contenedor de basuras— y salió del lavabo. Ahora iba vestida con una variedad de prendas que había tardado casi todo el día en comprar: pantalones tejanos muy ceñidos, botas vaqueras puntiagudas de color beige, una camisa de algodón blanca y una cazadora *bomber* negra. Pintarrajeada como una puta y con aquel atuendo, no se parecía en nada a la abogada de aspecto conservador que había sido hasta hacía poco, y a la que la policía no tardaría en buscar bajo acusación de asesinato. Se aseguró de que el revólver estuviera bien oculto en un bolsillo interior. Las leyes sobre armas en Nueva York eran de las más estrictas del país.

Cogió un tren de cercanías y al cabo de media hora se apeó en Stamford Connecticut, en una de las muchas urbanizaciones que satisfacían el deseo de los trabajadores neoyorquinos de vivir fuera del torbellino metropolitano. Otros veinte minutos de viaje en taxi la dejaron delante de una encantadora casa de ladrillos blancos y persianas negras en una zona residencial de lujo. En el buzón estaba pintado el nombre «PATTERSON». Sidney le pagó al taxista, pero en lugar de ir hacia la puerta principal rodeó la casa para dirigirse al garaje. Junto a la puerta de este había un comedero de madera para pájaros. Sidney miró en derredor antes de meter la mano en el comedero y comenzar a revolver entre los granos hasta que llegó al fondo. Cogió el juego de llaves que había allí, fue hasta la puerta trasera de la casa y entró. Su hermano, Kenny, y su familia estaban en Francia. Era un joven brillante, que dirigía una editorial independiente de mucho prestigio, pero tenía muy mala memoria. En muchísimas ocasiones no había podido entrar en ninguna de las casas que había tenido por haberse olvidado las llaves. Por este motivo, guardaba unas de repuesto en el comedero, algo conocido por el resto de la familia.

La casa era antigua, bien construida y mejor decorada, con grandes habitaciones y muebles cómodos. Sin perder un segundo, Sidney entró en un pequeño estudio y se acercó a un armario de roble que abrió con otra llave. Se tomó un momento para contemplar la impresionante variedad de escopetas, rifles y pistolas guardadas en el mueble. Por fin se decidió por una escopeta de repetición Winchester 1300 Defender del calibre doce. El arma era relativamente ligera —pesaba unos tres kilos— y utilizaba proyectiles Magnum de tres pulgadas capaces de detener cualquier cosa de dos piernas. Metió varias cajas de proyectiles en una bolsa de municiones que sacó de un cajón del armario. Después miró la colección de pistolas. No confiaba mucho en la potencia de un 32. Probó varias pistolas para ver cuál le resultaba más cómoda.

Entonces sonrió complacida cuando empuñó a su vieja conocida: la Smith & Wesson Slim Nine. Cogió la pistola y una caja de balas del nueve, las metió en la misma bolsa de municiones y cerró el armario. Se hizo con unos prismáticos que había en un estante y salió del estudio.

Corrió escaleras arriba para ir al dormitorio principal, donde pasó varios minutos escogiendo prendas de su cuñada. No tardó mucho en llenar una maleta con ropa de abrigo y zapatos. De pronto recordó una cosa. Encendió el televisor del dormitorio y cambió de canales hasta encontrar una emisora de noticias. Ofrecían el resumen de las principales noticias, y aunque lo esperaba, se le cayó el alma a los pies cuando vio aparecer su rostro junto a una imagen de la limusina. La crónica era breve pero terrible, porque la pintaba como a una asesina. Se llevó otra sorpresa en el momento en que la pantalla se dividió en dos y junto a su cara apareció una foto de Jason. Parecía cansado, y ella se dio cuenta de que era la foto de la tarjeta de seguridad de Tritón. Al parecer, los medios encontraban muy atractivo el enfoque de la pareja criminal. Sidney contempló su rostro en la pantalla. Ella también parecía cansada, con el pelo peinado con raya en medio y aplastado contra la cabeza. Llegó a la conclusión de que Jason y ella tenían aspecto de culpables aunque no lo fueran. Pero en aquel momento, la mayoría del país los tomaría por criminales, una versión actualizada de Bonnie y Clyde.

Se levantó con las piernas temblorosas y llevada por un impulso repentino entró en el baño, donde se quitó la ropa y se metió en la ducha. La visión de la limusina le había hecho recordar que todavía llevaba encima restos de aquellos horribles momentos. Había cerrado la puerta con llave y dejado la cortina de la bañera abierta. Se duchó con el revólver al alcance de la mano. El agua caliente le quitó el frío de los huesos. Por casualidad se vio en el pequeño espejo sujeto en la pared de la ducha y se estremeció ante la visión de su rostro macilento. Se sentía cansada y vieja. Agotada física y mentalmente, y el cuerpo sufría las consecuencias. Entonces apretó los dientes y se abofeteó. No podía renunciar. Ella formaba un ejército de uno, pero osado y valiente. Tenía a Amy. Su hija era algo que nunca nadie le podría arrebatar.

Acabó de ducharse, se vistió con prendas abrigadas y fue al trastero para coger una linterna. De pronto se le había ocurrido que la policía visitaría a todos sus familiares y amigos. Llevó la maleta, las armas y las municiones hasta el garaje, donde estaba el Land Rover Discovery azul oscuro de su hermano, uno de los vehículos más resistentes del mercado. Metió la mano debajo del guardabarros izquierdo y sacó un juego de llaves del coche. Su hermano era algo increíble. Desconectó el complejo sistema de alarma; hizo una mueca ante el sonido discordante de la alarma al desactivarse. Dejó la escopeta en la parte trasera y la tapó con una manta. Las pistolas estaban en la bolsa que ocultó debajo del asiento delantero. No había cargado ninguna de las armas, pero lo haría en cuanto llegara a su destino.

Puso el motor en marcha, apretó el botón del mando a distancia para abrir la

puerta del garaje y salió marcha atrás. Después de mirar a un lado y otro de la calle para ver si había algún transeúnte o vehículos, maniobró en el jardín para dar la vuelta y salió a la carretera. Aceleró a medida que dejaba atrás el tranquilo vecindario.

En menos de veinte minutos había llegado a la interestatal 95. Había mucho tráfico y tardó un poco más de la cuenta en salir de Connecticut. Atravesó Rhode Island y rodeó Boston a la una de la mañana. El Land Rover estaba equipado con un teléfono móvil; sin embargo, después de los comentarios de Jeff Fisher, no se atrevía a utilizarlo. Además, ¿a quién iba a llamar? Hizo una parada en New Hampshire para tomar un café y poner gasolina. Nevaba con fuerza, pero el Land Rover no tenía problemas; el ruido de los limpiaparabrisas le ayudaba a mantenerse despierta. Así y todo, a las tres de la mañana, daba tantas cabezadas que tuvo que detenerse en un área de servicio. Metió el Land Rover entre dos enormes camiones semirremolque, cerró las puertas, se tendió en el asiento trasero con una pistola en la mano y se quedó dormida.

El sol ya estaba alto cuando abrió los ojos. Desayunó deprisa y al cabo de unas horas ya había dejado atrás Portsmouth, Maine. Dos horas más tarde llegó a la salida que buscaba y abandonó la autopista. Ahora estaba en la nacional 1. En esta época del año el tráfico era muy escaso y tenía la carretera casi para ella sola.

En medio de la nevada vio el cartel que anunciaba: Bell Harbor, población 1650 habitantes. Durante su infancia, la familia había pasado muchos veranos maravillosos en este pacífico pueblo: magníficas playas abiertas, helados y bocadillos succulentos en los mil y un bares y restaurantes, representaciones de teatro, largos paseos en bicicleta y caminatas por Granite Point, donde se podía contemplar muy de cerca el tremendo poder del océano en las tardes ventosas. Ella y Jason soñaban con poder comprar algún día una casa cerca de la de sus padres. Habían esperado con ansia el momento de pasar los veranos aquí, y contemplar a Amy corriendo por la playa y haciendo agujeros en la arena como había hecho Sidney veinticinco años antes. Eran pensamientos muy agradables. Todavía confiaba en poder convertirlos en realidad. Pero ahora mismo no parecía ni remotamente posible.

Condujo hacia el océano y aminoró la marcha cuando dobló hacia el sur por Beach Street. La casa de sus padres era un edificio grande de dos plantas, construido en madera con ventanas de gablete y balcones a todo lo ancho de la casa por el lado marítimo y el de la calle. Tenía un garaje en la planta baja. El viento se encajonaba entre las casas veraniegas; era tan fuerte que sacudía el Land Rover, que pesaba dos toneladas. Sidney no recordaba haber estado nunca en Maine en esta época del año. El cielo estaba plomizo. Cuando miró la inmensa extensión oscura del Atlántico se dio cuenta de que era la primera vez que veía nevar sobre el océano.

Disminuyó todavía más la velocidad en cuanto avistó la casa de sus padres. Todas las demás viviendas de la calle estaban vacías. En invierno, Bell Harbor era lo más parecido a una ciudad fantasma. Además, la fuerza policial en esta época del año se

reducía a un único agente. Si el hombre que había matado a tres personas en una limusina en Washington y la había seguido hasta Nueva York decidía venir a buscarla aquí, sin duda no tendría ningún problema para acabar con el solitario representante de la ley. Cogió la bolsa de municiones y sacó un cargador para la pistola. Entró en el camino particular y se apeó. No había ninguna señal de la presencia de sus padres. Sin duda se habían demorado por culpa del mal tiempo. Metió el Land Rover en el garaje y cerró la puerta. Descargó sus cosas y las subió por las escaleras interiores hasta la casa.

No podía saber que la nevada había cubierto las huellas frescas en el jardín. Tampoco entró en el dormitorio donde estaban apiladas numerosas maletas. Cuando entró en la cocina se perdió la ocasión de ver el coche que pasó lentamente por delante de la casa y siguió su camino.

En las instalaciones de pruebas del FBI el ritmo era febril. Una técnica con bata blanca que daba vueltas en torno a la limusina invitó con un gesto a Sawyer y Jackson a que la siguieran. La puerta trasera del lado izquierdo estaba abierta. Habían trasladado los cadáveres al depósito. Junto al vehículo había un ordenador con una pantalla de veintiuna pulgadas. La joven comenzó a teclear las órdenes mientras hablaba. Ancha de caderas, con una preciosa piel morena y una boca generosa, Liz Martin era una de las mejores y más trabajadoras ratas de laboratorio del FBI.

—Antes de retirar físicamente cualquier rastro, repasamos el interior con el Luma-lite, como tú querías, Lee. Encontramos algunas cosas interesantes. También filmamos en vídeo el interior del vehículo mientras hacíamos el examen y lo metimos en el sistema. Así lo podréis seguir mejor. —Dio unas gafas a cada uno de los agentes y se puso unas ella—. Bienvenidos al espectáculo; las gafas son para que veáis mejor. —Sonrió—. Lo que hacen es filtrar las diferentes longitudes de onda que puedan haber aparecido durante el examen y que podrían oscurecer la filmación.

Se encendió la pantalla. La imagen mostraba el interior de la limusina. Estaba muy oscuro, una condición necesaria para usar el Luma-lite. La prueba que se hacía con un láser muy potente convertía en visibles muchas cosas de la escena del crimen.

Liz movió el ratón y los agentes esperaron mientras la flecha se movía por la pantalla.

—Empezamos utilizando una sola fuente de luz, sin usar reactivos. Buscábamos la fluorescencia intrínseca y después pasamos a una serie de polvos y tinturas.

—Dijiste que habías encontrado algunas cosas interesantes, ¿no es así? —El tono de Sawyer sonó un poco impaciente.

—Algo lógico en un espacio cerrado como este, si tienes en cuenta lo que pasó. —La joven miró por un segundo la limusina mientras llevaba la flecha del ratón hasta lo que parecía el asiento trasero del vehículo. Apretó unas cuantas teclas más y aparecieron primero unas cuadrículas y a continuación la imagen señalada fue aumentando hasta resultar visible. Sin embargo, del hecho de ser visible a ser identificable distaba un abismo.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Sawyer.

Parecía un hilo de algún tipo pero, ampliado como estaba, tenía el grosor de un lápiz.

—En términos sencillos, una fibra. —Liz apretó una tecla y el objeto apareció en una imagen tridimensional—. Por lo que se ve, diría que es lana, animal, auténtica, nada de sintética, y de color gris. ¿Les recuerda algo?

Jackson chasqueó los dedos.

—Sidney Archer vestía una chaqueta aquella mañana. —De color gris.

—Así es —afirmó Sawyer.

Liz volvió a mirar la pantalla y asintió pensativa.

—Una chaqueta de lana. Encaja bastante bien.

—¿Dónde la has encontrado exactamente, Liz? —preguntó Sawyer.

—En el lado izquierdo del asiento trasero, en realidad un poco más hacia el centro. —Con el ratón trazó una línea en la pantalla que medía la distancia desde el punto donde estaba la fibra hasta el extremo izquierdo del asiento trasero—. Sesenta y siete centímetros y medio hasta el borde del asiento, y diecisiete y medio contando del asiento hacia arriba. Con esa ubicación parece lógico que proceda de una chaqueta. También recogimos algunas fibras sintéticas junto a la puerta del lado izquierdo. Corresponden a las prendas que vestía el hombre muerto que ocupaba esa posición. —Se volvió otra vez hacia la pantalla—. No nos hizo falta el láser para encontrar las otras muestras. Se veían con toda claridad. —Cambió la pantalla y Liz empleó el ratón para señalar varios pelos.

—Deja que lo adivine —dijo Sawyer—. Largo y rubio. Natural, no teñido. Encontrados muy cerca de la fibra.

—Muy bien, Lee, todavía podremos hacer un buen científico de ti. —Liz sonrió complacida—. Después utilizamos un leucocristal violeta para identificar la sangre. Como te puedes imaginar, encontramos litros. El trazado de la dispersión es muy evidente y en realidad muy explicativo en este caso, una vez más debido a las pequeñas dimensiones de la escena del crimen.

Los agentes miraron la pantalla donde ahora el interior de la limusina resplandecía en una infinidad de lugares. Por un momento pareció como si estuvieran en el interior de una mina y las pepitas de oro brillaran en cada grieta. Liz señaló varias manchas con la flecha.

—Mi conclusión es que el caballero encontrado en el suelo del asiento trasero estaba o bien sentado mirando hacia atrás o con el rostro vuelto en parte hacia la ventanilla del lado derecho. La herida estaba muy cerca de la sien derecha. La dispersión de sangre, huesos y tejidos fue considerable. El asiento trasero está cubierto con los restos.

—Sí, pero aquí hay un hueco muy evidente. —Sawyer señaló el lado izquierdo del asiento trasero.

—Efectivamente, tienes buen ojo —afirmó Liz. Volvió a utilizar la línea para

medir—. Encontramos las muestras distribuidas con bastante uniformidad en el asiento trasero. Eso me lleva a creer que la víctima —consultó las notas que tenía junto al ordenador—, Brophy, se había vuelto hacia su izquierda. Eso dejaría la zona de la herida, la sien derecha, directamente frente al asiento trasero, lo que explicaría la abundante dispersión en el asiento trasero.

—Como la metralla de un mortero —comentó Sawyer con un tono seco.

—No es un término técnico, pero no está mal para un lego, Lee. —Liz enarcó las cejas y después añadió—: Sin embargo, en la mitad izquierda del asiento prácticamente no hay restos, no hay sangre, tejidos o fragmentos de huesos en casi un metro veinte. ¿Por qué? —Miró a los dos agentes como una maestra que espera que sus alumnos comiencen a levantar las manos.

—Sabemos que una de las víctimas estaba sentado en el extremo del lado izquierdo: Philip Goldman —respondió Sawyer—. Lo encontraron allí. Pero era un tipo de constitución normal. No podía ocupar tanto lugar. Por el tamaño del hueco, los pelos y la fibra que has recogido, debemos suponer que había otra persona sentada junto a Goldman.

—Yo también lo interpreté de esa manera —señaló Liz—. La herida de Goldman debió echar una buena cantidad de residuos. Y una vez más, nada en el asiento a su lado. Eso refuerza la conclusión de que había alguien más sentado allí y que recibió toda la rociada. Una muy poco agradable. Si me hubiese tocado a mí, me habría estado en la bañera una semana, toco madera.

—Chaqueta de lana, pelo rubio... —comenzó a decir Jackson.

—Y esto —le interrumpió Liz, que señaló la pantalla. Todos miraron mientras cambiaba la imagen. Una vez más vieron el asiento trasero. El cuero aparecía roto en varios lugares. Tres líneas paralelas iban de adelante a atrás hasta un punto muy cerca de donde habían encontrado a Goldman. Casi en la mitad de las líneas había un objeto solitario. Los agentes miraron a Liz.

—Eso es parte de una uña. No hemos tenido tiempo para hacer un análisis de ADN, pero es evidente que pertenece a una mujer.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jackson.

—No es tan complicado, Ray. Es una uña larga, atendida por una manicura y pintada. No es algo habitual en los hombres.

—Ah.

—Las líneas paralelas en el cuero...

—Rasguños —afirmó Sawyer—. Ella arañó el asiento y rasgó el cuero.

—Eso es. Sin duda, la mujer estaba dominada por el pánico —dijo Liz.

—No es de extrañar —señaló Jackson.

—¿Alguna cosa más, Liz? —preguntó Sawyer.

—Oh, sí. Muchas. Huellas dactilares. Utilizamos MDB, un compuesto que es muy bueno para la fluorescencia de las huellas latentes cuando se usa un láser. También usamos una lente azul con el Luma-lite. Conseguimos muy buenos

resultados. Eliminamos las huellas de las tres víctimas. Sus huellas estaban por todas partes. Es comprensible. Sin embargo, encontramos unas cuantas parciales, incluida una que coincide con los rasguños, algo que parece lógico. Y encontramos una que tiene un interés especial.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Sawyer, que olisqueó como un sabueso.

—Las ropas de Brophy estaban muy manchadas de sangre y otros residuos procedentes de la herida. El hombro derecho estaba cubierto de sangre. Parece lógico porque la hemorragia de la herida en la sien derecha debió ser intensa. Encontramos huellas de todos los dedos de una mano en la sangre del hombro derecho.

—¿Cómo se explica eso? ¿Alguien intentó darle la vuelta? —preguntó Sawyer, intrigado.

—No, yo diría que no, aunque no tengo ninguna prueba para negarlo. Sin embargo, tengo el presentimiento, a juzgar por la huella de la palma de la mano, de que alguien, y sé que esto suena bastante raro dadas las circunstancias, que alguien intentó pasar por encima de él, o por lo menos que se encaramó sobre el tipo. Los dedos tan juntos, el ángulo de la palma y algunas cosas más sugieren con fuerza que eso fue lo que ocurrió.

—¿Trepó por encima de él? —El tono de Sawyer no podía ser más escéptico—. Eso es mucho imaginar, ¿no crees, Liz? No puedes saberlo solo por las huellas, ¿verdad?

—No baso mis conclusiones solo en eso. También encontramos esto. —Señaló otra vez la pantalla donde ahora se veía una cosa extraña. Un dibujo o una forma, mejor dicho, dos. El fondo oscuro hacía difícil entender lo que estaban viendo.

—Esta es una toma del cadáver de Brophy —les explicó Liz—. Está boca abajo en el suelo. Lo que vemos es la espalda. La marca que aparece en el medio quedó impresa en una mancha de sangre.

Jackson y Sawyer se acercaron a la pantalla y forzaron la vista en un intento por descubrir qué era aquella imagen. No lo consiguieron y miraron a la experta.

—Es una rodilla. —Liz amplió la imagen hasta llenar toda la pantalla—. La rodilla humana deja una marca inconfundible, sobre todo cuando se dispone de un fondo maleable como la sangre. —Apretó otra tecla y apareció otra imagen distinta—. También está esto.

Sawyer y Jackson miraron la pantalla. Esta vez no tuvieron dificultades para identificarla.

—La huella de un zapato, el tacón —dijo Jackson.

—Sí —replicó Sawyer, poco convencido—, pero ¿qué necesidad tenía de trepar por encima de un tipo muerto, ensuciarse de sangre y no sé qué más, y dejar huellas por todas partes, cuando sencillamente podía abrir la puerta izquierda y salir? Me refiero a la persona que probablemente estaba sentada junto a Goldman en el lado izquierdo.

Jackson y Liz intercambiaron una mirada. No tenían la respuesta adecuada. Liz se

encogió de hombros y sonrió.

—Señores, son ustedes los que cobran una pasta. Yo solo soy una rata de laboratorio.

—Me encantaría tener otras cincuenta como tú, Liz —afirmó Jackson.

Ella le agradeció el cumplido con otra sonrisa.

Todos se quitaron las gafas.

—¿Supongo que ya habrás pasado las huellas por la máquina? —le preguntó Sawyer.

—Caray, lo siento, me olvidé de lo más importante. Todas las huellas, la que vimos en la pantalla, en el arma homicida, las que están en la limusina, las del piso octavo y las del ascensor son de la misma persona.

—Sidney Archer —dijo Jackson.

—Así es —asintió Liz—. La oficina donde nos llevó el rastro de sangre también era la suya.

Sawyer se acercó a la limusina y miró en el interior. Le hizo una seña a los otros dos para que se acercaran.

—Muy bien, por lo que sabemos hasta ahora, podemos suponer que Sidney Archer estaba sentada aquí. —Señaló un punto ligeramente a la izquierda del centro del asiento trasero.

—Parece lógico si nos basamos en lo que hemos descubierto. El dibujo de la dispersión de la sangre, la fibra y las huellas lo corroboran —manifestó la técnica.

—Vale. Si ahora miramos el lugar donde acabó el cuerpo, es probable que Brophy estuviera sentado mirando hacia atrás. Según tú, pudo volver la cabeza y eso justificaría la cantidad de residuos en el asiento trasero.

—Sí. —Liz asintió mientras seguía la reconstrucción de Sawyer.

—Tampoco hay ninguna duda de que la herida de Brophy fue de contacto. ¿Más o menos a qué distancia? —Sawyer señaló el espacio entre el asiento delantero y trasero en la parte de atrás.

—No hace falta adivinar —dijo Liz. Fue hasta la mesa, cogió una cinta métrica y volvió al vehículo. Con la ayuda de Jackson midió el espacio. Liz miró el resultado y frunció el entrecejo al descubrir adonde quería ir a parar Sawyer con su análisis—. Un metro noventa y cinco desde el centro de un asiento al otro.

—Vale. Si nos basamos en la ausencia de residuos en el asiento trasero, Archer y Goldman estaban sentados aquí, con las espaldas bien apoyadas en el respaldo, ¿estás de acuerdo? —Liz y Jackson asintieron—. Muy bien. Entonces ¿es posible que Sidney Archer, si estaba con la espalda apoyada en el respaldo, pudiera producir una herida de contacto en la sien derecha de Brophy?

—No, a menos que los brazos le lleguen hasta el suelo cuando camina.

—¿No podría ser que Brophy se inclinara hacia delante, muy cerca, y ella sacara y le disparase? —le preguntó Sawyer a Liz—. Digamos que el cuerpo cayó sobre ella, pero ella lo aparta y el tipo acaba en el suelo. ¿Es factible que ocurriera así?

—Si él estaba inclinado hacia delante —contestó Liz después de pensar unos instantes— hasta casi caerse del asiento y teniendo en cuenta la separación entre los dos asientos, el tirador tendría que haber hecho lo mismo. Digamos que tendrían que haberse encontrado en el medio para que fuera posible la herida de contacto. Pero si el tirador está inclinado hacia delante las trayectorias de dispersión hubieran sido diferentes. La espalda del tirador no apoyada en el respaldo. Incluso si el cuerpo de Archer recibió la mayor parte de los residuos, sería muy poco probable que algunos no hubiesen acabado en el asiento detrás de ella. Para que ella permaneciera apoyada en el respaldo cuando disparó, Brophy casi tendría que haber estado sentado en su falda. Eso no parece muy lógico ¿verdad?

—Efectivamente. Hablemos ahora de la herida de Goldman. Ella está sentada al lado izquierdo de Goldman, ¿vale? ¿No crees que entonces el orificio de entrada tendría que estar en la sien derecha y no en el medio de la frente?

—Él podría haberse vuelto para mirarla... —comenzó a decir Liz, pero se interrumpió—. No es posible, porque entonces las trayectorias de dispersión no tendrían sentido. Está claro que Goldman miraba hacia delante cuando le alcanzó la bala. Pero podría ser posible, Lee.

—¿De veras? —Sawyer acercó una silla, se sentó, sostuvo un arma imaginaria en la mano derecha, movió el brazo y apuntó hacia atrás como si fuera a disparar en la frente a alguien sentado a su izquierda mientras la persona miraba al frente—. Bastante incómodo, ¿no?

—Mucho —asintió Jackson.

—Y la cosa se complica todavía más, muchachos. Sidney Archer es zurda. ¿Lo recuerdas, Ray? Sostenía la taza de café con la izquierda, la vimos empuñar la pistola con la izquierda. Zurda. —Sawyer repitió la actuación, pero esta vez sosteniendo el arma imaginaria con la izquierda. Tuvo que contorsionar el cuerpo hasta una posición ridícula.

—Es imposible —señaló Jackson—. Tendría que haberse dado la vuelta y mirarlo de frente para producirle una herida como esa. Hizo eso o bien se descoyuntó el brazo. Nadie podría disparar una pistola de esa manera.

—Por lo tanto, si Archer es la tiradora, tuvo que matar al chófer en el asiento delantero, saltar al asiento trasero, liquidar a Brophy, algo que ya hemos demostrado que no hizo, y después, aparentemente, disparar contra Goldman utilizando un ángulo de tiro antinatural, de hecho imposible. —Sawyer se levantó de la silla y meneó la cabeza.

—Tus objeciones no están mal, Lee, pero no se pueden negar las pruebas que ratifican la presencia de Archer en la escena del crimen —dijo Liz.

—Estar en la escena del crimen y ser la autora de los crímenes son dos cosas muy distintas, Liz —replicó Sawyer con un tono brusco. Liz pareció dolida por el reproche del agente. Sawyer le formuló una última pregunta en el momento en que salían del laboratorio—: ¿Ya tienes el resultado de las pruebas de residuos de pólvora?

—No sé si recuerdas que el laboratorio de armas de fuego ya no hace pruebas de residuos de pólvora, porque los resultados no aportaban nada importante. Sin embargo, como tú pediste las pruebas, nadie protestó. Si me das un minuto, Sawyer, les preguntaré. —Esta vez, Liz empleó un tono frío pero Sawyer no pareció darse cuenta mientras miraba el suelo con aire malhumorado.

Liz se acercó a su mesa y cogió el teléfono. Por su parte, Sawyer miró la limusina como si quisiera hacerla desaparecer. Jackson observó a su compañero, preocupado.

—El resultado es negativo —le informó Liz a Sawyer—. Ninguna de las víctimas disparó un arma o tuvo en la mano un arma disparada en las seis horas anteriores a la muerte.

—¿Estás segura? ¿No hay error posible? —preguntó Sawyer con el entrecejo fruncido.

El rostro de Liz mostró una expresión agria.

—Mi gente conoce su oficio, Lee. La prueba de residuos de pólvora es algo sencillo, aunque ya no lo hacemos porque un resultado positivo no siempre es acertado; hay demasiadas sustancias que en la práctica pueden dar un positivo falso. Sin embargo, la pistola tuvo que producir una cantidad de residuos bastante elevada, y el resultado fue negativo. Creo que podemos aceptarlo como bueno. Claro que podían llevar guantes.

—Ninguno de los muertos llevaba guantes —señaló Jackson.

—En efecto —asintió Liz, que miró a Sawyer, triunfante.

—¿Encontraron más huellas en la pistola? —preguntó Sawyer sin hacer caso del tono.

—Una huella parcial de un pulgar. Correspondía a Parker, el chófer.

—¿Nada más? —insistió Sawyer—. ¿Estás segura?

Liz permaneció en silencio. Su expresión era respuesta suficiente.

—Vale, así que la huella de Parker estaba borrosa. ¿Qué pasa con las de Archer? ¿Eran claras?

—Que yo recuerde, eran bastante claras. Aunque había algunas manchadas. Me refiero a la culata, el gatillo y el seguro. Las huellas en el cañón eran muy claras.

—¿En el cañón? —Sawyer lo dijo casi para sí mismo. Miró a Liz—. ¿Ya tenemos el informe de balística? Me interesan mucho las trayectorias.

—En estos momentos están haciendo las autopsias. No tardaremos en tener los resultados. Les pedí que me avisaran. Seguramente te llamarán a ti primero, pero si no lo hacen te llamaré en cuanto los reciba. Supongo que querrás cerciorarte de que no han cometido ningún error —añadió Liz con un tono de sarcasmo.

—Gracias, Liz. Me has ayudado mucho.

El tono sarcástico del agente no pasó inadvertido para Liz y Jack son. Ensimismado, con los hombros caídos, Sawyer se alejó lentamente.

Jackson se quedó un momento más con Liz. La técnica se volvió hacia el agente.

—¿Qué coño le pasa, Ray? Nunca me había tratado de esta manera.

Jackson permaneció en silencio hasta que por fin encogió los hombros.
—Pues la verdad, Liz, no sé qué contestarte —dijo, y siguió a su compañero.

Jackson entró en el coche y miró a su compañero. Sawyer estaba sentado en el asiento del conductor con las manos sobre el volante y la mirada perdida. Jackson miró la hora.

—Oye, Lee, ¿qué tal si vamos a comer? —Al ver que Sawyer no le respondía, añadió—: Invita la casa. No rechaces esta oferta. Podría no volver a repetirse en toda tu vida. —Jackson puso una mano sobre el hombro de su compañero y le dio un apretón amistoso.

Por fin, Sawyer le miró. Por un momento esbozó una sonrisa que desapareció casi en el acto.

—¿Con que pretendes que te lleve a comer? Crees que esta vez la he jodido, ¿no es así, Raymond?

—Solo me preocupo de que no estés delgado —replicó Jackson.

Sawyer soltó una carcajada y arrancó.

Jackson comía con apetito mientras Sawyer se limitaba a beber un trago de café de vez en cuando. El restaurante quedaba cerca de las oficinas centrales del FBI y la mayor parte de la concurrencia pertenecía a la institución. La pareja fue saludada por muchos colegas que comían un bocado antes de regresar a sus casas, o se preparaban para entrar de servicio.

—No estuvieron nada mal tus deducciones —comentó Jackson—, pero podrías haberte evitado la bronca a Liz. Ella solo hace su trabajo.

—Puedes no cabrearte tanto si tu hijo llega tarde a casa o te ensucia el coche. Pero si alguien en el FBI quiere que lo mimen, entonces más le vale que se busque otro empleo —replicó Sawyer con una mirada feroz.

—Ya sabes a qué me refiero. Liz es muy buena en su trabajo.

La expresión de Sawyer se suavizó un poco.

—Lo sé, Ray. Le enviaré un ramo de flores. ¿Vale?

—¿Cuál es nuestro próximo paso? —preguntó Jackson.

—No lo tengo muy claro. Ya he tenido otros casos que cambiaron en mitad de la investigación, pero ninguno como este.

—No crees que Sidney Archer matara a esos tipos, ¿verdad?

—Aparte del hecho de que las pruebas físicas indican que no pudo hacerlo, no, no creo que lo hiciera.

—Pero nos mintió, Lee. Está la cinta. Estaba ayudando a su marido. Eso es algo que no puedes pasar por alto.

Sawyer volvió a sentirse culpable. Nunca antes le había ocultado información a un compañero. Miró a Jackson y entonces decidió contarle lo que le había dicho Sidney. Cinco minutos más tarde, Ray le miraba boquiabierto.

—Estaba asustada —dijo Sawyer, ansioso—. No sabía qué hacer. Estoy seguro de que quería contárnoslo desde el principio. Maldita sea, si supiéramos dónde está.

Ahora mismo puede estar en peligro, Ray. —Sawyer descargó un puñetazo contra la palma de la mano—. Si acudiera a nosotros podríamos trabajar juntos. Resolveríamos el caso, lo sé.

Jackson se inclinó hacia delante con una expresión decidida.

—Escucha, Lee, hemos trabajado juntos en muchísimos casos, y siempre has mantenido las distancias. Veías las cosas tal cual eran.

—¿Y crees que en este caso es diferente? —preguntó Sawyer con voz firme.

—Sé que es diferente. Has estado a favor de esta dama desde el principio. Y desde luego la has tratado de una manera muy distinta a como tratarías a cualquier sospechoso en un caso como este. Ahora me sales con que te contó todo lo de la cinta y la conversación con el marido. Por si fuera poco, te lo callas. Coño, eso basta y sobra para que te expulsen del FBI.

—Si crees necesario dar parte, Ray, adelante. No te lo impediré.

—No soy quién para hundirte —gruñó Jackson—. Tú solito lo estás haciendo bastante bien.

—Este caso no es diferente.

—¡Y una mierda! —Jackson se inclinó todavía más sobre la mesa—. Lo sabes y eso es lo que te jode. Todas las pruebas señalan que Sidney Archer está implicada en unos crímenes muy graves, y sin embargo haces todo lo posible para buscarle una excusa. Lo hiciste con Frank Hardy, con Liz y ahora intentas hacerlo conmigo. No eres un político, Lee, eres un agente de la ley. Quizás ella no esté metida en todo, pero tampoco es un ángel. De eso no cabe la menor duda.

—¿No estás de acuerdo con mis conclusiones sobre el triple homicidio?

—Al contrario, creo que tienes razón. Pero si esperas que crea que Archer es una niña inocente atrapada en una pesadilla kafkiana, entonces estás hablando con el agente equivocado. Tendría que ser muy burro para creer que Sidney Archer, por muy bonita e inteligente que sea, se salvará de pasar una buena parte del resto de su vida en la cárcel.

—¿Así que eso es lo que crees? ¿Una tía bonita e inteligente que se cachondea de un agente veterano? —Jackson no respondió, pero la respuesta se reflejaba en su expresión—. ¿Un gilipollas viejo y divorciado que se la quiere tirar, Ray? Y no lo puedo hacer si es culpable. ¿Es eso lo que crees? —El tono de Sawyer comenzó a subir.

—¿Por qué no me lo dices tú, Lee?

—Quizá tendré que tirarte por aquella ventana ahora mismo.

—Inténtalo si quieres —replicó Jackson.

—Cabrón, hijo de puta —dijo Sawyer con voz temblorosa.

Jackson tendió una mano y lo cogió por el hombro.

—Quiero que te aclares —gritó Jackson—. Si quieres acostarte con ella, cojonudo. ¡Espera a que se resuelva el caso y se demuestre que no es culpable!

—¡Cómo te atreves! —gritó Sawyer a su vez mientras apartaba la mano de

Jackson. Se levantó de un salto y cerró uno de sus enormes puños. Ya estaba a punto de descargar el golpe cuando se dio cuenta de lo que hacía. Algunos de los clientes contemplaban la escena asombrados. Los dos agentes se miraron fijamente hasta que por fin Sawyer, con la respiración agitada y los labios temblorosos, bajó el puño y volvió a sentarse.

Ninguno de los dos pronunció palabra durante varios minutos. Fue Sawyer el primero en romper el silencio.

—Mierda —exclamó con una expresión de vergüenza—, estaba seguro de que llegaría el momento en que lamentaría haber dejado de fumar. —Cerró los ojos y cuando los volvió a abrir, miró de frente a Jackson.

—Lee, lo siento. Solo estaba preocupado... —Jackson se interrumpió bruscamente cuando Sawyer levantó la mano.

—Como ya sabes, Ray, llevo media vida en el FBI —comentó con voz suave y pausada—. Cuando comencé, era fácil distinguir entre buenos y malos. Por aquel entonces, los chicos no iban por ahí matando gente como si nada. Y tampoco había imperios de la droga moviendo miles de millones de dólares. Tienen revólveres, nosotros también. Pero muy pronto comenzarán a usar lanzamisiles como lo más normal.

»Mientras estoy en el supermercado intentando decidir qué compraré para la cena y buscar las cervezas en oferta, matan a unos veinte tipos únicamente porque alguien giró en la esquina equivocada, o una pandilla de chicos sin empleo se enfrenta en una batalla por quién vende drogas en una calle, con más armas que un batallón. Nosotros intentamos contenerlos pero nunca lo conseguimos del todo.

—Venga, Lee, siempre habrá una línea clara mientras haya delincuentes.

—La línea esa es como la capa de ozono, Ray. Cada día tiene más agujeros. Llevo años recorriendo esa línea. ¿Qué he conseguido? Estoy divorciado. Mis hijos creen que soy un pésimo padre porque persigo a terroristas, o a un psicópata que junta trofeos humanos, en lugar de ayudarles a soplar las velitas de la tarta de cumpleaños. ¿Sabes una cosa? Tienen razón. Soy un fracaso como padre. Sobre todo para Meggie. Trabajaba todo el día, nunca estaba en casa, y si aparecía por allí, estaba durmiendo o tan preocupado con algún caso que nunca escuchaba ni la mitad de lo que me decían. Ahora vivo solo en un desvencijado apartamento y ni siquiera veo la mayor parte del sueldo. Me duele el estómago como si hubiera comido clavos, y aunque estoy seguro de que solo son imaginaciones mías, es verdad que todavía tengo varias balas metidas en el cuerpo. Para colmo, cada día me cuesta más dormir si no me tomo media docena de cervezas.

—Coño, Lee, eres una fiera en el trabajo. Todo el mundo te respeta. Te metes en una investigación y ves cosas que yo ni siquiera adivino. Resuelves los casos antes de que yo saque la libreta. En mi vida he conocido a nadie con tanto instinto.

—Me alegro, Ray, porque en realidad es lo único que me queda. Pero tampoco te subestimes. Te llevo veinte años de ventaja. ¿Sabes lo que es el instinto? Ver la

misma cosa una y otra vez hasta que le coges el tranquillo. Ahora mismo estás muy por delante de lo que yo estaba con media docena de años en el servicio.

—Gracias por el cumplido, Lee.

—Y no te equivoques respecto a este pequeño desahogo. No siento lástima de mí mismo y, desde luego, no estoy buscando que nadie se apiade de mí. Yo soy el único responsable de mis decisiones. Si mi vida es un asco, es culpa mía y de nadie más.

Sawyer se levantó y fue hasta la barra, donde habló unos momentos con una camarera delgaducha y avejentada. Un momento después volvió a la mesa con las manos formando un cuenco del que salía una fina columna de humo. Se sentó mientras le mostraba el cigarrillo a su compañero. «Por los buenos tiempos». Se echó hacia atrás en la silla y le dio una larga chupada al cigarrillo. Se rio casi para sus adentros mientras soltaba el humo.

—Me metí en este caso, Ray, convencido de que lo tenía resuelto desde el principio. Lieberman era el objetivo. Descubrimos cómo abatieron el avión. Teníamos muchos motivos, pero no tantos como para no poder investigarlos hasta dar con el hijo de puta responsable del atentado. Mierda, hasta encontramos al terrorista servido en bandeja aunque estuviera muerto. Las cosas no podían presentarse mejor. Entonces todo comienza a hundirse. Nos enteramos de que Jason Archer se las apaña para hacer un truco increíble y aparece vendiendo secretos en Seattle en lugar de estar en un agujero en Virginia. ¿Era ese el plan? Parecía lo más lógico.

»Pero resultó que el terrorista era un tipo que de alguna manera se coló por el sistema informático de la policía de Virginia. A mí me engañaron para que viajara a Nueva Orleans y algo ocurrió en la casa de Archer que todavía no he conseguido averiguar. Entonces, cuando menos lo esperaba, Lieberman aparece otra vez en la escena sobre todo porque el aparente suicidio de Steven Page ocurrido hace cinco años atrás no encaja en el rompecabezas excepto por el hecho de que a su hermano mayor, que quizá nos podría haber dicho muchas cosas, lo degollaron en un aparcamiento. Hablé con Charles Tiedman y quizá, solo quizá, Lieberman era víctima de un chantaje. Si es verdad, ¿cuál es la conexión con Jason Archer? Tenemos dos casos diferentes que se vinculan por una coincidencia: ¿Lieberman coge un avión, el mismo que va a derribar alguien a quien ha pagado Archer? ¿O se trata de un solo caso? Si lo es, ¿dónde cono está la conexión? Porque si la hay, el menda no sabe cuál es.

Sawyer meneó la cabeza frustrado y dio otra chupada al cigarrillo. Soltó el humo hacia el techo mugriento y apoyó los codos en la mesa.

—Encima, otros dos tipos que al parecer querían saquear Tritón Global acaban en el otro barrio. Y el común denominador en todo este follón es Sidney Archer. —Sawyer se rascó la mejilla—. Sidney Archer. Respeto a esa mujer, pero quizá no tengo las cosas muy claras. Quizá tenías toda la razón al echarme la bronca. Pero te contaré un pequeño secreto.

—¿Cuál es?

—Sidney Archer estaba en la limusina. Y el que mató a los tres tipos, la dejó marchar. Su pistola acabó en manos de la policía. —Sawyer empuñó un arma imaginaria y apuntó a varios lugares con el cigarrillo—. Huellas borrosas en las partes donde tendría que haberla sujetado si la hubiera disparado. Solo hay huellas nítidas en el cañón. ¿A ti qué te parece?

—Sabemos que empuñó el arma —respondió Jackson en el acto, pero después comprendió la verdad—. Si la disparó algún otro, y el tipo llevaba guantes, las huellas de Archer aparecerían borrosas excepto en el cañón.

—Eso es. Además deja la cinta. Probablemente la utilizaron para chantajearla. Eso no te lo discuto. Ella sabía que la tenían, lo lógico es suponer que se la hicieron escuchar. ¿Crees que ella se la dejaría? Es una prueba suficiente para que la condenaran a cadena perpetua. Escucha lo que te digo, ella o cualquiera hubiese desarmado la limusina para hacerse con la cinta. No, la dejaron ir por una única razón.

—Para que la acusaran de los asesinatos —señaló Jackson. Bebió un trago de café y dejó la taza en la mesa.

—Y quizá para que nuestra atención no se desviara hacia otra cosa.

—Por eso pediste que hicieran la prueba de los residuos de pólvora.

—Necesitaba estar seguro de que ninguno de los muertos era el tirador. Quizá se habían peleado. Por las heridas, cualquiera diría que murieron en el acto, pero ¿quién puede estar seguro? Bien podría ser que el asesino fuera uno de ellos y después se suicidara. Aterrorizado por lo que ha hecho, decide volarse la cabeza. Entonces Sidney, dominada por el pánico, coge la pistola y la tira por la alcantarilla. Pero eso no ocurrió. Ninguno de ellos disparó el arma.

Permanecieron callados durante un buen rato. Una vez más, Sawyer fue el primero en hablar.

—Te contaré otro secreto, Ray. Pienso resolver este caso aunque me cueste otros veinticinco años más de caminar por la línea. Y cuando llegue ese día, descubrirás algo muy interesante.

—¿Como qué?

—Que Sidney Archer no tiene ni puñetera idea de lo que está pasando. Ha perdido el marido, el trabajo y es probable que la acusen de triple asesinato y una infinidad de delitos más. En este momento está asustada y huye para salvar el pellejo, sin saber en quién creer o confiar. Sidney Archer es de hecho algo que, mirando las pruebas de una manera superficial, no podría ser.

—Según tú, ¿qué es?

—Inocente.

—¿Lo crees de verdad?

—No, lo sé. Ojalá supiera algo más.

—¿Qué quieres saber?

Sawyer aplastó la colilla en el cenicero al tiempo que exhalaba la última bocanada

de humo.

—Quién mató a los tres tipos. —Sawyer pensó mientras hablaba: «Sidney Archer quizá lo sepa. Pero ¿dónde coño está?».

Jackson apoyó una mano sobre el hombro de Sawyer cuando salían.

—Quiero que sepas una cosa, Lee. Mientras estés dispuesto a caminar por la línea, iré contigo.

Sidney observó con los prismáticos el tramo de calle frente a la casa de sus padres y después miró la hora. Oscurecía deprisa. Meneó la cabeza incrédula. ¿El reparto de FedEx podía haberse demorado por el mal tiempo? Las nevadas en la costa de Maine acostumbraban a ser muy fuertes, pero debido a la proximidad del mar, la nieve se convertía en aguanieve, haciendo la conducción muy peligrosa cuando se congelaba. ¿Y dónde estaban sus padres? El problema consistía en que no tenía manera de comunicarse con ellos mientras estuvieran de viaje. Sidney fue hasta el Land Rover, cogió el teléfono móvil y llamó a Federal Express. Le dio a la operadora los nombres y las direcciones del remitente y el destinatario. Escuchó el ruido de las teclas del ordenador y después se quedó boquiabierta al recibir la respuesta.

—¿Quiere decir que no tienen constancia del envío?

—No, señora. Según nuestros registros, no recibimos el paquete.

—Pero eso es imposible. Tienen que tenerlo. Sin duda, debe haber algún error. Por favor, compruébelo otra vez. —Sidney esperó impaciente mientras se repetía todo el proceso. La respuesta fue la misma.

—Señora, quizá tendría usted que llamar al remitente para comprobar si envió el paquete.

Sidney colgó, fue a buscar el número de Fisher en la agenda que estaba en el bolso, volvió al Land Rover y lo marcó. No creía que Fisher estuviera allí —sin duda había seguido al pie de la letra las advertencias de Sidney—, pero probablemente llamaría al contestador automático para enterarse de los mensajes. Le temblaban las manos. ¿Y si Jeff no había podido enviar el paquete? La visión del arma que le apuntaba en la limusina apareció en su mente. Brophy y Goldman. Las cabezas reventadas. La sangre, los sesos y las esquirlas de hueso encima de ella. Por un momento, llevada por la desesperación, apoyó la cabeza en el volante.

El teléfono sonó tres veces y entonces lo atendieron. Sidney se preparó para dejar un mensaje en el contestador cuando una voz dijo: «Hola».

Sidney comenzó a hablar pero se interrumpió al descubrir que la voz al otro lado de la línea correspondía a una persona real.

—¿Hola? —repitió la voz.

Sidney vaciló un momento y después decidió seguir adelante.

—Jeff Fisher, por favor.

—¿De parte de quién?

—Soy una amiga.

—¿Sabe usted dónde está? Necesito encontrarle con urgencia —dijo la voz.

A Sidney se le erizaron los pelos de la nuca.

—Por favor, ¿con quién hablo?

—Soy el sargento Rogers del departamento de Policía de Alexandria.

Sidney cortó la comunicación en el acto.

En el interior de la casa de Jeff Fisher se habían producido algunos cambios drásticos desde que Sidney Archer había estado allí. El más importante era que no quedaba ni una sola pieza del equipo informático ni los archivadores. En pleno día, los vecinos habían visto un camión de mudanzas. Uno de ellos incluso había hablado con los empleados. Creyó que todo estaba en orden. Fisher no había mencionado la intención de mudarse, pero los empleados se habían comportado con la normalidad más absoluta. Se habían tomado su tiempo para empaquetar las cosas, llevaban los órdenes para el traslado, hasta habían hecho una pausa para fumarse un cigarrillo. Solo después de que se fueran, los vecinos comenzaron a sospechar. El vecino de al lado entró en la casa para ver si todo estaba en orden y descubrió que aparte del equipo informático no se habían llevado nada más. Fue entonces cuando llama ron a la policía.

El sargento Rogers se rascó la cabeza. El problema estaba en que nadie sabía dónde encontrar a Jeff Fisher. Llamaron al trabajo, a los amigos y a la familia en Boston. Nadie le había visto en los últimos dos días. El sargento Rogers se llevó otra sorpresa durante la investigación. Fisher había estado detenido en la comisaría de Alexandria acusado de conducción temeraria. Había pagado la fianza y después de comunicarle la fecha del juicio, lo habían dejado en libertad. Aquella había sido la última vez que alguien había visto a Jeff Fisher. Rogers acabó de escribir su informe y se marchó.

Sidney subió las escaleras de dos en dos, entró en el dormitorio y cerró la puerta con llave. Recogió la escopeta que estaba sobre la cama, metió un cartucho en la recámara y se sentó en el suelo en el rincón más alejado, con la escopeta apuntando a la puerta. Lloraba a lágrima viva mientras movía la cabeza en un gesto de incredulidad. Nunca tendría que haber metido a Jeff en este asunto.

Sawyer estaba en su despacho del edificio Hoover cuando le llamó Frank Hardy. El agente le comentó los últimos acontecimientos y sobre todo su conclusión, después de examinar las pruebas del forense, de que Sidney Archer no había matado a Goldman y Brophy.

—¿Crees que pudo ser Jason Archer? —preguntó Hardy.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Tienes razón. Sería correr un riesgo demasiado grande.

—Además me niego a creer que fuera capaz de endosarle los asesinatos a su esposa. —Sawyer hizo una pausa mientras pensaba en la próxima pregunta—. ¿Sabes alguna cosa de RTG?

—Es lo que iba a contarte. El presidente, Alan Porcher, no está disponible para hacer comentarios. Todos se muestran muy sorprendidos. El relaciones públicas de la empresa ha distribuido una nota en la que niega rotundamente cualquier implicación.

—¿Qué hay de las negociaciones con CyberCom?

—En eso al menos tenemos buenas noticias. Los asesinatos y la presunta vinculación de RTG han hecho que CyberCom acepte encantada la oferta de Tritón

Global. Para última hora de esta tarde, han convocado una conferencia de prensa para anunciar el acuerdo. ¿Quieres asistir?

—Quizá. Nathan Gamble debe estar contentísimo.

—Y que lo digas. Dejaré en recepción un par de pases para visitantes por si tú y Jackson queréis venir. Será en las oficinas centrales.

—Creo que nos veremos allí, Frank —contestó Sawyer después de una pausa.

Sawyer y Jackson, con los pases de color amarillo sujetos a la solapa, entraron en la enorme sala que estaba a rebosar.

—Caray, esto debe ser importantísimo —exclamó Jackson mientras contemplaba la multitud de reporteros, industriales, inversores y gente del ramo.

—El dinero siempre lo es, Ray. —Sawyer cogió dos tazas de café del bufé instalado a un lado de la sala y le dio una a su compañero. Sawyer se irguió al máximo para mirar por encima de las cabezas de los presentes.

—¿Buscáis a alguien? —preguntó Hardy, que apareció en aquel momento.

—Sí, estamos buscando a algún pobre —replicó Jackson, sonriente—. Pero creo que nos hemos equivocado de sitio.

—En eso tienes razón, pero no me negarás que resulta excitante.

Jackson asintió y después señaló a la legión de reporteros.

—¿Que una compañía compre a otra es una noticia tan importante?

—Ray, es algo más que eso. En este momento, no se me ocurre ninguna otra empresa en Estados Unidos cuyo potencial supere al de CyberCom.

—Pero si CyberCom es tan especial, ¿para qué necesitan a Tritón?

—Con Tritón se unen a un líder mundial y cuentan con los miles de millones de dólares que necesitan para producir, comercializar y expandir su línea de productos. El resultado será que dentro de un par de años, Tritón dominará como lo hacían IBM y General Motors, incluso más. Calculan que el noventa por ciento de la información mundial pasará por los sistemas informáticos creados por el grupo empresarial que se funda ahora.

Sawyer bebió un trago de café mientras meneaba la cabeza.

—Maldita sea, Frank, eso no deja mucho espacio para los demás. ¿Qué pasará con ellos?

Hardy esbozó una sonrisa cuando escuchó la pregunta.

—Verás, esto es el capitalismo. La supervivencia de los más fuertes proviene de la ley de la selva. Seguro que habrás visto los documentales de *National Geographic*. Los animales que se devoran los unos a los otros, luchan por sobrevivir. No es un espectáculo agradable. —Hardy miró hacia el estrado donde se ultimaban los preparativos—. Está a punto de comenzar, chicos —añadió—. Tengo reservados asientos casi en la primera fila. Vamos.

Hardy los guio entre la muchedumbre hasta un sector acordonado que ocupaba las tres primeras filas junto al estrado. Sawyer miró a los ocupantes de un grupo de sillas ubicadas a la izquierda. Quentin Rowe estaba allí. Hoy iba un poco mejor vestido,

pero a pesar de tener centenares de millones en el banco, al parecer no tenía ni una sola corbata. Charlaba muy animado con tres personas vestidos con mucha discreción. Sawyer supuso que eran gente de CyberCom. Hardy pareció adivinarle el pensamiento y le dijo quiénes eran.

—De izquierda a derecha, el presidente ejecutivo, el director financiero y el director de operaciones de CyberCom.

—¿Y dónde está el gran jefe? —preguntó Sawyer.

Hardy señaló hacia el estrado. Nathan Gamble, vestido con mucha elegancia y una sonrisa de oreja a oreja, subió a la tarima por el lado derecho y se ubicó delante del podio. La multitud se apresuró a ocupar sus asientos y reinó un silencio expectante, como si Moisés acabara de llegar del monte Sinaí con las tablas de la ley. Gamble sacó las hojas de su discurso y comenzó a leerlo con mucho vigor. Sawyer solo escuchaba alguna frase suelta. Toda su atención estaba puesta en Quentin Rowe. El joven miraba a Gamble con cara de pocos amigos. El tema central del discurso de Gamble era el dinero, los enormes beneficios que se conseguirían con el dominio del mercado. Una estruendosa salva de aplausos rubricó las palabras de Gamble, y Sawyer reconoció que el hombre era un vendedor nato. Entonces Quentin Rowe ocupó su lugar ante el podio. Cuando Gamble pasó a su lado camino de su asiento, intercambiaron una sonrisa que no podía ser más falsa.

Rowe centró sus palabras en el incalculable potencial positivo que las dos compañías ofrecerían al mundo. Ni una sola vez tocó el tema del dinero. Sawyer lo consideró lógico, porque Gamble había agotado el tema. El agente miró a Gamble, que no prestaba la menor atención a las palabras de su socio. Estaba muy entretenido charlando con sus colegas de CyberCom. En un momento dado, Rowe advirtió el intercambio y, por un segundo, perdió el hilo del discurso. Sus palabras solo merecieron un cortés aplauso. Sawyer juzgó que para esta gente el dinero importaba más que el bienestar del mundo.

Después de escuchar las palabras de los ejecutivos de CyberCom, los nuevos socios posaron para el retrato de familia. Sawyer se fijó en que Gamble y Rowe no llegaron a mantener contacto físico en ningún momento. Mantenían a la gente de CyberCom entre ellos. Quizá por eso les entusiasmaba tanto la operación; ahora disponían de una zona neutral.

Los directivos bajaron del estrado para mezclarse con la muchedumbre y de inmediato se vieron asediados a preguntas. Gamble sonreía y saludaba haciendo gala de su mejor humor, seguido por la gente de CyberCom. Sawyer vio que Rowe se separaba del grupo para ir hasta el bufé, donde se sirvió una taza de té que se fue a tomar a un rincón más tranquilo.

Sawyer tiró de la manga de Jackson y los dos agentes fueron hacia donde estaba Rowe. Hardy los dejó para ir a escuchar a Gamble.

—Bonito discurso.

Rowe alzó la mirada y descubrió que tenía delante a Sawyer y Jackson.

—¿Cómo? Ah, muchas gracias.

—Mi compañero, Ray Jackson.

Rowe y Jackson se saludaron.

Sawyer miró al numeroso grupo que rodeaba a Gamble.

—Al parecer le gustan las candilejas.

Rowe bebió un sorbo y se secó los labios con mucha delicadeza.

—Su forma de enfocar los negocios y su limitado conocimiento de lo que hacemos encanta a los reporteros —comentó con desdén.

—Personalmente, me gustó lo que dijo sobre el futuro —manifestó Jackson, que se sentó junto a Rowe—. Mis hijos están muy metidos en la informática, y tiene toda la razón cuando dijo que ofrecer un mayor acceso a la educación, sobre todo a los pobres, significa mejores empleos, menos delincuencia y un mundo mejor. Comparto su opinión.

—Muchas gracias. Yo también lo creo. —Rowe miró a Sawyer y sonrió—. Aunque me parece que su compañero no opina lo mismo.

Sawyer, que había estado atento a la multitud, le miró con una expresión dolida.

—Eh, que yo estoy en favor de todo lo positivo. Solo pido que no me quiten el papel y el lápiz. —Sawyer señaló con la taza de café al grupo de CyberCom—. Se lleva bien con esa gente, ¿verdad?

—Así es —respondió Rowe, más animado—. No son tan progresistas como yo, pero están muy lejos de la postura de Gamble: el-dinero-es-lo-único-que-cuenta. Creo que aportarán a este lugar un equilibrio muy necesario. Aunque ahora tendremos que soportar a los abogados reclamando su libra de carne mientras preparan los documentos finales.

—¿Tylery Stone? —preguntó Sawyer.

—Efectivamente.

—¿Los mantendrá a su servicio después de que acaben las negociaciones?

—Eso tendrá que preguntárselo a Gamble. Es lo que le toca como presidente de la compañía. Ahora si me perdonan, caballeros, tengo que irme. —Rowe dejó la silla y se alejó deprisa.

—¿Qué mosca le ha picado? —le preguntó Jackson a Sawyer.

Sawyer se encogió de hombros.

—Más que mosca creo que es una avispa. Si fueras socio de Nathan Gamble lo entenderías mejor.

—¿Y ahora qué?

—Ve a buscar otra taza de café y alterna un poco, Ray. Intentaré hablar con Rowe un poco más. —Sawyer se perdió en la muchedumbre y Jackson se encaminó hacia el bufé.

Sawyer tardó más de la cuenta en abrirse paso entre los invitados, y cuando volvió a ver a Rowe, este dejaba la sala. El agente se disponía a seguirlo pero en ese instante alguien le tiró de la manga.

—¿Desde cuándo un burócrata del gobierno se interesa por lo que ocurre en las grandes finanzas? —le preguntó Gamble.

Sawyer miró una vez más hacia la puerta; Rowe ya había desaparecido. El agente se volvió hacia Gamble.

—No hay que desaprovechar ninguna ocasión cuando se trata de dinero. Bonito discurso. Me emocionó.

Gamble soltó una estruendosa carcajada.

—Y una mierda. ¿Quiere algo más fuerte? —Señaló el vaso de Sawyer.

—No, gracias, estoy de servicio. Además, es un poco temprano para mí.

—Esto es una fiesta, señor agente del FBI. Acabo de anunciar el mejor y más grande negocio de mi vida. Yo diría que es un buen motivo para emborracharse, ¿no le parece?

—Si le apetece... No es mi negocio.

—Nunca se sabe —replicó Gamble, provocador—. Vamos a caminar.

Gamble guio a Sawyer a través del estrado, y siguieron por un pasillo hasta una pequeña habitación. El empresario se sentó en un sillón y sacó un puro del bolsillo.

—Si no se quiere emborrachar, al menos fume conmigo.

Sawyer aceptó la invitación y los dos hombres encendieron los puros.

Gamble sacudió lentamente la cerilla como si fuera una banderita antes de aplastarla con la suela del zapato. Miró a Sawyer con atención entre las nubes de humo.

—Hardy me ha dicho que piensa trabajar con él.

—Si quiere saber la verdad, no es algo que me quite el sueño.

—Hay cosas mucho peores.

—Con toda franqueza, Gamble, no creo que me hayan ido mal las cosas.

—¡Mierda! —exclamó Gamble con una sonrisa—. ¿Cuánto gana al año?

—Eso no es asunto suyo.

—Tranquilo. Yo le diré cuánto gano. Venga, dígamelo.

Sawyer hizo girar el puro entre los dedos antes de darle una chupada. En sus ojos apareció una expresión risueña.

—De acuerdo, gano menos que usted. Eso le dará más o menos una idea.

Gamble se rio.

—¿Por qué le interesa saber cuál es mi sueldo?

—La cuestión es que no me interesa. Por lo que sé de usted y sabiendo lo que suele pagar el gobierno, estoy seguro de que no es bastante.

—¿Y? Incluso si ese fuera el caso, no es su problema.

—Mi trabajo no es tener problemas sino resolverlos. Para eso están los presidentes, Sawyer. Miran el cuadro general, o al menos se supone que lo hacen. Venga, ¿qué me dice?

—¿Qué quiere que le diga?

Gamble le dio una chupada al puro con una expresión de picardía.

De pronto, Sawyer se dio cuenta de adonde quería ir a parar Gamble.

—¿Me está ofreciendo un empleo?

—Hardy dice que usted es el mejor. Yo solo contrato a los mejores.

—¿Cuál es exactamente el cargo que quiere que ocupe?

—Jefe de seguridad, ¿cuál si no?

—Creía que Lucas tenía ese trabajo.

Gamble se encogió de hombros.

—Yo me ocuparé de él. Además, él forma parte de mi servicio personal. Por cierto, a él le cuadruplicué el sueldo del gobierno. Pienso ser todavía más generoso con usted.

—Por lo que veo, culpa a Lucas por lo que ocurrió con Archer.

—Alguien tiene que ser el responsable. ¿Qué me dice?

—¿Qué pasa con Hardy?

—Ya es mayorcito. ¿Quién dice que no puede pujar por sus servicios? Si acepta trabajar para mí, quizás a él no lo necesite mucho.

—Frank es un buen amigo mío. No pienso hacer nada que le perjudique. Yo no actúo de esa manera.

—No crea que por eso se va a hundir en la miseria. Ha ganado mucho dinero y casi todo mío. Pero bueno, usted sabrá lo que hace.

—Si quiere que le diga la verdad —dijo Sawyer mientras se levantaba—, no creo que usted y yo lleguemos a sobrevivir el uno al otro.

—Es probable que en eso tenga usted toda la razón —señaló Gamble.

Al salir del cuarto, Sawyer se encontró frente a frente con Richard Lucas, que estaba apostado junto a la puerta.

—Hola, Rich, desde luego, no paras ni un minuto.

—Es parte de mi trabajo —contestó Lucas con un tono brusco.

—Bueno, para mí es usted de los que van para santos. —Sawyer señaló con la cabeza hacia la habitación donde Gamble fumaba el puro y se alejó.

Sawyer acababa de llegar a su despacho cuando sonó el teléfono.

—¿Sí?

—Es Charles Tiedman, Lee.

—Pásame la llamada. —Sawyer apretó el botón que apagaba el piloto rojo del teléfono—. Hola, Charles.

—Lee, le llamo para responder a su pregunta —dijo el banquero con un tono seco pero cortés.

El agente buscó en su libreta hasta dar con la página donde tenía apuntados los puntos más importantes de su anterior conversación con Tiedman.

—Usted iba a averiguar las fechas en que Lieberman varió los tipos.

—No quería enviárselas por correo ni por fax. Aunque técnicamente es algo del dominio público no estaba muy seguro de quién podía verlas aparte de usted. No hay ninguna necesidad de remover las cosas sin motivo.

—Lo comprendo. —«Dios, estos tipos de la Reserva están obsesionados con el secreteo», pensó Sawyer—. Ya puede dictármelas.

El agente oyó el carraspeo de Tiedman.

—Los tipos se cambiaron en cinco ocasiones. El primer cambio se produjo el diecinueve de diciembre de 1990. Los demás ocurrieron el 28 de febrero del año siguiente, el veintiséis de septiembre de 1992, el quince de noviembre del mismo año y, el último, el dieciséis de abril de 1993.

Sawyer acabó de escribir las fechas antes de formular una pregunta.

—¿Cuál fue el efecto neto después de las cinco variaciones?

—El efecto neto fue subir medio punto el tipo de interés de los fondos de la Reserva. Sin embargo, la primera bajada fue de un punto y la última subida de cero setenta y cinco.

—Supongo que eso debe ser mucho de una vez.

—Si fuésemos militares discutiendo sistemas de armamento, un punto equivale a una bomba atómica.

—Tengo entendido que si alguien pudiera saber por anticipado las decisiones de la Reserva sobre los tipos, se haría archimillonario.

—En realidad —manifestó Tiedman—, saber por anticipado las acciones de la Reserva respecto a los tipos de interés es, a todos los efectos y propósitos, algo inútil.

«Madre de Dios». Sawyer cerró los ojos, se dio una palmada en la frente y echó la silla hacia atrás hasta que estuvo a punto de caerse. Quizá lo mejor fuera pegarse un tiro con su vieja pistola y acabar para siempre con este sufrimiento.

—Perdone la expresión, pero entonces ¿a qué coño viene tanto secreto?

—No me malinterprete. Las personas inescrupulosas pueden aprovecharse de mil maneras con el conocimiento de las deliberaciones de la Reserva. Sin embargo, tener una información previa de las acciones de la Reserva no es una de ellas. El mercado tiene una legión de expertos dedicados exclusivamente a estudiar la Reserva y que conocen tan bien su trabajo que siempre saben por anticipado si vamos a bajar o a subir los tipos y en qué porcentaje. El mercado siempre sabe lo que haremos. ¿Lo ha entendido bien?

—Muy bien. —Sawyer exhaló un suspiro. De pronto se irguió en la silla—. ¿Qué pasa si el mercado se equivoca?

El tono de Tiedman demostró que estaba muy complacido con la pregunta.

—Ah, ese es un asunto completamente distinto. Si el mercado se equivoca, entonces se pueden producir terribles cambios en el panorama financiero.

—Por lo tanto, si alguien sabe por anticipado que se producirá una variación por sorpresa, se embolsaría una bonita suma, ¿no es así?

—Yo diría que bastante más. Cualquiera con información anticipada sobre una variación de tipos por sorpresa podría ganar millones de millones segundos después de anunciarse la decisión de la Reserva. —La respuesta de Tiedman dejó a Sawyer sin habla. Se enjugó la frente y silbó por lo bajo—. Existen muchísimas maneras de

hacerlo, Lee, y donde más se gana es con los contratos en eurodólares que se negocian en el mercado monetario internacional de Chicago. La ventaja es de miles a uno. También está la bolsa. Cuando suben los tipos, la bolsa baja y al revés, así de sencillo. Se pueden ganar miles de millones si acierta, o perderlos si se equivoca. — Sawyer siguió sin decir palabra—. Lee, creo que todavía le queda una pregunta pendiente.

Sawyer sujetó el teléfono con la barbilla mientras se apresuraba a tomar unas notas.

—¿Solo una? Tengo un centenar.

—Creo que esa pregunta hará superfluas todas las demás.

Aunque Tiedman parecía jugar con él, Sawyer advirtió en el fondo un tono muy severo. Se obligó a pensar. Casi soltó un grito cuando se dio cuenta de cuál era la pregunta esperada.

—¿Las fechas que me dio, cuando variaron los tipos, fueron todas «sorpresas» para el mercado?

La respuesta del banquero se hizo esperar.

—Sí —contestó por fin, y Sawyer casi notó la tensión que llegaba desde el otro lado de la línea—. En realidad, fueron las peores sorpresas para los mercados financieros, porque no ocurrieron como resultado de las reuniones habituales de la Reserva, sino por las acciones unilaterales de Arthur como presidente de la Reserva.

—¿Podía subir los tipos por su cuenta?

—Sí, la junta puede otorgar ese poder al presidente. Se ha hecho a menudo a lo largo de los años. Arthur abogó mucho por conseguirlo. Lamento no habérselo dicho antes. No me pareció importante.

—Olvídelo —dijo el agente—. Y con esas variaciones de tipos, quizás alguien consiguió más millones que estrellas hay en el cielo.

—Sí —susurró Tiedman—. Sí. También está la realidad de que otros perdieron al menos la misma cantidad de dinero.

—¿Qué quiere decir?

—Verá, si usted tiene razón sobre que a Arthur lo chantajeaban para manipular los tipos, los pasos extremos que dio, variar los tipos hasta en un punto de una sola vez, eso me lleva a creer que se pretendía hacer daño a otros.

—¿Por qué?

—Porque si la meta solo era beneficiarse de un ajuste en los tipos, no hacía falta una variación tan grande para conseguirlo, siempre que la variación, arriba o abajo, fuera una sorpresa para los mercados. Sin embargo, si se quiere hundir las inversiones de otros que anticiparon un cambio en otra dirección, un ajuste de un punto en sentido inverso es catastrófico.

—Caray. ¿Hay alguna manera de averiguar quién se llevó los palos?

—Lee, con las complejidades de los movimientos de dinero en la actualidad, ninguno de los dos viviríamos lo suficiente para averiguarlo.

Tiedman hizo una pausa muy larga: Sawyer no sabía qué más preguntar. Cuando el banquero volvió a hablar, su voz sonó de pronto muy cansada.

—Hasta que hablé con usted, nunca consideré la posibilidad de que la relación de Arthur con Steven Page pudiera haber sido utilizada para hacer semejante cosa. Ahora me parece bastante obvio.

—Recuerde que no tenemos ninguna prueba de que hubiera sido víctima de un chantaje.

—Mucho me temo que nunca conseguiremos saber la verdad —señaló Tiedman—. Y menos con Steven Page muerto.

—¿Sabe si Lieberman se reunió con Page en su apartamento?

—No creo que lo hiciera. Arthur me comentó una vez que había alquilado una casita en Connecticut. Y me advirtió que nunca lo mencionara delante de su esposa.

—¿Cree que era donde Page y Lieberman se citaban?

—Tal vez.

—Le diré adónde quiero ir a parar con todo esto. Steven Page dejó una considerable fortuna cuando murió. Varios millones.

—No lo comprendo —afirmó el banquero, atónito—. Recuerdo que Arthur me comentó más de una vez que Steven siempre estaba corto de dinero.

—Sin embargo, no hay ninguna duda de que murió siendo un hombre muy rico. Me pregunto si Lieberman pudo haber sido la fuente de su riqueza.

—Es muy poco probable. Como le acabo de decir, Arthur creía que Steven distaba mucho de ser una persona adinerada. Además, me parece imposible que Arthur pudiera transferir grandes cantidades a Steven Page sin que se enterara su esposa.

—Entonces, ¿por qué correr el riesgo de alquilar una casa? ¿No podrían haberse citado en el apartamento de Page?

—Lo único que le puedo decir es que nunca me habló de que hubiera visitado el apartamento de Page.

—Bueno, quizá la casita fue idea de Page.

—¿Por qué lo dice?

—Si Lieberman no le dio a Page el dinero, algún otro lo hizo. ¿No cree que Lieberman hubiera sospechado algo si entraba en el apartamento de Page y encontraba un Picasso en la pared? ¿No hubiera querido saber de dónde provenía el dinero?

—Desde luego.

—En realidad, estoy seguro de que Page no chantajeó a Lieberman. Al menos, no directamente.

—¿Cómo puede estar seguro?

—Lieberman tenía una foto de Page en el apartamento. No creo que guardara la foto de un chantajista. Además, encontramos un montón de cartas. Eran cartas románticas, sin firma. Era obvio que Lieberman le tenía aprecio.

—¿Cree que Page las escribió?

—Hay una forma de saberlo. Usted era amigo de Page. ¿Tiene alguna muestra de su escritura?

—Todavía conservo varias cartas manuscritas que me escribió cuando trabajaba en Nueva York. Se las mandaré. —Tiedman hizo una pausa y Sawyer le oyó escribir una nota—. Lee, usted ha demostrado cómo Page no pudo robarle el dinero. Entonces, ¿dónde consiguió su fortuna?

—Piénselo. Si Page y Lieberman mantenían una relación, eso sería un excelente material para el chantaje, ¿no le parece?

—Desde luego.

—¿No podría ser que alguien, una tercera persona, alentara a Page para que mantuviera una relación con Lieberman?

—Pero si los presenté yo. Espero que no me esté acusando de ser el autor de esta horrible conspiración.

—Usted los presentó, pero eso no significa que Page y el que lo financiaba no ayudaran a que ocurriera. Se movían en los círculos apropiados, hacían campaña de los méritos de Page.

—Continúe.

—Page y Lieberman se gustan. La tercera persona quizá cree que Lieberman llegará algún día a presidir la Reserva Federal. Así que Page y su patrocinador se toman su tiempo. El patrocinador le paga a Page para que mantenga el romance, y mientras tanto, se preocupan de documentar al máximo toda la relación.

—De modo que Steven Page fue parte de un montaje. Nunca llegó a interesarse de verdad por Arthur. No me lo puedo creer. —El tono del banquero reflejó su profunda tristeza.

—Entonces Page descubre que es seropositivo y al parecer se suicida.

—¿Al parecer? ¿Tiene usted dudas sobre su muerte?

—Soy un poli, Charles, dudo hasta del Papa. Steven Page está muerto pero su cómplice sigue por allí. Lieberman se convierte en presidente de la Reserva, y abracadabra, comienza el chantaje.

—Pero ¿y la muerte de Arthur?

—Verá, su comentario sobre que parecía feliz aún teniendo cáncer me dio una pista.

—¿Cuál?

—Que estaba a punto de decirle al chantajista que se largara con viento fresco y que iba a denunciar todo el asunto.

—Suena bastante lógico —comentó Tiedman, nervioso.

—No le ha mencionado a nadie lo que hemos hablado, ¿verdad? —le preguntó Sawyer en voz baja.

—No, a nadie.

—Siga así, y no baje la guardia.

—¿Qué es lo que está insinuando? —De pronto la voz de Tiedman sonó un poco ahogada.

—Solo le estoy recomendando que tenga muchísimo cuidado y que no hable con nadie, con ninguno de los miembros de la junta, incluidos Walter Burns, su secretaria, sus ayudantes, su esposa y sus amigos, de este asunto.

—¿Me está diciendo que cree que estoy en peligro? Me resulta algo muy difícil de creer.

—Estoy seguro de que Arthur Lieberman pensaba lo mismo —replicó Sawyer con un tono grave.

Charles Tiedman cogió un lápiz de la mesa y lo apretó con tanta fuerza que lo partió en dos.

—Puede estar seguro de que seguiré su consejo al pie de la letra.

Muy asustado, Tiedman colgó el teléfono.

Sawyer se recostó en la silla y deseó poder fumarse otro cigarrillo mientras pensaba a toda máquina. Era obvio que alguien le había estado pagando a Steven Page. Pensó en un motivo: pescar a Lieberman. La pregunta que necesitaba responder ahora era: ¿quién? Y después estaba la más importante de todas: ¿quién había matado a Steven Page? Sawyer estaba convencido, a pesar de las pruebas en contra, de que Steven Page había sido asesinado. Cogió el teléfono.

—¿Ray? Soy Lee. Quiero que llames otra vez al médico particular de Lieberman.

Bill Patterson miró el reloj del tablero de instrumentos y se desperezó. Viajaban hacia el sur, y se encontraban unas dos horas al norte de Bell Harbor. Junto a él, su esposa dormía plácidamente. Había sido un viaje mucho más largo de lo esperado hasta el mercado. Sidney Archer estaba equivocada. No se habían detenido durante el viaje a Bell Harbor, y llegaron a la casa de la playa apenas poco antes de la tormenta. Tras dejar el equipaje en la habitación del fondo, salieron a buscar comida antes de que empeorara la tormenta. Ya no quedaba nada en el mercado de Bell Harbor, de modo que se vieron obligados a dirigirse hacia el norte, a la tienda de comestibles mucho más grande de Port Vista. En el trayecto de regreso, vieron cortado su camino por un camión tanque accidentado. La noche anterior la habían pasado muy incómodamente en un motel.

Patterson se volvió a mirar hacia el asiento de atrás; Amy también dormitaba, con su pequeña boca formando un círculo perfecto. Patterson observó la fuerte nevada que caía ahora e hizo una mueca. Afortunadamente, no se había enterado de las últimas noticias en las que se proclamaba que su hija era una fugitiva de la justicia. Ya estaba lo bastante preocupado tal como estaban las cosas. En su ansiedad, se mordió las uñas hasta que le sangraron y tenía acidez de estómago. Desearía estar protegiendo ahora a Sidney, como había hecho fielmente cuando ella no era más que una niña. Por aquel entonces, los fantasmas y los duendes habían sido sus principales preocupaciones. Tenía que suponer que los actuales eran mucho más peligrosos. Pero Amy, al menos, estaba con él. Que Dios se apiadara de la persona que tratara de causarle algún daño a su nieta. «Y que Dios esté contigo, Sidney».

Ray Jackson permaneció de pie, en silencio, junto a la puerta del atestado despacho de Sawyer. Tras su mesa de despacho, Lee Sawyer se hallaba inmerso en el estudio de un expediente. Delante de él, sobre el calentador, había una jarra de café llena, y al lado una comida a medio consumir. Jackson no podía recordar la última ocasión en que aquel hombre había fallado en su trabajo. No obstante, Sawyer había estado recibiendo crecientes presiones, internamente, desde el director del FBI hacia abajo, de la prensa y desde la Casa Blanca hasta Capítol Hill. Demonios, si a todos les parecía tan condenadamente fácil, ¿por qué no se echaban a la calle y trataban de resolver el caso?

—Hola, Lee.

Sawyer se sobresaltó.

—Hola, Ray. Hay una jarra de café recién hecho en el calentador. Sírvete tú mismo.

Jackson se sirvió una taza y se sentó.

—Se dice por ahí que estás soportando presiones desde arriba por este caso.

—Eso va incluido en el sueldo —replicó Sawyer con un encogimiento de hombros.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Jackson, acomodado en una silla, junto a él.

—¿De qué hay que hablar? Muy bien, todo el mundo quiere saber quién está detrás del avión que se estrelló. Yo también. Y también quiero saber un montón de cosas más. Deseo saber, por ejemplo, quién utilizó a Joe Riker como blanco, quién mató a Steve y a Ed Page. Quiero saber quién hizo saltar por los aires a esos tres tipos de la limusina. Quiero saber dónde está Jason Archer.

—¿Y Sidney Archer?

—Sí, y también Sidney Archer. Y no voy a descubrir nada si me dedico a escuchar a toda la gente que se presenta con un montón de preguntas y ninguna respuesta. Y hablando de eso, ¿tienes alguna para mí? Me refiero a las respuestas.

Jackson se levantó y cerró la puerta del despacho de Sawyer.

—Según su médico, Arthur Lieberman no tenía el virus del sida.

—Eso es imposible —explotó Sawyer—. Ese tipo miente.

—No lo creo así, Lee.

—¿Por qué demonios no lo crees?

—Porque me mostró el expediente médico de Lieberman. —Sawyer se reclinó en la silla, atónito, y Jackson continuó—: Cuando pregunté al tipo, pensé que todo iba a ser tal y como tú y yo hablamos, que su expresión nos lo diría todo, porque estaba convencido de que ese hombre no iba a enseñarme el expediente mientras no le presentara una orden judicial. Pero lo hizo, Lee. No es nada malo que su médico demuestre que Lieberman no tenía el virus. Lieberman era una especie de fanático de la salud. Se hacía exámenes médicos anuales, tomaba toda clase de medidas preventivas y se sometía a numerosos análisis. Como parte de los exámenes físicos, a Lieberman se le practicaron análisis rutinarios para detectar la presencia del sida. El médico me mostró los resultados desde 1990 hasta el pasado año. Todos ellos eran negativos, Lee. Yo mismo lo pude comprobar.

Sidney cerró por un momento los ojos inyectados en sangre, se tumbó en la cama de sus padres y respiró profundamente. Con gran esfuerzo, tomó una decisión. Sacó la tarjeta del bolso y la miró fijamente durante un rato. Experimentaba la abrumadora necesidad de hablar con alguien. Y, por una serie de razones, decidió que tenía que ser con él. Se dirigió hacia donde estaba el Land Rover y marcó cuidadosamente el número.

Sawyer acababa de abrir la puerta de su apartamento cuando oyó sonar el teléfono. Lo tomó, al mismo tiempo que se quitaba el abrigo.

—¿Dígame?

La línea permaneció en silencio durante un momento, y Sawyer ya se disponía a colgar cuando escuchó una voz procedente del otro extremo. Sawyer sujetó el teléfono con las dos manos y dejó que el abrigo le cayera al suelo. Permaneció de pie, rígidamente, en medio del salón.

—¿Sidney?

—Hola —dijo la voz, tenue, pero firme.

—¿Dónde está? —preguntó Sawyer casi de forma automática, aunque en seguida lo lamentó.

—Lo siento, Lee, esto no es una lección de geografía.

—Está bien, está bien. —Sawyer se sentó en su gastado sillón reclinable—. No necesito saber dónde está. Pero ¿se encuentra a salvo?

Sidney casi se echó a reír.

—Supongo que razonablemente a salvo, pero no es más que una suposición. Estoy armada, si es que eso puede suponer una diferencia. —Hizo una breve pausa, antes de añadir—: Vi las noticias en la televisión.

—Sé que usted no les mató, Sidney.

—¿Cómo...?

—Solo confíe en mí sobre eso.

Sidney emitió un profundo suspiro cuando el recuerdo de aquella noche horrorosa acudió de nuevo a su mente.

—Siento mucho no habérselo dicho cuando llamé la otra vez. Yo... no podía hacerlo.

—Cuénteme lo que ocurrió esa noche, Sidney.

Sidney guardó silencio, debatiendo consigo misma si debía colgar o no. Sawyer percibió sus dudas.

—Sidney, no estoy en el edificio Hoover. No puedo seguir la pista de la llamada para encontrarla. Y, además, resulta que estoy de su parte. Puede hablar conmigo durante todo el tiempo que quiera.

—Está bien. Es usted el único en quien confío. ¿Qué quiere saber?

—Todo. Solo tiene que empezar desde el principio.

Sidney tardó unos cinco minutos en volver a contar los acontecimientos ocurridos aquella noche.

—¿No vio usted al que disparó?

—Llevaba un pasamontañas que le cubría la cara. Creo que fue el mismo tipo que trató de matarme más tarde. Confío al menos que no haya dos tipos por ahí con unos ojos así.

—¿En Nueva York?

—¿Qué?

—El guardia de seguridad, Sidney. Fue asesinado.

—Sí. En Nueva York —asintió Sidney frotándose la frente.

—Pero, en definitiva ¿se trataba de un hombre?

—Sí, a juzgar por su constitución y por lo que pude ver de sus características faciales a través del pasamontañas. Además, dejó al descubierto la parte inferior del cuello. Pude ver algunos pelos de la barba.

Sawyer quedó impresionado por su capacidad de observación, y así se lo dijo.

—Una tiende a recordar hasta los detalles más pequeños cuando cree estar a

punto de morir.

—Sé a qué se refiere. Yo mismo me he encontrado en esa situación. Mire, encontramos la cinta, Sidney. ¿Su viaje a Nueva Orleans?

Sidney miró a su alrededor, en el interior en penumbras del Land Rover y del garaje.

—De modo que todo el mundo sabe...

—No se preocupe por eso. En la cinta, su esposo parecía estar alterado y nervioso. Contestaba a algunas de sus preguntas, pero no a todas.

—Sí, estaba muy angustiado. Sentía pánico.

—¿Cómo fueron las cosas cuando habló por teléfono con él en Nueva Orleans? ¿Qué impresión le causó entonces? ¿Era diferente o el mismo?

Sidney entrecerró los ojos y reflexionó.

—Diferente —contestó finalmente.

—¿Cómo? Explíquemelo con la mayor exactitud que pueda.

—Bueno, no me pareció nervioso. En realidad, habló con un tono de voz casi monótono. Me dijo que no podía decir nada, que la policía estaba alerta. Se limitó a darme instrucciones y luego colgó. Fue un monólogo más que una conversación. Yo no dije nada.

Sawyer suspiró.

—Quentin Rowe está convencido de que usted estaba en el despacho de Jason, en Tritón, después de que se estrellara el avión. ¿Es así? —Sidney guardó silencio—. Sidney, en realidad me importa un bledo que estuviera allí o no. Pero si estaba solo deseo hacerle una pregunta sobre algo que pudo haber hecho mientras se encontraba allí. —Sidney continuaba silenciosa—. ¿Sidney? Mire, es usted la que me ha llamado. Hace un momento dijo que confiaba en mí, aunque comprendo que en estas circunstancias no quiera confiar en nadie. No se lo recomendaría, pero puede colgar ahora mismo el teléfono y tratar de continuar sola.

—Estaba allí —dijo ella con voz serena.

—Está bien. Rowe mencionó la existencia de un micrófono en el ordenador de Jason.

—Lo golpeé accidentalmente —dijo Sidney con un suspiro—. Se dobló. No pude volver a ponerlo bien.

Sawyer se reclinó en el asiento.

—¿Utilizó Jason el dispositivo microfónico del ordenador? ¿Tenía, por ejemplo, uno en casa?

—No. Podía teclear mucho más rápidamente de lo que era capaz de hablar. ¿Por qué?

—Entonces, ¿por qué tenía un micrófono en su ordenador de trabajo?

Sidney pensó en ello por un momento.

—No lo sé. Creo que era algo bastante reciente. Debía de tenerlo solo desde hacía unos pocos meses, quizá algo más. Los he visto en otras oficinas de Tritón, si es que

eso le ayuda en algo. ¿Por qué?

—Ya llegaré a eso, Sidney, solo tenga un poco de paciencia con alguien viejo y cansado. —Sawyer se tironeó del labio superior—. Cuando habló con Jason, las dos veces en que lo hizo, ¿estuvo segura de que se trataba de él?

—Pues claro que era él. Conozco la voz de mi esposo.

El tono de voz de Sawyer fue pausado y firme, como si tratara de grabar en Sidney aquellas palabras.

—No le he preguntado si estaba segura de que era la voz de su esposo. —Hizo una breve pausa, respiró un momento y continuó—: Le he preguntado si estaba segura de que se trataba de su esposo en las dos ocasiones.

Sidney se quedó petrificada. Cuando finalmente encontró su propia voz, esta surgió como un susurro furioso.

—¿Qué está sugiriendo?

—Escuché su primera conversación con Jason. Tiene razón, parecía sentir pánico y respiraba pesadamente. Mantuvieron ustedes una verdadera conversación. Pero ahora me dice que la segunda vez él parecía diferente, y que no mantuvieron una verdadera conversación. Él se limitó a hablar, y usted a escuchar. No detectó ningún pánico. Muy bien, conocemos ahora la existencia de ese micrófono en el despacho de Jason, algo que él no utilizaba nunca. Si nunca lo usaba, ¿por qué lo tenía?

—Yo... ¿qué otra razón podría haber?

—Un micrófono, Sidney, se utiliza para grabar cosas. Sonidos..., voces.

Sidney apretó el teléfono celular con tal fuerza que la mano se le enrojeció.

—¿Quiere decir...?

—Lo que quiero decir es que estoy convencido de que en ambas ocasiones escuchó la voz de su esposo por el teléfono, de acuerdo. Pero creo que lo que escuché la segunda vez fue una compilación de palabras de su esposo, extraídas de las grabaciones tomadas con el micrófono, pues estoy bastante seguro de que ese era su propósito. Había una grabadora.

—Eso no es posible. ¿Por qué?

—Todavía no sé por qué. Pero, en todo caso, parece bastante claro. Eso explica por qué su segunda conversación con él fue tan diferente. Supongo que el vocabulario que empleó la segunda vez fue bastante ordinario, ¿verdad? —Sidney no le contestó—. ¿Sidney?

Sawyer oyó un sollozo desde el otro lado de la línea.

—Entonces..., ¿cree usted..., está convencido de que Jason... ha muerto?

Sidney hizo esfuerzos por contener las lágrimas. Ya había pasado por una ocasión en la que creyó que su esposo había muerto, solo para descubrir repentinamente que estaba vivo. O eso fue lo que creyó. Las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas, mientras contemplaba la idea de lamentar de nuevo la pérdida de su esposo.

—No tengo forma de saber eso, Sidney. El estar convencido de que se utilizó la voz grabada de Jason, porque no fue la voz real, me induce a pensar que él no estaba

presente para decir por sí mismo lo que tuviera que decir. Pero no lo sé. Dejémoslo así por el momento.

Sidney colgó el teléfono y se llevó las manos a la cabeza. Ahora le temblaban las extremidades, como olmos jóvenes bajo una ventisca.

Alarmado, Sawyer habló con tono preocupado por el teléfono.

—¿Sidney? ¿Sidney? No cuelgue, por favor. ¿Sidney?

La comunicación se había interrumpido, y Sawyer colgó con un golpe.

—¡Maldita sea! ¡Hijo de puta!

Transcurrió un minuto. Sawyer fue de un lado a otro, por el pequeño salón. Cada vez más enfurecido, terminó por lanzar un puñetazo contra la pared, con tal fuerza que abrió un boquete en ella. Saltó hacia el teléfono cuando este volvió a sonar.

—¿Dígame? —preguntó con voz temblorosa por la expectativa.

—Está bien, no hablemos más sobre si Jason se encuentra... vivo, ¿de acuerdo? —dijo la voz de Sidney, desprovista de toda emoción.

—De acuerdo —asintió Sawyer, serenando la voz.

Se sentó e hizo una pausa, tratando de decidir qué línea de interrogatorio debía seguir.

—Lee, ¿por qué querría alguien grabar la voz de Jason en Tritón y luego utilizarla para comunicarse conmigo?

—Sidney, si supiera la respuesta a eso estaría dando saltos mortales de alegría por el pasillo. Dijo que recientemente se habían instalado micrófonos en una serie de despachos. Eso significa que cualquiera de la empresa habría podido conectar su micrófono con una grabadora. O quizá uno de los competidores de Tritón podría haberlo hecho de algún modo. Quiero decir, si sabía usted que él no utilizaba el micrófono, otras personas también lo sabrían. Lo que sí sé es que ya no está en su despacho. Quizá tenga algo que ver con los secretos que supuestamente vendió a RTG.

Sawyer se frotó el cráneo mientras elegía las preguntas adicionales que deseaba plantearle. Ella se le adelantó.

—Solo que pensar que Jason vendía secretos a RTG no parece tener ahora ningún sentido.

—¿Por qué no? —preguntó Sawyer, extrañado, levantándose.

—Porque Paul Brophy trabajaba también en el acuerdo con la CyberCom. Estuvo presente en todas las sesiones estratégicas. Llegó incluso a hacer un intento por asumir el papel dirigente en la transacción. Ahora sé que Brophy trabajaba con Goldman y RTG para conocer la postura negociadora final de Tritón y darles así esa ventaja. No sabría mucho más que Jason sobre la postura de regateo de Tritón. Las condiciones exactas del trato se mantenían físicamente en Tylery Stone, no en Tritón.

—¿Quiere decir...? —empezó a preguntar Sawyer con los ojos muy abiertos.

—Solo estoy diciendo que, puesto que Brophy trabajaba para RTG, no habrían necesitado para nada a Jason.

Sawyer volvió a sentarse y lanzó un juramento por lo bajo. En ningún momento se le había ocurrido establecer esa conexión.

—Sidney, los dos vimos un vídeo de su esposo transmitiendo información a un grupo de hombres en un almacén de Seattle, el mismo día en que se estrelló el avión. Si no les pasaba información sobre el acuerdo con CyberCom, ¿qué demonios estaba haciendo?

Sidney se estremeció, llena de frustración.

—¡No lo sé! Lo único que sé es que cuando Brophy fue apartado de las sesiones finales del acuerdo, trataron de chantajearme por ello. Yo fingí estar de acuerdo. Mi verdadero plan consistía en acudir a las autoridades. Pero entonces subimos a aquella limusina. —Sidney se estremeció—. El resto ya lo sabe usted.

Sawyer se metió una mano en el bolsillo y extrajo un cigarrillo. Se sujetó el teléfono bajo la barbilla mientras lo encendía.

—¿Ha descubierto alguna otra cosa?

—Hablé con Kay Vincent, la secretaria de Jason. Me dijo que el otro gran proyecto en el que Jason trabajaba, aparte del de CyberCom, era en una integración de los archivos de seguridad de Tritón.

—¿Archivos de seguridad grabados? ¿Es eso importante? —preguntó Sawyer.

—No lo sé, pero Kay me dijo que Tritón había entregado datos financieros a CyberCom. El mismo día en que se estrelló el avión —dijo Sidney, que parecía exasperada.

—¿Qué tiene eso de insólito? Al fin y al cabo, estaban cerrando un acuerdo.

—Ese mismo día, Nathan Gamble me pegó una bronca fenomenal en Nueva York porque no quería entregar esos datos a la CyberCom.

Sawyer se frotó la frente.

—Eso no tiene ningún sentido. ¿Cree usted que Gamble sabía que los datos se entregaron?

—No lo sé. Bueno, en realidad no puedo estar segura de eso. —Sidney hizo una pausa. El frío húmedo empezaba a resultarle doloroso—. De hecho, pensé que el acuerdo con la CyberCom podía saltar por los aires debido a la negativa de Gamble.

—Bueno, puedo asegurarle que eso no sucedió así. Hoy mismo asistí a la conferencia de prensa en la que se anunció el acuerdo. Gamble sonreía como un gato de Cheshire.

—Una vez cerrado el acuerdo con CyberCom, comprendo que se sintiera muy feliz.

—No puedo decir lo mismo por lo que se refiere a Quentin Rowe.

—Forman realmente una extraña pareja.

—Tiene razón. Como Al Capone y Ghandi. —Sidney respiró profundamente sobre la boquilla del receptor, pero no dijo nada—. Sidney, sé que esto no le va a gustar, pero se lo voy a decir de todos modos. Estaría usted mucho mejor si viniera. Podemos protegerla.

—Quiere decir que me meterían en la cárcel, ¿no es eso? —preguntó con un tono de voz amargo.

—Sidney, yo sé que no mató usted a nadie.

—¿Puede demostrarlo?

—Creo que puedo.

—¿Lo cree? Lo siento, Lee. Aprecio realmente ese voto de confianza, pero me temo que no es lo bastante bueno para mí. Sé muy bien cómo se han ido acumulando las pruebas, y cuál es la percepción que tiene el público de las cosas. Arrojarían la llave por la alcantarilla.

—Podría usted correr verdadero peligro ahí fuera. —Sawyer pasó lentamente los dedos por el escudo del FBI sujeto a su cinturón—. Mire, dígame dónde está y acudiré a recogerla. No iré a nadie más. Ni mi compañero, ni nadie. Solo yo. Para llegar hasta usted, tendrían que hacerlo pasando a través de mí. Mientras tanto, podríamos tratar de pensar juntos sobre todo esto.

—Lee, es usted un agente del FBI. Hay una orden de búsqueda y captura contra mí. Su deber oficial es detenerme y ponerme a buen recaudo en cuanto me vea. Además, ya me ha encubierto en una ocasión.

Sawyer tragó saliva con dificultad. En su mente, un par de cautivadores ojos color esmeralda empezaron a difuminarse para convertirse en la luz de un tren que se abalanzaba directamente sobre él.

—Digamos entonces que eso forma parte de mi deber no oficial.

—Y si se descubre, su carrera habrá terminado. Además, podrían enviarlo también a la cárcel.

—Ya soy un chico mayor, así que estoy dispuesto a correr ese riesgo. Le doy mi palabra de que solo acudiría yo. —Su tono de voz tembló con un entusiasmo contenido. Sidney no pudo decir nada—. Sidney, estoy totalmente de su parte. Yo..., solo quiero que esté bien, ¿de acuerdo?

—Le creo, Lee —dijo Sidney con la voz entrecortada—. Y no puede imaginarse lo mucho que eso significa para mí. Pero tampoco voy a permitir que destruya su vida. Tampoco quiero tener eso sobre mi conciencia.

—Sidney...

—Tengo que marcharme ahora, Lee.

—¡Espere! No lo haga.

—Intentaré ponerme en contacto de nuevo.

—¿Cuándo?

Sidney miró directamente a través del parabrisas, con el rostro repentinamente rígido y los ojos muy abiertos.

—No... estoy segura —dijo vagamente.

Luego, cortó la comunicación.

Sawyer colgó el teléfono y rebuscó en el bolsillo del pantalón el paquete de Marlboro. Encendió otro cigarrillo. Utilizó la mano ahuecada a modo de cenicero

mientras iba de un lado a otro del salón. Se detuvo, midió con los dedos el agujero del tamaño de un puño que había hecho en la pared y pensó seriamente en hacer otro igual. En lugar de eso, se dirigió hacia la ventana y miró, completamente desesperado, hacia la gélida noche de diciembre.

En cuanto Sidney regresó a la casa, el hombre surgió de entre las oscuras sombras del garaje. El aliento se le congeló en el gélido ambiente. Abrió la puerta del Land Rover. Al encenderse las luces interiores del vehículo, los mortales ojos azules relucieron como joyas horriblemente talladas bajo la débil luz. Las manos enguantadas de Kenneth Scales registraron el coche, pero no encontraron nada de interés. Tomó entonces el teléfono celular y marcó el botón de rellamada. El teléfono sonó una sola vez antes de que la voz animada de Lee Sawyer le llegara desde el otro lado. Scales sonrió y escuchó el tono urgente del agente del FBI, que evidentemente creía que Sidney Archer volvía a llamarlo. Luego, Scales desconectó la llamada, cerró el coche sin hacer ruido y subió la escalera que conducía a la casa. De una vaina de cuero que llevaba colgada del cinturón, extrajo la finísima hoja de estilete que había utilizado para matar a Edward Page. Se habría podido ocupar de Sidney Archer cuando ella bajó del Land Rover, pero no sabía si estaría armada. Ya la había visto matar con un revólver. Además, su método para matar se basaba en la más completa sorpresa de sus víctimas.

Recorrió el primer piso, buscando la chaqueta de cuero que llevaba Sidney, pero no la encontró. Había dejado el bolso sobre el mostrador, pero lo que él buscaba no estaba allí dentro. Empezó a subir la escalera que conducía al segundo piso. Se detuvo y ladeó la cabeza. Por encima del rugido del viento, el sonido que llegó hasta sus oídos, procedente del segundo piso, le hizo sonreír de nuevo. Era el sonido del agua llenando la bañera. En esta fría y cruda noche invernal, en la rústica Maine, la única ocupante de la casa se preparaba para tomar un agradable baño relajante y tranquilizador. Avanzó en silencio escalera arriba. La puerta del dormitorio, en lo alto del rellano, estaba cerrada, pero pudo escuchar con claridad el sonido del agua en el cuarto de baño adjunto. Entonces, el sonido se apagó. Esperó unos segundos más y se imaginó a Sidney Archer metiéndose en la bañera, permitiendo que el agua caliente reconfortara su agotado cuerpo. Avanzó unos pasos hacia la puerta del dormitorio. Scales conseguiría primero la contraseña y luego se ocuparía durante un rato de la dueña de la casa. Si no conseguía encontrar lo que andaba buscando, le prometería que la dejaría con vida a cambio de su secreto, y después la mataría. Se preguntó por un momento qué aspecto tendría desnuda aquella atractiva abogada. Por lo que había podido ver, llegó a la conclusión de que sería muy bueno. Y ahora ya no tenía ninguna prisa. Había sido un viaje muy largo y agotador desde la costa Este hasta Maine. Se merecía un poco de relajación, pensó, mientras se regodeaba con lo que estaba a punto de su ceder.

Scales se situó al lado de la puerta, de espaldas contra la pared, con el cuchillo preparado, y colocó una mano sobre el pomo, haciéndolo girar sin efectuar el menor

ruido.

No fue tan silencioso el atronador disparo que desintegró la puerta e incrustó varios trozos de la bala explosiva de la Magnum en su antebrazo izquierdo. Lanzó un grito y se arrojó escalera abajo, rodando atléticamente sobre sí mismo, para caer virtualmente de pie, mientras se sujetaba el brazo ensangrentado. Miró rápidamente hacia arriba, en el momento en que Sidney Archer, completamente vestida, salía precipitadamente del dormitorio. Apretó de nuevo el gatillo y él apenas si tuvo tiempo de lanzarse a un lado, apartándose, antes de que otro disparo alcanzara el lugar donde se encontraba un instante antes. La casa estaba casi totalmente a oscuras, pero si volvía a moverse, ella podría localizar su posición. Se acurrucó detrás del sofá. Lo delicado de su situación era evidente. En algún momento, Sidney Archer se arriesgaría a encender una luz y la capacidad mortífera de la escopeta devastaría rápidamente todo lo que se encontrara en la habitación, incluido él mismo.

Sin dejar de respirar con serenidad, sujetó el cuchillo con la mano buena, miró a su alrededor y esperó. El brazo le producía terribles pinchazos; Scales estaba mucho más acostumbrado a causar daño que a recibirlo. Oyó los pasos de Sidney, que bajaban con precaución la escalera. Estaba seguro de que la escopeta oscilaba de un lado a otro para cubrir la zona. Desde la oscuridad que lo envolvía, asomó con mucha precaución la cabeza por encima del respaldo del sofá. Su mirada se fijó instantáneamente en ella. Se encontraba a mitad de la escalera. Estaba tan concentrada en localizarlo, que no vio un trozo de la puerta del dormitorio que había caído sobre uno de los escalones. Al depositar el peso de su cuerpo sobre él, el trozo se deslizó y los dos pies se levantaron en el aire. Lanzó un grito y cayó rodando por la escalera, mientras la escopeta se estrellaba contra la barandilla. Saltó de su escondite en un instante. Cuando los dos rodaron sobre el suelo de madera dura, golpeó la cabeza de Sidney. Ella pateó furiosamente contra su pecho y las costillas, con sus pesadas botas. Luego, se retorció salvajemente, apartándose en el instante en que él golpeaba con el cuchillo. El cuchillazo falló por poco y le desgarró el interior de la chaqueta, en lugar de su carne. Un objeto blanco, que había estado en el bolsillo de Sidney, se desprendió a causa del impacto y cayó al suelo.

Sidney consiguió apoderarse de la escopeta y lanzó un golpe horrible contra la cara de Scales, con la culata de la sólida Winchester, rompiéndole la nariz y varios dientes frontales. Atónito, Scales dejó caer el cuchillo y retrocedió por un momento. Luego, furioso, agarró la escopeta y se la arrebató de una fuerte sacudida, volviéndola de inmediato contra una aturdida Sidney Archer. Llena de pánico, ella se arrojó a varios pasos de distancia, pero seguía encontrándose a tiro. El dedo de Scales apretó el gatillo, pero el cañón del arma permaneció en silencio. La caída por la escalera y el forcejeo que le siguió tuvo que haber dañado el arma. Sidney, con la cabeza a punto de estallarle de dolor a causa del golpe anterior, se alejó desesperadamente, a rastras. Con una mueca maligna en su rostro, Scales arrojó a un lado el arma ahora inútil y se incorporó. De la boca desgarrada y de la nariz rota le brotaba la sangre que le

manchaba la camisa. Recogió el cuchillo del lugar donde había caído y avanzó con una mirada asesina hacia Sidney. Al levantar la hoja para golpear a Sidney, el revólver de nueve milímetros le apuntó directamente. Pero una fracción de segundo antes de disparar, él efectuó un asombroso salto acrobático que le hizo caer al otro lado de la mesa del comedor. Ella mantuvo apretado el gatillo, colocando el arma en fuego automático. Las balas trazaron un dibujo explosivo a través de la pared, mientras intentaba desesperadamente seguir el camino seguido por Scales en su improvisada huida. Scales golpeó con dureza el suelo de madera, y el impulso lo envió contra la pared, con la cabeza por delante. Tras rebotar el torso hacia un lado, después del impacto con la pared, se derrumbó entre las patas de una ornamentada cómoda de caoba. Las delgadas patas de caoba se rompieron como cerillas de madera y el pesado mueble se derrumbó sobre él, vertiendo su contenido sobre el suelo de la habitación cuando los cajones salieron volando en la caída. Después de eso, Scales no volvió a moverse.

Sidney se levantó de un salto, cruzó la cocina a toda velocidad, tomó el bolso que había dejado sobre el mostrador y bajó rápidamente la escalera que conducía al garaje. Unos momentos más tarde, la puerta del garaje estallaba en astillas hacia el exterior y el Land Rover se abría paso a través de la brutal apertura, efectuaba un giro de 180 grados en el camino de acceso a la casa y desaparecía en plena ventisca.

Mientras avanzaba rápidamente por la carretera, Sidney se estremeció al recordar el temor que le había recorrido todo el cuerpo cuando observó el aliento gélido en un rincón del garaje.

Al mirar ahora por el retrovisor, observó un par de luces. El corazón le dio un vuelco al ver el gran Cadillac que aparecía en el camino de acceso a la casa que acababa de abandonar. La sangre le desapareció repentinamente de la cara. ¡Oh, Dios mío! Sus padres acababan de llegar, y el momento no habría podido ser peor. Hizo girar de nuevo el Land Rover, atravesando un remolino de nieve, y regresó a toda velocidad hacia la casa de sus padres. Entonces, su problemática situación se vio complicada al ver otro par de faros que bajaban por la carretera, desde la misma dirección por la que habían llegado sus padres. Observó con creciente temor el sedán blanco que descendía por la calle, con sus ruedas aplastando lentamente las huellas dejadas por el Cadillac. Era la misma gente que había seguido a sus padres desde Virginia. Con tantas cosas como ocurrían, se había olvidado por completo de ellos. Sidney apretó a fondo el acelerador del Land Rover. Tras patinar un momento sobre la nieve, el sistema de tracción a las cuatro ruedas se agarró al pavimento y los engranajes impulsaron aquel pequeño tanque hacia delante, como si fuera una bala de cañón. Al abalanzarse sobre el sedán, Sidney vio reaccionar al conductor. Se llevó una mano al interior de la chaqueta. Pero llegó tarde por una fracción de segundo. Ella pasó volando, dirigiéndose hacia la casa de sus padres, dio un volantazo para atravesarse en el camino y se estrelló de costado con un crujido metálico contra el vehículo más pequeño, empujándolo con la fuerza de su impulso sobre la deslizante

calzada y arrojándolo por una escarpada zanja. El airbag del Land Rover se infló. Con un esfuerzo enfurecido, Sidney lo arrancó de la barra de dirección y, con un manotazo, puso la marcha atrás. Se pudo escuchar con claridad el sonido del metal al liberarse, cuando los dos vehículos se desacoplaron.

Sidney hizo girar su cuatro por cuatro y luego miró fijamente, con incredulidad. Su repentino ataque se había ocupado de quien quiera que siguiera a sus padres. Pero también había tenido otro resultado. Observó consternada cómo el Cadillac de sus padres giraba por Beach Street y regresaba a gran velocidad hacia la carretera 1. Sidney apretó de nuevo el acelerador y se lanzó tras ellos.

El hombre salió con dificultades del coche y contempló fijamente, conmocionado, el vehículo que desaparecía rápidamente de su vista.

Sidney vio las luces de posición del Cadillac justo delante de ella. En este tramo, la carretera 1 solo tenía dos carriles. Se situó detrás de sus padres e hizo sonar el claxon varias veces. El Cadillac aceleró inmediatamente. Probablemente, sus padres estaban ahora tan asustados que no se detendrían ni siquiera en el caso de que vieran a un coche patrulla de la policía, y mucho menos ante un lunático que hacía sonar el claxon de un vehículo abollado. Sidney contuvo momentáneamente la respiración y luego giró hacia el carril contrario de la carretera, apretó a fondo el acelerador y se situó junto al coche de sus padres. Vio reaccionar a su padre al darse cuenta de que el Land Rover aparecía a su izquierda. El Cadillac patinó de un lado al otro a medida que cobraba velocidad, y Sidney tuvo que mantener el acelerador pisado a fondo para no perder terreno, ya que el dañado Land Rover respondía con lentitud. A medida que Sidney ganaba terreno con firmeza, Bill Patterson situó el voluminoso Cadillac en medio de la calzada de dos carriles, para impedir que su perseguidor le adelantara. Sidney bajó la ventanilla y tuvo que introducir casi la mitad de su vehículo en el arcén de tierra y gravilla. Menos mal que no habían limpiado todavía las carreteras, pues en tal caso no habría tenido arcén en el que encontrar apoyo. En el momento en que se inclinaba hacia el asiento del pasajero del Cadillac, su padre efectuó un nuevo giro a la derecha, para obligar a Sidney a salirse por completo de la carretera. Mientras el Land Rover rebotaba y se balanceaba sobre el escabroso terreno, Sidney miró el velocímetro; marcaba casi ciento treinta kilómetros por hora. El temor le recorrió cada uno de los nervios de su cuerpo. Estaba a punto de salirse de la carretera. Miró hacia delante. Llegaban a una pronunciada curva. Apretó el acelerador a fondo. Solo le quedaban unos pocos segundos.

—¡Mamá! —gritó, inclinándose todo lo que pudo por la ventanilla del conductor, al mismo tiempo que trataba de controlar el Land Rover. Respiró profundamente y volvió a gritar con toda la fuerza de sus pulmones, como si en ello le fuera la vida—: ¡Mamá!

Vio cómo su madre miraba a través de la nieve que azotaba el coche, con los ojos abiertos y aterrorizados, y Sidney observó finalmente una expresión de reconocimiento y alivio en ellos. Su madre se volvió rápidamente hacia su padre. El

Cadillac redujo inmediatamente la velocidad y permitió que Sidney regresara a la calzada, por delante de ellos. Con el rostro y el cabello cubiertos de nieve, Sidney les hizo señas con una mano para que la siguieran. Envueltos en un torbellino blanco casi cegador, los dos vehículos avanzaron rápidamente por la carretera.

Después de aproximadamente una hora, se alejaron de la carretera por una salida. Diez minutos más tarde el Land Rover y el Cadillac se detuvieron en el aparcamiento de un motel. Lo primero que hizo Sidney Archer en cuanto se detuvo fue saltar de la furgoneta, echar a correr hacia el coche de sus padres, abrir la portezuela de atrás y tomar a su hija entre sus brazos. Las lágrimas se deslizaban por las mejillas de Sidney, tan ferozmente como la nieve. Tomó los dedos de su dormida hija como si quisiera transmitirle la promesa de no volver a abandonarla nunca más. Amy no tenía forma de saber lo cerca que había estado de perder esta noche a su madre. ¿Y si la hoja se hubiera desviado un par de centímetros en la otra dirección? Pero eso era algo que la pequeña nunca sabría. Sidney Archer, sin embargo, lo sabía muy bien y el solo hecho de pensarlo la indujo a apretarse a su hija contra el pecho con todas las fuerzas de su cuerpo dolorosamente convulso. Bill Patterson rodeó el coche y le dio un fuerte abrazo de oso. Su cuerpo corpulento también temblaba después de esta última pesadilla. Su esposa se les unió y formaron un pequeño círculo, abrazados estrechamente, permaneciendo todos en silencio. Aunque la nieve pronto les cubrió las ropas, no se amilanaron por ello; simplemente, se sostenían los unos a los otros.

El hombre logró sacar su vehículo del terraplén y luego corrió hacia la casa de los Patterson, donde todo estaba en silencio. Un minuto más tarde la casa ya no estuvo en silencio, mientras la cómoda parecía alzar se lentamente del suelo y luego era arrojada violentamente hacia un lado, con ruido y astillamiento de la madera. Scales se incorporó dolorido, ayudado por su colega. El aspecto de su rostro maltrecho dejaba ver bien a las claras que Sidney Archer había tenido mucha suerte de no hallarse ahora al alcance de sus manos asesinas. Al retroceder para recuperar su cuchillo, observó el trozo de papel que Sidney había dejado caer: el mensaje de Jason por correo electrónico. Scales lo recogió y lo estudió durante un momento. Cinco minutos más tarde, él y su compañero se dirigían hacia el coche dañado. Scales tomó el teléfono celular y marcó un número de marcación rápida. Había llegado el momento de pedir refuerzos.

A las dos y media de la madrugada, un Lee Sawyer muy agitado condujo hasta la oficina a través de una tormenta de nieve que amenazaba con convertirse en una verdadera ventisca en el término de unas pocas horas. Toda la costa Este era asaltada por un gran frente tormentoso invernal, que amenazaba con permanecer hasta la Navidad.

Sawyer se dirigió directamente a la sala de conferencias, donde se pasó las cinco horas siguientes repasando cada uno de los aspectos del caso, desde los expedientes, hasta las notas y lo que guardaba en su memoria. El problema era que nada de todo aquello tenía mucho sentido, debido principalmente a que no estaba seguro de saber si se encontraba ante un caso o dos: Lieberman y Archer juntos, o Lieberman y Archer por separado. Realmente, a eso se reducía todo. Anotó algunos nuevos ángulos del problema que se le ocurrieron, aunque ninguno de ellos le pareció muy prometedor. Luego descolgó el teléfono y pidió hablar con Liz Martin, la técnica que había llevado a cabo el examen del Luma-lite en la limusina.

—Liz, te debo una disculpa. He permitido que este caso se me escapara un poco de las manos y te repercutiera a ti. Estaba desorientado y lo siento.

—Disculpas aceptadas —dijo Liz con voz animada—. Todos nos encontramos bajo presión. ¿Qué hay de nuevo?

—Necesito de tu experiencia con los ordenadores. ¿Qué sabes sobre sistemas de grabación en cinta de copias de seguridad?

—Qué extraño que me lo preguntes. Mi novio es abogado y el otro día me decía que en estos precisos momentos es uno de los temas más candentes en el sector legal.

—¿Y eso por qué?

—Bueno, las copias de seguridad en cinta pueden descubrirse potencialmente en caso de litigio. Por ejemplo, un empleado escribe un memorándum de circulación interna en la oficina donde trabaja, o envía un mensaje electrónico que contiene información perjudicial para su empresa. Más tarde, el empleado borra el mensaje electrónico y destruye todas las copias del memorándum que haya en el disco duro. Podría parecer que todo ha desaparecido, ¿verdad? Pues nada de eso, porque con las copias de seguridad grabadas, el sistema puede haberlas salvado antes de que alguien las borre. Y, según las reglas de descubrimiento, puede que terminen en manos de la otra parte litigante. La empresa de mi novio aconseja a sus clientes que, con documentos creados mediante ordenador, si no se quiere que nadie jamás lea algo, lo mejor es no escribirlo.

—Hmm. —Sawyer revolvió los papeles que tenía delante—. Es una suerte que yo todavía prefiera la tinta invisible.

—Eso es porque eres una reliquia, Lee, aunque al menos eres una reliquia agradable.

—Está bien, profesora Liz. Aquí tengo otra cosa para ti —dijo Sawyer, que a

continuación le leyó la contraseña—. Es una contraseña bastante bonita, ¿no te parece, Liz?

—En realidad, no lo es.

—¿Qué?

Esa era, en cualquier caso, la última respuesta que Sawyer hubiera esperado escuchar.

—No pasaría mucho tiempo antes de que alguien olvidara una parte de la misma, o la captara de modo incorrecto. Si te comunicaras oralmente con alguien, podría escucharla fácilmente de modo erróneo en la transmisión, transponer uno de los números y esa clase de cosas.

—Pero, al ser tan larga, nadie sería capaz de descifrarla, ¿verdad? Creía que esa era la intención.

—Desde luego. Pero no tienes por qué utilizar todos esos números para conseguir ese objetivo. Diez cifras serían más que suficientes para la mayoría de propósitos. Con quince cifras eres casi invulnerable.

—En estos tiempos que corren, sin embargo, dispones de ordenadores capaces de revisar todas esas combinaciones con rapidez.

—Con quince cifras tendrías que buscar en más de un billón de combinaciones, y la mayoría de los programas de cifrado van acompañados de una característica de interrupción en el caso de que se prueben demasiadas combinaciones al mismo tiempo. Aunque no tuviera esa característica de interrupción, hasta el ordenador más rápido del mundo que efectuara una serie de búsquedas no lograría descifrar esta contraseña debido a que la presencia y colocación de todos esos puntos decimales hacen que el número de combinaciones posibles sea tan elevado que no funcionaría un asalto tradicional por la fuerza bruta.

—¿Me estás diciendo...?

—Lo que quiero decir es que quien creó esa contraseña se pasó con creces de la raya. Los aspectos negativos de la misma sobrepasan con mucho la necesidad imperiosa de que pueda ser descifrada. No tenía por qué ser tan compleja para evitar que alguien lo hiciera. Quizá quien la preparó era un novato en cuestiones de ordenadores.

—Creo que esa persona sabía exactamente lo que estaba haciendo —dijo Sawyer con un movimiento negativo de la cabeza.

—Pues en ese caso no lo hizo solo por motivos de protección.

—¿Por qué otra razón podría ser?

—No lo sé, Lee. Hasta ahora nunca había visto una cosa así. —Sawyer guardó silencio—. ¿Alguna otra cosa?

—¿Eh? Ah, no Liz. Creo que eso es todo —contestó Sawyer, que parecía muy deprimido.

—Siento mucho no haberte sido de gran ayuda.

—No, lo has sido. Me has dado muchas cosas en qué pensar. Gracias, Liz. —El

tono de su voz se animó al añadir—: Eh, te debo un almuerzo, ¿vale?

—Te lo voy a recordar, pero en esta ocasión seré yo la que elija el lugar.

—Muy bien, solo procura que acepten la tarjeta Exxon. Es prácticamente el único plástico que me queda.

—Realmente, sabes cómo conseguir que una chica se lo pase bien, Lee.

Sawyer colgó y contempló de nuevo la contraseña. Si era cierto la mitad de lo que había oído contar sobre la inteligencia de Jason, la complejidad de la contraseña no había sido ninguna casualidad. Miró de nuevo los números. Le estaban volviendo loco, pero no podía desprenderse de la sensación de que le parecían de algún modo familiares. Se sirvió otra taza de café, tomó una hoja de papel y empezó a trazar dibujos, un hábito que le ayudaba a pensar. Tenía la impresión de llevar años enfrascado en este caso. Observó con un sobresalto la fecha del mensaje electrónico que Archer le había enviado a su esposa: 95-11-19. Anotó los números sobre la hoja de papel: 95-11-19. Sonrió. Cifras que un ordenador emitiría así, más confusas que ninguna otra cosa. Entonces miró los números más intensamente y su sonrisa se desvaneció. Rápidamente, escribió los números de otro modo: 95/11/19 y luego, finalmente, como 951119. Los garabateó de nuevo, cometió un error, los tachó y continuó. Luego contempló el producto final: 599 111.

El rostro de Sawyer se puso más pálido que el papel sobre el que había estado escribiendo. Al revés. Leyó de nuevo el correo electrónico de Jason Archer. «Todo al revés», había dicho Archer. Pero ¿por qué? Si Archer se encontraba bajo tanta presión como para haber tecleado mal la dirección y no haber terminado el mensaje, ¿por qué se había tomado la molestia de teclear dos frases, «todo equivocado» y «todo al revés», si significaban lo mismo? De repente, la verdad se abrió paso en la mente de Sawyer: a menos que las dos frases tuvieran significados totalmente diferentes, y ambas fueran literales. Miró una vez más los números que componían la contraseña y luego empezó a escribir furiosamente. Después de cometer varios errores, terminó su tarea. Sin darse cuenta de lo que hacía, se terminó de tomar el café que quedaba y leyó los números en su verdadero orden (no hacia atrás): 12-19-20, 2-28-91, 9-26-92, 11-15-92 y 4-16-93. Archer había sido muy exacto en su elección de contraseñas. Se había tratado realmente de una clave incluida dentro de la propia contraseña. Sawyer ni siquiera necesitó consultar ahora sus notas. Sabía lo que representaban aquellos números. Respiró profundamente.

Las fechas del calendario correspondientes a las cinco ocasiones en que Arthur Lieberman había cambiado las tasas de interés por su propia cuenta. Las cinco veces en las que alguien había ganado tanto dinero como para comprar un país.

La pregunta de Sawyer había quedado finalmente contestada. Ahora solo tenía un caso, no dos. Existía una conexión entre Jason y Lieberman. Pero ¿de qué se trataba? Se le ocurrió entonces otra idea. Edward Page le había dicho a Sídney que no había seguido a Jason Archer al aeropuerto. La única otra persona a la que podía haber estado siguiendo era a Lieberman. Page podría haber seguido al presidente de la

Reserva Federal y encontrarse de repente con Archer. Pero entonces, ¿por qué seguir a Lieberman? Con el ceño fruncido, Sawyer dejó el mensaje a un lado y observó el vídeo que registraba la entrevista de Archer en el almacén, y que estaba sobre la mesa. Si Sidney tenía razón acerca de que Brophy sabía muchas más cosas que Jason Archer, ¿qué demonios había transmitido este en el almacén? ¿Podía ser esa la conexión con Arthur Lieberman? No había visto la cinta desde hacía algún tiempo. Decidió solucionar ese descuido de inmediato.

Introdujo la cinta en el vídeo situado bajo una gran pantalla de televisión, en uno de los rincones de la estancia. Se sirvió más café y apretó el mando; la cinta empezó a emitirse. Observó toda la escena dos veces. Luego la vio una tercera vez, pero en esta ocasión a cámara lenta. Una mueca se extendió sobre sus rasgos. Cuando vio la cinta por primera vez, en la oficina de Hardy, algo le hizo fruncir también el ceño. ¿Qué demonios era? Rebobinó otra vez la cinta y apretó el botón para que empezara a proyectarse. Jason y el otro hombre estaban esperando; el maletín de Jason estaba a la vista. Se oía entonces la llamada en la puerta y entraban los otros hombres. El más viejo y los otros dos, con gafas de sol. Realmente astuto. Sawyer miró de nuevo a los dos hombres corpulentos. Le parecían extrañamente familiares, pero no podía... Sacudió la cabeza y siguió observando. Se produjo entonces el intercambio, en el que Jason parecía mostrarse extremadamente nervioso. Luego llegó el paso del avión. Por lo que sabía, el almacén se encontraba en la trayectoria de aproximación de los aviones al aeropuerto. Todos los presentes en la estancia levantaron las miradas hacia el sonido atronador. Sawyer dio entonces un salto que casi estuvo a punto de derramarle el café sobre la camisa. Pero en esta ocasión no fue a causa del sonido del avión.

—¡Santo cielo! —exclamó. Congeló la imagen de la cinta y situó la cara a muy pocos centímetros de la pantalla. Luego, tomó el teléfono—. Liz, necesito de tu magia, y esta vez, profesora, será toda una cena.

Le comunicó rápidamente lo que deseaba.

Sawyer tardó dos minutos, corriendo, en llegar al laboratorio. El equipo ya estaba preparado, y una sonriente Liz le esperaba al lado. Sawyer, que jadeaba, le entregó la cinta, que ella introdujo en otro reproductor de vídeo. Se sentó después ante un panel de control y la cinta empezó a proyectarse. La pantalla sobre la que apareció debía de tener por lo menos sesenta pulgadas.

—Está bien, está bien, Liz, ahora prepárate. ¡Ahí! ¡Justo ahí! —exclamó; casi saltó del suelo de tan entusiasmado como estaba.

Liz congeló la cinta y luego apretó algunos botones del panel de control. Las figuras humanas que aparecían en la pantalla aumentaron de tamaño hasta ocuparla por completo. Pero Sawyer solo miraba a una persona.

—Liz, ¿puedes aumentar de tamaño esta parte de aquí? —preguntó al tiempo que indicaba con el dedo una parte específica de la pantalla.

Liz hizo lo que se le pedía. Sawyer sacudió la cabeza, con una silenciosa

expresión de extrañeza. Liz se le unió para contemplar la asombrosa escena. Luego le miró.

—Tenías razón, Lee. ¿Qué significa esto?

Sawyer miraba fijamente al hombre que se había identificado a sí mismo ante Jason Archer como Anthony DePazza, en aquella fatídica mañana de noviembre en la fría y lluviosa Seattle. Más concretamente, la mirada de Sawyer se enfocó sobre la nuca de DePazza, claramente visible ahora, puesto que había levantado la cabeza en el momento en que el avión pasaba por encima de ellos. De hecho, Sawyer y Liz pudieron observar una clara grieta en la línea de la nuca. Una grieta entre la piel real y la falsa.

—No estoy seguro, Liz, pero me pregunto por qué demonios el tipo con el que estaba hablando Archer tenía que llevar alguna especie de disfraz.

Liz miró intensamente la pantalla.

—Yo solía hacer esa clase de cosas cuando estaba en la universidad.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes, disfraces, maquillajes, máscaras. Para cuando hacíamos representaciones teatrales. Deberías saber que yo fui en otro tiempo una malvada «*lady Macbeth*».

Sawyer miró la pantalla con la boca abierta en el mismo instante en que aquella única palabra le martilleaba en la cabeza: ¿representación?

Mientras reflexionaba sobre toda esta información nueva, Sawyer regresó apresuradamente a la sala de conferencias. Ray Jackson estaba sentado allí, con varios documentos en la mano, que balanceó ante su compañero.

—Recibido por fax de Charles Tiedman. Muestras de la escritura de Page. Tengo copias de las cartas que encontré en el apartamento de Lieberman. No soy ningún experto, pero creo que coinciden.

Sawyer se sentó y miró las cartas, comparando la escritura.

—Estoy de acuerdo contigo, Ray, pero pídele al laboratorio que lo confirme con seguridad.

—De acuerdo. —Jackson se levantó para cumplir la tarea, pero Sawyer lo detuvo de pronto—. Eh, Ray, déjame echar otro vistazo a esas cartas.

Jackson se las entregó.

En realidad, Sawyer solo quería mirar una de ellas. El membrete era impresionante: Asociación de Alumnos de la Universidad de Columbia. Tiedman no había mencionado que Steven Page hubiera estudiado en Columbia. Evidentemente, Page había intervenido en algún momento en los asuntos de los alumnos. Sawyer realizó mentalmente algunos cálculos aritméticos. Steven Page tenía veintiocho años cuando murió hacía cinco años. Ahora tendría treinta y tres o treinta y cuatro años, dependiendo de su fecha de nacimiento. Así que, probablemente, se habría graduado

en 1984. De repente, otro pensamiento brotó en la mente de Sawyer.

—Adelante, Ray. Tengo que hacer algunas llamadas.

Una vez que Jackson se hubo marchado con los documentos, Sawyer marcó el número del servicio de información y obtuvo el de la oficina de información de la Universidad de Columbia. En cuestión de un par de minutos consiguió la comunicación que buscaba. Se le dijo que Steven Page se había graduado efectivamente en la universidad, en 1984, y nada menos que con un *magna cum laude*. Sawyer se miró las manos y se preparó para hacer su siguiente pregunta. Los dedos le temblaban. Hizo todo lo que pudo por controlar sus emociones y esperó a que la mujer que le atendía consultara sus archivos. En efecto, le comunicó a Sawyer, el otro estudiante también era un graduado del ochenta y cuatro, y también él se había graduado con un *summa cum laude*. Según dijo la voz, era bastante impresionante conseguir algo así en Columbia. Sawyer le hizo otra pregunta y la mujer le contestó que para conocer la respuesta tendría que hablar con la residencia de estudiantes. Esperó, con los nervios de punta. Cuando finalmente se puso en contacto con alguien de la residencia de estudiantes, le contestaron a su pregunta con rapidez. Sawyer dio rápidamente las gracias a la persona que le había atendido y luego colgó el teléfono con fuerza. El veterano agente del FBI pegó un salto en la silla y exclamó en voz alta: «¡Jodido bingo!», en medio de la habitación vacía. Teniendo en cuenta las circunstancias, el entusiasmo de Sawyer parecía bastante natural.

Quentin Rowe también se había graduado en la Universidad de Columbia en 1984. Y, lo que era mucho más importante, él y Steven Page compartieron la misma residencia durante los dos últimos años de universidad.

Pocos segundos más tarde, cuando a Sawyer se le ocurrió pensar por qué aquellos dos tipos con las gafas de sol le parecían tan familiares, su felicidad se desvaneció en la más completa incredulidad. No había forma de que fuera así. Pero, sí, tenía sentido. Sobre todo si se consideraba aquello como lo que era en realidad: una representación. Todo aquello no era más que una impostura. Tomó el teléfono. Tenía que encontrar a Sidney Archer lo antes posible, y sabía dónde podía empezar a buscarla. «Jesús, María y José, menudo cambiazo que ha dado este caso», pensó.

Viajando en un coche alquilado, la señora Patterson y Amy se dirigían a Boston, donde permanecerían durante unos pocos días. A pesar de haberlo discutido hasta casi el amanecer, Sidney no había logrado convencer a su padre de que las acompañara. Había permanecido despierto durante toda la noche en la habitación del motel, limpiando cada mota de polvo y suciedad de su Remington de doce cartuchos, con la mandíbula firmemente apretada y la mirada reconcentrada, mientras Sidney deambulaba de un lado a otro de la habitación, argumentando su postura.

—¿Sabes que eres realmente imposible, papá? —le dijo ahora, mientras regresaban hacia Bell Harbor en el coche de su padre.

El abollado Land Rover había sido remolcado hasta un garaje para que lo repararan. Sin embargo, suspiró de alivio al reclinarsse contra el asiento. En estos momentos, precisamente, no deseaba estar sola.

Su padre miró resueltamente por la ventanilla. El que persiguiera a su hija, fuera quien fuese, tendría que matarlo a él antes de poder llegar hasta ella. «Llevad cuidado, duendes y fantasmas, porque papá ha vuelto».

La furgoneta blanca que los seguía avanzaba a más de medio kilómetro por detrás de ellos, a pesar de lo cual no tenía dificultad alguna para seguirle la pista al Cadillac. Uno de los ocho hombres que ocupaban la furgoneta no estaba precisamente de muy buen humor.

—Primero permites que Archer envíe un correo electrónico, y luego dejas que se te escape su esposa. No puedo creer que hayas cometido tantos errores.

Richard Lucas sacudió la cabeza y miró colérico a Kenneth Scales, sentado junto a él. Llevaba la boca y el antebrazo fuertemente vendados, y la nariz, aunque se la había vuelto a encajar con sus propias manos, aparecía enrojecida e hinchada. Scales se volvió a mirar a Lucas.

—Puedes creerlo.

La voz baja que brotó por entre la boca vendada transmitía un tono lo suficientemente amenazador como para que hasta el duro Lucas parpadeara y cambiara rápidamente de rumbo. El jefe de seguridad interna de Tritón se adelantó en su asiento.

—Está bien, no sirve de nada hablar de lo que ya ha pasado —se apresuró a decir.

—Jeff Fisher, el experto en ordenadores de Tylery Stone, tenía una copia del contenido del disco en su propio disco duro. El directorio de archivos del ordenador de Fisher demuestra que alguien accedió a él en el mismo momento en que estaba en el bar. Tuvo que haber conseguido otra copia de ese modo. Pequeño y astuto hijo de puta. Anoche mantuvimos una conversación con la camarera del bar. Ella le entregó a Fisher un sobre certificado dirigido a Bill Patterson, en Bell Harbor, Maine. Es el padre de Sidney Archer. Viene para acá, de eso puedes estar seguro, y tenemos que conseguirlo por encima de todo. ¿Entendido?

Los otros seis hombres de rostros ceñudos que ocupaban la furgoneta asintieron con gestos. Cada uno de ellos tenía un tatuaje en el dorso de la mano, que representaba una estrella atravesada por una flecha. Era la insignia de un antiguo grupo de mercenarios al que todos ellos habían pertenecido, un grupo formado con las vastas heces que dejara tras de sí la extinta guerra fría. Como antiguo agente de la CIA, a Lucas le había resultado relativamente fácil restablecer los viejos lazos, con el atractivo de unos cuantos dólares.

—Dejaremos que Patterson recoja ese paquete, esperaremos a que lleguen a una zona aislada y luego nos echaremos sobre ellos, con dureza y rapidez. —Miró a su alrededor—. Hay una prima de un millón de dólares por cabeza si lo conseguimos. —Las miradas de los hombres se encendieron, relucientes. Luego, Lucas se volvió a mirar al séptimo hombre—. ¿Lo has entendido, Scales?

Kenneth Scales no se molestó en mirarlo. Extrajo el cuchillo, señaló con la punta hacia la parte delantera de la furgoneta y habló lentamente con la boca herida.

—Puedes conseguir tu disquete. Yo me ocupo de esa mujer. Y añadiré a su viejo sin cobrar nada extra.

—Primero el paquete. Luego podrás hacer todo lo que quieras —dijo Lucas, enojado.

Scales no dijo nada. Mantuvo la mirada fija hacia delante. Lucas se dispuso a decir algo, pero luego se lo pensó mejor y guardó silencio. Se reclinó en el asiento y se pasó una mano nerviosa por el escaso cabello.

Durante los veinte minutos que tardó hasta Alexandria, Jackson marcó tres veces el número de Fisher desde el teléfono del coche, pero no obtuvo respuesta.

—¿Crees entonces que ese tipo estaba ayudando a Sidney con la contraseña? —preguntó Jackson mientras observaba el río Potomac que serpenteaba junto a ellos mientras descendían hacia el aparcamiento de la GW.

Sawyer se volvió a mirarle.

—Según los registros de vigilancia, Sidney Archer vino aquí la noche de los asesinatos en Tylery Stone. Lo comprobé con ellos. Fisher es el mago de los ordenadores de Tylery Stone.

—Sí, pero parece que no está en casa.

—En su casa puede haber muchas cosas que nos ayuden, Ray.

—No recuerdo que dispongamos de una orden de registro, Lee.

Sawyer giró por Washington Street y cruzó el centro de la vieja ciudad de Alexandria.

—Los detalles, Ray. Siempre te quedas empantanado en los detalles.

Jackson emitió un bufido y guardó silencio.

Se detuvieron delante de la casa de Fisher, bajaron del coche y subieron rápidamente por los escalones. Una mujer joven, cuyo cabello oscuro se ondulaba bajo la ventisca, les llamó al bajarse de su propio coche.

—No está en casa.

Sawyer se volvió a mirarla.

—No sabrá usted por casualidad dónde está ahora, ¿verdad?

Bajó los escalones y se acercó a la mujer, que en ese momento sacaba del coche un par de bolsas llenas de comestibles. Sawyer la ayudó y luego le presentó sus credenciales oficiales. Jackson hizo lo propio. La mujer les miró, con una expresión confusa.

—¿El FBI? No creía que llamaran al FBI por un simple caso de allanamiento de morada.

—¿Allanamiento de morada, señorita...?

—Oh, lo siento... Amanda, Amanda Reynolds. Vivimos aquí desde hace un par de años y es la primera vez que hemos tenido a la policía en esta manzana. Robaron todo el equipo de informática de Jeff.

—Supongo que ya ha hablado con la policía, ¿verdad?

Ella le miró sumisamente.

—Nos instalamos aquí procedentes de Nueva York. Allí, si no se encadena el coche a un ancla, ha desaparecido por la mañana. Una se mantiene vigilante. Pero ¿aquí? —Sacudió la cabeza con pesar—. Sin embargo, sigo sintiéndome como una idiota. Estaba convencida de haber dejado atrás todo eso. Simplemente, no pensé que una cosa así pudiera suceder en una zona como esta.

—¿Ha visto recientemente al señor Fisher?

El ceño de la mujer se arrugó.

—Oh, hace por lo menos tres o cuatro días. Con un tiempo tan miserable como este, todo el mundo se queda en casa.

Le dieron las gracias y se dirigieron en el coche a la comisaría de policía de Alexandria. Una vez que preguntaron por el robo ocurrido en la casa de Jeff Fisher, el sargento de servicio pulsó unas pocas teclas en su ordenador.

—Sí, así es. Fisher. De hecho, yo mismo estaba de servicio la noche que lo trajeron. —El sargento miró fijamente la pantalla, recorriendo parte del texto con sus huesudos dedos, mientras Sawyer y Jackson intercambiaban miradas de desconcierto—. Llegó aquí en un estado de gran nerviosismo, asegurando que unos tipos le seguían. Pensamos que había tomado unas cuantas copas de más. Le sometimos a una prueba de alcoholemia; no estaba bebido, aunque olía a cerveza. Lo mantuvimos aquí esa noche, solo para estar seguros. Fue presentado ante el juzgado al día siguiente, le dieron una fecha para el juicio y se marchó.

Sawyer miró fijamente al hombre.

—¿Quiere decir que Jeff Fisher fue detenido?

—Así es.

—¿Y que al día siguiente se produjo un robo en su casa?

El sargento de servicio asintió con la cabeza y se apoyó sobre el mostrador.

—Yo diría que fue una combinación de mala suerte.

—¿Describió a las personas que lo seguían? —preguntó Sawyer.

El sargento miró al agente del FBI como si también pretendiera hacerle una prueba de alcoholemia.

—Nadie lo seguía.

—¿Está seguro? —El sargento hizo rodar los ojos en sus órbitas y sonrió—. Está bien, acaba de decir que no estaba borracho y, sin embargo, ¿lo encerró aquí esa noche? —preguntó Sawyer, al tiempo que colocaba ambas manos sobre el mostrador.

—Bueno, ya sabe cómo son algunos de esos tipos. A veces, las pruebas no funcionan con ellos. Se meten en el colete todo un paquete de doce latas y el analizador del aliento da como resultado uno punto cero uno. De todos modos, Fisher conducía y actuaba como un loco. Nos pareció mejor ponerlo a buen recaudo durante la noche. Si estaba ebrio, al menos pudo dormir aquí la mona.

—¿Y él no se opuso?

—Demonios, no. Dijo que no había estado nunca en la cárcel y le pareció que eso podía ser una experiencia refrescante. —El sargento sacudió su cabeza calva—. ¿No le parece que eso confirma que estaba fuera de sus cabales? ¡Nada menos que refrescante!

—¿No tiene usted idea de dónde se encuentra ahora?

—Demonios, ni siquiera pudimos encontrarlo para decirle que habían forzado la entrada en su casa. Como ya le he dicho, se le llevó ante el juzgado y se le indicó una fecha para el juicio. Su paradero solo me importará en el caso de que no se presente.

—¿Alguna otra cosa que se le ocurra? —preguntó Sawyer con una expresión de decepción.

El sargento tamborileó con los dedos sobre el mostrador y miró fijamente hacia un punto indeterminado del espacio. Luego negó con la cabeza. Finalmente Sawyer se volvió a mirar a Jackson y ambos se dispusieron a marcharse.

—Está bien, gracias por su ayuda.

Se encontraban ya cerca de la puerta cuando el hombre pareció salir de su trance.

—El tipo me entregó un paquete para que lo enviara por correo. ¿Se lo puede creer? Bueno, es cierto que llevo uniforme, pero ¿tengo aspecto de ser un cartero?

—¿Un paquete?

Sawyer y Jackson regresaron de inmediato junto al mostrador.

El sargento movió la cabeza, mientras recordaba el incidente.

—Le dije que podía hacer una llamada telefónica y él me preguntó si antes de hacerla no podía enviar un paquete por correo. Me dijo que ya tenía puestos los sellos y que me lo agradecería mucho.

El sargento se echó a reír, y Sawyer lo miró fijamente.

—En cuanto al paquete..., ¿lo envió usted?

El sargento dejó de reír y miró a Sawyer con ojos parpadeantes.

—¿Qué? Sí, lo introduje en ese buzón que hay ahí. No fue ningún problema para mí y me imaginé que de ese modo ayudaba al tipo.

—¿Qué aspecto tenía el paquete?

—Bueno, no era una carta. Era uno de esos sobres marrones acolchados, ya sabe.

—Como los que tienen burbujas por dentro —sugirió Jackson.

—Eso es —asintió el sargento señalándolo con un dedo—. Pude notarlo a través de la envoltura exterior.

—¿Qué tamaño tenía?

—Oh, no era muy grande. Aproximadamente así de ancho y así de largo —contestó el sargento al tiempo que indicaba con sus huesudas manos un espacio de veinte por quince centímetros—. Se enviaba por correo de primera clase, con acuse de recibo.

Sawyer volvió a colocar las dos manos sobre el mostrador y miró al sargento, con el corazón latiéndole un poco más de prisa.

—¿Recuerda la dirección del paquete? ¿El remitente o adónde iba dirigido?

El hombre reanudó su tamborileo con los dedos.

—No recuerdo quién lo enviaba; imaginé que sería el mismo Fisher. Pero iba dirigido a algún lugar de..., ah, Maine, eso es, de Maine. Lo sé porque mi esposa y yo estuvimos de vacaciones por esa zona hace un año. Si tiene la ocasión, debería ir usted también. El paisaje es impresionante. Gastará su Kodak, de eso puede estar seguro.

—¿A qué parte de Maine? —preguntó Sawyer, que hacía esfuerzos por mostrarse paciente.

—Creo que a alguna parte terminada en Harbor o algo así —contestó finalmente el hombre, tras pensárselo un poco.

Las esperanzas de Sawyer se derrumbaron. Desde el fondo de sus recuerdos se le ocurrió pensar en por lo menos media docena de ciudades en Maine que llevaran ese nombre.

—¡Vamos, piense!

El sargento abrió mucho los ojos.

—¿Acaso ese paquete contenía droga? ¿Es ese Fisher un traficante? Me pareció que había algo extraño en él. ¿Por eso están tan interesados los federales?

Sawyer negó con la cabeza, con una expresión de cansancio.

—No, no tiene nada que ver con eso. Mire, ¿recuerda al menos a quién se le enviaba el paquete?

El hombre pensó durante un rato y finalmente negó con la cabeza.

—Lo siento, muchachos, no lo recuerdo.

—¿Le dice algo el apellido Archer? —preguntó Jackson entonces—. ¿Iba dirigido a alguien con ese apellido?

—No, eso lo recordaría. Uno de nuestros agentes tiene ese apellido.

Jackson le entregó su tarjeta.

—Está bien, si se le ocurre alguna otra cosa, sea lo que sea, llámenos inmediatamente. Es muy importante.

—Desde luego, así lo haré. En seguida. Pueden contar con ello.

Jackson tocó a Sawyer en la manga.

—Vámonos, Lee.

Se dirigieron hacia la salida. El sargento regresó a su trabajo. De repente, Sawyer se giró en redondo y su dedo índice señaló a través de la habitación, como una pistola apuntada directamente hacia el sargento, con la imagen de una pegatina de un lugar de vacaciones en Maine firmemente instalada en su mente.

—¡Patterson! —exclamó.

El sargento levantó la mirada, asombrado.

—¿Iba dirigido el paquete a alguien llamado Patterson, en Maine? —preguntó Sawyer.

La mirada del sargento se iluminó y luego chasqueó los dedos.

—Eso es, Bill Patterson.

Pero la sonrisa se borró de su rostro en cuanto vio a los dos agentes del FBI salir de estampida de la comisaría.

Bill Patterson miró a su hija mientras conducía por las calles, ahora cubiertas de nieve, que se había hecho mucho más intensa en la última media hora.

—¿Me estás diciendo que ese tipo de tu oficina debía enviarme un paquete a mí para que yo te lo guardara? ¿Una copia de un disquete de ordenador que Jason te envió? —Sidney asintió con un gesto—. ¿Y no sabes lo que es?

—Está cifrado, papá. Ahora tengo la contraseña de acceso, pero tenía que esperar a recibir el paquete. —¿Y no llegó? ¿Estás segura? El tono de voz de Sidney sonó exasperado.

—Llamé a los de FedEx. No tienen registrada la recogida de ningún paquete. Luego llamé a su casa y me contestó la policía. Oh, Dios. —Sidney se estremeció al pensar en el posible destino que hubiera podido correr Jeff Fisher—. Si algo le ha sucedido a Jeff...

—Bueno, ¿has probado con el contestador automático de tu casa? Quizá haya llamado y dejado un mensaje.

Sidney se quedó con la boca abierta ante la brillante sencillez de la sugerencia de su padre.

—¡Dios mío! ¿Cómo no se me ocurrió pensar en eso? —Porque llevas dos días huyendo para salvar la vida. Por eso. La voz de su padre sonó malhumorada. Se inclinó y tomó la escopeta que había dejado en el suelo.

Sidney introdujo el Cadillac en una gasolinera y se detuvo cerca de una cabina telefónica. Corrió hasta el teléfono. La nieve caía con tanta intensidad y rapidez que ni siquiera se dio cuenta de la furgoneta que pasaba de largo ante la estación, daba la vuelta por una carretera lateral efectuaba un giro y esperaba a que ella regresara a la carretera principal. Sidney introdujo su tarjeta telefónica y marcó su número de teléfono. Pareció transcurrir toda una eternidad hasta que el contestador automático se puso en marcha. Había un montón de mensajes. De sus hermanos, de otros miembros de la familia, de amigos que se habían enterado de lo ocurrido por las noticias y la llamaban haciéndole preguntas, mostrándose enfadados, ofreciéndole su apoyo. Esperó con creciente impaciencia mientras sonaban los mensajes. Entonces, contuvo la respiración ante el sonido de una voz familiar que llegó a sus oídos.

«Hola, Sidney, soy tu tío George. Martha y yo estaremos en Canadá esta semana. Disfrutaremos mucho, aunque hace bastante frío. Os envié a ti y a Amy los regalos de Navidad, tal como os dije que haría. Pero os llegarán por correo, porque no pudimos llegar a tiempo a la condenada Federal Express, y no queríamos esperar. Procura estar a la espera. Lo enviamos en primera clase, por correo certificado, así que tendrás que firmar para recibirlos. Espero que se trate de lo que deseabas. Te queremos mucho y esperamos volver a verte pronto. Un beso a Amy de nuestra parte».

Sidney colgó lentamente el teléfono. No tenía unos tíos que se llamaran George y Martha, pero no había ningún misterio en aquella llamada telefónica. Jeff Fisher había fingido bastante bien la voz de un anciano. Sidney regresó al coche corriendo y se metió dentro. Su padre la miró intensamente.

—¿Te llamó?

Sidney asintió con un gesto, al tiempo que ponía el coche en marcha y lo lanzaba hacia delante con un chirrido de ruedas, lo que impulsó a su padre contra el respaldo del asiento.

—¿Adónde demonios vamos ahora con tanta rapidez?

—A la oficina de Correos.

La oficina de Correos de Bell Harbor se hallaba situada en pleno centro de la ciudad, y la bandera de Estados Unidos ondeaba de un lado a otro, impulsada por el fuerte viento. Sidney se detuvo junto a la acera y su padre se bajó del coche. Entró en el edificio y salió al cabo de un par de minutos, agachando la cabeza para introducirse en el interior del coche. Venía con las manos vacías.

—Todavía no ha llegado el correo del día.

—¿Estás seguro? —le preguntó Sidney mirándolo fijamente.

—Jerome es jefe de la oficina desde que tengo uso de razón —asintió él—. Dijo que volviera a probar hacia las seis. Mantendrá la oficina abierta para nosotros. Pero sabes que quizá no venga en el correo de hoy si Fisher lo envió hace solo dos días.

Sidney golpeó ferozmente el volante con las dos manos, antes de apoyar cansadamente la cabeza sobre él. Su padre le colocó suavemente una mano sobre el hombro.

—Sidney, ese paquete acabará por llegar aquí. Solo espero que el contenido de ese disquete contribuya a librarte de esta pesadilla.

Sidney se volvió a mirarlo, con el rostro pálido y los ojos hinchados.

—Tiene que ser así, papá. Tiene que ser así —dijo con el tono de voz dolorosamente quebrado.

«¿Y si no llegaba? No, no podía pensar eso». Se apartó el cabello de la cara, puso el coche en marcha y avanzó.

La furgoneta blanca esperó un par de minutos antes de salir a la calzada y seguirlos.

—No puedo creerlo —rugió Sawyer.

Jackson lo miró con una clara expresión de frustración.

—Lo único que puedo decirte, Lee, es que hay una ventisca. El National, el Dulles y el BWI están cerrados. También se han cerrado los aeropuertos Kennedy, La Guardia y Logan, y lo mismo sucede con Newark y Philly. Se han interrumpido los vuelos en todo el país. Y toda la costa Este parece haberse convertido en Siberia. En la oficina no están dispuestos a permitir que un avión vuele con este tiempo.

—Ray, tenemos que llegar a Bell Harbor. Deberíamos estar allí ahora mismo. ¿Qué me dices del tren?

—Los de Amtrak todavía están dejando la vía expedita. Además, he comprobado que el tren no llega hasta allí. Tendríamos que tomar un autobús para recorrer el último tramo. Y, con este tiempo, seguro que están cerrados algunos tramos de la autopista interestatal. Además, no todo es autopista. Tendríamos que tomar algunas carreteras secundarias. Estamos hablando de por lo menos quince horas.

Sawyer parecía estar a punto de explotar.

—Todos ellos podrían estar muertos en una hora, así que no digamos lo que podría suceder en quince horas.

—No tienes necesidad de recordármelo. Si pudiera extender los brazos y echar a volar, lo haría ahora mismo. Pero, maldita sea, no puedo hacerlo —replicó Jackson, enojado.

Sawyer se tranquilizó rápidamente.

—Está bien. Lo siento, Ray. —Se sentó—. ¿Has podido conseguir la ayuda de los locales?

—He hecho algunas llamadas. La oficina más cercana está en Boston. A unas cinco horas de distancia. Y con este tiempo, ¿quién sabe? Hay pequeñas agencias en Portland y Augusta. Les he dejado mensajes, pero no he recibido contestación por el momento. La policía estatal podría ser una posibilidad, aunque probablemente tendrán mucho trabajo con los accidentes de tráfico.

—¡Mierda! —Sawyer sacudió la cabeza, desesperado, y tamborileó con los dedos sobre la mesa, impaciente—. Un avión es la única forma. Tiene que haber alguien dispuesto a volar con esta tormenta.

—Quizá un piloto de combate. ¿Conoces a alguno? —preguntó sarcásticamente Ray.

Sawyer pegó un bote en su asiento.

—Pues claro que sí.

La furgoneta negra se detuvo cerca de un pequeño hangar en el aeropuerto del condado de Manassas. La nevada era tan intensa que resultaba difícil ver más allá de unos cuantos centímetros de distancia. Media docena de miembros del equipo de rescate de rehenes, todos ellos fuertemente armados y vestidos de negro, siguieron a Sawyer y Jackson. Portaban rifles de asalto y echaron a correr en fila hacia el avión que les esperaba sobre la pista, con los motores ya en marcha. Los agentes subieron velozmente al Saab turbopropulsado. Sawyer se instaló junto al piloto, mientras Jackson y los miembros del equipo se ponían los cinturones de seguridad, en los asientos de atrás.

—Confiaba en volver a verte antes de que terminara todo esto, Lee —le gritó George Kaplan por encima del rugido de los motores, son riente.

—Demonios, no olvido a mis amigos, George. Además, eres el único hijo de puta lo bastante loco como para atreverse a volar con un tiempo como este.

Sawyer miró por la ventanilla del Saab. Lo único que vio extenderse ante él fue un enorme manto blanco. Se volvió a mirar a Kaplan, que se ocupaba de los

controles, mientras el avión rodaba hacia la pista de despegue. Una máquina quitanieves acababa de despejar una corta franja de la pista, pero esta volvía a cubrirse rápidamente de nieve. Ningún otro avión funcionaba con aquel tiempo porque el aeropuerto estaba oficialmente cerrado. Y todas las personas sensatas hacían caso de aquella orden.

Al fondo, Ray Jackson abrió unos ojos como platos y se sujetó al asiento mientras observaba fijamente por la ventanilla las infernales condiciones del tiempo. Miró a uno de los miembros del equipo de rescate de rehenes.

—Estamos como cabras, ¿lo sabías?

Sawyer se volvió en su asiento y sonrió burlescamente.

—Eh, Ray, sabes que puedes quedarte aquí si quieres. Ya te contaré la juerga cuando regrese.

—¿Quién demonios cuidaría entonces de tu sucio trasero? —le replicó Jackson.

Sawyer se echó a reír y se volvió a mirar a Kaplan. La sonrisa del agente se tornó en una repentina expresión de recelo.

—¿Conseguirás que este trasto despegue del suelo? —le preguntó.

—Prueba a volar a través del napalm para ganarte la vida. Entonces sabrás lo que es bueno —dijo Kaplan con una sonrisa burlesca.

Sawyer logró devolverle una débil sonrisa, pero observó lo intensamente concentrado que estaba Kaplan en los mandos, y cómo observaba continuamente las ráfagas de nieve. Finalmente, la mirada de Sawyer se detuvo en la vena palpitante situada en la sien derecha del piloto. Emitió un profundo suspiro, se abrochó el cinturón de seguridad todo lo apretadamente que pudo y se sujetó al asiento con ambas manos, mientras Kaplan hacía avanzar el regulador de potencia. El avión cobró rápidamente velocidad, dando tumbos y balanceándose a lo largo de la pista nevada. Sawyer miró hacia delante. Los focos del avión iluminaron un campo de tierra que indicaba el final de la pista; se acercaba hacia ellos a toda velocidad. Mientras el avión forcejeaba contra la nieve y el viento, se volvió de nuevo para mirar a Kaplan. La mirada del piloto registraba constantemente lo que tenía por delante, y luego se deslizó brevemente sobre su panel de instrumentos. Cuando Sawyer volvió a mirar hacia delante, el estómago se le subió a la garganta. Estaban al final de la pista. Los dos motores del Saab funcionaban a toda potencia, pero parecía como si eso no fuera a ser suficiente.

En la parte de atrás, Ray Jackson y cada uno de los miembros del equipo, cerraron los ojos. Una oración silenciosa se escapó por entre los labios de Kay Jackson al pensar en otro campo de tierra donde un avión había terminado su existencia, junto con las vidas de todos los que llevaba a bordo. De repente, el morro del avión se elevó hacia el cielo y el aparato despegó de la pista. Un sonriente Kaplan se volvió a mirar a Sawyer, que estaba más pálido que un minuto antes.

—¿Lo ves? Ya te dije que sería fácil.

Mientras se elevaban continuamente a través del cielo, Sawyer tocó la manga de

Kaplan.

—La pregunta que te voy a hacer ahora puede parecerle un poco prematura, pero cuando lleguemos a Maine, ¿disponemos de algún lugar donde aterrizar con este trasto?

Kaplan asintió con un gesto.

—Hay un aeropuerto regional en Portsmouth, pero eso está a dos horas en coche de Bell Harbor. Comprobé los mapas mientras cumplimentaba el plan de vuelo. Hay un aeródromo militar abandonado a diez minutos de Bell Harbor. Me puse en contacto con la policía estatal para asegurarme de que tuvieran disponible transporte para nosotros.

—¿Has dicho «abandonado»?

—Todavía se encuentra en condiciones de uso, Lee. Lo mejor de todo es que no tenemos que preocuparnos por el tráfico aéreo, gracias al tiempo. Vamos a poder dirigirnos directamente hacia allí.

—¿Quieres decir que nadie está tan loco como nosotros?

—De todos modos —asintió Kaplan con una sonrisa—, la mala noticia es que no hay torre operativa en ese aeródromo. Dependeremos de nosotros mismos para aterrizar, aunque nos van a colocar luces a lo largo de la pista. No te preocupes, estas cosas las he hecho muchas veces.

—¿Con un tiempo como este?

—Bueno, siempre hay una primera vez para cada cosa. Mira, este avión es tan sólido como una roca, y la instrumentación es de primera clase. No nos pasará nada.

—Si tú lo dices...

A varios miles de pies de altura, el avión se bamboleaba de un lado a otro, azotado por la nieve y los fuertes vientos. Una repentina ráfaga de aire pareció detener en seco el avance del Saab. Todos los que iban a bordo contuvieron al mismo tiempo la respiración cuando el avión se estremeció ante el asalto del viento y luego, repentinamente, descendió varios cientos de pies, antes de encontrarse con otra ráfaga. El avión se ladeó, casi se detuvo y volvió a caer, esta vez a mayor distancia. Sawyer miró por la ventanilla. Lo único que veía era todo blanco: nieve y nubes; en realidad, no sabía lo que era. Había perdido por completo el sentido de la orientación y de la elevación. Tenía la impresión de que la tierra firme podía encontrarse a unos pocos metros de distancia, acercándose a ellos demasiado rápidamente. Kaplan se volvió a mirarlo, con semblante serio.

—Está bien, lo admito. Esto está bastante feo. Aguantad, muchachos. Vamos a subir a diez mil pies de altura. Este frente tormentoso es bastante fuerte, pero no será tan profundo. Veamos si puedo conseguir un viaje más suave.

Durante los minutos siguientes sucedió más de lo mismo, mientras el avión se elevaba y descendía y, ocasionalmente, se desplazaba de costado. Finalmente, atravesaron el manto de nubes y emergieron a un cielo claro que se oscurecía rápidamente. Al cabo de un minuto más, el avión adoptó un vuelo nivelado y suave

rumbo hacia el norte.

Desde un aeródromo privado en una zona rural situada a unos sesenta kilómetros al oeste de Washington, otro avión privado, este de propulsión a chorro, se había elevado en el cielo, unos veinte minutos antes de que lo hicieran Sawyer y sus hombres. Volando a treinta y dos mil pies de altura y al doble de la velocidad del Saab, el avión podría llegar a Bell Harbor en la mitad del tiempo que tardarían en llegar allí los hombres del FBI.

Pocos minutos después de las seis de la tarde, Sidney y su padre se detuvieron ante la oficina de Correos de Bell Harbor. Bill Patterson entró en el edificio y esta vez salió llevando un paquete. El Cadillac se alejó después a toda velocidad. Patterson abrió un extremo del paquete y miró en su interior. Encendió la luz interior del coche para poder ver mejor. Sidney se volvió a mirarlo.

—¿Y bien?

—En efecto, es un disquete.

Sidney se relajó ligeramente. Se metió la mano en el bolsillo para extraer el papel donde tenía anotada la contraseña. Su rostro palideció cuando los dedos se introdujeron por el gran boquete abierto en el bolsillo y, por primera vez, se dio cuenta de que se le había desgarrado el interior de la chaqueta, incluido el bolsillo. Detuvo el coche y rebuscó frenéticamente en todos los demás bolsillos.

—¡Oh, Dios mío! Esto es increíble. —Golpeó el asiento con los puños—. ¡Maldita sea!

—¿Qué ocurre, Sid? —le preguntó su padre, tomándola por una mano.

Ella se derrumbó sobre el asiento.

—Llevaba anotada la contraseña en un papel que guardaba en la chaqueta. Ahora ha desaparecido. Seguramente la perdí en la casa, cuando aquel tipo hacía todo lo posible por clavarme un cuchillo.

—¿No la recuerdas?

—Es demasiado larga, papá. Y todo son números.

—¿Y no la tiene nadie más?

Sidney se humedeció los labios, con un gesto nervioso.

—Lee Sawyer la tiene. —Comprobó automáticamente el espejo retrovisor y volvió a poner el coche en marcha—. Puedo tratar de ponerme en contacto con él.

—Sawyer. ¿No es ese tipo corpulento que vino a casa?

—Sí.

—Pero el FBI te anda buscando. No puedes comunicarte con él.

—Papá, no te preocupes. Está de nuestra parte. Aguanta.

Giró para entrar en una gasolinera y se detuvo ante una cabina tele fónica. Mientras su padre montaba guardia en el coche, con la escopeta preparada, Sidney marcó el número de la casa de Sawyer. Mientras esperaba su respuesta vio una furgoneta blanca que entraba en la gasolinera. Llevaba placas de matrícula de Rhode Island. La miró recelosa durante un momento y luego se olvidó por completo de ella

cuando un coche de policía con dos guardias de tráfico del estado de Maine entró también en la gasolinera. Uno de ellos se bajó del coche. Se quedó petrificada cuando el policía miró hacia donde ella se encontraba. Luego, entró en el edificio de la gasolinera, donde también se vendían bocadillos y refrescos. Sidney dio rápidamente la espalda al otro policía y se subió el cuello del abrigo. Un minuto más tarde se encontraba de regreso en el coche.

—Santo Dios, cuando vi llegar a la policía creí que me iba a dar un ataque —dijo Patterson, que casi jadeaba.

Sidney puso el coche en marcha y abandonó el lugar lentamente. El policía estaba todavía en el interior de la gasolinera. Probablemente, habría ido a tomarse un café, imaginó.

—¿Lograste hablar con Sawyer?

Sidney negó con un gesto de la cabeza.

—Dios mío, esto es increíble. Primero tengo el disquete y no la contraseña. Luego, consigo la contraseña y pierdo el disquete. Ahora, vuelvo a recuperarlo y he vuelto a perder la contraseña. Creo que me estoy volviendo majareta.

—¿Dónde conseguiste esa contraseña?

—Del archivo de correo electrónico de Jason, en America Online. ¡Oh, Dios mío! Se enderezó de pronto en el asiento.

—¿Qué ocurre ahora?

—Puedo volver a acceder a ese mensaje guardado en el correo electrónico de Jason. —Sidney se derrumbó de nuevo en el asiento—. No, para eso necesito un ordenador.

Una sonrisa se extendió sobre el rostro de su padre.

—Tenemos uno.

Ella giró rápidamente la cabeza hacia él.

—¿Qué?

—He traído conmigo mi ordenador portátil. Ya sabes cómo consiguió Jason que me enganchara con esto de los ordenadores. Tengo mi Rolodex, mi cartera de inversiones, juegos, recetas y hasta información médica guardada en él. También tengo una cuenta abierta con America Online, con el *software* instalado. Y además, tiene un módem incorporado.

—Papá, eres maravilloso —dijo ella, besándolo en la mejilla.

—Solo hay un problema.

—¿Cuál?

—Que está en la casa de la playa, junto con todo lo demás.

Sidney se dio una palmada en la frente.

—¡Maldita sea!

—Bueno, vayamos a por él.

Ella negó con un violento gesto de la cabeza.

—Nada de eso, papá. Es demasiado arriesgado.

—¿Por qué? Estamos armados hasta los dientes. Hemos despistado a quienes te seguían, fueran quienes fuesen. Probablemente, creerán que hemos abandonado la zona hace tiempo. Solo tardaré un momento en conseguirlo y luego podemos regresar al motel, conectarlo y conseguir la contraseña.

—No sé, papá —dijo Sidney, vacilante.

—Mira, no sé lo que piensas tú, pero yo quiero ver lo que hay en este chisme. —Sostuvo el paquete en alto—. ¿Tú no?

Sidney se volvió a mirar el paquete y se mordió un labio. Finalmente, encendió el intermitente y se dirigió hacia la casa de la playa.

El avión de propulsión a chorro atravesó la capa de nubes bajas y se detuvo en el aeropuerto privado. Las extensas instalaciones situadas frente a las costas de Maine habían sido en otro tiempo el lugar de retiro veraniego de uno de los reyes del robo. Ahora se habían convertido en un destino solicitado entre las gentes acomodadas. Toda la zona se hallaba desierta en diciembre, donde solo se efectuaban trabajos semanales de mantenimiento, a cargo de una empresa local. Al no haber nada en varios kilómetros a la redonda, su aislamiento era precisamente uno de sus principales atributos. Apenas a trescientos metros de distancia de la pista, el Atlántico rugía y aullaba. Del avión descendió un grupo de personas de aspecto ceñudo, que fueron recibidas por un coche que les esperaba para conducirlos a la mansión, situada a un minuto de distancia. El avión giró y rodó hacia el extremo opuesto de la pista. Una vez allí se abrieron de nuevo sus puertas y otro hombre descendió y se dirigió andando rápidamente hacia la mansión.

Sidney forcejeaba con el Cadillac y se abría paso por la carretera nevada. Las máquinas quitanieves habían pasado varias veces por la dura superficie, pero estaba claro que la madre naturaleza les ganaba la partida. Incluso el gran Cadillac se balanceaba sobre la superficie desigual. Sidney se volvió hacia su padre.

—Papá, esto no me gusta. Deberíamos ir a Boston. Podemos estar allí en cuatro o cinco horas. Nos reuniremos con mamá y Amy y mañana por la mañana encontraremos otro ordenador.

El rostro de su padre adoptó una expresión muy tenaz.

—¿Con este tiempo? La autopista estará probablemente cerrada. Demonios, si la mayor parte del estado de Maine cierra en esta época del año. Ya casi estamos allí. Tú te quedas en el coche, dejando el motor en marcha, y yo regresaré antes de que puedas contar hasta diez.

—Pero papá...

—Sidney, no hay nadie por los alrededores. Estamos solos. Me llevaré la escopeta. ¿Crees que alguien puede intentar algo? Límitate a esperar en la carretera. No entres en el camino de acceso, así no nos quedaremos atrapados por la nieve.

Sidney consintió finalmente e hizo lo que se le decía. Su padre salió del coche, se inclinó y con una sonrisa en el rostro, le dijo:

—Empieza a contar hasta diez.

—¡Date prisa, papá!

Observó angustiada mientras su padre avanzaba sobre la nieve, con la escopeta en la mano. Luego, empezó a escudriñar la calle. Probablemente, su padre tenía razón. Al mirar el paquete que contenía el disquete, lo tomó y se lo guardó en el bolso. No estaba dispuesta a perderlo de nuevo. Se sobresaltó de repente cuando una luz se encendió en la casa. Luego, contuvo la respiración. Su padre necesitaba ver por dónde se movía. Ya casi lo habían conseguido. Un minuto más tarde miró de nuevo hacia la casa en el momento en que se cerraba la puerta delantera y unos pasos se aproximaban al coche. Su padre había sido rápido.

—¡Sidney! —Ladeó la cabeza de golpe y miró horrorizada mientras su padre salía precipitadamente a la terraza del segundo piso—. ¡Corre!

En el cegador blanco de la nieve, pudo ver unas manos que sujetaban a su padre y lo tiraban rudamente al suelo. Le oyó gritar de nuevo contra el viento y luego ya no lo volvió a oír. Unos faros se encendieron y la deslumbraron. Al darse media vuelta para mirar por el parabrisas, la furgoneta blanca ya casi se le había echado encima. Tuvo que haber avanzado hasta ese momento con las luces apagadas.

Entonces vio a la figura siniestra junto al coche y observó horrorizada cómo el cañón de una ametralladora empezaba a elevarse hacia su cabeza. Con un solo movimiento, apretó el dispositivo de cierre automático de las puertas, puso marcha atrás y apretó el acelerador. Al tiempo que se arrojaba de lado sobre el asiento, una ráfaga de ametralladora barrió la parte delantera del Cadillac, haciendo añicos la ventanilla del pasajero y la mitad del parabrisas. El extremo delantero del pesado vehículo se deslizó de lado bajo el repentino impulso, chocó contra carne humana y envió por los aires al que había disparado, en medio de un remolino de nieve. Finalmente, las ruedas del Cadillac se abrieron paso por entre las capas de nieve, se agarraron sobre el asfalto y el vehículo saltó hacia atrás. Cubierta por fragmentos de cristal, Sidney se enderezó en el asiento, tratando de controlar el coche que giraba, al tiempo que observaba la furgoneta que seguía avanzando sobre ella. Retrocedió a lo largo de la calle hasta que pasó ante el cruce que se alejaba de la playa. Luego, cambió la marcha, apretó el acelerador y coleteó a través del cruce. El coche se lanzó hacia delante, dejando tras de sí una estela de nieve, sal y gravilla. Al poco tiempo se encontró avanzando por la carretera, con la nieve y el viento aullando a través de las múltiples aberturas del Cadillac. Miró por el espejo retrovisor. Nada. ¿Por qué no la seguían? Casi se contestó inmediatamente a su propia pregunta, al tiempo que su mente empezaba a funcionar aceleradamente. Porque ahora tenían a su padre.

Allá vamos, muchachos. Agarraos.

Kaplan redujo la velocidad del aire, manipuló los controles del avión, y el aparato, bamboleándose de un lado a otro, apareció de repente por entre la capa de nubes bajas. A unos pocos kilómetros por delante, unas linternas encendidas, fijadas al endurecido suelo, señalaban los confines de la pista. Kaplan observó el iluminado camino que conducía a la seguridad y una sonrisa de orgullo se extendió sobre su rostro.

—Maldita sea, qué bueno soy.

El Saab aterrizó apenas un minuto más tarde, entre un remolino de nieve. Sawyer ya había abierto la puerta antes de que el avión dejara de rodar sobre la pista. Absorbió enormes cantidades del aire helado y las náuseas se le pasaron con rapidez. Los miembros del equipo de rescate de rehenes se tambalearon al bajar, y varios de ellos tuvieron que sentarse sobre la pista cubierta de hielo, respirando profundamente. Jackson fue el último en descender. Un ya recuperado Sawyer lo miró.

—Maldita sea, Ray, estás casi blanco.

Jackson empezó a decir algo, señaló con un dedo tembloroso a su compañero, se cubrió la boca con la otra mano y, sin decir nada, se dirigió con los otros miembros del equipo hacia el vehículo que les esperaba cerca. Al lado había un policía del estado de Maine, haciendo oscilar una linterna para guiarlos.

Sawyer inclinó la cabeza para introducirla por la portezuela del avión.

—Gracias por el paseo, George. ¿Vas a quedarte por aquí? No sé cuánto tiempo puede durar esto.

Kaplan no pudo ocultar la mueca.

—¿Bromeas? ¿Y perderme la oportunidad de llevaros a todos de regreso a casa? Estaré aquí mismo, esperando.

Con un gruñido por toda respuesta, Sawyer cerró la portezuela y echó a correr hacia el vehículo. Los otros ya estaban allí, esperándole. Al ver cuál era su vehículo de transporte, se detuvo en seco. Todos miraban la furgoneta de transporte de presos. El policía estatal los miró.

—Lo siento, chicos, pero es todo lo que hemos podido conseguir en tan poco tiempo para acomodaros a los ocho.

Los agentes del FBI subieron a la parte trasera de la furgoneta.

El vehículo tenía una pequeña ventanilla de alambre y cristal que comunicaba con la cabina delantera. Jackson la abrió para que el policía pudiera oírle.

—¿No puede poner algo de calefacción aquí atrás?

—Lo siento —contestó el hombre—. Un detenido que transportábamos se volvió loco y estropeó los ventiladores. Todavía no hemos tenido tiempo de arreglarlos.

Acurrucado en el banco, Sawyer vio nubes de aliento tan espeso que parecía como si se hubiera declarado un incendio. Dejó el rifle sobre el suelo y se frotó los ateridos dedos para calentárselos. Una fría corriente procedente de alguna grieta

invisible de la caja de la furgoneta le daba directamente entre los omóplatos. Sawyer se estremeció. «Santo Dios —pensó—, es como si alguien hubiera puesto la refrigeración a toda potencia». No había sentido tanto frío desde que investigara las muertes de Brophy y Goldman, en el garaje. En ese momento, recordó aquel otro reciente encuentro con los gélidos efectos del aire acondicionado..., el depósito de combustible del avión. La expresión de su rostro fue de la mayor incredulidad al establecer mentalmente la conexión.

—Oh, Dios mío.

Sidney se imaginó que los hombres que habían secuestrado a su padre solo tenían una forma de ponerse en contacto con ella. Se detuvo ante una tienda abierta, bajó del coche y se dirigió hacia el teléfono. Marcó el número de su casa, en Virginia. Al ponerse en marcha el contestador automático, hizo todo lo posible por reconocer la voz, pero no pudo. Se le dio un número al que tenía que llamar. Supuso que se trataba de un teléfono celular, antes que de un teléfono fijo. Respiró profundamente y marcó el número. Alguien contestó inmediatamente. Era una voz diferente a la del contestador automático, pero tampoco pudo identificarla. Tenía que conducir durante veinte minutos al norte de Bell Harbor, por la carretera 1, y tomar la salida hacia Port Haven. Luego, se le dieron instrucciones detalladas que la llevarían hasta un terreno aislado, entre Port Haven y la ciudad, más grande, de Bath.

—Quiero hablar con mi padre. —La petición le fue negada—. En ese caso no voy —aseguró—. Puedo imaginar que ya está muerto.

Se encontró ante un extraño silencio. El corazón le latía alocadamente en la caja torácica. El aire pareció desaparecer de sus pulmones al escuchar la voz.

—Sidney, cariño.

—Papá, ¿estás bien?

—Sid, lárgate de...

—¿Papá? ¿Papá? —gritó Sidney al teléfono.

Un hombre que salía de la tienda en ese momento, con una taza de café en la mano, se la quedó mirando, miró después hacia el Cadillac gravemente dañado y la escudriñó de nuevo. Sidney le devolvió la mirada y su mano se deslizó instintivamente hacia el arma de nueve milímetros que llevaba en el bolsillo. El hombre regresó apresuradamente a su furgoneta y se alejó.

Escuchó de nuevo la voz. Sidney disponía de treinta minutos para llegar a su destino.

—¿Cómo sé que lo dejarán cuando se lo entregue?

—No lo sabrá.

El tono de la voz no admitía oposición.

La abogada que había en Sidney, sin embargo, salió a relucir.

—Eso no es suficiente. Usted quiere el disquete, de modo que vamos a tener que llegar a un acuerdo.

—Tiene que estar bromeando. ¿Quiere que le devolvamos a su querido papaíto en

una bolsa de plástico?

—¿Así que nos encontramos en medio de ninguna parte, yo le entrego el disquete y usted nos deja marcharnos porque tiene un corazón bondadoso? Si acepto su propuesta, usted tendrá el disquete, mientras que mi padre y yo nos encontraremos en alguna parte del Atlántico, sirviendo de pasto para los tiburones. Tendrá que proponer algo mucho mejor si quiere lo que yo tengo.

Aunque el hombre cubrió el receptor con la mano, Sidney escuchó voces al otro lado de la línea; un par de ellas parecían enojadas.

—Se hace a nuestro modo o no hay trato.

—Muy bien, entonces me dirijo a la comisaría de la policía del estado. Procure enterarse de las noticias de la noche. Estoy segura de que no querrá perderse nada. Adiós.

—¡Espere!

Sidney no dijo nada durante un rato. Cuando lo hizo, habló con mucha más seguridad en sí misma de la que sentía en aquellos momentos.

—Estaré en el cruce de las calles Chaplain y Merchant, en pleno centro de Bell Harbor, dentro de treinta minutos. Estaré sentada en mi coche. Será fácil de ver... Es el único que dispone de un sistema extra de aire acondicionado. Solo tiene que hacer parpadear los faros dos veces. Deje salir a mi padre. Hay un restaurante justo en frente. En cuanto lo vea entrar allí, abriré la puerta del coche, dejaré el disquete sobre la acera y me marcharé. Tenga en cuenta que voy fuertemente armada y estoy más que preparada para enviar al infierno a tantos de ustedes como pueda.

—¿Cómo sabemos que es el disquete correcto?

—Quiero recuperar a mi padre. Será el disquete correcto. Solo es pero que se atraganten con él. ¿De acuerdo?

Ahora fue el tono de voz de Sidney el que no admitía réplica. Esperó la respuesta con ansiedad. «Dios mío, por favor, no dejes que se den cuenta de mi farol». Emitió un suspiro de alivio cuando finalmente le llegó la respuesta.

—Está bien. En treinta minutos.

Luego se cortó la comunicación.

Sidney regresó al coche y golpeó el tablero de mandos, frustrada. ¿Cómo demonios habían podido encontrarla a ella y a su padre? Era imposible. Le parecía como si la hubieran estado vigilando a ella y a su padre durante todo el tiempo. La furgoneta blanca también estuvo en la gasolinera. Probablemente, el ataque se habría producido allí de no haber sido por la oportuna llegada de los policías estatales. Se tumbó a lo largo del asiento delantero, al tiempo que trataba de controlar sus nervios. Apartó el bolso y lo abrió, solo para asegurarse de que el disquete seguía allí. El disquete a cambio de su padre. Pero una vez que se quedara sin él, se pasaría el resto de la vida huyendo de la policía. O, al menos, hasta que la pillaran. Menuda alternativa. Pero, en realidad, no tenía dónde elegir.

Al volver a sentarse, empezó a cerrar el bolso. Entonces se detuvo y sus

pensamientos regresaron a aquella noche, la noche en la limusina. Habían ocurrido tantas cosas desde que escapara por tan poco... Y sin embargo, no había escapado en realidad, ¿verdad? El asesino la había dejado marchar y también le permitió conservar su bolso, muy cortésmente. De hecho, lo habría olvidado por completo si él mismo no se lo hubiera arrojado. Se había sentido tan feliz de salir de aquello con vida que en ningún momento llegó a considerar por qué habría hecho él algo así... Empezó a revisar el contenido del bolso. Tardó un par de minutos, pero finalmente lo encontró, en el fondo. Había sido insertado a través de un corte en el forro del bolso. Lo sostuvo en la mano y lo miró fijamente. Un diminuto dispositivo de seguimiento.

Miró hacia atrás, al tiempo que un estremecimiento le recorría la columna. Volvió a poner el coche en marcha y aceleró. Por delante de ella, un camión volquete, convertido en máquina quitanieves, acababa de detenerse junto a la acera. Miró por el espejo retrovisor. No había nadie por detrás de ella. Bajó la ventanilla del lado del conductor, se acercó al camión y echó la mano hacia atrás, preparándose para arrojar el dispositivo de seguimiento hacia la parte trasera del camión. Entonces, con la misma rapidez, detuvo el movimiento del brazo y volvió a subir la ventanilla. El dispositivo de seguimiento seguía en su mano. Apretó el acelerador y dejó atrás el camión. Observó su pequeño compañero de viaje de los últimos pocos días. ¿Qué podía perder? Se dirigió rápidamente hacia el centro de la ciudad. Tenía que llegar lo antes posible al lugar acordado para la cita. Pero antes necesitaba algo de la tienda de comestibles.

El restaurante que Sidney había mencionado en su conversación telefónica estaba lleno de clientes hambrientos. A dos manzanas de distancia del punto de encuentro acordado, el Cadillac, con las luces apagadas, se hallaba aparcado junto al bordillo de la acera, cerca de la impresionante copa de un árbol de hoja perenne, rodeado por una valla de hierro forjado que llegaba hasta la altura de la pantorrilla. El interior del Cadillac estaba a oscuras, y la silueta del conductor apenas si era visible.

Dos hombres avanzaron con rapidez por la acera, mientras que otra pareja lo hacía por la acera contraria. Uno de ellos miraba un pequeño instrumento que sostenía en las manos; la pequeña pantalla de color ámbar tenía grabada una rejilla. Una luz roja aparecía brillantemente iluminada sobre la pantalla, señalando directamente hacia la posición del Cadillac. Los hombres se acercaron con rapidez al vehículo. Un arma se asomó a través del hueco donde antes había estado la ventanilla del lado del pasajero. Al mismo tiempo, otro hombre abrió de golpe la portezuela del lado del conductor. Los pistoleros miraron con asombro al conductor: una fregona, que llevaba encima una chaqueta de cuero, con una gorra de béisbol colocada hábilmente en lo alto.

La furgoneta blanca estaba aparcada en el cruce de las calles Chaplain y Merchant, con el motor encendido. El conductor miró su reloj, escudriñó la calle y luego encendió los faros dos veces. En el fondo de la furgoneta, Bill Patterson estaba tumbado en el suelo, atado de pies y manos, con la boca tapada por una cinta

adhesiva. El conductor volvió la cabeza bruscamente cuando se abrió de golpe la puerta del pasajero y una pistola de nueve milímetros le apuntó directamente a la cabeza. Sidney subió a la furgoneta. Ladeó la cabeza hacia atrás para asegurarse de que su padre estaba bien. Ya lo había visto por la ventanilla de atrás cuando distinguió la furgoneta, apenas un minuto antes. Imaginó que tenían que estar preparados para entregarle realmente a su padre.

—Deja tu arma en el suelo. Cógela por el cañón. Si tu dedo se acerca al gatillo, vaciaré todo el cargador en tu cabeza. ¡Hazlo! —El conductor se apresuró a hacer lo que se le ordenaba—. ¡Y ahora, fuera de aquí!

—¿Qué?

Adelantó el cañón de la pistola hasta colocarlo contra la nuca, donde presionó dolorosamente contra una vena.

—¡Sal de aquí!

Cuando el hombre abrió la puerta y le dio la espalda, Sidney levantó las piernas sobre el asiento, las hizo retroceder y le propinó un empujón con todas sus fuerzas. El hombre cayó de bruces sobre el pavimento. Sidney cerró la portezuela, saltó al asiento del conductor y apretó el acelerador. Las ruedas de la furgoneta ennegrecieron la nieve blanca y luego salieron disparadas.

Diez minutos después de haber salido de la ciudad, Sidney detuvo la furgoneta, saltó a la parte trasera y desató a su padre. Los dos permanecieron un rato abrazados, con los cuerpos temblorosos a causa de encontradas emociones de temor y alivio.

—Necesitamos otro coche. No me fío de ellos. Seguramente han instalado un dispositivo de seguimiento también en este. Y, de todos modos, andarán buscando la furgoneta —dijo Sidney mientras volvían a la carretera.

—Hay un negocio de alquiler de coches a unos cinco minutos. Pero ¿por qué no acudimos a la policía, Sid? —preguntó su padre, frotándose las muñecas.

Los ojos hinchados y los nudillos agrietados demostraban la resistencia que había ofrecido el viejo. Sidney respiró profundamente y le miró.

—Papá, no sé qué hay en ese disquete. Si no es suficiente para...

Su padre la miró y empezó a darse cuenta de que, después de todo, podía perder a su hija.

—Será suficiente, Sidney. Si Jason se tomó la molestia de enviártelo, tiene que ser suficiente.

Ella le sonrió, pero su expresión se hizo sombría.

—Tenemos que separarnos, papá.

—No te dejaré de ningún modo.

—El hecho de que estés conmigo te convierte ahora en una molestia. Pero te diré una cosa: no iré a la cárcel.

—Eso no me importa lo más mínimo.

—Está bien. ¿Qué me dices entonces de mamá? ¿Qué le sucederá a ella? ¿Y a Amy? ¿Quién estará a su lado para protegerlas?

Patterson se dispuso a decir algo, pero se detuvo. Frunció el ceño y miró por la ventanilla. Finalmente, la miró a ella.

—Iremos juntos a Boston y luego hablaremos del asunto. Si entonces todavía quieres que nos separemos, que así sea.

Mientras Sidney permanecía sentada en la furgoneta, Patterson entró en el local de alquiler de coches. Al salir, pocos minutos más tarde, y acercarse a la furgoneta, Sidney bajó la ventanilla.

—¿Lo has alquilado? —le preguntó Sidney.

—Lo tendrán preparado en cinco minutos —asintió Patterson—. He conseguido un espacioso cuatro puertas. Puedes dormir en la parte trasera. Yo conduciré. Estaremos en Boston en cuatro o cinco horas.

—Te quiero, papá.

Sidney volvió a subir la ventanilla y, ya con la furgoneta en marcha, se alejó. Su asombrado padre corrió tras ella, pero la furgoneta desapareció rápidamente de la vista.

—¡Santo Dios! —exclamó Sawyer, que miró por la ventanilla, con una visibilidad casi nula—. ¿No podemos ir más de prisa? —le gritó al policía a través de la ventanilla.

Ya habían visto los destrozos de la casa de los Patterson, en la playa, y ahora buscaban desesperadamente a Sidney Archer y a su familia por todas partes.

El policía le gritó:

—Si vamos más de prisa, terminaremos muertos en alguna zanja.

«Muertos. ¿Es así como estará ahora Sidney Archer?». Sawyer miró su reloj. Se metió la mano en el bolsillo, en busca de un cigarrillo. Jackson le miraba.

—Maldita sea, Lee, no empieces a fumar aquí. Tal como están las cosas, ya es bastante difícil respirar.

Los labios de Sawyer se abrieron al tocar el delicado objeto que llevaba en el bolsillo. Luego, extrajo lentamente la tarjeta.

Cuando Sidney salió de la ciudad, decidió mantener controladas sus emociones y dejar que actuaran hábitos adquiridos desde hacía mucho tiempo. Durante lo que le pareció una eternidad, no había hecho sino reaccionar ante una serie de crisis, sin tener la oportunidad de pensar bien las cosas. Era abogada y se la había formado para ver los hechos lógicamente, para considerar los detalles y luego trabajar con ellos para formarse una imagen general. Desde luego, disponía de cierta información con la que empezar. Jason había trabajado con los datos de Tritón para alcanzar el acuerdo con CyberCom. Eso lo sabía con toda seguridad. Jason había desaparecido en circunstancias misteriosas, y le había enviado un disquete que contenía cierta información. Eso también era un hecho. Jason no vendía secretos a la RTG, no con Brophy formando parte del paisaje. Eso también lo tenía claro. Y luego estaban los datos financieros. Aparentemente, Tritón se había limitado a entregarlos. Entonces ¿por qué aquella escena en la reunión que hubo en Nueva York? ¿Por qué había

exigido Gamble hablar con Jason acerca de su trabajo con los datos, sobre todo después de haberle enviado un mensaje electrónico felicitándolo por un trabajo bien hecho? ¿Por qué tomarse tantas molestias para hablar con Jason por teléfono? ¿Por qué colocarla a ella en una situación como aquella?

Disminuyó la marcha y salió de la carretera. A menos que, ya desde el principio, el intento consistiera en situarla en una posición insostenible. En hacerla aparecer como una embustera. Las sospechas la habían seguido desde ese mismo instante. ¿Qué había exactamente en aquellos datos del almacén? ¿Eran los mismos que estaban en el disquete? ¿Se trataba de algo que Jason había descubierto? Esa noche, la limusina de Gamble la había llevado hasta su casa; evidentemente, deseaba algunas respuestas. ¿Podría haber estado intentando acaso descubrir si Jason se lo había contado todo a ella?

Tritón había sido un cliente desde hacía varios años. Se trataba de una empresa grande y poderosa, con un oscuro pasado. Pero ¿cómo se relacionaba eso con todas las demás cosas? Las muertes de los hermanos Page. Tritón superando a la RTG en el acuerdo con CyberCom. Mientras Sidney pensaba una vez más en aquel horrible día en Nueva York, algo pareció conectarse en su mente. Irónicamente, tuvo el mismo pensamiento que Lee Sawyer había tenido antes, pero por una razón diferente: una representación.

«¡Dios mío!». Tenía que ponerse en contacto con Sawyer. Puso la furgoneta en marcha y regresó a la carretera. Un repiqueteo estridente interrumpió sus pensamientos. Miró a su alrededor, en el interior de la furgoneta, buscando la fuente de la que procedía el sonido, hasta que vio el teléfono celular colocado sobre una plancha magnética, sujeta a la parte inferior del tablero de instrumentos. No lo había visto hasta ese momento. ¿Estaba sonando? Su mano descendió automáticamente para contestar y luego se apartó. Finalmente, tomó el teléfono.

—¿Sí?

—Creía que no tenía la intención de ponerse a jugar —dijo la voz, encolerizada.

—Así era. Y usted se olvidó de mencionar que había colocado un dispositivo de seguimiento en mi bolso, y que solo esperaba saltar sobre mí.

—Está bien. Hablemos del futuro. Queremos el disquete y nos lo va a traer. ¡Ahora mismo!

—Lo que voy a hacer es colgar. ¡Ahora mismo!

—Yo, en su lugar, no lo haría.

—Mire, si lo que trata de hacer es mantenerme al teléfono para localizarme, no le va a...

La voz de Sidney se interrumpió y todo su cuerpo se puso en tensión al escuchar la voz que sonó al otro lado de la línea.

—¿Mamá? ¿Mamá?

Con la lengua tan grande como un puño, Sidney no pudo contestar. El pie se apartó del acelerador; los brazos muertos ya no tenían fuerzas para dirigir la

furgoneta. El vehículo perdió velocidad y se deslizó hacia un montón de nieve, en la cuneta.

—¿Mamá? ¿Papá? ¿Vais a venir? —preguntó la voz, que parecía terriblemente asustada.

Sidney, con náuseas en el estómago y todo su cuerpo temblándole incontrolablemente, consiguió hablar.

—Aa... my, cariño.

—¿Mamá?

—Cariño, soy mamá. Estoy aquí.

Un río de lágrimas recorrió las mejillas de Sidney. Oyó que alguien tomaba el teléfono.

—Diez minutos. Ahora le doy las indicaciones.

—Deje que hable de nuevo con ella..., ¡por favor!

—Ahora la quedan nueve minutos y cincuenta segundos.

A Sidney se le ocurrió un pensamiento repentino. ¿Y si se trataba de una cinta grabada?

—¿Cómo sé que la tienen realmente ustedes? Eso podría ser una grabación.

—Muy bien. Si quiere correr ese riesgo, no venga.

El que así hablaba parecía estar muy seguro de sí mismo. No había modo alguno de que Sidney estuviera dispuesta a correr ese riesgo. Y la persona que estaba al otro lado de la línea también lo sabía.

—Si le hacen algún daño...

—No nos interesa la niña. Ella no puede identificarnos. Una vez que todo haya terminado, la dejaremos en un lugar seguro. —Hizo una pausa, antes de añadir—: Usted, sin embargo, no se unirá a ella. Sus lugares de seguridad se han agotado.

—Déjela en libertad. Se lo ruego. Solo es una niña.

Sidney temblaba tanto que apenas si podía mantener el teléfono apretado junto a la boca.

—Será mejor que anote la dirección que le voy a dar. No querrá perderse, ¿verdad? Si no aparece, no quedará ningún trozo de su hija que pueda identificar.

—Iré —dijo con voz ronca, y la comunicación se interrumpió.

Regresó a la carretera. Un pensamiento repentino cruzó por su mente. ¡Su madre! ¿Dónde estaba su madre? La sangre parecía estar congelándose en sus venas, mientras mantenía las manos aferradas al volante. Otro sonido de repiqueteo invadió el interior de la furgoneta. Con mano temblorosa, Sidney tomó el teléfono, pero allí no había nadie. De hecho, el repiqueteo era diferente. Volvió a salir de la carretera y buscó desesperadamente por todas partes. Finalmente, su mirada se detuvo sobre el asiento situado junto a ella. Miró su bolso y, lentamente, introdujo la mano y extrajo el objeto. Escrito sobre la pequeña pantalla del busca aparecía un número de teléfono que no reconoció. Se dispuso a apagar el dispositivo. Probablemente, era un número equivocado. No podía imaginar que alguien de la empresa de abogados o un cliente

trataran de ponerse en contacto con ella; acababa de abandonar la asesoría legal. ¿Podría tratarse de Jason? Si era Jason, el momento elegido para llamarla sería el peor de todos. El dedo permaneció situado sobre el botón de borrado. Finalmente, se colocó el busca sobre el regazo, tomó el teléfono celular y marcó el número que aparecía en la pequeña pantalla.

La voz que brotó desde el otro extremo de la línea fue suficiente para que contuviera la respiración. Por lo visto, aún podían ocurrir milagros.

El edificio principal de la mansión de vacaciones estaba a oscuras y su alejamiento parecía todavía más intenso gracias a la muralla de frondosos árboles de hoja perenne que había por delante. Cuando la furgoneta entró en el largo camino de acceso, dos guardias armados surgieron ante el camino de entrada para salir a su encuentro. La ventisca había disminuido considerablemente su intensidad durante los últimos minutos. Por detrás de la casa, las oscuras y tenebrosas aguas del Atlántico asaltaban la costa.

Uno de los guardias se apartó de un salto cuando la furgoneta continuó avanzando hacia ellos, sin hacer la menor señal de detenerse.

—¡Mierda! —gritó, al tiempo que los dos hombres se apartaban apresuradamente del camino. La furgoneta pasó ante ellos, cruzó la puerta delantera, aplastándola, y se detuvo bruscamente, todavía con las ruedas girando, al golpear contra una pared interior de más de un metro de espesor. Un momento más tarde, varios hombres fuertemente armados rodearon la furgoneta y arrancaron la dañada puerta. No había nadie dentro de la furgoneta. Las miradas de los hombres se dirigieron hacia el receptáculo donde tendría que haber estado el teléfono celular. El teléfono se encontraba por completo bajo el asiento delantero, y el cordón era invisible bajo la débil iluminación del techo. Probablemente, pensaron que el teléfono se había desprendido a causa del impacto, en lugar de haber sido deliberadamente colocado allí.

Sidney, mientras tanto, entró en la casa por la parte de atrás. Cuando el hombre le dio la dirección del lugar, Sidney lo reconoció en seguida. Ella y Jason habían estado allí varias veces y estaba muy familiarizada con el plano del interior. Tomó por un atajo y llegó en la mitad de tiempo que le habían indicado los secuestradores de su hija. Utilizó aquellos preciosos minutos de más para atar el volante y el acelerador de la furgoneta con una cuerda que encontró en la parte trasera del vehículo. Ahora, aferraba la pistola, con el dedo posado ligeramente sobre el gatillo, mientras recorría las habitaciones a oscuras de la mansión. Estaba bastante segura, al menos con un noventa por ciento de probabilidades, de que Amy no se encontraba allí. Ese diez por ciento de duda fue lo que le indujo a utilizar la furgoneta como una diversión para poder realizar un intento de rescate de su hija, por improbable que fuese. No se hacía ilusiones. Si aquellos hombres tenían a Amy en su poder, no la dejarían en libertad.

Por encima de ella, escuchó el sonido de voces airadas y de pasos que corrían hacia la parte delantera de la casa. Volvió la cabeza hacia la izquierda cuando unos

pasos resonaron por el pasillo. Esa persona no corría, y su paso era lento y metódico. Se ocultó entre las sombras y esperó a que pasara. En cuanto lo hubo hecho, le apretó el cañón de la pistola directamente contra la nuca.

—Si haces un solo movimiento, estás muerto —le dijo con una fría determinación—. Las manos encima de la cabeza.

Su prisionero la obedeció. Era alto, de hombros anchos. Lo palmeó en busca de su arma y la encontró en la funda que le colgaba del hombro. Se introdujo la pistola del hombre en el bolsillo de la chaqueta y lo empujó hacia delante. La gran habitación que se encontraba por delante se hallaba bien iluminada. Sidney no pudo escuchar ningún sonido procedente de aquel espacio, pero no creía que el silencio durara mucho tiempo. Pronto imaginarían cuál había sido su estratagema, si es que no lo habían hecho ya. Empujó al hombre para que se apartara de la luz y lo dirigió por un pasillo en penumbras.

Llegaron ante una puerta.

—Ábrela y entra —le dijo.

El hombre abrió la puerta y ella lo empujó hacia el interior. Con una mano, tanteó la pared, en busca del interruptor de la luz. Una vez encendidas las luces, cerró la puerta y miró el rostro del hombre.

Richard Lucas le devolvió fijamente la mirada.

—No parece sorprendida —le dijo Lucas, con voz serena e inexpresiva.

—Digamos que ya nada me sorprende —replicó Sidney—. Siéntate —le ordenó con un movimiento del arma, indicándole una silla de respaldo recto—. ¿Dónde están los otros?

—Aquí, allá, por todas partes —contestó Lucas con un encogimiento de hombros—. Hay muchos, Sidney.

—¿Dónde está mi hija? ¿Y mi madre? —Lucas guardó silencio. Sidney sujetó el arma con las dos manos y le apuntó directamente al pecho—. No quiero tonterías contigo. ¿Dónde están?

—Cuando era agente de la CIA fui capturado y torturado por la KGB durante dos meses, antes de que pudiera escapar. En ningún momento les dije nada, y no voy a decírtelo a ti tampoco —contestó Lucas con serenidad—. Y si piensas utilizarme para cambiarme por tu hija, olvídalo. Así que ya puedes ir apretando ese gatillo si quieres, Sidney.

El dedo de Sidney tembló sobre el gatillo y ella y Lucas entablaron un forcejeo de miradas. Finalmente, ella lanzó un juramento por lo bajo y bajó el arma. Una sonrisa se extendió sobre los labios de Lucas.

Ella pensó con rapidez. «Muy bien, hijo de puta».

—¿De qué color es el sombrero que llevaba Amy? ¿De colores llamativos? Si la tenéis, deberías saberlo.

La sonrisa desapareció de los labios de Lucas. Hizo una pausa y finalmente contestó:

—Es algo así como beige.

—Buena respuesta. Algo neutral, que puede aplicarse a muchos colores diferentes. —Hizo una pausa y una enorme oleada de alivio se extendió sobre ella—. Solo que Amy no llevaba ningún sombrero.

Lucas empezó a moverse para lanzarse desde la silla. Un segundo más rápida que él, Sidney le aplastó la pistola contra la cabeza. Lucas cayó al suelo hecho un ovillo, inconsciente. Ella se irguió sobre el cuerpo caído.

—Eres un verdadero asno.

Sidney salió de la habitación y avanzó por el pasillo. Oyó que unos hombres se acercaban desde la dirección por donde había penetrado en la casa. Cambió de dirección y se dirigió de nuevo hacia la habitación iluminada que había visto antes. Miró a la vuelta de la esquina. La luz procedente del interior era suficiente para permitirle mirar el reloj. Rezó una oración en silencio y entró en la habitación, agachada, para situarse por detrás de un alargado sofá con respaldo de madera tallada. Miró a su alrededor y vio una pared con puertas correderas que daba visiblemente al lado del océano. La habitación era enorme, con techos muy altos, de por lo menos seis metros. Una segunda terraza interior corría a lo largo de un lado de la estancia. En otra pared había una colección de libros exquisitamente encuadernados. Había muebles muy cómodos situados por todas partes.

Sidney se encogió todo lo que pudo, ocultándose, cuando un grupo de hombres armados, todos vestidos con monos negros, entraron en la habitación por otra puerta. Uno de ellos ladró algo por un *walkie-talkie*. Al oír sus palabras, se dio cuenta de que ellos ya sabían de su presencia. Solo era una cuestión de tiempo que terminaran por encontrarla. Con la sangre martilleándole en los tímpanos, salió de la habitación, manteniéndose fuera de la vista, oculta tras el sofá. Una vez en el pasillo, regresó rápidamente hacia la habitación donde había dejado a Lucas, con la intención de utilizarlo como su pase de salida. Quizá no les importara matar a Lucas con tal de apoderarse de ella, pero ahora era la única opción que le quedaba.

Su plan se encontró inmediatamente con un problema en cuanto descubrió que Lucas ya no estaba en aquella habitación. Le había golpeado muy fuerte, y le extrañó la capacidad de recuperación de aquel hombre. Al parecer, no bromeaba con aquella historia sobre la KGB. Salió nuevamente de la habitación y echó a correr dirigiéndose hacia la puerta por donde había entrado en la casa. Sin duda alguna, Lucas daría la alarma. Probablemente, solo disponía de unos pocos segundos para escapar. Se encontraba ya a poca distancia de la puerta cuando lo oyó.

—Mamá, mamá.

Sidney se giró en redondo. Los gemidos de Amy se escuchaban pasillo abajo.

—¡Oh, Dios mío!

Sidney se volvió y echó a correr hacia el lugar de donde procedía el sonido.

—¿Amy? ¡Amy!

Las puertas de la habitación grande en la que antes había estado se hallaban ahora

cerradas. Las abrió de golpe y entró precipitadamente en la estancia, respirando entrecortadamente, buscando atolondradamente a su hija.

Nathan Gamble la miró fijamente, al tiempo que Richard Lucas aparecía tras ella. No estaba sonriendo. Mostraba un lado de la cara visiblemente hinchado. Sidney fue rápidamente desarmada y sujeta por los hombres de Gamble. Le quitaron el disquete del bolso y se lo entregaron a Gamble.

Gamble sostenía en la mano un sofisticado artilugio reproductor de sonidos, del que brotó de nuevo la voz de Amy: «¿Mamá? ¡Mamá!».

—En cuanto descubrí que su esposo me seguía la pista, hice poner dispositivos de escucha en su casa —le explicó Gamble—. De ese modo se consiguen buenas cosas.

—Hijo de puta —exclamó Sidney, mirándolo con ojos encendidos—. Sabía que era un truco.

—Debería haberle hecho caso a sus instintos, Sidney. Yo siempre lo hago.

Gamble apagó la grabadora y se dirigió hacia una mesa de despacho situada contra la pared. Por primera vez, Sidney observó que allí había un ordenador portátil, ya preparado. Gamble tomó el disquete y lo introdujo. Luego se sacó un trozo de papel del bolsillo y la miró.

—Su esposo tuvo una buena idea con lo de la contraseña. Todo hacia atrás. Usted es inteligente, pero me imagino que eso no llegó a adivinarlo, ¿verdad? —Su rostro se arrugó en una sonrisa cuando desvió la mirada desde el trozo de papel hasta Sidney—. Siempre supe que Jason era un tipo listo.

Utilizando un solo dedo, Gamble pulsó una serie de teclas sobre el teclado y estudió la pantalla. Mientras lo hacía, encendió un puro. Satisfecho con el contenido del disquete, se sentó en la silla, cruzó las manos sobre el pecho y arrojó la ceniza del puro al suelo.

Ella no apartaba la mirada de él.

—Hay buenos cerebros en la familia. Lo sabía todo, Gamble.

—Creo que no sabe una mierda —replicó él con serenidad.

—¿Qué me dice de los miles de dólares que ganó especulando con las variaciones de las tasas de interés de los fondos federales? Los mismos miles de millones de dólares que utilizó para construir Tritón Global.

—Interesante. ¿Cómo lo averiguó?

—Conocía las respuestas antes de que se dieran las pruebas. Estaba chantajeando a Arthur Lieberman. El poderoso hombre de negocios incapaz de ganar un solo centavo sin engañar a alguien. —Casi escupió aquellas últimas palabras. Los ojos de Gamble relucieron ominosamente al mirarla—. Entonces, Lieberman amenaza con descubrirle y su avión se estrella.

Gamble se levantó y avanzó lentamente hacia Sidney, con la mano convertida en un puño que parecía cargado de plomo.

—Gané miles de millones por mi propia cuenta. Entonces, unos competidores celosos pagaron a un par de mis intermediarios para obtener información secreta

sobre mí. No podía demostrar nada, pero ellos terminaron con trabajos muy cómodos y yo perdí todo lo que tenía. ¿Lo considera justo? —Dejó de avanzar hacia ella y respiró profundamente—. Sin embargo, tiene razón. Me enteré de la pequeña vida secreta de Lieberman. Conseguí dinero suficiente como para rodearme de lujos y esperar a que llegara mi momento. Pero no fue tan sencillo. —Sus labios se curvaron en una sonrisa maligna—. Esperé a que las personas que me habían jodido tomaran sus posiciones de inversión en las tasas de interés, y luego yo mismo tomé la posición contraria y le dije a Lieberman por dónde tenía que ir. Una vez que todo hubo terminado, volví a encontrarme en lo más alto y aquellos tipos no podían permitirse ni una taza de café. Todo muy bonito y muy limpio, y condenadamente dulce.

El rostro de Gamble se iluminó al recordar su triunfo personal.

—La gente que se mete conmigo recibe su merecido. Solo que yo les pago mucho peor. Como le sucedió a Lieberman. Como soy un tipo generoso, le pagué a ese hijo de puta más de cien millones de dólares por haber hecho su trabajo con las tasas de interés. ¿Y cómo se le ocurrió demostrarme su gratitud? Intentó acabar conmigo. ¿Acaso tuve yo la culpa de que enfermara de cáncer? Creyó que podía ser más listo que yo, la gran leyenda de la Ivy League. No pensó que yo sabía que se estaba muriendo. Cuando hago negocios con alguien, lo descubro todo sobre él. ¡Absolutamente todo! —El rostro de Gamble se encendió por un instante para terminar por expresar una mueca astuta—. Lo único que lamento es no haber visto una fotografía de su cara cuando se estrelló aquel avión.

—No creía que se decidiera a provocar una matanza, Nathan. Hombres, mujeres y niños.

Gamble pareció repentinamente preocupado y dio una nerviosa chupada a su puro.

—¿Cree acaso que me gustó hacer eso? Mi negocio es ganar dinero, no matar a la gente. Si hubiera encontrado alguna otra forma, lo habría hecho. Yo tenía dos problemas: Lieberman y su esposo. Ambos sabían la verdad, así que tuve que librarme de los dos. El avión era la única forma de vincularlos a los dos: matar a Lieberman y arrojar la culpa sobre su marido. Si hubiera podido comprar todos los billetes de ese avión, excepto el de Lieberman, lo habría hecho. —Hizo una pausa y la miró—. Si eso hace que se sienta algo mejor, le diré que mi fundación de obras de caridad ya ha entregado diez millones de dólares a las familias de las víctimas.

—Estupendo, ahora resulta que se presenta como benefactor a partir de su propio trabajo sucio. ¿Cree que el dinero es la respuesta a todo?

Gamble exhaló una nubecilla de humo.

—Le sorprendería comprobar con qué frecuencia lo es. Y lo cierto es que yo no tenía que hacer nada por esas familias. Las cosas son como le dije a su amigo Wharton. Cuando voy detrás de alguien que me ha jodido, no me importa quién se interpone en mi camino. Mala suerte si lo hace.

La expresión del rostro de Sidney se endureció repentinamente.

—¿Como Jason? ¿Dónde está? ¿Dónde está mi esposo, hijo de puta?

Gritó las palabras de un modo descontrolado, furiosa, y se habría lanzado contra Gamble si sus hombres no la hubieran sujetado. Gamble se situó directamente delante de ella y su puño se estrelló contra la mandíbula de Sidney.

—¡Cierre el pico!

Sidney, que se recuperó rápidamente, se liberó un brazo de un tirón y arañó la cara de Gamble con sus uñas. Asombrado, el hombre retrocedió, llevándose una mano a la piel desgarrada.

—¡Maldita sea! —gritó.

Gamble se apretó un pañuelo contra la cara, mirándola con furia. Sidney le devolvió la mirada. Le temblaba todo el cuerpo a causa de toda la furia que sentía, más de la que había sentido en toda su vida. Finalmente, Gamble le hizo una seña a Lucas, que abandonó la estancia por un momento. Cuando regresó, no llegó solo.

Instintivamente, Sidney retrocedió al ver entrar en la habitación a Kenneth Scales. El hombre miró a Sidney Archer con unos ojos que despedían un odio intenso. Ella se volvió a mirar a Gamble, que bajó la mirada y suspiró, mientras se volvía a guardar el pañuelo en el bolsillo y se tocaba la cara con cuidado.

—Supongo que me lo merecía. Ya sabe que no tenía intención de matarla, pero usted no pudo dejar las cosas como estaban, ¿verdad? —Se pasó una mano por el cabello—. No se preocupe por su hija. Crearé un gran fondo para ella. Debería estarme agradecida por haber pensado en todo.

Le hizo un gesto a Scales para que se adelantara.

—¿De veras? —le gritó Sidney—. ¿Pensó también que si yo podía descubrirlo, también se le podía haber ocurrido a Sawyer? —Gamble la miró fijamente—. Como por ejemplo el hecho de que chantajease a Arthur Lieberman al conectarlo con Steven Page. Pero cuando Lieberman estaba a punto de ser nombrado para el cargo en la Reserva, Page contrajo el sida y amenazó con hacerlo saltar todo por los aires. ¿Y qué hizo entonces? Lo mismo que le hizo a Lieberman. Ordenó que asesinaran a Page.

La respuesta de Gamble la dejó asombrada.

—¿Por qué demonios tendría que haber ordenado su muerte? Trabajaba para mí.

—Está diciendo la verdad, Sidney.

Ella giró la cabeza bruscamente y miró hacia el lugar de donde procedía la voz. Quentin Rowe entró en la habitación. Gamble lo miró fijamente, con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo demonios has logrado entrar aquí?

Rowe apenas se dignó mirarlo.

—Supongo que olvidabas que dispongo de mi propia *suite* privada en el avión de la empresa. Además, me gusta comprobar que los proyectos se llevan a cabo, hasta su terminación.

—¿Dice ella la verdad? ¿Hiciste asesinar a tu propio amante?

—Eso es algo que a ti no te importa —contestó Rowe, que lo miró con calma.

—Se trata de mi empresa. Todo lo que le afecte me importa.

—¿De tu empresa? No lo creo. Ahora que tenemos a CyberCom, ya no te necesito. Mi pesadilla ha terminado por fin.

El rostro de Gamble enrojeció. Le hizo una seña a Richard Lucas.

—Creo que necesitamos enseñarle a este imbécil algo de respeto hacia su superior. —Richard Lucas extrajo su arma, pero Gamble negó con un gesto de la cabeza—. Solo vapuléalo un poco —dijo, con mirada maliciosamente brillante.

Pero el brillo se apagó rápidamente cuando Lucas hizo girar la pistola hacia su dirección y el puro se le cayó de la boca al jefe de la Tritón.

—¡Qué demonios es esto! Traidor, hijo de puta...

—¡Cállate! —le rugió Lucas—. Cierra el pico o te vuelo los sesos ahora mismo. Te juro que lo hago.

La mirada de Lucas se fijó intensamente en el rostro de Gamble y este se apresuró a cerrar la boca.

—¿Por qué, Quentin? —Las palabras parecieron flotar suavemente a través de la estancia—. ¿Por qué?

Rowe se volvió y se encontró con la mirada de Sidney fija en él. Respiró profundamente.

—Cuando compró mi empresa, Gamble redactó los documentos legales de tal modo que técnicamente controlaba mis ideas, todo. En esencia, me poseyó también a mí. —Por un momento, miró al ahora dócil Gamble, con una expresión de asco apenas disimulada. Luego se volvió a mirar a Sidney y adivinó sus pensamientos—. Sí, ya sé, la pareja más extraña del mundo.

Se sentó ante la mesa, delante del ordenador y miró fijamente la pantalla mientras seguía hablando. La cercanía del equipo de alta tecnología parecía tranquilizar aún más a Quentin Rowe.

—Pero, entonces, Gamble perdió todo su dinero. Mi empresa no iba a ninguna parte. Le rogué que me permitiera librarme del trato acordado entre nosotros, pero dijo que me perseguiría ante los tribunales durante años si me atrevía a hacerlo. No sabía qué hacer. Entonces, Steven conoció a Lieberman y se concibió el complot.

—Pero tú hiciste matar a Page. ¿Por qué? —Rowe no contestó—. ¿Intentaste descubrir quién le transmitió el sida? —Robert seguía sin contestar. Unas lágrimas cayeron sobre el teclado—. ¿Quentin?

—Yo se lo transmití. ¡Yo lo hice! —explotó Rowe desde su silla. Se levantó, se tambaleó un momento y luego se derrumbó de nuevo sobre el asiento. Continuó hablando con un tono de voz doloroso—: Cuando Steve me dijo que las pruebas dieron positivo, no pude creerlo. Pensamos que podía haber sido Lieberman. Conseguimos una copia de su expediente médico. Estaba limpio. Fue entonces cuando me sometí a un examen. —Le empezaron a temblar los labios—. Y entonces me dijeron que yo también era seropositivo. Lo único en lo que se me ocurrió pensar fue en una condenada transfusión de sangre que me hicieron cuando tuve un

accidente de coche. Comprobé las cosas con el hospital y descubrí que algunos otros pacientes sometidos a cirugía también habían contraído el virus durante el mismo período. Se lo conté todo a Steven. Me importaba mucho. Jamás me había sentido tan culpable en toda mi vida. Creía que él lo comprendería. —Rowe respiró profundamente—. Pero no fue así.

—¿Amenazó con delatarte? —preguntó Sidney.

—Habíamos llegado demasiado lejos, trabajado demasiado duro. Steven ya no podía pensar con claridad y una noche... —Rowe sacudió la cabeza, sumido en el más completo abatimiento—. Una noche acudió a mi apartamento. Estaba muy bebido. Me dijo lo que iba a hacer. Iba a contarle a todo el mundo lo de Lieberman, el plan de chantaje. Todos iríamos a la cárcel. Le dije que hiciera lo que le pareciera más correcto. —Rowe hizo una nueva pausa, con la voz quebrada—. A menudo le administraba sus dosis diarias de insulina, y tenía una reserva en mi apartamento, porque a él siempre se le olvidaba. —Rowe miró las lágrimas que ahora caían sobre sus manos—. Steven se tumbó en el sofá. Mientras dormía, le inyecté una sobredosis de insulina, lo desperté y lo envié en un taxi a su casa. —Tras una pausa, Rowe añadió con voz serena—: Y murió. Mantuvimos nuestra relación en secreto. La policía ni siquiera me interrogó. —Miró a Sidney—. Lo comprendes, ¿verdad? Tenía que hacerlo. Todo por mis sueños, por mi visión del futuro. —Su tono de voz era casi suplicante. Sidney no le dijo nada. Finalmente, Rowe se levantó y se limpió las lágrimas—. La CyberCom era la última pieza que necesitaba. Pero tuve que pagar un alto precio por ello. Con todos los secretos que había entre nosotros, Gamble y yo estábamos unidos de por vida. —Ahora, Rowe sonrió con una mueca repentina, al tiempo que se volvía a mirar a Gamble—. Afortunadamente, le sobreviviré.

—¡Eres un hipócrita bastardo!

Gamble trató de llegar junto a Rowe, pero Lucas se lo impidió.

—Pero Jason lo descubrió todo cuando repasaba los datos en el almacén, ¿verdad? —preguntó Sidney.

Rowe explotó de nuevo y dirigió sus palabras contra Gamble.

—¡Idiota! En ningún momento has sabido respetar la tecnología y todo ocurrió por culpa tuya. No te diste cuenta de que los correos electrónicos secretos que enviaste a Lieberman podrían ser captados en una copia de seguridad en cinta, aunque luego tú los borraras. Estabas tan condenadamente obsesionado por el dinero que mantuviste tus propios libros, en los que se documentaban los beneficios obtenidos mediante las acciones de Lieberman. Todo eso estaba guardado en el almacén. ¡Idiota! —exclamó de nuevo. Luego se volvió a mirar a Sidney—. Nunca quise que ocurriera nada de todo esto. Te ruego que me creas.

—Quentin, si cooperaras con la policía... —empezó a decir Sidney.

Rowe estalló en una risotada y las esperanzas de Sidney se desvanecieron por completo. Regresó junto al ordenador portátil y extrajo el disquete.

—Ahora soy el jefe de Tritón Global. Acabo de conseguir la única acción que me

permitirá conseguir un mejor futuro para todos nosotros. Y no tengo la intención de perseguir ese sueño desde una celda en la cárcel.

—Quentin...

Pero lo que iba a decir Sidney se quedó congelado cuando Rowe se volvió a mirar a Kenneth Scales.

—Procura que sea rápido. Quiero decir que no hay por qué hacerla sufrir. — Luego hizo un gesto hacia donde se encontraba Gamble—. Arroja los cuerpos al océano, tan lejos como puedas. Que parezca una desaparición misteriosa. Dentro de unos meses, nadie se acordará de ti —le dijo a Gamble, y sus ojos se iluminaron solo de pensarlo.

Gamble fue sacado lentamente de la estancia, a pesar de sus forcejeos y maldiciones.

—¡Quentin! —gritó Sidney cuando Scales se le acercó.

Pero Quentin Rowe no se volvió a mirarla.

—¡Quentin, por favor!

Finalmente, él la miró.

—Sidney, lo siento mucho. De veras que lo siento.

Con el disquete en la mano, se dispuso a abandonar la estancia. Al pasar junto a ella, le dio una suave palmadita sobre el hombro.

Con la mente y el cuerpo aturcidos, Sidney dejó caer la cabeza hacia su pecho. Al levantarla de nuevo, vio unos ojos fríos y azules que parecían flotar hacia ella. El rostro de aquel hombre estaba totalmente desprovisto de emociones. Ella miró a su alrededor. Todos los presentes observaban intensamente el metódico avance de Scales, a la espera de ver cómo la mataría. Sidney rechinó los dientes e hizo denodados esfuerzos por mantener la imagen de su hija fija en su mente. Amy estaba a salvo. Sus padres estaban a salvo. Teniendo en cuenta las circunstancias, eso era lo mejor que había podido conseguir. «Adiós, cariño. Mamá te deja. —Las lágrimas empezaron a resbalar sobre su rostro—. Te ruego que no me olvides, Amy. Te lo ruego».

Scales levantó su cuchillo y una sonrisa se extendió sobre su rostro al contemplar la brillante hoja. La luz que reflejaba daba al metal un duro color rojizo, tal como había tenido en tantas otras ocasiones en el pasado. La sonrisa de Scales desapareció al observar la fuente de donde procedía aquella luz rojiza y vio entonces el diminuto punto rojo del láser sobre su pecho y el rayo apenas visible, del grosor de un lápiz, que emanaba a partir de aquel punto rojo.

Scales retrocedió, con los asombrados ojos fijos en Lee Sawyer, que le apuntaba con el rifle de asalto dotado con un dispositivo de láser. Desconcertados, los mercenarios contemplaron las armas con que les apuntaban Sawyer, Jackson y los hombres del equipo de rescate de rehenes, así como un grupo de la policía estatal de Maine.

—Tirad las armas, caballeros, o ya podéis empezar a buscar vuestros cerebros por

el suelo —aulló Sawyer, que apretó el rifle con fuerza—. ¡Tirad las armas! ¡Ahora mismo!

Sawyer se adelantó unos pasos, entrando en la habitación, con el dedo engarfiado sobre el gatillo. Los hombres empezaron a deponer las armas. Por el rabillo del ojo, Sawyer distinguió a Quentin Rowe, que trataba de desaparecer discretamente. Sawyer hizo oscilar su arma hacia el hombre.

—Me parece que usted no va a ninguna parte, señor Rowe. Siéntese. —Un Quentin Rowe totalmente asustado se volvió a sentar en la silla, con el disquete apretado contra el pecho. Sawyer se volvió a mirar a Ray Jackson—. Acabemos con esto —le dijo.

Sawyer avanzó hacia donde estaba Sidney, para liberarla. En ese preciso instante sonó un disparo y uno de los agentes del FBI cayó al suelo. El intercambio de disparos se desató de inmediato cuando los hombres de Rowe aprovecharon la oportunidad para recoger sus armas y abrir fuego. Los representantes de la ley buscaron rápidamente algún lugar donde cubrirse y respondieron al fuego. Los cañones de las armas refulgieron en toda la estancia y la muerte instantánea pareció abalanzarse sobre los presentes desde todos los rincones. Solo pasaron unos segundos antes de que las luces de la estancia quedaran apagadas por los disparos de quienes disparaban desde los dos lados, dejando la habitación sumida en la más completa oscuridad.

Atrapada en el fuego cruzado, Sidney se arrojó al suelo, con las manos tapándose las orejas, mientras las balas silbaban por encima.

Sawyer se dejó caer de rodillas y gateó hacia donde estaba Sidney. Desde la otra dirección, Scales, con el cuchillo entre los dientes, reptó por el suelo, hacia ella. Sawyer la alcanzó primero, y la tomó de la mano para conducirla a lugar seguro. Sidney gritó al ver la hoja de Scales, que emitió un destello en el aire. Sawyer extendió el brazo y recibió la parte más fuerte del golpe; el cuchillo le cortó la gruesa chaqueta que llevaba y le desgarró la carne del antebrazo. Con un gruñido de dolor, le lanzó una patada a Scales, perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Scales se abalanzó de inmediato sobre el agente del FBI e hizo descender dos veces la hoja sobre su pecho. La hoja, sin embargo, se encontró con el moderno chaleco antibalas de Teflón que Sawyer llevaba puesto y no causó ningún daño. Scales pagó su error recibiendo en plena boca uno de los enormes puños de Sawyer, mientras Sidney le golpeaba con un codo en la nuca. El hombre aulló de dolor cuando su ya maltrecha boca y su nariz rota recibieron una serie adicional de heridas.

Furioso, Scales se desprendió violentamente de Sidney, que se deslizó sobre el suelo impulsada por el empujón y se estrelló contra la pared. El puño de Scales se aplastó repetidas veces contra el rostro de Sawyer y luego levantó de nuevo el cuchillo, apuntando hacia el centro de la frente del agente del FBI. Sawyer sujetó con una mano la muñeca de Scales y se fue levantando poco a poco, con seguridad. Scales sintió la extraña fortaleza de la corpulencia de Sawyer, compuesta de pura

fuerza, que él, mucho más pequeño, no podía contrarrestar. Acostumbrado a ver muertas a sus víctimas antes de que pudieran replicar, Scales descubrió bruscamente que acababa de pescar a un gran tiburón blanco que estaba demasiado vivo para su gusto. Sawyer aplastó la mano de Scales contra el suelo, hasta que el cuchillo salió volando y se perdió en la oscuridad. Luego, Sawyer se echó hacia atrás y lanzó un mazazo que Scales recibió en pleno rostro. El hombre se tambaleó hacia atrás, gritando de dolor, con la nariz ahora aplastada contra su mejilla izquierda.

Ray Jackson se encontraba en un rincón de la habitación, intercambiando disparos con dos de los hombres de Gamble. Tres de los hombres del equipo de rescate de rehenes se habían abierto paso hasta uno de los balcones. Gracias a esta ventaja táctica, estaban ganando rápidamente la refriega. Dos de los mercenarios ya estaban muertos. Otro estaba a punto de seguir el mismo camino después de que una bala le atravesara la arteria femoral. Dos de los policías estatales habían caído heridos, uno de ellos gravemente. Otros dos miembros del equipo de rescate habían sido alcanzados, pero seguían participando en el intercambio de disparos.

Jackson, que se detuvo un momento para recargar, vio a Scales levantarse al otro lado de la habitación, con el cuchillo en la mano, lanzándose hacia la espalda de Lee Sawyer en el momento en que este trataba de poner nuevamente a salvo a Sidney.

Ray Jackson captó de inmediato el problema desde el otro lado de la estancia. No tenía tiempo para recargar el rifle, la pistola de nueve milímetros estaba vacía y se había quedado sin balas. Si trataba de gritar, Sawyer no podría oírlo en medio del estruendo de los disparos. Jackson se puso en pie de un salto. Como miembro del equipo de fútbol de Los Lobos, de la Universidad de Michigan, Jackson había tenido que correr muchos últimos y duros metros en el campo. Ahora se disponía a correr para salvar su vida. Sus gruesas piernas parecieron explotar bajo él y, mientras las balas silbaban a su alrededor, Jackson alcanzó la máxima velocidad después de haber avanzado apenas tres pasos.

Scales era todo hueso y músculo sólido, pero su estructura soportaba unos veinticinco kilos menos de peso que el corpulento ariete en que se había convertido el agente del FBI, que pesaba casi cien kilos. A pesar de ser un individuo muy peligroso, Scales nunca había experimentado el mundo tan brutalmente violento del fútbol americano.

La hoja de Scales se encontraba a menos de medio metro de distancia de la espalda de Sawyer cuando el hombro de hierro de Jackson chocó contra su esternón. El crujido que se produjo cuando el pecho de Scales se hundió casi pudo escucharse por encima de los disparos. El cuerpo de Scales se vio levantado limpiamente del suelo y no dejó de volar hasta chocar contra la sólida pared de roble, a poco más de un metro de distancia. El segundo crujido, aunque no tan fuerte como el primero, anunció la despedida final de Kenneth Scales del mundo de los vivos, cuando su cuello se partió limpiamente por la mitad. Al derrumbarse sobre el suelo y descansar sobre la espalda, a Scales le llegó finalmente su turno de quedarse mirando hacia lo

alto, al vacío, con los ojos muertos. Fue un acontecimiento que había tardado demasiado tiempo en producirse.

Jackson pagó un precio por su heroicidad, ya que recibió una bala en el brazo y otra en la pierna, antes de que Sawyer pudiera librarse del pistolero con múltiples disparos de su pistola de diez milímetros. Sawyer tomó después a Sidney por el brazo y la arrastró hacia un rincón, detrás de una pesada mesa. A continuación regresó presuroso junto a Jackson, que estaba tumbado en el suelo, apoyado contra la pared, y que respiraba con dificultad. Lo arrastró hacia la zona de seguridad. Una bala se introdujo en la pared, a muy pocos centímetros de la cabeza de Sawyer. Luego, otra le alcanzó de lleno en la caja torácica. La pistola se le cayó de la mano y se deslizó sobre el suelo, mientras él rebotaba hacia atrás, tosiendo sangre. El chaleco había vuelto a cumplir con su cometido, pero pudo escuchar el crujido de una costilla tras el impacto. Empezó a incorporarse, pero ahora se había convertido en un pato indefenso.

De repente, una serie de disparos brotaron desde detrás de la mesa tumbada. Tras la lluvia de plomo, un brusco grito surgió de la dirección de donde había procedido el disparo que alcanzó a Sawyer. El agente se volvió a mirar hacia la mesa y sus ojos se agrandaron por la sorpresa al ver que Sidney Archer todavía sostenía la pistola humeante de diez milímetros, a la altura de la cintura. Ella salió desde detrás de la mesa protectora y, con la ayuda de Sawyer, terminó de retirar a Jackson tras la mesa.

Lo sentaron con la espalda contra la pared.

—Maldita sea, Ray, no deberías haber hecho eso.

La mirada de Sawyer examinó rápidamente a su compañero y confirmó que solo había dos heridas.

—Sí, ¿y permitir que me las hicieras pasar moradas desde tu tumba durante el resto de mi vida? De ningún modo, Lee.

Jackson se mordió el labio cuando Sawyer le arrancó la corbata utilizando la hoja del estilete, e hizo con ella un tosco torniquete por encima de la herida de la pierna de Jackson.

—Aprieta con la mano justo aquí, Ray —dijo Sawyer, guiándole la mano hasta la empuñadura del cuchillo y apretando los dedos con fuerza contra ella.

A continuación se quitó la chaqueta, la apretó y la apretó contra la sangrante herida del brazo de Jackson.

—La bala lo cruzó limpiamente, Ray. Te pondrás bien.

—Lo sé. Pude sentir cómo salía. —El sudor cubría la frente de Jackson—. Recibiste un balazo, ¿verdad?

—No, el chaleco lo amortiguó. Estoy bien.

Al echarse hacia atrás, el antebrazo cortado empezó a sangrar de nuevo.

—Oh, Dios mío, Lee —exclamó Sidney al ver el flujo carmesí—. Tu brazo.

Sidney se quitó la bufanda y vendó con ella el antebrazo herido de Sawyer, que la miró afablemente.

—Gracias. Y no lo digo por la bufanda.

Sidney se dejó caer contra la pared.

—Gracias a Dios que pudimos ponernos en contacto cuando me llamaste. Entretuve a Gamble con mis brillantes deducciones para hacerte ganar un poco de tiempo. Pero aun así, no creía que fuera suficiente.

Él se sentó junto a ella.

—Durante un par de minutos, perdí la señal del teléfono celular. Gracias a Dios, la recuperamos de nuevo. —Entonces, se sentó bruscamente, empeorando la costilla agrietada. Miró el rostro maltrecho de Sidney—. Estás bien, ¿verdad? Dios santo, ni siquiera se me ocurrió preguntártelo.

Ella se pasó los dedos por la mandíbula hinchada.

—No es nada que el tiempo y un buen maquillaje no puedan curar. —Le tocó la mejilla hinchada—. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

Sawyer se sobresaltó de nuevo.

—¡Oh, Dios mío! ¿Y Amy? ¿Y tu madre?

Le explicó rápidamente lo de la grabación de las voces.

—Esos hijos de puta —gruñó él.

—No estoy segura de saber lo que habría podido ocurrir si no hubiera contestado a tu mensaje en el busca —dijo ella, mirándole burlescamente.

—La cuestión es que lo hiciste. Me alegro de que llevara conmigo una de tus tarjetas. —Sonrió—. Quizá estos artilugios de alta tecnología tengan sus utilidades..., aunque a pequeñas dosis.

En otro rincón de la habitación, Quentin Rowe se hallaba acurrucado detrás del despacho. Tenía los ojos cerrados y se tapaba las orejas con las manos, para protegerse de los sonidos que explotaban a su alrededor. No se dio cuenta, hasta el último momento, del hombre que se le acercó por detrás. Alguien lo sujetó de la cola de caballo y lo echó violentamente hacia atrás, obligando a su barbilla a retroceder más y más. Luego, las manos se enortijaron alrededor de su cabeza y, justo antes de escuchar el crujido de su columna, observó la mueca maligna y diabólica de Nathan Gamble. El jefe de Tritón soltó el cuerpo flácido, y Rowe cayó al suelo, muerto. Había experimentado su última visión. Gamble agarró el ordenador portátil, que estaba sobre la mesa de despacho y lo aplastó con tal fuerza sobre el cuerpo de Rowe que se partió por la mitad.

Gamble se inclinó un momento más sobre el cuerpo de Rowe, y luego se volvió, disponiéndose a escapar. Las balas le alcanzaron entonces directamente en el pecho. Miró con los ojos muy abiertos a su asesino, con una expresión primero de incredulidad y luego de furia. Gamble consiguió agarrarse durante un instante a la manga del hombre antes de derrumbarse sobre el suelo.

El asesino tomó el disquete del lugar donde había caído, junto al cuerpo de Quentin Rowe, y salió de la habitación.

Rowe había caído de costado, y su cuerpo quedó apoyado sobre la espalda, con la

cabeza vuelta hacia Gamble. Irónicamente, él y Gamble se encontraban a muy pocos centímetros el uno del otro, mucho más cerca de lo que aquellos dos hombres habían estado nunca en vida.

Sawyer asomó la cabeza por encima de la mesa y escudriñó la habitación. Los mercenarios que quedaban habían arrojado sus armas y salían lentamente de sus escondites, con las manos en alto. Los miembros del equipo de rescate de rehenes entraron y, al cabo de un momento, los hombres estaban tumbados en el suelo, boca abajo, con las esposas puestas. Sawyer vio los cuerpos flácidos de Rowe y Gamble. Pero entonces, más allá de las puertas correderas, escuchó pasos que huían apresuradamente. Se volvió hacia Sidney.

—Cuida de Ray. El espectáculo no ha terminado aún.

Y, tras decir esto, se precipitó hacia el exterior.

Mientras corría sobre la arena, el viento, la nieve y el rocío del océano asaltaron a Lee Sawyer desde todos los frentes. Con la cara ensangrentada e hinchada, con el brazo herido y las costillas doliéndole como si estuviera en el infierno, su respiración era brusca y entrecortada. Tardó un momento en quitarse el pesado chaleco antibalas y luego se lanzó hacia delante, apretándose con firmeza una mano contra las costillas agrietadas para mantenerlas en su lugar. Los pies se retorcián sobre la superficie blanda de la arena, haciendo más lento su avance. Se tambaleó y cayó dos veces. Pero imaginó que la persona a la que seguía tendría el mismo problema. Sawyer disponía de una linterna, pero no quería utilizarla, al menos por el momento. En dos ocasiones tuvo que correr sobre el agua helada, al acercarse demasiado al borde del rugiente Atlántico. Miraba fijamente hacia delante, siguiendo las profundas huellas dejadas sobre la arena.

Entonces, Sawyer se encontró con un macizo farallón rocoso. Era una formación rocosa bastante común en la costa de Maine. Por un momento, pensó en cómo podría soslayar el obstáculo, hasta que descubrió un tosco sendero que cruzaba aquella montaña en miniatura. Empezó a subir, y desenfundó la pistola mientras avanzaba. Sawyer se vio golpeado por un muro de rocío del océano provocado por las aguas que golpeaban implacablemente la antigua piedra. Las ropas se le pegaban al cuerpo como si fueran de plástico. A pesar de todo, siguió adelante; su respiración era muy forzada, a grandes bocanadas, al tiempo que hacía esfuerzos por subir por el sendero, que se hacía más y más vertical. Miró por un momento hacia el océano. Oscuro e infinito. Sawyer rodeó una ligera curva en el sendero y se detuvo. Encendió la linterna, justo por delante de donde se encontraba, en el mismo borde del acantilado, antes de que la roca desapareciese para caer en vertical sobre el Atlántico, allá abajo.

La luz iluminó de lleno al hombre, que parpadeó y levantó una mano para protegerse los ojos ante la inesperada explosión de luz. Sawyer respiró hondo, entrecortadamente. El otro hombre hacía lo mismo después de la prolongada persecución. Sawyer se puso una mano en la rodilla para afianzarse cuando ya estaba medio inclinado sobre el precipicio, con el estómago revuelto.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Sawyer con un tono de voz agudo pero claro.

Frank Hardy lo miró, mientras sus agotados pulmones también trataban de absorber entrecortadamente el aire. Lo mismo que Sawyer, Levaba las ropas empapadas y sucias, y el cabello estaba totalmente revuelto por el viento.

—¿Lee? ¿Eres tú? —preguntó Hardy.

—Te puedo asegurar que no soy Santa Claus, Hardy —replicó Sawyer—. Hazme otra pregunta.

Hardy pudo respirar por fin profundamente.

—Vine con Gamble para celebrar una reunión. Cuando estábamos hablando, me

dijo de pronto que fuera a una de las habitaciones de arriba, que tenía que ocuparse de un asunto personal. Lo siguiente que sé es que se desató un verdadero infierno. Salí de allí tan rápidamente como pude. ¿Te importaría decirme qué está ocurriendo?

Sawyer sacudió la cabeza, con un gesto de admiración.

—Siempre pudiste pensar con rapidez si te encontrabas de pie. Eso fue lo que te convirtió en un magnífico agente del FBI. Y a propósito, ¿mataste a Gamble y a Rowe, o fue Gamble el que se te adelantó con Rowe?

Hardy lo miró inexorablemente, con los ojos entrecerrados.

—Frank, toma tu pistola, con el cañón por delante, y arrójala sobre el acantilado.

—¿Qué pistola, Lee? No voy armado.

—La que utilizaste para disparar contra uno de mis hombres e iniciar esta batalla a tiros ahí atrás, en la casa. —Sawyer hizo una pausa y apretó con más fuerza la culata de su propia pistola—. No te lo diré dos veces, Frank.

Hardy tomó lentamente la pistola y la arrojó sobre el acantilado.

Sawyer se extrajo un cigarrillo de un bolsillo y lo sujetó entre los dientes. Sacó después un encendedor y lo mantuvo en alto.

—¿Has visto alguna vez uno de estos, Frank? Son capaces de permanecer encendidos incluso en un tornado. Es como el que utilizaron para derribar el avión.

—No sé nada sobre el atentado con bomba contra ese avión —dijo Hardy, enojado.

Sawyer hizo una pausa para encender el cigarrillo y luego absorbió una profunda bocanada de humo.

—No sabías nada sobre eso, cierto, pero estuviste metido en todo lo demás. De hecho, apuesto a que le cargaste a Nathan Gamble una bonita y pequeña prima. ¿Conseguiste algo de los doscientos cincuenta millones cuyo robo le achacaste a Archer? Falsificaste su firma y todo. Bonito trabajo.

—¡Estás loco! ¿Por qué iba querer Gamble robarse a sí mismo?

—No lo hizo. Probablemente, ese dinero se distribuyó en cien cuentas diferentes que tiene repartidas por todo el mundo. Era una coartada perfecta. ¿Quién iba a sospechar que el tipo se llevó todo ese dinero? Estoy seguro de que Quentin Rowe entregó la documentación del banco y también penetró en la base de datos de la AFIS en Virginia, para dejar por todas partes las huellas de Riker. Jason Archer había descubierto todo el plan de chantaje con Lieberman. Tenía que contárselo a alguien. ¿A quién? ¿A Richard Lucas? No lo creo. Era un hombre de Gamble, sencillo y simplón. El tipo que estaba metido en el meollo.

—¿A quién se lo dijo entonces? —preguntó Hardy, cuyos ojos eran ahora como dos puntos penetrantes.

Sawyer dio una larga chupada a su cigarrillo antes de contestar.

—Te lo dijo a ti, Frank.

—Muy bien. Demuéstralo —dijo Hardy con una expresión de asco.

—Acudió a verte. Al «tipo del exterior». Al antiguo agente del FBI, con una lista

de elogios en su hoja de servicios tan larga como el brazo. —Sawyer casi escupió estas últimas palabras—. Acudió a verte para que le ayudaras a poner al descubierto todo el asunto. Solo que tú no podías permitir que eso sucediera. La Tritón Global era tu pasaporte al paraíso. Te proporcionaba aviones privados, las mujeres más bonitas y las ropas más exquisitas, así que eso no era una opción para ti, ¿verdad?

Sawyer hizo una pausa, y continuó:

—Luego, me hiciste pasar por toda esa pantomima, haciéndome creer que Jason era el chico malo. Tuviste que haberte reído mucho de mí al ver cómo me engañabas y jugabas conmigo. O creías haberlo hecho. Pero al darte cuenta de que yo no me lo tragaba todo, te pusiste un poco nervioso. ¿Fue idea tuya el inducir a Gamble a ofrecerme un trabajo? Entre tú y él, nunca me sentí tan popular. —Hardy seguía guardando silencio—. Pero no fue esa tu única representación, Frank.

Sawyer se metió la mano en el bolsillo y sacó unas gafas de sol, que se puso. Ofrecía un aspecto bastante ridículo en la oscuridad.

—¿Los recuerdas, Frank? ¿Recuerdas a los dos tipos del vídeo en el almacén de Seattle? Llevaban gafas de sol, en el interior de un edificio, en un lugar con muy poca iluminación. ¿Por qué haría alguien una cosa así?

—No lo sé —contestó Hardy, cuya voz fue apenas un susurro.

—Pues claro que lo sabes. Jason creía estar entregando su prueba... al FBI. En las películas, al menos, todos los agentes del FBI llevan gafas de sol, y a los tipos a los que contrataste para que representaran el papel de agentes del FBI les tuvo que haber gustado mucho ir al cine. No podías limitarte a matar a Jason. Tenías que ganarte su confianza, asegurarte de que no le había dicho nada a nadie. La máxima prioridad era recuperar todas las pruebas de que disponías. La videocinta del intercambio tenía que presentarse en perfectas condiciones, porque ya sabías que nos la entregarías a nosotros como prueba de la culpabilidad de Jason. Solo disponías de una ocasión para filmarla bien. Pero Archer seguía mostrándose receloso. Por eso conservó una copia de la información en otro disquete, que más tarde le envió a su esposa. ¿Le dijiste que recibiría una gran recompensa del gobierno? ¿Fue eso? Probablemente le dijiste que se trataba del éxito más grande conseguido nunca por el FBI.

Hardy permaneció en silencio. Sawyer miró a su antiguo compañero.

—Pero, sin que tú lo supieras, Frank, Gamble tenía su propio y gran problema. Él problema era que Arthur Lieberman estaba a punto de echarlo todo a rodar. Así que no se le ocurrió otra cosa que contratar a Riker para que saboteara el avión de Lieberman. Estoy seguro de que no conocías esa parte del plan. Dispusiste las cosas para que Archer recibiera un billete en el vuelo a Los Ángeles, y luego le hiciste cambiar para que subiera al avión con destino a Seattle, de modo que pudieras filmar tu pequeña videocinta del intercambio. Rich Lucas, un exagente de la CIA, tenía probablemente muchos lazos con antiguos miembros operativos de los países europeos orientales, con hombres sin familia y sin pasado. Nadie echaría de menos al hombre que se estrelló en lugar de Archer. No tenías ni idea de que Lieberman estaba

en ese vuelo a Los Ángeles, ni de que Gamble iba a matarlo. Pero Gamble sabía que esa era la única forma de que la culpa por la muerte de Lieberman recayera sobre los hombros de Archer. Y, de ese modo, Gamble creía estar matando dos pájaros de un tiro: Archer y Lieberman. Me trajiste el vídeo y yo concentré todos mis esfuerzos en atrapar a Jason, y me olvidé por completo del pobre y viejo Arthur Lieberman. De no haber sido por el hecho de que Ed Page entró en la función, no creo que hubiera retomado nunca el hilo de Lieberman.

»Y no nos olvidemos de la vieja RTG, a la que se le achacó la culpa de todo, mientras que la Tritón terminaba convenientemente con la CyberCom. Te dije que Brophy estaba en Nueva Orleans. Descubriste que estaba realmente conectado con la RTG y que ellos podían conseguir lo que pretendías que hiciera Jason: trabajar para la RTG. De modo que hiciste seguir a Brophy y a Goldman y, en cuanto se te presentó la oportunidad, te libraste de ellos e hiciste que la culpa recayera sobre Sidney Archer. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, ya habías hecho lo mismo con su marido. — Sawyer hizo una pausa—. Eso supone un tremendo cambio, Frank. Un agente del FBI que participa en una conspiración criminal masiva. Quizá debiera llevarte a hacer una visita al lugar donde se estrelló el avión. ¿Te gustaría?

—Yo no tuve nada que ver con el atentado contra el avión, te lo juro —gritó Hardy.

—Lo sé. Pero estuviste implicado en un aspecto. —Sawyer se quitó las gafas de sol—. Mataste al que cometió el atentado.

—¿Cómo podrías demostrarlo? —preguntó Hardy, mirándolo con ojos encendidos.

—Tú mismo me lo dijiste, Frank. —La expresión de Hardy se quedó petrificada—. Allá, en el garaje que Goldman y Brophy investigaron. El lugar estaba helado. A mí me preocupaba la descomposición de los cuerpos, que las temperaturas tan bajas pudieran hacer imposible el afirmar con toda seguridad el momento exacto de la muerte. ¿Recuerdas lo que me dijiste, Frank? Me dijiste que había ocurrido el mismo problema con el que cometió el atentado. El aire acondicionado hizo que el apartamento se congelara del mismo modo que el aire exterior había hecho con el garaje.

—¿Y qué?

—No te dije en ningún momento que el aire acondicionado estaba encendido en el apartamento de Riker. De hecho, volví a poner la calefacción en cuanto descubrimos el cuerpo. En ninguno de los informes se mencionó que estuviera puesto el aire acondicionado, aunque, de todos modos, tú tampoco habrías tenido acceso a ellos. —El rostro de Hardy se había puesto ceniciento—. Tú lo sabías, Frank, sencillamente porque fuiste tú mismo quien puso en marcha el aire acondicionado. Cuando descubriste lo del atentado, te diste cuenta de que Gamble te había utilizado. Demonios, quizá tuvieron la intención de asesinar a Riker desde el principio. Pero tú estuviste más que dispuesto a hacer los honores. No se me ocurrió pensarlo hasta que

me encontré con el trasero helado en una furgoneta de la policía, mientras nos dirigíamos hacia aquí.

Sawyer se adelantó un paso.

—Doce disparos, Frank. Admito que eso me extrañó realmente. Tuviste que sentirte tan furioso con aquel tipo que perdiste un poco el control y vaciaste sobre él todo el cargador. Supongo que todavía quedaba en ti un poco del policía que fuiste. Pero ahora, todo ha terminado.

Hardy tragó saliva con dificultad e hizo esfuerzos por controlar sus nervios.

—Mira, Lee, todo el mundo que sabía algo sobre mi implicación está muerto.

—¿Qué me dices de Jason Archer?

Hardy se echó a reír.

—Jason Archer fue un estúpido. Quería el dinero, como todos nosotros. Pero él no tenía estómago, como lo tenemos tú y yo. Seguía sufriendo pesadillas. —Hardy avanzó hacia un lado—. Puedes mirar hacia otra parte, Lee. Eso es todo lo que te pido. Y al mes que viene puedes empezar a trabajar para mi empresa. Un millón de dólares al año. Opciones sobre las acciones y trabajo. Tendrás las cosas solucionadas durante el resto de tu vida.

Sawyer arrojó el cigarrillo.

—Frank, permíteme que te deje una cosa bien clara. No me gusta pedir la comida en idiomas extranjeros, y no reconocería una condenada acción bursátil aunque me la encontrara de frente y se me pegara justamente en las pelotas. —Sawyer levantó el arma—. El lugar adonde vas, las únicas opciones que realmente te quedan son a lo más alto o a lo más bajo.

Hardy se echó a reír.

—Nada de eso, viejo amigo. —Extrajo entonces el disquete de su bolsillo—. Si quieres esto, deja el arma.

—Tienes que estar bromeando...

—Deja el arma —gritó Hardy—, o arrojo al Atlántico todo el caso. Si me dejas marchar, te lo enviaré por correo desde lugares desconocidos.

En el rostro de Hardy apareció una sonrisa cuando Sawyer bajó el arma. Entonces, cuando Sawyer vio aquella sonrisa, volvió a sostener bruscamente la pistola en su posición original.

—Antes quiero saber la respuesta a una pregunta. Y la quiero saber ahora.

—¿De qué se trata?

Sawyer se adelantó, con el dedo tenso sobre el gatillo.

—¿Qué le ocurrió a Jason Archer?

—Mira, Lee, ¿qué importa eso...?

—¿Dónde está Jason Archer? —rugió Sawyer por encima del estruendo de las olas—. Porque eso es exactamente lo que quiere saber la mujer que espera en esa casa y, maldita sea, me lo vas a decir, Frank. Y, a propósito, puedes arrojar ese disquete todo lo lejos que quieras, porque Rich Lucas está vivo —mintió Sawyer, que

había visto muerto a Lucas en medio del campo de batalla en que se había convertido aquella habitación en la mansión. El silencioso centinela había guardado silencio para siempre—. ¿Quieres apostar lo ansioso que está por declarar todo lo que sabe sobre ti?

La expresión del rostro de Hardy se hizo tan fría como la piedra al darse cuenta de que su única vía de escape acababa de evaporarse.

—Llévame a la casa, Lee. Quiero hablar con mi abogado.

Hardy se dispuso a avanzar, pero se detuvo en seco al observar la postura de Sawyer, que parecía dispuesto a disparar en cualquier momento.

—Ahora, Frank. Dímelo ahora mismo.

—¡Vete al infierno! Léeme mis derechos si quieres, pero apártate de mi condenada cara.

Por toda respuesta, Sawyer desplazó la pistola ligeramente hacia la izquierda y disparó una sola bala. Hardy lanzó un grito cuando la bala arrancó la piel y la parte superior de su oreja derecha. La sangre resbaló por la mejilla. Cayó al suelo.

—¿Te has vuelto loco? —Sawyer apuntó ahora directamente a la cabeza de Hardy—. Te quitarán la placa y la pensión, y el culo se te pudrirá en la cárcel durante más años de los que te quedan de vida, hijo de puta —gritó Hardy—. Lo perderás todo.

—No, lo ganaré. No eres tú la única persona capaz de manipular el escenario del crimen, viejo amigo. —Hardy lo miró con creciente asombro, mientras Sawyer se abría la pistolera que llevaba al cinto y sacaba otra pistola de diez milímetros, que sostuvo en alto—. Esta será el arma que me arrebataste en el forcejeo. La encontrarán sujeta en tu mano. Desde ella se habrán disparado varias balas, lo que demostrará tus intenciones homicidas. —Indicó con un gesto hacia el vasto océano—. Será un tanto difícil encontrarlas ahí fuera. —Levantó la otra pistola—. Fuiste un investigador de primera, Frank. ¿Te importaría deducir por ti mismo qué papel jugará esta pistola?

—¡Maldita sea, Lee! ¡No lo hagas!

—Esta será la pistola que utilizaré para matarte —siguió diciendo Sawyer con calma.

—¡Santo Dios, Lee!

—¿Dónde está Archer?

—Por favor, Lee, ¡no lo hagas! —suplicó Hardy.

Sawyer acercó el cañón del arma hasta situarlo a pocos centímetros de la cabeza de Hardy. Cuando este se cubrió la cabeza con las manos, Sawyer efectuó un rápido movimiento y le arrebató el disquete de entre los temblorosos dedos.

—Ahora que lo pienso, esto podría venirme muy bien —dijo, al tiempo que se lo guardaba en el bolsillo—. Adiós, Frank —añadió al tiempo que su dedo empezaba a presionar el gatillo.

—Espera, espera, por favor. Te lo diré. Te lo diré. —Hardy guardó un momento de silencio y luego miró el rostro inexorable de Sawyer—. Jason está muerto —dijo finalmente.

Aquellas tres palabras golpearon a Lee Sawyer como las chispas de un rayo. Sus anchos hombros se derrumbaron y sintió que le abandonaban los últimos vestigios de su energía. Era casi como si hubiera muerto él mismo. Estaba casi seguro de que se encontraría al final con este resultado, pero aún confiaba en que se produjera un milagro, por el bien de Sidney Archer y de la pequeña. Algo le hizo volverse a mirar detrás de él.

Sidney se encontraba en lo alto del sendero, a poco más de un metro de distancia de él, empapada y temblorosa. Sus miradas se encontraron bajo la tenue luz de la luna, repentinamente surgida a través de un hueco entre las nubes. No necesitaron hablar. Ella misma había escuchado la terrible verdad: su esposo jamás regresaría a su lado.

Un grito brotó por el lado del acantilado. Con el arma preparada, Sawyer se giró en redondo, a tiempo de ver cómo Hardy caía por el acantilado. Se asomó por el borde y tuvo tiempo de ver a su viejo amigo que rebotaba entre las puntiagudas rocas, allá abajo, y terminaba por desaparecer entre las violentas aguas.

Sawyer observó fijamente el abismo durante un rato y luego, con un furioso impulso, arrojó la pistola todo lo lejos que pudo, hacia el océano. Aquel movimiento le provocó un desgarró en las doloridas costillas, pero ni siquiera notó el dolor. Cerró los ojos con fuerza y luego los abrió para contemplar fijamente el perfil salvaje del Atlántico.

—¡Maldita sea!

El corpachón de Sawyer se inclinó pesadamente hacia un lado, al tiempo que hacía esfuerzos por mantener inmóviles sus costillas fracturadas y en funcionamiento sus cansados pulmones. El antebrazo desgarrado y el rostro golpeado empezaron a sangrar de nuevo.

Se puso rígido al sentir la mano sobre su hombro. Teniendo en cuenta las circunstancias, a Sawyer no le habría extrañado nada ver a Sidney Archer huyendo de allí a toda velocidad; casi esperaba que lo hiciera así. Pero, en lugar de eso, ella le rodeaba la cintura con un brazo y se colocaba un brazo de él sobre su hombro, ayudando así al herido agente del FBI a descender por el sendero.

El funeral con el que finalmente se dio descanso eterno al cuerpo de Jason Archer se celebró en un claro día de diciembre, sobre un tranquilo montículo del cementerio, a unos veinte minutos de distancia de la casa de ladrillo y piedra que había sido su hogar. Durante el servicio junto a la tumba, Sawyer se mantuvo al fondo, mientras la familia y los amigos íntimos acompañaban de nuevo a la viuda. El agente del FBI permaneció junto a la tumba una vez que se hubieron marchado todos. Mientras observaba la lápida recién esculpida, Sawyer descansó su corpachón sobre una de las sillas plegables que se habían utilizado para el sencillo y breve ritual. Jason Archer había ocupado todos los pensamientos de cada uno de los momentos de vigilia del agente desde hacía más de un mes y, sin embargo, no lo llegó a conocer en ningún momento. Eso era algo que sucedía con frecuencia en su trabajo; no obstante, las emociones que esta vez se abrieron paso a través de la psique del veterano agente fueron muy diferentes. Sawyer sabía que no había podido hacer nada por impedir la muerte de aquel hombre. Todavía se sentía abrumado por haber dejado en la estacada a la esposa y a la hija del hombre, por haber permitido que la familia Archer se viera irremediabilmente destruida debido a su incapacidad para descubrir la verdad a tiempo.

Se cubrió el rostro con las manos. Cuando las apartó, unos minutos más tarde, unas lágrimas brillaban en sus ojos. Había logrado completar el caso más importante de toda su vida y, sin embargo, nunca se había sentido más fracasado. Se levantó, se puso el sombrero y regresó lentamente hacia su coche. Entonces, se quedó petrificado. La alargada limusina negra estaba aparcada junto al bordillo. Había regresado. Sawyer vio el rostro que miraba desde la ventanilla posterior de la limusina. Sidney observaba el montón de tierra fresca formado en el suelo. Volvió la cabeza hacia donde estaba Sawyer, que permanecía allí de pie, tembloroso, incapaz de moverse, con el corazón latiéndole con fuerza, notando pesados los pulmones y deseando más que ninguna otra cosa el poder acercarse a aquel montón de tierra fría para sacar de allí a Jason Archer y devolvérselo a Sidney. El cristal de la ventanilla de la limusina empezó a subir cuando el vehículo se alejó.

En la Nochebuena, Lee Sawyer condujo lentamente su sedán por Moigan Lañe. Las casas que se alineaban a ambos lados de la calle aparecían hermosamente decoradas con luces, guirnaldas, imágenes de Santa Claus y de sus fieles renos. Allá al fondo de la manzana, actuaba un grupo de personas que cantaban villancicos. Toda la zona se hallaba envuelta en un ambiente festivo. Todas las casas excepto una, que permanecía a oscuras, a excepción de la luz que iluminaba una de las habitaciones de la parte delantera.

Sawyer hizo entrar el coche en el camino de acceso a la casa de los Archer, y se bajó. Se había puesto un traje nuevo, y llevaba el escaso cabello tan lleno de brillantina como podía soportar. Sacó del coche una pequeña caja envuelta en papel

de regalo y caminó hacia la casa. Aún cojeaba un poco al andar, ya que aún se estaban soldando las costillas.

Sidney Archer contestó a su llamada a la puerta. Iba vestida con unos pantalones negros y una blusa blanca, y el cabello le caía suelto sobre los hombros. Había recuperado algo de peso, pero los rasgos de su rostro todavía aparecían ajados, aunque los cortes y moratones se habían curado.

Se sentaron en el salón, delante de la chimenea encendida. Sawyer aceptó su ofrecimiento de tomar una copa de sidra, y contempló el salón mientras ella iba a traerla. Sobre la mesita de al lado había una caja de disquetes, con una cinta roja en lo alto. Dejó la caja que había traído él mismo sobre la mesita de café, puesto que no había ningún árbol de Navidad bajo el que dejarla.

—Supongo que te marcharás de vacaciones a alguna parte, ¿verdad? —preguntó cuando ella se sentó frente a él.

Ambos tomaron un sorbo de la sidra caliente.

—Iré a casa de mis padres. La han arreglado para la Navidad, con un árbol grande y adornos. Mi padre se disfrazará de Santa Claus. Mis hermanos y sus familias también estarán presentes. Eso le vendrá muy bien a Amy.

Sawyer miró la caja de disquetes.

—Espero que eso sea un regalo de broma.

Sidney siguió la dirección de su mirada y sonrió brevemente.

—De Jeff Fisher. Me dio las gracias por la noche más animada de su vida y me ofreció asesoramiento gratuito sobre ordenadores a perpetuidad.

Sawyer observó entonces la pequeña toalla húmeda que Sidney había traído consigo y que dejó sobre la mesita de café. Deslizó el regalo hacia ella.

—Deja esto bajo el árbol, para Amy, ¿quieres? Es mío y de Ray. Lo eligió su esposa. Es una de esas muñecas que hacen un montón de cosas, ya sabes, habla, hace pipí y todo eso...

Se detuvo de pronto, como si estuviera azorado. Tomó otro sorbo de sidra. Sidney le sonrió.

—Muchas gracias, Lee. Le encantará. Se lo daría ahora mismo si no estuviera dormida.

—De todos modos, es mejor abrir los regalos el día de Navidad.

—¿Cómo está Ray?

—Demonios, nadie podría causarle ningún daño aunque lo intentara. Ya ha dejado las muletas...

La cara de Sidney se puso repentinamente verdosa y se inclinó para tomar la toalla. La mantuvo apretada contra la boca, se levantó y salió apresuradamente del salón. Sawyer se levantó, pero no la siguió. Volvió a sentarse. Ella regresó al cabo de un par de minutos.

—Lo siento, debo de haber pillado algún virus.

—¿Desde cuándo sabías que estabas embarazada? —preguntó Sawyer de pronto.

Ella se sentó y lo miró, asombrada—. He tenido cuatro hijos, Sidney. Créeme, reconozco las náuseas del embarazo en cuanto las veo.

—Desde hace unas dos semanas —dijo Sidney, con voz tensa—. La misma mañana en que se marchó Jason... —Empezó a balancearse adelante y atrás, con una mano apretada sobre la cara—. Dios santo, esto es increíble. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué no me lo dijo? No debería haber muerto, ¡maldita sea! ¡No debería haber muerto!

Sawyer bajó la mirada hacia la taza que sostenía entre las manos.

—Intentó hacer lo más correcto, Sidney. Podía dejar de lado lo que había descubierto, como habría hecho la mayoría de la gente. Pero, en lugar de eso, decidí hacer algo. Un verdadero héroe. Corrió muchos riesgos, pero sé que lo hizo por ti y por Amy. Nunca tuve la oportunidad de conocerlo, pero sé que te amaba.

Sawyer no estaba dispuesto a revelar a Sidney que la esperanza de obtener una recompensa del gobierno había jugado un papel destacado en la decisión de Jason Archer de acumular pruebas contra la Tritón.

Ella le miró a través de unos ojos anegados en lágrimas.

—Si nos amaba tanto, ¿por qué eligió hacer algo que era tan peligroso? No tiene sentido. Dios mío, es como si lo hubiera perdido por dos veces. ¿Sabes lo mucho que eso duele?

Sawyer lo pensó por un momento, se aclaró la garganta y empezó a hablar con voz muy serena.

—Tengo un amigo que es muy contradictorio. Amaba tanto a su esposa y a sus hijos que habría hecho cualquier cosa por ellos. Y me refiero a cualquier cosa.

—Lee...

Pero él levanto una mano, interrumpiéndola.

—Por favor, Sidney, déjame terminar. Créeme, me ha costado mucho llegar hasta este punto. —Ella se reclinó en el asiento mientras Sawyer continuaba—. Los amaba tanto que dedicó todo su tiempo a lograr que el mundo fuera un lugar más seguro para ellos. En realidad, dedicó tanto tiempo a eso que terminó por causar un daño terrible a las mismas personas a las que tanto quería. Y no lo comprendió hasta que fue demasiado tarde. —Tomó un sorbo de sidra y un nudo enorme se le formó en la garganta—. Así que, como ves, las personas hacen a veces las cosas más estúpidas por las mejores razones. —Sus ojos parpadearon—. Jason te amaba, Sidney. Demonios, eso es lo único que importa al final del día. Ese es el único recuerdo que podrás mantener.

Ninguno de los dos dijo nada durante varios minutos; ambos se quedaron mirando fijamente las llamas. Finalmente, Sawyer la miró.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Sidney se encogió de hombros.

—Tylery Stone perdió a dos de sus mejores clientes, Tritón y RTG. No obstante, Henry Wharton fue muy amable conmigo. Me dijo que podía regresar, pero no sé si tengo ánimos para eso. —Se cubrió la boca con la toalla y luego dejó caer la mano

sobre el regazo—. Probablemente, sin embargo, no me queda otra alternativa. Jason no tenía un seguro de vida muy importante. Ya casi hemos agotado nuestros ahorros. Y con el nuevo bebé en camino...

Sacudió la cabeza con tristeza. Sawyer esperó un momento y luego se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y extrajo lentamente un sobre.

—Quizá esto te pueda ayudar.

Ella se frotó los ojos.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

Extrajo el papel alargado que contenía el sobre. Finalmente, levantó la mirada hacia Sawyer.

—¿Qué es esto?

—Es un cheque a tu nombre por importe de dos millones de dólares. No creo que te lo rechacen, sobre todo teniendo en cuenta que ha sido extendido por el Tesoro de Estados Unidos.

—No lo comprendo, Lee.

—El gobierno había ofrecido una recompensa de dos millones de dólares a todo aquel que diera información que condujera a la captura de la persona o personas responsables del atentado contra el avión.

—Pero yo no hice nada. No he hecho nada para ganarme esto.

—De hecho, estoy absolutamente seguro de que esta será la única vez en mi vida que le entregaré a alguien un cheque por tanta cantidad de dinero y luego le diré lo que voy a decirte a ti.

—¿Y qué es?

—Que esa cantidad ni siquiera se aproxima a ser suficiente. Que no hay dinero en todo el mundo que pueda ser suficiente.

—Lee, no puedo aceptar esto.

—Ya lo has aceptado. La entrega del cheque no es más que una ceremonia. Los fondos ya han sido depositados en una cuenta especial abierta a tu nombre. Charles Tiedman, el presidente del Banco de la Reserva Federal en San Francisco, ya ha preparado un equipo de excelentes asesores financieros para invertir los fondos en tu nombre. Todo ello gratuitamente. Tiedman fue uno de los mejores amigos de Lieberman. Me pidió que te transmitiera su más sincera condolencia y agradecimiento.

Al principio, el gobierno de Estados Unidos se había mostrado reacio a entregarle la recompensa a Sidney Archer. Lee Sawyer necesitó todo un día de entrevistas con los congresistas y representantes de la Casa Blanca para hacerles cambiar de opinión. Todo el mundo se mostró inflexible sobre un punto: no debían filtrarse los detalles de la deliberada manipulación de los mercados financieros de Estados Unidos. La sugerencia, algo menos que sutil, de Sawyer de que se uniría a Sidney Archer en los esfuerzos por vender al mejor postor el disquete que le había arrebatado a Frank

Hardy en el acantilado de Maine, hizo que todos ellos cambiaran rápidamente de opinión sobre la recompensa. Eso, y el hecho de que él lanzara por los aires una silla en la oficina del fiscal general.

—Esos fondos son libres de impuestos —añadió—. Estarás bastante bien arreglada para toda la vida.

Sidney se limpió los ojos y volvió a introducir el cheque en el sobre. Ninguno de los dos dijo nada durante un rato. El fuego de la chimenea chisporroteó y la madera emitió un crujido. Finalmente, Sawyer miró su reloj y dejó la taza de sidra sobre la mesita.

—Se está haciendo tarde. Estoy seguro de que tendrás cosas que hacer. Y yo tengo que regresar al despacho.

Se levantó.

—¿Te tomas un respiro alguna vez?

—No, si puedo evitarlo. Además, ¿qué otra cosa podría hacer?

Ella también se levantó y, antes de que él pudiera despedirse, le rodeó los abultados hombros con sus brazos y se apretó contra su cuerpo.

—Gracias.

Apenas si pudo escuchar la palabra, pero no tenía necesidad. Los sentimientos emanaban de Sidney Archer como el calor del fuego de la chimenea. La rodeó con sus brazos y, durante varios minutos, ambos permanecieron de pie, abrazados, delante del fuego parpadeante, mientras se acercaba el sonido de los villancicos que cantaban en la calle.

Cuando finalmente se separaron, Sawyer tomó su mano suavemente entre las suyas.

—Siempre estaré ahí para ti, Sidney. Siempre.

—Lo sé —dijo ella al cabo de un rato, con un susurro. Cuando él ya se dirigía hacia la puerta, ella volvió a hablar—. Ese amigo tuyo, Lee..., quizá puedas decirle que nunca es demasiado tarde.

Mientras se alejaba por la calle, Lee Sawyer vio una luna llena destacada contra el claro cielo negro. Empezó a tararear en voz baja un villancico propio. No regresaría a la oficina. Iría a darle el tostón a Ray Jackson durante un rato, jugaría con sus chicos y quizá comería algo con su compañero y su esposa. Al día siguiente compraría algunos regalos de última hora. Emplearía la vieja tarjeta de plástico y sorprendería a sus hijos. Qué demonios, al fin y al cabo era Navidad. Se desabrochó la placa del FBI del cinturón y extrajo la pistola de la funda. Las dejó en el asiento de al lado. Se permitió una ligera sonrisa, mientras el sedán se alejaba por la calle. El siguiente caso iba a tener que esperar.

El avión presentado en las páginas precedentes, el Mariner L800, es ficticio, aunque algunos de los datos indicados en el libro se basan en verdaderos aviones comerciales. Sabiendo eso, los entusiastas de los aviones no tardarán en señalar que el sabotaje del vuelo 3223 está lejos de ser verídico. Los «errores» descritos fueron totalmente intencionados. Mi objetivo al escribir este libro no ha sido el de preparar un manual de instrucciones para causar daño a las personas.

Con respecto al Consejo de la Reserva Federal, será suficiente con decir que la idea de que el destino económico de este país estuviera controlado en buena medida por un puñado de personas que se reúnen en secreto, sin ser supervisados por nadie, fue irresistible para mí desde el punto de vista del narrador. En honor a la verdad, es muy probable que más bien haya atenuado el control de hierro que ejerce la Reserva Federal sobre las vidas de todos nosotros. Para ser justos, sin embargo, y con el transcurso de los años, hay que decir que la Reserva Federal ha permitido que este país navegue bastante bien a través de aguas muy bravas. Su trabajo no es fácil y dista mucho de ser una ciencia exacta. Aunque los resultados de las acciones de la Reserva Federal puedan ser dolorosos para muchos de nosotros, podemos estar razonablemente seguros de que esas decisiones se toman teniendo en cuenta el conjunto del bien del país. No obstante, y con tanto poder concentrado en una esfera tan pequeña y aislada, la tentación de obtener océanos de beneficios ilegales nunca puede estar muy lejos de la superficie. ¡Y las historias que uno podría escribir!

Por lo que se refiere a los aspectos tecnológicos de los ordenadores incluidos en *Control total*, todos ellos son perfectamente plausibles, al menos en la medida de mis capacidades de investigación, aunque no se hayan utilizado a plena escala o quizá incluso hayan quedado obsoletos, aunque cueste creerlo. No puede negarse la importancia de los numerosos beneficios de la tecnología de los ordenadores; no obstante, cuando se pueden obtener beneficios a tan gran escala, también existe inevitablemente la otra cara de la moneda. A medida que los ordenadores de todo el mundo queden vinculados en una red global, se corre el riesgo, que aumenta proporcionalmente, de que una sola persona pueda llegar a ejercer algún día el «control total» sobre ciertos aspectos importantes de nuestras vidas. Y, como se pregunta Lee Sawyer en la no vela: «¿Qué pasará si el tipo es malo?».

Agradecimientos

Control Total necesitó de una gran tarea de documentación y de información especializada que tuve la fortuna de conseguir gracias a los esfuerzos de las siguientes personas:

A mi amiga Jennifer Steinberg, que fue más allá de los límites del deber para dar respuestas a todas las esotéricas y complejas preguntas que le formulé. Si hay por ahí alguna documentalista mejor, desconozco su existencia.

A mi amigo Tom DePont de NationsBank, por su valiosa colaboración en los temas bancarios y sus muy útiles sugerencias sobre escenarios financieros creíbles. A mi amigo Marvin McIntyre, de la firma de corredores de Bolsa Legg Masón, y a su colega Paul Montgomery, por los buenos consejos y ayuda en los temas de inversiones y la Reserva Federal.

A mi querida amiga, la doctora Catharine Broome, por su asesoramiento en temas médicos generales y el tratamiento del cáncer. También a ella y a su marido David, por los detalles sobre la ciudad de Nueva Orleans.

A mi tío Bob Baldacci, por proveerme de muchísimo material y por la paciencia de responder a mis innumerables preguntas sobre el complejo funcionamiento de los aviones a reacción, los aeropuertos y los trabajos de mantenimiento.

A mi primo Steve Jennings, por guiarme a través del laberinto de la tecnología informática y la confusión de Internet. Y también a su esposa, Mary, que tendría que considerar muy en serio una carrera como editora. Sus comentarios fueron de gran ayuda, y muchos de ellos han sido incorporados al producto final. Y al doctor Peter Aiken, de la Virginia Commonwealth University, por ayudarme a entender los vericuetos del correo electrónico a través de Internet.

A Neil Schiff, director de publicidad del FBI, por permitirme un recorrido por el edificio Hoover y atender mis preguntas sobre la organización.

A Larry Kirshbaum, Maureen Egen y al resto del maravilloso equipo de Warner Books por su apoyo. Todos habéis colaborado tanto a cambiar mi vida, que me siento en la obligación de reconocerlo en cada novela, aunque solo sea para demostrar mi más sincera gratitud.

Un agradecimiento muy especial a Francés Jalet-Miller, de la Aaron Priest Agency. Es una bendición tenerla como editora y amiga. Ha conseguido que *Control total* sea mucho mejor con sus comentarios tan atinados.



DAVID BALDACCI (Richmond, Virginia, 5 de agosto de 1960). Es uno de los novelistas estadounidenses más vendidos. Baldacci recibió una licenciatura en la Virginia Commonwealth University y una licenciatura en derecho en la Universidad de Virginia. Siendo estudiante, Baldacci escribió cuentos en sus tiempos libres, y más tarde ejerció como abogado durante nueve años, cerca de Washington D. C. Mientras vivió en Alexandria, Virginia, escribió cuentos y guiones de cine sin mucho éxito. Posteriormente, se decidió a escribir una novela, dedicando tres años a la escritura de *Poder absoluto*. Cuando se publicó en 1996, fue un *best-seller* internacional.

David Baldacci ejerce como embajador nacional de la Sociedad Nacional de Esclerosis Múltiple, y participa en numerosas organizaciones benéficas, así como ha formado su propia fundación para la alfabetización, Wish You Well Foundation. Fue criado en Virginia y vive allí (en Vienna) con su esposa, Michelle Baldacci (Mikki), y sus dos hijos. Su primo segundo, John Baldacci, fue gobernador demócrata de Maine desde 2003 hasta 2011.

En 1996, fue publicada su primera novela *Poder absoluto* y se convirtió inmediatamente en un éxito de ventas. Narra la historia de un presidente de ficción estadounidense y sus agentes del Servicio Secreto que están dispuestos a asesinar a diversas personas con el fin de ocultar la muerte accidental de una mujer con la que el presidente estaba teniendo una aventura. Fue llevada al cine en 1997, con las actuaciones de Clint Eastwood y Gene Hackman.

Baldacci ha llegado a publicar otras veinte novelas: *Control total*, *La ganadora*, *La*

pura verdad, Saving Faith, Buena suerte, El último hombre, The Christmas Train, Split Second, El juego de las horas, Camel Club, Los coleccionistas, Una fracción de segundo, Frío como el acero, Toda la verdad, Justicia divina, True Blue, Deliver Us From Evil, Hell's Corner, su último thriller sobre King y Maxwell, *El sexto hombre*, y dos novelas para adolescentes de la serie *Freddy and the French Fries*. También ha publicado una novela corta para los holandeses titulada *Office Hours*, escrita para el *Year 2000 «Month of the Thriller»* de los Países Bajos. Baldacci también es autor de un cuento corto, «*The Mighty Johns*», incluido en una antología de misterio del año 2002.

Las obras de Baldacci han aparecido en numerosas publicaciones, incluyendo *The Washington Post, Men's Health, Richmond Magazine* y *The Strand Magazine*. También es editor colaborador de la revista *Parade*. Es autor de siete guiones originales y sus obras han sido publicadas en revistas y periódicos de todo el mundo. Todos sus libros se han convertido en *best-sellers* nacionales e internacionales, traducidos a más de 45 idiomas y vendidos en más de 100 países. Más de 110 millones de ejemplares de libros de Baldacci se han distribuido en todo el mundo, haciendo de él uno de los escritores más vendidos de la historia. Quince de las novelas de Baldacci han sido número uno en las listas de *best-sellers*. También ha sido un éxito de ventas en más de 25 países.

Baldacci escribirá el sexto libro de la segunda serie de *The 39 Clues, Cahills vs Vespers*, que se publicará en marzo de 2013. Este será su tercer libro para niños después de la serie *Freddy and the French Fries*. Baldacci también ha aparecido en numerosos programas de televisión, incluyendo episodios transmitidos en *The History Channel, Discovery Channel* e «*ID Discovery*».